FINALES
VIOLENTOS
CHLOE GONG
GRANTRAVESÍA

CHLOE GONG

FINALES VIOLENTOS

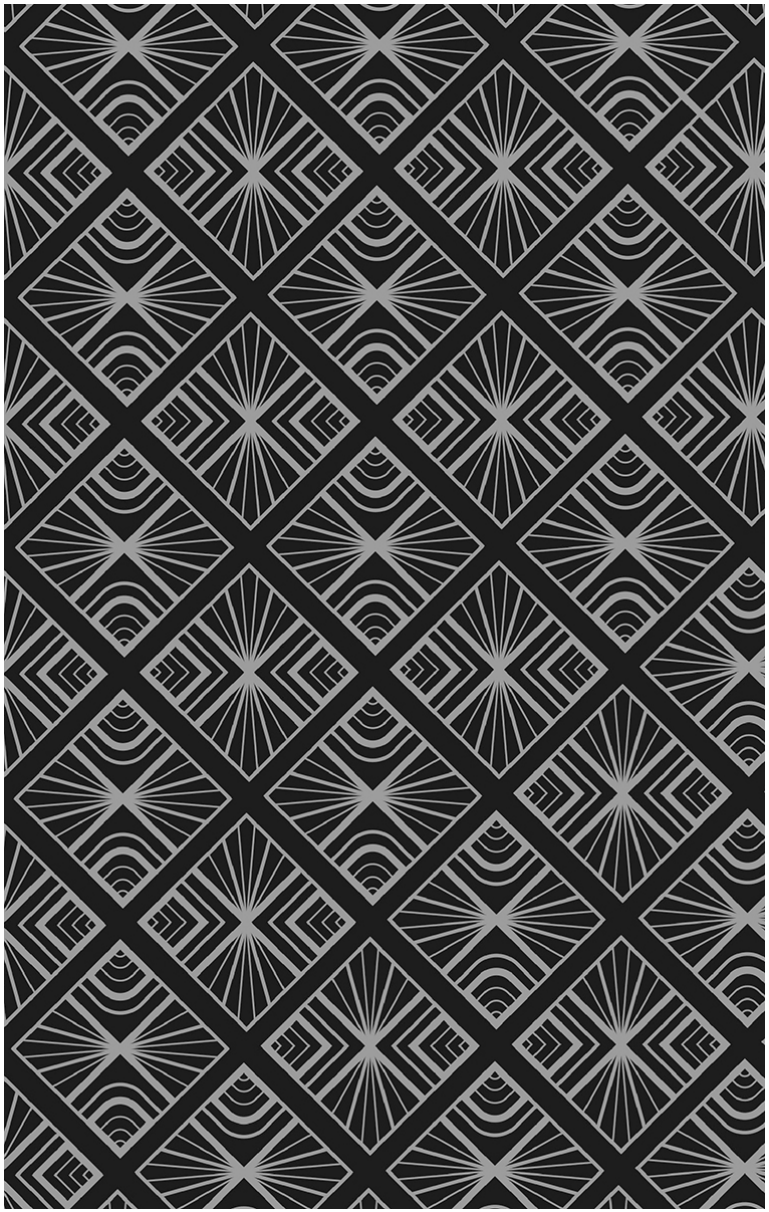
Traducción de Juan Fernando Merino

GRANTRAVESÍA

PARA MIS PADRES, QUE ME RELATARON LAS HISTORIAS
NECESARIAS PARA ESCRIBIR ESTE LIBRO

¡Ojos, miren por última vez! ¡Brazos, estrechen su último abrazo! Y labios, puertas del aliento,
¡sellen con un legítimo beso el pacto perpetuo con la insaciable muerte!

Shakespeare, *Romeo y Julieta*



Uno

Enero de 1927

La celebración de Año Nuevo fue tan fastuosa en Shanghái que, una semana después, la ciudad todavía exhalaba un hálito de fiesta. Era la forma en que la gente se movía, ese balanceo particular en sus pies y el fulgor que asomaba a sus ojos cuando se inclinaban, sentados en el borde de sus asientos en el Gran Teatro, para susurrar algo a sus acompañantes. Era el jazz que salía a todo volumen del cabaret de enfrente; el aire fresco que distribuían los abanicos de bambú, mientras se agitaban en una ráfaga de color; el olor a comida callejera que se colaba hasta la sala de proyección, a pesar de las reglas estrictas del Salón Principal. Aunque la costumbre de marcar el primer día del calendario gregoriano como un momento de celebración era asunto de los occidentales, era un hecho que hacía rato que Occidente había echado raíces profundas en esta ciudad.

La locura había desaparecido de Shanghái. Las calles habían regresado perezosamente a su divertida decadencia y a esas noches que se alargaban, como ésta misma, en la que los asistentes al teatro podían apreciar una película y luego pasear a lo largo del río Huangpu hasta el amanecer. Después de todo, ya no había una bestia acechando desde las aguas. Hacía cuatro meses que el monstruo de Shanghái había muerto, asesinado y abandonado a la intemperie en un muelle junto a El Bund, enclavado en el célebre Distrito Histórico. Ahora lo único por lo que tenían que preocuparse los civiles era por los gánsteres… y el creciente número de cadáveres baleados que aparecían en las calles.

Juliette Cai observaba por encima del barandal entrecerrando los ojos, mientras escudriñaba el piso inferior del Salón Principal. Desde su posición

podía ver casi todo lo que estaba debajo, cada detalle insignificante en medio del caos que bullía bajo las lámparas doradas. Infortunadamente habría sido mucho mejor si ella misma estuviera allá abajo codeándose con el comerciante que la habían mandado a buscar en lugar de tener que atisbarlo desde arriba. Esos fueron los lugares que pudo conseguir; le habían asignado la tarea con tan poco margen de tiempo que Juliette no había podido mover influencias para conseguir algo mejor.

—¿Vas a poner mala cara toda la noche?

Juliette se volteó rápidamente y entrecerró los ojos para concentrarse en su prima. Kathleen Lang la seguía de cerca haciendo una mueca, en tanto la gente que las rodeaba buscaba sus asientos antes del inicio de la película.

—Sí —refunfuñó Juliette—. ¡Tengo tantas cosas mejores que hacer en este momento!

Kathleen puso los ojos en blanco y luego, sin decir palabra, señaló hacia delante, pues acababa de ubicar las butacas que sus entradas indicaban. Los boletos que tenían en la mano apenas habían sido rasgados por el chico uniformado que vigilaba la entrada después de que la gorra le cubriera los ojos por el gran empujón que le propinara la multitud que estaba entrando. Apenas tuvo tiempo de recuperarse del golpe mientras la gente seguía agitando los boletos frente a sus narices, extranjeros y chinos ricos por igual, indignados por la lentitud del mozo. En lugares como aquél se esperaba un mejor servicio. Los precios de las localidades eran altísimos, con lo que conseguían que asistir al Gran Teatro fuera realmente una "experiencia" para los más afortunados: no había más que contemplar los arcos del techo y los barandales de hierro forjado, los mármoles italianos de las paredes y los elegantes letreros de la entrada, escritos sólo en inglés y sin rastro del chino.

—¿Qué podría ser más importante que esto? —preguntó Kathleen mientras se acomodaban en sus asientos ubicados en la primera fila del balcón de segundo nivel, donde tenían una vista perfecta tanto de la pantalla como de toda la gente que estaba abajo—. ¿Contemplar fijamente, y enfadada, la pared de tu cuarto, como has estado haciendo estos últimos meses?

Juliette frunció el ceño.

—Eso *no* es lo único que he estado haciendo.

—Ay, perdón. ¿Cómo se me pudo olvidar que también has estado gritando a los políticos?

Resoplando, Juliette se apoyó en su asiento y cruzó los brazos sobre el pecho con determinación, mientras las cuentas que adornaban las mangas de su vestido se golpeaban con fuerza contra las que colgaban por la parte delantera produciendo un tintineo. No obstante, era tal la algarabía que se escuchaba en el teatro, que aquel ruido se perdió rápidamente entre el bullicio general.

—Bàba ya me ha reprendido lo suficiente por haber ofendido a ese nacionalista —se quejó Juliette cuando empezaba a estudiar cuidadosamente al público en el nivel inferior, asignando mentalmente un nombre a cada cara y llevando la cuenta de quiénes podrían notar su presencia allí—; así que por favor no empieces tú también.

Kathleen chasqueó la lengua apoyada con el codo en el descansabrazos que separaba los asientos.

—Sólo estoy preocupada por ti, biǎomèi.

—Preocupada por ¿qué? Yo siempre le grito a la gente.

—Lord Cai no te regaña con frecuencia. Por eso creo que puede ser señal de que…

Juliette se apresuró a adelantarse. Presa del instinto sintió la exclamación que subía hasta su garganta, pero se negó a dejarla salir y, en lugar de eso, el sonido se quedó atascado generándole una sensación helada en la parte trasera de su lengua. Kathleen se puso en alerta de inmediato, mientras escudriñaba el nivel inferior para localizar qué era lo que había hecho que la cara de Juliette se quedara completamente pálida.

—¿Qué? —preguntó Kathleen—. ¿Qué ocurre? ¿Pido refuerzos?

—No —susurró Juliette cuando pasaba saliva. Las luces del teatro se atenuaron y, ante dicha señal, los acomodadores empezaron a recorrer los pasillos para instar a los asistentes a tomar asiento, pues la proyección estaba por comenzar—. Sólo es un ligero hipo.

Sin embargo su prima arrugó el ceño, al tiempo que continuaba con su búsqueda.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar Kathleen.

Juliette se limitó a apuntar con el dedo y siguió con la mirada a Kathleen, mientras su prima se volteaba en la dirección que ella le estaba señalando y reconocía la figura que se abría camino entre la gente allá

abajo.

—Tal parece que no somos las únicas a las que enviaron aquí a cumplir una encomienda.

Porque abajo, en el primer nivel, Roma Montagov ya sonreía frente al comerciante que ellas habían ido a buscar; le tendía la mano para saludarlo con despreocupada actitud.

Juliette apretó los puños sobre su regazo.

No había visto a Roma desde octubre pasado, cuando las primeras protestas en Nanshi sacudieron la paz y sentaron el precedente para los disturbios que le siguieron, mientras se instalaba el invierno en Shanghái. No lo había visto en persona, pero había sentido su presencia en todas partes: en los cadáveres abandonados por toda la ciudad con una flor blanca entre las manos rígidas; en los negociantes que desaparecían de repente, sin que mediara ningún mensaje o explicación; en la guerra de clanes que seguía causando estragos. Desde el momento en que la ciudad tuvo noticias de un enfrentamiento entre Roma Montagov y Tyler Cai, la guerra de clanes había vuelto a alcanzar sus más letales niveles. Ninguno de los clanes tenía que preocuparse ya de que sus filas fueran diezmadas por aquella extraña locura que había imperado meses atrás. Sus pensamientos gravitaban, en cambio, en torno a la retribución y el honor, y en cómo cada persona contaba algo distinto sobre lo que había ocurrido aquel día entre los círculos primarios de la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas. Las únicas verdades que habían salido a la luz, sin embargo, eran que en un pequeño hospital ubicado a las afueras de Shanghái, Roma Montagov había disparado a Tyler Cai, y que, para proteger a su primo, Juliette Cai había asesinado a Marshall Seo, lugarteniente del propio Montagov, a sangre fría.

Ahora ambos bandos estaban sedientos de venganza. Los Flores Blancas estaban ejerciendo presión sobre la Pandilla Escarlata con renovada urgencia, mientras que la Pandilla Escarlata repelía los ataques con idéntica firmeza. Tenían que hacerlo. Independientemente del interés con que los Escarlatas cooperaban con los nacionalistas, todas las personas de la ciudad podían notar el cambio, podían ver que las manifestaciones sociales se volvían más y más multitudinarias cada vez que los comunistas intentaban llamar a huelga. El panorama político estaba por cambiar, y pronto devoraría esta ausencia de ley, y para los dos bandos que

dominaban actualmente la ciudad con puño de hierro, las opciones eran, o bien recurrir a la violencia inmediata para garantizar su dominio, o bien lamentarse más tarde no haberlo hecho, en caso de que un poder mayor se abalanzara, cuando ya no hubiera forma de recuperar el territorio.

—Juliette —comenzó Kathleen en voz baja, y los ojos de su prima empezaron a oscilar entre ella y Roma—. ¿Qué fue lo que pasó entre ustedes?

Juliette no tenía una respuesta preparada para esa pregunta, así como tampoco la había tenido todas las otras veces que se la habían formulado. Kathleen merecía una explicación mejor, merecía saber por qué toda la ciudad decía que Juliette había disparado contra Marshall Seo a quemarropa, cuando en otra época hasta se había mostrado amigable con él; por qué Roma Montagov dejaba caer flores ahí donde iba, como una forma de ridiculizar a las víctimas de la guerra de clanes, cuando alguna vez había sido tan gentil con Juliette. Pero incluir en el secreto a otra persona significaba arrastrarla al desastre. Un objetivo más en el escrutinio estricto de Tyler, un objetivo más para el arma de Tyler.

Mejor no hablar del asunto. Mejor fingir hasta que, tal vez, sólo tal vez, apareciera la oportunidad de salvar a la ciudad del estado en que había caído.

—Ya está comenzando la película —dijo Juliette en lugar de responder.

—*Juliette* —insistió Kathleen.

La heredera de los Cai apretó la mandíbula con fuerza y se preguntó si su actitud todavía engañaría a alguien. En Nueva York había sido muy buena para mentir, tan buena para fingir ser otra persona totalmente diferente. Pero estos últimos meses habían sido tan agotadores que habían estado desgastándola poco a poco hasta revelar su propia y verdadera identidad.

—Él no está haciendo nada. Mira, se está sentando.

En efecto, Roma parecía estar alejándose del comerciante después de tan sólo saludarlo, y se dirigía a su asiento ubicado en el extremo de una hilera, dos filas detrás. Esto no tenía por qué ser un asunto importante. No necesitaban engancharse en un enfrentamiento. Juliette podía vigilarlo discretamente desde donde estaba y procurar acercarse a aquel comerciante tan pronto llegara el intermedio. Era sorpresivo que la hubieran enviado a buscar a un comerciante. La Pandilla Escarlata rara vez

perseguía a un nuevo cliente; ellos se limitaban a esperar que los comerciantes los buscaran. Pero éste no traficaba drogas, como el resto. Había llegado a Shanghái la semana anterior cargado de tecnología británica, quién sabe de qué clase; el padre de Juliette no habían sido muy específico cuando le encomendaron la misión, únicamente dijeron que se trataba de cierta clase de armamento que la Pandilla Escarlata estaría interesada en adquirir.

Si los Flores Blancas también estaban tratando de conseguirlo, entonces debía de ser algo de consideración. Juliette se propuso solicitar más detalles tan pronto volviera a casa.

La sala quedó finalmente a oscuras. Kathleen miró por encima del hombro, mientras jugueteaba con las mangas de su abrigo.

—Relájate —susurró Juliette—. Lo que estás a punto de ver viene directamente de su estreno en Manhattan. Es entretenimiento de gran calidad.

La película comenzó. El Salón Principal era el espacio de proyección más grande de todo el Gran Teatro y su sonido orquestal parecía llegarles desde todas direcciones. Cada asiento contaba con su propio sistema de traducción que leía el texto que aparecía en la pantalla de la película muda. La pareja a la izquierda de Juliette estaba usando audífonos, y murmuraban con entusiasmo entre ellos, a medida que las frases se trasladaban al chino. Juliette no necesitaba los audífonos, no sólo porque podía entender el inglés, sino porque en realidad no estaba mirando la película. Sus ojos, independientemente de sus esfuerzos, no dejaban de desviarse hacia abajo.

No seas tan tonta, se reprendió Juliette. Ella se había puesto en esta situación sin tomar precauciones. Y no se arrepentía. Era lo que había que hacer.

Pero, aun así, no podía dejar de mirar.

Habían transcurrido sólo tres meses, pero Roma había cambiado. Ella lo sabía, claro, gracias a los informes que le llegaban acerca de los gánsteres muertos, junto a los cuales los asesinos pintaban caracteres coreanos con la sangre de sus víctimas. Lo sabía gracias a los cadáveres que se apilaban cada vez más hacia el interior de las líneas territoriales de los Escarlatas, como si los Flores Blancas estuvieran poniendo a prueba hasta dónde sería tolerada su afrenta. Era poco probable que Roma hubiera buscado

específicamente a miembros de la Pandilla Escarlata para cometer estos asesinatos teñidos de venganza, no era su naturaleza llegar *tan* lejos, pero cada vez que surgía un nuevo conflicto, el mensaje que traslucía era claro: *esto es obra tuya, Juliette*.

Había sido ella quien había escalado la guerra de clanes, la que había apretado el gatillo contra Marshall Seo y había dicho a Montagov a la cara que lo que había sucedido entre ellos no había sido más que una farsa. Así que toda la sangre que Roma regaba a su paso era parte de su venganza personal contra la heredera de los Cai.

Él también había asumido su papel a cabalidad. En cierto momento había cambiado su porte oscuro por trajes de colores claros: saco tono crema y corbata dorada, con mancuernillas que reflejaban la luz cada vez que la pantalla del Gran Teatro parpadeaba en blanco. Su postura corporal era rígida, ya no se dejaba caer pesadamente en la silla para fingir despreocupación, no más piernas estiradas y sentarse con la espalda para evitar ser visto por aquellos que sólo daban un vistazo superficial al recinto.

Roma Montagov ya no era el heredero que confabulaba desde las sombras. Parecía como si estuviera cansado de que la ciudad lo viera como el que cortaba gargantas en la oscuridad, la sombra de corazón negro como un carbón que vestía ropa a juego.

Ahora se veía como un Flor Blanca. Se veía como su padre.

Con el rabillo del ojo, Juliette captó un movimiento rápido que atrajo su atención. Después de parpadear desvió la mirada de donde estaba Roma y examinó los asientos en el extremo opuesto del pasillo. Por un momento creyó haberse equivocado, que tal vez se le había soltado un mechón de cabello que le había cubierto los ojos momentáneamente. Pero luego, cuando la pantalla volvió a destellar en blanco, mientras un tren se descarrilaba con estruendo en el Lejano Oeste, Juliette vio la figura que se levantaba en medio del público.

La cara del hombre estaba cubierta por las sombras, pero el arma que tenía en la mano se veía brillar.

Y apuntaba directamente contra el comerciante que estaba en la primera fila y con quien Juliette necesitaba hablar.

—Claro que *no* —susurró con irritación cuando buscaba la pistola que llevaba atada al muslo con una correa.

La pantalla volvió a ponerse oscura, pero Juliette apuntó igual. En el segundo antes de que el hombre pudiera actuar, ella apretó el gatillo primero y su arma resonó con un *bang*.

Ella sintió el retroceso de la pistola que la empujó contra el respaldo de la silla mientras apretaba la mandíbula y veía cómo el hombre de abajo soltaba el arma y se agarraba el hombro. Su disparo apenas había llamado la atención del público, pues en ese mismo instante tenía lugar un tiroteo en la película, el cual enmascaró el grito del hombre y también el humo que salía del cañón de la pistola de Juliette. Aunque la película no tenía sonido, la orquesta que musicalizaba en vivo incluía un estruendoso timbal que resonaba al fondo, y todos los espectadores supusieron que el disparo era parte de la historia en pantalla.

Todos menos Roma, que se volteó de inmediato y miró hacia arriba, buscando con los ojos el origen de aquella detonación.

Y lo encontró.

Sus miradas se cruzaron y el reconocimiento mutuo produjo una reacción tan intensa en Juliette que la heredera de los Cai sintió una detonación química extenderse por su espina dorsal, como si su cuerpo finalmente pudiera alinearse, después de meses de dislocación. Se quedó paralizada, sin poder respirar y con los ojos muy abiertos.

Hasta que Roma metió la mano en el bolsillo de su saco en busca de un arma, y Juliette no tuvo más alternativa que salir de su aturdimiento. En lugar de luchar contra el posible asesino, él había decidido dispararle a *ella*.

Juliette sintió cómo tres balas zumbaron junto a su oreja y, conteniendo el aliento, se arrojó al suelo, lo que hizo que se lastimara las rodillas contra la alfombra. La pareja que estaba a su izquierda fue la primera, aunque no la única, en gritar.

La audiencia empezaba a darse cuenta de que los disparos no procedían de la orquesta.

—Muy bien —se dijo Juliette entre dientes—. Todavía está furioso conmigo.

—¿Qué *fue* eso? —preguntó Kathleen. Su prima ya la acompañaba en el suelo, y aprovechó el barandal del segundo nivel para cubrirse. ¿Acaso disparaste a los asientos de abajo? ¿Ese fue Roma Montagov devolviendo los disparos?

Juliette hizo una mueca.

—Sí.

Parecía como si abajo estuviera empezando una estampida. En el segundo nivel el público también estaba entrando en pánico, claro, y todo el mundo se levantaba de un brinco de su asiento y se dirigía a la salida, pero las dos puertas que había a ambos lados del teatro —marcadas con las palabras PARES e IMPARES para facilitar el acomodo del público— eran tan angostas que lo único que la gente logró fue crear un gran cuello de botella.

Kathleen hizo un ruido que sólo Juliette pudo entender: *"Él no está haciendo nada… ¡Mira, se está sentando!"*.

—Ay, ¡no te burles de mí! —siseó Juliette.

Esta situación no era ideal, pero ella estaba dispuesta a salvarla.

Se puso de pie.

—Alguien intentaba disparar al comerciante —Juliette echó una mirada rápida por encima del barandal. Ya no percibió a Roma. Pero sí vio cómo el comerciante que se apretaba el saco alrededor de la cintura y se ceñía su sombrero de paja, mientras trataba de seguir a la multitud que abandonaba el teatro.

—Ve a averiguar quién fue —jadeó Kathleen—. Tu padre te cortará la cabeza si el comerciante es asesinado.

—Sé que estás bromeando —murmuró Juliette—, pero tal vez tengas razón —entonces puso su pistola en la mano de su prima y salió corriendo, mientras le decía por encima del hombro—: ¡Habla con el comerciante de parte mía! *¡Merci!*

Para ese momento la aglomeración en la puerta había aflojado lo suficiente para que Juliette pudiera abrirse paso y salir al vestíbulo del segundo nivel del Salón Principal. Las mujeres vestidas con qipaos de seda se lamentaban inconsolablemente, mientras que los oficiales británicos se apretujaban en una esquina para comentar histéricamente sobre lo que estaba sucediendo. Juliette hizo caso omiso de todo eso, y avanzó empujando hasta llegar a las escaleras y descender al primer piso, por donde el comerciante debería salir.

Hasta que frenó de súbito. La escalera principal estaba demasiado atestada. Sus ojos se desviaron hacia un costado, en dirección a las escaleras de servicio. Abrió la puerta de par en par sin pensarlo dos veces y se lanzó hacia abajo. Juliette conocía bien el teatro, estaba en territorio

Escarlata y ella había pasado una buena parte de su primera infancia deambulando por este edificio, asomándose a las distintas salas cuando su institutriz estaba distraída. Mientras que la escalera principal era una estructura magnífica de pisos pulidos y arcos y barandales de madera, las escaleras de servicio eran de cemento y carecían de luz natural, iluminadas solamente por una pequeña lámpara que colgaba del descansillo de la segunda planta.

Sus tacones resonaban contra el suelo, pero al dar vuelta al descansillo frenó del todo.

Esperando allí, junto a la puerta que conectaba con el vestíbulo principal, estaba Roma, con su arma levantada y apuntando.

Juliette supuso que se había vuelto predecible.

—Estabas a tres pasos del comerciante —dijo ella y se sorprendió al oír que su voz mantenía un tono ecuánime. *Tā mā de*. Juliette tenía un cuchillo atado a la pierna, pero mientras lo sacaba, le daría suficiente tiempo a Roma para disparar—. ¿Lo dejaste ir sólo para buscarme? Me siento halagada…

Juliette giró con un siseo. Sentía que la mejilla le ardía y empezaba a hincharse debido al roce de las balas que pasaron zumbando junto a su cabeza. Antes de que Roma pudiera pensar en volver a apuntarle, Juliette evaluó rápidamente sus opciones y luego se metió por la puerta que tenía detrás y salió a la unidad de almacenamiento.

No estaba tratando de escapar. Ahí no había salida, únicamente era un cuarto angosto lleno de butacas apiladas y telarañas. Ella sólo necesitaba…

Otro disparo pasó zumbando junto a su brazo.

—Vas a volar todo este lugar —reclamó Juliette mientras giraba sobre sus talones. Había llegado al extremo del almacén y tenía la espalda contra los gruesos tubos que subían por las paredes—. Algunos de estos tubos llevan gas, si haces un agujero en alguno, todo el teatro arderá.

Roma no se inmutó. Era como si no pudiera oír lo que Juliette decía. Tenía los ojos entrecerrados y cada músculo de la cara contraído. Parecía un desconocido, un forastero, como un niño que tras ponerse un disfraz se sorprende al contemplar lo bien que le queda. Incluso en medio de las menguadas luces, el dorado de su ropa resplandecía, con el mismo brillo de las luminosas marquesinas que rodeaban el Gran Teatro de Shanghái.

Juliette quería gritar al ver en lo que Roma se había convertido. Ella

apenas podía respirar, y se estaría mintiendo si dijera que sólo era por el ejercicio físico al que se había sometido.

—¿Oíste lo que dije? —Juliette sopesó la distancia que había entre ellos —. Aparta el arma…

—¿Acaso te oyes cuando hablas? —la interrumpió Roma. Entonces dio tres pasos largos y se acercó lo suficiente para poner el arma ante el rostro de Juliette. Ella podía sentir el calor del cañón de acero a un par de centímetros de su piel—. Tú mataste a Marshall. *Lo mataste.* Hace varios meses que ocurrió, y todavía no he oído ni una palabra de explicación de tu parte…

—No hay ninguna explicación.

En ese momento Roma pensó en aquella mujer como si se tratara de un monstruo. Él pensaba que Juliette lo había odiado todo el tiempo, con tanta saña que quería destruir todo lo que él amaba, y la verdad es que él *tenía* que pensar eso, si quería seguir viviendo. Esa chica se había negado a matarlo tan sólo porque era débil de carácter.

—A él lo maté porque tenía que morir —continuó Juliette. Luego levantó el brazo con una rapidez increíble, despojó a Roma de su arma y la dejó caer con un golpe fuerte a sus pies—. Al igual que voy a matarte, a menos que logres matarme primero…

Roma la empujó contra los tubos.

El golpe fue tan fuerte que Juliette sintió sabor a sangre en la boca, pues se cortó el labio con sus propios dientes. Entonces ahogó un grito y luego otro, mientras la mano de Roma se cerraba sobre su garganta, al tiempo que la observaba con ojos asesinos.

Juliette no estaba asustada. Si acaso, sólo experimentaba resentimiento, pero no hacia Roma sino hacia ella misma. Por su deseo de abrazarlo aunque Roma en realidad intentaba matarla. Por esa distancia entre ellos que ella había establecido deliberadamente, debido a que habían nacido en dos familias que se odiaban y gracias a que ella prefería morir a manos de Roma, en lugar de ser la causa de su muerte.

Nadie más va a morir para protegerme. Roma había volado una casa llena de gente para mantener a salvo a Juliette. Tyler y sus Escarlatas arrasarían una casa con todos sus ocupantes por defender a Juliette, aunque ellos también quisieran verla muerta. Todo era una y la misma cosa. Era esta ciudad dividida entre apellidos y colores y territorios, pero que, de alguna

manera, proyectaba la misma violencia sanguinaria.

—Adelante —dijo Juliette con esfuerzo.

No lo decía en serio. Ella conocía a Roma. Él pensaba que quería verla muerta, pero el hecho es que un Montagov nunca erraba un tiro y, sin embargo, había fallado: bastaba con ver todos esos proyectiles que habían quedado incrustados en las paredes, en lugar de haber perforado la cabeza de Juliette. El hecho es que él tenía sus manos alrededor del cuello de ella y, no obstante, la heredera de los Cai podía respirar, todavía podía inhalar más allá de toda la podredumbre y el odio que sus dedos de Montagov trataban de imprimir en su piel.

Justo cuando Roma se inclinó hacia delante, tal vez decidido a ultimarla, la mano de Juliette se cerró sobre la funda que llevaba bajo el vestido y liberó su cuchillo cortando cualquier cosa que se atravesara en su camino. Roma siseó y la soltó. No era más que un tajo superficial, pero se llevó el brazo al pecho y Juliette aprovechó ese cambio de guardia para ponerle el filo contra la garganta.

—Esto es territorio Escarlata —dijo ella con tono neutro, pero necesitó de todas sus fuerzas para mantenerlo así—. Parece que lo olvidaste.

Roma permaneció inmóvil mirándola fijamente, cada vez más inexpresivo, a medida que el momento se prolongaba, tanto que Juliette casi creyó que iba a rendirse.

En lugar de ello Roma decidió acortar distancia contra el cuchillo hasta que la hoja de metal rozó su cuello, a sólo milímetros de cortar la piel y hacer brotar la sangre.

—Entonces hazlo —siseó Roma, quien sonaba furioso, *herido*—. Mátame.

Juliette no se movió y tal vez vaciló durante un instante demasiado largo porque la expresión de Roma se convirtió en una risita burlona.

—¿Por qué dudas? —la increpó, desafiante.

Juliette todavía sentía el regusto a sangre en la boca. En un segundo le dio la vuelta al cuchillo hasta agarrarlo por la hoja y golpeó la sien de Roma con la empuñadura. El muchacho parpadeó y empezó a desplomarse como un saco de arroz, pero Juliette lanzó lejos el puñal y se apresuró a detener la aparatosa caída. Tan pronto como deslizó las manos alrededor de Roma dejó escapar una exhalación de alivio, y atrapó al chico justo antes de que su cabeza se estrellara contra el duro suelo.

Juliette suspiró. En sus brazos, Roma se sentía tan corpóreo, más real que nunca. Su seguridad era un concepto abstracto cuando el chico estaba lejos, lejos de las amenazas que para él representaban los Escarlatas. Pero aquí, mientras sentía las palpitaciones de su pecho, que se acompasaban al ritmo de sus propios latidos, Roma parecía nada más que un niño, sólo un corazón ensangrentado y palpitante que podía ser cercenado en cualquier momento por un cuchillo lo suficientemente afilado.

—*¿Por qué dudas?* —repitió Juliette con amargura. Luego depositó al muchacho en el suelo con suavidad y le retiró el cabello de la cara—. Porque aunque tú ahora me odies, Roma Montagov, yo todavía te amo.

Dos

Lo primero que Roma sintió fue una punzada en el hombro. Luego comprendió que tenía el cuerpo rígido. Fue entonces que lo aquejó un horrible dolor de cabeza.

—¡Por Dios! —siseó, mientras terminaba de despertarse. Tan pronto como se aclaró su visión, percibió la negra bota responsable de la punzada, la cual estaba en los pies de la última persona que quería encontrarse ahora que estaba postrado en el suelo.

—¿Qué diablos pasó? —preguntó Dimitri Voronin, con los brazos cruzados sobre el pecho. Detrás de él había otros tres Flores Blancas que inspeccionaban el lugar con particular atención en las balas incrustadas en las paredes.

—Fue Juliette Cai —balbuceó Roma, cojeando para ponerse de pie—. Me dejó inconsciente.

—Tal parece que tuviste suerte de que no te matara —dijo Dimitri y le dio un golpe a la pared, lo cual dejó manchas de hollín y polvo en la palma de su mano. Roma no se molestó en decir que él había estrellado todas esas balas allí. No es que Dimitri quisiera ayudar. Probablemente había reunido refuerzos tan pronto se enteró de que había un tiroteo en el Gran Teatro, entusiasmado por situarse en el centro mismo de la confusión. Dimitri Voronin había estado en todas partes estos últimos meses, sobre todo desde que se perdió el espectáculo en el hospital y sólo después pudo armar el rompecabezas de lo que sucedió entre los Flores Blancas y la Pandilla Escarlata, al igual que todos los demás. A partir de entonces, Dimitri no estaba dispuesto a quedarse fuera de ningún

espectáculo. Apenas tenía noticia de cualquier escaramuza en la ciudad, así fuera una riña insignificante, si ésta estaba remotamente relacionada con la guerra de clanes, él era el primero en llegar a la escena.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Roma mientras se tocaba la mejilla y hacía una mueca de dolor al comprobar la gravedad de la magulladura—. Mi padre me envió a *mí*.

—Sí, bueno, no fue una decisión muy buena, ¿o sí? Vimos afuera al comerciante charlando alegremente con Kathleen Lang.

Roma contuvo una maldición. Quería escupir en el suelo, pero Dimitri estaba observando, así que sólo dio media vuelta y recogió su pistola.

—No importa. Mañana será un nuevo día. Es hora de irse.

—¿Te vas a rendir así, sin más?

—Éste es territorio…

En ese momento se escuchó un silbato, que resonó por todas las escaleras de servicio. Esta vez Roma sí soltó una maldición cuando guardaba su pistola, antes de que la guardia municipal irrumpiera en el almacén, lista para poner orden con sus garrotes. Por alguna extraña razón, las autoridades vieron a los Flores Blancas y decidieron dirigir su atención hacia Dimitri, mientras observaban fijamente su armamento.

—*Lâche le pistolet* —ordenó el hombre que estaba delante y cuyo cinturón brillaba, pues las esposas metálicas que llevaba al cinto alcanzaban a reflejar la escasa luz del lugar—. *Lâche-moi ça et lève les mains*.

Dimitri no hizo lo que le pedían: no arrojó el arma que colgaba despreocupadamente de su mano, ni levantó los brazos en señal de rendición. Su negativa parecía una insolencia, pero Roma entendió lo que pasaba. Dimitri no entendía francés.

—Ustedes no nos controlan a nosotros —gritó Dimitri en ruso—. Así que por qué no se van y…

—*Ça va maintenant* —lo interrumpió Roma—. *J'ai entendu une dispute dehors du théâtre. Allez l'investiguer*.

Los oficiales de la guardia municipal entrecerraron los ojos, sin saber si debían seguir las instrucciones de Roma: si realmente había algún incidente afuera que debían atender, o Roma les estaba diciendo una mentira. En realidad era una mentira, pero Roma sólo tuvo que gritar de nuevo "¡Andando!" y la guardia municipal se dispersó.

Ésa era la clase de persona en la que Roma se había convertido después

de tanto esfuerzo. La clase de persona que quería seguir siendo y la razón por la cual estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su poder para lograrlo. Alguien que fuera escuchado aun cuando los oficiales fueran Escarlatas.

—Muy impresionante —dijo Dimitri cuando los Flores Blancas volvieron a quedar solos—. En serio, Roma, es muy…

—¡Cállate! —estalló Roma y el efecto fue inmediato. El chico deseó poder sentir alguna satisfacción por el rubor que empezó a subir por el cuello de Dimitri, y las risitas burlonas de los hombres que había llevado con él, pero lo único que sentía en ese momento era un gran vacío—. La próxima vez no vengas a pavonearte en territorio controlado por forasteros, si no sabes cómo lidiar con ellos.

Entonces Roma dio media vuelta para marcharse y bajó decididamente las escaleras de servicio para regresar al primer nivel. Era difícil decir qué fue exactamente lo que lo puso en ese estado de alteración; había tantas cosas dando vueltas en su cabeza: la forma como el comerciante se le había escapado de las manos, el extraño asesino de la sala, el hecho de que Juliette se encontrara allí.

Juliette. Roma aceleró el paso al salir del teatro y entrecerró los ojos, mientras levantaba la mirada hacia las nubes grises. En ese momento sintió una punzada de dolor en el brazo y su mano se dirigió instintivamente hacia la cortada que Juliette le había causado, pensando que seguramente iba a encontrar un coágulo de sangre, tan endurecido y muerto como sus sentimientos por ella. Pero en lugar de eso, al subirse suavemente la manga, sus dedos se toparon con una tela muy suave.

Sorprendido, Roma se detuvo a un lado de la acera y se miró el brazo. Lo tenía muy bien vendado, con un elegante nudo en el borde.

—¿Esto es *seda*? —murmuró frunciendo el ceño. Parecía seda. La misma seda del vestido de Juliette; un trozo arrancado al calor del momento, pero *¿por qué ella habría hecho algo así?*

Entonces se oyó un pitazo que provenía de la calle y que atrajo su atención. Un auto inmóvil pero con el motor en marcha parecía echarle las luces, entonces el conductor sacó un brazo por la ventanilla y le hizo señas a Roma. El muchacho no se movió y siguió con el ceño fruncido.

—¡Señor Montagov! —le gritó finalmente el Flor Blanca después de un largo minuto—. ¿Ya nos podemos ir?

Roma suspiró y se apresuró a subirse al auto.

Había veintidós jarrones distribuidos por la mansión Cai, todos llenos de rosas rojas. Juliette estiró un brazo para tomar un botón en la palma de su mano, mientras deslizaba suavemente un dedo por los delicados bordes del pétalo. Hacía rato que afuera había caído la noche. Era lo suficientemente tarde para que la mayoría de los criados ya se estuvieran retirando a sus habitaciones, arrastrando los pies en camisón, mientras le deseaban a Juliette una buena noche al cruzarse con ella por el corredor. Juliette supuso que sólo le hablaban porque habría sido extraño no darse cuenta de que la heredera Escarlata estaba tumbada en el suelo, con los brazos estirados en cruz y las piernas apoyadas contra la pared, mientras esperaba afuera de la oficina de su padre. El último criado le había deseado buena noche hacía más de media hora. Desde entonces, Juliette había decidido ponerse de pie y empezar a pasearse, a pesar de la molestia que eso le causaba a Kathleen. Su prima había permanecido delicadamente sentada en una silla todo el tiempo, con una carpeta de documentos sobre el regazo.

—¿De qué demonios pueden estar hablando? —refunfuñó Juliette cuando soltaba la rosa—. Han pasado *horas*. Ya es casi otro día…

La puerta de la oficina de Lord Cai finalmente se abrió y apareció un líder nacionalista que se estaba despidiendo. Unos meses atrás, Juliette habría sentido mucha curiosidad por esa reunión y habría pedido explicaciones. Pero ahora el hecho de ver a distintos nacionalistas que entraban y salían de la casa era tan común que apenas se daba cuenta. Siempre era lo mismo: hay que aplastar a los comunistas, a cualquier costo. Llenarlos de balas, acabar con sus sindicatos: a los nacionalistas no les importaba cómo lo hicieran los Escarlatas, siempre y cuando lograran sus objetivos.

Este nacionalista se quedó un momento en el umbral, y luego dio media vuelta, como si hubiera algo que había olvidado decir. Juliette entrecerró los ojos. El hecho de ver a dirigentes políticos se había vuelto costumbre, sí, pero éste en particular… Tenía varias estrellas y emblemas que decoraban su uniforme. Tal vez se tratara de un general.

Poniendo a prueba sus límites, Juliette le tendió una mano a Kathleen. Su prima, aunque confundida, aceptó el gesto y tomó la carpeta, al tiempo

que las dos se dirigían hacia aquel personaje.

—No más caudillos —el líder nacionalista retiró una pelusa imaginaria de la parte delantera de su uniforme militar—. Y no más extranjeros. Estamos entrando a un nuevo mundo, y el hecho de que la Pandilla Escarlata esté con nosotros es un asunto de lealtad…

—Sí, sí —interrumpió Juliette, mientras pasaba por delante del hombre y arrastraba también a su prima—. Bendito sea el Kuomintang, *wàn suì wàn suì wàn wàn suì*… —dijo, cuando empezó a empujar la puerta.

—*Juliette* —le gritó Lord Cai.

La muchacha se detuvo y le brillaron los ojos. Con esa chispa que resplandecía en ellos cuando los cocineros le llevaban su comida favorita. La misma chispa que relampagueaba cuando veía en la vitrina de una tienda un collar de diamantes que codiciaba.

—Presente y reportándome —dijo.

Lord Cai se recargó en su enorme silla y entrelazó las manos sobre el abdomen.

—Discúlpate, por favor.

Juliette hizo una reverencia descuidada y, cuando miró al dirigente nacionalista, vio que éste la observaba atentamente, pero no con esa mirada de lascivia de los hombres en la calle. Era algo mucho más profundo, más meditado.

—Por favor acepte mis disculpas. ¿Supongo que puede encontrar la salida?

El nacionalista le hizo un gesto con su gorra y, aunque le ofreció una sonrisa, por cortesía, la expresión no alcanzó realmente a iluminar sus ojos, cuyas patas de gallo se hicieron un poco más profundas, pero sin ningún indicio de interés.

—Desde luego. Encantado de conocerla, señorita Cai.

La verdad es que no se lo habían presentado, así que no se habían conocido realmente. Pero Juliette no lo mencionó, sólo cerró la puerta y luego lanzó una mirada significativa a Kathleen.

—¡Qué *fastidio*! Cuando uno va de salida, pues lo mejor es *marcharse*.

—Juliette —volvió a decir Lord Cai, esta vez con menos irritación, dado que el nacionalista ya no estaba presente y Juliette no se sentiría en la necesidad de portarse desafiante—. Ése era Shu Yang. El general Shu. ¿Sabes quién es? ¿Has seguido en los diarios las noticias sobre el avance de

la Expedición del Norte?

Juliette se sintió avergonzada.

—Bàba —empezó a decir la muchacha y se dejó caer en una silla frente al escritorio de su padre. Kathleen siguió discretamente su ejemplo—. La Expedición del Norte es tan aburrida…

—Pero va a determinar el destino de nuestro país…

—Bueno, bueno, pero los *informes* son tan aburridos: que tal general se apoderó de tal segmento de tierra. Que tal división del ejército llegó hasta tal punto. Prácticamente lloro de felicidad cada vez que me mandas a estrangular a alguien en lugar de leer sobre eso —Juliette entrelazó las manos—. Por favor, sólo deja que me encargue de los estrangulamientos.

Su padre sacudió la cabeza, sin molestarse en dar importancia al melodrama de su hija. Sus ojos se desviaron hacia la puerta de manera reflexiva.

—Escucha esto —recomenzó Lord Cai, lentamente—. El Kuomintang se está reestructurando. Dios sabe que ya no fingen cooperar con los comunistas. Ya no podemos darnos el lujo de no preocuparnos por eso.

Juliette apretó los labios, pero decidió no responder. La revolución se aproximaba, no podía negarlo. La Expedición del Norte, así era como la llamaban, avanzaba: tropas nacionalistas marchaban hacia el norte combatiendo a los caudillos locales en un intento por reunificar el vasto territorio chino. Shanghái sería la fortaleza, la última ficha antes de que el mediocre gobierno nacional actual fuera definitivamente expulsado, y cuando llegaran los ejércitos, ya no habría aquí jefes militares que derrotar… sólo pandillas y extranjeros.

De modo que la Pandilla Escarlata tenía que ubicarse en el bando correcto antes de que eso pasara.

—Desde luego —dijo Juliette—. Ahora… —y dirigió un gesto a Kathleen para que siguiera. De manera casi vacilante, su prima se inclinó hacia el escritorio de Lord Cai y deslizó suavemente la carpeta que tenía en las manos.

—¿Tuvieron éxito? —preguntó Lord Cai hablándole todavía a Juliette, a pesar de que tomó la carpeta de manos de Kathleen.

—Sería conveniente que enmarcaras ese contrato —respondió Juliette —. Kathleen casi llega a los puños por él.

Kathleen codeó discretamente a su prima, con una expresión de alerta

en el rostro. En circunstancias normales, Kathleen no podía adoptar una actitud adusta, ni siquiera si se lo proponía, pero las luces tenues de la oficina fueron de ayuda. El candelabro diminuto que colgaba del techo estaba fijo en el nivel de intensidad más bajo proyectando así largas sombras sobre las paredes. Las cortinas detrás del escritorio de Lord Cai estaban corridas y volaban ligeramente porque la ventana estaba entreabierta. Juliette conocía los viejos trucos de su padre. En lo más crudo del invierno, como estaban ahora, la ventana abierta mantenía la oficina helada, y mantenía a los visitantes alertas cuando se quitaban el abrigo por cortesía y terminaban temblando de frío.

Juliette y Kathleen no se quitaron sus abrigos.

—¿Una pelea? —repitió Lord Cai—. Lang Selin, eso no suena muy propio de ti.

—No hubo pelea, Gūfū —se apresuró a decir Kathleen y le lanzó otra mirada de censura a Juliette, quien se limitó a sonreír en respuesta—. Sólo una refriega entre algunas personas a la salida del Gran Teatro. Logré rescatar al comerciante, y él estaba tan agradecido que aceptó sentarse en un hotel cercano a beber conmigo una taza de té.

Lord Cai asintió. Mientras revisaba las cláusulas del contrato escritas a mano, fue haciendo unos cuantos soplidos de aprobación aquí y allá, lo cual, para un hombre silencioso, significaba que el trato le había mejorado el ánimo.

—No conocía los detalles sobre la razón por la cual lo queríamos contactar —se apresuró a decir Kathleen cuando Lord Cai cerró la carpeta —. Así que podría decirse que la redacción es algo vaga.

—Ah, no te preocupes —contestó Lord Cai—. El Kuomintang está detrás de sus armas. Yo tampoco conozco los detalles.

Juliette parpadeó antes de hablar.

—¿Estamos entrando en una sociedad de negocios en la que ni siquiera sabemos qué estamos negociando?

De ninguna manera se trataba de un asunto de importancia. La Pandilla Escarlata estaba acostumbrada a comerciar con el trabajo humano y drogas. Otra mercancía ilícita sólo agregaba una línea más a lo que ya era una lista muy larga, pero confiar tan plenamente en los nacionalistas…

—Y, a propósito de eso —continuó Juliette antes de que su padre pudiera responder su pregunta—, Bàba, había un asesino persiguiendo al

comerciante.

Lord Cai se demoró un buen rato en reaccionar, lo que significaba que ya lo sabía. Desde luego que sí. Juliette tenía que esperar horas para ver a su propio padre, pues por lo general su nombre quedaba al final de una lista de espera llena de dirigentes nacionalistas, personalidades del extranjero y hombres de negocios, pero los mensajeros podían entrar y salir a su antojo, e irrumpían en la oficina para susurrar sus informes al oído de Lord Cai.

—Sí —dijo finalmente—. Probablemente era un Flor Blanca.

—No.

Lord Cai frunció el ceño y levantó la mirada. Juliette había saltado para expresar su desacuerdo de forma expedita.

—En el teatro había… un Flor Blanca que también estaba tratando de negociar con el comerciante —explicó Juliette. Sus ojos se desviaron involuntariamente hacia la ventana, para clavarse en las lámparas doradas que zumbaban en los jardines de abajo. Su luz hacía que los botones de rosa brillaran con calidez, lo cual contrastaba con la temperatura atroz que imperaba a esas horas de la noche—. Roma Montagov.

Juliette volvió a concentrarse en su padre y pasó saliva con esfuerzo. Si su padre hubiera estado prestando atención, la velocidad con que ella buscó su reacción la habría delatado de inmediato, pero su padre miraba hacia el vacío.

Juliette exhaló lentamente.

—Curioso asunto ese del porqué el heredero de los Flores Blancas estaba también tras el comerciante —murmuró Lord Cai, más para sí mismo. Entonces agitó una mano—. No obstante, no hay que preocuparse por un asesino aficionado. Probablemente se tratara de un comunista, o alguien de cualquier facción que se opone al Ejército Nacionalista. A partir de ahora haremos que los Escarlatas protejan al comerciante. Nadie se atreverá a volver a intentarlo.

Parecía bastante seguro. No obstante, Juliette se mordió el labio, pues no estaba tan convencida. Hacía unos pocos meses tal vez nadie se atrevía a cruzarse en el camino de los Escarlatas, ¿pero ahora?

—¿Llegó otra carta?

Lord Cai suspiró y entrelazó los dedos.

—Selin, debes estar muy cansada —dijo.

—Es mi hora de dormir, sí —comentó dócilmente Kathleen, obedeciendo enseguida la amable señal que se le había dado para retirarse. Y salió tan rápidamente que la puerta de la oficina se cerró detrás de ella casi antes de que Juliette tuviera tiempo de despedirse. Su padre debía saber que ella le informaría después a Kathleen sobre lo que estaba sucediendo. Pero suponía que él se sentía mejor al pensar que el resto de la familia no estaba involucrado en esto, y que cuanta menos gente supiera, menos probable sería que aquello se convirtiera en un asunto preocupante.

—El extorsionador volvió a atacar —dijo Lord Cai sacando finalmente del cajón de su escritorio un sobre que alargó a Juliette—. La suma más alta hasta la fecha.

Juliette estiró la mano y primero examinó no la carta sino el sobre. Todas las veces era el mismo. Totalmente común y corriente, excepto por un detalle: cada sobre exhibía un sello postal que indicaba que había sido enviado desde la Concesión Francesa.

—Tiān nǎ —dijo entre dientes, mientras sacaba la carta y leía su contenido. Una cantidad realmente exorbitante. Pero debían enviarla. *Tenían* que hacerlo.

Juliette arrojó la carta sobre el escritorio de su padre con un bufido. En octubre pasado pensó que había matado al monstruo de Shanghái. Había matado a Qi Ren. Había visto la forma en que la bala penetró en su corazón y cómo el anciano pareció desmoronarse con una sensación de alivio, liberado por fin de la maldición con la que Paul Dexter lo había sometido. Su garganta se había abierto de par en par y el insecto madre había salido volando hasta aterrizar sobre el muelle de El Bund, en pleno Distrito Histórico de la ciudad.

Luego Kathleen había encontrado el mensaje final de Paul Dexter:

En caso de que yo muera, libérenlos a todos.

Y luego habían seguido los gritos. Juliette nunca había corrido tan velozmente. Por su cabeza pasaron todos los peores escenarios: cinco, diez, cincuenta monstruos, devastando las calles de Shanghái. Todos y cada uno de ellos convertidos en el origen de una infección, mientras sus insectos volaban de un civil a otro, hasta que toda la ciudad terminaba muerta en

las alcantarillas, con las gargantas destrozadas y las manos ensangrentadas hasta las muñecas. Pero en lugar de eso Juliette había encontrado solamente a un hombre muerto, un mendigo, a juzgar por su apariencia, recostado contra el muro exterior de una comisaría de policía. El grito era del comprador que lo había visto, y cuando Juliette llegó, la pequeña multitud aterrorizada ya se había dispersado, pues preferían evitar un interrogatorio si la Pandilla Escarlata terminaba involucrada en el asunto.

Ver cadáveres en las calles de Shanghái era tan común como ver a hombres muriéndose de hambre, seres desesperados y violentos. Pero éste había sido asesinado, su garganta cortada justo por la mitad, y junto a él, pegado a la pared con el cuchillo ensangrentado que había sido el instrumento del crimen, estaba el insecto que había salido volando de Qi Ren.

Para cualquier otro observador, o para el inspector de policía que examinaría después la escena, el asunto no tenía sentido. Pero para Juliette, el mensaje era claro: alguien, en algún lugar de la ciudad, mantenía los otros insectos que Paul Dexter había creado. Sabía bien lo que hacían esos insectos y el daño que causarían si fueran liberados.

La primera carta del extorsionador, que exigía una suma de dinero a cambio de la seguridad de la ciudad, llegó una semana después. Y desde entonces no habían dejado de llegar.

—¿Qué piensas, hija? —preguntó ahora Lord Cai, con los brazos relajados a cada lado de la silla. Observaba cuidadosamente a Juliette, mientras trataba de catalogar su reacción a las exigencias del extorsionador. Le estaba preguntando qué pensaba ella, pero era claro que su padre ya había tomado una decisión. Esto sólo era una prueba para asegurarse de que el criterio de Juliette estaba alineado con lo que debía hacerse. Para reafirmar que ella era digna heredera para liderar la Pandilla Escarlata.

—Envíalo —contestó Juliette, tragándose el temblor de su voz antes de que pudiera volverse notorio—. Hasta que nuestros espías descubran de dónde diablos provienen estos mensajes y yo pueda enviar al extorsionador a la tumba, es mejor que lo mantengamos contento.

Lord Cai guardó silencio por un segundo, y luego otro. Entonces tomó la carta y la dejó colgando de sus dedos.

—Muy bien —dijo su padre—. Enviamos el dinero.

Alisa retomó su vieja costumbre de oír las conversaciones ajenas desde su posición en las vigas. Ahora estaba otra vez acurrucada en el cielo raso, encima de la oficina de su padre, después de colarse por una fisura en la pared del salón del tercer piso.

—¡Ay! —murmuró retirando de su rodilla el peso de su cuerpo. O bien había crecido en estos últimos meses y estaba más alta, o todavía no se había recuperado totalmente, después de estar en coma durante varias semanas. Solía ser capaz de presionarse lo suficiente como para arrastrarse por las vigas y dejarse caer después en el corredor que estaba afuera de la oficina de su padre, cuando ya se quería ir. Pero ahora las extremidades le resultaban inmanejables y se sentía muy rígida. Trató de inclinarse, pero su equilibrio empezó a traicionarla de inmediato.

—Mierda —susurró Alisa mientras se aferraba a la viga. Ya tenía trece años, tenía permitido maldecir.

Abajo, su padre estaba sumido en una discusión con Dimitri: uno detrás del escritorio y el otro sentado con los pies sobre la mesa. Y aunque estaban hablando en un tono desafortunadamente bajo, Alisa tenía el oído muy fino.

—Curioso, ¿no? —comentó Lord Montagov. Su padre tenía algo en las manos: tal vez una tarjeta, tal vez una invitación—. Ninguna amenaza, ninguna acción violenta. Sólo exigen la entrega de una suma de dinero.

—Si me lo permite —dijo Dimitri con voz neutra—,yo diría que el mensaje es de hecho bastante amenazante.

Lord Montagov se rio.

—¿Qué? ¿Esa frase? —dijo y dio vuelta al papel, gracias a lo cual Alisa pudo confirmar que se trataba, en efecto, de una tarjeta: gruesa y de color crema. Una tarjeta fina—. *"Paguen, o el monstruo de Shanghái resucitará"*. Es una bufonada. Roma destruyó a ese maldito monstruo.

Alisa juraría que en ese instante vio cómo Dimitri tensaba la mandíbula.

—He sabido que los Escarlatas han recibido múltiples amenazas, desde hace ya varios meses —insistió Dimitri—. Y todas las veces ellos han pagado la suma que les exige.

—¡Ja! —Lord Montagov se volteó hacia la ventana, pues prefería observar la calle—. ¿Cómo sabemos que no son los Escarlatas los que están detrás de esto, como un plan para sacarnos dinero?

—No lo es —respondió Dimitri con seguridad. Dejó pasar un segundo y luego agregó—: Mi fuente asegura que Lord Cai piensa que la amenaza es real.

—Interesante —dijo Lord Montagov.

—Interesante —repitió Alisa desde su posición en las vigas, pero en voz tan baja que sólo pudieron oírla las motas de polvo. ¿Cómo es que Dimitri sabía lo que pensaba *Lord Cai*?

—Entonces la Pandilla Escarlata sólo está compuesta por una manada de tontos, cosa que hemos sabido toda la vida —Lord Montagov arrojó la tarjeta al suelo—. Olvídalo. No pagaremos a un extorsionador anónimo. Que hagan lo que les dé la gana.

—Yo…

—Tiene sello postal de la Concesión Francesa —lo interrumpió Lord Montagov, antes de que Dimitri pudiera decir algo más—. ¿Qué tienen que ver los franceses? ¿Acaso van a venir ellos mismos aquí, con sus trajes bien planchados, a intimidarnos?

Con esto Dimitri se quedó sin margen para discutir. Así que sólo se recargó contra su asiento, con los labios apretados, reflexionando durante un largo momento.

—Así es —dijo después de un rato—. Entonces que se haga lo que usted crea que es correcto.

La conversación derivó hacia las listas de clientes de los Flores Blancas y Alisa frunció el ceño mientras se arrastraba por la viga. Cuando estuvo lo suficientemente lejos de la oficina de su padre para que la oyeran, se deslizó lentamente a través de una rendija de la pared, para salir al pasillo. Esta casa era un experimento arquitectónico parecido a Frankenstein: múltiples edificios de departamentos reunidos con unas pocas costuras. Había tantos recovecos y pasadizos por encima y por debajo de los distintos cuartos que a Alisa le sorprendía ver que ella era la única que los usaba para moverse de un lado a otro. Y sobre todo le sorprendía que ningún Flor Blanca hubiera roto accidentalmente una pared por recostarse contra ella con mucha fuerza, o se hubiera caído por entre las tablas del piso cuando caminaban por baldosas que estaban casi sueltas.

Al llegar a las escaleras principales, Alisa empezó a subir a toda prisa, saltando los peldaños de dos en dos. La cadena que colgaba de su cuello volaba con cada uno de los brincos, y Alisa sentía el frío del metal golpear

sobre la acalorada piel de su clavícula.

—¡Benedikt! —exclamó Alisa, al hacer una pausa en el cuarto piso.

Su primo apenas se detuvo. Fingió no haberla visto, lo cual era ridículo debido a que él se dirigía en línea recta a la escalera, y Alisa todavía estaba en el último peldaño. Benedikt Montagov se había convertido en una persona totalmente distinta en estos días, toda tristeza y mal humor. Tal vez tampoco fuera la persona más alegre antes que eso, pero ahora había perdido la luz de sus ojos, lo cual lo hacía ver como una marioneta que rondaba por el mundo siguiendo las órdenes de alguien más. En esta ciudad, los períodos de duelo solían ser en realidad bastante breves, pues se sucedían unos tras otros, como las proyecciones en una sala de cine, que entran y salen para dejar lugar a las nuevas.

Benedikt no sólo estaba de luto. Él mismo parecía haber muerto un poco.

—Benedikt —volvió a intentar Alisa y se atravesó en su camino, para que no pudiera pasar de largo—. Hay pasteles de miel abajo. A ti te gustan los pasteles de miel, ¿no?

—Déjame pasar, Alisa —dijo.

Pero la niña se mantuvo firme.

—Es sólo que no te he visto comer últimamente y, aunque sé que ya no vives aquí y tal vez comes cuando yo no puedo verte, la verdad es que el cuerpo humano necesita alimentarse o…

—¡Alisa! —le gritó Benedikt—. Quítate de mi camino.

—Pero…

—¡Ya!

En ese momento se abrió una puerta.

—No le grites a mi hermana.

Roma estaba tranquilo cuando salió al pasillo, con las manos en la espalda como si hubiera estado esperando pacientemente junto a la puerta. Benedikt hizo un ruido profundo con la garganta y giró para quedar frente a Roma con un gesto tan amenazante que Alisa habría pensado que se trataba de dos enemigos y no de primos de la misma sangre.

—No me digas qué hacer —se quejó Benedikt—. Pero, espera, parece como si sólo tuvieras algo que decir cuando no es importante, ¿no es cierto?

Roma se llevó la mano al cabello de manera instintiva, antes de que sus dedos se paralizaran a unos milímetros de su nuevo estilo, reacios a dañar el peinado que habían logrado hacer con tanta vaselina y tanto esfuerzo. Roma no se había quebrado de la forma en que lo había hecho Benedikt, no se había desmoronado en mil pedazos tan afilados que podrían cortar a cualquiera que se acercara demasiado… lo que pasaba, claro, era que Roma Montagov había preferido tragárselo todo. Ahora Alisa contemplaba a su hermano mayor, su único hermano, y parecía como si se estuviera pudriendo de adentro hacia afuera, al convertirse en este chico que se peinaba como un extranjero y actuaba como Dimitri Voronin. Cada vez que su padre lo elogiaba, dándole una palmada en el hombro, Alisa se estremecía, pues sabía que eso se debía a que había aparecido otro Escarlata muerto en la calle, al lado de un letrero que gritaba venganza.

—Eso no es justo —dijo Roma sin levantar la voz, pues no tenía mucho más que argumentarle a su primo.

—Como digas —murmuró Benedikt, mientras le daba un empujón a Alisa para apartarla de su camino. Ella se tambaleó un poco y Roma se apresuró a estabilizarla, mientras le gritaba a su primo, pues no se resignaba a dejarlo tener la última palabra, pero Benedikt apenas le dedicó una mirada al bajar las escaleras. Sus pasos ya resonaban en el segundo piso cuando Roma llegó hasta donde Alisa y la tomó del codo.

—Benedikt Ivanovich Montagov —gritó Roma—. Eres un…

Pero su insulto de frustración fue acallado por el portazo de la entrada principal.

Silencio.

—Sólo quería alegrarlo un poco —dijo Alisa en voz baja.

Roma suspiró.

—Lo sé. No es tu culpa. Él… está atravesando una época difícil.

—Porque Marshall está muerto.

Las palabras de Alisa resonaron con contundencia, como si un peso terrible se deslizara por su lengua. Así eran las duras verdades de la realidad, supuso Alisa.

—Sí —dijo por fin Roma— Porque Marshall está… —su hermano no pudo terminar la frase. Se limitó a desviar la mirada y aclararse la garganta mientras parpadeaba con rapidez—. Tengo que irme, Alisa. Papá me está esperando.

—Oye —dijo Alisa al tiempo que levantaba una mano para sujetar la parte trasera del saco de Roma, antes de que éste pudiera empezar a bajar las escaleras—. Oí que papá está reunido con Dimitri. Él… —Alisa miró a su alrededor para asegurarse de que no había cerca nadie más. Luego bajó la voz un poco más—. Dimitri tiene un espía en la Pandilla Escarlata. Tal vez dentro del círculo interno. Ha estado trayendo información que proviene de una fuente que tiene trato directo con Lord Cai.

Roma estaba negando con la cabeza y había empezado a hacerlo desde antes de que Alisa terminara de hablar.

—Eso no nos servirá ahora de mucho —dijo—. Ten cuidado, Alisa. Y deja de escuchar las conversaciones de Dimitri.

Alisa se quedó boquiabierta, y tan pronto como Roma trató de zafarse le apretó más la mano para no dejarlo ir.

—¿No sientes curiosidad? —preguntó—. ¿Cómo hizo Dimitri para infiltrar un espía en el círculo interno de la Pandilla Escarlata…?

—Tal vez sólo es más inteligente que yo —la interrumpió Roma con tono amargo—. Él sabe reconocer cuándo alguien es un mentiroso y así puede anticipar *su* propia mentira…

Alisa zapateó con fuerza.

—¡No te deprimas! —dijo.

—¡No estoy deprimido!

—Sí, sí te estás deprimiendo —insistió Alisa y volvió a mirar por encima del hombro, al oír un ruido en el tercer piso. Luego se quedó esperando a que quienquiera que fuese regresara a su cuarto, para poder volver a hablar libremente—: Hay otra cosa que creo que te gustaría saber: papá recibió una amenaza. Alguien afirma tener la capacidad de resucitar al monstruo.

Roma levantó una ceja y esta vez, cuando quiso liberar su prenda del puño de Alisa, ella lo dejó ir, al no tener ninguna otra razón para seguir hablando con él.

—El monstruo está muerto, Alisa —dijo Roma—. Te veo más tarde, ¿de acuerdo?

Roma se alejó caminando despreocupadamente. Y es posible que hubiera podido engañar a cualquiera con ese traje a la medida y una fría mirada. Pero Alisa vio el temblor en sus dedos, y cómo se le tensaron los músculos de la mandíbula cuando endureció la expresión.

Roma seguía siendo su hermano. Su espíritu no había desaparecido del todo.

Tres

Hay un cabaret en el territorio de los Flores Blancas que está particularmente agitado aquella noche.

Por lo general, en el Podsolnukh siempre hay mucha actividad, con sus mesas llenas y ruidosas por las travesuras que hacen las coristas en el escenario, y la cantidad de gente y de botellas de alcohol. El único lugar que puede competirle en ruido y energía es el club de lucha y pelea de al lado, el que queda debajo de un bar que, de no contar con la existencia de dicho club, lo cual le proveía de un flujo constante de visitantes, sería otro bar anónimo en la ciudad.

Cuando la puerta del Podsolnukh se abre exactamente a la medianoche, una ráfaga de viento invernal entra, pero ninguna de las personas que están en el establecimiento la siente. Afuera de esas puertas, durante el día, todos ellos son recolectores de basura, mendigos y gánsteres, gentes que sobreviven jornada tras jornada. Aquí dentro, amontonados hombro con hombro en cada mesa, ellos mismos son ahora personas invencibles, siempre y cuando el jazz siga sonando, siempre y cuando continúen encendidas las luces y la noche se extienda.

El visitante que entra a la medianoche ocupa su lugar. Observa a los Flores Blancas lanzar monedas al aire, indiferentes en medio de sus excesos interminables, acechando a las coristas vestidas de blanco como si fueran novias a punto de casarse, y no refugiadas que huyeron de Moscú, con sonrisas tan cuarteadas como sus manos.

Todos están allí por la misma razón. Algunos se aventuran al sopor etílico, vertiendo gasolina en sus venas para que tal vez, sólo tal vez, algo

suceda en sus pechos vacíos. Otros son más cínicos y se buscan la vida robando a los borrachos cuando éstos miran para otro lado. Meten sus dedos en bolsillos ajenos para agarrar billetes nuevos con uñas afiladas, soñando en el día en que puedan abandonar este tugurio y abrir un pequeño comercio al que bautizarán con su nombre.

Todos los que están en el salón quieren sentir algo, hacer algo, ser algo: *ser reales*, y no sólo otro engranaje en el inmenso motor de dinero y locura que mantiene en marcha esta ciudad.

Todos excepto aquel visitante.

Él da un sorbo a su bebida. *Huángjiŭ*, nada demasiado fuerte. Luego ve a una corista que se dirige hacia él. Es joven, tendrá catorce, quizá quince años. El hombre se alisa la corbata y afloja el nudo.

Luego da un golpe a su bebida, que se derrama, y el olor del alcohol impregna su ropa, y entonces *se transforma*.

La corista frena de súbito y se lleva las manos a la boca. Ya está un poco mareada por todos los tragos que le han invitado otros clientes, y casi piensa que lo que ahora percibe es su imaginación, debe estar alucinando bajo las luces bajas e intermitentes del salón. Pero la camisa del hombre se rasga y entonces su columna vertebral se alarga, y ya no es un hombre sentado en el centro del Podsolnukh, sino un monstruo agazapado, espantoso, cuyos músculos verdes y azules tiemblan listos para atacar.

—¡CORRAN! —grita la chica—. *¡Chudovishche!*

Pero es demasiado tarde.

Los insectos aparecen: salen a borbotones de los agujeros incrustados en la espalda del monstruo, miles de bichos diminutos y frenéticos, que se suben a las mesas, corren por el suelo, por encima y por debajo hasta que encuentran una piel sudorosa y una boca abierta en un grito, hasta que se meten por los ojos y las narices y el cabello, hundiéndose en las profundidades hasta llegar a los nervios. El cabaret se cubre de negro, una manta de infección que no deja de moverse, y en segundos sucumbe el primero, mientras las manos vuelan a las gargantas y aprietan y aprietan, tratando de expulsar a los insectos.

Las uñas penetran en la piel y rasgan los músculos, para dejar al descubierto el hueso.

Tan pronto como brota sangre de una víctima, cuya carne queda expuesta y cuyas venas siguen bombeando, la siguiente ya se está

haciendo daño, antes de que tengan tiempo de sentir el asco visceral que produce el hecho de quedar empapado en sangre caliente y pegajosa.

Sólo demora un minuto. Sesenta segundos bastan para que el cabaret quede inmóvil: un campo de batalla repleto de cuerpos tendidos por el suelo, de piernas que reposan encima de brazos torcidos. El baile se ha detenido, los músicos están inmóviles, pero aún suena una pequeña melodía que proviene de un gramófono ubicado en el rincón, y que sigue brotando del aparato aunque ya no se mueve ningún cuerpo, porque ya ninguno tiene ojos, sólo miradas perdidas que apuntan al techo.

El monstruo se endereza lentamente. Aspira con dificultad una bocanada de aire. La sangre cubre por completo las tablas del suelo y escurre por las rendijas hasta manchar los cimientos mismos del edificio.

Solamente que esta vez la locura no se extiende. Esta vez los insectos salen de los orificios en la piel, vaciando los cuerpos, y en lugar de correr hacia afuera en busca de otro huésped, cada uno de ellos regresa al monstruo y vuelve al lugar de donde salió.

La locura ya no es un asunto contagioso. Ahora ataca a voluntad, al capricho de quien sea que controle al monstruo. Y cuando el monstruo recibe al último de sus insectos, gira lentamente la cabeza formando un círculo y se encoge hasta que vuelve a ser simplemente un hombre, intacto a pesar de la escena que lo rodea, con una conciencia impoluta.

Cinco minutos después de la medianoche, el hombre abandona el Podsolnukh.

La noticia se riega como pólvora. Ya sea en territorio Escarlata o de los Flores Blancas, la ciudad se mantiene en pie gracias al poder de la información y sus mensajeros trabajan incansablemente pasando un susurro tras otro hasta que finalmente llega a oídos de sus rivales.

La heredera de los Escarlatas cierra dando un portazo; su contraparte de los Flores Blancas abre una de par en par. La mansión Cai queda en silencio mientras consultan frenéticamente cómo pudo haber sucedido lo que sucedió. Los cuarteles de los Flores Blancas se sacuden por confrontaciones internas, exigencias y acusaciones hasta que finalmente resuena un grito tan fuerte que todo el edificio tiembla: *"¿Entonces por qué no pagaste simplemente la maldita extorsión?"*

Pronto todos los gánsteres se van a enterar. Y los comerciantes. Y los

trabajadores.

La Pandilla Escarlata y la de los Flores Blancas han fracasado. Prometieron restablecer el orden en Shanghái, prometieron que sus *leyes*, no las de los comunistas, eran las más confiables.

Pero ahora se ha desatado nuevamente el caos.

—Ha llegado una carta —jadea un mensajero, que se detiene frente a la oficina de Lord Cai.

—La encontramos afuera, junto a las rejas —dice otro, mientras atraviesa la puerta principal de los Flores Blancas.

Las cartas llegan al mismo tiempo, y son abiertas simultáneamente. Las dos contienen el mismo mensaje, escrito con tinta, y de la frase final todavía escurre tinta como sangre derramada.

Paul Dexter sólo tenía un monstruo. Yo tengo cinco. Hagan lo que digo, o morirá todo el mundo.

Roma Montagov patea una silla: "¡Mal…"

—… dición! —termina la palabra Juliette Cai en un susurro, al otro extremo de la ciudad.

Paul Dexter había pensado que era un dios titiritero que dominaba la ciudad. Pero en el fondo no sabía nada. Era poco lo que controlaba, algunas coincidencias y el terror. Él era la mano que a duras penas mantenía controlado el caos.

Esta vez el caos tomará forma, le crecerán mandíbulas y dientes afilados, y recorrerá todos los rincones en busca de una oportunidad para atacar.

Y hará que esta ciudad baile al ritmo de sus cuerdas.

Cuatro

La noticia del ataque se esparció por la ciudad con tanta velocidad que por la mañana ya estaba en boca de todos los criados de la casa, que murmuraban entre ellos mientras limpiaban el polvo del salón, sin atreverse a hablar de las bajas sufridas por los Flores Blancas con algo de compasión, pero subiendo y bajando el volumen del radio, cautivados por los informes que se seguían uno tras otro.

La mañana entera, todos estuvieron esperando lo inevitable: enterarse de que había más víctimas. Pero esa noticia nunca llegó. Los Flores Blancas del Podsolnukh habían caído muertos como si esto fuera únicamente obra de un asesino, y no de un monstruo portador de una infección.

Juliette volvió a pasar la hoja de su cuchillo por la parte plana del tazón. Estaba afilando sus navajas porque ya estaban tan romas como una bestia bien alimentada, y cada golpe del metal resonaba por la casa. Nadie parecía particularmente incómodo con el ruido; Rosalind estaba sentada en el salón, mordisqueando la punta de un bolígrafo, mientras hojeaba sobre la mesa el gigantesco volumen de un diccionario Francés-Inglés.

—No te molesta, ¿o sí? —le gritó Juliette.

Su prima levantó fugazmente la mirada.

—¿Con ese ruido horrible que haces con tus cuchillos? Pero cómo se te ocurre, Juliette, ¿quién podría sentirse incómodo con eso?

Juliette se hizo la ofendida. Una de sus tías abuelas entró en ese momento desde el pasillo, con dirección a la cocina, y alcanzó a ver cómo Juliette volvía a golpear el tazón. Cuando Juliette sonrió, la tía se quedó mirándola con terror absoluto y se hizo a un lado, antes de desaparecer

rápidamente.

—Mira lo que hiciste —comentó Rosalind, arqueando una ceja y los pasos de la tía se perdían escaleras arriba—. Tus cuchillos ya están demasiado afilados.

—Retira lo que acabas de decir —dijo Juliette, al colocar sus armas sobre la mesa—. Un cuchillo nunca puede estar demasiado afilado.

Rosalind puso los ojos en blanco, en blanco, pero no dijo nada y prefirió seguir con su tarea. Ahora, sin embargo, Juliette sintió curiosidad por lo que estaba haciendo su prima; colocó el tazón sobre la mesa y se acercó a mirar qué era lo que Rosalind escribía.

Informe sobre las condiciones comerciales y económicas de Shanghái tras el boicot de 1925 contra los británicos.

—¿Para tu padre? —preguntó Juliette.

Rosalind hizo un ruido afirmativo mientras deslizaba el dedo por una página del diccionario que tenía enfrente. El señor Lang era un empresario ubicado en la ciudad central, al que le habían delegado la administración de los negocios más pequeños de los Escarlatas, aquellos que no eran tan importantes como para ocupar la atención directa de Lord y Lady Cai, pero sí lo suficientemente relevantes para mantenerlos en la familia. Durante los últimos años, él había hecho su trabajo de manera tan discreta que Juliette solía olvidar que Rosalind y Kathleen tenían un padre, hasta que el hombre se aparecía de repente en una cena familiar para recordárselos. Y la verdad es que Rosalind y Kathleen tampoco interactuaban mucho con él, teniendo en cuenta que vivían en la mansión Cai, y hasta donde Juliette sabía, sus primas tampoco *querían* vivir con su malhumorado padre.

Sin embargo, aquel hombre seguía siendo su padre, y cuando unas semanas atrás les propuso que salieran de la ciudad para mudarse al campo, Rosalind y Kathleen odiaron de inmediato aquella idea.

—Estoy tratando de organizar hasta donde sea posible todos sus asuntos —explicó Rosalind con tono distraído mientras pasaba la página del diccionario—. Él está usando la excusa de la política para mudarse al campo, pero creo que está harto del trabajo. Y no voy a permitir que me saquen de aquí sólo porque mi padre no es capaz de escribir unos cuantos informes.

Juliette entrecerró los ojos para concentrarse en el papel.

—¿Qué diablos es tripa de cerdo y por qué exportamos eso a los Estados Unidos?

—*Je sais pas* —refunfuñó Rosalind—. Pero los precios bajaron en febrero y eso es lo único que nos importa.

En realidad, Juliette tampoco estaba muy segura de que a ella le importara. Y a su padre ciertamente lo tenía sin cuidado. Precisamente ésa era la razón por la cual el señor Lang estaba allá lejos persiguiendo a los compradores interesados en la tripa de cerdo, mientras el círculo interior de la Pandilla Escarlata se ocupaba de canalizar el comercio del opio y amenazar a los jefes de policía que no querían someterse al dominio de los gánsteres.

Juliette rodeó el sofá y se sentó junto a Rosalind, lo que hizo que los cojines se balancearan, mientras el cuero frío producía un chirrido al contacto con las cuentas de su vestido.

—¿Has visto a Kathleen?

—No desde esta mañana —contestó Rosalind, con un tono un poco más frío, pero Juliette fingió no percibirlo. Kathleen y Rosalind vivían siempre peleando. Si no era Kathleen la que enervaba a Rosalind diciéndole que dejara de hacer el trabajo de su padre, era Rosalind la que hacía enfadar a Kathleen al reprocharle que se mezclaba con comunistas cuando no estaba en una misión. Había algo más tras esta animadversión permanente, algo que Juliette sospechaba y que ninguna de las hermanas estaba dispuesta a decirle, pero ella tampoco tenía por qué acosarlas. A final de cuentas, Kathleen y Rosalind no podían estar disgustadas entre sí por mucho tiempo.

—Bueno, si la ves antes que yo —dijo Juliette—, cuéntale que hay una cena mañana por la noche. En Cheng…

En ese momento se abrió la puerta principal de la casa de par en par, lo que interrumpió a Juliette en la mitad de la frase. Una gran conmoción sacudió la vivienda y todos los parientes se asomaron al vestíbulo. Al ver entrar cojeando a Tyler, con la nariz ensangrentada y el brazo apoyado en los hombros de uno de sus lugartenientes, Juliette se limitó a poner los ojos en blanco. Tyler no podía apoyar la pierna izquierda. Tal vez debido a una herida de arma blanca.

—Cai Tailei, ¿qué diablos sucedió? —preguntó una tía, que se apresuró a correr al vestíbulo. Tras ella llegaron un montón de Escarlatas, de los

cuales la mitad eran hombres con los que Tyler solía rodearse.

—No es nada —contestó su antipático primo con una sonrisa, a pesar de que le escurría sangre por la cara, manchando los espacios entre sus impecables dientes blancos—. Sólo fue una pequeña escaramuza con unos cuantos Flores Blancas. Andong, ocúpate de limpiar todo en la calle Lloyd.

Andong salió corriendo de inmediato. Los Escarlatas siempre eran muy veloces cuando se trataba de llamar a otros para que hicieran el trabajo sucio.

—¿Y qué hacías tú buscando pelea en la calle Lloyd?

Tyler giró bruscamente la cabeza para concentrarse en Juliette, quien, a su vez, se levantó del sofá, dejando a Rosalind con su informe, y empezó a caminar hacia el vestíbulo. De repente los parientes que se habían reunido parecían mucho más interesados y miraban a uno y otro lado, entre Juliette y Tyler, como si fueran los espectadores de un juego.

—Algunos de nosotros no les tenemos miedo a los extranjeros, Juliette.

—Tú no estás demostrando tu valentía contra los extranjeros —le replicó Juliette, deteniéndose frente a su primo—. Tú estás empeñado en darles un espectáculo, como si fueras uno de los caballos del hipódromo de Shanghái.

Tyler no mordió el anzuelo esta vez. Era desesperante ver lo tranquilo que parecía, como si no viera nada de malo en la situación: en el hecho de atizar la guerra de clanes en el centro mismo del Asentamiento Internacional, desde donde gobernaban hombres que no sabían nada de la ciudad. La guerra de clanes afectaba toda Shanghái, es cierto, pero los peores enfrentamientos siempre tenían lugar dentro de las fronteras del territorio controlado por los gánsteres, tan lejos de las concesiones extranjeras como les fuera posible. Los británicos y los franceses no necesitaban ver de primera mano la saña con la que los Escarlatas y los Flores Blancas se odiaban, en especial en ese momento. Si les daban una razón para hacerlo, cualquiera, eran capaces de tratar de *poner fin* a la guerra de clanes mandando sus tanques y colonizando la tierra de la que todavía no se habían apoderado.

—Y hablando de extranjeros —continuó Tyler—. Allá fuera hay uno que quiere verte. Le dije que esperara junto a la reja.

Juliette abrió mucho los ojos durante una fracción de segundo, antes de adoptar una expresión de cólera. Pero ya era demasiado tarde, pues

Tyler alcanzó a darse cuenta y mostró una gran sonrisa, antes de desaparecer escaleras arriba y dejar decepcionados a todos los parientes que se habían reunido para apoyar a uno o a otro en su refriega.

—¿Un visitante extranjero? —murmuró Juliette. En seguida avanzó hacia la puerta principal y salió de la casa, sin ponerse el abrigo pues creía que rápidamente despacharía a quien sea que fuese. Conteniendo un escalofrío saltó por encima de los matorrales que habían invadido el sendero peatonal y se encaminó hacia las rejas.

Juliette frenó de súbito.

—Por Dios —dijo en voz alta—. Debo estar alucinando.

El visitante levantó la vista al oír la voz de la muchacha y, desde el otro lado de la reja, retrocedió unos cuantos pasos. Juliette demoró un par de segundos en entender que la única razón para que Walter Dexter reaccionara de esa forma era que todavía tenía en la mano el cuchillo que había estado afilando.

—¡Ay! —dijo, y guardó el cuchillo entre su manga—. Mis disculpas.

—No se preocupe —contestó Walter Dexter, con una voz en realidad temblorosa, mirando a izquierda y derecha a los Escarlatas que vigilaban la reja. Ellos disimulaban ignorar la conversación que allí se desarrollaba al mirar fijamente hacia el frente—. Espero que la haya favorecido la buena salud desde la última vez que nos vimos, señorita Cai.

Juliette casi deja escapar un bufido. De hecho se había sentido todo lo contrario de *saludable* a partir de su encuentro con Walter Dexter. Era casi sobrecogedor observar ahora a aquel hombre de mediana edad, de una palidez tan cetrina como el cielo invernal que los cubría. Juliette se preguntó por un segundo si debería invitarlo a pasar, por cortesía, y para que los dos dejaran de tiritar en medio del frío, pero eso le recordaba mucho la vez que Paul Dexter vino a buscarla en nombre de su padre. Le recordaba el momento en que había dejado entrar voluntariamente a su casa a un monstruo, antes de conocer al monstruo literal que él controlaba, y antes de que ella le metiera una bala en la frente.

Juliette no lo lamentaba. Desde hacía mucho tiempo había hecho un pacto consigo misma para no angustiarse por la gente a la que daba muerte. No cuando por lo general eran hombres que habían renunciado a su vida por codicia u odio. No obstante, a veces todavía veía a Paul Dexter en sus pesadillas. Siempre eran sus ojos, esos ojos verdes claros que la

miraban fijamente. Que estaban opacos, cuando lo mató.

Walter Dexter tenía los mismos ojos.

—¿En qué puedo servirle, señor Dexter? —preguntó Juliette y cruzó los brazos sobre el pecho. No tenía sentido tratar de mantener una conversación intrascendente a manera de preámbulo, cuando era poco probable que eso le importara a Walter Dexter. A él tampoco parecía haberle ido muy bien. No llevaba portafolios; ni iba de traje. Vestía una camisa demasiado holgada, cuyo cuello le nadaba, y los bolsillos de los pantalones prácticamente se estaban deshilachando.

—He traído algo valioso —dijo Walter Dexter, al tiempo que rebuscaba entre su abrigo—. Me gustaría venderle lo que queda de la investigación de mi hijo.

Juliette sintió que el pulso se le aceleraba y que cada latido de su corazón subía el ritmo. Archibald Welch —el intermediario que manejaba los despachos de Paul— había dicho que Paul había quemado sus cuadernos después de fabricar la vacuna.

—Oí que lo destruyó todo —atajó Juliette con cautela.

—En efecto, es bastante probable que haya pensado en desechar sus primeros hallazgos —comenzó Walter y sacó de su abrigo un manojo de papeles sujetos cuidadosamente con un clip—. Pero encontré esto en su biblioteca. Es posible que le parecieran documentos tan poco importantes que ni siquiera pensó en ocuparse de ellos.

—Entonces, ¿por qué creería usted que nos interesaría tenerlos? —preguntó la heredera de los Cai.

—Porque supe que mi hijo legó a alguien su caos —respondió Walter de manera sombría—. Y antes de que lo pregunte, yo no tengo nada que ver con eso. Planeo abordar el primer barco que zarpe hacia Inglaterra —Walter sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro entrecortado—. Si la locura vuelve, me encontrara muy lejos de aquí, eso se lo aseguro. Pero imagino, señorita Cai, que tal vez usted quiera contrarrestarla. Fabricar una nueva vacuna, proteger a su gente del contagio.

Juliette miró al comerciante con desconfianza. Parecía como si Walter Dexter ignorara que esta locura era un ataque dirigido, que era arrojado sobre sus víctimas como una bomba.

—Él dijo que lo había hecho por usted —replicó Juliette en voz baja—. Le ofreció una época de bonanza, pero ahora usted está aquí, de regreso

donde empezó, y su hijo está muerto.

—Yo no le pedí que lo hiciera, señorita Cai —dijo Walter con voz ronca y parecía como si todos los años se le hubiesen venido encima y el cansancio profundizara cada arruga de su cara—. Yo ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, hasta que terminó muerto y yo tuve que pagar sus deudas, mientras lo maldecía por tratar de hacer las veces de salvador.

Juliette desvió la mirada. No quería sentir compasión por Walter Dexter, pero así era. Por alguna extraña razón, de pronto pensó en Tyler. En el fondo, él y Paul no eran tan distintos, ¿o sí? Chicos que trataban de hacer lo mejor por la gente a la que querían, sin pensar en el daño colateral que causaban. La diferencia era que a Paul le habían concedido un poder real —a Paul le había dado todo un sistema que se inclinaba ante él— y eso lo volvía mucho más peligroso de lo que Tyler podría llegar a ser.

Lentamente, Walter Dexter extendió su brazo por entre dos barrotes de la reja. Casi parecía un animal de zoológico, que insensatamente extiende una extremidad del otro lado de la reja, esperanzado en que tal vez le den comida. O tal vez el animal dentro de la jaula era Juliette, quien recibía la comida envenenada que le pasaban.

—Eche un vistazo y vea si puede serle útil —dijo Walter Dexter, mientras se aclaraba la garganta—. Mi precio está escrito en la esquina superior izquierda de la primera página.

Juliette recibió los papeles y luego destapó la esquina doblada para ver el precio.

—Podría comprarme una casa con esa suma —le dijo ella, al tiempo que alzaba las cejas.

Walter se encogió de hombros.

—Si no quiere, no lo compre —dijo él simplemente—. No es mi ciudad la que está a punto de sufrir.

Cinco

Técnicamente, Benedikt Montagov compraba comida. En realidad, reunía cosas para destruir, intercambiando dinero por peras frescas, a las que daba un sólo mordisco antes de aplastarlas y olvidarlas, arrojando al pavimento el corazón hecho papilla.

Benedikt era un pésimo cocinero. Era capaz de quemar los huevos y dejar la carne cruda. El primer mes, al menos lo intentó, resuelto a no marchitarse como un patético engendro. Y luego, como si se hubiera cerrado una persiana, no era capaz de poner un pie en la cocina. Cada comida que preparaba era un alimento que Marshall no había hecho. Cada llamarada de gas, cada fuga de agua del lavaplatos… cuanta más conciencia ganaba Benedikt del espacio en el que siempre solía encontrarse Marshall, más crecía el vacío.

Era extraño que hubiera sido *eso* lo que rompió el dique, derribando cada barrera que Benedikt había levantado para suprimir el dolor. No la falta de ruido por las mañanas, tampoco la ausencia de movimiento a su lado. Un día estaba operando como en medio de un estado de adormecimiento, recogiendo los utensilios de arte abandonados por el suelo y siguiendo cada paso de su rutina con casi total normalidad, y al siguiente entraba en la cocina y no podía dejar de mirar el fuego en la estufa.

Benedikt se metió a la boca un trozo de caña de azúcar que empezó a masticar lentamente. Ahora apenas podía comer. No sabía por qué, pero no era capaz de retener nada en el estómago, y las cosas que retenía le caían mal. La única manera de engañar al instinto era dar un mordisco a

todo lo que se le atravesaba y desecharlo antes de que su pensamiento cobrara conciencia de que estaba comiendo. Así lograba alimentarse y conservar la cordura. Eso era lo importante.

—¡Hey!

Al oír aquel grito inesperado, Benedikt escupió los restos de caña de azúcar. Había un alboroto del otro lado del mercado y Benedikt se dirigió hacia allá mientras se limpiaba la boca. Cualquier conmoción habría sido más difícil de notar si fuera un mercado con mayor afluencia, pero los puestos de éste apenas cubrían un par de calles, y los vendedores casi no tenían fuerzas para ofrecer sus mercancías. Ésta era una de las partes más pobres de la ciudad, en la que la gente se moría de hambre y estaba dispuesta a hacer lo que fuera para sobrevivir, lo cual incluía jurar lealtad total al poderoso grupo que dominara la plaza. Era mala idea llamar la atención de la gente hacia él, en especial ahí, donde las fronteras entre los territorios se desplazaban y cambiaban de un momento a otro. Benedikt lo sabía muy bien, pero de todas maneras dio vuelta en la esquina y corrió hacia el callejón del cual provenía el grito.

Encontró a un montón de Escarlatas y a un mensajero de los Flores Blancas.

—¡Benedikt Montagov! —gritó el chico de inmediato.

Era el peor momento para que lo identificaran. En la calle, Benedikt no tenía, ni remotamente, el nivel de reconocimiento de Roma, pero de todas maneras ahí estaba siendo señalado como un Montagov por el enemigo. Una lágrima rodó por la cara del chico dejando un rastro de humedad que brilló con la luz del mediodía antes de caer sobre el concreto.

Benedikt inhaló rápidamente mientras evaluaba la situación. El Flor Blanca era un muchacho chino, no debería haberlo identificado a causa de su filiación, de no ser por aquella cinta blanca que se había amarrado en la muñeca. Una tontería. La guerra de clanes había empeorado horriblemente durante los últimos meses. Y si uno tenía la capacidad de camuflarse, ¿por qué no hacerlo? ¿Cuántos años tendría el chico? ¿Diez? ¿Once?

—¿Montagov? —repitió uno de los Escarlatas.

Benedikt apresuró la mano hacia su arma. Lo más inteligente en ese instante habría sido huir, teniendo en cuenta que lo superaban ampliamente en número, pero a él no le importaba mucho. No tenía

ninguna razón para preocuparse, para *vivir*…

Ni siquiera tuvo la oportunidad de sacar el arma. Un puño que salió de la nada lo golpeó en un lado de la cara, y entonces Benedikt empezó a tambalearse hacia atrás hasta desplomarse en el suelo, en medio de gritos e insultos, y alguien que clamaba por la muerte de toda su familia. Le sujetaron por detrás los brazos y le aplastaron la cabeza contra el suelo, antes de que algo helado, algo que parecía la culata de un arma, se estrellara contra su sien.

No, pensó de repente Benedikt, mientras cerraba los ojos con fuerza. *Espera, en realidad yo no quería morir, no* todavía, *no realmente*…

Un ruido ensordecedor sacudió el callejón. Los oídos le zumbaban, pero aparte de los moretones que se le estaban formando por todo el cuerpo, no sentía dolor, ni tenía una bala incrustada en el cráneo. Tal vez esto era la muerte. Tal vez la muerte no era nada.

Luego volvió a oír el ruido, y otra vez, y una vez más. Disparos. Pero no provenían del callejón. Venían *de arriba*.

Benedikt abrió los ojos justo cuando aterrizó sobre su rostro un chorro de sangre que tiñó de rojo su visión. Entonces lanzó un grito ahogado, se enderezó de un salto y corrió hacia la pared para protegerse, sin poder comprender nada, mientras veía con incredulidad cómo todos los Escarlatas que lo rodeaban iban cayendo uno a uno, acribillados por las balas. Únicamente cuando el tiroteo estaba a punto de terminar, se le ocurrió levantar la mirada para tratar de entender de dónde venían los disparos.

Y entonces alcanzó a ver un movimiento fugaz. Allá, en el borde del techo… algo que desapareció con el último disparo, mientras caía el último de los Escarlatas.

Benedikt estaba respirando con tanta dificultad que sentía cómo jadeaba. Sólo quedaba otra persona en pie en todo el callejón: el mensajero, que ahora lloraba sin control, con los puños tan apretados que tenía los nudillos lívidos. No parecía malherido. Sólo estaba manchado de sangre, con salpicaduras por todas partes, al igual que Benedikt.

—Vete —logró decirle éste—. Corre, en caso de que haya por ahí más amenazas.

El chico vaciló. Tal vez porque sintió en la lengua el impulso de decir *gracias*. Pero luego se oyó un grito que venía del mercado y Benedikt

reaccionó: "¡Kuài gûn! ¡Antes de que vengan!", le dijo. El chico se movió de inmediato. Rápidamente, Benedikt se incorporó tambaleándose para seguir su propio consejo, pues sabía bien que esos disparos habían detonado cercanos y cualquier Escarlata que estuviera en los alrededores, llegaría de inmediato a investigar la causa.

Pero mientras reunía fuerzas, con el cuerpo temblándole, se dio cuenta de que la velocidad de los disparos indicaba que quien haya sido el que lo salvó, había estado esperando, listo para rescatarlo. Entonces escrutó los edificios y los techos de alturas similares que, separados apenas por estrechos callejones, permitían saltar de un edificio a otro. Alguien había estado observando, tal vez durante un buen rato, vigilándolo cuando caminaba por el mercado.

—¿Quién se molestaría en hacerlo? —susurró para sí mismo.

Seis

Esa noche, el segundo piso del salón de té estaba reservado para la reunión del círculo interno de los Escarlatas. Habían arrumbado contra la pared todas las mesas cuadradas para abrir espacio a la gran mesa redonda que instalaron en el centro del recinto.

Juliette pensó que parecía como una pequeña muralla. Mientras daba pequeños sorbos a su té, observaba la escena por encima del borde de la taza, pensando en el pobre mesero que seguramente subiría las escaleras en algún momento, para ver si los Escarlatas necesitaban algo, sólo para estrellarse contra la mesa que habían colocado al terminar los peldaños. Las ventanas permanecieron como estaban, aunque en salones de té como aquel, la palabra "ventana" difícilmente era la apropiada, ya que no tenían cristales. Sólo se cerraban con persianas de madera, que se bajaban cuando el salón de té quedaba finalmente a oscuras por la noche, y se levantaban cuando el salón estaba abierto y en servicio. El frío helado se colaba casi siempre por ellas, pero el alcohol abundaba en las mesas y las lámparas de aceite que zumbaban en los rincones despedían cierto calor.

No obstante, sin tener una razón concreta, los ojos de Juliette volvían una y otra vez a fijarse en la barricada de mesas arrumbadas contra las paredes, y luego arriba, donde las paredes encajaban con los paneles rectangulares que dejaban entrar la noche. Ahí dentro, uno tenía la ilusión de estar en un lugar cómodo y seguro. Pero lo único que los separaba de lo desconocido que acechaba en el exterior eran las delgadas paredes de un salón de té. Lo único que los separaba de los cinco monstruos que arrasaban la ciudad era… bueno, en realidad no era nada.

—Juliette.

El llamado de Lord Cai hizo que la atención de Juliette regresara a la cena de la Pandilla Escarlata, al humo de cigarro que flotaba en forma de nubes grises sobre los presentes, y al tintineo de palillos contra tazones de porcelana. Su padre levantó la quijada hacia ella para indicarle que había terminado de atender su agenda y que ahora podrían hablar, tal como lo había solicitado ella más temprano.

Juliette dejó la taza de té sobre la mesa y se puso de pie. El mantel se movió, pero antes de que se enganchara en el vestido de Juliette, Rosalind se agachó para liberarlo.

—Gracias —susurró la primera.

Su prima respondió recogiendo un grano de arroz que había caído sobre el mantel, y disparándolo con los dedos directamente a los asientos que tenían enfrente. Por poco alcanza a Tyler, pero él estaba mirando a Juliette con tanta intensidad que seguramente no habría notado que un diminuto grano de arroz caía sobre su regazo. Tal vez el moretón que tenía en la nariz era la causa de su expresión. O quizá se estaba preparando mentalmente para una nueva disputa y el desagrado que sentía se notaba en su cara.

—Toma —dijo Kathleen, que estaba sentada al lado de Rosalind, y le pasó a Juliette la pila de papeles que había estado resguardando. Juliette recibió los papeles y los depositó con cuidado en la mesita de vidrio giratoria, en un espacio vacío entre los cangrejos en salsa y el pescado ahumado.

—Estoy segura de que a estas alturas ya todos ustedes han oído hablar del ataque a los Flores Blancas —dijo y todos los presentes se revolvieron en sus sillas al oír el nombre del enemigo—. Y estoy segura de que todos se han preguntado si nosotros seremos los próximos, de nuevo a merced de otro monstruo.

Juliette empujó suavemente la mesita giratoria y el festín dio una vuelta completa bajo las luces: qīngcài verde, hóngshāo ròu café oscuro y la sencilla tinta negra sobre papel blanco de aquello que podría salvarlos.

—Éstos son los últimos rastros de la investigación que Paul Dexter legó al morir. Es posible que ustedes también conozcan a Paul como "Albarraz", quien ahora se encuentra muerto gracias a una de mis balas —Juliette se estiró hasta alcanzar toda su estatura, aunque su columna vertebral ya

estaba tan recta como un cuchillo—. Tal vez nos tome todavía un tiempo detener a quien sea que retomó su trabajo. Pero, entretanto, propongo que *utilicemos* sus investigaciones. Destinemos recursos para producir de forma masiva una vacuna, y distribuyámosla por toda la ciudad… —dijo, ahí estaba la parte en la que Juliette realmente necesitaba apoyo, más allá de sólo presentar el proyecto a su padre— *gratuitamente*.

De inmediato se fruncieron incontables cejas, y las tazas de té se quedaron inmóviles a medio camino hacia la boca, mientras los Escarlata se detenían y parpadeaban, al tiempo que se preguntaban si habrían oído mal.

—Se trata de una medida de prevención, antes de que la Pandilla Escarlata sea atacada —se apresuró a explicar Juliette—. Independientemente de quien seas: Escarlata o Flor Blanca, nacionalista o comunista, o sin partido, cuando todos seamos inmunes a esta locura, el idiota que intenta hacerse pasar por un nuevo Albarraz perderá todo su poder. Así matamos dos pájaros de un tiro: protegemos la ciudad y mantenemos todo tal como está ahora, al anular la amenaza de destrucción que pende sobre nuestras cabezas.

—Yo tengo otra propuesta —dijo Tyler, mientras se ponía de pie. Entonces apoyó los nudillos sobre la mesa, con el cuerpo relajado, en una pose totalmente casual que contrastaba con la postura rígida de Juliette.

Rosalind se inclinó hacia el frente.

—¿Y tú por qué no…? —comenzó a decir.

—Rosalind, no —siseó Kathleen, al tiempo que apretaba el hombro de su hermana. Con una sonrisa forzada, la chica volvió a sentarse y Tyler continuó, como si nadie hubiera querido interrumpirlo.

—Si en verdad podemos crear una vacuna, lo que más nos conviene es cobrársela a todo el que no sea un Escarlata. Este sujeto, Albarraz, hizo muchas estupideces, pero no era ningún tonto en los negocios. La gente está asustada, y harán lo que sea por una solución.

—Por supuesto que no —gritó Juliette, antes de que alguno de los Escarlatas pudiera decidir que la interrupción de Tyler implicaba que toda la mesa tenía que escuchar también su opinión—. Esto no es un espectáculo para el que hay que comprar un boleto. Hablamos de una vacuna que marcará la diferencia entre la vida y la muerte.

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntó Tyler—. ¿Acaso quieres que

protejamos a los Flores Blancas? ¿Que protejamos a esos forasteros que ni siquiera nos consideran seres humanos? La última vez que la locura asoló nuestro hogar, Juliette, sólo se preocuparon cuando ellos también empezaron a morir, porque ver a un chino desplomándose en la calle era como ver un *animal*…

—*¡Ya lo sé!*

Juliette respiró profundamente para recuperar la calma. Tenía que exponer sus ideas rápidamente, pues la quijada de su madre ya se veía bastante tensa con la discusión, y si el asunto escalaba, las cosas empeorarían, y Lady Cai pondría fin a la discusión.

Juliette suspiró, dejó que el instante de silencio la envolviera, de manera que ella pareciera en control de la conversación, y no quien desesperadamente intentaba terminarla.

—No hablamos de tener un gesto de amabilidad con aquellos habitantes de la ciudad que no la merecen —dijo ella—. Sino de intentar alcanzar la inmunidad de rebaño.

Tyler se retiró de la mesa y se desplomó de nuevo en su asiento. Luego dejó caer el brazo detrás del respaldo, mientras que Juliette permanecía de pie.

—¿Por qué necesitamos alcanzar la inmunidad de rebaño? —preguntó el joven con una sonrisita burlona—. ¿Por qué no hacemos mucho *dinero*? Alcancemos nuevos cotos, seamos de nuevo intocables, y entonces, como siempre lo hemos hecho, extenderemos nuestra protección a nuestra gente. A los Escarlatas. Todos los que queden fuera de ese círculo no importan. Que todos los demás mueran es una ventaja estratégica para nosotros.

—Pero para lograr eso estarías arriesgando también vidas Escarlatas. De esa manera no es posible garantizar su seguridad.

A pesar de su denodada insistencia, Juliette podía sentir cómo se le iba escapando su credibilidad. Estaba tratando de sustentar su lógica en el principio sagrado de que salvar una vida era algo digno de todo sacrificio, pero esto era la Pandilla Escarlata, y a ellos presente no les importaban los sentimentalismos.

Un dirigente Escarlata que estaba sentado a un lado de Lord Cai se aclaró la garganta. Al ver que se trataba del señor Ping, un hombre que por lo general le agradaba a Juliette, ella lo miró y le hizo un gesto,

animándolo a hablar.

—¿De dónde saldrán los fondos para esta vacuna? —preguntó el señor Ping e hizo una mueca, antes de agregar—: No será de nuestros bolsillos, ¿cierto?

Juliette levantó los brazos al cielo.

—Nosotros *podemos* financiarlo —acertó a decir. ¿Por qué otra razón se molestaría ella en estar allí, pregonando las ventajas de una vacuna gratuita, si no era para acceder a los fondos del círculo interior de la Pandilla Escarlata?

Los ojos del señor Ping recorrieron rápidamente la mesa, antes de secarse el sudor de la frente.

—Pero nosotros no somos una institución de caridad para los pobres y desvalidos.

—Ésta es una ciudad que se apoya en el trabajo conjunto —continuó Juliette con frialdad—. Si la locura vuelve a arrasar las calles, nosotros mismos no estaremos más seguros que los pobres y desválidos. Si ellos caen, nosotros también lo haremos. ¿Acaso olvida quién mantiene en funcionamiento sus fábricas? ¿Acaso olvida quién abre sus negocios todas las mañanas?

La mesa guardó silencio, pero nadie se apresuró a reconocer ese último punto. Se limitaron a desviar la mirada y permanecer mudos hasta que el silencio se prolongó tanto que Lady Cai se vio obligada a golpear la mesa giratoria con los dedos y a decir:

—Juliette, toma asiento, ¿quieres? Tal vez esta conversación será más productiva cuando en realidad tengamos una vacuna.

Un instante después, Lord Cai asintió para mostrar que estaba de acuerdo con su esposa.

—Así es. Tomaremos una decisión si la investigación resulta exitosa —dijo—. Envía esta información al laboratorio de Chenghuangmiao mañana mismo, entonces veremos lo que podemos encontrar.

A regañadientes, Juliette asintió, indicando así que aceptaba la decisión, y se volvió a sentar. Entonces su madre se apresuró a cambiar de tema y el ambiente entre los Escarlatas volvió a relajarse. Mientras Juliette se estiraba para alcanzar la tetera, sus ojos se cruzaron con los de Tyler, al otro lado de la mesa. El joven exhibió una sonrisa burlona.

—*Allez, souris!* —dijo él. La rapidez con que cambió del chino al francés

buscaba impedir que los otros Escarlatas entendieran sus palabras, con la excepción de Rosalind y Kathleen, pero aun sin entender lo que decía, cualquiera podía darse cuenta —por su actitud, su expresión y su tono—, que Tyler no estaba haciendo otra cosa que provocar a Juliette, alardeando de su victoria en esa batalla por el favor de los demás. El solo hecho de que nadie hubiera rechazado de lleno una idea que iba totalmente en contravía de la de Juliette, además de que Lord y Lady Cai parecieran haberle dado igual atención a su propuesta que a la de Juliette, indicaba que, en efecto, Tyler había ganado.

—*Je t'avertis*… —gruñó la joven.

—¿Qué? —le respondió Tyler, todavía en francés—. ¿Qué quieres advertirme, querida prima?

Juliette necesitó de toda su fuerza de voluntad para no tomar la taza de té y lanzársela a la cara.

—Deja de hacerte el todopoderoso con respecto a mis planes. Deja de meterte en asuntos que no tienen nada que ver contigo…

—Tus planes siempre son fallidos. Sólo intento echarte una mano —la interrumpió Tyler. Luego se puso serio y Juliette tensó todos los músculos, pues entendió de inmediato lo que seguía—. Mira cómo resultó tu último plan. En todo el tiempo que pasaste *engañando* al heredero de los Flores Blancas, ¿qué información lograste sacarle?

Por debajo de la mesa, Juliette clavó sus largas uñas en las palmas de las manos, liberando de tal modo toda la tensión y evitando que su expresión la delatara. Tyler sospechaba. Siempre había sospechado, mucho antes de que ella dijera aquella mentira en el hospital, pero luego Juliette había disparado contra Marshall Seo y Tyler había tenido que revaluar sus instintos, pues no lograba entender la razón por la cual su prima había matado a Marshall, de ser ella realmente la amante de Roma Montagov.

Excepto que Marshall estaba vivo. Y durante todo este tiempo, Tyler había tenido razón. Pero si él contara con la certeza de esta información, el papel de heredera de Juliette estaría en grave riesgo, y Tyler ni siquiera tendría que orquestar un astuto golpe de estado. Sólo tendría que contar la verdad y los Escarlatas de inmediato se alinearían con él.

—Arruinaste mi plan, Tyler —dijo Juliette con voz neutra—. Me obligaste a delatarme demasiado temprano. Trabajé tan duro para ganarme su confianza, y tuve que echarlo todo por la borda para que no me

malinterpretaras. Tienes suerte de que no haya contado a mis padres lo inútil que eres.

Tyler entrecerró los ojos y desvió rápidamente la mirada hacia donde estaban Lord y Lady Cai, fue entonces que comprendió que los padres de Juliette no tenían el panorama completo de lo que había sucedido en el hospital, al igual que ocurría con el resto de la ciudad. De otra manera habría sido imposible mantenerlos alejados de los rumores, pero hasta donde se pensaba, Juliette y Tyler habían participado en esa confrontación contra los Flores Blancas como una fuerza unida.

La idea era casi ridícula. Pero no despertó dudas.

—¿Que tengo suerte? —se mofó Tyler—. Claro, Juliette —luego sacudió rápidamente la cabeza y dio media vuelta para ponerse a conversar en shanghainés con la tía que tenía al lado.

Juliette, por otro lado, no logró volver a adoptar una actitud casual para seguir socializando en la mesa. Los oídos le zumbaban y en su cabeza retumbaba la sensación de amenaza que teñía cada palabra de la conversación que acababa de tener. Sentía escalofríos en la nuca y, aunque se ciñó el vestido lo más posible, y se cerró la piel del abrigo alrededor del cuello, no podía engañarse pensando que el frío que sentía provenía únicamente del viento helado que se colaba por el salón.

Aquello era miedo. Juliette sentía verdadero pánico del poder que Tyler ejercía sobre ella después de lo que había presenciado en aquel hospital. Porque su primo tenía razón: realmente tenía argumentos para destronarla. Tyler estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera a su alcance para asegurar la supervivencia de la Pandilla Escarlata, mientras que Juliette ya no tenía ningún deseo de seguir alimentando esa guerra de clanes, y menos cuando todo era tan absolutamente *absurdo*. Si los dos expresaran sus verdaderas opiniones ante Lord Cai, ¿a quién elegiría su padre como heredero?

Juliette estiró una mano para tomar la botella de licor que pasó frente a ella en ese momento en la mesita giratoria y se sirvió un poco en la taza de té. Y a continuación, sin preocuparse por quién la estuviera observando, lo bebió de un trago.

—Estás pegando muy arriba.

Roma le dio un golpe a Alisa en la axila y ella gritó, al tiempo que

retrocedía varios pasos. A su cara de furia le faltaba entusiasmo, pero de todas formas alzó los hombros a la altura de las orejas y se preparó para defenderse. Roma contuvo un suspiro, pero sólo porque sabía que a Alisa le molestaría que él pareciera irritado por la lentitud de su progreso.

—Dijiste que ibas a enseñarme defensa propia —gruñó Alisa, mientras se arreglaba el cabello.

—Y es lo que estoy haciendo.

—No, tú sólo estás… —Alisa agitó las manos tratando de imitar los movimientos rápidos de Roma—. Y eso no ayuda mucho.

En ese momento entró una ráfaga de viento por la ventana de Alisa, y Roma se acercó para bajar el cristal y mantener a raya el frío. No dijo nada, mientras empañaba el cristal con su aliento. Y cuando estuvo suficientemente empañado, dibujó con su dedo una carita sonriente.

—¿Se supone que eso debería motivarme? —preguntó Alisa, mientras miraba por encima del hombro del joven.

Roma estiró el brazo para pellizcarle las mejillas.

—Se supone que ésa eres tú. Pequeña y molesta.

Alisa le apartó las manos.

—*Roma*.

No es que a él no le gustara pasar tiempo con su hermanita, pero Roma tenía la sospecha de que ella sólo le había pedido que le diera esas lecciones con el fin de distraerlo de sus otros deberes. Y tampoco es que a él no le gustara más estar con su hermana que ocuparse de sus otras tareas, pero también estaba seguro de que esa pequeña bribona había planeado todo aquello sólo para sacarlo de las calles, y no porque realmente quisiera aprender cómo repeler a un atacante.

—Esto es muy importante, ¿sabes? —le dijo Alisa, como si pudiera leer los pensamientos de su hermano—. Estuve durante mucho tiempo en coma y no puedo continuar siendo tan débil. ¡Tengo que saber cómo defenderme de los malos!

Entonces se oyó un golpe que resonó por todo el lugar. O los ocupantes de una de las salas de la casa estaban haciendo excesivo ruido, o bien alguien estaba lanzando cuchillos contra la pared en el piso de abajo. Roma dejó escapar un suspiro, luego acomodó a Alisa en posición de inicio estirándole los brazos.

—Está bien. Entonces vuelve a intentarlo. Mantén los puños bien

apretados.

Alisa volvió a intentarlo. Y de nuevo. Y otra vez más. Pero sin importar lo que hiciera, sus bloqueos eran frágiles y sus intentos por golpear a Roma, cuando él fingía que quería someterla, eran débiles e inseguros.

—¿Por qué no lo dejamos por hoy? —preguntó Roma después de un rato.

—¡No! —exclamó Alisa y dio un pisotón—. No me has enseñado cómo dar un golpe. ¡Tampoco me has enseñado a disparar! ¡Ni a detener un cuchillo!

—Detener un… —empezó a decir Roma, con perplejidad—. ¿Por qué querrías…? ¿Sabes qué? No importa —concluyó, mientras sacudía la cabeza—. Alisochka, nadie aprende a pelear en un sólo día.

Alisa cruzó los brazos y corrió a su cama, donde se dejó caer con gran drama. Las sábanas se elevaron y cayeron formando un aura blanca.

—Apuesto a que Juliette aprendió a pelear en un sólo día —se lamentó.

Roma se quedó paralizado. Sintió que la sangre le hervía, y luego que se le congelaba, y luego que las dos cosas ocurrían al mismo tiempo; una furia ardiente acompañada simultáneamente de un pánico helado, producto de la sola mención de aquel nombre.

—No deberías querer parecerte en *nada* a Juliette —reprendió Roma a su hermana. Y eso era lo que quería creer. Tal vez si lo repetía un número suficiente de veces lo lograría. Tal vez podía dejar atrás la ilusión que envolvía a Juliette en un hálito deslumbrante, para mirar lo que ocurría debajo de esos ojos enormes con los que hacia él, mientras dejaba un rastro de sangre a sus pies. Sin importar cuánto brillara, el corazón de Juliette se había vuelto tan negro como el carbón.

—Ya lo sé —murmuró Alisa adoptando el mismo tono de Roma.

Ahora estaba molesta porque parecía que Roma estaba molesto con ella, así que Roma se tragó la ira, pues sabía que no era a ella a quien estaba dirigida. Le preocupaba la facilidad con que se irritaba ahora y, sin embargo, no podía evitarlo. Siempre tenía a flor de piel la urgencia de ser severo, y era más fácil adoptar dicho papel que hacer caso omiso de esa necesidad.

Roma se remangó y miró la hora en el reloj que había sobre la repisa. Alisa parecía contenta con la perspectiva de tener un rato para reflexionar a solas, así que él se acercó y le picó con un dedo la barriga.

—Tengo algo que hacer. Podemos buscar otro momento para seguir.

—Está bien —rezongó la chica en voz baja, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Sólo no mueras.

Roma alzó las cejas. Esperaba que Alisa protestara, que volviera a preguntar por qué razón se suponía que él tenía que regresar a la calle a vigilar las fronteras de su territorio. Pero al parecer ya se había cansado de la misma cantaleta, después de tantos meses.

—No lo haré —dijo Roma y volvió a picarle la barriga con un dedo—. Practica tus posturas de defensa.

Cuando salió de la habitación, Roma cerró la puerta. El cuarto piso estaba más silencioso que de costumbre, y ya no se oían los golpes que se habían escuchado antes. Tal vez también se habían cansado de tratar de aprender a lanzar un cuchillo.

Apuesto a que Juliette aprendió a pelear en un sólo día.

¡Maldita Juliette! No era suficiente con que ocupara los pensamientos de Roma, incrustada, como estaba, en sus propios huesos. No era suficiente con que se apareciera en cualquier punto de la ciudad al que él tuviera que ir, siguiéndolo como una sombra. Ahora también invadía su casa, a través de los labios de una Flor Blanca, como si marcara la frontera final de su invasión.

—¿Adónde vas?

Roma no se detuvo al terminar de bajar las escaleras.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Espera —le ordenó Dimitri.

Roma no tenía por qué escucharlo. Nada podía impedirle tratar a Dimitri Voronin como le pareciera, poniendo todo de cabeza, porque Dimitri Voronin se había acostumbrado a ser el favorito de su padre, y ahora Roma había decidido que, después de todo, sí quería aniquilar a toda la Pandilla Escarlata. Había pasado muchos años tratando de equilibrar el hecho de ser el heredero y el ser una buena persona, pero en un sólo segundo, la bondad había dado paso a la violencia y a Lord Montagov le había complacido el cambio. Ser un Flor Blanca tenía que ver con ser parte del juego. Y Roma por fin se había decidido a jugar.

—¿Qué sucede? —preguntó Roma con tono de aburrimiento, mientras hacía movimientos exagerados al reducir la velocidad y dar media vuelta.

Dimitri, que estaba sentado en uno de los sofás de terciopelo verde,

observaba con curiosidad, mientras golpeaba con los dedos el respaldo del sofá, con un pie apoyado sobre la otra rodilla.

—Tu padre quiere una audiencia contigo —le informó Dimitri y le dirigió una sonrisa rápida, mientras le caía sobre la cara un mechón de cabello negro—. Cuando estés listo. Tiene algunos asuntos que discutir.

Roma levantó la mirada, pues acababa de resonar por toda la casa otro estallido, que había sacudido el techo debido a alguna conmoción que estaba teniendo lugar en el segundo piso. Ese ruido podría venir incluso de la oficina de su padre.

—Él puede esperar —dijo Roma.

Y con los ojos de Dimitri clavados en su espalda, Roma abrió la puerta principal y salió.

Siete

—Aquí, aquí y aquí.

Kathleen encerró en un círculo varios puntos del mapa, apoyando la pluma con tanta fuerza que el papel quedó prácticamente perforado. Se trataba de un mapa barato, de los muchos que tenía Juliette, de modo que ella sólo se concentró en las marcas, con mucha atención, mientras la tinta se expandía por el papel y teñía hasta la superficie del tocador sobre el que lo tenían extendido. Ella y Kathleen estaban sentadas muy juntas, en el banco de terciopelo sin respaldo, tratando de ver el mapa al mismo tiempo. Pero la mancha sobre el tocador era su culpa, por no haber instalado nunca un escritorio en este cuarto. Ella únicamente entraba allí para acostarse en la cama, ¿con qué frecuencia había necesitado antes una superficie dura y plana?

Kathleen hizo una última marca y, justo cuando dejó la pluma sobre la mesa, una de las esquinas del mapa empezó a enrollarse. Pero antes de que el resto del papel pudiera mancharse de tinta, y emborronarlo todo, Juliette agarró uno de los labiales que tenía en una cajita y lo plantó sobre la esquina del mapa para mantenerlo fijo.

—¿En serio? —preguntó Kathleen enseguida.

—¿Qué? —replicó Juliette—. Necesitaba algo pesado.

Kathleen se limitó a sacudir la cabeza.

—El destino de la ciudad depende de tu labial. ¡Mira qué ironía, Juliette! Bueno… —dijo y volvió a concentrarse en el asunto que las ocupaba—: No sé si valga la pena suspender todas las operaciones en estas partes sólo para prevenir una huelga, pero la próxima sin duda tendrá

lugar por ahí. Y los sindicatos sólo van a seguir atizando el fuego.

—Vamos a advertirles a los capataces de las fábricas —confirmó Juliette y levantó un pulgar sobre el mapa, con el fin de tratar de evaluar qué tan lejos estaban estos lugares uno del otro. Cuando su mano pasó por la parte sur de la ciudad, sobre Nanshi, Juliette vaciló, al ver de reojo la calle donde quedaba cierto hospital.

Si ese día los manifestantes no hubieran irrumpido en el hospital, tal vez podría haber habido otra salida, pensó Juliette.

Pero eso eran *meras fantasías*. Porque incluso si todos hubieran retrocedido sin llegar a enfrentarse, Tyler le habría disparado en la cabeza en cuanto ella tomó la mano de Roma.

—Juliette.

La puerta de la habitación se abrió de par en par, y Juliette se sobresaltó tanto que se pegó en la rodilla contra el tocador. Kathleen también se asustó, tomó aire y su mano se dirigió hacia el pendiente de jade que llevaba al cuello, como si quisiera asegurarse de que estaba en su lugar.

—Māma —dijo Juliette con una exhalación, cuando se volteó hacia la puerta—. ¡Casi me matas del susto!

Lady Cai sonrió, pero prefirió no contestar. En lugar de eso dijo:

—Voy a la calle Nanjing. ¿Quieres algo? ¿Una tela nueva?

—No, gracias.

Su madre insistió.

—Podrías comprar un qipao nuevo. La última vez que revisé, sólo tenías dos en el guardarropa.

Juliette apenas pudo contener el reflejo de alzar los ojos al cielo. Algunas cosas nunca cambiaban. Es verdad que ahora que Juliette estaba en la cumbre de sus diecinueve años, Lady Cai rara vez lo mencionaba, pero era evidente que detestaba esos vestidos llamativos y holgados, de estilo occidental, que su hija adoraba.

—Ya te dije, muchas gracias, pero no —contestó Juliette—. Me gustan tanto los dos que tengo en mi guardarropa que no quiero comprar un tercero.

Ahora fue Lady Cai quien llevó los ojos al cielo.

—Está bien. Selin, ¿has visto alguna tela que quisieras que te compre?

Kathleen sonrió, y aunque Juliette había desplegado total indiferencia durante la conversación, su prima pareció realmente conmovida por la

pregunta.

—Es muy amable de su parte, niāngniang, pero ya tengo suficientes vestidos en el armario.

Lady Cai suspiró.

—Está bien, señoritas. Si así es como quieren vivir, allá ustedes —luego dio media vuelta y emprendió su camino, con la energía y la rapidez de siempre. El único problema es que dejó abierta la puerta de Juliette.

—Juro que mi madre siempre lo hace a propósito —dijo Juliette, mientras se levantaba a cerrar la puerta—. Es demasiado lista para que se le olvide que…

Entonces se oyó una conmoción en el corredor y la joven se detuvo y asomó la cabeza para oír lo que pasaba afuera.

—¿Qué sucede? —preguntó Kathleen.

—Parecen gritos —respondió Juliette—. Tal vez vienen de la oficina de mi padre.

Justo en ese momento, la puerta de la oficina de Lord Cai se abrió de par en par y el volumen de la discusión aumentó considerablemente. Juliette frunció el ceño, mientras trataba de descifrar el motivo del alboroto.

—¡Ah, estupendo! —exclamó mientras llevaba la mano a la parte de atrás del vestido y tanteaba con los dedos entre los homoplatos. Ahí, donde la parte suelta formaba un hueco donde se insertaba una faja de tela negra que le llegaba hasta las piernas, Juliette encontró su pistola—. Hace días que me muero de ganas de darle una lección a un nacionalista.

—Juliette… —le advirtió Kathleen.

—Estoy *bromeando* —dijo Juliette, aunque no guardó la pistola. Sin embargo, se quedó esperando junto a la puerta, al tiempo que observaba al nacionalista que salía de la oficina de su padre seguido de cerca por Lord Cai. Pero éste era un nacionalista distinto de los muchos que había visto pasar por la oficina. Se trataba de un oficial de menor rango, con menos medallas colgadas del pecho.

—Ustedes tienen luz verde porque se supone que deben mantener la ciudad bajo control —gritó—. Hasta que llegue el Ejército Nacional Revolucionario y se trague al gobierno de Beiyang para el Kuomintang, sólo los tenemos a ustedes. Hasta que instalemos una fuerza central y el poder en Shanghái deje de ser un juego de sobornar a policías y fuerzas

militares, hasta ese momento —añadió y empezó a hacer énfasis en cada palabra con un golpe del dedo contra la pared— sólo están ustedes.

Juliette apretó la pistola entre las manos. Kathleen volvió a hacerle señas desesperadas a su prima para que guardara el arma, pero ella fingió no verla. Era una tontería que aquel nacionalista tratara de poner a los Escarlatas en su lugar, precisamente recordándoles lo que iba a suceder. No era lógico que la Pandilla Escarlata cooperara con un futuro en el que tendrían que someterse a la voluntad del gobierno…

¿… O sí?

Juliette se quedó mirando a su padre, pero éste no parecía ofendido ni irritado en lo absoluto.

—Sí, usted lo ha dejado muy en claro —dijo Lord Cai, con voz tensa—. La puerta está por allá.

El nacionalista hizo caso omiso de esto último.

—¿Qué se supone que informe a mis superiores sobre el estado de la ciudad? Cuando Chiang Kai-shek pregunte por qué Shanghái está *otra vez* bajo ataque, ¿qué se supone que debo decirle?

—No hay nada de qué preocuparse —dijo Lord Cai con voz neutra—. Esto ya no es una epidemia. Esto es una extorsión. Cuando descubramos quién es el responsable podremos poner punto final a este asunto.

—¿Y cómo piensa hacerlo? ¿Pagándole sumas cada vez más elevadas al extorsionador? Voy a decirle una cosa, Lord Cai: por mandato del gobierno, usted tendrá que negarse a esta última petición.

Juliette estaba lista, con la boca entreabierta para saltar con indignación, pero su padre fue más rápido.

—No vamos a cumplir con esa exigencia. Pero usted debe saber que eso implica que habrá un ataque.

—Entonces ¡póngale fin a esto! —gritó el nacionalista y se arregló el saco del uniforme, mientras bufaba con rabia. Luego bajó las escaleras corriendo. Con cada escalón, las condecoraciones y medallas que colgaban de su pecho captaban la luz de las lámparas del techo, proyectando una luz dorada que hablaba de valor y valentía en la batalla; sin embargo, lo único que Juliette había presenciado era la actitud asustadiza de un soldado raso.

—¿De qué estaba hablando ese hombre? —preguntó Juliette alzando la voz.

Lord Cai se giró de pronto y tensó la mandíbula por un instante, eso

fue lo más cerca que había estado Juliette de sorprender a su padre.

—¿No te habías ido de compras con tu madre? —comentó cuando miraba una última vez por encima del barandal, antes de regresar a su oficina.

Juliette resopló y volvió a guardar el arma bajo su vestido, en tanto le decía a Kathleen, sólo con los labios, que no se demoraría. Entonces salió corriendo por el pasillo y alcanzó a escurrirse dentro de la oficina de su padre un instante antes de que éste cerrara de nuevo la puerta.

—No me contaste que había llegado otra carta exigiendo dinero —dijo, con tono de acusación. No habían pasado ni tres días desde la última. Las otras habían llegado con varias semanas de diferencia.

—Y tú eres asombrosamente rápida para alguien que nunca se ejercita —reviró Lord Cai al sentarse ante su escritorio—. Dar unos paseos por el parque sería muy beneficioso para tu salud, Juliette. De lo contrario serás como yo y tendrás las arterias tapadas cuando envejezcas.

Juliette apretó los labios. Si su padre estaba cambiando de tema de forma tan absurda tenía que estar lidiando con algo malo. Entonces vio que su padre tenía una carta encima del escritorio, pero cuando trató de tomarla, Lord Cai la alejó y le lanzó una mirada de advertencia.

—No es una carta del extorsionador —le dijo.

—¿Entonces por qué no puedo verla?

—Suficiente, Juliette —Lord Cai dobló la carta en dos. Algo en la mirada de su hija debió mostrar que estaba más que dispuesta a discutir, porque su padre no se molestó siquiera en adoptar un tono severo, y tampoco trató de sacarla de la oficina por la fuerza. Dejó de oponer resistencia a su heredera y le dijo—: Armas. Esta vez piden armamento.

Independientemente de lo que estuviera esperando, esto la tomó por sorpresa. Juliette parpadeó y se dejó caer en el asiento frente al escritorio de su padre. A lo largo de estos últimos meses, ellos habían estado cumpliendo con las exigencias, esperanzados en que el extorsionador huyera después de haber tomado lo suficiente. Pero ahora quedaba muy claro que esa gente no iba detrás de dinero. Estaban ahí para quedarse.

¿Por qué armamento? ¿Por qué tanto dinero?

—Ésa es la razón por la cual el nacionalista se opuso tan rotundamente a que accediéramos a esta solicitud —dijo Juliette atando cabos—. El extorsionador trama algo. Está reuniendo fuerzas.

Pero eso no tenía sentido. ¿Por qué buscar armas cuando uno tiene *monstruos*?

—Podría ser para crear un ejército —dijo Lord Cai—. Tal vez para ayudar a un levantamiento obrero.

Juliette no estaba tan segura de eso. Mientras pensaba se mordió las mejillas concentrándose en el daño que causaban sus dientes.

—Sencillamente no parece lógico —sentenció—. Las cartas llegan desde la Concesión Francesa. Pero, más allá de eso, esto es obra de Paul Dexter. Quien sea que tenga el control de los monstruos ahora, quien sea que tenga a los insectos madre, que son los que comenzaron la infección, fue *él* quien se los entregó —Juliette recordó, entonces, la carta que Kathleen había encontrado. *Libérenlos a todos*. Eso era lo que no lograba entender. Si Paul Dexter había tenido un socio en todo esto, ¿cómo es que ella no lo sabía? Es posible que no le hubiera prestado mucha atención cuando la estuvo persiguiendo, pero es seguro que, tratándose de alguien tan importante como un socio, él tendría que haber mencionado un nombre en algún momento.

—Ahí está el meollo del asunto —comentó su padre con voz neutra.

Juliette dio una palmada al escritorio.

—Envíame a la Concesión Francesa —dijo—. Quien sea esta persona, yo puedo encontrarla. Estoy segura.

Durante un largo momento, Lord Cai no dijo nada. Se quedó mirándola, como si estuviera esperando que su hija le dijera que no estaba hablando en serio. Pero luego, al ver que Juliette no ofrecía ninguna alternativa, abrió un cajón lateral del escritorio y sacó una serie de fotografías. Las imágenes en blanco y negro eran borrosas y muy oscuras, pero cuando su padre se las mostró, Juliette sintió que el estómago le daba un vuelco y que todas sus vísceras se contraían.

—Éstas se tomaron en el club de los Flores Blancas —dijo Lord Cai—. El… ¿cómo se llamaba? ¿Xiàngrìkuí?

—Sí —susurró Juliette, con los ojos fijos en las fotos. Por supuesto, su padre no había olvidado el nombre del club. Era sólo que se negaba a hablar en ruso, a pesar de lo fácil que era pasar del shanghainés al ruso, debido a la similitud de los sonidos; tal vez incluso más fácil que pasar del shanghainés al chino común—. Podsolnukh.

Lord Cai le acercó las fotos un poco más.

—Mira bien, Juliette.

Las víctimas de la locura del pasado septiembre se habían destrozado la garganta con sus propias uñas, hasta que las manos les quedaron cubiertas de sangre. Pero las fotos que tenía enfrente no sólo mostraban cuellos mutilados. Las caras que se podían distinguir, ya no parecían realmente *rostros*. Eran una masa de bocas y ojos rasgados, que ya ni siquiera tenían forma. Las frentes mostraban agujeros del tamaño de una pelota de golf, y las orejas colgaban del lóbulo por tiras de piel. Si hubiera sido posible tener fotografías a color, toda la escena se vería roja.

—No te voy a mandar a *eso* a ti sola —dijo Lord Cai en voz baja—. Tú eres mi hija, no mi esclava. Esto es lo que es capaz de hacer quien sea que esté detrás de las extorsiones.

Juliette exhaló por la nariz, con un sonido fuerte e irritante.

—Tenemos una pista —dijo ella—. Una pista que apunta a que este desastre viene de territorio extranjero. ¿Quién más está disponible? ¿Tyler? Antes de que lo alcancen los insectos, a él lo matará primero un cuchillo en la garganta.

—No estás entendiendo, Juliette.

—¡Claro que sí! —gritó Juliette, aunque sospechaba que su padre tenía razón—. Si este extorsionador salió de la Concesión Francesa, entonces voy a encontrarlo infiltrándome justo en el corazón de su alta sociedad. Sus reglas, sus costumbres. Alguien sabrá algo. Alguien tendrá información. Y yo se las voy a sacar —dijo y levantó la quijada—. Envíame allá. Y envía a Kathleen y a Rosalind para que me acompañen, si lo crees necesario. Pero nada de escoltas. Sin protección. Una vez que confíen en mí, ellos hablarán.

Lord Cai sacudió la cabeza lentamente, pero no era un movimiento de rechazo. Era más una forma de digerir las palabras de Juliette, mientras sus manos tomaban inconscientemente la misteriosa carta y comenzaban a doblarla una y más veces.

—¿Qué tal esto? —dijo su padre en voz baja—: Déjame pensar en cuál será nuestro próximo movimiento. Y luego decidimos si irás a la Concesión Francesa en una operación encubierta.

Juliette imitó un saludo militar. Su padre le ordenó que se marchara y ella se escabulló rápidamente. Mientras cerraba la puerta, la chica miró por última vez hacia la oficina y vio que su padre seguía observando

atentamente la carta que tenía entre las manos.

—¡Cuidado, señorita Cai!

Juliette dejó escapar un grito, pues por poco pisa a una criada que estaba agachada en el pasillo.

—¿Qué estás haciendo ahí? —exclamó la heredera, al tiempo que se llevaba una mano al corazón.

La criada hizo una mueca.

—Es que hay un poco de suciedad. Pero no me preste atención, ya casi termino de limpiar.

Juliette asintió en señal de agradecimiento y dio media vuelta. Y luego, sin tener razón alguna, se quedó mirando fijamente la mancha de fango que estaba limpiando aquella criada, entonces vio, incrustado en el terrón que se había extendido por las fibras de la alfombra, un pétalo de color rosa.

—Espera —pidió Juliette. Entonces se arrodilló y, antes de que la criada pudiera protestar, metió el dedo entre el fango y sacó el pétalo, ensuciándose las uñas. La criada hizo una mueca de asco peor que la de Juliette, quien sólo arrugó un poco la nariz mientras examinaba lo que había desenterrado.

—Señorita Cai, eso no es más que un pétalo —dijo la criada—. En estos últimos meses han aparecido unos cuantos aquí y allá. Hay alguien que no se limpia bien los zapatos antes de entrar.

Juliette abrió mucho los ojos.

—¿Llevas *meses* encontrando terrones como éste?

La criada parecía confundida.

—Pues… sí. Sobre todo, lodo.

En ese momento se oyó un alboroto que venía del salón del piso de abajo: unos primos lejanos que llegaban para una visita de cortesía y jugar mahjong. Juliette tomó aire y lo retuvo. La mancha de fango estaba al lado de la pared y era lo suficientemente pequeña para que nadie pudiera verla, excepto una criada con ojo de águila buscando lugares que limpiar. También estaba ubicada tan cerca de la pared que bien podría haber sido dejada por alguien que estaba pegado a la puerta de la oficina de su padre, tratando de escuchar lo que pasaba dentro.

—La próxima vez que veas algo así —dijo Juliette lentamente—, búscame. ¿Entendido?

La confusión de la criada pareció aumentar.

—¿Puedo preguntar por qué?

Juliette se incorporó, con el pétalo todavía en la mano. Era originalmente de un color rosa pálido, pero bajo la luz, y gracias al lodo, parecía casi totalmente negro.

—Por ninguna razón en particular —respondió Juliette, sonriendo—. No trabajes demasiado, ¿de acuerdo?

Juliette se alejó rápidamente, casi sin aliento. Era una misión prácticamente imposible. Había miles de peonías en la ciudad y todavía más terrenos llenos de fango en los que crecían esas plantas.

Luego recordó a su padre en aquella cena de hacía tantos meses, cuando afirmó que había un espía: y no se trataba de cualquier espía, sino de alguien que había sido invitado a entrar en su oficina, alguien que vivía en esta casa. Y ella sabía —lo *sabía con certeza*— que ese pétalo en particular provenía de las peonías que había en la residencia Montagov, las que estaban detrás de la casa, cuyos pétalos caían desde los alféizares y se hundían en el fango.

Porque cinco años atrás, Juliette era la que iba dejando esos pétalos por toda la casa.

Kathleen se encontraba en *otra* reunión comunista.

No es que Juliette siguiera enviándola a esas reuniones, sino que los comunistas se la pasaban reuniéndose con frecuencia, y si Kathleen quería mantener las apariencias, y lograr que los contactos que tanto trabajo le había costado hacer la invitaran a las siguientes, pues entonces tenía que seguir acudiendo, como si fuera otra obrera más y no la mano derecha de la heredera de los Escarlatas.

Por fin había logrado recogerse adecuadamente el cabello, después de modificar todo su peinado en los últimos cinco minutos, cuando el orador que estaba en la tarima hablaba sobre la sindicalización. Ya había aprendido que los primeros oradores no tenían mucho que decir y sólo estaban ahí para hacer tiempo, mientras la gente importante llegaba y los asientos se ocupaban, para así evitar las molestias interrupciones que generaban los que llegaban tarde. Nadie estaba prestando atención a Kathleen cuando ella se miraba en un espejo de mano que sacó de su bolsillo y decidía que las complicadas trenzas que Rosalind le había hecho

parecían un poco burguesas para esta reunión.

—Disculpe.

Kathleen se sobresaltó y volteó hacia la voz suave que le habló desde atrás. Una niñita, a la que le faltaban dos dientes de adelante, tenía en la mano uno de los pasadores para el cabello de Kathleen.

—Se le cayó esto.

—¡Ay! —murmuró Kathleen en respuesta—. Gracias.

—No pasa nada —dijo la niña. La chiquilla mecía las piernas en el aire y miró de reojo a la mujer que estaba sentada a su izquierda, probablemente su madre, para ver si iba a regañarla por hablar con una desconocida—. Pero me gustaba más el peinado que tenías antes.

Kathleen se tragó una sonrisa y levantó la mano para tocarse los rizos que se mantenían en su sitio gracias a aquellos pasadores. Rosalind había dicho lo mismo, mientras exaltaba su propia belleza y le hacía unas elaboradas trenzas. Por estos días su hermana rara vez estaba de ánimo para sentarse a conversar. Por lo general no se negaba si Kathleen la encontraba por ahí en la casa y le pedía un minuto, pero el problema era, precisamente, que ya casi nunca estaba en casa.

—A mí también me gustaba —contestó Kathleen en voz baja y se dio la vuelta. En ese momento casi deseó no haber desbaratado la obra de su hermana.

De repente todo el salón estalló en un aplauso y Kathleen se apresuró a ver qué ocurría. Durante el cambio de orador, ella se enderezó en su silla y trató de concentrarse otra vez en escuchar pero sus pensamientos no dejaban de dar vueltas, mientras se tocaba distraídamente el cabello. Su padre había vuelto a visitarlas la semana pasada, y se había mostrado todavía más insistente en su idea de que se mudaran al campo. Rosalind había puesto los ojos en blanco y había salido como una tromba, lo cual no había sido bien recibido por su padre, de modo que Kathleen había tenido que soportar sola los aspavientos de su padre sobre la situación que se vivía en la ciudad y a dónde la estaba llevando la política. Tal vez ésa era la manera en que ellas dos dividían sus deberes. Rosalind se ponía furiosa y lo desafiaba, pero cuando su padre no estaba mirando, se inmiscuía en su trabajo y hacía por él todo lo que había que hacer. Entretanto, Kathleen sonreía y asentía, y cuando su padre necesitaba sentirse seguro, ella hacía todo lo que se esperaba de la considerada y recatada Kathleen Lang que

esta ciudad conocía. Ella siempre había sabido que adoptar ese nombre significaría apropiarse de una parte de la personalidad de su hermana, no sólo para mantener las apariencias, sino por pura comodidad. A veces su padre le hablaba como si de verdad hubiera olvidado que la verdadera Kathleen estaba muerta. A veces ella se preguntaba qué sucedería si volvía a pronunciar delante de él el nombre "Celia".

Kathleen se inclinó en su silla. No obstante, ahora estaba más preocupada por Rosalind que por ella misma. Si era sincera, tenía que reconocer que le había molestado un poco el que Rosalind le hubiese impedido que ayudara a Juliette en el pasado, y sin embargo no le molestaba andar de cabaret en cabaret del territorio neutral, socializando con franceses de la red comercial de la ciudad.

¿Cómo podemos estar en el mismo bando cuando ellos nunca caerán? Eso era lo que Rosalind había dicho. *Son invulnerables. ¡Nosotras no lo somos!*

Nada había cambiado. Rosalind y Kathleen todavía formaban un grupo aparte del resto de la Pandilla Escarlata que llevaba el apellido Cai, pero, de repente, digamos que surgía una tarea que le daba a Rosalind una sensación de propósito y autodeterminación, y ahí estaba, sin preocuparse por la vulnerabilidad. Tal vez eso era inevitable en una ciudad como aquélla. Todos y cada uno de ellos estaban empeñados en destruirse, aunque supieran que no era prudente, y aunque se apresuraran a advertirles a los demás sobre eso. A Rosalind no le gustaba que Kathleen se estuviera involucrando con los comunistas; Kathleen, por su parte, pensaba que era totalmente absurdo que Rosalind pretendiera hacer las veces de embajadora. ¿A quién le importaba si su padre amenazaba con obligarlas a mudarse? Él ya no tenía poder real sobre ellas, ya no, no en Shanghái. Al diablo con la compasión filial. Una palabra de Juliette y él tendría que meter la cola entre las patas, dar media vuelta, empacar sus maletas y marcharse solo.

De ninguna manera nos iremos, murmuró Kathleen para sus adentros, cuando en el salón estallaba otra ronda de aplausos que ahogaron sus palabras. Entonces se reclinó contra el respaldo, decidida a prestar atención al debate que empezaba, en tanto un comunista argumentaba que los extranjeros, y no los gánsteres, eran los que estaban causando problemas en la ciudad, y otro afirmaba que la única solución era echarlos a todos. Cuando comenzó la planeación, que era la verdadera razón para

que Kathleen estuviera allí, la muchacha se inclinó hacia delante en su silla, mientras se determinaban los lugares en los que se podrían organizar huelgas, y se elaboraban los cronogramas para la destrucción final del imperialismo extranjero.

Fue en ese momento cuando su mirada recorrió por un segundo el resto del salón. No sabía qué la había impulsado a hacerlo, pero de repente su atención se fijó en una cara desconocida. Cuando volvió a parpadear, Kathleen se dio cuenta, por la vestimenta del personaje, que no se trataba de ningún extranjero sino de un Flor Blanca ruso.

Kathleen frunció el ceño y, mientras volvía a concentrarse en lo que pasaba en la tarima, se levantó el cuello del abrigo para ocultar lo más posible su rostro.

Dimitri Voronin, pensó, mientras su su mente volaba. *¿Qué* estás *haciendo aquí?*

Ocho

—Déjame adivinar —dijo Juliette mientras cerraba la puerta del auto, después de subirse—. Descubriste que soy una revolucionaria encubierta y ahora me llevas a las afueras de la ciudad para ejecutarme.

Lord Cai la miró de reojo desde el asiento del conductor con el ceño fruncido. Luego oprimió un botón del tablero y el motor se encendió.

—Te ruego que dejes de ver esas películas del Lejano Oeste que llegan de los Estados Unidos —dijo. Para alguien que probablemente no había conducido un automóvil en años, su padre giró con gran habilidad el volante y sacó el auto de la cochera con destreza—. Te están friendo el cerebro.

Juliette volteó en su asiento y miró por la ventanilla trasera pensando que otros autos podrían estarlos siguiendo. Pero cuando no vio nada, volteó hacia el frente de nuevo, puso las manos sobre el regazo e hizo un puchero.

Esto era muy extraño. No podía recordar cuándo había sido la última vez que salieron de la casa sin escolta o, cuando menos, con otro Escarlata de refuerzo. Y no es que su padre necesitara protección —no cuando había sido él quien le había enseñado a manejar un cuchillo cuando ella tenía apenas tres años—, pero el hecho de tener a un grupo de hombres rodeándolo todo el tiempo era un asunto de estatus, y Juliette no creía que su padre se presentara nunca en público sin esa protección.

—Y entonces —tanteó Juliette—, ¿adónde vamos?

—Lograste subirte al auto sin hacer preguntas —le contestó su padre de forma tajante—. Así que por favor contén el impulso hasta que lleguemos.

Juliette apretó más los labios y se hundió en su asiento. Cuando llegaron a la avenida Eduardo VII, en el centro de la ciudad, la conducción de su padre se volvió más errática; frenaba y arrancaba con rudeza cada vez que la gente se atravesaba, con una brusquedad que no tenía nada que ver con la suavidad con que se comportaban sus conductores a sueldo. Justo cuando Juliette pensó que iban a atropellar a una anciana, su padre giró por un callejón bastante ancho y estacionó el auto. Luego tomó su sombrero del asiento trasero.

—Vamos, Juliette —le ordenó mientras se bajaba del auto.

La joven lo siguió lentamente, observando con curiosidad el callejón, mientras seguía tratando de evaluar la situación y se frotaba las manos para mantenerlas calientes. Allá había una puerta, la entrada trasera de lo que Juliette supuso que era un restaurante, a juzgar por el ruido que salía del lugar. Lord Cai volvió a llamarla y Juliette se apresuró a alcanzarlo, justo cuando la puerta se abrió y un chico del servicio los invitó a entrar sin pronunciar palabra.

—Si estamos aquí para comer algo que Māma detesta podrías habérmelo dicho —susurró.

—Silencio.

El chico los condujo por los pasillos traseros del restaurante, rodeando el barullo de la cocina. Juliette había estado considerando la idea de comer algo, pero frunció el ceño cuando pasaron de largo por las puertas del comedor, sin echarles siquiera una mirada. ¿Su padre habría reservado un salón privado? ¿Sólo para ellos dos? Después de todo, tal vez no debería haber bromeado con aquello de la ejecución revolucionaria, pensó Juliette.

No seas ridícula, se dijo.

El chico dio vuelta en una esquina y se detuvo frente a una puerta común y corriente. Todo era oscuro y húmedo allí atrás y no parecía que alguien se hubiera encargado de la limpieza en años, y mucho menos que se hubiera utilizado para servir a los clientes.

—Si necesitan algo estaré aquí afuera —dijo el chico y abrió la puerta.

Lord Cai entró al instante y Juliette lo siguió de cerca. Ella ya había asumido, por lo menos en parte, que esto iba a ser una curiosa lección. Tal vez una cena muy modesta para enseñarle lo rápido que podían perder todo lo que tenían.

Lo último que esperaba encontrar adentro era a Lord Montagov y a Roma, sentados frente a una mesa redonda.

A Juliette casi se le salen los ojos de las órbitas y metió la mano entre la manga para buscar su arma, aunque fue un movimiento, más automático que estratégico y de preparación para una pelea. Y aunque al final no sacó nada, al ver el movimiento, Roma se puso de pie de un salto y él sí mostró su pistola, listo para disparar.

Hasta que su padre le dijo:

—Quieto, muchacho.

Roma parpadeó y su brazo retrocedió apenas unos centímetros. La luz gris que entraba por las ventanas opacas y sucias le confería una apariencia estremecedora, o tal vez ésa era la persona en que se había convertido ahora: la boca, una mueca de rabia, y la quijada tan tensa que parecía de piedra.

—¿Qué…?

—Yo les envié una invitación para encontrarnos —comenzó Lord Montagov pasando del ruso al chino—. Siéntate, Roma.

Roma se sentó lentamente.

—Bàba —dijo Juliette entre dientes—. ¿Qué significa esto?

—Siéntate, Juliette —repitió simplemente Lord Cai. Al ver que Juliette no se movía, su padre la sujetó del codo y la llevó con suavidad a la mesa mientras se inclinaba y le decía al oído—: Es una zona segura. No es una emboscada.

—Si lo fuera, no nos lo diría —susurró Juliette en respuesta. Luego se dejó caer bruscamente en la silla, apoyando sólo la mitad de los muslos para poder escapar en cualquier momento.

—Señorita Cai, no hay de qué preocuparse —declaró Lord Montagov —. Uno sólo puede emboscar a alguien por sorpresa un número limitado de veces, después, ya saben qué esperar.

Juliette sintió que el pecho se le congelaba. Entretanto, Lord Montagov sonreía y esa imagen por sí sola ya habría sido lo suficientemente terrible, pero se tornó todavía más abominable cuando Juliette comprendió que era… la misma sonrisa de Roma.

¡Cómo se atrevía él!

—Usted…

Juliette se abalanzó sobre la mesa, empuñando un cuchillo, pero Roma

fue más veloz y, antes de que ella se diera cuenta, ya tenía el cañón de su pistola contra la frente de la joven. Juliette se quedó paralizada y dejó escapar el aire con un silbido a través de los dientes apretados.

Cuando Juliette se atrevió a mirar a Roma a los ojos, sólo encontró odio. Eso no debería haberle dolido tanto, pues bien sabía que ella era la culpable. La imagen era la correcta, la esperada. ¿A quién más le apuntaría Roma con un arma sino a su enemigo? ¿A quién más debería defender sino a su propio padre?

No debería haberle dolido tanto, pero así fue.

Esto es obra mía, pensaba Juliette con la mente como nublada. *Tú me dijiste que me elegirías a mí por encima de todo lo demás, y luego yo le hice esto a nuestra relación*.

Ella había conseguido que Roma tomara partido por su padre, que era quien había causado la muerte de Nana y quien había amenazado con darle muerte si el joven no la mataba *a ella*. Era casi absurdo. Casi, casi… pero Juliette estaba tomando la misma decisión que había tomado Roma en su momento. Al menos él seguiría vivo, independientemente de las consecuencias que ella tuviera que asumir.

—Juliette —volvió a advertir Lord Cai, aunque esta vez con un tono suave—. Guarda el cuchillo, por favor.

Con los dientes todavía más apretados, Juliette volvió a guardar el cuchillo bajo su manga. Roma, en respuesta, también bajó la pistola y la puso sobre la mesa, si bien la mantuvo cerca.

—Es mucho mejor ser amables, ¿no? —dijo Lord Montagov—. Tengo una propuesta y es un asunto que la involucra a usted, señorita Cai.

Juliette entrecerró los ojos, y aunque no le dio pie a Lord Montagov para que siguiera, se quedó esperando.

—Me gustaría que usted cooperara con mi hijo.

Juliette se movió de inmediato en su silla y volteó la cabeza hacia donde estaba Roma. Pero él no reaccionó. Él ya sabía… y había estado de acuerdo.

—¿Perdón? —logró decir Juliette—. ¿Por qué querría yo hacer algo así?

—¿No desea averiguar quién está detrás de las amenazas? —preguntó Lord Montagov—. Ustedes dos tienen la capacidad de expresarse en otras lenguas y eso les permite socializar en la Concesión Francesa. Enviar allá a simples gánsteres sería buscarse problemas, pero hacer alianza con el

enemigo… ah, los extranjeros no sabrán qué hacer.

¿Qué juego está jugando este señor? pensó Juliette, mientras guardaba silencio. Allí había algo raro y eso no le gustaba.

—Es una buena idea, Juliette —dijo Lord Cai, que por fin se decidió a hablar. Su voz sonaba monótona, casi aburrida—. Si las dos pandillas están recibiendo amenazas, entonces nada asustará más al extorsionador que el hecho de que nos unamos, aunque sea por un tiempo. Tanto la Pandilla Escarlata como los Flores Blancas saldremos de esto habiendo derrotado al tercero en discordia.

Pero tú no entiendes, quería decir Juliette, que no dejaba de mirar a Lord Montagov y el destello de maldad que proyectaban sus ojos oscuros. Esto no era sólo para combinar sus fuerzas. Lord Montagov conocía con precisión el pasado que tenían ella y Roma; esto era un plan para conseguir información sobre los Escarlatas, un plan para lograr que Roma hiciera lo que se había negado a hacer hacía cinco años: ganarse su confianza y hacer las veces de espía. Tan pronto comenzaran a trabajar juntos, Juliette no podría quitárselo de encima. Cualquier cosa que descubrieran los Escarlatas también sería conocido por los Flores Blancas.

Sólo que Juliette no podía verbalizar nada de esto, ¿o sí? Estaba atrapada y Lord Montagov lo sabía. Si cooperaba, nadie haría preguntas. Pero si se negaba y se rebelaba, entonces su padre preguntaría por qué, y ella tendría que decir la verdad: la primera vez, su romance con Roma causó una explosión en la mansión Escarlata; la segunda, Tyler casi los mata a todos.

—Sí, es una buena idea —convino Juliette en un tono aburrido.

En ese momento Lord Montagov aplaudió y su aplauso resonó por todo el sitio mientras él decía:

—¡Qué gran alivio! Sería bueno que el resto de nuestros hombres fueran tan amigables como nosotros —dijo y miró hacia Roma—. ¿Ustedes dos ya se habían conocido formalmente? Supongo que no.

Roma y Juliette se miraron. Roma tensó todavía más la quijada y los puños de Juliette adquirieron un color blanco por debajo de la mesa. Mientras tanto, Lord Cai parecía indiferente, a pesar de que era el único en el salón para quien se montaba esa farsa.

—No, no nos conocíamos —mintió Roma, sin que vacilara su mirada. Y a continuación se puso de pie y le tendió una mano por encima de la mesa

—. Roman Nikolaevich Montagov. Encantado de conocerla.

Roman. Juliette casi repite el nombre en voz alta como si fuera un eco, casi lo deja escapar de sus labios sólo por la urgencia de memorizarlo.

Había una parte de ella que siempre había sabido que ése era su verdadero nombre, pero la ciudad hacía tiempo que lo había olvidado, de la misma forma en que habían olvidado que ella se llamaba Cai Junli. La ciudad sólo lo conocía como Roma. Así era más fácil de pronunciar en chino; así era como lo llamaban todos los que lo conocían.

Juliette pensó que, en realidad, ella ya no lo conocía, no al joven que ahora estaba frente a ella, con el brazo estirado y los dedos completamente firmes, como si nunca antes hubiesen acariciado su piel con la tersura de un beso. Ellos eran antiguos amantes que se habían convertido en desconocidos, y eso abrió en ella una herida muy profunda.

—El gusto es mío —contestó Juliette mientras se ponía de pie para estrecharle la mano. Cuando sus palmas se tocaron, ella no se inmutó, *no podía* hacerlo—. ¿Puedo invitarlo a dar un paseo por la zona? Hay algunos detalles que me gustaría que fuéramos aclarando.

Lord Cai levantó las cejas.

—Juliette, tal vez no…

—La zona es segura, ¿no es así? —lo interrumpió ella.

Su padre realmente no tenía argumentos para negarse. Siempre y cuando no hubiera posibilidades de que la emboscaran, Juliette era perfectamente capaz de lidiar con el heredero de los Flores Blancas. Así que Lord Cai hizo un gesto para concederle su permiso.

—Te espero en el auto.

Juliette salió del salón privado, confiando en que Roma la siguiera. Recorrió los pasillos a tal velocidad que cuando por fin empujó la puerta trasera y salió al callejón, tenía algunos mechones de cabello fuera de lugar. *Inhala profundo, exhala profundo*. Mientras sentía cómo sus zapatos se hundían en un montón de periódicos húmedos, su aliento formó una nubecilla frente a sí, nublando su visión cuando por fin salió Roma, y ella se dio la vuelta y enfrentó la mirada fulminante del muchacho.

—Camina —le ordenó Roma, que echó a andar por el callejón, pero en la otra dirección.

—No me digas qué hacer —murmuró Juliette. No obstante empezó a caminar detrás de él hasta alcanzarlo, y luego le mantuvo el paso teniendo

mucho cuidado de guardar la distancia entre ellos. Si los callejones de la zona tuvieran más movimiento, ella nunca hubiera sugerido esto y habría preferido abstenerse de tener una conversación privada, en lugar de que los vieran juntos. Pero los callejones de esta área eran estrechos y oscuros, y ellos podrían caminar alrededor del restaurante el tiempo que quisieran, sin correr el riesgo de acercarse a ninguna avenida importante.

—Y entonces, ¿de qué se supone que se trata todo esto? —preguntó Juliette, justo cuando pasaba por debajo de un tubo oxidado que dejó caer una gota en su nuca.

—A mí también me tomó por sorpresa esta idea de mi padre —respondió Roma, y su voz le sonó áspera, como si tuviera la garganta llena de astillas de vidrio—. Todo este asunto fue idea de Dimitri. Se supone que debo recuperar tu confianza y sacarte información.

Juliette se mordió las mejillas. Estaba en lo cierto. Era un intento por terminar lo que ellos dos habían empezado cinco años atrás, sólo que Lord Montagov no sabía que Juliette ya le había puesto fin.

—¿Él sabe sobre…?

—¿Qué si está al tanto de lo que ocurrió en el hospital? —interrumpió Roma—. No. No les ha llegado aquella historia. Ellos saben acerca de… —agregó e hizo una pausa para tragar saliva—. Acerca de la *confrontación*, pero lo que tiene que ver con tu participación en ella… tu primo mantuvo la información bajo control.

Lo que significaba que los Flores Blancas sabían que Tyler había tendido una emboscada a Alisa, y que Juliette había dado muerte a Marshall, pero no sabían por qué. No sabían que Tyler había acusado a Juliette de ser una traidora, porque hasta donde Tyler sabía, él se había equivocado y no quería quedar como un tonto.

—Recuperar mi confianza y sacarme información —repitió Juliette en voz baja—. Sólo que yo te gano en ese juego.

Cuando el callejón se estrechó, Juliette se desvió instintivamente para evitar estrellarse contra una bolsa de basura, lo que la hizo perder la distancia que había guardado con tanto cuidado y sus dedos se tocaron fugazmente con los de él. El contacto fue muy breve, un hecho apenas registrable en medio del barullo de la ciudad, y absolutamente infinitesimal cuando se trataba de una extensión medible de tiempo. No obstante, Juliette sintió que todo su brazo se flexionaba como si hubiera

tocado un cable eléctrico. Y con el rabillo del ojo alcanzó a ver cómo Roma se sobresaltaba, al tiempo que endurecía su expresión.

Ninguno de los dos dijo nada. Dejaron que el ruido de los tranvías lejanos y de los chicos que vendían periódicos los envolviera. Dejaron que el silencio se impusiera, porque Juliette apenas podía *pensar* cuando Roma estaba tan cerca, y Roma no parecía muy dispuesto a renunciar a la rabia que reflejaban sus ojos.

—La razón por la cual mi padre me metió en esto es evidente —logró decir Roma después de un rato, cuando entraron en un callejón más ancho—. Pero ¿por qué el tuyo estuvo de acuerdo?

Juliette dio un tirón a una de las cuentas de su vestido. En realidad no era una pregunta. Eso era evidente por el tono de la voz de Roma.

—Ustedes tienen un espía entre ustedes —siguió diciendo Roma, al ver que Juliette se quedaba callada—. Uno de los nuestros se ha infiltrado en su círculo interior. Y quien quiera que sea, convenció a tu padre de aceptar esto.

—Lo sé —dijo Juliette, aunque no estaba muy segura. Pero era mejor dar la impresión de estar en control antes que permitir que Roma pensara que le estaba dando información nueva—. Sácalo de mi casa, si te preocupa tanto.

Roma resopló. Era un sonido tan raro en él que Juliette se volteó a mirarlo, justo cuando el joven se pasaba la mano por el cabello. Eso lo despeinó un poco, pero él no necesitaba arreglarse para verse perfecto. Era algo en la manera como levantaba la quijada, lo inexpresivo de su mirada. Roma había cambiado más en estos últimos meses que en todos los años que ella estuvo ausente.

—No tengo nada que ver con eso —contestó Roma de manera tajante —. Sospecho que fue Dimitri quien lo envió. Él planea algo, para hacerte daño a ti y sacarme a mí del camino al mismo tiempo —en ese momento se produjo una pausa mientras Roma saltaba para evitar un charco de lodo —. Pienso que a los dos nos será útil estar al tanto de esta situación y ser precavidos. No permitamos que se urdan otros planes y mejor aceptemos este acuerdo.

Lo que decía tenía lógica. Roma tenía razón. Pero *Dios*, ¿entonces todo lo que Juliette había hecho había sido inútil? Había fingido la muerte de Marshall Seo para apartar a Roma de su lado y anular cualquier

posibilidad de que ella pudiera recaer y volvieran a unirse, ¿y ahora resulta que, de todas maneras, tenían que trabajar juntos? ¿Acaso esperaban que ella fuera totalmente insensible? Su fuerza tenía cierto límite, y ya estaba cerca de alcanzarlo.

—Si vamos a trabajar juntos —dijo Juliette—, debe ser abiertamente. Los Flores Blancas deben estar de acuerdo en que no será un secreto.

Roma frunció el ceño, pues percibió la tensión en la voz de Juliette.

—Claro. ¿Por qué habría de ser un secreto?

—Sólo estoy verificando. No es una preocupación —agregó. Pero sí era una enorme preocupación. Si los veían juntos una vez más, y la gente sospechaba que eran amantes, Tyler los destruiría, y después llegaría a la cima del poder y dirigiría a los Escarlatas. Juliette no podía permitir que eso pasara.

Preferiría morir.

Juliette disminuyó el paso. Se estaban acercando rápidamente de regreso al restaurante, pues ya habían dado otra vuelta a la manzana.

—¿Qué te parece una semana para reunir a nuestras fuentes? Para luego adentrarnos en el corazón de la Concesión Francesa.

—Me parece bien —contestó Roma, de manera igualmente inexpresiva. De pronto se detuvo. Era evidente que no tenía ningún interés en acompañarla hasta el restaurante, ni en seguir caminando junto a ella después de haber concluido la conversación.

Juliette también se detuvo y exhaló de manera temblorosa, mientras recuperaba el control y adoptaba una expresión neutra. Luego volteó hacia Roma, con una despedida amable a punto de salir de sus labios.

—Pero no te equivoques, Juliette.

Roma giró los ojos lentamente hacia ella. Sin embargo, esa mirada que tanto conocía, se había vuelto insondable y Juliette sintió que el aire se le atascaba en la garganta, paralizada como una criatura del bosque frente a las luces de un automóvil. Estaba lista. Ella ya sabía lo que él iba a decir. Pero de todas formas la lastimó, le dolió tanto como si su corazón estuviera envuelto en alambre de púas y tirara de ambos extremos con todas sus fuerzas.

—Cuando esto termine obtendré mi venganza —sentenció Roma—. Y tú vas a tener que responder por lo que hiciste.

Juliette tragó saliva y guardó silencio. Luego esperó, por si él tenía algo

más que decir, y al ver que guardaba silencio se limitó a girar sobre sus tacones y se alejó, con sus zapatos resonando contra los guijarros del suelo.

Lord Cai ya estaba en el auto cuando Juliette regresó al callejón detrás del restaurante. La joven golpeó el techo del auto con las palmas de las manos, jadeando tan enérgicamente que su aliento formó un velo a su alrededor en medio del aire helado.

—No es demasiado tarde —le dijo a su padre—. Todavía podemos tenderle una emboscada. Lord Montagov sigue en el vecindario.

Para ese momento, Roma ya debía de haberse marchado hacía rato. Y una oportunidad es una oportunidad.

—Querida hija —dijo Lord Caí, presionando el puente de su nariz—, por favor sube al auto.

—Pero, padre —replicó Juliette—, extraño la violencia.

—Sube al auto. Ahora.

Juliette emitió un ansioso suspiro y retiró las manos del techo del auto.

—Ellos son el *enemigo* —protestó cerrando la puerta del copiloto. Un pequeño mechón de cabello voló frente a sus ojos, pero ella se lo echó hacia atrás con brusquedad—. Si ellos sugirieron una idea aparentemente tan buena es obvio que tienen un motivo adicional. Entonces, ¿por qué seguimos el juego?

—La guerra de clanes es una noción absurda, Juliette —le dijo Lord Cai de manera cortante, mientras ajustaba el espejo retrovisor—. ¿Qué te he enseñado?

La joven jugueteó con los dedos sobre su rodilla. Esperaba que su padre no decidiera convertir esto en una lección *ahora mismo*, cuando las fronteras eran, evidentemente, rojas y blancas. En el pasado, es posible que a Juliette le hubiese complacido ver que el odio por los Flores Blancas disminuía, pero, en este momento, no parecía que su padre estuviera ignorando la guerra de clanes. Parecía como si… no le *importara* en lo absoluto. Como si hubiera algo más importante.

—Odiamos a los que nos hacen daño —dijo Juliette, haciendo eco de las palabras que su padre le había dicho mucho tiempo atrás—. Pero no odiamos de forma irracional —siguió, sacudiendo la cabeza—. Es una idea muy bonita, pero los Flores Blancas *sí* quieren hacernos daño.

—Las necesidades y los deseos cambian tan rápido como la brisa —dijo Lord Cai al bajar la ventana y el frío entró de golpe invadiendo el interior del auto. Juliette estaba empezando a pensar que su padre había terminado por acostumbrarse a las temperaturas polares que mantenía en su oficina—. Mientras nosotros no suframos una humillación, si los líderes de los Flores Blancas solicitan una cooperación pacífica para que las dos pandillas *sobrevivan* a un segundo enfrentamiento con el monstruo, ¿cuál es el problema?

Pero debajo de aquello tenía que haber algo más. No podía ser tan sencillo, porque su padre no era un hombre tan fácil de convencer.

—¿Qué vamos a obtener de esto? —le preguntó Juliette de manera directa.

La respuesta de Lord Cai fue poner en marcha el auto. Retrocedieron lentamente por el callejón y se sumergieron en el bullicio constante del centro de la ciudad. A través de la ventana abierta entró el olor de la comida callejera, el acompañante ideal para el frío extremo.

Minutos después, cuando se detuvieron al ver la señal de un oficial de policía que estaba dirigiendo el tráfico, Lord Cai habló:

—Mantenlos distraídos.

Juliette parpadeó. Un *rickshaw* se detuvo en ese momento al lado de su ventana y, en cuestión de segundos, Juliette vio cómo el conductor del vehículo soltaba el manubrio, se secaba el sudor de la frente y se devoraba un rollo entero de carne.

El oficial les hizo señas para que avanzaran y el auto siguió su camino.

—¿Distraídos? —repitió Juliette en su cabeza las palabras de Roma. *Ustedes tienen un espía entre ustedes. Uno de los nuestros se ha infiltrado en su círculo interior. Y quien quiera que sea, convenció a tu padre de aceptar esto*—. Distraídos ¿de qué?

Pero Lord Cai se limitó a seguir conduciendo, después de hacerle un saludo con la cabeza al oficial. Luego guardó silencio otro rato, lo cual era totalmente característico de su padre, antes de agregar:

—Hay algunas cosas que tú todavía no entiendes. *Tīng huà*. Escucha a tu padre.

Juliette no tenía mucho que argumentar ante eso.

Nueve

Esa noche, cuando la última criada cerró la puerta y se retiró a descansar, Juliette salió a hurtadillas de su habitación, con una canasta apretada contra el pecho. Recorrió el pasillo lo más rápido que pudo, concentrada exclusivamente en salir de la casa, pero cuando pasó frente a la habitación de Rosalind vislumbró el rayo de luz que salía por debajo de la puerta.

Juliette se detuvo. Aquello era extraño.

—¿Rosalind?

Se oyó un ruido que venía del interior de la habitación.

—¿Juliette? ¿Eres tú? Puedes entrar.

Juliette dejó su canasta contra la pared y abrió la puerta de Rosalind, antes de que su prima pudiera cambiar de parecer. Mientras la luz dorada que provenía de la habitación se proyectaba sobre el pasillo, Juliette se quedó un momento en el umbral, contemplando la escena, y viendo cómo Rosalind levantaba la vista desde el escritorio y alzaba una ceja. Todavía estaba maquillada, a pesar de lo tarde que era, y las cortinas de las ventanas seguían abiertas, lo que permitía que un rayo de luna se proyectara sobre la cama.

—Es tardísimo —dijo Juliette—. ¿Por qué todavía no te has acostado?

Rosalind dejó la pluma sobre la mesa.

—Lo mismo te digo. Y estás tan cuidadosamente peinada como yo.

—Sí, pues verás… —Juliette no supo cómo terminar esa frase. No quería decir que era porque estaba a punto de salir. En lugar de eso clavó la mirada en el escritorio de Rosalind y cambió de tema—. ¿Qué te tiene

tan ocupada?

—¿Y tú qué estás curioseando? —reviró Rosalind con rapidez.

Juliette cruzó los brazos sobre el pecho y Rosalind sonrió para indicar que estaba hablando en broma. La luz de la luna se ocultó detrás de una nube y la luz de la lámpara pareció vacilar también.

—De hecho, tu hermana me pidió que hablara contigo —dijo Juliette y dio unos pasos más dentro de la habitación, mientras observaba atentamente el escritorio. Alcanzó a ver volantes del club burlesque, al igual que una o dos páginas arrancadas de un cuaderno de contabilidad—. Está preocupada por ti.

—¿Por *mí*? —repitió Rosalind—. ¿Y por qué? —preguntó al reclinarse en la silla y abría mucho los ojos. Al hacerlo, Juliette vio un destello en su cuello: el reflejo de la luz sobre una pieza de metal. *Un collar nuevo*, registró mentalmente Juliette. Kathleen siempre llevaba puesto su pendiente, pero a Rosalind nunca le habían gustado mucho las joyas. Decía que era peligroso usar objetos valiosos por las calles de Shanghái. Había demasiados ladrones, demasiadas miradas.

—Por nada en concreto; digamos que es una intuición —rápida como un látigo, Juliette se acercó todavía más y agarró entre sus dedos un pedazo de papel, antes de que Rosalind pudiera detenerla. Giró sobre sus talones y movió los brazos hacia el otro lado, en caso de que Rosalind quisiera quitárselo, pero su prima se limitó a alzar los ojos al cielo y dejó que Juliette leyera lo que había en el papel:

Pierre Moreau
Alfred Delaunay
Edmond Lefeuvre
Gervais Carrell
Simon Clair

Juliette frunció la nariz y luego dio la vuelta y en silencio preguntó a su prima qué significaba esa lista.

Rosalind extendió la mano.

—Clientes del club a los que debo acercarme para conseguir fondos. ¿Quieres una explicación detallada acerca de la forma en que administro drogas en sus bebidas? ¿Una lista en orden cronológico sobre quién saca

primero sus monedas?

—Ay, cállate —la reprendió Juliette con cariño, mientras le devolvía a su prima la nota. Luego pasó la mirada por los otros papeles durante un instante, antes de decidir que no había mucho que examinar. Kathleen estaba preocupada por las relaciones de Rosalind con los extranjeros, pero vivir en esta ciudad invariablemente implicaba involucrarse con ellos.

—No me digas que tú también te vas a poner en mi contra.

—¿Quién, yo? —preguntó Juliette con tono inocente. La cama de Rosalind se sacudió cuando Juliette, que estaba buscando dónde sentarse, se dejó caer sobre el colchón y todas las perlas y plumas de los disfraces de baile de Rosalind tintinearon encima de las sábanas de color azul oscuro—. ¿De qué me hablas?

Rosalind alzó la mirada y se levantó del escritorio. Juliette pensó que su prima iba a sentarse a su lado, pero Rosalind giró en el otro sentido y se dirigió hacia la ventana.

—Kathleen no puede pasar dos minutos sin tratar de rastrearme por la ciudad. Yo me muevo en territorio neutral, no estoy operando en el terreno de los Flores Blancas.

—Creo que más que la guerra de clanes, a ella le preocupan los extranjeros.

Rosalind se inclinó sobre el alféizar de la ventana y apoyó la barbilla en una mano.

—Los extranjeros ven a este país como a un bebé que todavía no ha nacido y que tienen que mantener bajo control —dijo—. Sin importar cuánto nos amenacen con sus tanques, no van a hacernos daño. Observan mientras nos dividimos internamente, como embriones en el útero. Gemelos, trillizos que se engullen los unos a los otros hasta que ya no quede nadie. Pero ellos sólo quieren que dejemos de hacerlo para que salgamos adelante y puedan vendernos sus mercancías.

Juliette estaba haciendo una mueca cuando Rosalind se dio media vuelta.

—Bueno, en primer lugar, ésa es una metáfora espantosa y, además, no es así como funciona la biología.

Rosalind agitó las manos.

—Ah no, mírame. Yo estudié con norteamericanos y sé cómo funciona la biología.

—*Ah no, mírame* —la imitó Juliette, mientras hacía el mismo movimiento con las manos—. Soy una trilliza, pero a mis tutores franceses se les olvidó decirme que no me podía engullir a una hermana en el útero.

Rosalind no pudo contener la risa. Estalló en una carcajada breve pero sonora, y Juliette también se rio, mientras sentía que sus hombros se distendían por primera vez en la semana. Infortunadamente, su momento de relajamiento no duró mucho.

—Mi punto —dijo Rosalind adoptando un tono serio— es que el peligro en esta ciudad viene de la política. Olvida a los extranjeros. El peligro son los nacionalistas y los comunistas, primero destrozándose los unos a los otros, y luego trabajando en colaboración para hacer la revolución, todo en un abrir y cerrar de ojos. Nadie debería tratar de meterse con ellos. Ni tú. Ni Kathleen.

Si las cosas fueran tan sencillas. Si el culpable fuera sólo uno. Como si cada uno no fuera cayendo sobre el otro, como en la más endemoniada partida de dominó del mundo. Ya fuera que lo quisieran o no, la revolución iba a llegar. Ya fuera que hicieran caso omiso de ella o no, la revolución llegaría. Y ya fuera que siguieran haciendo negocios como de costumbre, o cerraran todas sus operaciones antes de salir perjudicados, la revolución igual iba a llegar.

—Tu collar —dijo de pronto Juliette—, es nuevo.

Rosalind parpadeó sorprendida por el súbito cambio de tema.

—¿Esto? —preguntó, al tiempo que se quitaba una cadena de plata de la que colgaba un sencillo trozo de metal—. No es nada especial.

En ese momento, Juliette sintió una extraña sensación en la nuca que la hizo estremecer, una angustia peculiar cuya razón no podía identificar.

—Nunca te había visto con joyas —dijo, al inspeccionar rápidamente con los ojos el escritorio de su prima y luego la estantería, donde Rosalind guardaba algunas baratijas. A excepción de un par de aretes, no vio nada más—. Las mujeres imperiales acostumbraban usar muchas joyas. Y eran consideradas vanidosas, pero las cosas eran muy distintas entonces. Usaban joyas porque era más fácil huir con las joyas que con un montón de dinero.

Cuando sonó el reloj que había sobre la chimenea, Juliette casi da un salto, pero Rosalind sólo levantó la ceja izquierda.

—Biǎomèi —dijo Rosalind y suspiró—. No soy un comerciante al que

tengas que hablarle con metáforas. Yo no voy a huir. Precisamente la razón por la que estoy organizando las cosas de mi padre es porque no tengo interés en irme —agregó y extendió las manos—. Es más, ¿adónde podría ir?

Había muchos lugares a los cuales ir. Juliette podría hacerle una lista, organizada por distancia o alfabéticamente, según su nombre en inglés. También podría disponer la lista de acuerdo con algunas consideraciones de seguridad o la probabilidad de que la encontraran. Si Rosalind nunca había pensado en esa posibilidad, entonces era la persona más honesta de esa casa. Porque Juliette sí lo había pensado, aunque nunca pudiera llevar a cabo sus planes.

—No lo sé —fue lo único que dijo Juliette, con voz casi inaudible. El reloj volvió a sonar marcando el primer minuto de la hora y, al darse cuenta de que ya era muy tarde, Juliette se puso de pie y fingió un bostezo —. En todo caso, fue una buena charla. Ahora me iré a acostar. No te quedes despierta hasta muy tarde, ¿de acuerdo?

Rosalind le dijo adiós con la mano de manera casual —mañana puedo levantarme tarde. *Bonne nuit*.

Juliette salió de la habitación de su prima y, después de cerrar la puerta, recuperó su cesta. Las palabras de Rosalind la habían dejado intranquila, pero trató de olvidarse de la sensación de aprension, tragándosela y reprimiéndola, como hacía con todas las cosas de esta ciudad que debían solucionarse, porque, de lo contrario, uno podía estallar con todo lo que pesaba sobre sus hombros. Caminando rápido y casi de puntitas, Juliette atravesó el resto de la casa y salió por la puerta principal, que cerró con mucho cuidado.

Las cosas que hago, se dijo para sus adentros. La luna brillaba en el cielo e iluminaba el sendero. *¿Y todo para qué? Para que me apunten con un arma a la cabeza, para eso*.

Se subió sigilosamente al auto y despertó al conductor, que estaba dormido en su asiento.

—Mantente despierto un poco más, ¿quieres? —le dijo Juliette—. Realmente preferiría que no nos estrelláramos.

—No se preocupe, señorita Cai —dijo animadamente el conductor, sonando más despierto—. La llevaré al club sana y salva.

Ahí es adonde el conductor pensaba que iba cada vez que Juliette salía

a dar estos paseos de medianoche, una vez por semana. Él se quedaba esperándola frente al club, mientras Juliette lo atravesaba para salir por la puerta trasera y caminaba hasta la casa refugio. Por lo general no le tomaba más de media hora ir y volver. Luego se subía de nuevo al auto, y el conductor la llevaba a casa, antes de que él se fuera a su propio departamento, donde terminaba de descansar para estar disponible durante el turno de la mañana. Y con esta estratagema, nadie en la Pandilla Escarlata tenía indicios de lo que Juliette hacía.

Juliette metió la cabeza entre los asientos delanteros del auto.

—¿Ya comiste? —le preguntó.

El conductor vaciló.

—Tuve un pequeño descanso a las seis… —dijo, pero cuando volteó a mirar, ya había un bollo flotando a su lado, dentro de una bolsa. Juliette tenía bollos de sobra, pues más temprano había comprado muchos de ellos en un puesto callejero y, a menos de que Marshall Seo pudiera comerse cinco en dos días, éstos se echarían a perder.

—Está un poco frío —dijo Juliette, al ver que el conductor lo tomaba con desconfianza—. Pero se va a enfriar más si no nos apresuramos a llegar a nuestro destino, donde podrás comerlo tranquilamente.

El conductor soltó una carcajada y pisó el acelerador. Surcaron las calles como un rayo, a pesar de que estaban tan llenas como siempre, incluso a esa hora. Cada edificio que pasaban estaba iluminado de arriba abajo, y también se veían muchas mujeres en qipao que, haciendo caso omiso del frío invernal, permanecían asomadas a sus ventanas en los segundos pisos, y agitaban sus pañuelos de seda en medio de la brisa. Por su parte, el abrigo de Juliette era tan largo que le cubría por completo el vestido que tenía debajo, y tan grueso que ocultaba la falta de silueta en los diseños norteamericanos.

Por fin llegaron cerca del club burlesque, al lugar en el que siempre estacionaban para evitar el flujo de hombres que entraban y salían por la puerta principal. La primera vez, el conductor se ofreció a acompañarla hasta la puerta, pero decidió no insistir cuando Juliette se sacó un arma del zapato y la puso sobre el asiento del copiloto diciéndole que disparara si trataban de atacarlo. Era fácil olvidar quién era Juliette mientras viajaba recostada en el asiento trasero, revisándose las uñas. Era más difícil cuando descendía del auto y adoptaba esa cara de heredera, lista para

enfrentarse a la noche.

—Cierra bien las puertas —le ordenó Juliette, al tiempo que sostenía la canasta con una mano y le daba un golpecito a la ventana con la otra. El conductor obedeció, y le hincaba el diente al bollo.

La joven comenzó a caminar, manteniéndose tan cerca de la pared como le era posible. Lo bueno del invierno era la ausencia de curiosos: a la gente no le gustaba mirar hacia el frente durante mucho tiempo con el viento irritándoles los ojos, así que preferían caminar con los ojos en sus zapatos. Juliette nunca tenía muchas dificultades para llegar hasta la casa refugio, pero esa noche estaba muy inquieta y veía por encima del hombro cada dos segundos, con paranoia de que los ruidos que oía unas calles más allá no fueran del último tranvía que se dirigía a su parada, sino de un auto que la estuviera siguiendo sin que ella pudiese verlo.

Culpaba de su inquietud a toda esa cháchara sobre espías.

—Soy yo —dijo Juliette en voz baja, cuando por fin llegó a la casa refugio y golpeó dos veces. Antes de que terminara de bajar el puño, la puerta ya se estaba abriendo, pero en lugar de invitarla a pasar, Marshall se asomó.

—¡Aire fresco! —exclamó, para después inhalar de manera dramática —. ¡Y yo que pensé que nunca iba a sentirlo otra vez!

—*¡Hajima!* —lo reprendió Juliette y lo empujó hacia dentro.

—Ah, ¿ahora vamos a hablar en coreano? —Marshall se tambaleó a causa del empujón de Juliette, pero se recuperó rápido y entró de nuevo al departamento, arrastrando los pies—. ¿Sólo por mí? Me siento muy honrado.

—Eres *insoportable* —Juliette cerró la puerta y echó los tres cerrojos. Luego dejó la canasta sobre la mesa y corrió a la ventana, para vigilar a través de la diminuta rendija que había entre las tablas que habían clavado cerca del cristal. No vio nada afuera. Nadie los estaba buscando—. Te voy a matar por segunda vez, a ver si eso te gusta.

—Podría ser divertido. Pero asegúrate de dispararme de modo que me quede una cicatriz igual a la otra.

Juliette giró sobre los talones y posó sus manos en las caderas. Luego se quedó mirándolo un buen rato, pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—¡Ah! —gritó Marshall. Antes de que Juliette pudiera callarlo, él ya se

estaba abalanzando sobre ella, para levantarla del suelo como si fuese una pluma y empezar a darle vueltas hasta dejarla mareada—. ¡Juliette mostrando una emoción!

—¡Detente, ahora! —gritó Juliette—. ¡Mi cabello!

Marshall volvió a ponerla sobre el suelo con un movimiento y luego se quedó abrazándola. Pobre Marshall Seo, extrañaba el contacto humano. Quizá Juliette podría conseguirle un gato abandonado.

—¿Y esta vez me trajiste algo de alcohol?

Juliette alzó los ojos al cielo. Como le pareció que la habitación estaba muy oscura, le lanzó a Marshall su encendedor, aunque sin decirle nada, para que él pudiera prender otra vela, mientras ella sacaba la comida y desempacaba frutas y verduras a gran velocidad. En las semanas que Marshall llevaba escondido allí habían trabajado juntos para poner a funcionar de nuevo el agua corriente sin que las tuberías hicieran tanto ruido, y habían conectado el gas para que Marshall pudiera cocinar. A decir verdad, a Juliette no le parecía que las condiciones de vida fueran tan malas para el joven. Aparte de todo el lío legal de estar muerto, claro está.

—Nunca te voy a traer alcohol —dijo Juliette—. Me daría pánico encontrar este lugar en llamas.

Marshall respondió corriendo hacia el otro extremo de la mesa, para inspeccionar el fondo de la canasta. Apenas si pudo recibir el tono sarcástico después de todo este tiempo habían llegado a conocerse lo suficiente para distinguir qué comentarios buscaban herir y cuáles no. Los dos eran increíblemente parecidos, y eso era tan inquietante que Juliette prefería no pensar mucho en ello.

Marshall sacó uno de los periódicos que cubrían el fondo de la canasta y empezó a leer la noticia de primera plana:

—Conque un justiciero, un vigilante, ¿eh?

Juliette frunció el ceño y miró la página.

—Sabes que nunca puedes confiar en las noticias sobre la guerra de clanes que publican los diarios.

—¿Pero tú también has oído hablar sobre él?

—Sí, unos cuantos murmullos aquí y allá, pero… —Juliette dejó la frase sin terminar, mientras su mirada se concentraba en una bolsa que había en el suelo, una bolsa que ella sabía que no se encontraba en el

departamento la última vez que estuvo allí.

Y luego, a unos cuantos centímetros de la bolsa, vio una hoja.

Ahora bien, ¿cómo era posible que Marshall Seo hubiera oído hablar sobre un justiciero que anda por la ciudad?

Juliette cruzó los brazos.

—Has salido, ¿no es así?

—Yo… —Marshall abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Luego hizo su mejor esfuerzo—. ¡No! ¡Claro que no!

—¿No? —Juliette tomó el periódico, le dio la vuelta y empezó a leer en voz alta—: *La figura enmascarada ha intervenido en múltiples ocasiones para dejar fuera de combate a las dos partes, antes de que alguien disparara. Cualquiera que tenga información debe…* ¡Marshall!

—¡Está bien, está bien! —Marshall se sentó en un asiento desvencijado y suspiró profundamente, mientras sentía que toda su energía lo abandonaba. Luego pasó un largo instante en silencio, lo cual era raro en una habitación en la que estuviera Marshall Seo. Cuando volvió a hablar estaba tranquilo aunque su voz parecía surgir con gran esfuerzo—. Sólo estoy tratando de vigilarlo. Y únicamente intervengo en otras disputas si veo algo irregular mientras acecho.

Vigilarlo. Marshall no dijo su nombre, pero era evidente que estaba hablando de Benedikt. Nadie más podía ser el objeto de tanta preocupación. Juliette debería haberlo reprendido de inmediato, pero no tuvo valor para hacerlo. Después de todo, ella también tenía corazón. Ella había sido la que lo puso en esa situación, la que lo había alejado de todo, y de *todos* los que amaba.

—¿Benedikt Montagov te ha visto? —le preguntó con voz nerviosa.

Marshall negó con la cabeza.

—La única vez que él estuvo realmente en problemas, les disparé a todos los que estaban alrededor y hui —al decir eso desvió la mirada por un segundo, motivado por un breve ataque de culpa, al recordar con quién estaba hablando—. Todo fue rápido y…

—Mejor no pensar demasiado en el asunto —lo interrumpió Juliette. Marshall había matado a varios Escarlatas; y ella mataría a varios Flores Blancas. A lo largo de toda su vida, mientras la ciudad siguiera estando dividida, miembros de ambos bandos morirían sin tregua. Y al final, ¿tendría eso alguna importancia? Cuando las opciones eran proteger a los

seres queridos o no poner en peligro la vida de desconocidos, ¿quién podría decir que se trataba de una decisión difícil?

Juliette volvió a asomarse por la ventana y se quedó observando la noche. Estaba más iluminado en el exterior que allí dentro, y los postes de luz emitían un zumbido que parecía sintonizarse con el viento. Después de todo había elegido esta casa refugio de forma muy estratégica: hasta donde podía ver, no había ningún recoveco en el que pudiera esconderse nadie para vigilarlos. No obstante, Juliette siempre inspeccionaba la calle con cautela.

—Sólo ten cuidado —dijo finalmente la joven y dejó caer la cortina—. Si alguien te ve…

—Nadie lo hará —contestó Marshall; su voz había recuperado la firmeza de siempre—. Te lo prometo, querida.

Juliette asintió, pero todavía sentía una presión en el pecho cuando trató de sonreír. Durante los últimos meses había estado segura de que en cualquier momento Marshall iba a empezar a odiarla. Ella había prometido pensar pronto en una solución, pero todavía tenía a Tyler respirándole en la nuca y no se le ocurría ninguna forma concreta de salir de aquello. Y no obstante, nunca había oído una queja de labios de Marshall. Él se había tomado las cosas con calma, aunque ella sabía que lo enloquecía el hecho de estar encerrado ahí.

Juliette hubiera querido que él le gritara. Que se pusiera furioso. Que le dijera que ella era una inútil, porque eso ciertamente parecía ser verdad.

Pero cada vez que venía a visitarlo, él seguía recibiéndola como si la hubiera extrañado mucho.

Juliette se dio vuelta y parpadeó rápidamente antes de hablar:

—Hay rumores acerca de que esta noche las calles verán acción; protestas lideradas por los comunistas —dijo cuando sintió que tenía sus conductos lagrimales bajo control—: No salgas.

—Entendido.

—*Cuídate*.

—Siempre lo hago.

Juliette tomó entonces la canasta vacía y miró a Marshall con un destello de furia en la mirada, pero su irritación con él, incluso cuando era fingida, siempre era en realidad tibia. El joven sonrió y se despidió con dos grandes besos al aire, que todavía resonaban cuando Juliette cerró la

puerta al salir y oyó que Marshall echaba los cerrojos.

Tenía que dejar de encariñarse con los Flores Blancas. Porque eso sería la muerte para ella.

Lord Montagov empujó el expediente hasta el borde de su escritorio, de modo que Roma no tuvo otra alternativa que agarrarlo rápidamente para evitar que cayera y todos los documentos que tenía dentro se regaran por el suelo. Desde el otro extremo del escritorio, apoyado sobre el borde en una posición absolutamente casual, Dimitri entrecerró los ojos tratando de leer al revés lo que decían aquellos papeles, mientras Roma abría la carpeta.

Roma no creía que Dimitri pudiera entender nada, pues era sabido que necesitaba lentes y, además, la falta de luz sobre el escritorio de Lord Montagov no ayudaba en absoluto. La única lámpara que había en la oficina inundaba el espacio con una luz fría y blancuzca, que mantenía a raya las cuentas de la electricidad, pero lastimaba los ojos y proyectaba una sombra mortecina sobre la piel.

—Revisa todo con mucho cuidado y memoriza los nombres de los clientes que estamos buscando —le indicó Lord Montagov—. Pero ése es tu segundo objetivo. Lo principal es que sigas de cerca todos los esfuerzos de los Escarlatas por localizar al extorsionador. No permitas que ellos nos tomen ventaja. No dejes que nos impongan nada. Si la Pandilla Escarlata logra deshacerse de la amenaza, los Flores Blancas también deberíamos hacerlo.

—Todo dependerá de la manera en que lo logren —comentó Roma con voz monótona—. Ya sea que hallemos al culpable o encontremos una nueva vacuna.

Encontrar al responsable sería la mejor manera de ponerle fin al asunto. No importaba cuál de las dos pandillas fuera la que disparara la bala mortal o usara el cuchillo. Un extorsionador muerto ya no podía extorsionar. Pero si la solución a la locura era una nueva vacuna, entonces la clave recaería en quién lograra mantener el secreto por más tiempo y salvar primero a su gente.

Dimitri se inclinó, como si estuviera a punto de decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, Roma cerró la carpeta.

—Sea como sea, lo tengo todo bajo control.

En ese momento se oyó un golpecito en la puerta de la oficina, y el Flor Blanca que estaba afuera anunció que había una llamada telefónica. Roma se movió hacia atrás para dejar que su padre se levantara del escritorio y saliera de la oficina. Tan pronto como se cerró la puerta, Dimitri rodeó el escritorio y se dejó caer en la silla de Lord Montagov.

—En primer lugar, deberías agradecerme —dijo Dimitri.

De inmediato, Roma sintió un dolor de cabeza que iniciaba en las sienes.

—Todos los clientes de esa carpeta, todos esos comerciantes que trabajan con los Escarlatas pero están a punto de pasar a trabajar con nosotros, todo eso es labor mía, Roma. Lo único que tienes que hacer es dar el golpe final. No debería ser muy difícil.

—Felicitaciones —dijo Roma mientras apoyaba el brazo sobre el respaldo de la silla—. Hiciste tu trabajo.

Dimitri negó con la cabeza. El gesto estaba impregnado de falsa compasión y contenía una advertencia tácita.

—No es suficiente pensar en los comerciantes sólo como un trabajo —dijo Dimitri con tono de sermón—. Tienes que aceptarlos y respetarlos. Únicamente así te prestarán atención.

Roma no tenía tiempo para eso.

—Los comerciantes no son más que colonialistas —dijo y tomó la carpeta en sus manos, arrugando los bordes, implacablemente—. Se merecen que los roben y los asalten, tal como ellos han hecho con los demás. Trabajamos con ellos para obtener lo que podamos. Pero no porque les tengamos cariño. Entiéndelo de una vez.

Dimitri no pareció sentirse humillado. Era difícil saber cuánto creía realmente en lo que estaba diciendo y cuánto era producto solamente de sus deseos de provocar a Roma.

—Entonces ¿así es como son las cosas? —preguntó Dimitri, al tiempo que subía los pies sobre el escritorio—. Tanta hostilidad hacia tus aliados, pero por otro lado te vuelves amante de tu enemiga.

Aunque el ambiente ya estaba bastante frío, en ese momento el aire pareció congelarse.

—Estás equivocado —Roma se puso de pie y dejó la carpeta sobre el escritorio—. Trabajaré con Juliette Cai sólo hasta que pueda ponerle un cuchillo en la garganta.

—Y entonces, ¿por qué no lo has hecho ya? —le rebatió Dimitri, al tiempo que le daba una patada al escritorio y echaba hacia atrás la silla de Lord Montagov hasta dejarla apoyada solamente en las patas traseras—. En los meses pasados, antes de que tu padre quisiera mantenerla viva para obtener información, ¿por qué nunca fuiste tras ella?

Roma se enderezó todavía más, el fuego agitándose bajo su piel. Dimitri no protestó cuando salió de la oficina como una tromba. Era probable que Dimitri estuviera tratando de echarlo de alguna manera, todo para hacerlo quedar mal cuando su padre regresara y viera que él ya no estaba. Sin preocuparse por lo que diría su padre, Roma se metió a la primera habitación vacía que encontró y se dejó caer en un sofá, en medio de la oscuridad, mientras soltaba todas las maldiciones que había querido decir.

El polvo que flotaba en el aire se agitó momentáneamente por la irrupción, pero cuando volvió a asentarse, Roma se sintió cubierto por un velo de polvo mugriento. A tres pasos de donde estaba, las persianas rotas proyectaban sombras plateadas sobre la pared del frente. Y aunque no podía verlo, el pesado reloj que estaba en la esquina marcaba los minutos, contando sin parar el tiempo que iba pasando en esa habitación abandonada antes de que alguien inevitablemente lo encontrara.

Roma exhaló y se dejó caer pesadamente sobre el apoyabrazos. Estaba hastiado de todo esto; cansado de las acusaciones de Dimitri. Sí, Roma se había manchado las manos de sangre a los quince años por Juliette. Y al final había terminado encendiendo la chispa que hizo estallar toda una mansión de los Escarlatas. Todo para salvarla, para protegerla, aunque ella nunca le había pedido que lo hiciera. En ese entonces él habría prendido fuego a toda la maldita ciudad sólo para mantenerla a salvo. *Desde luego* era difícil para él hacerle daño en aquel momento. Esto iba en contra de cada fibra de su ser. Todas sus células, todos sus nervios, habían crecido repitiendo un solo mantra: *protegerla*. Incluso después de saber que ella se había convertido en otra persona, después de oír las cosas tan terribles que había hecho en Nueva York… ella seguía siendo Juliette. Su Juliette.

Pero ahora ya no lo era. Ella se había encargado de dejarlo absolutamente claro, mientras que él seguía esperando y esperando. A pesar de lo mucho que odiaba a Dimitri, una cosa que dijo era cierta, Roma seguía negándose a vengarse porque una parte de él todavía gritaba que la Juliette que conocía era mucho mejor de lo que parecía ser en la

actualidad. Que había algo oculto bajo su manga, y era que nunca podría traicionarlo.

Pero ahora Marshall estaba muerto. Ella había tomado una decisión, así como Roma había elegido la vida de Juliette por encima de la niñera de la joven. Así como Roma había hecho todo lo que podía para que se marchara de regreso a los Estados Unidos, para que se marchara lejos, muy lejos. Aun si ella había mentido sobre su indiferencia cuando lo de Marshall, aunque el llanto y la ternura de aquel día detrás del bastión comunista no hubiese sido fingido, ya no importaba. Lo de Marshall era imperdonable.

Contéstame algo primero. ¿Todavía me amas?

"Por qué no *peleas*?", susurró Roma en medio de la habitación vacía, sintiéndose un poco mareado. Casi podía imaginar a Juliette sentada a su lado, y sentir el olor a flores de su cabello flotando bajo su nariz. "¿Por qué rendirse y entregarse a la guerra de clanes de la forma más abominable?"

A menos que estuviera equivocado. A menos que ésa no hubiera sido una decisión realmente difícil porque ya no había ningún resto de amor en el corazón de Juliette Cai.

Pero ya era suficiente. Roma se puso de pie de un salto y apretó los puños. Por ahora tenían que trabajar juntos, pero ese arreglo terminaría tarde o temprano. Si Juliette quería seguir el camino de la guerra de clanes, entonces obtendría sangre a cambio de sangre. Eso le haría a él tanto daño como a ella, pero estaba dispuesto a enterrar el cuchillo.

Tenía que hacerlo.

Entonces se abrió la puerta de la habitación, Lord Montagov asomó la cabeza y frunció el ceño al ver a Roma sentado en el sofá. El joven tuvo la idea de pasarse una mano por los ojos por si acaso una lágrima se asomara, pero eso habría parecido más raro a su padre que ver cómo seguía mirando al frente con una expresión vacía, sin dejar que Lord Montagov contemplara por completo su semblante.

—Dimitri dijo que tal vez habías entrado aquí —dijo su padre—. ¿No puedes quedarte en un mismo sitio ni por un minuto?

—¿Vamos a reanudar la reunión? —preguntó Roma, tratando de desviar la conversación.

—No, ya cubrimos suficiente terreno —contestó Lord Montagov y frunció el ceño con desagrado—. Quédate en casa. Esta noche habrá

protestas —agregó y cerró la puerta.

Diez

Una revolución nunca es algo bello. Ni limpio, ni tranquilo, mucho menos pacífico.

Esta noche la ciudad observa cómo se reúnen las multitudes congregándose para participar en un levantamiento que espera, ahora sí, hacerse escuchar. Circulan rumores acerca de monstruos y locura, y la situación por fin llega a un punto de quiebre: ¿cuánta *miseria* puede soportar una ciudad antes de que haya consecuencias? Los sindicatos se agrupan para ganar fuerza. Asustan a todo el que quiera oírlos con lo que sucederá si no sacan a los gánsteres y a los imperialistas. Los que se mueren de hambre terminarán por desaparecer. A los pobres se los llevará el viento. Y en Shanghái, donde los obreros de las fábricas se cuentan por cientos de miles, ellos están escuchando.

La gente sale a marchar y hay aglomeraciones frente a las estaciones de policía y las guarniciones militares. Entran a las concesiones extranjeras y circulan por ellas como si fueran territorio chino. Los extranjeros trancan sus puertas con manos temblorosas; los gánsteres salen a las calles para sumarse a las tropas que han sido enviadas a contener la multitud.

—¿Será esto una buena idea? —se pregunta un obrero en medio de la multitud.

Su amigo lo mira de reojo y tiembla. Está helando en Shanghái. Cristales de hielo llenan las calles y cuando un graznido de ave se eleva a lo lejos, apenas se escucha porque el viento sopla con tanta ferocidad que ahoga cualquier ruido.

—¿Y qué importa? —contesta su amigo—. La ciudad sólo puede

empeorar. Así que ¿por qué no intentarlo?

Ellos se están acercando a la estación. Desde arriba puede observarse la forma en que la muchedumbre se despliega, empuñando antorchas encendidas que forman un semicírculo perfecto de manchas color naranja que bloquean todas las rutas de escape. Casi parece una guerra. El viento arrecia.

—Ésta es la primera y última advertencia —grita un oficial a través de un megáfono—. Quienes sean capturados promoviendo disturbios serán decapitados públicamente.

No es una amenaza vacía. En las afueras de la ciudad, en las zonas a las que rara vez van los gánsteres y los extranjeros, ya han tenido lugar decapitaciones públicas y exhibiciones de cabezas empaladas en los postes de luz. Éstas decoran las esquinas de las calles como si fueran anuncios comerciales, a modo de advertencia para los disidentes que se atrevan a sublevarse en el territorio. Las cosas han llegado hasta este punto; ya no es suficiente con esperar lealtad, ni atemorizar con el uso de la fuerza.

Los Escarlatas saben desde hace tiempo que la gente ya no les teme. Y eso es algo que los asusta.

—¡Abajo el dominio de los gánsteres! —grita la multitud en coro—. ¡Abajo el imperialismo extranjero!

Los oficiales de policía se cuadran en formación. Los sables brillan bajo la luz de la luna; es una opción más terrible, pero no hay suficientes rifles. Los ejércitos nacionalistas han reservado para ellos las mejores armas y las han llevado para pelear en una guerra real en otra parte.

La ciudad resopla y las nubes se vuelven más densas bloqueando la luz de la luna. Shanghái también libra su propia guerra. Los soldados uniformados todavía no llegan, pero de todas formas es una guerra.

—La cantidad de gente concentrada no nos asusta —dicen de nuevo por el megáfono—. Dispérsense o…

De repente, el oficial da un paso atrás, al ver algo en medio de la multitud. Es un efecto en cadena y todos los obreros se voltean a mirar también, uno tras otro, levantando las lámparas de gas que tienen en la mano para iluminar la noche.

Y entonces ven a un monstruo en medio de la multitud.

Las masas se dispersan despavoridas. Los oficiales de policía y los gánsteres del otro lado se apresuran a buscar refugio. A estas alturas, la

ciudad ya sabe cómo reaccionar. Sus pobladores han visto tantas veces un espectáculo similar que ya recuerdan qué salida tomar. Levantan a los niños del suelo y se los echan al hombro; les ofrecen una mano a los ancianos y *huyen*.

Pero… el monstruo no hace nada. Aunque los trabajadores se han dispersado, se queda ahí, una entidad solitaria en medio de la vía. Cuando abre y cierra los ojos, los párpados se unen desde el lado derecho y el izquierdo, y la ciudad se estremece debido al miedo de todos los que lo han visto. Nadie quiere ver la forma en que la piel azul del monstruo se oscurece bajo la luz, pero la luna sigue brillando de cualquier forma, y los oficiales que están en la estación tienen que alejarse de las ventanas, mientras sienten cómo se les corta la respiración.

En esta parte de Shanghái, el levantamiento se detiene. En otras zonas, en otros distritos marginales y en otras calles escabrosas, todo arde y se baña en sangre, pero aquí no hay ningún movimiento en la estación, ningún golpe de sable ni ninguna cabeza empalada… al menos mientras el monstruo permanezca ahí.

Él levanta la cabeza y mira hacia la luna.

Casi se diría que el monstruo está sonriendo.

Once

FEBRERO DE 1927

El sol ya había salido y resplandecía sobre la ciudad como si fuera un diamante inmenso incrustado en el cielo. Parecía muy apropiado, pensó Juliette, cuando se bajó del auto e inhaló el aire fresco. Había partes de Shanghái que ella no podía mirar directamente, porque brillaban demasiado, tan recargadas con su propia extravagancia que era imposible apreciarlas.

En particular allí, en el centro de la ciudad. Técnicamente, aquél era territorio del Asentamiento Internacional, pero la Concesión Francesa estaba tan sólo unas calles más allá, y las superposiciones en las jurisdicciones ya eran para entonces tan confusas que Juliette nunca se había preocupado mucho por registrar el límite que existía a lo largo de la avenida Eduardo VII. Y lo mismo les sucedía a sus habitantes, así que ahí era donde iban a comenzar ellos su trabajo en la Concesión Francesa: fuera de ella.

Juliette se sumergió en la sombra de un edificio para rodearlo por el exterior sin ser vista. Allí estaban todos los hoteles elegantes, uno detrás del otro, y Juliette no quería quedar atrapada en ninguna conversación con una dama extranjera ansiosa por experimentar de primera mano la cultura local. Tan rápido como pudo, se metió en el callejón y se detuvo, mientras se blindaba mentalmente.

Roma vestía otra vez de blanco. Nunca hasta entonces Juliette le había visto semejante variedad de ropa blanca.

—*Alors, quelle surprise te voir ici*.

Roma dio media vuelta al oír la voz de Juliette, y no parecía muy

divertido con la falsa expresión de sorpresa proferida por la joven. Tenía ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón, y puede haber sido tan sólo una impresión de Juliette, pero ella juraría que había visto cómo una de las manos se contraía como si estuviera empuñando un arma.

—¿Dónde más podría haber estado esperando, Juliette?

Ella se limitó a encogerse de hombros, pues no tenía energía para seguir tratando de importunarlo. En realidad eso no la hacía sentir mejor y tampoco contribuía a mejorar el constante mal humor de Roma. Cuando por fin sacó la mano del bolsillo, Juliette casi se sorprendió al ver que lo que tenía entre los dedos era un reloj de bolsillo dorado, que enseguida abrió para mirar la hora.

Juliette había llegado tarde. Habían acordado encontrarse a mediodía detrás del Gran Teatro, porque el destino que se habían trazado estaba justo enfrente, en el Área de Recreación, donde se hallaba el club hípico de los extranjeros. El sitio siempre estaba a reventar, pero en especial a estas horas, cuando las celebridades y los ministros se dedicaban a apostar como si ése fuera su trabajo de tiempo completo.

—Estaba cumpliendo algunas tareas —le dijo Juliette a Roma cuando él guardó el reloj.

Roma empezó a caminar en dirección al hipódromo y únicamente dijo: "Yo no pregunté nada".

¡Ay! Juliette se frunció de pies a cabeza, con un estremecimiento que empezó en su corazón. Pero ella podía lidiar con eso. ¿Qué era una pequeña muestra de mezquindad? Al menos Roma no estaba tratando de dispararle.

—¿No quieres saber qué tareas estaba terminando? —Juliette insistió mientras le seguía el paso casi corriendo—. Te ofrezco información en bandeja de plata y ni siquiera quieres tomarla. Estaba revisando los sellos postales de las cartas, Roma Montagov. ¿Se te había ocurrido hacerlo?

Él la miró por un instante por encima del hombro y luego volteó hacia el otro lado, cuando Juliette por fin lo alcanzó.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —respondió.

—Porque podrían haber sido falsos si en efecto el extorsionador no hubiera enviado las cartas desde la Concesión Francesa.

—¿Y lo eran?

Juliette parpadeó. Roma se había detenido de repente y ella se demoró

un segundo en entender que no lo era porque estuviera muy interesado en su conversación, sino porque esperaba para cruzar la calle.

Roma le hizo señas para que avanzaran.

—No —respondió finalmente Juliette cuando estaban otra vez sobre la acera. Desde ahí, ya se podía oír el golpeteo de los cascos de los caballos—. En efecto, las cartas salieron de distintas oficinas postales ubicadas en varios puntos de la Concesión.

Lo que Juliette no entendía era la razón por la cual alguien se tomaría tanto esfuerzo. Pero era más difícil hacer hablar a una sello postal que a una persona… Juliette tenía que aceptarlo. Nadie sería tan tonto de contratar a alguien para que entregara las misivas, porque entonces Juliette podría capturar al mensajero y torturarlo hasta sacarle un nombre. Pero ¿utilizar el sistema postal? ¿No podrían haber dejado las cartas en distintos puntos de la ciudad, para que cualquier viejo gánster las recogiera y se las llevara a Lord Cai? Era como si quisieran que Juliette irrumpiera en la Concesión Francesa, considerando lo obvias que eran las marcas del correo.

Juliette no dijo en voz alta nada de lo que estaba pensando. Y a él tampoco parecía importarle.

—Estás dando demasiado crédito a ese extorsionador —dijo Roma—. Las cartas vienen de la Concesión Francesa porque, como es de esperarse, quien se apropió del legado de Paul es alguien de esta parte de la ciudad —Roma suspiró—. De modo que por eso ha ocurrido así.

Roma y Juliette levantaron al tiempo la cabeza para observar el edificio central del club hípico. La sede se levantaba a la izquierda de la pista, y se proyectaba sobre ésta con una enorme tribuna, para elevarse luego con una torre de diez pisos. En ese momento se escuchó un rugido colectivo que provenía de la pista e indicaba que acababa de terminar una carrera, y a continuación se encendió la actividad en el edificio, en espera de la siguiente ronda de apuestas.

Ésta era una cara distinta de la ciudad. Cada vez que Juliette entraba a un establecimiento del Asentamiento Internacional dejaba atrás las partes de su ser que se alternaban entre el crimen y la fiesta, y en su lugar se sumergía en un mundo de perlas y etiqueta. Una tierra de normas y juegos deslumbrantes que sólo podían seguir los más ricos. Un movimiento en falso y quienes no pertenecían a ese mundo eran expulsados de

inmediato.

—Odio este lugar —susurró Roma. Esta súbita confesión habría tomado a Juliette por sorpresa, si ella misma no se sintiera, también, simultáneamente cautivada y asqueada por aquellas escaleras de mármol y esos pisos de madera de roble, y por la imponencia del salón de apuestas que se alcanzaba a ver a través de las puertas abiertas y cuya agitación rivalizaba con las ovaciones de la tribuna.

Porque, a pesar de lo que decían sus palabras, también era difícil para Roma despegar la mirada de lo que observaba.

—Yo también —contestó Juliette en voz baja.

Tal vez algún día podría abrirse allí un museo de historia, para que esas paredes albergaran una muestra del dolor y la belleza que siempre coexistían en esta ciudad. Pero por ahora, *hoy* se encontraban en la sede del club hípico y Roma y Juliette tenían que subir al tercer piso, donde quedaba la recepción para los miembros.

—¿Lista? —la voz de Roma había vuelto a la normalidad, como si el momento anterior se hubiera borrado de inmediato de su memoria. Y entonces le ofreció el brazo a Juliette, aunque lo hizo con menos naturalidad que renuencia.

Juliette tomó el brazo de Roma antes de que él pudiera cambiar de idea, y envolvió sus dedos en la manga del joven. Tenía las manos enguantadas, pero de todas formas su piel se estremeció al sentir el contacto.

—Ayer hubo avistamientos. En las afueras de la ciudad, donde tenía lugar una huelga de obreros. Dicen que apareció allí un monstruo.

Roma se aclaró la garganta y sacudió la cabeza, como si no quisiera hablar del asunto, aunque la razón para que ellos estuvieran ahí era justamente la presencia de monstruos en la ciudad.

—A menos que haya muertos, a mí me tiene sin cuidado —murmuró —. Los civiles advierten avistamientos todo el tiempo.

Juliette abandonó el tema. Acababan de entrar a la sede del club, y muy pronto atrajeron las miradas curiosas. Habría sido imposible pasar totalmente desapercibidos, en especial considerando que Roma Montagov y Juliette Cai eran muy fáciles de reconocer, pero ella había pensado que la reacción tardaría un poco en manifestarse. Lo cierto es que no hubo demora alguna. Múltiples franceses de traje y elegantes mujeres que

jugueteaban con sus perlas empezaron a girar la cabeza para mirarlos con abierta curiosidad.

—Ninguno de ellos nos servirá —se quejó Roma entre dientes—. Sigue avanzando.

Los curiosos fueron disminuyendo a medida que el par subía las escaleras y dejaba atrás una partida de bolos que tenía lugar en el mezanine. En el segundo piso resonaban las bolas de billar, casi en sintonía con los cascos de los caballos afuera.

En el tercer piso se levantaba un mostrador, justo al lado de la entrada, como si vigilara la larga fila de paneles de madera y cristal que conformaba la imponente entrada. Una chimenea que rugía a unos pocos pasos mantenía el lugar lo suficientemente caliente para que Juliette empezara a sudar de inmediato bajo su abrigo de piel, lo que la obligó a abrirse todos los botones.

—Hola —dijo Juliette y esperó a que la mujer que estaba detrás del mostrador levantara la mirada. A juzgar por el cabello, parecía norteamericana—. Ésta es la recepción para los miembros, ¿cierto?

En ese momento se oyó un estallido de risas proveniente de adentro, acompañado del tintineo de copas, y Juliette supo de inmediato que estaban en el lugar correcto. Allí dentro estaban todos los ricos y famosos de la Concesión Francesa. En una ciudad con una población tan densa, *alguien* tenía que saber *algo*. Lo único que se necesitaba era encontrar al informante correcto.

—¿Ustedes son miembros? —preguntó la mujer en forma brusca, levantando apenas la mirada. Su acento la delataba. Estadounidense.

—No… —admitió Juliette.

—La tribuna de los chinos es afuera.

Juliette soltó el brazo de Roma y extendió la mano hacia atrás, pero en el último momento lo pensó mejor y su mano quedó flotando en el aire, mientras se adelantaba un poco y sus tacones resonaban en el piso brillante. Cuando llegó junto al mostrador golpeó la superficie con las palmas de ambas manos, y cuando la mujer finalmente se sobresaltó lo suficiente para levantar la mirada, Juliette se inclinó.

—Cuando vuelva a hablarme —dijo—míreme bien a la cara.

Juliette empezó a contar mentalmente hasta tres. *Uno. Dos…*

—Se.. señorita Cai —tartamudeó la mujer—. No vi su nombre en la

lista de invitados…

—No más charla —dijo Juliette señalando la puerta—. Ábranos, ¿quiere?

La mujer, que ya tenía los ojos muy abiertos, miró fugazmente la puerta y luego, al ver a Roma, los abrió todavía más. En lo profundo de su ser, una parte de Juliette se deleitaba con ese espectáculo, con la adrenalina que corría por sus venas cada vez que notaba que pronunciaban su nombre con temor. Y otra parte, todavía más perversa, se embelesaba aún más con la imagen que proyectaba, imponente, mientras Roma esperaba a su lado. Ellos dominarían esa ciudad algún día, ¿no es así? Cada cual, su mitad, cada uno luchando por su imperio. Pero ahora estaban ahí, juntos.

La mujer se apresuró a abrir la puerta y, al pasar, Juliette le ofreció una sonrisa que no era más que una mueca.

—La hiciste quedar tan mal que se pasará los siguientes tres años mirando por encima del hombro, muerta de pánico —comentó Roma cuando entraron, un instante antes de inspeccionar una bandeja con bebidas.

—Que yo logre avergonzarla no significa nada —refunfuñó Juliette—. Ninguna otra persona de origen chino de Shanghái goza del mismo privilegio.

Roma tomó una copa y le dio un sorbo. Por un momento parecía que iba a decir algo más, pero fuera lo que hubiese sido, evidentemente decidió guardárselo, porque lo único que dijo fue:

—Manos a la obra.

Durante la siguiente hora se mezclaron con un grupo y con otro, estrechando manos e intercambiando cortesías. A los extranjeros que venían a vivir a esta ciudad durante largo tiempo les gustaba denominarse "shanghaineses adoptivos", y aunque a Juliette ese término le causaba tantas náuseas que prefería olvidar que existía, aunque era el único que se le ocurría para describir con precisión a todas las personas que se encontraban en ese salón.

¿Cómo se atrevían a atribuirse ese título? Juliette apretó los puños, mientras le cedía el paso a una pareja que pasó frente a ella. *¿Cómo se atrevían a considerarse de esta ciudad, como si no hubieran llegado en barcos con cañones para forzar la entrada, y como si ahora no estuvieran ahí solamente porque eran*

los descendientes de los primeros que llegaron abriéndose paso a la fuerza?

Pero las opciones eran o bien ese maldito término o llamarlos *imperialistas*, y Juliette no creía que a su padre le gustara mucho que ella anduviera por ahí refiriéndose a los comerciantes y banqueros de esa manera. Sencillamente tendría que tragarse el disgusto. Tendría que reír con un shanghainés adoptivo tras otro, con la esperanza de que alguno de ellos soltara alguna información de utilidad cuando ella mencionara casualmente la nueva oleada de muertes.

Hasta entonces no había surgido nada. Hasta entonces todos parecían más interesados en saber por qué Juliette y Roma salían juntos.

—Yo pensaba que ustedes no se entendían en lo absoluto —comentó alguien—. Cuando llegué me advirtieron que, si quería hacer negocios en esta ciudad, tenía que elegir un bando o terminaría con un puñal en la espalda.

—Nuestros padres nos asignaron la tarea de trabajar juntos —dijo Roma y exhibió una sonrisa tan encantadora que la extranjera visiblemente quedó extasiada, aunque contaba con la edad suficiente para ser su madre—. Tenemos una misión tan importante que los Flores Blancas y la Pandilla Escarlata tienen que colaborar, aunque eso signifique dejar por un tiempo a un lado… *los negocios habituales*.

Juliette se preguntó si Roma habría practicado ante el espejo cómo decir aquellas palabras. Hablaba como un absoluto niño maravilla, porque sólo ella podía captar la amargura de sus palabras. Lo único que los extranjeros veían era su encanto y la amabilidad de su discurso. Pero Juliette prestaba atención a las palabras, al resentimiento que revelaba al decir que les habían asignado la *tarea* de trabajar juntos, porque, de no ser por eso, él estaría muy lejos, en el otro extremo de la ciudad.

Juliette esperaba que el extorsionador se enterara de esto o, mejor aún, que pudiera verlos justo en este momento. Esperaba que pudiera observar la inesperada cooperación entre ambas organizaciones, para que entrara en pánico. Porque cuando los Escarlatas y los Flores Blancas se unían, era sólo una cuestión de tiempo para que su enemigo común cayera.

—Me pregunto si debería sentirme ofendido por el hecho de que me hayan hecho esperar tanto antes de saludarme.

Roma y Juliette voltearon al mismo tiempo al oír aquella voz, que provenía de un hombre bajito y estridente. Cuando el sujeto hizo un gesto

de saludo con su boina, Roma le respondió inclinando su sombrero canotier, lo que lo hizo ver muy sofisticado en comparación con la cara enrojecida y abotagada del hombre. Era una competencia muy desigual. Juliette se fijó en las dos mujeres que acompañaban al hombrecillo y pudo intuir que ambas se encontraban pensando lo mismo.

—Discúlpenos —se excusó Juliette. El hombre estiró el brazo buscando su mano y ella le permitió tomársela y darle un beso sobre los dedos enguantados—. Si nos hemos conocido antes, me temo que tendrá que recordarme dónde.

Al oír aquello, el hombre le apretó los dedos ligeramente, pero luego la soltó de inmediato, de forma que pudiera interpretarse como un simple reflejo, pero Juliette se dio cuenta de que él había registrado su velado desprecio.

—Ah, me temo que seguimos siendo desconocidos, señorita Cai —dijo el hombre—. Me llamo Robert Clifford —sus ojos se movieron rápidamente entre Juliette y Roma, antes de señalar a las dos mujeres que lo acompañaban—. Estábamos teniendo una conversación maravillosa, antes de que nos picara la curiosidad y ya no pudimos continuar. Entonces pensé… bueno, ¿por qué no preguntar? Las solicitudes para la membresía normalmente pasan por mis manos, pero no he visto la suya. Así que… —Robert Clifford levantó los brazos e hizo un gesto alrededor del salón, como si estuviera recordándoles dónde estaban en ese momento—. ¿Cuándo comenzaron a dejar entrar gánsteres en el club?

Ah, ahí estaba el golpe bajo.

Juliette sonrió en respuesta, tensando la mandíbula con tal fuerza que sus molares crujieron. El tono del hombre de cara enrojecida era jovial, pero había dejado escapar un cierto sarcasmo al pronunciar la palabra "gánsteres", lo cual dejaba muy en claro que no se refería sólo a eso. Se refería también a las razas de ciertos gánsteres, a "chinos" y "rusos". Este personaje tenía mucho más carácter que la norteamericana de afuera, y seguramente pensaba que podría encararlos, sostenerles la mirada y salir airoso.

Juliette se inclinó y tomó el pañuelo que Robert Clifford llevaba en el bolsillo en la parte superior de su saco. Luego lo levantó hacia la luz e inspeccionó con cuidado la calidad de la tela.

Cuando le hizo una seña a Roma para que también echara un vistazo,

aprovechó la oportunidad para voltear y gesticulando con la boca, preguntarle: *¿Es británico?* Las dos mujeres que lo acompañaban eran francesas, a juzgar por el atuendo de Coco Chanel que vestían. Pero Juliette no tenía el mismo ojo para la ropa masculina, y los acentos eran difíciles de identificar cuando la gente aprendía a hablar todas las lenguas europeas como una muestra de su riqueza.

"Sí", respondió Roma.

Juliette soltó una carcajada sonora y devolvió el pañuelo al bolsillo con brusquedad. Luego le dio una palmada a la boina de Robert Clifford, con tanta fuerza que casi se la tumba de la cabeza, y se volteó hacia las dos mujeres y dijo en francés:

—*Mon Dieu*, ¿y cuándo empezaron a admitir en la ciudad la entrada de repartidores de periódicos ingleses? Mami lo está llamando a casa para la cena.

Las mujeres estallaron en una carcajada y Robert frunció el ceño, sin entender lo que Juliette había dicho. Luego se arregló la boina con las manos y volvió a ponerla en su lugar, mientras le escurría una gota de sudor por la cara.

—Ya está bien, Juliette —intervino Roma y parecía como si estuviera a punto de regañarla, pero él también empezó a hablar en francés, de modo que Juliette supo que le estaba siguiendo el juego—. No debes esperar demasiado de él. El trabajo en el periódico debe agotar mucho y su pobre alma tal vez necesita una toalla.

Al oír esa última palabra, la expresión del hombre cambió, pues parecía haber entendido por lo menos eso. *Serviette*. Así que se secó rápidamente la cara y comprendió la intención de Juliette. Hacía mucho calor en el salón, él vestía un traje demasiado costoso, pero su grueso paño era más apropiado para el frío invierno que reinaba afuera.

—Por favor discúlpenme un momento —dijo con tono áspero. Y luego Robert Clifford giró sobre sus talones y se dirigió al sanitario.

—Y yo que pensé que nunca se iba a ir —comentó una de las mujeres, quien evidentemente parecía más relajada ahora, mientras se ajustaba el cinto de sus pantalones anchos—. Lo único que hace es parlotear: sobre dinero, sobre caballos, sobre monstruos.

Roma y Juliette intercambiaron una mirada fugaz que duró apenas un instante, sin que su expresión se alterara en lo absoluto, pero ellos sabían

bien cómo entenderse sin palabras. Tal vez por fin se habían topado con algo.

Juliette extendió una mano.

—No creo que hayamos tenido el placer…

—Gisèle Fabron —dijo la mujer de los pantalones y le estrechó la mano con firmeza—. Y mi amiga es Ernestine de Donadieu.

—*Enchanté* —añadió Ernestine con delicadeza.

Roma y Juliette respondieron a la presentación con desenvoltura, elegancia y algo de adulación. Porque ése era el papel para el que habían sido educados. Éstos eran los juegos en los que ellos sabían vencer.

—Por supuesto que *te* conocemos —continuó Gisèle—. Juliette. Qué nombre tan encantador. Mis padres casi me bautizan con él.

Juliette se llevó las manos al pecho y fingió asombro.

—Ay, pero tienes suerte de que no lo hayan hecho, porque Gisèle es tan hermoso… —mientras hablaba movió un poco el zapato, de forma que su tacón rozara el tobillo de Roma.

Él entendió la seña y fingió que buscaba a alguien en el salón.

—Curioso, ¿será que Robert Clifford nos abandonó de forma permanente?

Ernestine arrugó la nariz y se alisó el cabello corto con actitud despreocupada.

—Tal vez se haya ido a la tribuna de los miembros. Sospecho que hizo varias apuestas sustanciosas cuando estábamos abajo.

—¿En verdad? —preguntó Roma fingiendo curiosidad—. O tal vez enganchó a otra pobre alma en una fascinante conversación sobre monstruos.

Las dos mujeres volvieron a estallar en risas, y Juliette tuvo que contenerse para no dar una palmadita en el hombro a Roma y felicitarlo por esa magnífica manera de volver al tema que les interesaba.

—¡Debería darte vergüenza! —dijo Juliette con un falso tono de indignación—. ¿Acaso no han oído que la ciudad otra vez está alarmada?

Roma fingió que reflexionaba un instante antes de decir:

—Es cierto. Pero he oído que esta vez no se trata de un monstruo, sino de un titiritero que controla a las criaturas para que cumplan sus órdenes.

—¡Ah, pamplinas! —exclamó Gisèle y agitó la mano—. ¿Acaso no es lo mismo que antes? Charlatanes y estafadores delirantes, que aprovechan la

oportunidad para vender sus mercancías.

Juliette ladeó la cabeza. Con lo de "charlatanes" seguro se refería a Albarraz y su vacuna; se refería a Paul Dexter, que había distribuido solución salina para obtener ganancias, aunque de hecho poseía la cura verdadera. Sólo que Albarraz ya no estaba ofreciendo su mercancía en las calles. Entonces, ¿de quién estaba hablando?

—Sí —contestó Juliette mientras trataba de ocultar su confusión—. Tengo que admitir que esta vez están más tranquilos.

—¿Más tranquilos? —repitió Ernestine con cierta incredulidad—. Nada de eso. Toda la semana pasada estuvieron metiendo volantes bajo mi puerta. Tan sólo esta mañana… —dijo, mientras se revisaba los bolsillos, y de pronto sus ojos se encendieron cuando se oyó un chasquido—. Ah, yo sabía que todavía lo tenía. *Ici*.

En ese momento, Ernestine sacó de su bolsillo un volante muy delgado, que se veía casi transparente cuando se exponía a la luz. Roma lo tomó primero, con el ceño fruncido, y Juliette puso su barbilla sobre el hombro de Roma para leerlo al mismo tiempo.

La redacción en francés estaba llena de errores, pero el sentido era bastante claro.

¡LA LOCURA HA REGRESADO!
¡APÍQUESE LA VACUNA!

En la parte inferior del volante había una dirección, igual que la última vez. Sólo que ahora ésta ni siquiera estaba en la ciudad. Era en Kunshan, en una *provincia* diferente. A pesar de que en ferrocarril era un viaje relativamente corto, ir tan lejos de Shanghái implicaba abandonar la burbuja protectora y entrar en un campo de batalla completamente nuevo, con nuevos caudillos y nuevas milicias. Aunque Shanghái vivía en un caos particular, fuera de ahí los gobernantes y las leyes cambiaban en un abrir y cerrar de ojos.

No importa. Eso era mejor que nada.

—¿Podemos quedarnos con esto? —preguntó Juliette, al tiempo que sonreía.

El resto del tiempo que estuvieron en el club no produjo nada de importancia y Roma sugirió que se marcharan antes de que oscureciera. Juliette seguía pensando en el volante cuando salieron de las instalaciones del club hípico y regresaron a la calle Nanjing. La ciudad recobró vida a su alrededor, y el traqueteo de los tranvías y el rugido de los autos reemplazaron el rítmico golpeteo de los cascos de los caballos. Juliette casi sintió que se relajaba.

Casi.

—¿Por qué ese anuncio en francés? —pensó en voz alta—. ¿Por qué sólo ofrecerles la vacuna a los franceses? Nunca había visto algo así en ningún lado. Es bastante selectivo meter esos volantes exclusivamente en las puertas de los edificios residenciales.

—Piénsalo bien —dijo Roma con tono áspero. Como ya no estaban representando su papel para los extranjeros había regresado a la misma actitud fría y distante—. El extorsionador busca obtener recursos de nosotros, diciendo que, si no accedemos a sus peticiones, sólo nuestra gente sufrirá —los ojos de Roma se posaron un segundo en los de Juliette, pero enseguida desvió la mirada, como si un único segundo de contacto visual fuera demasiado detestable—. Pero los extranjeros no saben eso. Así mata dos pájaros de un tiro. Se alimenta del miedo de los extranjeros y se apodera de su dinero. Y deja que los gánsteres nos mantengamos en una posición vulnerable, para que podamos ser eliminados el día que seamos seleccionados para morir.

Juliette apretó los labios. Así que, en efecto, era otra vez la misma estrategia de Albarraz. Sólo que ahora era más inteligente. Después de todo, casi ningún chino o ruso que viviera en las partes más pobladas de la ciudad tenía el dinero suficiente para la vacuna, entonces, ¿para qué desperdiciar el esfuerzo?

Roma dijo algo entre dientes, como si hubiera escuchado los pensamientos de Juliette.

—¿Qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Dije que… —Roma frenó en seco.

La forma violenta en que se detuvo obligó a las personas que venían detrás a detenerse y dar un pequeño rodeo, lo cual provocó algunas miradas de enojo, que luego se convirtieron en miedo, cuando reconocieron a Roma, y luego en asombro, cuando vieron también a

Juliette. Los dos herederos hicieron caso omiso de las miradas de perplejidad. Estaban acostumbrados a ellas, aunque la sorpresa se multiplicaba por diez ahora que los veían juntos.

—… siempre terminamos aquí, ¿no es así? —Roma sacudió el volante que todavía tenía entre sus manos y lo estrujó con tanta fuerza que empezó a rasgarse—. Persiguiendo una pista tras otra, y volviendo inevitablemente al mismo sitio en que empezamos. Seguiremos preguntando en la Concesión Francesa, y cuando todos los caminos lleven al lugar de las vacunas, entonces iremos, sólo para que el rastro nos lleve de vuelta a la Concesión. Ya hasta puedo verlo. Lo fácil que sería si pudiéramos cortar camino e ir directamente al final.

Roma la vio a los ojos y esta vez no desvió la mirada. En ese momento Juliette supo que los dos estaban rememorando los mismos recuerdos, los eventos que habían tenido lugar en los meses anteriores. Roma tenía razón. Parecía exactamente el mismo camino. La oficina de Zhang Gutai. La dirección del lugar en que atendía Albarraz. La prueba de la vacuna. Mantua. *Mantua*.

Juliette parpadeó tratando de sacudirse la nostalgia, pero los recuerdos estaban pegados a su mente como goma.

—Si fuera tan fácil —dijo ella en voz baja—, no seríamos nosotros quienes tendríamos que hacerlo.

Juliette había pensado que eso tal vez generaría una respuesta afirmativa de parte de Roma, pero él se quedó impasible. Únicamente miró hacia otro lado, echó un vistazo a su reloj de bolsillo y exclamó:

—Continuaremos mañana.

Y entonces se marchó.

Juliette permaneció un momento en la acera, hasta que por fin pudo salir de su estupor. Y antes de que pudiera contenerse empezó a correr tras él, abriéndose paso entre la marea de gente que contemplaba vitrinas. La calle Nanjing siempre estaba llena y el frío no parecía detener a nadie. En medio de la carrera, Juliette respiraba agitadamente y su aliento formaba un velo que la envolvía y nublaba su visión. Ya casi había perdido la pista de Roma, justo antes de que él doblara por una calle más estrecha, cuando Juliette se apresuró a seguirlo metiéndose entre una pareja de paseantes.

—Roma —lo llamó, cuando por fin lo alcanzó, y entonces se quitó uno de los guantes para sujetarlo de la muñeca—. ¡Roma!

Roma se volteó con brusquedad y clavó la mirada en la mano con que ella sujetaba la muñeca, como si fuera un cable de alta tensión.

Juliette tragó saliva con dificultad.

—Puede que no te importe saberlo… —dijo—. Pero lo siento mucho.

—¿Por qué habrías de sentirlo? —contestó Roma, como si ya tuviera las palabras listas en la punta de la lengua—. Después de todo, tú me devolviste el daño que yo te hice. Somos la cara de nuestros respectivos bandos en plena guerra de clanes, así que ¿por qué no regodearse con la muerte y el dolor ajenos?

—¡No más! —gritó Juliette. Estaba temblando. Todo su cuerpo había empezado a temblar sin que ella se diera cuenta, y no sabía si era porque estaba enojada con Roma, o si sentía rabia por la acusación que él acababa de lanzarle.

El chico bufó visiblemente irritado.

—¿Por qué reaccionas así? —le preguntó con indignación, después de observarla de pies a cabeza y registrar su ira apenas contenida—. Tú eras toda falsedad. Yo no significo nada para ti. *Marshall* no significaba nada para ti.

Esto era una prueba. Él la estaba provocando. Porque mientras Roma fuera Roma, siempre habría una parte en su interior que no creía que Juliette lo traicionaría, y *tenía razón*, pero no podía saberlo *con certeza*. Juliette no podía actuar como una chiquilla tonta, y aunque lo quisiera, era preciso portarse a la altura de las circunstancias. Todo lo que sucedía entre los dos era más grande que ellos, más importante que dos niños tratando de pelear una guerra con las manos desnudas.

Juliette suavizó su expresión y se tragó toda la amargura que tenía atascada en la garganta y que casi no la dejaba respirar.

—Entiendo que quieras tu venganza —dijo Juliette, con una voz más controlada, que parecía casi fatigada—. Pero llévala a cabo después de que nuestra ciudad esté a salvo. Yo soy lo que esta ciudad hizo de mí. Si tenemos que cooperar una vez más, no puedes odiarme mientras estemos en esta misión. Nuestra gente podría salir sacrificada si no tenemos cuidado.

Pero en lugar de eso quería decir: *No me hagas esto. No puedo soportar verte así. Eso acabará conmigo más pronto de lo que podría hacerlo la ciudad, si alguna vez tratara de hacerlo*.

Roma se zafó de la mano de Juliette y sin tratar de esconder nada tras su mirada gélida, sólo dijo:

—Lo sé —y se alejó. No era un perdón. Estaba lejos de serlo. Pero al menos no era una expresión abierta, inocultable, de odio.

Juliette dio media vuelta y empezó a caminar en la otra dirección mientras sentía un leve zumbido en los oídos. Este último par de meses podría haber pensado que estaba viviendo dentro de un sueño, si no fuera por la pesadez constante en el pecho. Entonces se llevó la mano al corazón e imaginó que podía *arrancarse* lo que tanto la afectaba: ese sentimiento de ternura que florecía como un ramillete de flores entre sus pulmones, un amor inexorable que se enredaba entre sus costillas como una vid.

No podía sucumbir a ello. No podía permitir que esa vid creciera hasta impedirle pensar. Ella era una mujer de piedra, sin sentimientos… *eso* era lo que siempre había sido.

Juliette se restregó los ojos. Cuando sintió que su visión se había aclarado de nuevo, la calle Nanjing se estaba sumiendo en la penumbra y los avisos de neón empezaban a encenderse bañándolo todo de una luz escarlata.

—Estos placeres violentos tienen finales violentos —susurró Juliette para sus adentros. Luego levantó la cabeza hacia las nubes, hacia la brisa ligera que soplaba desde el Distrito Histórico y le llenaba la nariz de sal—. Siempre lo has sabido.

Doce

Benedikt se estaba cansando de las habladurías en la ciudad, se estaba cansando del temor a que hubiera surgido una nueva locura.

Pero así era. *Existía* una nueva locura: eso era un hecho confirmado. ¿De qué servía parlotear al respecto, como si hablar sobre el tema fuera a incrementar la inmunidad de alguien? De ser aquello un mecanismo de defensa, entonces Benedikt suponía que nunca había sido muy bueno para aprovecharlo. Lo que mejor sabía hacer era aguantar, y aguantar, y seguir aguantando, hasta que un agujero negro creciera en su estómago y lo absorbiera todo. Hasta que todo fuera apartado a un lado, y así podría olvidar que nunca sabía qué hacer durante las horas del día. Hasta que pudiera olvidar la discusión sostenida con Roma esa mañana en relación con los rumores de que el heredero de los Montagov estaba trabajando en asociación con Juliette Cai, y luego la confirmación de su parte de que no eran meros rumores sino la verdad. Un arreglo, además, propiciado por su padre, el Gran Jefe.

Benedikt sentía el deseo de romper algo. No había tocado sus utensilios de arte en meses, pero recientemente había sentido el impulso de destruirlo todo. Y apuñalar con su pincel el lienzo, confiando en que el daño perpetuado fuera suficiente para hacerlo sentir mejor.

Después de todo lo que habían hecho, los miembros de la Pandilla Escarlata no merecían clemencia ni siquiera ante la presencia de un nuevo estallido de locura. Pero ¿quién era Benedikt para opinar algo al respecto?

—Benedikt Ivanovich.

El aludido miró en dirección a la voz que lo llamaba, mientras sus

manos quedaban quietas alrededor de la navaja con la que estaba practicando. No iba a menudo al cuartel principal de los Montagov, sólo pasaba por allí para conseguir algunas armas nuevas y municiones. No obstante, en todas las ocasiones en que había estado por aquí antes, había presenciado discusiones iracundas en la oficina de Lord Montagov, por lo general sobre la nueva amenaza encarnada en esta locura y lo que deberían hacer si un asesino dejaba en libertad monstruos en la ciudad. Estas discusiones siempre terminaban de la misma manera. Desde que se había abierto el Podsolnukh, desde allí pagaban las demandas que llegaban.

Aquel día era la primera vez en bastante tiempo que el piso de arriba estaba en silencio; en lugar de voces flotando hacia abajo, apoyado en el pasamanos de la escalera se encontraba un Flor Blanca que le hacía señas para llamar su atención.

—Necesitamos una mano extra para instalar un guardarropa —le dijo el hombre. Benedikt ignoraba su nombre, pero reconoció la cara del muchacho, sabía que era uno de los ocupantes de ese laberíntico edificio —. ¿Tienes un momento?

Benedikt se encogió de hombros. *¿Por qué no?*

Se puso de pie, dejó a un lado la navaja y siguió al Flor Blanca escaleras arriba. Si Benedikt continuaba ascendiendo se aproximaría al cuarto piso, donde solía estar su antiguo dormitorio, en donde aún residían Roma y Alisa. Ésta era el ala central de la casa, pero en lugar de continuar en esa dirección, el Flor Blanca al que seguía giró a la izquierda y se adentró en las habitaciones y los pasillos de en medio, apretujándose para atravesar bulliciosas cocinas y seguir caminando agachado bajo las precariamente instaladas vigas del techo. Una vez que uno se alejaba del ala principal del cuartel general y se adentraba en las partes que solían ser una colmena de departamentos individuales, la arquitectura se convertía en un sueño febril, algo más disparatado que lógico.

Llegaron a una pequeña habitación donde otros tres Flores Blancas ya estaban a la espera, sosteniendo varios paneles de madera. El chico que había llamado a Benedikt tomó velozmente un martillo y aseguró uno de los paneles que en ese momento sostenía un Flor Blanca que sudaba profusamente.

—¿Podrías…? ¡Ay! Lo siento… ¿Podrías llevar esos últimos paneles allí?

El primer chico señaló un lugar, luego se llevó el pulgar de la otra mano a la boca. Se había golpeado accidentalmente con el martillo.

Benedikt hizo lo que le pedían. Los Flores Blancas que trabajaban en ese guardarropa semejaban un caldero en pleno hervor: se gritaban instrucciones unos a otros hasta que sus voces se superponían, acostumbrados ya a esa rutina. Hacia un tiempo que Benedikt no vivía en el edificio, por lo que no reconoció ninguno de los rostros a su alrededor. No quedaban muchos Montagov allí, sólo Flores Blancas que pagaban el alquiler.

Realmente, ya no quedaban muchos Montagov. Benedikt, Roma y Alisa eran los últimos de aquella estirpe.

—Oye.

Los ojos de Benedikt parpadearon. El Flor Blanca más cercano a él le dirigió una tímida sonrisa, al tiempo que los demás discutían por dónde debía entrar un clavo.

—Mis condolencias —dijo en voz baja—. Escuché sobre tu amigo.

Su *amigo*. Benedikt se mordió la lengua. Sabía poco sobre las personas dentro de este edificio, pero supuso que ellos conocían cosas sobre él. La maldición del apellido Montagov. ¿Qué era lo que había dicho Marshall? Hay una plaga en las casas malditas de las dos familias. Una plaga que corroía todo lo que ellos eran.

—Es parte de la guerra de clanes —consiguió contestar Benedikt.

—Sí —dijo el Flor Blanca—. Supongo que es así.

Otro panel fue clavado. Los hombres ajustaron las bisagras y movieron los tablones. Tan pronto como el guardarropa se mantuvo erguido por su cuenta, Benedikt se excusó y dejó que los demás continuaran con su tarea. Salió de la habitación y caminó hasta que se encontró en una sala de estar vacía. Sólo al llegar allí pudo apoyarse contra el papel tapiz deshilachado, se sentía mareado, su visión se inundaba con un blanco absoluto. Dejó escapar el aliento en un largo silbido.

Escuché sobre tu amigo.

Tu amigo.

Amigo.

Entonces, ¿por qué razón él no podía llorar la pérdida de su amigo como otros lo habían hecho? ¿Por qué no podía seguir adelante como Roma lo había hecho? ¿Por qué seguía tan *atascado*?

Benedikt golpeó el puño contra la pared con toda su fuerza.

En algunas ocasiones, Benedikt casi llegaba a convencerse de que la voz de otra persona habitaba en su cabeza: un implacable invasor en miniatura que murmuraba en su oído. Los poetas hablaban de monólogos internos, pero se suponía que eran solamente metáforas, así que ¿por qué los suyos retumbaban con tanta insistencia? ¿Por qué no podía imponer silencio en su propia cabeza?

—… ¿no?

En ese instante un murmullo desconocido flotó a lo largo del pasillo, y los ojos de Benedikt se abrieron de golpe, mientras su mente se silenciaba de inmediato. Parecía que *él* no podía silenciar su cabeza, pero las cuestiones extrañas en su entorno ciertamente podían hacerlo.

Benedikt emergió de la sala con el ceño fruncido. El murmullo parecía tener un origen femenino… y tenía un timbre de nerviosismo. Era consciente de que él estaba alejado de todos los Flores Blancas, pero ¿quién en la pandilla encajaba en *esa* descripción?

—¿Alisa? —llamó con incertidumbre.

Sus pasos recorrieron lentamente el pasillo, con las manos deslizándose por el barandal erigido a lo largo de una incómoda escalera que conducía a una planta intermedia entre el segundo y el tercer piso. Benedikt siguió caminando hasta que llegó a una puerta que había quedado entreabierta. Si la memoria no le fallaba, al otro lado había una sala de estar.

Apoyó la oreja contra la madera. No había escuchado mal. Adentro había una mujer francesa que murmuraba incoherencias, como si estuviera llorando.

—¿Hola? —dijo al tiempo que tocaba la puerta.

Inmediatamente ésta se cerró de golpe.

Benedikt dio un respingo, con los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué sucede allí?!

—Ocúpate de tus asuntos, Montagov. Esto no es de tu incumbencia.

Esa voz era familiar. Benedikt golpeó la puerta con el puño durante unos segundos más, antes de que un nombre se abriera paso en su mente.

—¡Dimitri Petrovich Voronin! —exclamó—. Abre esta puerta ahora mismo.

—Por última vez…

—La voy a derribar de una patada. ¡Hazme caso, te juro que lo haré!

La puerta se abrió con violencia. Benedikt irrumpió buscando a su alrededor el origen del misterio. Encontró sólo una mesa ocupada por hombres europeos que jugaban al póquer. Todos lo miraron con molestia, algunos bajaron sus cartas sobre la mesa. Otros se cruzaron de brazos, las mangas sobre los pañuelos blancos que sobresalían del bolsillo del pecho de sus sacos. Comerciantes, banqueros o ministros, daba igual; eran aliados de los Flores Blancas.

Benedikt parpadeó, perplejo.

—Escuché a alguien llorar —se excusó.

—Escuchaste mal —respondió Dimitri, en inglés. Quizá lo hizo por respeto a los extranjeros ante la mesa.

—Había una mujer —insistió Benedikt tensando notoriamente la mandíbula, sin dejar de hablar en ruso—. Una mujer francesa que lloraba.

Dimitri, elevando una de las comisuras de la boca, señaló la radio en la esquina. Su mata de cabello negro se meció al tiempo que se giraba y ajustaba el volumen, hasta que en los altavoces empezó a sonar con un volumen muy alto una obra de teatro en un programa. En efecto, se trataba de una mujer francesa leyendo sus líneas.

—Escuchaste mal —subrayó Dimitri cuando caminaba hacia Benedikt. No se detuvo hasta que estuvo justo frente a él. Puso las manos sobre los hombros del joven. Benedikt era tan cercano a Dimitri como lo era el propio Roma: es decir, no demasiado. Ese contacto no era apropiado viniendo de otro Flor Blanca y, sin embargo, Dimitri no tuvo reparos en empujar a Benedikt en dirección a la puerta.

—No sé en qué estás metido —advirtió Benedik, tambaleándose hacia la entrada—, pero le estaré siguiendo la pista a tus negocios sucios.

Dimitri dejó de sonreír. Cuando finalmente habló ruso para responderle fue como si se hubiera producido un cambio en él: una mirada de absoluto desprecio desfiguraba su expresión.

—El único negocio sucio que tengo —dijo entre dientes— es encargarme de mantener nuestras relaciones. Así que *no te* entrometas.

La furia se evaporó tan velozmente como había aparecido. De repente Dimitri se inclinó y fingió dar un exagerado beso en la mejilla a Benedikt, de la misma forma en que los familiares despiden a los niños. Un *mua* resonó por la habitación, antes de que Benedikt gruñera indignado y empujara a Dimitri a un lado, quitándose de encima las invasivas manos.

Dimitri apenas se inmutó. Sonrió y, volviendo al inglés, ordenó:

—Ahora vete a jugar.

La puerta se cerró de golpe.

Tyler Cai tomó en sus manos un bāo, enrolló diminutos trozos de masa en pequeñas bolitas y las arrojó a los hombres que estaban holgazaneando.

—¡Arriba, no se queden dormidos! —gritó al tiempo que lanzaba otra bolita de masa, que acertó justo en la frente de uno de los ayudantes. El muchacho soltó una risita ahogada y abrió la boca para que la bolita bajara por su cara y pudiera tragarla.

—¿Por qué no ayuda también? —el joven le contestó con rapidez. A pesar de haber hablado con dureza, se desperezó velozmente de su letargo y se agachó para levantar una bolsa grande de debajo de la mesa, arrojándola al otro lado de la habitación.

Satisfecho, Tyler se recargó en su silla y apoyó los pies sobre el escritorio del capataz. Éste no se veía por ninguna parte. Hacía una hora que se había escapado, en el momento en que Tyler bajó al laboratorio para realizar las inspecciones, y aún no había regresado; probablemente estaría inconsciente en algún burdel. Aunque apenas fueran las dos de la tarde.

No era un problema. Después de todo, ésa era la razón por la cual Tyler se encontraba allí: él haría un mejor trabajo supervisando la creación de la vacuna que un hombre con la mitad de su provisión de drogas, espolvoreada en su barba.

—¿Qué dice allí? —murmuró uno de los científicos por encima de la mesa de trabajo—. No entiendo nada de este inglés; las letras están horribles.

Le mostró la nota al hombre que trabajaba frente a él, y ambos miraron la copia de la hoja, aguzando la vista para descifrar la letra que algún ayudante contratado por la Pandilla Escarlata había transcrito más de veinte veces, hasta la última letra, para cada uno de los científicos en las instalaciones.

Tyler se acercó y sin decir palabra extendió una mano. Los científicos se apresuraron a entregarle la hoja.

—*Cadaverine* —leyó Tyler en voz alta.

—¿Qué significa eso?

Retiró la hoja de papel, al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Acaso parezco traductor? Búscalo en uno de tus diccionarios.

—¿Cómo vamos a recrear una vacuna cuando ni siquiera podemos leer estas malditas notas? —masculló por lo bajo el segundo científico mientras escribía algo en su libreta.

Tyler siguió caminando. Había tomado una regla con la cual golpeaba contra las mesas cuando le parecía que los asistentes estaban perdiendo el tiempo. Era un hábito aprendido de su padre: ese sonido constante que lo seguía cuando era joven para mantenerlo concentrado cuando estaba con sus tutores. Nunca supuso que el sonido fuera una amenaza, sino un recordatorio: un veloz latigazo para los sentidos por cada ocasión en que comenzaba a adormilarse, o miraba al vacío preguntándose qué regalo recibiría para su próximo cumpleaños. Los tutores solían pensar que era muy disciplinado, pero esto había sido el resultado de que su padre supervisara continuamente las lecciones.

Hasta que ya no estuvo para hacerlo.

Tyler detuvo su inspección de la habitación y se dio cuenta de que uno de los asistentes más jóvenes le hacía gestos con la mano. Estuvo a punto de ignorarlo, pero luego los movimientos se volvieron frenéticos y Tyler se acercó soltando un resoplido.

—¿Sucede algo malo? —Tyler movió la regla distraídamente. ¿Cuánta presión haría falta para romperla? ¿Acaso un golpe fuerte sobre la muñeca? ¿O doblarla súbitamente por la mitad?

—No vaya a mirar muy rápido, shàoyé —dijo el joven en voz baja—, pero creo que alguien nos espía.

Tyler se detuvo. Dejó caer la regla. Lentamente siguió la dirección de la mirada del joven hasta las pequeñas ventanas de panel en la parte más alta de las paredes del fondo. Esas ventanas proporcionaban la única luz natural en una instalación ubicada a suficiente profundidad para permanecer oculta debajo de un restaurante, pero no tanta para evitar que les llegaran los aromas a comida callejera de Chenghuangmiao. En un punto donde usualmente lo único que se podía ver eran los pies de los compradores que exploraban el barrio comercial, en ese preciso instante Tyler divisó dos rostros que miraban hacia dentro y observaban atentamente el lugar.

Tyler alcanzó su pistola y disparó hacia la ventana. De inmediato el

cristal se rompió, dispersándose en distintas direcciones al tiempo que las dos caras retrocedían. Todos los científicos en la sala emitieron gritos de sorpresa, pero Tyler simplemente maldijo a los Flores Blancas y se echó a correr. Subió de dos en dos los peldaños hasta el restaurante y salió por la puerta principal.

Los Flores Blancas ya estaban a cierta distancia, sobre el puente Jiuqu. Pero en su prisa, habían despejado un camino en medio de la multitud de compradores, lo que dio a Tyler la opción de un tiro directo.

Así que apuntó…

—¡Tyler, no!

La orden llegó demasiado tarde. Para entonces Tyler había apretado el gatillo dos veces en rápida sucesión: las cabezas de los dos Flores Blancas se partieron con una explosión de color rojo y se estrellaron contra el suelo. Chenghuangmiao estalló en una oleada de alaridos, pero la mayoría de los compradores reaccionaron rápidamente y se apresuraron a apartarse de la vía, con pocas ganas de quedar atrapados en una disputa de pandillas. Pero no tenían de qué preocuparse. Esto no era una disputa; no había otros Flores Blancas en las cercanías que pudieran tomar represalias.

Tyler sintió un golpe que aterrizaba con fuerza sobre su espalda. Se dio la vuelta, levantó la mano para bloquear el siguiente impacto y los brazos chocaron contra el puño cerrado de Rosalind Lang.

—Eres un desalmado —espetó ella—. Ya se iban. No buscaban confrontación.

—Estaban a punto de llevarse información sensible sobre los Escarlatas —replicó Tyler apartándose de Rosalind—. No te hagas la virtuosa conmigo.

—¿Información sobre los Escarlatas? —exclamó Rosalind con un aullido de exasperación. Señaló las ventanas, apenas visibles desde el exterior, a excepción del agujero de bala en el cristal.

—Yo los estaba vigilando, Cai Tailei. Ya les había echado el ojo para asegurarme de que no fueran a causar problemas, y no es posible que ellos pudieran *oír nada* desde aquí. ¿Qué se podrían haber llevado?

Tyler insistió.

—Todo lo que necesitan es un poco de información confidencial. Y entonces los Flores Blancas estarán en el mercado antes que nosotros.

Ya era una pésima idea el que su prima, por orden de Lord Cai, se

hubiera involucrado *de nuevo* con el heredero de los Flores Blancas. Tyler había soltado una carcajada cuando un mensajero le informó que Juliette había sido vista en el hipódromo junto a Roma Montagov, seguro de que esta vez finalmente la había atrapado. Sólo que cuando se lo informó a Lord Cai, éste no le había prestado mayor atención. *Debemos hacer concesiones,* se había limitado a responderla, al recibir la información. Era una causa perdida: todos y cada uno de los Flores Blancas eran astutos, tramposos y veloces, dispuestos a quedarse siempre con todo, y cualquier Escarlata que no tuviera la perspicacia de Tyler apenas si lo notaría.

—No mientas para salvar tu honor —Rosalind lo señaló con una afilada uña—. Matas porque es algo que disfrutas. Te lo advierto. Tu apellido no podrá protegerte por mucho tiempo.

Súbitamente, Tyler extendió la mano y sujetó a Rosalind por la barbilla, entonces la obligó a mirarlo de frente. La joven no se inmutó, tensó la mandíbula con dignidad pero Tyler no la soltó. Todas eran así. Rosalind. Juliette. Chicas hermosas, alborotadoras y terribles que lanzaban acusaciones revestidas de supuestas virtudes morales, como si ellas mismas no fueran también aprendices de las despiadadas enseñanzas de esta cruel ciudad.

—No necesito de un apellido para protegerme —aseguró Tyler con dientes apretados. Observó una partícula brillante que danzaba a lo largo de la mejilla de Rosalind—. Soy yo quien resguarda el apellido. Al igual que a esta pandilla.

Rosalind se las arregló para emitir una risa ahogada. Con la mano rodeó la muñeca de su pariente y la apretó dispuesta a clavarle las uñas. Tyler sintió el dolor, sintió las cinco puntas afiladas que se hundían como cuchillas en su piel, y luego la fría humedad de la sangre que goteaba a lo largo de su manga.

—¿En serio? —susurró él.

Finalmente Tyler logró liberarse y apartó a Rosalind de un empujón. Ella recuperó el equilibrio con facilidad; nunca estaba fuera de su centro por más de un segundo.

—No te hagas la virtuosa, Lang Shalin —repitió Tyler.

—No es virtuosismo —Rosalind miró la línea roja extendiéndose por la manga de él—. Es bondad. Y tú careces de ambas.

Ella giró con rapidez y antes de marcharse echó un vistazo final a los

cadáveres cerca del puente, con los labios apretados en un gesto de horror. Tyler permaneció donde estaba pero cruzó los brazos con una mueca de dolor, tratando de no tocarse las heridas palpitantes en su muñeca.

Bondad. ¿Qué significaba eso en un momento como éste? La bondad no alimentaba a la gente. La bondad no ganaba guerras.

Tyler se inclinó y golpeó con el puño el exterior de las ventanas del panel indicándole a los Escarlatas que salieran. Tenían que retirar los cuerpos. Esa parte de Chenghuangmiao era territorio de los Flores Blancas, y si ellos se enteraban de que estaban siendo asesinados a tiros y llegaban para empezar una pelea, la instalación de los Escarlatas estaría en riesgo.

Bondad. Tyler estuvo a punto de reírse en voz alta cuando sus hombres salieron y se dirigieron adonde los dos espías se habían desplomado. ¿Qué sería de la Pandilla Escarlata sin él? Se derrumbaría, y nadie parecía darse cuenta de eso, y menos que nadie Juliette y sus desagradables primas. Diablos, la misma Juliette hubiera muerto si no fuera por él, aquella vez que los Flores Blancas les tendieron una emboscada y la chica se quedó petrificada, reacia a disparar.

—¡Vuelvan al trabajo! —gritó uno de los auxiliares desde la puerta del restaurante, llamando a los Escarlatas que no eran requeridos para retirar los cadáveres. Tyler los vio caminar de regreso a sus labores. Al pasar junto a él todos asentían, algunos saludaban con un gesto.

Los integrantes de la Pandilla Escarlata reconocían a Juliette en todo Shanghái: su rostro aparecía en anuncios y cremas. Los integrantes de la Pandilla Escarlata reconocían a Tyler porque él *conocía* esta ciudad: la gente lo había visto trabajando, en todo momento presionando para alcanzar la victoria de su gente, sin importar cuán brutales fueran sus tácticas. Al diablo con todos los demás, su gente era lo primero. Eso era lo que su padre le había enseñado. Ésa era la razón por la que su padre había muerto combatiendo furiosamente por los Escarlatas en la batalla de clanes, y mientras Tyler viviera, él haría que cada gota de su sangre derramada tuviera sentido.

Poco a poco todos los Escarlatas fueron regresando al edificio. Chenghuangmiao reanudó su actividad, sus ventas ambulantes y su bullicio, aquellos aromas penetrantes.

—Me necesitan —dijo Tyler, a nadie en particular, o tal vez a todos—. Todos ustedes me necesitan.

Trece

En las semanas que siguieron, la danza entre Roma y Juliette se volvió casi predecible. También aplicaba en el sentido más literal, dada la frecuencia con la que se deslizaban por los distintos salones de baile de las Concesiones. La consigna era aparecerse en un sitio, enfocarse en un extranjero, obtener respuestas.

A Juliette no le importaba. Explorar los wǔtīng era mucho más agradable que explorar lugares como el Gran Teatro y el hipódromo. En estos lugares, aunque se requería de la misma lengua afilada, y a pesar de que permanecían rodeados de perlas y champán y la conciencia de que ésta era una tierra de propiedad extranjera, de todas maneras seguían frecuentándolos magnates y gánsteres chinos que bailaban la noche entera y lanzaban al aire el humo de sus cigarrillos sin importarles que esto molestara a los franceses de la mesa contigua. En la práctica, un salón de baile no era diferente de un club burlesque. Las mismas coristas en el escenario, los mismos interiores repletos de humo, los mismos maleantes acechando junto a las puertas. La única razón por la que parecían mucho más elegantes era porque operaban con dinero extranjero.

Juliette regresó del bar y ofreció a Roma el segundo trago que llevaba en la mano. Mientras tanto, el comerciante francés que se les había acercado desde temprano aquella velada seguía parloteando sin fin, siguiéndola de cerca adondequiera que ella fuese. Roma ingería su bebida mientras su mirada inspeccionaba fijamente otro lugar. Ambos habían pasado suficiente tiempo en Bailemen —o "Paramount", como era conocido por los extranjeros— por lo que en un momento u otro ya

habían hablado con casi todos los miembros de la acaudalada élite presentes esa noche. A esas alturas era obvio que los volantes que invitaban a vacunarse no se limitaban a circular en la Concesión Francesa sino también en todo el Asentamiento Internacional: los ocupantes de la calle de Bubbling Well soltaban un ansioso resuello a manera de confirmación cuando Juliette les preguntaba por ellos.

Curiosamente, aunque estos volantes eran lo único que las personas reportaban en relación con las novedades sobre el monstruo, el hecho es que nadie había acudido a aquella dirección. Muchos ya habían sido vacunados por Albarraz y pensaban que era innecesaria una nueva dosis, o no creían que los volantes fueran reales. Después de todo, el extorsionador no era más inteligente que Paul Dexter. Porque no contaba con la misma reputación con la que Albarraz había aparecido en Shanghái y ahora nadie confiaba lo suficiente en la idea de una nueva vacuna como para buscar aplicársela.

—Además —dijo el comerciante detrás de ella una vez que Juliette volvió a prestarle atención—, un familiar tuyo muy cercano ha dicho que los Escarlatas están cerca de desarrollar su propia vacuna. ¿De qué serviría tener otra?

Al escuchar estas palabras, Roma se atragantó con su bebida pero se las arregló para reprimir la tos antes de que fuera demasiado elocuente. El hombre que parloteaba no se dio cuenta porque se encontraba en ese momento en territorio Escarlata y había estado fingiendo que Roma no existía. Aunque el comerciante siguiera hablando como si el heredero de los Flores Blancas no se encontrara a dos pasos de distancia, lo cierto es que de hecho *estaba* allí, y podía escuchar todo lo que el hombre decía, sin pesar que se trataba de información confidencial. Los ojos de Juliette se deslizaron hacia Roma en el instante en que por fin se extinguía su tos, simplemente para cerciorarse de que no necesitaba un golpe fuerte en la espalda. Parecía estar ya recuperado. Una pena que no tuviera ya el pretexto para asestarle un buen golpe.

—Mi primo no es de fiar —dijo Juliette. Pasó el dedo por el borde frío de su vaso. Aquel hombre no podía estar hablando de alguien distinto a Tyler. Dudaba mucho que Rosalind o Kathleen anduvieran chismoseando con comerciantes franceses vinculados a la Pandilla Escarlata. Y si bien teóricamente podían hacerlo pues tenían la capacidad lingüística, no

tenían las agallas para hacerlo.

El comerciante apoyó un hombro contra la pared. Ese rincón de Bailemen estaba bastante vacío; albergaba sólo un par de mesas cuya vista al escenario era muy limitada. Por supuesto, Roma y Juliette no estaban ahí para ver el espectáculo, sino para examinar detenidamente a los presentes y evaluar si había más personas a las que valía la pena acercarse.

—¡Ah! —exclamó el comerciante—. Sin querer pecar de indiscreto, señorita Cai, la ciudad parece confiar más en su primo que en usted.

Juliette se dio la vuelta para fijar su mirada en el comerciante, quien titubeó un poco, pero no retiró sus palabras.

—Le concedo dos segundos para que se retracte —le dijo.

El comerciante forzó una sonrisa muy poco natural. Fingía deferencia, pero en su mirada brillaba un cierto asomo de regocijo.

—Es una simple observación —se excusó—. Una que nos remite al hecho de que las hijas siempre recibirán otra clase de atención. ¿Quién podría culparla, señorita Cai? Después de todo, usted no nació para asuntos como éstos, como sí es el caso de su primo.

Cómo se atreve este tipejo…

—Juliette: olvídalo.

Ella lanzó una mirada gélida a Roma:

—No te metas en esto.

—¿Sabes al menos el nombre de este comerciante? —Roma miró de nuevo al francés. Su gesto rezumaba apatía—. En cualquier otra ocasión, te habrías alejado de él. Es alguien irrelevante. Déjalo que se vaya.

La joven apretó aún más su bebida. Por supuesto, era una tontería hacer una escena en un salón de baile, especialmente en presencia de tantos extranjeros: era preciso contenerse si en verdad quería obtener información de ellos.

En ese momento el hombre sonrió y dijo:

—¿Así que ahora recibe usted órdenes de los Flores Blancas, ¿es así, señorita Cai? ¿Qué dirían al respecto sus colegas que han caído asesinados por ellos?

Juliette arrojó su bebida al suelo y el vaso se rompió en mil pedazos.

—*Repítalo* si se atreve.

Juliette se abalanzó sobre el comerciante, a quien empujó contra la pared con tanta ferocidad que la cabeza del hombre *crujió* contra el

mármol. Ella retrocedió y cerró el puño para asestarle un golpe directo. Justo entonces sintió que alguien le ceñía la cintura con manos de hierro y la forzaba a retroceder dos pasos.

—Calma —masculló Roma, con la boca tan cerca del oído de Juliette que la chica podía sentir el calor de sus labios—, o te arrojaré contra la pared.

Un escalofrío recorrió el cuello de la joven. Si era producto de la ira o de la atracción era algo de lo que no estaba muy segura. Parecía algo innecesariamente cruel que cada vez que Roma Montagov decidía acercarse tanto, lo hiciera para amenazarla, en especial cuando en esta ocasión no le faltaba en absoluto razón para hacerlo.

La ira la había derrotado. Siempre lo hacía.

—Entonces hazlo —le dijo entre dientes a Roma.

Él no se movió. No iba a hacerlo: Juliette lo había anticipado. Lanzar amenazas era fácil, pero a ninguno de los dos les convenía ser vistos peleando entre ellos, no cuando se suponía que su colaboración era tan importante para presentar un frente unido contra el extorsionador.

—Lo que pensé —añadió ella.

Ya en ese momento el comerciante había recobrado el aliento y, sin atreverse a dirigirle nuevamente la mirada a Juliette, se alejó presuroso hacia el fondo del salón para ponerse a resguardo como un animal asustado. Lentamente, Roma fue aflojando el brazo, apartándolo poco a poco, como si temiera que el comerciante regresara corriendo y se hiciera necesario refrenar nuevamente a Juliette.

La chica miró los pedazos de vidrio rotos en el suelo.

—Ve a sentarte, por favor —sugirió Roma. No había empatía en su voz. Todas sus palabras surgieron con un tono plano, no permitían traslucir ninguna emoción—. Te traeré otro trago.

Sin esperar su respuesta, el joven dio media vuelta y se alejó. Juliette frunció el ceño, suponiendo que no tenía más remedio que dirigirse hasta una mesa, dejarse caer en una silla y sostener la cabeza entre las manos.

—Así que… —prosiguió Roma colocando un vaso frente a Juliette, al tiempo que él también se sentaba.

Ella reprimió un suspiro. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Así que ustedes trabajan en una vacuna?

—Sí —Juliette se frotó la frente y luego hizo una mueca, consciente de

que estaba esparciendo maquillaje por cada uno de sus dedos. Debería haberle pedido a Roma que se ocupara de sus asuntos, pero estaba harta de esa danza, de esa rutina de callejones sin salida y de información inútil. No alcanzó a pensar que debería haberse detenido antes de dar la siguiente información—: Recuperamos algunos documentos que dejó Paul.

Ésa era exactamente la razón por la que Lord Montagov le había encargado a Roma esta tarea. Para recopilar toda la información que Juliette dejara escapar.

—¿Y qué van a hacer…? —empezó a preguntar Roma, al parecer sin darse cuenta cuando Juliette metió la mano en su bebida y sacó un cubo de hielo con el que se frotó los dedos para limpiar el maquillaje—. ¿Qué harán cuando tengan una vacuna?

Juliette soltó una risa áspera. De repente, se alegró por la oscuridad reinante en el salón, donde las lámparas de los candelabros superiores titilaban muy tenuemente, no sólo para ocultar el desastre que había causado en su maquillaje, sino también para ocultar la psicosis que estaba segura se reflejaba en su expresión.

—Si por mí fuera —añadió bruscamente—, la distribuiría por toda la ciudad; aplicaría a todos esta protección y así el extorsionador perdería todo su poder.

Un cuchillo apareció de repente entre sus dedos y la joven clavó la hoja en la mesa, rompiendo el cubo de hielo en pedacitos.

—Pero… lo más probable es que en lugar de eso mi padre siga el plan de Tyler: primero se la proporcionaremos exclusivamente a los miembros de nuestra pandilla, luego la venderemos a todos los demás, y que el cielo se apiade de aquellos que no puedan darse el lujo de adquirirla. Después de todo es la opción más inteligente. La opción lucrativa.

Roma guardó silencio.

—A ustedes no les queda mucho tiempo —prosiguió Juliette, sólo porque sabía que ahora contaba con toda la atención de Roma—: deberían de comenzar una campaña para obtener nuestra información y así los Flores Blancas podrían distribuir antes la vacuna en el mercado.

Juliette sacó de un tirón el cuchillo y en ese momento volaron fragmentos de hielo en todas direcciones, que se dispersaron sobre la pequeña mesa de madera. Siempre terminaba siendo la esperanza la que lo arruinaba todo. La esperanza de que, aunque ella le hubiera presentado

en bandeja de plata una información privilegiada, él no la utilizara en absoluto, la esperanza de que por no perjudicarla, él se guardara la información para sí mismo.

Pero, ¿por qué habría él de actuar así? No tenía motivos para favorecer a Juliette, después de todas las razones para odiarla que le había dado la joven. Y sin embargo ella era lo suficientemente tonta para ponerlo a prueba.

—Ya es hora —dijo finalmente Roma. Juliette lo miró confundida, pero él ya había dejado atrás el tema en cuestión—. Necesitamos visitar las instalaciones en Kunshan. Allí podría estar nuestro extorsionador.

—Por alguna razón, lo dudo —murmuró Juliette. Guardó el cuchillo y se puso de pie, tras lo cual se inclinó en una reverencia burlona, como si ellos hubieran sido otra más de las parejas de baile que se despiden al terminar la noche—. Te veré mañana en la estación de tren.

Y sin esperar la réplica, Juliette tomó su abrigo y abandonó el salón de baile, para adentrarse nuevamente en la noche.

Desde el techo de Bailemen, Marshall se inclinó hacia la brisa fría dejando que su cabello ondeara al viento. Se encontraba a una altura considerable del pavimento: un resbalón y se deslizaría en picada por el borde, cayendo a lo largo de la pared recta del salón de baile sin nada a qué sostenerse en su trayecto de descenso. El sólo pensarlo lo obligó a sujetarse con más fuerza al poste contiguo y a alejarse unos centímetros del vacío.

Alcanzaba a ver destellos de movimiento allá abajo. Las luces resplandecientes de Bailemen se reflejaban en los charcos de lluvia que se habían acumulado en las calles y donde podía leerse PARAMOUNT BALLROOM al revés, en rojo y amarillo. Marshall apenas se sorprendió cuando vio a Juliette salir corriendo del lugar para chapotear en uno de los charcos, como si el hecho de arruinar sus zapatos pudiera mejorar su estado de ánimo.

—Me pregunto qué habrá hecho Roma esta vez —dijo Marshall en voz alta.

Obtuvo una respuesta —de forma indirecta— cuando un minuto después Roma emergió de Bailemen y se detuvo en mitad de la calle, ignorando a los conductores de *rickshaw* que ofrecían sus servicios. En lugar de prestarles atención, giró la cabeza hacia el cielo y emitió un grito

fugaz. Marshall, previendo que Roma pudiera verlo, se ocultó. No tenía razones para haberse preocupado. En cuestión de segundos Roma también se había marchado en dirección opuesta a Juliette.

—Qué trágico —murmuró Marshall al viento. Los Montagov eran tan dramáticos.

Y pese a todo, extrañaba el dramatismo, extrañaba estar justo en el centro de la ciudad, en el corazón de la guerra entre clanes que la mantenía dividida en dos. Si Benedikt estuviera allí, probablemente diría a Marshall que dejara de ser tan obstinado. No había nada positivo en una guerra de clanes. Sólo pérdidas. Pero a falta de otra cosa, era un propósito cristalino en un lugar que parecía inundado de claroscuros.

Otra ráfaga de viento sopló con fuerza sobre el rostro de Marshall hasta hacerlo retroceder en busca de un lugar mejor para sentarse. Había salido aquella noche para respirar aire fresco; entonces había visto a Roma y Juliette caminar juntos por la avenida Foch y no desperdició ni un segundo: comenzó a seguirlos. Ellos no se dieron cuenta de que él caminaba unos cuantos pasos atrás, ni tampoco lo hicieron cuando Marshall se apresuró a trepar a un andamio en la parte trasera de Bailemen en el momento en que Roma y Juliette desaparecieron en su interior. Él estaba algo sorprendido. Esperaba más de dos herederos que probablemente podrían matar a una mosca con una aguja, si la lanzaban con suficiente fuerza.

—¿Qué están tramando ustedes dos?

No iba a obtener una respuesta, no a menos que la noche ofreciera alguna. Marshall necesitaba dejar de hablar en voz alta, pero era lo único que lo hacía sentirse menos solitario. Extrañaba la conversación. Extrañaba a las personas.

Extrañaba a Benedikt.

En la lejanía se escuchó una sirena que recorría las calles, luego le llegó el eco de lo que podría haber sido un disparo. Marshall plegó las piernas contra el pecho y apoyó la barbilla sobre sus rodillas. Cuando se unió por primera vez a los Flores Blancas, él era apenas otro chico más que había sido rescatado de las calles, hambriento y flaco, casi siempre sucio. Fue así como lo encontró Benedikt aquel día. Acurrucado en posición fetal contra el callejón a espaldas del edificio de los Montagov. En ese entonces todavía no había aprendido a pelear, ni a sonreír tan agudamente que su sonrisa

podía ser tan cortante como una espada. Y cuando Benedikt se agachó frente a él, con el aspecto de un querubín reluciente con su camisa blanca planchada y el cabello rizado, el Flor Blanca no reparó en nada de eso. Todo lo que Benedikt hizo fue extender una mano, y preguntarle a Marshall: "¿Tienes algún lugar adonde ir?"

—Sí tengo un lugar adonde ir —susurró ahora Marshall—. Pero era mejor cuando tú estabas allí conmigo.

Del otro lado de la azotea llegó un crujido repentino y Marshall dio un respingo, saliendo bruscamente de sus pensamientos. Había quedado tan atrapado en sus memorias que se había desconectado del mundo que lo rodeaba. Un error que no podía permitirse en territorio Escarlata.

Y, de hecho, era un Escarlata el que había aparecido frente a sus ojos en la torre de la azotea, con un cigarrillo colgando de sus labios.

Marshall se quedó congelado cuando cruzaron miradas.

Por favor, no me reconozcas, pensó el Flor Blanca al tiempo que buscaba la pistola en su bolsillo. *Por favor, no me reconozcas*.

—Marshall Seo —graznó el Escarlata—. Se supone que estás muerto.

Auch.

El Escarlata arrojó su cigarrillo al suelo, pero Marshall se había alistado y sólo había una forma en que eso podía terminar: desenfundó con un veloz movimiento y disparó, antes que su adversario, porque a final de cuentas eso era lo que importaba.

La bala dio en el blanco. Con un ruido áspero, el arma del Escarlata cayó al suelo. Podría haber sido una pistola. Podría haber sido una daga. Incluso podría haber sido una estrella ninja. Pero en la oscuridad brumosa, lo único que importaba a Marshall era estar fuera de su alcance, y en ese instante el Escarlata se derrumbó con una mano encima del agujero abierto en su esternón.

Durante unos tensos segundos, Marshall escuchó una respiración entrecortada, el olor metálico de la sangre que impregnaba la azotea. Luego: silencio. Silencio total.

Marshall pateó el borde de la azotea, de tal manera que empezaron a caer guijarros por el costado de Bailemen. Todas esas muertes en sus manos. Todas esas muertes, y en verdad, ninguna le pesaba mientras eso lo protegiera, mientras salvaguardara los secretos de aquéllos por cuya causa se ocultaba.

—Maldita sea —susurró restregándose la cara y girando hacia la brisa, apartándose del olor—. Odio esta ciudad.

Catorce

Juliette se asomó a la plataforma del tren para ver las vías debajo. Cuando sintió una presencia a sus espaldas, no tuvo que girarse para saber quién era. Lo reconocía por sus pisadas, ese suave repiqueteo combinado con una parada brusca, como si nunca en su vida hubiera caminado en la dirección equivocada.

—Al suroeste —masculló ella—. Un hombre blanco con ropa andrajosa y una novela francesa bajo el brazo ha estado observándome durante los últimos diez minutos.

Fuera de su periferia, Juliette vio a Roma girar lentamente en busca del hombre en cuestión.

—Tal vez piensa que eres hermosa.

Juliette chasqueó la lengua.

—Parece listo para matarme —reviró ella.

—En realidad viene siendo el mismo concepto… —Roma se detuvo parpadeando con rapidez. Había visto al hombre—. Es un Flor Blanca.

Sorprendida, Juliette volvió a cambiar la dirección de la mirada esforzándose por dar un nuevo vistazo. El hombre había centrado su atención en su novela por lo que no se dio cuenta.

—¿Estás… seguro? —Juliette preguntó, con menos certeza que antes. Había tenido la esperanza de que tal vez fuera el extorsionador, quien finalmente se revelaba ahora que Juliette y Roma estaban en camino de descubrir la verdad. Era esperar demasiado que alguien se materializara de esta forma únicamente con el objetivo de detenerlos, pero ciertamente esto habría acelerado la investigación—. Pensé que era francés.

—Sí, él *es* francés —convino Roma—. Pero es leal a nosotros. Lo he visto en la casa con anterioridad. Estoy seguro de eso.

De repente aquel hombre alzó la vista nuevamente. Juliette desvió la mirada, fingiendo estar inspeccionando otra cosa, pero Roma se la sostuvo.

—Si en verdad él es un Flor Blanca —añadió Juliette casi sin mover la boca—, entonces, ¿por qué también te mira con expresión asesina?

Roma frunció los labios y se giró para quedar de cara a las vías justo cuando el tren se detenía. Los demás pasajeros se apresuraron, abriéndose paso a empujones hasta llegar al borde de la plataforma y así poder asegurarse un buen asiento.

—Tal vez él piensa que yo soy más bello —respondió con tranquilidad —. ¿Quieres hablar con él? Si nos esforzamos lo suficiente es probable que entre los dos podamos confrontarlo.

Juliette lo consideró un instante y luego sacudió la cabeza. ¿Por qué perder el tiempo con Flores Blancas?

Subieron al tren y encontraron asientos junto a la ventana. Con un suspiro, Juliette se dejó caer en la silla de duro respaldo y se desabrochó el abrigo, luego lo arrojó sobre la mesa entre su asiento y el de Roma. En virtud de la configuración del tren, quedaron el uno frente al otro, y al apilar más artículos sobre la mesa daba la impresión de que ella estuviera construyendo un improvisado muro. Sentarse cara a cara parecía algo muy íntimo, incluso con otros veinte pasajeros que ocupaban el vagón.

—A Kunshan —el altavoz del vagón transmitió en inglés—. Bienvenidos a bordo.

Roma se dejó caer en su asiento. No se quitó el abrigo gris que llevaba sobre el traje.

—¿Cuál será el próximo idioma? —preguntó él.

—Francés —respondió de inmediato Juliette, un segundo antes de que un áspero shanghainés sonara a todo volumen a través del altavoz. Enarcó las cejas—. Umm. Interesante.

Roma se inclinó hacia atrás, una leve sonrisa asomándose al rostro.

—Mujeres de poca fe.

Ese mínimo atisbo de humor se encendió para apagarse enseguida, pero bastó para dejar a Juliette paralizada, con un nudo en el estómago. Por un instante, el antiguo Roma parecía estar de vuelta. Y cuando el tren se puso en marcha, cuando él dirigió su mirada hacia el paisaje tras la

ventana y el vidrio reflejó el repentino endurecimiento de su expresión, Juliette se dio cuenta de que estaba equivocaba: Roma tenía presente en todo momento quién era ella, quién era él, lo que Juliette había hecho, lo que ellos no eran ahora.

El tren avanzaba con gran estruendo.

El viaje de Shanghái a Kunshan no era largo, y la vista a través de la ventana se tornaba rápidamente rural en su paso junto a casas en ruinas sobre caminos de tierra. Junto a las vías se extendían franjas de hierba, planas, uniformes y sin fin, de un verde más natural que el que Juliette hubiera había visto alguna vez dentro de los límites de la ciudad, exceptuando tal vez el que crecía en los parques de territorio extranjero.

Juliette exhaló con suavidad y apoyó una mejilla contra la ventana. Roma estaba haciendo lo mismo, pero ella se prometió no mirarlo más de lo necesario, y mucho menos permitir que él la sorprendiera mirándolo. Giró la cabeza, y se entretuvo observando a los pasajeros que dormían en el vagón, mientras el tren continuaba resoplando y resoplando.

Cuando Roma rompió el silencio, Juliette, quien había hecho un esfuerzo considerable por ignorarlo, no pudo evitar sobresaltarse al escucharlo.

—Suponiendo que encontremos al extorsionador —dijo sin preludio, directamente al grano—, intuyo que necesitaremos un plan de ataque.

Juliette tamborileó con los dedos sobre la mesa:

—¿Disparar a matar?

Roma puso los ojos en blanco. Ella estaba bastante molesta por el hecho de que él se viera tan hermoso en medio de la acción, con las sombras oscuras de las pestañas cuando parpadeaba, como si se hubiera aplicado una capa de kohl.

—¿Y después? —preguntó él—. No es muy diferente de la vez que pensábamos que estábamos persiguiendo a Albarraz. Si damos muerte al extorsionador, ¿cómo llegaremos a los monstruos?

—Esta vez *es* diferente —respondió Juliette. Sintió que una brisa helada recorría el vagón del tren para erizarle la piel de su brazo. Cuando se estremeció, el ceño fruncido de Roma se profundizó, mientras recorría con la mirada la abertura de su escote. Ella estaba consciente de que no era una prenda apropiada para el invierno. No necesitaba su opinión al respecto.

—Explícame —dijo Roma.

Juliette alcanzó su abrigo antes de continuar.

—En aquella ocasión, no había nada que vinculara a Paul Dexter directamente con los comunistas, salvo una sola ocasión en la que se encontró con Qi Ren. Tras esa entrevista fue que se desataron las monstruosas transformaciones. Este extorsionador, sin embargo —ella se incorporó para poder ajustarse el abrigo, cuya tela le rozaba las rodillas—, dudo que esté muy lejos de los monstruos. Mucho menos cuando éstos parecen ser sus fieles sirvientes. Eso requiere de instrucciones personales. De reuniones constantes.

—Eso suena como una conjetura —comentó Roma.

—Toda esta misión es una conjetura —respondió Juliette quitándose el collar—. Yo… —se detuvo, con la mirada recorriendo el pasillo justo cuando se preparaba para sentarse de nuevo. El Flor Blanca francés que antes habían vislumbrado también se encontraba en el vagón, sentado a unas filas de distancia.

Y parecía… adolorido.

—¿Juliette? —la llamó Roma, al tiempo que inclinaba la cabeza en dirección al pasillo e intentando ver lo que ella estaba mirando—. ¿Qué diablos está pasando?

El Flor Blanca levantó el vaso que tenía frente a sí y se arrojó el líquido al rostro.

—¡Fuego! —gritó impetuosamente Juliette.

El hombre rugió de dolor en el mismo segundo en que Juliette jaló a Roma del brazo. Presa de total confusión, el chico sólo atinaba a buscar el origen de aquel fuego inexistente. Otros no dudaron tanto: se lanzaron de inmediato hacia la puerta del vagón, y se apresuraron hacia el siguiente. El problema de estar en la cola del tren era que sólo había una dirección por seguir.

—¿Qué demonios sucede, Juliette? —preguntó de nuevo Roma, mientras ella lo empujaba contra los pasajeros amontonados, en dirección a la puerta—. Qué…

¡Juliette jadeó al oír un *¡crac!* Cerca de las ventanas: ropas que se desgarraban. Un instante después había desaparecido el hombre encorvado sobre su asiento y en su lugar se veía ahora un monstruo, tan alto que chocaba contra el techo, la respiración agitada y las fosas nasales

dilatadas. Su color verde parecía aún más grotesco a la luz del día, ligeramente transparente y revelando cierto movimiento justo debajo de la piel: pequeños puntos negros que se precipitaban hacia la columna vertebral.

Se estaban aproximando a la puerta, pero la mitad de las personas en el vagón aún estaban detrás de ella. Si intentaba abrirse paso entre todos los que iban delante de él, los insectos se lanzarían hacia el resto del tren e infectarían a todos y a cada uno de los que iban a bordo. Pero si ella pudiera detenerlos ahora mismo…

Los insectos salieron disparados del monstruo en medio de un colosal estallido.

Así que Juliette empujó a Roma a través del umbral y cerró de golpe.

Roma se dio la vuelta; tenía dificultad para respirar, y empezó a golpear la puerta con los puños. ¿Era un *monstruo* el que acababa de cobrar vida dentro del vagón? ¿Era un *Flor Blanca* quien se había transformado en el monstruo?

—¡Juliette! —bramó—. Juliette, ¿qué *demonios…*?

Todos los pasajeros que iban delante de Roma ya habían huido a través de la segunda puerta deslizable que daba paso al siguiente vagón. Sólo Roma, únicamente él, estaba en el pasillo intermedio, donde el piso debajo de él se movía con cada giro y sacudida del convoy. Empujó la puerta de un lado y del otro, lastimándose los nudillos en su esfuerzo por moverla, pero *algo* la mantenía firmemente cerrada e impedía que se moviera un sólo centímetro.

—¡Juliette! —el puño de Roma golpeaba la puerta—. ¡Abre la maldita puerta!

Fue entonces cuando empezaron los gritos.

Juliette enrolló el cable alrededor de la manija de la puerta y jaló de ésta con fuerza, manteniendo el vagón cerrado. En el momento en que logró asegurarla, los insectos comenzaron a caer como llovizna, deslizándose con sus patas negras sobre cada superficie que pudieran encontrar a su paso: cuerpos, piso o pared. Ésta no era la primera vez que ella experimentaba tal sensación y, pese a todo, sintió una punzada en el estómago y estuvo a punto de vomitar.

Reptaban. Por montones. Entre su cabello, sobre su vestido, a lo largo de los codos, rodillas y dedos. Lo único que ella podía hacer era cerrar los ojos con fuerza y esperar que la vacuna que hacía unos meses se había aplicado funcionara. Ni siquiera sabía si su efecto todavía estaba vigente, pero ahora no había nada que hacer, nada excepto…

Tan pronto como se detuvo la lluvia de insectos, Juliette se apartó del cuello un mechón de cabello dando un grito ahogado, desesperada por apartar de su cuerpo aquella sensación. Se dio la vuelta, los ojos abiertos de par en par. No sentía deseos de destrozarse la garganta, tampoco ningún impulso de incitar a la destrucción. La vacuna era efectiva. Mientras las personas a su alrededor se tambaleaban para sentarse o caían de rodillas, Juliette permaneció firme sobre los pies, con las manos apoyadas en los costados. Mientras las personas a su alrededor se llevaban las uñas al cuello y comenzaban a enterrarlas bajo su piel, lo único que podía hacer Juliette era observar.

Dios mío.

El monstruo emitió un ruido, un aullido entre carnal y sobrenatural. De inmediato, Juliette se adelantó abriéndose paso a empujones entre las víctimas que sufrían la locura. Hubiera querido encogerse y esconderse, pero no había tiempo para lo que *quería*, sólo para lo que tenía que hacer.

No cierres los ojos, se ordenó Juliette. *Mira esta carnicería. Mira esta destrucción. Siente el charco de sangre mientras tiñe de rojo la alfombra, y recuerda todo lo que ha puesto en juego la inmunda codicia sin límites de un comerciante extranjero*.

Juliette sacó su arma, apuntó y disparó al monstruo, directo a su vientre.

El sonido de los disparos resonó a través del vagón cerrado. Roma dio un paso atrás, horrorizado, tan consciente del amenazador ruido que no pudo encontrar la energía para seguir empujando la puerta. En ese momento, ya no le importaba. La ciudad parecía esfumarse, la guerra de clanes, toda su ira, rabia y venganza parecían dispersarse en el aire. Lo único en lo que podía pensar era en Juliette: moría, ella se estaba muriendo, y él no lo permitiría. Algo había eliminado la idea de que a él el correspondía la tarea de darle muerte; la parte de su conciencia en el presente simplemente no podía soportar la idea: no aquí, no ahora.

—No —susurró, con un estremecimiento que quebraba su voz—. No lo hagas.

El monstruo se lanzó a un costado, apenas afectado por las balas que la joven le disparó. Sus palpitantes miembros estaban resbaladizos por la humedad, pequeñas gotas de agua que parecían viscosas al tacto.

Juliette apuntó de nuevo, pero los sonidos detrás de ella, los gemidos de dolor y miedo en el último suspiro de una víctima antes de morir, la distrajeron más de lo que había esperado, y cuando su bala sólo acertó en el hombro del monstruo, éste aprovechó la oportunidad para colarse entre dos asientos y lanzarse de cabeza a través de una ventana, fracturando el cristal con un patrón de telaraña.

Intentaba escapar.

Juliette alcanzó el cuchillo que guardaba en el muslo, con la intención de arrojárselo. ¿Qué criatura podría sobrevivir a un cuchillo que le atravesaba un ojo? ¿Qué criatura, por monstruosa que fuera, podría sobrevivir con la cabeza rajada de un lado a otro?

Pero no fue lo suficientemente veloz. Para el momento en que pudo abrirse paso por entre los cuerpos caídos, el monstruo se había lanzado de nuevo contra la ventana y esta vez la había hecho añicos por completo, haciendo estallar fragmentos de vidrio por todo el vagón. Juliette jadeó y se pasó una mano por el rostro. Antes de que pudiera recuperarse, el monstruo había salido rodando por el quicio de la ventana, sin importarle la alta velocidad a la que avanzaba el convoy.

—¡No! —exclamó Juliette, mientras profería una maldición. La chica corrió hacia la ventana abierta, viendo cómo el monstruo aterrizaba en las colinas y volvía a convertirse en un hombre, un acto de transformación tan casual como quitarse un abrigo. En segundos ya estaba fuera de vista. El tren pasó a toda marcha dejándolo en el campo, con toda esa sangre en sus manos y sin que nadie tuviera idea de su identidad.

Juliette se alejó de la ventana tambaleándose, con las piernas a punto de flaquear. Ella siempre había creído en su existencia, pero verlo con sus propios ojos era algo completamente diferente. Ya no era un Qi Ren cuyas inoportunas transformaciones lo encontraban luchando contra sí, en un esfuerzo por descubrir lo que estaba sucediendo con su cuerpo. Ya no era una enfermedad que se propagaba sólo cerca del agua y azotaba

únicamente a horas intempestivas a los gánsteres que trabajaban en el muelle. *Estos* monstruos eran asesinos. Matones a las órdenes de un patrón, que crecían hasta convertirse en bestias a voluntad y que podían regresar a ser hombres cuando así les convenía.

La situación parecía agravarse minuto a minuto.

Cuando los gritos cesaron, Roma a duras penas podía moverse. Múltiples escenarios desfilaron ante sus ojos, en la mayoría de ellos, tras una puerta, lo aguardaba el cuerpo de Juliette, esparcido en pedazos sobre el piso del tren. Si hubiera un poder superior, Roma esperaba que estuviera escuchando su súplica, un incesante: *por favor, por favor, por favor*.

Por favor, que ella se encuentre bien.

El silencio fue interrumpido súbitamente por el sonido de cristales que se rompían dentro del vagón. Con el aliento entrecortado, Roma se adelantó de nuevo y jaló de la puerta tan fuerte como le fue posible.

Ésta por fin se abrió de par en par.

Inmediatamente percibió el olor a sangre. Y luego sintió como el viento aullaba a través de una ventana rota. El monstruo no estaba a la vista. Pero Juliette… allí estaba Juliette, como un ángel vengador que vigilaba su campo de batalla, la única figura que permanecía erguida en un vagón ahora repleto de cadáveres, allí estaba Juliette con su mejilla manchada de sangre.

La joven parpadeó, tan lentamente que parecía despertar de un sueño. Cuando se dirigió hacia Roma y se sintió desfallecer, el joven se adelantó para atraparla; sin pensarlo la sostuvo contra su pecho durante uno, dos, tres latidos. Durante aquel eterno momento, Roma presionó su mejilla contra la firme textura del cabello de Juliette, contra la suave piel de su cuello. La joven exhaló y se relajó, apoyada contra él, y fue eso lo que sacudió a Roma, de vuelta a la realidad. Ella estaba bien, así que todo su pánico se transformó en furia.

—¿Por qué *hiciste* eso? —le preguntó Roma al tiempo que la sacudía por los hombros—. ¿Por qué razón harías algo así?

Cadáveres sobre el suelo, gargantas desgarradas, rastros rojos que iban desde los ojos hasta las orejas. Pero Juliette… Juliette parecía intacta.

—Tengo la vacuna de Paul —dijo temblorosa—. Soy inmune.

—Esa dosis era efectiva ante el primer monstruo —espetó Roma—.

Éstos podrían haber sido diferentes.

La sola idea de que el monstruo hubiera sido un *Flor Blanca* —uno oculto bajo sus propias narices—no hizo más que aumentar la temperatura en el pecho de Roma. De haberlo sabido lo habría detenido, y nada de esto habría sucedido. De haberlo sabido, hace mucho habría torturado a aquel hombre para sacarle información y el absurdo chantaje que pendía sobre su ciudad ya habría cesado.

—Pensé que funcionaría —Juliette le quitó las manos de sus hombros —. Y *lo hizo*.

—Fue una apuesta. Arriesgaste la vida.

Se produjo una contracción visible en la mandíbula de Juliette, cuya puntiaguda barbilla apuntó hacia arriba con irritación. Roma sabía que estaba siendo condescendiente, pero le importaba poco cuando el aire aún estaba impregnado de sangre, con toda esa violencia empapando su ropa, adherida a sus pieles. Al darse cuenta de lo mismo, Juliette empujó a Roma al interior del vagón, y cerró de golpe la puerta deslizable.

—*Funcionó* —masculló ella con determinación. Ahora sólo ellos dos ocupaban el espacio intermedio del tren, un panel de madera dura los mantenía separados de un recinto lleno de cadáveres—. Evité que todos en el tren se infectaran.

—No —dijo Roma—. Decidiste jugar a la heroína y tuviste suerte.

Juliette levantó las manos en gesto de burla. Todavía tenía una marca de sangre en la mejilla. Otra mancha ocupaba buena parte de su manga y otra le teñía una pierna.

—¿Y por qué eso sería un problema?

Lo era. Pero Roma no podía exponerle sus razones. Quería caminar, moverse, liberar esa sensación frenética que, acumulada, parecía rugir cada vez más estentóreamente en su interior, pero no había espacio allí para eso, nada excepto paredes cerrándose sobre ellos y el tren retumbando bajo sus pies. No podía pensar, no podía actuar, apenas si podía comprender esta reacción que estaba ocurriendo en su interior.

—No debes dejar tu vida —dijo furioso Roma—, a un juego de azar.

—¿Desde cuándo? —le endilgó Juliette imitando su énfasis— ¿te importa mi vida?

Roma avanzó directamente hacia ella. Quizás había tenido la intención de ser un movimiento intimidatorio, pero Juliette y él tenían

prácticamente la misma altura y cuando él pretendió elevarse por encima de ella, sólo consiguió que terminaran nariz contra nariz, y que se miraran el uno a la otra con tanta fiereza que el mundo podría haberse convertido en humo y ninguno de los dos se habría dado cuenta.

—No me importa —el joven estaba temblando de furia—. Te odio.

Y cuando Juliette no retrocedió, Roma la besó.

La empujó contra la puerta y levantó ambas manos para sujetar su cuello, se acercó tanto como se atrevió hacia el olor ardiente y confitado de su piel. Un jadeo que a duras penas pudo suprimir, atravesó los labios de Juliette, y luego ella correspondió al beso con la misma irritación candente, como si sólo lo hiciera para sacarlo de sus casillas, como si eso no significara *nada*.

Ellos no eran nada.

Roma se sacudió como si lo hubieran quemado, respirando con dificultad y recuperando la compostura. Juliette se veía igualmente aturdida, pero Roma no se molestó en examinarla de nuevo antes de girar sobre sus talones y marcharse a través de la siguiente puerta deslizable, la cual cerró con fuerza al salir.

Por Dios. ¿Qué había hecho?

El resto del tren rodaba con total normalidad. Nadie prestó atención a Roma mientras permanecía de pie junto a la entrada del vagón, con el corazón golpeándole en los oídos y el pulso latiéndole bajo la fina piel de las muñecas. No fue hasta que un hombre se acercó a él, con la intención de esquivarlo y franquear la puerta, que Roma finalmente salió de su estupor y extendió el brazo al tiempo que le hacía una advertencia:

—No entre ahí. Hay cadáveres por todas partes.

El hombre parpadeó, desconcertado. Roma no se quedó allí para darle una explicación; se abrió paso bruscamente y siguió adelante cruzando el siguiente corredor. Sólo cuando se encontró entre dos nuevos vagones, y alejado de ojos vigilantes, finalmente se pasó una mano por el cabello y exhaló un largo suspiro.

—Pero ¿qué me está pasando? —murmuró. Hubiera querido gritar y expresar su ira. Quería gritarle a *Juliette* hasta quedar ronco. Sólo él sabía que al gritarle *te odio*, lo que realmente quería decir era *te amo*. *Te odio porque todavía te amo tanto*.

El tren traqueteaba bajo sus pies, avanzando plácidamente sobre los

rieles. El sonido chirriante fue succionado, y durante un instante, todo lo que podía escucharse en ese compartimento era la pesada respiración de Roma.

Entonces las vías volvieron a ser ásperas y los vagones continuaron rodando con su largo y sordo chirrido.

Quince

Ya estaba avanzada la tarde cuando el tren arribó a Kunshan, y era casi de noche cuando Roma y Juliette terminaron de hablar con las autoridades, pues las fuerzas del orden eran allí apenas un puñado de hombres con uniformes deteriorados que palidecían de temor ante la sola vista de los cadáveres. Lo que podría haber tomado diez minutos, con ellos se tornó en dos horas durante las cuales Juliette profería amenazas y gritaba: *"¿Saben ustedes quién soy yo?",* antes de que ellos hubieran retirado los cuerpos y completado la lista de las víctimas. Los cadáveres fueron enviados a refrigeración y unos mensajeros también fueron enviados a Shanghái para notificar lo que había sucedido, tanto a la pandilla de los Escarlatas como a la de los Flores Blancas. También enviaron hombres a lo largo de las vías férreas, recorriendo las colinas en busca del monstruo, pero Juliette dudaba que encontraran algo. No con nivel de incompetencia. Para cuando logró reunir a un grupo de Escarlatas con el objetivo de que salieran y buscaran junto a ellos, Juliette ya tenía la certeza de que el monstruo hacía mucho tiempo que habría desaparecido.

—Indignante —Juliette seguía quejándose cuando ella y Roma abandonaban la estación de tren—. Completamente indignante.

—Era de esperarse —respondió Roma con voz serena—.Imagino que nunca antes se habían topado con un número tan grande de víctimas.

Irritada, Juliette giró los ojos entrecerrados en su dirección, pero optó por permanecer callada. No habían conversado sobre lo que había sucedido entre ellos en el tren, y si ésa era la forma en que Roma quería que se desarrollara la conversación, entonces Juliette estaría encantada de

complacerlo. Parecía que iban a fingir que nada había sucedido entre ellos, incluso si Juliette a duras penas podía mirar a Roma sin que se le erizaran los vellos de los brazos.

No debió haber correspondido el beso.

Él la odiaba, pero eso no anulaba todo su pasado, ni la atracción instintiva que siempre los había llevado a colisionar entre sí como meteoritos en órbita. Juliette sabía lo que estaba pasando en la cabeza de Roma porque era exactamente lo mismo que desde hacía unos meses venía dando vueltas en la *suya*, entonces, ¿por qué razón ella se había entregado a esa locura? Incluso si él no la odiaba tan profundamente como decía hacerlo, aquello había sido tanto aún más peligroso. El verdadero *propósito* de mentirle era poder mantenerlo alejado. El *punto* era que no podían volver a hacer esas cosas, porque en el momento en que Roma viera las cosas a través de Juliette, entonces su ciudad de sangre les daría su merecido. Tal vez entonces podrían al fin estar juntos en la *muerte*.

¿Y qué clase de amor era si lo único que hacía era traerles muerte?

—… ¿un auto?

Con sorpresa, Juliette se dio cuenta de que no había estado escuchando, y sólo hasta ese instante, tras dar un vistazo al camino, registró la sugerencia de Roma. Después de ocuparse de los cuerpos, le pidieron a un oficial indicaciones para llegar a su destino, y la ruta era una caminata no muy larga, aunque exigente. Por su tamaño, Kunshan era considerada una ciudad, pero resultaba apenas un eco lejano de Shanghái. En lugar de una entidad viva que respiraba y se expandía en un esfuerzo por encontrar su espacio, Kunshan era apenas una mancha en el gran mapa de la nación: una agrupación de diez o más tranquilos pueblos que se ubicaban uno al lado del otro con poca actividad más allá de su monótono día a día. Este lugar era fácil de recorrer porque era tranquilo y silencioso, pero eso también significaba que era imposible esconderse, en caso de que les estuvieran siguiendo el rastro.

—No, no podemos tomar un auto —respondió Juliette. Miró por encima del hombro, observando a los pocos oficiales que permanecían de pie junto a la estación de tren, enfrascados en su conversación—. El extorsionador nos tiene en la mira. Seríamos demasiado fáciles de seguir.

Roma también miró hacia atrás y frunció el ceño cuando descubrió que Juliette seguía observando a los inútiles funcionarios de Kunshan.

—*¿Por ellos?*

—Obviamente no.

Juliette apresuró el paso. A ese ritmo, el sol se habría puesto para el momento en que llegaran a la dirección que buscaban. Ya se sentía un frío penetrante, pero una vez que la noche cayera, se haría casi insoportable permanecer a la intemperie, especialmente teniendo en cuenta que el grueso abrigo de Juliette era más moderno que verdaderamente práctico.

—Sin embargo, he pensado en eso —continuó ella—. Ese hombre fue enviado a seguirnos en el vagón del tren, pero se tomó su tiempo para transformarse. Paul Dexter fue quien me vacunó, así que no me cabe en la cabeza que su colaborador no supiera que soy inmune. No intentaban asesinarnos. Intentaban asustarnos: malditos "daños colaterales".

Una campana sonó en algún lugar a la distancia. Sus ecos rebotaron en la hilera plana de edificios construidos sólidamente al otro lado de la carretera. Mientras Roma y Juliette caminaban por el sendero, un río delgado fluía suavemente a su izquierda hasta perderse en el horizonte.

A veces Juliette olvidaba cuáles eran las condiciones en las que vivía el resto del país. Cuanto más alejados estuvieran de las ciudades costeras, más alejados estarían también del control costero, de los nacionalistas hambrientos de poder y de los extranjeros invasores. La gente que se alejaba de los lugares donde cada movimiento se sentía como la vida o la muerte, a cambio obtenía…

El río se convirtió en una corriente más ancha. Una pequeña ave vino a posarse en una roca que sobresalía del cauce del río apenas perturbando el flujo del agua.

A cambio obtenía espacio para respirar.

—Lo creas o no… —dijo ahora Roma— este ataque del monstruo fue algo positivo.

Juliette desvió su atención del agua para buscar el siguiente letrero en la calle. Lo menos que necesitaban ahora era perderse.

—Me disculparás, pero los cadáveres en camino a la morgue opinarían lo contrario.

—Que sus almas descansen en paz. Desde luego ya no deseo más muertes —Roma y sus palabras sonaron punzantes—. Cuando volvamos a Shanghái podré indagar entre todos y cada uno de los Flores Blancas dentro de nuestras filas hasta averiguar exactamente quién era ese francés.

Y si nuestro viaje hasta aquí no resulta de utilidad, entonces desvelar la identidad de ese monstruo podría ser la forma más rápida de rastrear al extorsionador.

Juliette no veía sentido en enfrascarse en una discusión. Nada impedía que Roma se negara a compartir la información con ella si su próximo curso de acción dependiera únicamente de él, pero si ella se exaltaba con algo, él también se exaltaría y comenzarían a gritarse de nuevo la una al otro porque era demasiado fácil recurrir a la ira para acercarse, aunque sólo fuera un poco más, a la verdad. Como para constatar que Juliette no estaba del todo perdida para él, Roma buscaría una pelea. En un momento de debilidad, y llevada por el deseo de mirar al Roma que ella amaba, Juliette lo contemplaría con admiración. Era un juego volátil. Necesitaba detenerse. No podía seguir haciendo esto. Si tenía que volverse fría en el trato con él, pues que así fuera.

Entonces, todo lo que Juliette dijo fue:

—Pues espero que este viaje resulte útil.

Ella hizo un gesto para indicarle que siguieran avanzando y dio un nuevo vistazo por encima del hombro.

—Sospecho que ya llegamos —dijo Roma.

Se detuvo y miró lo que tenía delante con una perplejidad nada disimulada en el rostro. Juliette también buscó a lo largo de la fila de tiendas, pensando que debía haber algo que estaban malinterpretando.

No era así.

La dirección del supuesto centro de vacunación era un local que vendía wonton.

—Anunciaron este lugar a lo largo y ancho de toda la Concesión Francesa —exclamó Juliette. No pudo contener el tono acusatorio en su voz, aunque no estaba muy segura de saber a quién estaba culpando con sus palabras—. No puede ser posible que esto sea sólo un plan para inducir a más clientes a comprar un tazón de húntún tāng.

De improviso, Roma extrajo dos revólveres del interior de su saco, uno situado a cada costado. Juliette parpadeó ante la rapidez de sus manos y se preguntó distraídamente cómo no los había sentido cuando hacía sólo un instante estuvo apoyada contra él.

—No puede ser un simple restaurante —dijo él—. Entremos, Juliette.

Cuando ella alcanzó su pistola, él ya se había lanzado a la carga tras abrir de una patada la puerta del establecimiento. Juliette corrió tras Roma, sintiéndose bastante tonta por irrumpir de esa manera, entre todos los lugares posibles, en un restaurante de wonton. Encontró a Roma junto a la caja registradora exigiendo ser atendido por quienquiera que tuviera el descaro de distribuir una nueva vacuna. En la esquina más alejada del establecimiento se encontraba una pareja de ancianos, con los ojos muy abiertos y muecas de preocupación.

—¡Por favor, por favor! —gritó el sujeto detrás de la caja registradora levantando de inmediato las manos. También era un hombre mayor, casi al final de la mediana edad, de cabello largo y recogido hacia atrás con una cinta—. ¡No disparen! ¡Yo no soy a quien buscan!

Juliette guardó su pistola, hizo contacto visual con la pareja de ancianos y señaló con el pulgar hacia la puerta. Sin necesidad de que se los pidieran dos veces, ambos se incorporaron renqueantes, recogieron sus bolsas y salieron a toda prisa del lugar. La puerta se cerró tras ellos tan velozmente que la luz del techo parpadeó.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó Roma—. ¿Quién es el dueño de este lugar?

La garganta del hombre subía y bajaba al tiempo que tragaba saliva a causa del nerviosismo.

—Yo… soy yo.

Mientras Roma seguía apuntando con sus armas al dueño del local, Juliette se inclinó sobre la caja registradora y miró alrededor de la parte trasera del establecimiento. Una revisión superficial reveló una mesa espolvoreada con harina, un trozo de masa endureciéndose junto al fregadero y allí, junto a la silla…

—Bueno, veo que los volantes salieron de aquí, así que no sirve de nada mentir —dijo Juliette animadamente—. Lǎotóu, ¿cómo estás haciendo la vacuna?

El hombre parpadeó, su evidente gesto de terror se transformó de súbito en uno de confusión.

—¿Hacer… una vacuna? —repitió—. Yo… —su cabeza giró hacia Roma, sus ojos se cruzaron para mirar el cañón del revólver—. ¡No! ¡Yo no hago nada! Voy a subastar la última ampolleta que quedó del Albarraz de Shanghái.

Juliette apartó a un lado la caja registradora. Intercambió una rápida mirada con Roma y luego, sin preocuparse por las reglas de etiqueta, subió encima del mostrador con todo y tacones, saltó a la parte trasera del restaurante y tomó uno de los volantes que allí se almacenaban. Era idéntico al que les había dado Ernestine de Donadieu, incluso con el francés plagado de errores. Sólo que esta vez, Juliette comprendió exactamente el error que habían cometido.

¡LA LOCURA HA REGRESADO! ¡APLÍQUESE LA VACUNA!

¿*Dónde* decía allí que en la ubicación del anuncio estarían entregando vacunas? Ella y Roma simplemente así lo habían asumido pues era lo que estaba escrito en los volantes de Albarrraz.

—Tā mā de —maldijo Juliette arrojando el volante al suelo—. ¿Tienes *una*?

El hombre asintió con entusiasmo al darse cuenta que si entregaba esta información se quitaría de encima a los dos gánsteres.

—Tenía la esperanza de recibir ofertas de extranjeros y luego venderla al mejor postor. Estoy escaso de efectivo, como podrán notarlo. No es fácil tener un restaurante de húntún en Kunshan, y cuando mi primo de Shanghái me dio esta ampolleta que él había guardado…

—Oye: detén el parloteo, te lo ruego —lo interrumpió Juliette levantando una mano. Éste no era en absoluto un centro de vacunación. Era un sitio de subasta.

Con un suspiro, Roma bajó sus revólveres y los acomodó de nuevo en su saco. Estaba visiblemente molesto. Esto había sido una pérdida de tiempo. ¿Qué podrían hacer con una ampolleta? Ya le habían pedido a Lourens en los laboratorios de los Flores Blancas que probara la vacuna una última vez en un esfuerzo por recrearla, pero no había tenido éxito.

De repente los ojos de Juliette se abrieron de par en par.

Lourens había fracasado en el pasado… pero ahora los Escarlatas tenían la investigación de Paul.

—Me la llevo —dijo Juliette. Su declaración fue tan fuerte y brusca que el hombre dio un respingo. Con un movimiento suave, Juliette se inclinó

y alzó el volante, luego tomó una pluma estilográfica del costado de la caja registradora y anotó un número—. Ésta es mi oferta.

El hombre miró la suma, su mandíbula colgó inmediatamente.

—Yo… yo no puedo simplemente aceptar. Debo enviar telegramas en caso de que haya mejores postores…

—Duplica la suma —interrumpió Roma. En el momento en que la mirada de Juliette se dirigió bruscamente hacia él, Roma sonrió, con una expresión burlona—. Vamos a compartirla ¿no es cierto, señorita Cai?

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Juliette en ruso. Esbozó una sonrisa, para que el dueño del restaurante no se diera cuenta de que habían cambiado a un idioma diferente para discutir entre ellos. No necesitaban que este comerciante llegara a la conclusión de que su vacuna en efecto tenía una gran demanda—. Ya hiciste pruebas, ¿recuerdas? Lourens no pudo replicarla; sólo pudo determinar que era real.

—Sí —estuvo de acuerdo Roma—. Aquella vez no teníamos los apuntes de Paul Dexter. No lo olvides, aún podemos robártela. Y si tanto te interesa obtener esta ampolleta, estoy seguro de que crees que el tenerla significará un gran avance junto con los papeles de la investigación.

Juliette casi empezó a vibrar con esta nueva sensación de enojo. Él había leído sus pensamientos con certeza. Siempre lo hacía.

—Si shàoyé y xiǎojiě quieren cada uno su parte… —intervino por fin el hombre, frotándose las manos. Su actitud había adquirido una nueva expresión de nerviosismo. En ese momento había atado cabos sobre las identidades de Juliette y Roma, ya que cuando Roma la llamó "señorita Cai", no le fue difícil darse cuenta de que los herederos de la Pandilla Escarlata, nativos de Shanghái, y los Flores Blancas, de Rusia, estaban frente a él.

—Había dos en circulación después de que Albarraz desapareciera —tomó otro trozo de papel y, con la misma pluma estilográfica que había usado Juliette, empezó a garabatear rápidamente—. La segunda está en Zhouzhuang; éste es el vendedor y su dirección…

—Olvídalo —dijo Juliette—. Sólo necesitamos una, así que ni siquiera intentes sacarnos el doble de dinero. Tómalo o déjalo.

El dueño del local hizo una pausa. Juliette podía imaginarse los engranajes girando en su cabeza, calculando las posibilidades de que pudiera haber un mejor postor y los riesgos que correría si rechazaba a los

gánsteres de Shanghái.

Sin decir una palabra, el hombre se agachó y comenzó a ingresar una combinación en una caja fuerte debajo de la caja registradora, una caja fuerte que Juliette ni siquiera había notado. Ella frunció el ceño y él pareció sentirlo, porque mientras giraba la perilla de combinación de la caja, dijo:

—La gente comienza a desesperarse y no puedo darme el lujo de contratar guardias.

La caja fuerte chirrió al abrirse. El hombre metió la mano y extrajo la ampolleta que brillaba con el mismo color azul lapislázuli que Juliette bien recordaba. No pudo evitar estremecerse.

—Supongo que ustedes no cargan con dinero en efectivo, ¿cierto?

—Firmaremos pagarés —respondió Roma sin perder un segundo. Después de todo, el dueño del restaurante sabía quiénes eran ellos. Sabía que eran lo suficientemente importantes y poderosos para mantener su palabra; el dinero no era un problema para la Pandilla Escarlata ni para los Flores Blancas.

—Bien, fue un placer negociar con ustedes —dijo alegremente el dueño del local, mientras veía a Roma y a Juliette escribir sus nombres en la misma hoja en la que la joven había plasmado su oferta. Tenía razón en sentirse dichoso: acababa de hacerse muy, muy rico. Ambas pandillas resentirían el dispendio de este pago, pero no era algo de lo que no pudieran recuperarse. Los Escarlatas se habían recuperado una y otra vez después de pagar al extorsionador.

—Yo me quedo con esto —dijo Juliette señalando la ampolleta y lanzando a Roma una mirada de advertencia.

Roma no se quejó. Dejó que el dueño del establecimiento pusiera la ampolleta en las manos de Juliette, y mientras su palma aún estaba extendida, el hombre deslizó la hoja de papel con la dirección del segundo vendedor.

—De cualquier forma, debería guardar esto.

Juliette introdujo ambas cosas en su bolsillo. Roma se limitó a observar con cautela el movimiento, con sus ojos negros resplandeciendo, como si sospechara que ella podría realizar un truco de magia para hacer desaparecer la ampolleta. Ella no se sorprendería si él intentara quitarle la ampolleta en algún momento del camino de regreso a la ciudad.

Ni siquiera lo pienses, masculló ella.

Ni siquiera lo pensé, replicó él con un movimiento de los labios.

—Y bien —dijo el hombre después del silencio que sobrevino—. ¿Les apetecería un plato de wonton?

Dieciséis

El último tren a Shanghái había sido cancelado.

—¿Qué quiere *decir* con que fue "cancelado"?

Roma y Juliette se sobresaltaron y se miraron entre sí con intensidad, perturbados por el hecho de haber hablado al unísono. La empleada detrás de la taquilla no se había dado por enterada. Le preocupaba más el libro que tenía abierto sobre el regazo.

—Lo cancelaron —repitió la mujer—. El tren que estaba programado para arribar a las nueve en punto tuvo *algunos inconvenientes* en su trayecto. Así que fue enviado por otra ruta para recibir mantenimiento.

Juliette se pellizcó el arco de la nariz. Ése era el tren que los había traído hasta allí, el mismo que había quedado con el último vagón bañado en sangre como resultado del ataque del monstruo. *Mantenimiento*. Esperaba que los empleados de la ferroviaria tuvieran productos de limpieza de alta potencia.

—No me diga —consiguió decir con dificultad Juliette, su respiración empañando el cristal del mostrador— ¿O sea que perdimos por poco el anterior?

La empleada dio un vistazo al horario de los trenes. Juliette podría haber jurado que la mujer se estaba conteniendo para no exhibir una sonrisita burlona. Sin duda estos pueblerinos podían ser bastante sádicos cuando se trataba de los infortunios de la gente de ciudad.

—Partió hace diez minutos, xiǎojiě —le confirmó la mujer—. El próximo saldrá mañana por la mañana.

Juliette emitió un ruido desde el fondo de la garganta y se alejó de la

taquilla, pisando con fuerza a lo largo de la plataforma.

—Por esta noche ya dejaron de operar los autos locales —dijo Roma, al tiempo que le seguía el paso—, pero podemos llamar uno de Shanghái.

—En auto, las dos ciudades están separadas por cuatro horas… *un sólo trayecto* —respondió Juliette, ella se detuvo, observando la estación vacía —. Si decidimos llamar un chofer ya llegaríamos por la mañana. Es mejor que nos quedemos aquí hasta que llegue el próximo tren. Al menos está relativamente cálido.

Roma también se detuvo, el rostro pensativo en el momento de darse la vuelta para mirarla. Sólo entonces sus ojos se abrieron de par en par ante algo por encima de los hombros de Juliette y en su expresión se dibujó el asombro.

—¡Al suelo!

Juliette apenas si tuvo el tiempo para registrar la orden antes de que él la tomara de los brazos y la arrojara al suelo. La respiración se le atascó en la garganta, al tiempo que las rodillas raspaban con fuerza la plataforma. Con las manos de Roma rodeando sus muñecas y los dedos enguantados de Juliette apretados contra el borde de las mangas de él, la idea de que sería tan fácil atraerlo hacia sí pasó como un susurro por su mente, pero no fue nada más que eso: un susurro. Fácilmente silenciado, fácilmente apartado. Antes de que pudiera decir o hacer algo absurdo, Juliette se soltó del agarre de Roma y se dio la vuelta, intentando descubrir lo que fuera que hubiera provocado semejante reacción.

—¿Qué sucede? —preguntó.

La mirada de Roma se aguzó buscando en la oscuridad.

—Un francotirador —dijo simplemente—. Un francotirador que al parecer decidió no disparar.

Juliette no vio nada, pero Roma no tenía motivos para mentir. Durante toda la tarde la había acompañado una extraña sensación de que alguien la estaba vigilando, y había pensado que se trataba de una simple incomodidad, un cosquilleo que subía y bajaba por su columna, algo de esperarse en un lugar tan tranquilo. Pero tal vez no se lo había imaginado. Tal vez, como había sospechado antes, alguien los había estado siguiendo desde que bajaron del tren.

—Vamos —dijo Juliette poniéndose de pie—. Por lo visto no podemos quedarnos. No a la vista de todos.

—¿Adónde más podemos ir? —Roma siseó. Después de un momento de reacción tardía, también se apresuró y se sacudió el polvo de los pantalones antes de que pudieran mancharse—. ¿Te das cuenta de que la gente en estos lugares se va a dormir a la misma hora que sus gallinas?

Juliette se encogió de hombros y siguió adelante.

—Somos gente encantadora. Estoy segura de que nuestras habilidades nos abrirán algunas puertas.

Pero resultó que Roma tenía razón. Caminaron hasta el complejo residencial más cercano de Kunshan abriéndose paso entre estrechas calles y comenzaron a tocar puertas. Para cuando terminaron de dar la vuelta por todos los edificios, y de golpear con sus palmas en cada puerta, seguían sin obtener respuesta de nadie.

Hacía un frío endemoniado… *Y* a Juliette volvía a aquejarla aquella sensación de picazón.

Tanteó el cuchillo y se detuvo al final del camino en turno. Cuando Roma finalmente llegó caminando después de tocar puertas en el último edificio y darse por vencido, ella le tendió la mano y le pidió que también se detuviera.

—Hace mucho frío, Juliette —logró decir él, los dientes castañeando—. Esto no fue una buena idea.

—Sigue siendo mejor que quedarse en la estación —susurró ella. Estaban rodeados de oscuridad, porque las farolas en una ciudad como ésta eran pocas y estaban distantes entre sí. Quizá por eso nadie se asomaba a esa hora, porque no tenían nada que los guiara salvo el rayo de luna que se asomaba entre las espesas nubes. Era difícil ver cualquier cosa que estuviera por allí acechando en medio de la noche.

—Nos están siguiendo —afirmó Juliette.

Roma desenfundó uno de sus revólveres. Era una situación casi cómica: él, apuntándole a la oscuridad vacía.

—¿Debería disparar? —preguntó Roma.

—No seas ridículo —dijo Juliette, empujando los brazos de él hacia abajo. Su mirada se detuvo en un destello de luz en la distancia—. Mira, allá hay alguien que está despierto.

La joven se puso en marcha de inmediato, aferrada aún al cuchillo en caso de que alguien saltara sobre ellos en medio de la oscuridad. No acababa de entender cómo era posible que tuvieran un perseguidor,

aunque su certeza era cada vez más clara. A su alrededor, no había dónde esconderse: la calle residencial se extendía a la par de otro arroyo estrecho que fluía de un lado y un denso claustro de bambú del otro.

—¿Tú crees —preguntó Roma, quien había conseguido darle alcance— que de verdad existan los fantasmas?

Juliette le lanzó una mirada de incredulidad:

—No seas ridículo.

—¿Por qué? —contestó el joven—. Alguna vez pensamos que los monstruos tampoco eran reales.

Él tenía razón. No obstante, Juliette puso los ojos en blanco y deslizó el cuchillo en su manga, viendo al fin el edificio iluminado. Tensamente escrutó la oscuridad cercana y cuando sintió que no había ninguna clase de movimiento, se apresuró a subir los escalones para llamar a la puerta.

Juliette dejó caer la mano y luego permaneció inmóvil, a unos centímetros de distancia de las puertas plegables. Sus marcos estaban revestidos con tela, al estilo de los edificios de las dinastías imperiales. Sobre las puertas había un grabado de tres caracteres, habitual en los lugares de negocios para declarar su actividad. Ahora, gracias a la luz que entraba por las puertas, Juliette pudo leerlo.

—Juliette —la llamó Roma llegando a la misma conclusión.

A la joven se le escapó un resoplido espontáneo:

—Es un burdel.

Ella no lo había dicho con burla: era realmente el término más adecuado. La puerta se abrió de golpe y del interior se asomó una mujer, su túnica ondeando por lo que parecían kilómetros de distancia detrás de ella. Éste no era como los burdeles de Shanghái, ni tampoco la discreta trastienda de un telar o la planta superior de un restaurante de dudosa reputación. Ésta era una estructura magnífica que se elevaba al menos tres pisos, barandales de madera barnizada rodeaban cada nivel y coronaban el centro de una fuente de la cual emanaban los más dulces aromas florales.

—Hola —dijo la mujer, al tiempo que inclinaba la cabeza—. No los había visto nunca por aquí.

—Eh —exclamó Juliette—. Somos, eh… —dio un vistazo atrás adonde estaba Roma, quien esbozó una expresión ansiosa, con la cual parecía rogar a la joven que se encargara del asunto—. No somos clientes. Nos quedamos varados durante la noche y estamos buscando un lugar para

quedarnos.

Al escuchar estas palabras, Roma finalmente se aclaró la garganta.

—Por supuesto contamos con liquidez para pagar.

La mujer los observó por un momento más. Luego levantó los brazos, las mangas de su hanfu ondearon con el viento.

—¡Adelante, adelante! Aquí son bienvenidos todos los viajeros extraviados.

Roma y Juliette no necesitaban ningún otro aliciente; a toda prisa se pusieron a resguardo del frío y entraron mientras lanzaban a la noche una mirada de advertencia en caso de que alguien los estuviera observando. Roma cerró la puerta con firmeza y Juliette asintió, indicándole que ahora estaban a salvo de los ojos vigilantes de quien fuera o de lo que fuera que los hubiera estado siguiendo.

—¡Si son tan amables de seguirme, niños! —dijo la mujer que ya se alejaba con pasos ligeros. Había una suerte de danza en la manera de moverse que de inmediato captaba la atención de quienes la miraban, haciendo que valiera la pena cada segundo de atención que se le concedía.

—Gracias —dijo Juliette detrás de ella—. ¿Cómo prefiere que le digamos?

Hubo un repentino estallido de risas que provino de la esquina más alejada, y los ojos de Juliette se posaron en un colorido caleidoscopio: abanicos de seda y encaje que volaban sostenidos por delicadas figuras vestidas con qipaos de fina costura y múltiples tonalidades.

Parecían casi felices.

—Díganme señorita Tang —respondió la mujer por encima del hombro. Señaló la escalera—. ¿Los acomodo en la parte alta?

Juliette levantó la cabeza y examinó los pisos superiores: hombres inclinados sobre el barandal con chicas de cada lado. La postura de ellos era casual y distendida, miraban hacia abajo observando el resto de la casa como si en aquella noche no tuvieran la menor prisa. Juliette sabía muy bien que las apariencias engañan. Sabía que cada lugar tenía su lado oscuro, que tal vez estas chicas simplemente eran más hábiles para ocultar su amargura. Las chicas de Shanghái hacían su trabajo como si ya sus vidas les hubieran sido arrebatadas.

Pero el glamour aquí era seductor y nada más sorprendente que encontrarlo en una ciudad que en absoluto gozaba de este tipo de

reputación, claramente no era igual a la reputación de la que gozaba Shanghái. La belleza aquí era un arte, algo para perfeccionar y hacer de ello un espectáculo. En Shanghái, la belleza era simple moneda de cambio.

—Lo que tenga que sea disponible —suspiró finalmente a modo de respuesta la joven—. Realmente no importa…

—¡Ah!

Juliette se dio la vuelta escuchando el grito de Roma. No se había dado cuenta de que él ya no estaba a su lado. Tampoco había notado con exactitud el momento en que se había rezagado. Su pulso se aceleró, los dedos se crisparon de inmediato, ansiosos por buscar el cuchillo que seguía oculto en su muñeca.

Entonces lo descubrió y se dio cuenta de que no había necesidad de revelar las armas debajo de su abrigo. Roma simplemente había sido secuestrado por tres de las chicas del local. Daba la impresión de que luchaba por liberarse porque lo habían atrapado de ambos brazos y no iban a soltar su presa tan fácilmente, al contrario, estaban ansiosas de contar con una audiencia. Juliette se mordió el interior de las mejillas.

—No, no, está bien —insistió Roma—. De verdad, sólo estamos aquí para hospedarnos…

Incapaz de reprimirla por más tiempo, Juliette soltó una carcajada. La cabeza de Roma se irguió, como si el sonido le hubiera recordado que Juliette estaba a un metro de distancia. Con la diferencia de que, en lugar de pedir ayuda, exclamó:

—¡Lăopó!

Las chicas se sobresaltaron y lo soltaron por un breve instante. Juliette había dejado de reír. Sus cejas se arquearon hacia lo alto. *¿A quién diablos le está diciendo* esposa?

Roma se liberó con rapidez para correr al lado de Juliette.

—¡Lo siento mucho! —le volvió a decir. Su brazo rodeó la cintura de Juliette y cuando la joven dio un respingo intentando de inmediato escapar, Roma se adelantó en la dirección en la que ella trató de girar y la ciñó con más fuerza—. Mis votos matrimoniales me prohíben estas travesuras. ¡Quizás en otra vida!

—Ruego que me disculpes, pero… —murmuró Juliette en voz baja. Podía sentir la presión de los dedos de Roma a través de su abrigo. Podía sentir la tensión en los brazos de él, la manera en que estaba tratando de

evitar recurrir a la postura habitual que habían perfeccionado cinco años atrás. *No te inclines. Hagas lo que hagas, no te acerques*—, pues no logro recordar cuándo intercambiamos nuestros votos.

—Sígueme el juego —pidió Roma con los dientes apretados—. Temo que, sin una mejor excusa, me asesinen mientras duermo.

—Esto no es Shanghái, qīn'ài de. Te matarán con sus *bondades*, no con sus espadas.

—Habla menos, *dorogaya*.

Juliette le lanzó una afilada mirada y luego se preguntó si podría salirse con la suya, empuñando un cuchillo y por accidente se *tropezara* cortando el hermoso rostro del chico, sólo un poco, una incisión roja aquí y allá. Ella había utilizado un término cariñoso de manera sarcástica, pero igualmente consiguió erizarse al pensar que él había hecho lo mismo. Sin embargo, antes de que pudiera empuñar su cuchillo, la señorita Tang hizo un gesto para que la siguieran por una escalera de caracol hasta el segundo piso.

—Ah, el amor de juventud —dijo la señorita Tang cuando ellos la alcanzaron en la parte superior de la escalera. Ella suspiró extendiendo los brazos contra el barandal de forma teatral—. Casi he olvidado cómo es.

Una tortura, respondió Juliette para sus adentros. Comenzaron a caminar por el segundo piso. *Todo duele, y estoy seguro de que pronto me derrumbaré en medio de la agonía y el polvo…*

—¿Una habitación para dos o prefieren separadas? —preguntó la señorita Tang interrumpiendo el ensimismamiento de Juliette.

—Separadas —contestó Juliette tan velozmente que la señorita Tang soltó un respingo mirando por encima del hombro con los ojos muy abiertos. Juliette ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Mi… —se giró hacia Roma, desafiándolo a refutarla—, *marido* ronca muy fuerte.

La señorita Tang soltó una risita por lo bajo. Cuando se detuvo cerca de las habitaciones, era difícil decir con exactitud dónde estaban las puertas, dado que se abrían y cerraban mediante un mecanismo plegable, las bisagras se confundían con la pared como parte de su elaborada decoración. Pero la señorita Tang, al tiempo que sermoneaba a Juliette sobre el deber de tolerar los defectos de un marido, empujó con facilidad y las puertas se abrieron para desplegar dos habitaciones, una al lado de la otra. Juliette apenas si prestó atención: sus ojos trabajaban con rapidez

escudriñando el interior de las habitaciones. Parecían espacios bastante seguros. No había posibilidad de que un atacante aguardara al interior de ellas listo para una emboscada.

—Tiene toda la razón, señorita Tang —añadió Juliette, mintiendo tan fácilmente que apenas si se percató de sus propias palabras—. Comenzaré a trabajar en mi estoicismo una vez que regresemos a la ciudad.

Eso pareció apaciguar a la *madame*. Asintió, evaluando a Juliette de arriba abajo:

—El baño está por allá, en el otro lado del edificio. ¡Que descansen!

En el momento en que la señorita Tang se alejó, Roma soltó a Juliette como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica, y de repente volvió a flexionar y apretar los puños alternativamente.

—Y bien —dijo Juliette—. ¿Buenas noches?

Roma entró a grandes pasos en su habitación sin musitar una palabra y cerró la puerta tras de sí. De algún lugar cercano se escuchó otra risita por lo bajo, y aunque Juliette sabía que estaban demasiado lejos para reírse de *ella*, todavía se le ponían los cabellos de punta, pues trataba de evitar cualquier oportunidad de suscitar las burlas de otras personas.

—¿Por qué te enojas conmigo? —murmuró ella entrando también en su propia habitación—. Fuiste *tú* quien nos casó.

Esa noche el club burlesque estaba más tranquilo que de costumbre, así que cuando Kathleen se puso un delantal pensó que sería una forma de matar el tiempo en lugar de un trabajo de verdad. Hacía tanto tiempo que no se presentaba para desempeñarse como camarera que ni siquiera sabía quién dirigía el club, dada la rapidez con la que los cambiaban en función de los acontecimientos del círculo interno de los Escarlatas.

—¡La mesa en la parte de atrás está libre! —una de las otras chicas, Aimee, gritó desde el bar—. Alguien que vaya a limpiar… —ella parpadeó al descubrir a Kathleen—. Señorita Lang, ¿qué está haciendo aquí?

Kathleen puso los ojos en blanco ajustándose las mangas. Había cambiado su fino qipao por una camisa abotonada. Pensaba asistir a otra reunión del partido al terminar el día y necesitaba lucir apropiadamente, y si antes se manchaba la ropa trabajando como camarera, mucho mejor.

—Sé que todos lo olvidan —respondió Kathleen—, pero yo trabajo aquí.

—Oh, no, eso no es lo que quise decir —Aimee escurrió su trapo y luego empujó una bandeja con vasos recién lavados hacia la barra donde Eileen comenzó a secarlos—. La señorita Rosalind dijo que cenaría con usted. Se marchó hace casi una hora.

Kathleen se quedó paralizada. Un joven camarero pasó rozándola, casi chocando con el codo de ella que sobresalía. ¿A ella se le habían olvidado sus planes? ¿Rosalind le había pedido que se encontraran? Casi de forma frenética, Kathleen hizo un gran esfuerzo por hacer memoria, pero todo lo que pudo concluir fue que su hermana ciertamente no había hecho planes para comer con ella, y era muy poco probable que las chicas del bar se hubieran equivocado de persona, porque la única otra posible candidata era Juliette, y ella estaba fuera de la ciudad.

—Me… parece que tal vez ella pudo equivocarse —aclaró Kathleen.

Eileen no reparó en la confusión de Kathleen. Sonrió mientras secaba rápidamente el vaso en sus manos.

—O tal vez se fue a ver a su extranjero —fue lo que dijo.

Su… ¿*qué*? Kathleen sintió como si hubiera entrado a ver una película que ya había comenzado. Aimee hizo callar a Eileen de inmediato, pero en su boca apareció el rastro de una sonrisa, como si escuchar aquella indiscreción hubiera sido divertido.

—Chen Ailing, no difundas rumores —reprendió a su colega.

—¿Con un *extranjero*? —finalmente preguntó Kathleen recuperándose de su sorpresa—. ¿De qué están hablando?

Eileen y Aimee intercambiaron una mirada. Una de esas expresiones decía: *Mira lo que hiciste ahora*. Y otra contestaba: *¿Cómo es que todavía no lo sabe?*

—Lang Shalin ha sido vista con un hombre que podría ser un amante —informó Aimee de manera totalmente pragmática—. Por supuesto son sólo rumores. Nadie le ha visto bien la cara. Ni siquiera están seguros de si es un comerciante o el hijo de un gobernador. Si prestas atención a los mensajeros que los propagan, los mismos dirían que la señorita Cai fue vista abrazada con Roma Montagov.

Esto último era… cierto.

Kathleen no dejó que su expresión revelara su continuo desconcierto; simplemente enarcó una ceja y se alejó dirigiéndose a la mesa en la parte trasera del local para comenzar a limpiarla. Apenas si le prestó atención a

los platos mientras los apilaba sobre su brazo, colocándolos uno encima del otro hasta equilibrarlos todos sobre la muñeca. Lo que le habían contado explicaba el singular y reciente comportamiento de Rosalind. Y Kathleen no podía comprenderlo, no podía precisar en qué momento había cambiado tanto su hermana.

Durante mucho tiempo, habían sido sólo Kathleen y Rosalind juntas contra el mundo, pensó. Sus travesuras compartidas hacían parte de algunos de sus primeros recuerdos: cuando eran pequeñas y trepaban las puertas de la mansión en el momento en que la niñera de Juliette no estaba mirando; cuando más adelante, siendo niñas un poco mayores, trataban de ocultar el chichón en la cabeza de Rosalind después de que ella se cayó, mientras se deslizaban por el barandal de la escalera; o bien las dos solas jugando con hojas secas ya que no había nada más disponible. Las hermanas Lang habían sido trillizas, pero casi nadie lo habría deducido al ver a las tres interactuar. Incluso después de que fueron enviadas a París, la dinámica siguió siendo la misma. Su tercera hermana ocupaba un asiento vacío en la mesa del comedor porque estaba de nuevo en cama luchando contra un resfriado mientras Rosalind y Kathleen susurraban secretos por debajo de sus servilletas y se reían si los tutores les pedían que comieran correctamente. Su tercera hermana era la del asiento vacío, ausente en todos los eventos en los que Rosalind y Kathleen decidían quedarse, apoyadas la una en la otra en la parte trasera del auto y riéndose más fuerte si el chofer miraba hacia atrás con preocupación.

Antes no había espacio entre ellas para los secretos, pero ahora… ahora Kathleen se enteraba de las andanzas de su hermana mediante rumores. Por supuesto, era posible que no existiera ningún amante, que aquello fuera simplemente otro comerciante al que Rosalind simulaba prestar atención para dar gusto a su padre. Sin embargo, Kathleen alcanzó a sentir un sospechoso escalofrío que recorría su espalda al entrar en la cocina y dejar los platos sucios en el fregadero para que los lavalozas se encargaran de ellos. ¿Se habían distanciado? ¿Se había convertido ella en una extraña para su propia hermana?

—¿En qué te metiste Rosalind? —murmuró Kathleen—. ¿Qué cosa me ocultas?

La puerta de la cocina se cerró de golpe. Los camareros entraban y salían moviéndose a su alrededor mientras proseguían con su trabajo.

Kathleen se quedó cerca de las mesas limpiándose las manos con un trapo.

Rosalind siempre había confiado en Celia. Tal vez ése fuera el problema. Tal vez Celia se estaba desvaneciendo, olvidada bajo las capas de Kathleen que había ido asumiendo.

Kathleen sacudió la cabeza, recogió una pila de bandejas limpias y se apresuró a regresar al bullicio del club.

Diecisiete

La habitación estaba demasiado fría y Roma no podía dormir.

Dando un resoplido, el joven se removió de nuevo bajo cobijas y abrió de mala gana los ojos. La ventana situada encima de su cabeza tenía una grieta diminuta y, aunque había hecho todo lo posible por repararla, el aire frío soplaba de forma despiadada colándose en el interior. En una o en dos ocasiones casi le pareció escuchar un crujido, como si alguien estuviera levantando la ventana para atormentarlo, pero cada vez que alzaba la mirada y enfocaba los ojos en medio de la penumbra, sólo encontraba quietud: aquello era el viento que trataba de entrar. Roma volvió a darse vuelta e inadvertidamente se golpeó con fuerza el codo contra la pared. Hizo una mueca. Un segundo después escuchó un golpe a manera de respuesta.

Juliette.

Estaba a punto de perder la razón y aquello sería enteramente culpa de Juliette Cai.

Sus camas estaban una al lado de la otra, algo que él sabía porque las paredes eran tan delgadas que cada vez que Juliette *se movía*, también lo hacía la base de su propia cama. Cada mínimo sonido que Juliette hacía era audible para él, al igual que cada largo y grave suspiro que exhalaba porque probablemente ella tampoco podía dormir, no en aquel lugar tan extraño y lejano, y perfumado.

Roma tiró de las sábanas hasta ponerlas completamente encima de su cabeza, con la esperanza de amortiguar los sonidos.

—Duerme —se ordenó—. A dormir.

Pero su mente seguía dando vueltas y vueltas, avanzando de forma implacable entre dos únicos pensamientos: *Hace un frío de los demonios*, y *¿Por qué ella correspondió el beso?*

Roma golpeó las mantas con frustración. No había estado pensando con claridad. Abrumado, trabajando tan cerca de ella, constantemente olvidaba que la joven era una mentirosa profesional, que se había tomado su tiempo fingiendo que nuevamente lo amaba sólo para traicionarlo. Qué tonto era.

¿Cuál sería la excusa de *ella*?

Roma se acomodó para mirar hacia la pared. Tal vez si se esforzaba lo suficiente podría escrudiñar a través de ésta y ver a Juliette acostada a su lado. Tal vez si se esforzaba lo suficiente podría lograr entender a la chica con la que había estado trabajando durante las últimas semanas, la que había matado a personas que él amaba sin asomo de remordimiento, y quien no obstante seguía mirándolo como si todavía fueran niños jugando con canicas en el Distrito Histórico.

Juliette lo había empujado a través de la puerta del vagón. Roma no podía entender el motivo de aquella acción por más que lo intentara. Y a pesar de la bravuconada de la joven, Roma había visto el horror en los ojos de ella cuando cayó en sus brazos. Juliette no tenía la total certeza de que fuera completamente inmune. Había sido una apuesta, y si no hubiera funcionado habría desperdiciado segundos preciosos apartándolo de un empujón para ponerlo a salvo en lugar de salvarse a sí misma.

Sea lo que fuera que estuviese pasando con Juliette, Roma se resistía a creer que todo había sido una mentira. Ya fuera que se hubiese vuelto fría en su trato desde su viaje a Nueva York o que hubiera sucedido durante el tiempo en que estuvieron a la caza de Albarraz, alguien que hubiera estado fingiendo desde el principio no habría reaccionado de esa manera en el tren, no lo habría protegido sin pensarlo dos veces, no lo habría besado con el mismo deseo que aún ardía en los labios de él.

Algo había sido real en el pasado de ambos, antes de que ella eligiera un bando. Algo dentro de Juliette lo seguía anhelando, incluso si no era con todo su corazón, incluso si era más un instinto que una elección.

¿Puede uno querer a una mujer sin que se juegue en ello el corazón?

Roma soltó una vaharada sobre sus manos heladas y comenzó a frotárselas contra el cuello. Ella lo quería. Ahora él podía darse cuenta de

ello. ¿Y luego qué seguía? ¿Podría estar con ella no obstante ese odio que sentía corriendo por las venas de la joven, incluso si ella lo traicionara cuando los Escarlatas se lo pidiesen? Sólo con el fin de tenerla cerca, ¿podría él pretender que ella no seguiría dando muerte a las personas que él amaba simplemente porque él era quien más la amaba?

Roma maldijo en voz alta, horrorizado por el rumbo que tomaban sus pensamientos.

Ése no era él. Eso era debilidad. Incluso si estaban inexplicablemente unidos el uno a la otra, Roma no quería tenerla cerca si ella no le entregaba su corazón. No quería a Juliette sin amor: deseaba un amor sin dolor. Un amor que no destruyera.

Pero en una ciudad como la de ellos, eso era un imposible.

Roma, con la suavidad de una pluma, apoyó la palma contra la pared, fingiendo que en lugar de ésta estaba Juliette.

Más allá, en la habitación contigua, Juliette sintió que el marco de su cama se movía. Abrió los ojos a la luz plateada de la luna que se colaba por las ventanas siguiendo el resplandor que recorría la pared.

Por alguna razón, agotada por el esfuerzo del día, la mano de la joven se extendió por voluntad propia hasta presionar suavemente la palma contra la pared. Sintió que algo vibraba debajo de su piel, una sensación de calma, como si la inclemente marea de todo el ancho océano se sosegara bajo el poder de su plegaria. En un mundo diferente, simplemente extendería su mano para acariciar a Roma, pero allí y ahora, una barrera los separaba de forma despiadada.

Como si fueran estatuas gemelas que se aproximaran la una a la otra, ambos se quedaron finalmente dormidos.

Juliette vio rosas en llamas y lirios marchitos. Estaba soñando con tantas cosas que sintió que se ahogaba en la fragancia de mil jardines, incapaz de salir a la superficie.

Hasta que logró hacerlo.

Juliette se desperezó, aunque sus ojos permanecieron cerrados. Durante un largo segundo no supo con certeza por qué se había despertado y, sin embargo, lo había hecho. Durante un largo segundo no

supo por qué se había quedado quieta, y después se dio cuenta.

Juliette se enderezó. Había una silueta oscura al pie de su cama, hurgando en su abrigo. La ventana estaba abierta de par en par, la cortina de raso blanco ondeaba como un segundo fantasma.

La joven sacó el puñal que guardaba bajo la almohada y lo arrojó.

El misterioso intruso gruñó en el acto. Estaba enmascarado, vestido de negro de pies a cabeza, pero el puñal se había incrustado en el costado de su brazo, una varita brillante que reflejó la luz cuando el intruso se sacudió, intentando sacarlo. Para ese momento ya Juliette estaba de pie, completamente despierta y se lanzó contra aquella figura buscando someterla contra el suelo. Le clavó el codo en el cuello impidiendo que se levantara.

—¿Quién diablos eres? —le preguntó.

El intruso se sacudió y le lanzó una patada. Ya no se ocupaba del puñal clavado en su brazo. Ahora sólo quería escapar.

La cabeza de Juliette se golpeó con fuerza contra el marco de la cama, y se estrelló con tal intensidad que inmediatamente empezó a ver doble. Aunque se recuperó con rapidez, el intruso también lo hizo. Sostenía algo entre sus manos. Algo azul.

La vacuna.

El intruso escapó a toda prisa.

—¡No! —gritó Juliette—. ¡No: *maldita sea*!

Se puso de pie tambaleándose y luego se puso los zapatos. Se echó el abrigo sobre los hombros con tal brusquedad que sus armas estuvieron a punto de caer al suelo, pero con una mano alcanzó su pistola al tiempo que abría su puerta de una patada y entonces comenzó a golpear repetidamente con la otra mano la puerta contigua. El intruso ya estaba fuera de vista. Abajo, aunque el suelo estaba oscuro y la fuente apagada, la puerta principal estaba abierta de par en par.

—¡Roma! —Juliette siseó—. ¡Roma, sal *ahora mismo*!

Ella salió corriendo. El lado bueno de encontrarse fuera de casa era que ya estaba vestida, con su abrigo ondeando tras ella como una capa al viento. Juliette se adentró en la noche lanzándose a la búsqueda en medio de las calles.

Allá.

—¡Juliette!

La joven giró hacia atrás la cabeza. Roma venía en su dirección, el cabello despeinado, pero por lo demás también completamente vestido.

—¿Qué está sucediendo?

—Ve por el otro lado y rodea los límites del bosque —lo apremió Juliette bruscamente señalando calle abajo, a un punto que conducía a un denso grupo de árboles—. ¡Se llevó la ampolleta! ¡Encuéntralo!

Tras retirar el seguro de su pistola, Juliette corrió directamente hacia los árboles. Entraba y salía entre los delgados troncos de bambú, su calzado aterrizando sobre las hojas muertas. Logró ver un manchón borroso, la sombra del intruso que giraba bruscamente hacia la izquierda. No lo dudó. Apuntó y disparó, pero el hombre se agachó y la bala no dio en el blanco. Una y otra vez, Juliette disparó en medio de la noche, lanzando sus balas al asomo del menor movimiento, pero luego el intruso se introdujo en un grupo particularmente denso de bambúes, y cuando Juliette pudo también llegar allí, ya lo había perdido de vista.

—Tā mā de —maldijo Juliette al tiempo que daba un puntapié a un tallo de bambú. Debió haberlo previsto: fuera de la seguridad de su casa, sin su séquito habitual de guardias Escarlatas, ella debería haber dormido con un ojo abierto, o al menos con todos sus objetos de valor apretados contra el pecho. Ya sospechaba que había alguien persiguiéndolos, alguien que les seguía la pista. Pero, ¿cómo iba a saber ella que un hombre enmascarado entraría por la maldita ventana de un segundo piso? ¿Y por qué llevarse la *vacuna*? ¿Por qué no limitarse a darle muerte?

Juliette volvió a golpear el bambú que instantes antes había pateado. Aquello no la hizo sentirse mejor. Sólo logró que le doliera la mano. No podía decir nada a su padre de lo que había pasado. Él lo usaría para confirmar que su hija necesitaba refuerzos: insistir en que necesitaba un grupo de hombres que vigilara su entorno, como si en una situación como aquélla no hubieran resultado igualmente inútiles montando guardia afuera de su habitación. Como si simplemente no hubieran estorbado interponiéndose en su camino.

Tienes que hacerlo mejor, se dijo Juliette. Su puño se cerró con fuerza. Al diablo con su padre. Si quería demostrarse que no necesitaba ninguna maldita ayuda, no podía volver a bajar la guardia. Ella era la heredera de la Pandilla Escarlata. ¿Cómo podría mantener a salvo un imperio cuando ni siquiera podía mantener a salvo las pertenencias de sus bolsillos?

De repente se oyeron pasos a un costado y la joven se giró para prestar atención y apuntó con su pistola. El crujir de hojas se detuvo. Juliette se relajó y apartó su arma.

—¿Lo viste? —preguntó.

—Ni el menor atisbo —respondió Roma acercándose con cautela—. ¿Perdimos la vacuna?

—Sí —se quejó Juliette—. Y mi cuchillo.

—¿Eso es lo que realmente te preocupa?

Roma se cruzó de brazos. Su mirada estaba clavada en ella, y Juliette de repente resistió el impulso de cubrirse la cara. Estaba al natural, se había retirado todo el maquillaje antes de ir a dormir.

—Muy conveniente, ¿no te parece? —dijo Roma—. La vacuna que ambos adquirimos y que tú insististe en guardar, ha desaparecido en un misterioso asalto en medio de la noche.

Los ojos de Juliette se abrieron de par en par.

—¿Crees que orquesté esto? —preguntó—. ¿*Te parece* que todo esto… —la joven se dio media vuelta para mostrarle la parte trasera de su cuello, con una mano levantando su cabello suelto y despeinado— es algo que yo orquestaría?

La joven sintió el viento invernal aguijonear su piel descubierta, la cual hormigueó al contacto con la sangre que lentamente goteaba por su cráneo. Roma inhaló bruscamente. Antes de que Juliette pudiera detenerlo, el joven alargó la mano y con gentileza pasó un dedo cerca de la herida.

—Lo siento —susurró—. Eso fue injusto de mi parte.

Juliette dejó caer su cabello y se alejó. Apretó los labios. Ahora que se había concentrado en aquella herida, el cuello le palpitaba con una sensación implacable. Había sentido el marco de la cama tan duro como una roca. Tuvo suerte de que sólo había sido una herida superficial y no le había abierto el cráneo.

—No es nada —continuó metiéndose las manos frías en los bolsillos—. No es como si… —Juliette se detuvo, su mano tocó un papel arrugado. Con un grito ahogado lo extrajo de un tirón causando de nuevo la preocupación de Roma, hasta que el joven pudo darse cuenta de lo que ella había recuperado.

—La localización de la segunda ampolleta —dijo él.

Juliette asintió.

—Dado que ya estamos fuera, ¿qué te parece si hacemos otro pequeño viaje antes de regresar?

Dieciocho

Por una considerable cantidad de dinero, la señorita Tang estuvo más que encantada de proporcionar a Roma y a Juliette un vehículo, en cuyo asiento del conductor acomodó a uno de sus hombres, a quien indicó que avanzara cuidadosamente. Zhouzhuang era, según todos los parámetros, una ciudad dentro de Kunshan, pero estaba mucho más al sur, prácticamente en la misma línea latitudinal que Shanghái. No obstante, era un simple viaje en automóvil de ida y vuelta, y luego podrían tomar el siguiente tren desde el centro de Kunshan.

—Entramos y salimos —murmuró Juliette para sí misma, mientras observaba cómo el brumoso entorno gris se desdibujaba a través de la ventana. Ya no volvería a ser asaltada por siluetas misteriosas en medio de la oscuridad. Ya no volvería a ser distraída con Flores Blancas haciéndose pasar por su marido—. Entramos y salimos.

—¿Me estás hablando?

Juliette dio un respingo, su cabeza, que le seguía doliendo desde la noche anterior estuvo a punto de estrellarse con el bajo techo del auto. El Flor Blanca la miraba con preocupación apoyado contra la ventana de su lado.

—No —respondió Juliette.

—Algo estabas murmurando.

Juliette se aclaró la garganta, pero se salvó de responder cuando el coche empezó a reducir la velocidad y se detuvo en una zona despejada de tierra dura. Delante de ellos un canal corría silenciosamente con sus aguas resplandeciendo a pesar de la tenue llovizna que caía.

Se habían aventurado ya tan lejos de Shanghái que Juliette pensó que harían bien en regresar con algo que justificara el viaje. Sin embargo, mientras ella analizaba en su mente los riesgos e intentaba trazar una forma de detener al extorsionador, se preguntó si se estaba mintiendo a sí misma: si adquirir una segunda vacuna no era más que un asunto en el cual ella fingía que era algo urgente, tan sólo para poder sentarse cerca de Roma unos minutos más, su mano descansando en el asiento a centímetros de la mano de él. No podía alcanzarlo, pero la mera cercanía la serenaba de una forma que no quería reconocer.

El auto se detuvo.

—Ya llegamos —manifestó el conductor—. ¿Necesitan un guía? Conozco bien Zhouzhuang.

—No es necesario —dijo Roma muy serio—. Saldremos pronto — alcanzó la manija de la puerta y miró de nuevo a Juliette, quien permanecía sentada—. Ven lǎopó, baja.

Juliette apretó los labios, prácticamente haciendo saltar la puerta de las bisagras, al salir.

—Ya puedes olvidarte de toda esa parodia —murmuró.

Pero Roma se había adelantado bastante. Con un suspiro y de mala gana, Juliette lo siguió arrastrando los pies, pronto ella también se agachó bajo el ancho sauce y entró en la acanalada ciudad.

Nunca antes había visitado Zhouzhuang, pero le resultaba familiar en la forma en que lo hacían las carreteras del desierto y las montañas cubiertas de nieve: paisajes que nunca había visto con sus propios ojos pero que se había imaginado muy bien a partir de los cuentos infantiles y los relatos orales. Al tiempo que Roma y Juliette recorrían con precaución el estrecho sendero que avanzaba bordeando un costado de los canales del río, mantuvieron un registro de los nombres de las calles usando pequeños marcadores a lo largo de los edificios de piedra angular. De vez en cuando, les llegaban los gritos de ancianos que desde el interior de sus tiendas vendían dulces, abanicos de mano o pescado seco, pero Roma y Juliette evitaban mirar dentro de las tiendas por las que pasaban, pues caminaban tan cerca de las entradas que un simple contacto visual con los comerciantes podría atraparlos en una conversación.

Juliette se detuvo de repente. En el lugar donde Roma había esquivado a la mujer que fregaba su ropa junto al canal, la mirada de la joven se posó

en la espuma de jabón que corría por el cemento hasta llegar al agua. La mujer no prestaba atención, agachada en su labor. La espuma de jabón se acercaba al borde.

Juliette se lanzó hacia el canal, sus rodillas se rasparon contra el suelo y su mano se cerró alrededor del pequeño collar de perlas rescatando la joya justo cuando ésta caía por el borde, más allá del cual se perdería en el agua. La mujer lanzó un grito de sorpresa, desconcertada por el veloz movimiento de Juliette.

—Supongo que no tenías intenciones de arrojar esto al canal —dijo Juliette, mientras le extendía las enjabonadas perlas.

La mujer parpadeó al comprender lo que había sucedido. Dio un grito ahogado al tiempo que soltaba la ropa y agitaba las manos con fervor.

—¡Dios mío, el cielo te envió! —le agradeció a Juliette—. Debo haberlas dejado en uno de los bolsillos.

La joven le dedicó una pequeña sonrisa divertida antes de dejar caer la cadena en la mano de la mujer.

—No soy enviada del cielo —replicó—; simplemente puedo detectar perlas a dos kilómetros de distancia.

Se escuchó el sonido de alguien que se aclaraba la garganta, Juliette alzó la vista y se topó con Roma, quien la esperaba con el ceño fruncido preguntándose la razón por la cual ella se había entretenido charlando. La mujer, sin embargo, parada frente a Juliette, las patas de gallo enmarcando un gesto de sonrisa amable.

—¿Quiénes son tus padres? Más tarde les llevaré un poco de pastel de luóbosī para agradecerles.

Juliette se esforzó por encontrar una respuesta. Roma, al escuchar la oferta, se aclaró nuevamente la garganta para instar a Juliette a darse prisa y salir de allí.

—Oh —dijo ella entonces, cuidadosamente—. Yo soy… yo no soy de por aquí.

Juliette en realidad no sabía la razón por la cual estaba siendo tan cauta al hablar de ese tema. Fácilmente podría haber dicho que venía de Shanghái. Pero había algo demasiado genuino en la oferta de la mujer, algo no contaminado por los habituales y farsantes intercambios citadinos. Juliette no quería arruinarlo. No quería acabar con esa ilusión.

—¡Ah! —exclamó la mujer—. Pero me resultas conocida.

Juliette se ajustó el abrigo y luego se acomodó un mechón suelto detrás de la oreja. Se puso de pie tratando de indicarle a un impaciente Roma que ella *estaba intentando* concluir esta situación.

—A veces vengo de visita —mintió Juliette—. A ver… a mi abuela.

—Ah —dijo la mujer asintiendo. Giró la cabeza hacia el agua y cerró los ojos a causa del viento que soplaba contra su rostro—. Es un lugar tranquilo para retirarse, ¿no?

Sí, pensó Juliette sin dudarlo. *Paz*: ésa era la sensación generalizada de aquel lugar, permitía que el poblado sonara desigual a sus oídos y que el aire oliera diferente. Era distinto a todo lo que ella había conocido anteriormente.

—*Dorogaya* —dijo de repente Roma. Juliette era consciente de que la única razón para que él la llamara de esta forma era para no mencionar su verdadero nombre. Le seguiría el juego mientras ella actuara frente a la mujer, pero de cualquier forma la joven levantó la mirada y pudo sentir cómo el corazón le palpitaba desbocado en su pecho. Desearía que él no usara la palabra de aquella manera descuidada. Antes solía significar algo. Solía ser sagrada: *moya dorogaya, te amo, vida mía,* cuando lo susurraba muy cerca *de* sus propios labios.

—Debo irme —se excusó Juliette con la mujer al despedirse. Ella se adelantó unos pasos hacia Roma con la intención de que él no viera su expresión hasta que no recobrara el control de sus emociones. Habría seguido caminando sin rumbo si Roma no hubiera vuelto a hablarle.

—Camina más despacio. Es por aquí —le dijo él.

Juliette se dio la vuelta y vio que Roma señalaba un puente angosto. Cuando él comenzó a subir, Juliette se limitó a quedarse junto al canal observando el agua correr lánguidamente debajo de la pequeña estructura.

—Las guardé, eso lo sabes.

Roma se detuvo en lo alto del puente.

—¿De qué hablas?

Todas las perlas y diamantes. Todos los brazaletes que él había elegido para ella cuando ya su relación avanzaba, y aquel collar de cuando ambos tenían quince años: el primer regalo que él le había dado antes de besarla en la azotea de aquel club de jazz. Juliette las había conservado todas, incluso las había llevado en un alhajero a Nueva York, aunque había dicho que no lo haría.

—¿Dijiste algo? —preguntó de nuevo Roma.

Juliette sacudió la cabeza. Era mejor que él no la hubiera escuchado. ¿Cuál era el punto de compartirle eso? Este lugar la estaba poniendo sentimental.

—Juliette —la reprendió Roma cuando ella permaneció inmóvil—. Sólo quiero advertirte que si caes al agua desde aquí, no iré a tu rescate. Sigamos *adelante*.

—De cualquier forma, soy mejor nadadora que tú —replicó la joven, sombríamente, cerrando los puños y finalmente comenzando a escalar. La piedra bajo sus pies pareció moverse y hundirse. Cuando estuvieron nuevamente en tierra firme, Roma agachó la cabeza para no golpearse con el letrero de un comercio y entró en un callejón, sus ojos recorriendo las marcas a lo largo de la pared; Juliette simplemente confiaba en que Roma los estuviera guiando correctamente, más preocupada por dónde pisaba en caso de que sus zapatos se engancharan en un ladrillo irregular y la hicieran tropezar.

Se adentraron en el callejón. Juliette inclinó la cabeza escuchando mientras caminaba. Estaba tratando de descifrar lo que era tan extraño en lo que escuchaba, hasta que notó que provenía del hecho de que podía escuchar muy poco, y eso era increíblemente inusual. Las paredes a cada lado del callejón bloqueaban los murmullos y los susurros de la gente del pueblo alrededor de los canales. Encajonaban a Roma y a Juliette, como si cada callejón estrecho en este pueblo estuviera dentro de su propia burbuja, como si cada giro y vuelta condujera a un mundo particular.

—De repente está todo muy silencioso —comentó Juliette.

Roma hizo un ruido en señal de que estaba de acuerdo.

—Espero que no estemos yendo en la dirección equivocada —murmuró él—. Este lugar es un laberinto.

Pero era un hermoso laberinto, uno que no se sentía como una jaula sino como un paraje sin fin. Juliette extendió la mano para rozar la pared irregular de la tienda junto a la que pasaban e inclinó el hombro para evitar golpearse con una tubería que sobresalía del muro.

—Zhouzhuang ha estado en pie desde la dinastía Song del Norte —dijo ella distraídamente—. Durante ochocientos largos años.

Por el rabillo del ojo, Juliette vio a Roma asentir. Ella pensó que el joven dejaría pasar el comentario, que se entretendría en sus cavilaciones

sin mucho interés y no pensaría más en ello.

Pero él respondió:

—Deben sentirse a salvo aquí.

Juliette lo miró con atención.

—¿A salvo?

—¿No te parece? —Roma se encogió de hombros—. Debe haber cierta comodidad aquí. Las ciudades pueden caer y los países pueden ir a la guerra, pero esto —alzó los brazos como abarcando los ríos y los caminos de piedra y las delicadas tejas que decoraban lo que alguna vez fueron templos—, esto es para siempre.

Era un pensamiento bello. Uno en el que Juliette quería creer. Pero…

—Éste es un pueblo de una provincia dentro de un país que siempre está al borde de la guerra —dijo Juliette en voz baja—. Nada es para siempre.

Roma negó con la cabeza. Parecía visiblemente afectado, aunque Juliette no estaba segura si era por lo que sus palabras habían incitado dentro de él. Antes de que tuviera la oportunidad de preguntar, Roma ya la estaba ignorando. El joven se aclaró la garganta antes de hablar.

—A este lugar lo llaman la Venecia de Oriente —le dijo.

Juliette frunció el ceño.

—Así como llaman a Shanghái la París del Este —añadió—. ¿Hasta cuándo vamos a permitir que los colonizadores elijan el punto de partida para las comparaciones? ¿Por qué nosotros nunca llamamos a París el Shanghái del Oeste?

Una pequeña contracción se asomó a los labios de Roma. Casi parecía una sonrisa, pero fue algo tan fugaz que era probable que Juliette se la hubiera imaginado. En ese momento ya estaban llegando a la boca del callejón y se acercaban a una plaza abierta, con un gran puente en su extremo opuesto. Cruzando éste llegarían a su destino.

Pero en la plaza había un grupo de hombres merodeando con armas colgadas al hombro. Soldados de la milicia.

Juliette intercambió una mirada con Roma.

—Sigue caminando —le advirtió.

En lugares tranquilos como aquel, el gobierno gregario de los jefes militares seguía vigente. Los milicianos patrullaban las calles, completamente leales a su caudillo. Los antiguos generales que se habían

convertido en jefes militares no eran en realidad figuras muy poderosas, tan sólo hombres que habían logrado tomar posesión de ciertos enclaves tras la caída de la última dinastía imperial. El gobierno actual, que no era más que un jefe militar instalado en Beijing, lo único que tenía de diferente al resto era el reconocimiento de los gobiernos internacionales, pero eso no implicaba un control absoluto; no significaba que su poder en realidad se extendiera más allá de los soldados que le eran leales.

—Juliette —dijo Roma de repente—. ¿Qué tan avanzada va la Expedición del Norte en este momento?

—¿La Expedición del Norte? —repitió Juliette sorprendida por la pregunta—. ¿Te refieres a la campaña de los nacionalistas?

Juliette intentó recordar la última actualización de noticias que había escuchado de parte de su padre. Buscó entre sus recuerdos información sobre esta campaña que buscaba derrotar a los caudillos disgregados y unificar el país bajo un solo gobierno.

—Un telegrama de hace unos días decía que habían capturado Zhejiang —respondió ella al fin.

Hubiese sido motivo de preocupación. Zhejiang era la provincia ubicada directamente junto a Shanghái, pero después de todo, ¿qué había estado haciendo la Pandilla Escarlata todo este tiempo sino acercarse furtivamente a los nacionalistas con el fin de asegurar su propia supervivencia? Los ejércitos nacionalistas en campaña se acercaban cada vez más a su ciudad, pero no era como si en verdad estuvieran *derrotando* a los caudillos. Simplemente los estaban apaciguando. Realizaban acuerdos, para que hubiera un entendimiento sobre la posición del Kuomintang como los eventuales gobernantes del país.

—Es posible que desde entonces hayan logrado acercarse aún más —murmuró Roma. Inclinó la barbilla hacia los soldados—. Mira.

No era la presencia de esos hombres la razón por la cual Roma le dirigía tales gestos. Era lo que miraban aquellos hombres, lo que Juliette vio tan pronto como uno de ellos se puso de pie y se alejó: un sol naciente pintado toscamente en la pared exterior de un restaurante. El símbolo de los nacionalistas.

—¡Oigan, ustedes!

¡Los soldados los habían visto!

Juliette inmediatamente dio un paso adelante.

—¿Quién, yo? —preguntó ella, como sorprendida.

—Juliette, detente —siseó Roma, al tiempo que la sujetaba de una muñeca.

Ella se liberó de su agarre y él no volvió a intentar sostenerla.

—Tú no —dijo uno de ellos con una mueca, acercándose—. El ruso. ¿Tú hiciste esto?

—¿Te parece que me sobra tiempo para estas cosas? —replicó Roma.

El hombre se lanzó hacia delante:

—De seguro te sobra tiempo para responder…

Juliette extendió la mano.

—No des un paso más —dijo—. A menos que quieras que tus cenizas se dispersen en el Huangpu.

Como por arte de magia, aquel soldado se detuvo de inmediato, reflejando en sus ojos que comprendía lo que estaba ocurriendo. Ahora el abrigo de Juliette estaba desabrochado. Era hora de revelar su posición, como un naipe en un juego de maniobras ofensivas.

—Vámonos —murmuró Roma a Juliette.

Cuando ella no se movió, él le dio un empujón en el hombro. Esta vez, Juliette se dejó llevar y echó una nueva mirada a los hombres que la observaban con cautela. Aunque ella había terminado con ellos, el que estaba al frente de su grupo claramente no.

—Pronto dejará de importar quién sea usted, Dama de Shanghái —así fue como la llamó—. Los nacionalistas vienen a deshacerse de todos los que gobernamos con mano blanda. Nos van a eliminar a todos.

Con un último empujón, Roma obligó a Juliette a cruzar por el puente y así quedar fuera de vista antes de que ella pudiera replicar.

—Se supone que "entramos y salimos", Juliette —murmuró Roma.

¡Juliette dio un respingo! De inmediato se giró velozmente para observar al joven.

—¿Me escuchaste en el auto?

—Soy un mentiroso, ¿qué más puedo decir?

De una forma casi frívola, Roma se detuvo y señaló hacia delante. A una residencia de estilo antiguo construida al margen de cualquier influencia extranjera y con muchísimo *espacio*, porque todos los que alguna vez habían vivido allí, y quienes siguieran haciéndolo, todavía podían permitírselo.

—¿Cómo vamos a lograrlo? —preguntó a continuación Roma.

Habían llegado. La residencia de Huai Hao, el dueño de la segunda ampolleta. Cuando Juliette se acercó a la entrada circular, la franqueó sin prestar ninguna atención: aquellas residencias habían sido construidas precisamente para recibir visitantes. No tenían puertas alrededor de las instalaciones, lo que permitía a los paseantes entrar y apreciar su grandioso aspecto, tal vez escribir un poema o dos mientras esperaban la llegada del anfitrión, si esto hubiera ocurrido ochocientos años en el pasado.

Pero el de ahora era un mundo diferente.

—Me halaga que me permitieras tomar la decisión —dijo Juliette pasando el dedo por un comedero para aves.

Aunque ella se estaba burlando, sabía con exactitud por qué Roma perdía el tiempo con preguntas tan mundanas. Habían *gastado* exorbitantes cantidades de dinero. Los Flores Blancas *tenían* los medios para pagar sumas así de escandalosas, pero seguir haciéndolo una y otra vez, sin autorización previa, iba contra las reglas. Juliette conocía demasiado bien a Roma, él no podía engañarla, y sabía que admitir abiertamente aquello sería visto como una señal de debilidad.

En otro mundo, uno donde ella fuera más astuta, lo dejaría sufrir; sembraría la discordia dentro de los Flores Blancas. Pero éste era *su* mundo, y sólo contaba con su yo actual.

—No te estaba dejando *tomar* la decisión —respondió Roma—. Quería escuchar tu opinión.

—¿Desde cuándo valoras mi opinión?

—No hagas que me arrepienta de haber preguntado.

—Tengo la sensación de que ya estás arrepentido.

Roma puso los ojos en blanco y avanzó, pero luego se escuchó el sonido de una puerta deslizándose, y Juliette se aferró a la parte trasera del abrigo de Roma, para luego jalarlo hacia atrás. Ambos jóvenes se agacharon detrás del comedero para aves y escucharon dos clases distintas de pasos que se acercaban en su dirección.

—Señor Huai —llamó una voz—. Por favor más despacio. Entonces, ¿pido el auto?

—Sí, sí, procura hacer bien al menos una cosa, ¿podrías? —espetó una voz gruñona.

Los pasos de la otra persona se apresuraron en la otra dirección, pero la primera siguió avanzando hacia ellos. Pronto estuvo a la vista, y Juliette asomó la cabeza para encontrarse con un hombre de mediana edad que se dirigía hacia la salida. Era ya mucho lo que parecía poseer allí. Opulencia y lujo dignos de una gran ciudad. Muy distinto de la precariedad de aquel hombre en el restaurante de wonton. No se percibía en él desesperación por sobrevivir. Sino sólo codicia. Y Juliette también podía mostrarse codiciosa.

—Preguntaste cómo vamos a lograrlo —ella susurró a Roma—. ¿Qué tal de esta forma?

Juliette introdujo la mano en su abrigo, y en el momento en que el señor Huai pasaba a su lado, sin haber reparado en los intrusos a pesar de lo expuestos que estaban, la joven se paró frente a él y le apuntó con el arma directo a la frente.

—Hola —lo saludó—. Usted tiene algo que a nosotros nos interesa.

Diecinueve

Las noticias de un ataque del monstruo habían llegado a Shanghái mucho antes de que sus rivales favoritos lo hicieran. Desde ya, sin importar que las muertes hubieran ocurrido en el campo, los habitantes de Shanghái sellaban sus ventanas con tablones y aseguraban sus puertas, tras llegar a la conclusión de que recluirse en cuarentena era la mejor solución para evitar contraer la locura en las calles. Quizá sentían pavor del monstruo del que se decía que se había lanzado a través de la ventana de un tren en movimiento para luego caer rodando por las colinas aledañas. Quizá sentían pavor de que el monstruo entrara precipitadamente a través de los límites de la ciudad diseminando la infección.

Benedikt arrojó a la basura media porción de su emparedado, mientras se paseaba bajo las banderolas ondeantes de las tiendas. Una y otra vez, sin importar cuántas veces los Flores Blancas lo dijeran, a nadie le interesaba escuchar. Estos monstruos no actuaban al azar. Siempre y cuando los Flores Blancas se alinearan, siempre y cuando continuaran cumpliendo con las exigencias monetarias de un extorsionador anónimo…

Había pasado un buen tiempo desde que se recibiera la última exigencia.

Benedikt se detuvo. Giró la cabeza por encima del hombro. Tenía la sensación de estar siendo observado: tanto desde arriba como desde abajo. Ojos en los tejados y ojos en los callejones.

No era su imaginación. Rápidamente detectó a un chico que lo seguía demorándose en la entrada al callejón. Cuando Benedikt cruzó miradas

con él, el chico apresuró su paso y se detuvo a dos pasos de distancia. Benedikt le llevaba casi una cabeza de ventaja, pero parecían de la misma edad. Llevaba un trapo blanco atado a su tobillo, cubierto a medias por sus andrajosos pantalones. Entonces sí era un Flor Blanca, aunque no uno importante. Si estaba siguiendo a Benedikt lo más probable es que se tratara de un mensajero.

—Estoy buscando a Roman Nikolaevich —el mensajero resopló en ruso —. No lo encuentro por ninguna parte.

—¿Y por eso decidiste seguirme? ¿Para llegar hasta Roma? —respondió Benedikt con un gesto de irritación.

El chico se cruzó de brazos:

—Bueno…usted sabe dónde está; ¿cierto?

Benedikt frunció aún más el entrecejo:

—Él no está aquí.

Todos los Flores Blancas de menor rango deberían estar enterados de ello. No era difícil mantenerse al tanto de las acciones de los miembros importantes de la Pandilla; a los mensajeros les correspondía la tarea de hacer un seguimiento de dónde fuera el lugar más probable en que se encontrara alguno de ellos para localizarlo fácilmente.

¿Y en todo caso quién seguía llamando *Roman* a Roma?

Súbitamente Benedikt extendió la mano y sujetó de la muñeca al mensajero.

—¿Quién te envió *realmente*? —le preguntó

La mandíbula del mensajero se desencajó.

—¿Qué quiere decir? —el chico respondió con una nueva pregunta.

Con un movimiento suave, Benedikt torció el brazo del sujeto detrás de su espalda, luego sacó una navaja y presionó con la punta el cuello del mensajero. No estaba cerca de ninguna arteria principal como para que representara una amenaza para su vida pero el chico se quedó helado, observando fijamente la hoja de acero.

—Eres de la Pandilla Escarlata —adivinó Benedikt—. Así que dime quién te envió.

El mensajero permaneció en silencio. Benedikt hundió un poco el filo, cortando la primera capa de piel.

—Lord Cai —espetó rápidamente el mensajero—. Lord Cai me envió porque ya lo sabemos. Sabemos que los Flores Blancas están detrás de las

exigencias monetarias del extorsionador.

Benedikt parpadeó rápidamente.

—No lo estamos —dijo confundido—. ¿De dónde sacaste esa información?

—Ahora ya es muy tarde —el mensajero trató de retorcerse—. Lord Cai quería obtener la confirmación y la confesión, pero Tyler se encargará de que respondan por su insolencia. Si se atreven a amenazar a la Pandilla Escarlata, lo pagarán con sangre y fuego.

Justo cuando Benedikt estaba a punto de soltar el brazo del mensajero Escarlata, éste giró bruscamente y mordió con fuerza la mano de Benedikt, quien gruñó y soltó el cuchillo, momento que el chico aprovechó para dar un brinco y desaparecer a toda prisa calle abajo a una velocidad récord. Entre las personas que estaban en los puestos de comida apenas si alguien parpadeó.

Algo no encajaba en todo aquello.

Benedikt se dirigió a toda prisa al cuartel general, los latidos del corazón resonándole con fuerza en sus oídos. Cuando se aproximaba al complejo residencial empezó a escuchar el griterío. En el momento en que se abría paso a empujones para entrar por la puerta principal, casi fue expulsado de regreso.

—Oigan, oigan, paren ya —los reprendió el joven luchando por abrirse paso entre la multitud. En el centro de la sala, el mismo Flor Blanca que le había pedido en aquella ocasión que lo ayudara a armar un guardarropa sostenía una hoja de papel entre las manos, el rostro prácticamente rojo mientras explicaba su contenido. Benedikt captó fragmentos y frases entrecortadas a medida que se esforzaba por acercarse. *Estado de cuenta. Nuestro último pago. Sin duda, es el número exacto. Cuenta Escarlata. Son ellos*.

—¡Orden! —rugió Benedikt.

El recinto quedó en silencio. Benedikt casi se sorprendió de aquello. Nunca antes había sido objeto de atención a ese nivel. Siempre era Marshall el que estaba saltando sobre las mesas o Roma quien dirigía una orden que se esparcía por el recinto con autoridad. Pero ahora ni Marshall ni Roma estaban allí. Benedikt era el único que quedaba.

—Dame eso —exclamó, al tiempo que extendía la mano en dirección al papel—. ¿A qué viene tanto escándalo?

—Nos la enviaron, señor Montagov —respondió una voz entre la

multitud—. Ésta es la prueba de que no existe un extorsionador independiente, y que todo este tiempo fueron los Escarlatas.

¿Entonces por qué el mensajero Escarlata decía exactamente lo contrario?, se preguntó Benedikt.

—No muevan ni un dedo —les dijo sin levantar la vista, deteniendo de súbito al grupo que se encontraba cerca de la puerta. Estaban a punto de salir, armados y listos para enfrentar a los Escarlatas. Después de la orden de Benedikt, se vieron obligados a mirar en el momento en que él giraba el papel y le daba un golpecito a la esquina superior.

—La cuenta está registrada a nombre de Lord Cai —insistió uno, incluso cuando enfocaba la mirada en dirección al punto que Benedikt señalaba—. El monto del depósito coincide con la última exigencia que pagamos.

—Esto no es real —interrumpió Benedikt—. Yo también quiero ver muertos a los Escarlatas, pero no sean tontos. Ningún escudo bancario de esta ciudad tiene este aspecto, y ni siquiera la tinta que usaron es buena.

El joven Montagov arrojó el papel sobre la mesa con descuido agitando las manos para que los hombres se dispersaran.

—Es otra vez el extorsionador —aclaró—. Los Escarlatas recibieron el mismo documento falsificado donde nos culpaban. Ahora: vuelvan a sus trabajos.

—Benedikt.

El llamado llegó desde arriba. El joven aludido alzó la cabeza en aquella dirección, al igual que lo hicieron todas las otras personas presentes en la sala. Al hacerlo se encontró con su tío, quien estaba en lo alto de la escalera. Las manos de Lord Montagov lucían abundantes anillos de plata al momento de colocarlas en los pasamanos, aros que reflejaban el brillo de la luz del atardecer que se colaba por las ventanas.

—¿Acabas de decir —dijo de forma muy lenta Lord Montagov, al tiempo que bajaba las escaleras, una por una, como si tuviera que calibrar su peso en cada peldaño—, que la Pandilla Escarlata recibió la misma información?

Benedikt pudo sentir como el sudor empezaba a correrle por la nuca.

—Uno de sus mensajeros me abordó en la calle —dijo con cautela—. Nos acusó de ser nosotros los que enviábamos las amenazas.

—Y aun así —Lord Montagov bajó los últimos escalones, los hombres

que estaban más cerca de él se apartaron para abrirle paso, un camino que se despejaba en dirección a Benedikt, como una suerte de Mar Rojo bíblico en miniatura—, tú que conocías sus intenciones malignas, ¿impediste que los nuestros se lanzaran a la calle?

Un sonido abrupto y chirriante provino del otro lado de la pared, como si alguien se hubiera resbalado y caído al suelo. Antes de que Benedikt pudiera considerar la posibilidad de que afuera hubiera un espía, un mensajero Flor Blanca, esta vez uno verdadero irrumpió a través de la puerta con aliento entrecortado.

—Vengan todos, de prisa —tartamudeó—. Tyler Cai encabeza un ataque.

—Encontraré al francés —dijo Roma cuando el tren arribó a Shanghái, la estación a la vista—. Y tan pronto como lo haga, tal vez el hombre estará lo suficientemente asustado como para decirnos directamente quién lo convirtió en un monstruo.

Juliette asintió de forma ausente, con la mirada hacia la ventana y los ojos fijos en la plataforma que se aproximaba. El cielo estaba terriblemente oscuro, se hacía tarde. Habían pasado más tiempo en Zhouzhuang del que a Juliette le hubiera gustado, y los baches en los caminos de grava habían retrasado el viaje de regreso a Kunshan.

—No será sencillo —se quejó Juliette—. No si el extorsionador lo mandó tras nosotros. Ni siquiera se tomó la molestia de ocultar su rostro —apartó la vista de la ventana y miró a Roma—. Y pese a todo… es mejor que nada. Trabajaremos a partir de aquí.

Roma se puso de pie y estiró los brazos para tomar su abrigo que estaba en el compartimento superior. Antes de que Juliette pudiera detenerlo, también había tomado el de ella y se lo había arrojado encima.

—Ten cuidado —lo reprendió ella y metió la mano en el bolsillo para revisar el estado de la ampolleta que habían conseguido robar del señor Huai: el líquido azul chapoteaba en medio. Albergaba una ligera sospecha de que el propio Roma había tenido la intención de preocuparla; por supuesto él no era tan tonto como para *olvidar* que la ampolleta estaba en su bolsillo.

Y mucho menos cuando el joven tenía la mitad de la vacuna en su bolsillo, separada en otra ampolleta.

Desde el altavoz del vagón se escuchó el anuncio *"Hemos llegado a nuestro destino"* y Juliette se puso de pie. El tren se detuvo con un chirrido, pero incluso cuando el ruido se desvaneció, aún era posible escuchar un rugido sordo que provenía de la neblina gris del exterior, y Juliette miró de nuevo a través de la ventana buscando el origen.

—¿Escuchas eso? —preguntó ella, y no dio tiempo a Roma de responder. La joven ya descendía del tren para abrirse paso entre la multitud que se empujaba dentro de la estación. Algo raro tenía lugar allí; había demasiadas personas. ¿Por qué tantas?

—Juliette —Roma la llamó. Su voz quedó apagada casi de inmediato, y cuando ella dio un vistazo hacia atrás por un momento, ya lo había perdido de vista.

Se escuchó el agudo sonido de un silbato de policía a su costado derecho. Juliette dirigió su atención al oficial, quien con un pie se equilibraba sobre la base de una columna, mientras el resto de su cuerpo se aferraba a ella, situándolo a unos cuantos metros por encima de los presentes. Hacía señas a los presentes para que salieran del andén y se dirigieran al interior de la estación, pero sólo porque cantidades de personas estaban entrando a toda prisa desde el exterior.

Juliette detuvo a la más cercana. Una anciana la miró con los ojos muy abiertos, apretando los labios al reconocerla.

—¿Qué sucede? —exigió Juliette sin demora—. ¿De dónde vienen todas estas personas?

La mirada de la mujer se desvió a un costado. En sus manos sostenía los periódicos del día, tan apretados que se veían arrugados.

—Hay humo allá fuera —logró decir la mujer—. Una base gánster arde en llamas.

Una sensación helada recorrió la columna de Juliette como un relámpago. *Marshall*. Soltó a la mujer de forma tan rápida que ambas tropezaron, pero ya la joven estaba avanzando, con el pulso desbocado en su pecho mientras se abría paso a empujones a través de la estación.

Tal vez era apenas un pequeño incendio. Quizás incluso estaría controlado.

Con un grito ahogado, Juliette salió al exterior, justo en la Calle Fronteriza, acertadamente nombrada dado que la estación norte de Shanghái se encontraba en el límite mismo del Asentamiento

Internacional. Juliette sólo necesitaba mirar hacia lo alto y observar los cielos encima del Asentamiento.

Hasta dentro de una hora el sol se pondría, por lo que aún había suficiente luz para ver grandes columnas de humo que obligaban a los que estaban en las calles hacia cualquier refugio que pudieran encontrar.

—No, *no, no* —Juliette murmuró por lo bajo, y cubriéndose la nariz contra el brazo, echó a correr. Fijó sus ojos lacrimosos en las columnas y luego se lanzó hacia el frente mientras los civiles huían en la dirección opuesta. Escuchó sirenas en la distancia, procedentes de varias direcciones, pero los sonidos eran lo bastante lejanos para saber que ella llegaría a la escena primero.

En ese instante un grito aterrador resonó en el aire: uno inusualmente agudo y desgarrador que no parecía humano ni animal. Juliette se detuvo en el acto y sacudió las lágrimas que el humo sacaba de sus ojos. La casa refugio donde había escondido a Marshall se encontraba mucho más adelante, pero los gritos provenían de la calle, lo que significaba…

—Ay, gracias a *Dios* —exclamó Juliette. El suyo no era uno de los edificios afectados. Pero entonces… ¿qué era lo que estaba ardiendo?

Juliette corrió el resto del trayecto y atravesó un callejón oscuro. Se sorprendió al llegar a una ancha calle, donde se aproximó a la multitud que se había reunido a ver el espectáculo. Las personas en este punto no habían corrido tanto como lo habían hecho aquellos que iban más adelante. Estaban cautivados por esta horrible escena, al igual que cualquiera que experimentara el fin del mundo se detendría para echar un vistazo.

—Nunca antes había visto una escena igual —graznó un anciano a su lado.

—Es resultado de la guerra de clanes —respondió su compañero—. Es probable que estén dando sus últimos golpes antes de que arriben los nacionalistas.

Juliette presionó sus nudillos sobre los labios. Las columnas de humo emanaban de un edifico completamente envuelto en llamas, y de pie a su alrededor, como soldados que custodian un castillo enemigo, se encontraban Tyler y un grupo de Escarlatas.

Tyler reía. La joven se encontraba demasiado lejos para escuchar lo que él estaba diciendo, pero podía verlo: sostenía un tablón de madera

envuelto en llamas. A sus espaldas, el infierno rugiente del edificio ahogaba los gritos, ahogaba a todos sus ocupantes que ardían hasta morir. Lo único que podía escuchar Juliette eran *súplicas*: de mujeres en camisón y de ancianos golpeando las ventanas cerradas, gritos amortiguados en ruso rogando que lo detuvieran. *¡Por favor detengan esto!*

En la ventana del tercer piso podía verse una pequeña mano que se asomaba por un agujero en el cristal. Segundos más tarde apareció un pequeño rostro, de expresión vacía y fantasmal, surcado por las lágrimas.

Y antes de que nadie pudiera hacer nada al respecto, la mano y el niño desaparecieron de la vista sucumbiendo al humo.

Los gritos sonaban tan extraños desde la estación del tren —casi animales—, porque provenían de *niños*.

Juliette cayó de rodillas, con un sollozo anudado en la garganta. Detrás de ella llegaron gritos: esta vez nada apagados, sino muy claros. Provenían de integrantes de los Flores Blancas que llegaban a dar la pelea. Las fuerzas no le alcanzaron a la joven para echar a correr. La matarían si se quedaba más tiempo en ese sito, frágil y patética a un costado de la calle, pero ¿qué *importaba* cuando toda esta ciudad estaba tan rota? Merecían morir. Todos ellos merecían arder.

Juliette se atragantó con un repentino jadeo, tomada por sorpresa en el momento en que un par de manos se cerraron alrededor de sus brazos. Estuvo a punto de forcejear pero alcanzó a comprender que se trataba de Marshall, quien la empujaba hacia el callejón más cercano, con la mitad inferior de su rostro cubierto por un pañuelo. Tan pronto como estuvieron ahí, el joven se arrancó el pañuelo y levantó un dedo para hacerla callar, quedando los dos en completo silencio mientras un grupo de Flores Blancas pasaba por la entrada del callejón.

Roma se había unido al grupo, el rostro con expresión horrorizada. Segundos después, Benedikt corrió en su dirección y le dio un fuerte golpe al pecho de Roma al tiempo que comenzaba a gritar.

Roma. Ay Dios, ¿Qué podría pensar? Juliette había huido sin dar ninguna explicación. ¿Sospecharía él que ella estaba implicada en este horror? ¿Podría pensar que su viaje a Kunshan había sido sólo una estratagema, un intento por sacarlo de la ciudad para que los Escarlatas pudieran lanzar su ataque? Si ella estuviera en su lugar, sin duda llegaría a la misma conclusión. Debería haber estado complacida, ¿no era

precisamente esto lo que anhelaba? ¿No buscaba que él la odiara de forma tan violenta que no quisiera tener nada que ver con ella?

En lugar de eso, Juliette se echó a llorar desconsoladamente.

—¿Qué ha hecho Tyler? —preguntó Juliette con voz áspera—. ¿Quién aprobó esto? ¿Mi padre? ¿En qué momento de esta guerra estuvimos de acuerdo con segar la vida de niños *inocentes*?

—Esto no es sólo producto de la guerra de clanes —afirmó Marshall casi en un susurro.

Adoptó un gesto de dolor y luego enjugó las lágrimas del rostro de Juliette. Para entonces, ella permitía que afloraran libremente. Más y más gánsteres de ambas pandillas empezaron a poblar los alrededores, y por el repentino sonido de disparos, Juliette supuso que había estallado un combate abierto.

—El extorsionador engañó a ambas pandillas —continuó Marshall—. Tus Escarlatas creen que los Flores Blancas son quienes hacen las exigencias monetarias. Se apresuraron a tomar la delantera, desesperados por demostrar que son lo bastante fuertes como para permitir que nadie se meta con ellos. Tyler lidera la ofensiva.

Juliette se enterró las uñas en las palmas de sus manos. La piel palpitó con dolor, pero esto no la hizo sentir mejor.

—Lo lamento mucho —se las arregló para decir ella—. Lamento mucho que haya tanta maldad en su corazón.

Marshall frunció el ceño. Intentaba disimular la angustia en su mirada, pero Juliette logró percibirla en la velocidad con la que se enjugaba las lágrimas. En otro momento ella podría haberse reprimido mejor, podría haber sentido temor por la debilidad que estaba mostrando. Ahora no le interesaba fingir que ella era capaz de sentir; le daría la bienvenida a que el mundo sintiera piedad por ella si con ello pudiera dejar de *sufrir*.

—Lo más perverso de todo no está en su corazón —replicó Marshall. Miró hacia el final del callejón dando apenas un respingo cuando cerca de ellos se desató una ráfaga de disparos—. Lo más terrible es que él realmente está trabajando en beneficio de los Escarlatas, mi querida Juliette. Lo más terrible es que esta ciudad está tan profundamente dividida que permite semejante atrocidad.

Juliette respiró profundamente recobrando el dominio de sí misma. De hecho, siempre todo terminaba alineándose en derredor de la guerra de

clanes. Siempre terminaba regresando a las venas mismas de esta ciudad.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó ahora Juliette, restregándose los últimos rastros de humedad del rostro—. Te *dije* que te quedaras adentro.

—Si no hubiera salido, de seguro estarías allá y ya habrías recibido un disparo de Roma —respondió Marshall—. Aunque de todos modos tampoco lo habría escuchado… —se detuvo en mitad de la frase, con una expresión atribulada en su rostro—. Llegué demasiado tarde. Corrí más rápido que los otros Flores Blancas, pero no logré detener lo que ocurría.

—Me parece muy bien que no lo hayas intentado —dijo Juliette enderezándose y obligando a Marshall a mirarla de frente—. No vale la pena, ¿me oyes? Yo no puedo deshacerme de Tyler si le regalas más municiones contra mí al revelarle que sigues vivo.

No obstante, Marshall se limitó a quedarse mirando la entrada del callejón. Para alguien que normalmente no podía dejar de hablar, ahora mostraba una actitud muy silenciosa, sus ojos atentos a las explosiones de violencia en las cercanías.

—Mars —dijo nuevamente Juliette.

—Sí —respondió el joven—, lo sé.

Juliette se mordió el interior de las mejillas, y sintió un estremecimiento a medida que los gritos se aproximaban.

—Debo regresar a toda prisa a territorio Escarlata y conseguir refuerzos —dijo Juliette con tristeza—. No me importa lo malvados que sean Tyler y sus hombres, no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo son superados en número —hizo una pausa y exhaló—. Ve a ayudarlo, Marshall.

Los ojos de Marshall se entornaron:

—¿Cómo dices?

—Benedikt —Juliette dijo claramente—. Ve a ayudar a Benedikt. Pareces a punto de arrancarte la piel de la impotencia.

Marshall ya se estaba atando la tela alrededor del rostro. Cuando se subió la capucha de su chamarra era irreconocible, poco más que otra silueta oscura en medio de una noche que ya caía sin detenerse.

—Ten cuidado —le dijo a la joven.

Se escuchó otra ráfaga de disparos.

—Eso debería decírtelo yo a ti —respondió ella—. ¡Apresúrate!

Marshall salió a toda prisa y se unió a la refriega, a otro combate entre

clanes de una guerra que estaba destrozando esta ciudad.

Y Juliette giró sobre sus talones antes de echar a correr en sentido opuesto para traer consigo más refuerzos, muchos de los cuales seguramente acudirían a encontrar su muerte.

Benedikt apenas si lograba ver más allá del brillo rojo en su visión. No sabía si éste era producto de la furia o si era sangre real que lo salpicaba a lo largo de las sienes y goteaba hasta nublarle la mirada.

—Ven aquí —masculló Roma a unos pasos de distancia. Su primo estaba agazapado detrás de un auto, pistola en mano. Por su parte, Benedikt, estaba de pie detrás de una farola, a duras penas bajo resguardo de ese poste tan delgado. Un poco más arriba, los Escarlatas estaban enfrascados en un tiroteo con el resto de los Flores Blancas, y las probabilidades no parecían buenas para los de su bando. Seguían llegando integrantes de los Escarlatas, a pesar de que éste era territorio de los Flores Blancas. Seguramente alguna persona dentro de las filas de los Escarlatas debió haber reunido refuerzos desde el momento en que el combate diera comienzo. Los Flores Blancas, por su parte, no contaron con tanta suerte.

—¿De qué sirve esconderse? —preguntó Benedikt. Desde el lugar donde estaba hizo un disparo. La bala se incrustó en la pierna de un Escarlata.

—No te pido que te escondas —dijo Roma con un murmullo de frustración. Luego detonó un disparo y se agachó—. Te pido que vengas hacia aquí para que podamos *marcharnos*. Esto se está convirtiendo en una masacre.

Los ojos de Benedikt relampaguearon. El rojo se aclaró para dar paso a un blanco cegador. La noche se había cerrado alrededor de ellos, y todo habría sido oscuridad si no fuera por el fuego que seguía consumiendo un edificio de los Flores Blancas, marchitando las vidas como pétalos en su interior.

—No podemos simplemente rehuir la confrontación —espetó Benedikt.

—Eres un maldito Montagov —dijo Roma entre dientes, sus palabras tan afiladas como sus colmillos—. Sabes cuándo ceder. Es así como sobrevivimos.

Un *Montagov*. El estómago de Benedikt se revolvió como si acabara de ingerir algo podrido. Antes que nada, el hecho de ser un Montagov era

exactamente lo que lo había situado justo en medio de una guerra de clanes, como un hueso duro de roer, con solamente su primo a su lado y nadie más.

—No —dijo Benedikt—. Yo no huiré.

Y se lanzó de frente al combate.

—*¡Benedikt!* —Roma rugió detrás de su primo.

Roma corrió a su lado, cubriéndolo al tiempo que ambos disparaban, actuando tan rápido como podía. Pero el camino se había convertido en un campo de batalla, con soldados parapetados en todos los lugares estratégicos. Aunque se estaban quedando sin balas, los gánsteres no tenían miedo de luchar, y antes de que Benedikt pudiera lanzar un grito de advertencia, un Escarlata se lanzaba en dirección a Roma, cuchillo en mano.

Roma lanzó una maldición, a duras penas esquivando un fuerte golpe. Cuando el Escarlata lo intentó de nuevo, la pelea se convirtió en una escena borrosa en medio de la oscuridad, y Benedikt tuvo que prestar atención a lo que venía hacia él: primero una bala que falló por milímetros y le rozó la oreja, y luego un cuchillo que cortó el aire y le sangró el brazo en su trayectoria hacia el concreto.

El suelo se estremeció: el fuego finalmente había doblegado una tubería de gas. Se escuchó un estridente y colosal rugido y a continuación ocurrió una explosión en la parte superior del edificio de los Flores Blancas, el cual terminó por derrumbarse.

Benedikt se puso de pie tambaleándose. Hacía tiempo que su propia madre había muerto como resultado de esta guerra interminable. Nadie le había dado los detalles, porque entonces tenía cinco años, pero de cualquier forma él había indagado. Sabía que después de que ella cayera muerta —víctima accidental de un tiroteo—, habían quemado su cuerpo en un callejón hasta que sólo quedaron pedazos carbonizados.

Tal vez era de esta forma que terminaría unido a ella. Los Escarlatas lo matarían y luego lo arrojarían directamente al incontenible fuego: cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

Benedikt jadeó. Esta vez, cuando la bala voló hacia él, sintió que le rozaba el hombro y enviaba chispas a lo largo del brazo. Antes de que pudiera pensar en levantar su arma de nuevo, algo duro golpeó su cabeza.

Y todo se oscureció.

Marshall hizo una mueca de asombro, pero reaccionó y alcanzó a atrapar a Benedikt antes de que cayera al suelo. Rápidamente, le dio un codazo para neutralizarlo, confiado en que ningún Escarlata los estuviera mirando, y que si ése era el caso pensaran que Marshall era un integrante de su propio clan que lidiaba en aquel momento con un Flor Blanca. Roma también estaba en algún lugar en medio del caos, aunque él podía arreglárselas por su cuenta. Si no fuera así, seguramente sus hombres saltarían frente a él para protegerlo. Sólo Benedikt parecía necesitar una salida urgente de la violenta escena. Marshall lamentó tener que golpearlo tan fuerte.

—Estás menos pesado —le comentó, a pesar de que Benedikt estaba ahora inconsciente. Se sentía un poco menos… secuestrador cuando hablaba mientras corría, como si Benedikt corriera a su lado en lugar de ser transportado como un bulto—. ¿Has estado comiendo bien? Últimamente estás agarrando hábitos extraños, Ben.

Un repentino grito cercano hizo callar a Marshall. Apretó con fuerza los labios, agachándose bajo la cubierta de un restaurante cerrado. Cuando el grupo de Escarlatas pasó a su lado, Marshall continuó moviéndose murmurando una plegaria silenciosa a los cielos, pues ya se encontraban en territorio de los Flores Blancas y sólo el creador podría protegerlos ahora. En cuestión de minutos llegó frente a un complejo de edificios bastante familiar, abrió la puerta con el codo y entró, con los brazos extendidos.

—Por favor no me digas que ya empezaste a echar el cerrojo —susurró Marshall—. Voy a enfadarme mucho contigo si comenzaste a cerrar bien la puerta sólo después de que yo muriera, pues nunca antes lo hiciste cuando yo te lo pedí…

Pero la puerta principal se abrió fácilmente bajo la palma de Marshall. Con un suspiro de alivio, el joven entró a trompicones y se tomó un momento para olfatear el departamento. Parecía diferente. Supuso que la pérdida de un ocupante había provocado eso. El aire se percibía polvoriento, al igual que el mostrador de la cocina, como si no hubiera sido limpiado en semanas. Las persianas estaban torcidas, alguien las había subido hace mucho tiempo y así habían quedado indefinidamente, bloqueando la luz del día sólo parcialmente.

Marshall finalmente entró en la habitación de Benedikt y lo acostó con

cuidado en su cama. Ahora que estaban a salvo, el esfuerzo de su tarea lo sacudió, y el joven apoyó las manos contra las rodillas respirando con dificultad. No se movió hasta que su corazón dejó de bombear desbocado, y tenso por miedo a que el sonido dentro de su pecho fuera tan alto que despertara a Benedikt, pero el joven Montagov permaneció inmóvil, su pecho subiendo y bajando serenamente.

Marshall se agachó. Lo observó —resuelto tan sólo a observarlo—, como lo había hecho en los últimos meses, un par de ojos siguiendo cada movimiento de Benedikt, por temor a que hiciera alguna tontería. Era extraño volver a estar tan cerca de él cuando se había acostumbrado a ser su sombra. Era extraño estar lo suficientemente cerca para alcanzarlo con los dedos. De pronto su mano se movió hacia adelante, donde apartó un rizo rubio de la cara de Benedikt. No debería hacerlo. Benedikt podía despertarse alterado, y lo último que necesitaba Marshall era romper la promesa más importante que le había hecho a Juliette.

—Qué poderoso eres —susurró en voz muy baja Marshall—. Estoy agradecido de que nuestros roles no hayan cambiado, porque yo me hubiera lanzado de cabeza al Huangpu de haberte perdido.

Antes de los Flores Blancas, la infancia de Marshall había sido triste, entre pasillos y bocanadas de aire fresco cuando lograba salir. Si su madre estaba demasiado ocupada con su labor de costura, Marshall caminaba por los campos detrás de la casa, lanzaba piedras en los arroyos y retiraba el musgo de las rocas. No había nadie más en kilómetros a la redonda: ni vecinos, ni niños de su edad con quienes jugar. Sólo su madre encorvada sobre su máquina de coser día tras día, con la mirada extraviada en la ventana, a la espera del regreso de su padre.

Ahora ella estaba muerta. Una mañana, Marshall había encontrado su cuerpo, frío e inmóvil, metido en la cama como si simplemente se hubiera congelado durante el sueño.

El hombretón dejó escapar un suave suspiro. La mano de Marshall se detuvo, pero Benedikt siguió respirando uniformemente, con los ojos cerrados. De repente, el primero se puso de pie, apretando los puños para recordarse que no debía de estar allí. Una promesa era una promesa, y Marshall era un hombre de palabra.

—Te extraño —susurró al fin—, pero no te he abandonado. No dejes de confiar en mí, Ben.

Sus ojos ardían. Quedarse un segundo más lo haría pedazos. Al igual que se cierra una cortina sobre un escenario, Marshall se puso de pie y salió de su antiguo departamento, para desaparecer en medio de la oscuridad de la noche.

Veinte

Benedikt se despertó esa mañana con una horrible sensación de martilleo en la cabeza. Fue el resplandor de la luz en los ojos el que lo había sacado del sueño, y ahora era éste el que empeoraba el dolor en la base de su cráneo, una sensación que le reverberaba por toda la columna como si alguna amenaza en su esqueleto estuviera pellizcando sus nervios.

—Ay, Dios —murmuró al tiempo que levantaba una mano para bloquear el sol. ¿Por qué no había corrido las persianas de su dormitorio antes de irse a dormir?

Benedikt se incorporó de golpe. ¿En qué momento se había quedado dormido?

Cuando comenzó a moverse sintió un tirón en el hombro acompañado por una aguda incomodidad, y miró hacia abajo topándose con un pequeño charco de sangre sobre sus sábanas: ahora ya estaba completamente seco, después de haberse filtrado desde la herida superficial. Benedikt estiró con cautela los brazos para revisar la magnitud de sus heridas. Se sentía rígido, pero por lo demás completamente funcional, en todo caso, en su nivel habitual. La herida se había cerrado por sí sola, y no tenía idea de cuánto tiempo había yacido en aquel sitio permitiendo que su cuerpo se reparara a sí mismo.

Estupefacto, Benedikt se llevó las piernas al pecho, apoyó un brazo en las rodillas y presionó su frente con la palma de la mano en un intento por paliar su dolor de cabeza. Trató de visualizar lo último que podía recordar, y lo único que logró ver fueron balas volar en medio de la noche, el voraz infierno de la casa refugio en el fondo. Le estaba apuntando a un

Escarlata, pistola en mano, y luego…

Nada. No tenía idea de lo que había pasado después. Ni siquiera sabía adónde había ido a parar su arma.

—¿Cómo puede ser posible? —se preguntó en voz alta. La casa no le respondió, simplemente se removió con su voz, sacudiéndose y exhalando de la forma en que todos los espacios pequeños lo hacían de vez en cuando.

De repente, con tanta virulencia que Benedikt estuvo a punto de caer desmayado, le llegó un tufillo apenas perceptible: un aroma a pólvora, pimienta y un profundo olor a almizcle.

Benedikt se puso en pie de un salto. *Marshall*. El dolor regresó a él, como la primera mañana en que se despertó y recordó que ese departamento estaba vacío, que la habitación de Marshall estaba vacía, que su cuerpo había sido dejado para que se enfriara en el suelo de un hospital abandonado. Benedikt estaba perdiendo el control. Podía percibir el *olor a Marshall*. Como si hubiera estado allí. Como si nunca se hubiera *ido*.

Con una áspera inhalación, Benedikt extrajo un nuevo saco de su guardarropa y se lo puso bruscamente, sin molestarse apenas en tener cuidado con su adolorido hombro. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué era una molestia más en el contexto de todo el inventario de dolores que ya padecía? Él no era más que una maldita colección ambulante de agravios y penas.

Cerró todas las puertas de su departamento, de hecho se aseguró de hacerlo tres veces, y luego caminó la corta distancia hasta la residencia principal de los Montagov. Antes de que cualquiera de los Flores Blancas en la sala de estar pudiera descubrir su presencia, Benedikt ya estaba subiendo por las escaleras rumbo al cuarto piso. Entró, sin previo aviso, en la habitación de Roma, cerrando la puerta tras de sí.

El heredero de los Montagov dio un respingo y de inmediato se giró en la silla de su escritorio. Tenía una gasa de algodón en la mano y un espejo en la otra. Exhibía una herida en el labio y de ella se desprendía un hilo rojizo.

—Te estuve buscando *toda* la noche —protestó Roma cuando lanzaba al suelo el espejo—. ¿Adónde *diablos* estabas? ¡Pensé que estabas muerto en una zanja!

Benedikt se dejó caer en la cama de su líder, de su amigo.

—No recuerdo.

—No recuerdas… —Roma se puso de pie, luego apoyó las manos en sus rodillas y el volumen de su voz se elevó diez octavas—. Entonces *recuerda*.

—Supongo que me golpeé la cabeza y luego llegué a casa.

—¡En un segundo estábamos juntos y al siguiente ya no estabas por ninguna parte! El combate ni siquiera había terminado antes de que desaparecieras. Casi termino desollado porque seguía dando un vistazo por todas partes buscándote…

Benedikt también se puso de pie, con lo que interrumpió a su primo.

—No vine aquí para alegar contigo —le dijo.

Roma elevó las manos al cielo. Aplicó tanta energía en ese simple movimiento que sus mejillas se enrojecieron.

—No estoy alegando contigo en absoluto —le respondió.

Silencio. La expresión de Roma cambió de molesta a pensativa y luego a sombría en cuestión de segundos, mientras los primos Montagov se miraban fijamente, sosteniendo una conversación silenciosa sin nada más que expresiones faciales. Habían crecido juntos. No importaba qué tanto habían estado separados, el lenguaje de la infancia no se olvidaba fácilmente.

—No puedes seguir trabajando con Juliette —dijo finalmente Benedikt, con lo cual hundía aún más el dedo en la llaga—. No después de esto. No después de lo que nos hicieron.

Roma se dio la vuelta y ahora acomodó las manos detrás de la espalda. Estaba ganando tiempo. Únicamente caminaba cuando no era capaz de lanzar una rápida respuesta.

—Todo esto fue orquestado —fue lo que dijo Roma, no era la réplica que Benedikt hubiera esperado—. El extorsionador atacó de nuevo, nos hizo pensar que los Escarlatas eran los responsables, y les hizo creer a los Escarlatas lo mismo sobre nosotros…

—Sé que fue orquestado. Yo soy quien lo descubrió —lo interrumpió Benedikt, a punto de darle a su primo una fuerte sacudida. ¿Qué parte de este asunto era tan difícil de entender? ¿Qué parte de todo esto era tan difícil de *ver*?—. Pero su gente eligió provocar esos incendios. Su gente prendió fuego a nuestros *niños* hasta verlos arder.

Roma se dio la vuelta.

—Juliette no es su gente —le dijo.

Entonces Benedikt rugió:

—¡Juliette dejó morir a tu madre! ¡Juliette mató a *Marshall*! —su voz resonó por toda la habitación con la intensidad de un cañonazo, dejando a su paso total devastación.

Roma trastabilló como si lo hubieran golpeado físicamente, y Benedikt se llevó una mano al abdomen, como amortiguando el rugido de sus palabras.

Ése era el punto central que no podían perdonar. Incluso cuando la pérdida de su madre había logrado cicatrizar en una ciudad anegada en sangre, lo que le habían hecho a Marshall Seo todavía no.

—*Lo sé* —dijo Roma visiblemente contrariado. El alto volumen de su voz emanó de manera involuntaria, como si no hubiera querido gritar, pero ésa era la única forma en que podía tolerar esta conversación—. Lo sé, Benedikt. Por Dios, ¿no crees que lo sé?

Benedikt comenzó a reír. Era el sonido más falto de humor que había escuchado, de alguna manera contundente y agudo a la vez.

—Ya me dirás tú —comenzó—. Porque ciertamente actúas como si todo pudiera olvidarse, socializando con ella como si nada hubiera pasado.

—Él también era mi amigo —reviró Roma—. Sé que ustedes dos eran mucho más cercanos, pero no actúes como si no me importara.

—No lo entiendes —Benedikt no podía pensar más allá del fragor dentro de su cabeza. Apenas si podía respirar por el nudo en la garganta—. Simplemente no podrías entender.

—¿Qué cosa Benedikt? ¿Qué cosa no podría…?

—Yo… *¡lo amaba!*

Al otro lado de la habitación, Roma exhaló con fuerza dejando que el resto de su ira saliera en ese breve suspiro. Tan rápido como llegó, su sorpresa desapareció al segundo siguiente, como si se estuviera reprendiendo por estar sorprendido. Mientras tanto, Benedikt se llevó una mano a la garganta, como si deseara tragarse sus palabras, como si pudiera devolverlas a sus pulmones, donde habitaban sin ser perturbadas. No debería haberlo dicho. No debería haber revelado nada en absoluto… pero así había sido. Y no quería retractarse. Pues lo dijo de corazón.

—Lo amaba —repitió Benedikt, suavemente esta vez, quizá sólo para

experimentar el regusto de esas palabras en su boca.

Lo había sabido todo el tiempo, ¿no? Simplemente no había podido expresarlo.

Cuando Roma miró a su primo, sus ojos brillaban.

—Esta ciudad te habría destruido por eso —fue lo que le dijo.

—De cualquier forma, al quitármelo, ya lo hizo —replicó Benedikt.

Era lo que esta ciudad hacía: despojarte. Pero aquella vez, incluso lo había desnudado.

Roma caminó hacia su amigo, su familia, su propia sangre. Por medio segundo, Benedikt consideró que su primo se aproximaba para abofetearlo, pero en lugar de ello le dio un fuerte abrazo, tan estrecho que sus brazos se sintieron firmes como el acero.

Lentamente, Benedikt correspondió el abrazo. Al hacerlo se sintió como si recobrara un retazo de su infancia, días más simples cuando su principal preocupación eran los combates de entrenamiento y pensar si en medio de uno de ellos su primo iba a dejarlo sin aire. En el fondo no importaba, incluso cuando así ocurría. Roma siempre lo ayudaba a ponerse en pie nuevamente.

—Voy a matarla —susurró Roma rompiendo el silencio que se había instalado en la habitación—. Lo juro, por mi vida.

Veintiuno

MARZO DE 1927

Juliette colgó de golpe la bocina del teléfono, dejando escapar un fugaz grito. Sonó tan parecido al silbido de una tetera que una de las criadas al final del pasillo dio un vistazo por encima de su hombro, para comprobar si el sonido procedía de la cocina.

Con un suspiro, ella se retiró del aparato, los dedos enrojecidos por apretar excesivamente el cable. Probablemente para este momento las operadoras de la central telefónica ya hasta la reconocían por la voz, dado que llamaba tantas veces al día. No tenía otra opción. ¿Qué más podía hacer? Baste decir que, después del incendio provocado por Tyler, su cooperación con los Flores Blancas había terminado, y cuando Juliette preguntó a su padre si no sería beneficioso que se vieran al menos una vez más con la otra pandilla, su padre había apretado los labios y le había ordenado que saliera. La joven no podía comprender por qué Lord Cai en un inicio se había mostrado ansioso por trabajar con los Flores Blancas, pero cuando finalmente ella descubrió algo, cuando *necesitaba* sus recursos para encontrar la identidad del francés que se había transformado en un monstruo, de repente ya no existía razón alguna para trabajar con el enemigo.

¿Quién era el que susurraba al oído de su padre? Había demasiada gente que entraba y salía de su oficina como para empezar a hacer una lista. ¿Habían sido infiltrados por Flores Blancas? ¿Serían los nacionalistas?

—Oye.

Juliette dio un brinco y se golpeó el codo con el marco de la puerta de su dormitorio.

—*Jesús*.

—En realidad mi nombre es Kathleen, pero aprecio tu devoción —dijo Kathleen desde la cama de Juliette al tiempo que pasaba las páginas de su revista—. Pareces estresada.

—Sí, *estoy* estresada, biăojiě. Qué perceptiva eres —Juliette se quitó sus aretes de perlas, los acomodó sobre su tocador y dio un masaje a los lóbulos de sus orejas. Resultó que usar aretes y presionar durante horas una bocina contra el oído no era tan buena idea—. Si hubiera sabido que estabas en casa, te habría obligado a ayudarme.

Al escuchar esto, Kathleen cerró su revista y se incorporó rápidamente.

—¿*Necesitas* mi ayuda? —le preguntó.

—Era una broma —Juliette negó con la cabeza—. Tengo todo bajo control.

Durante la última semana, desde que aquel edificio de los Flores Blancas fue quemado hasta los cimientos y Roma no había respondido a ninguno de los mensajes que ella le había enviado, Juliette había estado llamando a todos los hoteles franceses en su directorio para hacer una serie de preguntas idénticas: ¿Alguno de los invitados se comportaba de forma sospechosa? ¿Alguien estaba haciendo destrozos en sus habitaciones, dejando atrás lo que podrían parecer huellas de animales? ¿Alguien que estuviera haciendo demasiados ruidos en horas intempestivas de la noche? Cualquier cosa, *cualquier cosa*, que pudiera indicar que alguien mantuviera el control de los monstruos o que él mismo se estuviera convirtiendo en un monstruo, pero Juliette no había conseguido nada más que pistas falsas y reportes de borrachos.

La joven dejó escapar una larga exhalación. En este momento, la grava crujía desde algún lugar afuera, más allá de las puertas del balcón de Juliette. Cuando Kathleen se acercó, mirando a través del vidrio, le informó:

—Parece que tu padre está de vuelta en casa.

Segundos después, Juliette identificó el sonido de neumáticos que rodaban por el camino de entrada.

—¿Saben lo que me parece extraño? —preguntó de repente. La puerta principal se abrió y se cerró. Un estallido de voces en el piso de abajo indicaba la llegada de visitantes que acompañaban el regreso de su padre, interrumpiendo una mañana por lo demás tranquila—. Hasta ahora sólo

ha habido un ataque, dos si contamos el del tren. Y es horrible pensarlo, pero no puedo evitar la sensación de que habrá más.

—Pero ha habido avistamientos —dijo Kathleen. Se apoyó contra el cristal del balcón—. Numerosos avistamientos.

—Una buena parte ha sido en medio de las huelgas de los trabajadores —respondió Juliette.

La primera vez, ella había ignorado el asunto. Roma pensó que era un rumor; Juliette había pensado lo mismo. Sólo que ahora la información provenía de policías y de gánsteres. Cada vez un mayor número de ellos aseguraba que no podían defender sus puestos de los trabajadores en huelga, mientras éstos derribaban sus fábricas y asaltaban las calles, porque habían visto un monstruo en la multitud.

—No estoy segura —continuó ella—. Imagino que liberar insectos propagaría el miedo mucho más rápido que los simples avistamientos.

Kathleen se encogió de hombros.

—Hemos etiquetado a esta persona como extorsionador por una razón —dijo ella—. No se trata de Paul Dexter. El propósito no es generar caos. El fin es conseguir dinero y recursos.

Aun así, Juliette se mordió el interior de las mejillas. Algo no acababa de convencerla. Era como si estuviera mirando sólo un detalle de una imagen más amplia, porque alguien le había señalado dónde buscar. Igual que había ocurrido aquella vez cuando irrumpió en un restaurante de wonton, sin importar cómo no tenía ningún sentido que ése fuera un centro de vacunación. Simplemente lo había asumido como cierto desde un principio —desde el primer momento en que vio ese volante—, porque ya una vez ése había sido el caso.

Entonces, ¿qué cosa no estaba viendo ahora?

—¿Señorita Cai?

Juliette se acomodó un rizo detrás de la oreja y centró su atención en el mensajero cuando éste asomó la cabeza en su habitación.

—¿Sí?

—Lord Cai solicita la presencia de la señorita. En su oficina —fue lo que ella escuchó.

El alboroto de voces que flotaba por el pasillo subió el volumen. Parecía que su padre mantenía una asamblea multitudinaria en su oficina.

A pesar de su cansancio, Juliette se puso en pie de inmediato,

intercambiando una mirada de complicidad con Kathleen, y luego salió presurosa en dirección al pasillo. Aunque no sabía exactamente para qué había sido convocada, pudo adivinarlo tan pronto como entró en la oficina de su padre y la encontró repleta de nacionalistas.

—Ay, Dios —murmuró la joven por lo bajo. Había entrado tarde, al parecer, porque estaban en medio de un debate: un hombre del Kuomintang ya estaba hablando con los brazos cruzados detrás de la espalda. Ella lo reconoció, o mejor dicho, reconoció el hecho de que llevara por completo decoradas las solapas.

El general Shu. Ella había comenzado a investigarlo desde la advertencia de su padre. Al interior del Kuomintang era lo suficientemente poderoso como para ser el segundo al mando después de Chiang Kai-shek, el comandante en jefe. No venía a menudo a Shanghái —después de todo tenía un ejército que liderar—, pero si la expedición finalmente alcanzaba la ciudad serían sus hombres los que marcharían primero.

Juliette sintió que el vestido comenzaba a picarle, demasiado largo y brillante entre tantas vestimentas oscuras. No veía a su madre por ninguna parte. Solamente a su padre, detrás de su escritorio.

—… es mejor proteger primero a los que importan. ¿Cuál es el propósito de ayudar a aquellos que queremos muertos?

De repente, Juliette vio otra figura muy familiar en la esquina de la habitación: Tyler estaba sentado con la más leve de las sonrisas, las piernas abiertas y algo que parecía un trozo de masa azul colgando de sus dedos. Ella aguzó la mirada. Era de un tono familiar. Lapislázuli.

En ese momento Juliette entendió todo. Era precisamente por esta razón que su querido primo había pasado todo el tiempo en las instalaciones de investigación en Chenghuangmiao supervisando los esfuerzos de los Escarlatas. Por lo visto habían desarrollado una vacuna. Y Tyler había traído la noticia en persona justo a un recinto repleto de nacionalistas, lo que habría de permitirle preparar el escenario a su favor antes de que Juliette tuviera siquiera la oportunidad de decir una palabra.

—Haremos lo que propone Cai Tailei —afirmó el general Shu.

—No —interpuso Juliette bruscamente. Las cabezas de los presentes giraron rápidamente en su dirección, pero ella estaba lista y la incomodidad ya estaba desapareciendo de su piel—. ¿Qué tipo de gobierno

piensan ustedes instaurar si dejan que su propia gente muera?

—Una vez que estemos en el poder —dijo el general Shu ofreciéndole el tipo de sonrisa apaciguadora que uno le ofrecería a un niño—, hay ciertas personas que nunca serán de los *nuestros*.

—No funciona de esa manera —rechazó la joven.

Los nacionalistas al interior del recinto se enfurecieron, al igual que lo hizo Tyler.

—Juliette —dijo Lord Cai claramente. No había reproche en su tono. Ése era más el estilo de Lady Cai, y ella no estaba allí para ofenderse por la falta de decoro de su hija. Con aquel llamado, su padre simplemente le estaba recordando que pensara con cuidado cada palabra que saliera de su boca.

El general Shu se volteó, frunciendo el entrecejo, para encarar a Juliette. Como un poderoso general, ciertamente podía interpretar lo que ocurría dentro de un recinto; aquella chica se estaba saliendo con la suya al hablarle así a la cara. Así que Juliette no era una simple jovencita a la que podía quitarse de encima fácilmente.

Ella representaba, tal vez, una amenaza.

—Los comunistas están ganando terreno —exclamó el general Shu. Estaba mirando a Juliette, pero de hecho se dirigía a todos en el recinto, captando su atención como si fuera el invitado de honor de un mitin—. Avanzan dentro del Kuomintang. Consiguen adeptos tanto en el campo como en la ciudad. En el momento en que se rebelen —señaló con un dedo a Juliette—, ustedes y nosotros seremos irrelevantes, pequeña. En el momento en que los comunistas tomen el control, el Kuomintang y los gánsteres desaparecerán unos al lado de los otros.

Probablemente tenía razón. Probablemente estaba prediciendo el futuro exacto. Y, pese a todo, la heredera de los Cai replicó:

—Se arrepentirán —dijo Juliette fríamente—. Shanghái es su gente. Y si permiten que su pueblo muera, aquello será su perdición.

El nacionalista finalmente parecía estar llegando al límite de su paciencia.

—Seguramente habrá escuchado… —dijo, y entre cada frase cerraba los labios formando con ellos una tensa línea— que los comunistas se han aliado con los Flores Blancas.

Los comunistas se han… ¿qué?

Antes de que Juliette pudiera decir algo más, el general Shu dirigió su atención a otra parte, con las manos apoyadas pulcramente a los costados. Ya había tomado una decisión. Quizá todos los demás en el recinto también lo habían hecho.

—Es la única opción, Lord Cai —dijo otro dirigente nacionalista—. Nuestros enemigos crecen, y al protegerlos respaldamos su influencia. Así en cualquier momento llegará la revolución. Antes de que esto suceda, dejemos que el número de nuestros enemigos se vea reducido. Que sus posibilidades de éxito languidezcan.

Juliette dio un paso involuntario hacia atrás y golpeó la puerta con los omoplatos.

—Supongo que en efecto es la única opción —dijo su padre—. Muy bien. Mantegamos la vacuna al interior de nuestro círculo.

En la esquina de la habitación, Tyler levantó la comisura de la boca con una sonrisa burlona.

Juliette lanzó una maldición y abrió la puerta, luego la cerró de un violento portazo. Que los hombres se aparten de un salto. Que teman la manera en que ella se mueve, como un huracán empecinado en destruir. Su padre podría regañarla por marcharse tan repentinamente, pero Juliette dudaba que en estos momentos le quedara tiempo para darle lecciones de etiqueta.

¿Por qué diablos los Flores Blancas se aliarían con los comunistas? No obtendrían ningún beneficio.

Juliette volvió echa una furia a su dormitorio, casi sin aliento.

—Los comunistas y los Flores Blancas están trabajando juntos —dijo a Kathleen, quien se sobresaltó porque no esperaba verla de regreso tan pronto.

La revista de Kathleen cayó rodando de sus manos.

—¿Cómo dices? —preguntó ella—. ¿Desde cuándo?

Juliette posó los puños contra la cintura y se sentó con delicadeza sobre la cama. Los dos enemigos de los Escarlatas acababan de fusionarse como el fenómeno a la inversa de una hidra.

—No sé. Yo creo que… —se detuvo, parpadeando hacia su prima, quien se había retirado las sábanas de encima y ahora se calzaba los zapatos—. ¿Adónde vas?

—A hacer una llamada telefónica —respondió Kathleen, quien ya

estaba saliendo por la puerta—. Volveré en un momento.

Juliette se lanzó hacia atrás y desplegó brazos y piernas como una estrella de cinco puntas sobre sus sábanas. Se suponía que para esos momentos Roma ya habría encontrado al francés. Supuestamente le habían arrancado un nombre a punta de intimidaciones o torturas, con lo cual habrían erradicado la amenaza de un extorsionador. Pero, para ser completamente honestos, ni siquiera eso parecía importar ahora. ¿A quién le importaban unos cuantos cadáveres si la revolución se extendía por Shanghái? ¿Qué era una discoteca anegada de sangre en comparación con una ciudad en llamas? Este extorsionador. no era Paul Dexter. No querían que la ciudad se inundara de monstruos y locura; ellos sólo querían… bueno, Juliette no lo sabía.

—¿Te das cuenta? Por eso es que siempre verificamos nuestras fuentes.

Juliette se levantó como un rayo, el cabello crujió con sus movimientos. El fijador que mantenía sus rizos comenzaría a aflojarse si seguía agitándose de esa forma.

—¿Era una noticia falsa? —preguntó Juliette a su prima, ya de vuelta en la habitación.

—No exactamente falsa —respondió Kathleen. Cerró la puerta del dormitorio de Juliette, y se recostó sobre ella, como si su cuerpo ofreciera una barrera adicional ante los espías—. Pero no es Lord Montagov quien se ha aliado con ellos. Es una célula escindida de los Flores Blancas que los comunistas se jactan de haber atraído a su causa. Honestamente, a juzgar por la manera en que Da Nao estaba hablando… —Kathleen vaciló; sumida en sus pensamientos, sus cejas delgadas se fruncieron— me pregunto si los Montagov siquiera están al tanto.

El enigma alrededor de todo aquello sólo parecía aumentar. Juliette se revolvió en su cama al tiempo que levantaba la pierna y presionaba la barbilla contra la rodilla. Durante tres largos segundos miró al vacío tratando de entender lo que Kathleen estaba diciendo.

—*Si en verdad él es un Flor Blanca* —Juliette recordaba haber preguntado en la plataforma del tren—, *entonces, ¿por qué también te mira con expresión asesina?*

—¿Qué quieres decir con una célula?

Kathleen se encogió de hombros.

—Quiero decir exactamente lo que creo que quiso decir Da Nao —

respondió—: un grupo al interior de los Flores Blancas parece tener suficiente poder e influencia para hacer acuerdos con los comunistas por su propia cuenta. Es posible que hayan estado trabajando juntos durante algún tiempo… pero sólo hace poco los nacionalistas se habían enterado de esa información.

Y así, sin más, todo encajaba.

—Ajá.

Kathleen parpadeó.

—¿Ajá? —repitió ella imitando el tono casual de Juliette—. ¿Que se supone que significa eso?

Juliette subió la otra pierna a la cama. Si alguno de sus parientes la viera, justo en este momento, seguramente la reprendería por sentarse de una manera tan indecorosa.

—El extorsionador llevaba algún tiempo pidiendo sólo dinero, pero de pronto solicita armas. ¿Por qué armas? —Juliette se inspeccionó los dedos, el barniz en las uñas y la pequeña astilla apenas visible en el dedo meñique—. ¿Y si son los comunistas quienes están detrás de todo esto? Ellos necesitan armas para dirigir una revolución. Necesitan dinero y armas para prevalecer sobre los nacionalistas y tomar la ciudad.

Los comunistas trabajando con un grupo escindido del mando único de los Flores Blancas, uno que no sigue las órdenes de Lord Montagov ni está bajo la influencia de Roma. Tenía todo el sentido del mundo. Ésa era la razón por la cual durante meses las exigencias monetarias sólo habían llegado a la Pandilla Escarlata antes de tan siquiera acercarse a los Flores Blancas. Porque *ya* en ese entonces estaban obteniendo recursos de los Flores Blancas.

—No te precipites en tus conclusiones —le advirtió Kathleen, aunque Juliette hablaba con bastante parsimonia—. Recuerda lo que pasó la última vez que acusaste a un comunista de desatar la locura.

Juliette lo recordaba bien. Había acusado a Zhang Gutai y había dado muerte al hombre equivocado. Y con ello había permitido que Paul Dexter la hiciera perder el rumbo.

Pero esta vez…

—Tiene sentido, ¿no es así? —preguntó Juliette—. Incluso si los comunistas imponen su revolución, incluso si se deshacen de nosotros los gánsteres, no pueden derrocar a sus *"aliados"* nacionalistas. La única

manera en que pueden comenzar una revolución que después no sea tomada en manos de los nacionalistas, quienes se apresurarán a afirmar que Shanghái ha sido liberada del control de las pandillas por el Kuomintang —Juliette extendió las manos— es preparándose para librar una guerra abierta contra ellos también.

El silencio se apoderó de la habitación. Lo único que podían escucharse eran los aspersores que regaban los jardines.

En ese momento Kathleen suspiró.

—Reza para que no sea cierto —dijo a su prima—. Es posible que se pueda matar a un monstruo, Juliette. Es posible que puedas exterminar todos los insectos que ha traído a la ciudad un extranjero. Pero nada podrás hacer en medio de una guerra de tal escala.

Juliette ya se estaba poniendo en pie para dirigirse hacia su armario.

—Si los comunistas están dispuestos a recurrir a monstruos para comenzar una guerra —replicó la heredera de los Cai—, entonces sin duda yo también puedo hacerlo.

—Mucho me temo que morirás en el intento.

—Kathleen, por favor —Juliette metió la cabeza entre los ganchos y examinó el piso de su armario. Alcanzó a divisar un par de revólveres, collares desechados y una caja de zapatos que contenía, si recordaba correctamente, una granada. En la parte trasera de aquel revoltijo, su abrigo más liviano había caído al suelo y allí yacía como un fardo. Lo recogió, le dio una buena sacudida y lo sostuvo en el pliegue de su codo—. No es tan fácil matarme.

Kathleen estaba haciendo todo lo posible por exhibir una expresión de enfado. No resultaba tan efectivo mientras se pasaba una mano por el cabello suavemente rizado, y se enroscaba un mechón en uno de sus dedos.

—No me acaba de convencer del todo la idea de un Flor Blanca que trabaja en secreto con los comunistas —argumentó Kathleen—. Todo esto comenzó con la nota de Paul Dexter. "En caso de que yo muera, libérenlos a todos", le escribió a alguien que conocía. Lo escribió en la Concesión Francesa.

—Un Flor Blanca francés —repitió Juliette a manera de respuesta—. Todavía me quedan dudas.

—Pero…

—Conozco a alguien que podría tener algo de información. Debo salir ahora si quiero estar de vuelta antes de nuestro viaje con Māma esta tarde.

—Espera, espera, espera.

Juliette se detuvo, con la puerta entreabierta sujeta con una mano. Rápidamente, Kathleen se apresuró a cerrar la puerta nuevamente a sus espaldas, esperando unos segundos para asegurarse de que no había nadie afuera.

—Quiero hablarte de Rosalind —le dijo.

Vaya. Juliette no esperaba aquello.

—Ella vendrá más tarde, ¿no es así? ¿Al templo? —preguntó Juliette.

Lady Cai había insistido en ello. Necesitaba un grupo de acompañamiento, y su séquito habitual no podía venir con ella cuando en el templo sólo eran permitidas las mujeres. A Juliette y a sus primas se les había concedido el honor de hacer el papel de guardaespaldas. Era poco probable que hubiera necesidad de protección en un templo sólo para mujeres, pero así era la vida de una figura central de un imperio criminal. Y con esa imagen en su cabeza, Juliette regresó a su tocador y ocultó un puñal adicional dentro de su manga.

—Sí, eso espero, pero no es de lo que estoy hablando ahora —dijo Kathleen desestimando la pregunta—. ¿Sabías que ella tiene un amante secreto en la ciudad?

Juliette se dio la vuelta, con la boca entreabierta. Un atisbo de regocijo se deslizó en su expresión cuando exclamó:

—Me estás tomando el cabello.

Kathleen apoyó las manos en las caderas.

—¿Puedes sonar un poco menos entusiasmada con la noticia? —la reprendió.

—¡¿De qué hablas?!

—¡Literalmente te están *brillando* los ojos!

Juliette hizo todo lo posible por controlar su expresión, fingiendo seriedad. Se subió más el abrigo por encima del brazo antes de que se le resbalara del codo.

—Bien. No sabía nada de esto, pero no es tan malo. Tú estabas preocupaba de que Rosalind se metiera en problemas con comerciantes. En comparación, ¿no resulta mejor que tenga un amante? Ahora, realmente tengo que irme…

Kathleen extendió un brazo para evitar físicamente que Juliette se marchara. Por la forma en que su prima miraba el abrigo que tenía en el brazo, no le sorprendería que Kathleen a continuación procediera a arrebatárselo y así evitar que Juliette saliera.

—Según se dice, el amante *es* un comerciante —continuó Kathleen—. ¿No te preocupa en lo absoluto el motivo por el cual Rosalind no *nos lo* ha confiado?

—Biăojiě —Juliette apartó suavemente el brazo de su prima—, podemos preguntarle sobre eso cuando la veamos. Tengo que irme. ¿Nos vemos más tarde?

Con un gruñido, Kathleen se hizo a un lado. Juliette pensó que finalmente se iría, pero cuando salió al pasillo, desdoblando su abrigo, su prima añadió:

—¿No estás cansada de todo esto?

Juliette aminoró su paso y se puso el abrigo.

—¿Cansada de qué cosa? —le preguntó.

Los labios de Kathleen se curvaron hacia arriba. Miró de soslayo el picaporte de la puerta, y en su dirección rebotó un reflejo dorado de ella en miniatura.

—Cansada de perseguir respuestas —le respondió a su prima llevándose un dedo a la comisura de sus labios. La línea de su lápiz labial era un arco perfecto—. De correr eternamente tratando de salvar una ciudad que no quiere ser salvada, que a duras penas lo merece.

Juliette no esperaba una pregunta así; tampoco había esperado vacilar de esa forma al intentar responder la pregunta de su prima. Al final del pasillo, las voces aún continuaban con su reunión, aquello la dejaba fuera de cualquier plan que pronto pondría en asedio la ciudad. Los hombres que gobernaban este lugar no querían su ayuda. Pero ella no lo estaba haciendo por esos hombres; lo hacía por todos los demás.

—No estoy salvando esta ciudad porque sea buena y merezca ser salvada —comenzó Juliette sigilosamente—. Tampoco lo hago porque yo sea buena. Quiero que esté a salvo porque yo deseo estarlo. Busco que sea un sitio seguro porque eso es lo que todos merecen, tanto los buenos como los malos.

Y si Juliette no lo hacía, ¿entonces quién lo haría? Ella se había sentado allí en un trono con incrustaciones de plata y espolvoreado con polvo de

opio. Si ella no usaba las prerrogativas de su nacimiento para brindar protección a su gente, ¿para qué servían tales dones?

El ceño fruncido de Kathleen se acentuó aún más, pero había demasiadas cosas por desvelar, especialmente mientras Juliette estaba de puntitas, apresurándose a salir. Sin embargo lo único que consiguió decirle a su prima con una suave exhalación fue:

—Te ruego que tengas cuidado.

Juliette sonrió. ¿No es así siempre?

—Tienes un aspecto terrible.

Juliette puso los ojos en blanco y empujó a un lado a Marshall para entrar. Podía oler la ciudad en su propia piel: esa mezcla entre la sal del mar que era arrastrada por el viento y el revoltijo inidentificable de alimentos fritos que impregnaba las calles. No había manera de evitarlo cada vez que ella se transportaba en un *rickshaw*.

—Tengo una pregunta —dijo de inmediato Juliette, al tiempo que colocaba las cerraduras de la puerta de la casa que había dispuesto como refugio del Flor Blanca.

Marshall se adentró más en la habitación (no es que realmente hubiera un lugar adonde ir en un espacio tan pequeño) y se derrumbó en su colchón.

—¿Es por eso que has llegado sin regalos para compartir? —le dijo a su verdugo, y su salvadora.

Juliette se acomodó el puñal en la mano y fingió lanzarlo.

—¡Oye! —Marshall gritó de inmediato cubriéndose el rostro con los brazos—. ¡Era una broma!

—Espero que lo sea. Ciertamente obtienes cosas para comer y beber cada vez que sales en secreto de este sitio.

Juliette guardó su puñal. Con una zancada tan decidida que parecía marchar en lugar de caminar, también se acercó al colchón y se dejó caer junto al joven. Al hacerlo su vestido tintineó sonoramente.

—En este momento eres mi única fuente de información de los Flores Blancas —dijo—. ¿Qué sabes acerca de la comunicación de ustedes con los comunistas?

—¿Los comunistas? —Marshall repitió. Había estado recostado, con los codos apoyados en las sábanas, pero ahora se enderezó, con las cejas

juntas—. La mayoría de los rusos en esta ciudad son refugiados de la revolución bolchevique. ¿Acaso alguna vez los Flores Blancas han mirado con simpatía a los comunistas?

—Eso es lo que quiero saber —se quejó Juliette. Sopló un mechón de cabello encima de sus ojos, y cuando eso no le sirvió para quitárselo del rostro resopló más fuerte y lo empujó hacia atrás para alisarlo con el resto del cabello.

—De acuerdo, no es que yo esté muy al día con las últimas maniobras de los Flores Blancas —Marshall buscó algo que estaba escondido cerca de la pared, extendiendo el brazo al máximo en un esfuerzo por hacer contacto con el objeto sin moverse de su posición. Cuando finalmente lo asió, se giró hacia Juliette y dijo con tono galante—: ¿Me permites? Me duelen los ojos de sólo mirarte.

Juliette aguzó la mirada intentando averiguar qué era lo que él sostenía, haciendo un esfuerzo por distinguir la etiqueta bajo la tenue luz de la casa refugio. Dio un resoplido cuando lo descubrió. Fijador para el cabello.

La joven inclinó la cabeza hacia el gigante.

—Por favor. Hazme ver hermosa de nuevo —fue lo que le dijo.

En silencio, Marshall reunió un poco de vaselina y empezó a separarle el cabello con los dedos. Rápidamente volvió a dar forma a sus rizos. Tan concentrado estaba que tenía la lengua de fuera, como si nunca hubiera intentado dar forma a un cabello tan largo, pero por nada del mundo iba a exponerse a que Juliette le dijera que estaba haciendo un mal trabajo.

—Deberías preguntarle a Roma —continuó Marshall mientras terminaba de acomodarle un rizo cerca de la oreja—. Es su trabajo, ¿me equivoco?

—Eso es un poco difícil en este momento —respondió Juliette.

La guerra de clanes había apartado la prioridad de obtener respuesta sobre el extorsionador. La política había disminuido las posibilidades de ella de proteger a la ciudad por medio de la obtención de respuestas sobre el extorsionador. ¿Por qué todos en esta ciudad insistían en hacer la vida tan *difícil* para ellos mismos?

—Nada de esto estaría sucediendo si el general Shu simplemente nos dejara distribuir la vacuna —continuó la joven.

Marshall se quedó congelado. Trató de ocultarlo, intentó continuar

acomodando el rizo de Juliette como si nada hubiera pasado, pero ella sintió cómo se demoraba y giró la cabeza hacia él, interrumpiendo definitivamente su trabajo.

—¿Qué?

—No, nada, déjame…

—Marshall.

—¿Puedo simplemente…?

—*Marshall*.

La dureza en el tono de voz de Juliette ciertamente le transmitió el mensaje al joven. Con un leve movimiento de cabeza, Marshall siguió fingiendo despreocupación, aunque admitió:

—Yo tenía algunos vínculos con el Kuomintang antes de unirme a los Flores Blancas, eso es todo. El general Shu es duro. Una vez que se aferra a alguna cosa, no la suelta. Si no quiere que se distribuya una vacuna Escarlata por toda la ciudad, entonces eso es algo que jamás sucederá.

Juliette supuso que no estaba sorprendida de escucharlo, dado que conocía bien la reputación del hombre. Pero de todos modos añadió:

—¿No eras un niño cuando te uniste a los Flores Blancas?

Marshall volvió a negar con la cabeza, esta vez con mayor firmeza.

—Era un grupo juvenil. Está listo… —acomodó un último rizo en su lugar—. Ya no parece que un conductor de *rickshaw* te hubiera arrastrado por el fango. ¿Estás contenta?

—Muy feliz —respondió Juliette y se puso de pie. Algo seguía sonándole raro, pero apenas tuvo tiempo de hurgar más—. Me marcho enseguida, pero…

—Pero debo quedarme adentro, ya lo sé —Marshall le hizo señas para que siguiera su camino—. No te preocupes por mí.

Juliette le dirigió una mirada de advertencia mientras caminaba hacia la puerta, pero Marshall simplemente sonrió.

—Adiós, jefa.

Veintidós

Lady Cai había dicho que necesitaba que la acompañaran al templo de la ciudad por la tarde, y resulta que lo que quería decir en realidad era que necesitaba que la acompañaran el primer minuto después del mediodía, y ahora Juliette llegaba a la cita con retraso. Cuando el auto se detuvo, la joven se inclinó hacia el espejo retrovisor y se retocó nuevamente el peinado antes de salir en busca de su madre y sus primas. Procuró no mostrar su desagrado cuando en efecto encontró a Rosalind y Kathleen junto a su madre, pero también a *Tyler* con un grupo de sus secuaces.

Desde sus acciones en el incendio de un importante edificio rival, los afiliados Escarlatas lo elogiaban con entusiasmo. A ella no le estaba resultando nada fácil hacer lo mismo.

—Llegamos a pensar que ya no vendrías —dijo Rosalind cuando Juliette se reunió con ella, su mirada aún fija en Tyler. Él estaba limpiando su pistola y pasaba un trapo de forma tosca a lo largo del cañón. Si no tenía cuidado con el gatillo, su arma podría dispararse y uno de sus hombres terminaría con un agujero en la barriga.

—No pensé que fuera tan temprano —ahora su madre la había visto y venía a su encuentro, así que Juliette preguntó rápidamente—: ¿Qué está haciendo Tyler aquí?

—Vino con tu madre —admitió Kathleen, de pie al otro lado de Rosalind con los brazos cruzados—. Protección extra para el recorrido.

Juliette trató de no apretar la mandíbula con tanta fuerza. De seguir así podría romperse un diente.

—¿Listos? —preguntó Lady Cai mientras alisaba su qipao y les hacía

señas para que se apresuraran. Tyler se quedó donde estaba, al tiempo que sus hombres se dispersaban a lo largo de la entrada y en los muros adyacentes al templo, pero Juliette le dio un último vistazo al joven antes de dar media vuelta y seguir a su madre.

—Y bien, escuché un rumor interesante —comenzó la heredera.

De forma sincrónica, Juliette y Rosalind levantaron un pie sobre la saliente en el umbral del templo. Cada vez que Juliette necesitaba hacer esto para entrar a un edificio podía juzgar qué tan antiguo era: calculaba que había sido construido antes de que los caminos fueran totalmente aplanados y de que la gente necesitara protegerse de las inundaciones. El templo en sí era un edificio pintoresco, pero un vasto y tosco patio rodeaba su perímetro, protegido por altos muros descoloridos por el sol con dos portones dorados al norte y al sur que daban a los costados del polvoriento templo rojo.

Rosalind desvió la mirada.

—*¿Quelle rumeur?* —preguntó, curiosa como era.

—*Une rumeur* —repitió Juliette, tal vez con un dejo de floritura innecesario mientras ella también cambiaba de su lengua madre al francés —. Algo que está flotando por la ciudad.

—Sabes mejor que… —Rosalind se detuvo de repente y dio un vistazo a su costado. Cuando Juliette también se dio la vuelta cayó en la cuenta de que Kathleen se había quedado atrás, pues se había detenido justo después de la entrada, donde se encontraba recorriendo el patio con la mirada. Parecía a la espera de algo.

—Mèimei —la llamó Rosalind—. ¿Te encuentras bien?

Una sonrisa somera se dibujó en los labios de Kathleen.

—Estoy bien —replicó ella.

Juliette y Rosalind esperaron a que Kathleen las alcanzara, y sólo caminaron de nuevo cuando ella logró retomar el paso de sus primas. Pasaron junto a un xiānglú plateado, uno que era tan enorme que parecía un cuenco gigante con un toldo. A su alrededor, tres mujeres estaban de pie para encender el incienso. Sujetaban delicadamente las mangas de sus vestiduras para no quedar atrapadas en las llamas del cuenco.

—Estábamos hablando del amante de Rosalind —dijo Juliette a Kathleen.

—*¡Shh!* —de inmediato Rosalind demandó silencio mientras levantaba

la mirada para asegurarse de que Lady Cai no hubiera escuchado aquello.

—¡Entonces *es cierto*! —exclamó Kathleen.

—¿No podrían gritar más fuerte ustedes dos? —se quejó la aludida.

—Aquí nadie nos entiende, *c'est pas grave* —Juliette dio un paso al frente—. ¿Por qué no nos habías dicho? ¿Dónde lo conociste?

La tensión se dibujó en la expresión de Rosalind.

—De verdad que no deberían darle crédito a las habladurías —contestó.

—Rosalind —ahora el tono de voz de Kathleen era grave, como si no admitiera más que una respuesta clara a cambio—. ¿Por qué estás tan hermética con este tema?

—Porque… —Rosalind dio otro vistazo a su alrededor. Para ese momento, el trío ya estaba muy próximo al edificio del templo, muy por detrás de Lady Cai, quien subía los escalones. No había nadie a su alrededor, nadie que escuchara su conversación, incluso si ésta tenía lugar en francés.

—¿Por qué…? —insistió Kathleen.

Y de un solo tirón, Rosalind respondió:

—Porque él está asociado con los Flores Blancas, ¿de acuerdo?

Juliette sintió un nudo repentino en la garganta. El olor del incienso impregnaba todo el patio haciéndose más intenso a medida que se acercaban al templo. Sintió que le congestionaba las fosas nasales, a punto de obstruir sus vías respiratorias si no hubiera exhalado vigorosamente…

—Eso no me lo esperaba —subrayó Kathleen sin alterarse—. Yo aquí convencida que era algo relacionado con la política, y en lugar de eso es algo que tiene que ver con la rivalidad entre clanes.

De modo sólo evidente para ellas, Kathleen llamó la atención de Juliette. Rosalind aún ignoraba el pasado de Juliette con Roma… Y aunque Kathleen tenía cierta idea sobre aquello, no conocía la historia completa.

—No es lo ideal, Rosalind —opinó finalmente Juliette hablando con un hilillo de voz. *Hablando desde la experiencia personal. Una experiencia muy, muy personal*—. Si mis padres se enteran…

—Que es exactamente la razón por la que no lo harán.

Rosalind levantó el borde de su qipao y comenzó a subir los escalones. Kathleen hizo ademán de seguirla, pero en ese momento no tenía la misma libertad de movimientos.

—Nos conocimos en un bar —Rosalind comenzó al fin su confesión—, en territorio neutral. Y desde entonces nos vemos sólo de vez en cuando, unas veces en sitios de los Escarlatas y otras en lugares bajo el dominio de los Flores Blancas. Denme algo de tiempo y lograré convencerlo de que se aleje de los Flores Blancas. Nadie tiene que saberlo.

Juliette trató de sacudirse la duda de encima. Conectó un codazo cómplice a su prima, con la esperanza de que un falso entusiasmo inyectara convencimiento a sus palabras:

—Nadie tiene que saberlo —repitió—. Te ayudaremos, ¿no es cierto, Kathleen?

Pero Kathleen, por otro lado, no tuvo reparos en hacer muecas. Ni siquiera intentó aparentar falsa alegría.

—Uf, supongo que sí. Es un juego peligroso, Rosalind. Pero estamos de tu lado.

Era un juego peligroso, en efecto, pero no tanto como en el que se encontraba Juliette. Tuvo ella que recordarse que no era lo mismo. Que Rosalind todavía podía tener la posibilidad de ser feliz, que en su caso todo aquello no tenía que terminar en un baño de sangre.

—Ustedes tres caminan muy despacio —las reprendió Lady Cai cuando ellas finalmente la alcanzaron.

Al interior del templo, la luz del día parecía amortiguada, parecía detenerse fuera de las puertas abiertas como si no fuera bienvenida a entrar. En cambio, el rojo de los santuarios cobraba brillo propio y cubría el templo con una cálida pátina.

—Simplemente estamos observando los alrededores, Māma —respondió Juliette.

Lady Cai dejó escapar una breve exhalación como si no le creyera.

—Ya veo a la cliente. No te alejes, Juliette. Tal vez. —su madre agitó una mano en dirección a la pared del fondo, donde un puñado de mujeres se arrodillaba frente a deidades simbólicas. Hacían kētóu tres veces, sus frentes tocaban brevemente las alfombras del piso y luego acomodaban sus varitas de incienso en los santuarios—. ¿Qù shāoxiāng ba?

Juliette se burló.

—Creo que los antepasados podrían fulminarme con un rayo si inicio algún tipo de contacto con ellos. Esperaré aquí. Kathleen y Rosalind pueden ir si así lo quieren.

Las hermanas intercambiaron una mirada. Ambas se encogieron de hombros. Al tiempo que Lady Cai avanzaba para acercarse a la cliente, las primas de Juliette encontraron sus propias varitas de incienso y volvieron afuera para encenderlas, dejando en libertad a Juliette para que deambulara por el templo.

—No se ofendan, ancestros —murmuró Juliette en voz baja—. La próxima vez que venga les traeré algunas naranjas.

La joven lanzó un vistazo a su madre. La reunión parecía mundana: dos mujeres hablando entre sí sobre asuntos que se señalaban como más delicados de lo que sus maridos podían manejar. La mujer le entregó una pila de papeles. Lady Cai los examinó. Juliette volteó hacia los santuarios rumiando sus pensamientos:

Un francés, un monstruo, un extorsionador. Comunistas, nacionalistas, guerra civil. Una vacuna, lista para circular.

Sencillamente no tenía suficiente información con la cual trabajar. Lo único que tenía eran conjeturas. Sin nombres ni fuentes. Y aunque se suponía que debía de estar pensando en arreglar el estado de la ciudad, también meditaba la difícil situación de Rosalind, y en lo injusto que era que, incluso después de que el extorsionador hubiera desaparecido, la ciudad estaría siempre, siempre, dividida.

Juliette escudriñó nuevamente los alrededores recurriendo a la paciencia, mientras continuaba la conversación de su madre. Fue en ese momento que notó una larga banca en la esquina del templo y su mirada se detuvo allí. No tardó en descubrir algo digno de atención. Cuando Juliette se acercó vio a una niña sentada sola que leía un pequeño libro. Algo en su cabello rubio le resultaba familiar.

Juliette se puso rígida. Miró otra vez a su madre para asegurarse de que Lady Cai no la estuviera observando y luego, tan rápido como le fue posible, corrió hacia la banca.

—Alisa Montagova —dijo entre dientes Juliette—. Éste es territorio Escarlata. ¿Qué estás *haciendo* aquí?

Alisa alzó la cabeza de golpe, sus ojos se abrieron de par en par. Cerró el libro en el mismo instante, como si la actividad ilícita en ese momento fuera su lectura.

—Yo… —la chica adoptó un gesto contrariado—. No me iba a quedar mucho tiempo. Simplemente pensé que a nadie le importaría que entrara

a un templo de mujeres.

—Puede que tengas razón, pero… —Juliette miró a su alrededor de nuevo—: *¿por qué?* ¿Por qué estás aquí?

Alisa parpadeó, al parecer dándose cuenta de que el pánico de Juliette no se debía exclusivamente a su presencia. Había tratado de parecer ruda, pero ahora su expresión se contraía por la confusión.

—Asistimos a un funeral en el cementerio a unas pocas calles de aquí. Me cansé de estar de pie, así que me escabullí.

El cementerio a unas pocas calles de aquí…

Al escuchar aquellas palabras Juliette visualizó la distribución de la ciudad en aquella zona y supo de inmediato a cuál cementerio se refería Alisa. Trazó la ruta en su cabeza, asumiendo que los asistentes se trasladarían desde esa sección del territorio de los Flores Blancas hacia el este de la ciudad, donde vivía la mayoría de ellos. Sin importar que ruta tomaran necesitaban pasar frente al templo, donde ahora mismo Tyler aguardaba con muchos de sus hombres.

Juliette lanzó al aire una maldición.

—¿Quién acudió al funeral, Alisa? —preguntó Juliette—. ¿Tu padre? ¿Su círculo primario?

Justo en ese momento Alisa se puso de pie. La preocupación de Juliette la estaba asustando.

—No, no estaba papá. Pero sí Roma y Dimitri…

Un disparo se escuchó en la lejanía, por fuera de los muros del templo. Para cualquier otra persona podría haber sonado como el estruendo propio de un desvencijado *rickshaw* o un carrito de comida que se estrellaba con fuerza contra la acera. Pero Juliette temía que no fuera nada de eso. Salió corriendo a toda prisa atravesando el patio, al tiempo que echaba mano de las armas ocultas en su cuerpo. Para cuando se acercaba a la puerta de los muros del templo, la escena ya se desenvolvía ante ella: veinte, treinta gánsteres entre civiles, hombres y mujeres comunes que miraban atónitos.

Demasiados civiles en medio de un tiroteo. Demasiados potenciales blancos inocentes de balas perdidas. Los gánsteres inmersos en la batalla también se habían dado cuenta; de no ser así ahora no habría tantos de ellos peleando cuerpo a cuerpo, de lo contrario no habría un Flor Blanca a punto de estrangular a Tyler, y que por poco derriba a la prima de Juliette al suelo.

Sin disminuir la velocidad de su carrera, Juliette saltó el umbral de la entrada del templo y sacó el cuchillo que llevaba en su muslo. Cuando lo arrojó, la hoja perforó libremente el cuello del Flor Blanca, lo golpeó sin apenas hacer ruido y luego se inclinó hacia un costado antes de caer al suelo.

—De nada —espetó Juliette deteniéndose frente a Tyler, a quien extendió una mano.

Tyler sonrió. La tomó de los dedos y se puso de pie.

—Gracias, querida prima. Ahora agáchate.

Juliette obedeció velozmente y se apartó sin hacer preguntas. Un Flor Blanca se había abalanzado contra ellos y Tyler lo enfrentó, pero cuando Juliette se dio la vuelta, todavía agachada, su mirada se abrió paso a través del caos y se clavó directamente en otra figura que se había detenido en medio de la batalla.

—Tā mā de —murmuró—. *Roma*.

Tuvo entonces una idea que acudió a ella con la velocidad de un relámpago. Mientras Roma avanzaba y se fijaba en ella como un objetivo y probablemente con la intención de clavarle un puñal directo en el corazón, Juliette ideó un plan. Él no respondería a sus mensajes, no trabajaría más con ella, pero igual ella lo necesitaba. ¿Quién mejor para averiguar si en efecto había un grupo traidor dentro de los Flores Blancas que el mismo Roma Montagov, heredero de su clan? Si él se proponía encararla sólo en medio de la guerra de clanes, entonces Juliette usaría ese tiempo para hablar con Roma.

Juliette se puso en pie de un salto e intentó escapar. Con facilidad podría abrirse paso a través de la pelea. Podía permanecer agachada y lanzarse a través de ese espacio vacío…

Alguien la sujetó por la nuca. Juliette sintió el filo de una espada, *o algo por el estilo*, a punto de caer sobre ella, y raudamente alzó las manos. Dio un fuerte tirón al brazo del atacante por encima de su hombro hasta que escuchó algún hueso desencajarse. Su atacante lanzó un alarido. Justo cuando intentaba bajar el cuchillo que tenía en la otra mano, Juliette se hizo a un lado rápidamente y se dio la vuelta para presionar su antebrazo contra el cuello de su atacante, con ambos pies bien asentados en el camino de cemento.

No era Roma quien la sujetaba; era Dimitri Voronin. Un rápido vistazo

le permitió confirmar que Roma estaba atrapado en medio de la refriega, pero Dimitri había avanzado en su dirección.

—Juliette Cai —la saludó el joven actuando como si estuvieran intercambiando cumplidos—. Escuché que te habías criado como una dama de la alta sociedad. ¿Dónde aprendiste a pelear como un ladronzuelo?

—Supongo que no sabes mucho sobre las personas de la alta sociedad.

Usando a su favor su altura, Juliette enganchó un pie detrás de la rodilla del joven, luego agarró un mechón de su cabello y golpeó la cabeza de Dimitri contra el suelo. La joven siguió su camino examinando velozmente los muros del templo. Alisa la había seguido y ahora se asomaba desde el arco de la entrada del edificio.

Juliette miró por encima del hombro. Roma todavía la estaba observando.

—Ven conmigo.

Alisa parpadeó sorprendida por la repentina aparición de Juliette ante ella.

—¿Qué? —le preguntó.

Sin esperar respuesta, Juliette tomó a Alisa del brazo y se alejó.

Veintitrés

Juliette empujó a Alisa de vuelta al patio. Por un instante la joven creyó haber visto por el rabillo del ojo a Rosalind y Kathleen, pero sus primas debían quedarse al lado de su madre, de modo que no vinieron a buscarla ni se escandalizaron por lo que estaba haciendo.

—Te prometo que no te haré daño —dijo Juliette a Alisa al tiempo que volvía a mirar por encima del hombro. Roma había logrado salir de la multitud, tenía una salpicadura de sangre en el cuello y su mirada era incandescente, con un destello de violencia—. Sólo necesito atraer a tu hermano a algún lugar tranquilo. *¡Vamos, corre!*

Y corrieron hasta que Juliette encontró un callejón estrecho. Le dio un empujón a Alisa para que se apresurara, sin perder tiempo, y a puntapiés acomodó varias bolsas de basura las cuales apiló de tal forma que funcionaran como una barricada. Luego instó a Alisa para que se ocultara detrás de aquellas bolsas, quedando así fuera de la vista.

No era su propósito asustar a Roma. Simplemente tenía la sensación de que no era necesario que Alisa viera lo que iba a suceder a continuación.

Roma apareció a la vista; su pecho subía y bajaba a causa del esfuerzo. Sólo con echarle un vistazo a la forma en que aferraba la pistola que tenía en la mano, Juliette supo que ella tenía razón.

—¿Por qué estás haciendo esto? —dijo Roma bramando como una fiera. Su expresión era de odio, pero sus palabras sonaban atormentadas. Como si deseara que la joven simplemente desapareciera, para no tener que enfrentarla, para no tener que buscar venganza—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Juliette extendió las manos. Como si el hecho de mostrar que estaba desarmada supondría alguna diferencia.

—Escúchame un segundo —suplicó ella—. Tengo información nueva sobre el extorsionador. Podría provenir del interior de los Flores Blancas. Estoy aquí para *ayudar*…

Juliette dio un respingo, a duras penas esquivando el disparo inaugural de Roma.

—Iba a hacerlo rápido —entonó él—. Para que no sufrieras. Por respeto a lo que una vez fuimos.

—¿Podrías hacer el favor de escucharme? —reclamó Juliette. Dio un salto hacia delante mientras el arma volvía a ser detonada; el balazo tampoco acertó en ella, pero pasó tan cerca que la joven sintió el calor rozarle el hombro. La pistola de Roma aún humeaba cuando Juliette cerró la mano alrededor del cañón. Él disparó de nuevo, pero ya en ese momento Juliette había girado la pistola hacia arriba y tres balas se proyectaron al cielo antes de que ella golpeara con fuerza el interior del codo de Roma. El agarre del joven se aflojó y Juliette pudo arrojar el arma a un costado, fuera del control de Roma.

—Hace un mes este tema no era tan difícil de entender para ti —masculló Juliette—. La ciudad está en peligro. Yo puedo *ayudarte*.

—¿Y sabes de lo que me he dado cuenta desde entonces? —repuso Roma al tiempo que su mano se precipitó dentro del bolsillo en busca de otra pistola, pero Juliette lo derribó rápidamente y lo presionó contra el suelo del callejón usando ambas manos para fijar uno de sus brazos contra el suelo. El movimiento era familiar para ambos, ya Juliette lo había usado aquella primera vez que Roma la emboscó cerca de Chenghuangmiao, pero si el recuerdo tenía algún significado especial para él, no lo demostró.

—Me he dado cuenta… —continuó él, por el momento dejando el brazo inmóvil— que no me importa esta ciudad, o el peligro que encierra en sí misma. Me preocupaba por la gente y ahora la gente se ha ido.

Lanzó una patada y Juliette se apartó rodando para evitar el impacto, tragándose una mueca de dolor en el momento de aterrizar bruscamente sobre los codos y a duras penas evitando golpearse la frente contra la áspera pared del callejón. Roma se levantó en un abrir y cerrar de ojos, irguiéndose sobre ella con el arma en la mano; en ese momento ella no pensó; se limitó a lanzarse hacia el frente. Ahora se trataba de una

verdadera pelea, cruel y despiadada. Cada vez que Roma intentaba disparar, Juliette intentaba desarmarlo. Como la conocía desde hacía tanto tiempo, él predecía los movimientos de Juliette, y pronto la cabeza de la joven comenzó a dolerle de sus continuos choques contra el concreto. Apartarse del peligro lanzándose al suelo demasiado rápido y con demasiada fuerza podía resultar muy doloroso, pero seguramente sería aún más doloroso si no evitaba sus rápidos golpes y puntapiés.

—¡Roma! —gritó Juliette al tiempo que estrellaba el codo con fuerza contra una pila de ladrillos, liberándose de su agarre, con el cuchillo en la mano. *Victoria*. La joven arrojó entonces el cuchillo y escuchó como éste resonaba dando tumbos fuera del callejón—. ¡Escúchame!

Él se quedó quieto. Juliette estuvo a punto de pensar que se había rendido, pero en ese momento Roma frunció el ceño y dijo entre dientes:

—El momento de escuchar pasó hace mucho tiempo.

Y se abalanzó para recuperar el puñal.

En el instante mismo en que Roma levantó el brazo, Juliette supo que había apuntado demasiado alto. Siempre había sido un mal lanzador de cuchillos, lo que resultaba bastante incomprensible ya que era endemoniadamente bueno con las balas. Al lanzarlo desde el final del callejón aflojó su agarre y en ese momento el tiempo pareció ralentizarse. Juliette siguió con la mirada la trayectoria de la hoja de acero prediciendo que pasaría tan arriba de su cabeza que llegaba a ser algo casi cómico.

En ese instante Alisa Montagova salió de su escondite, se incorporó con gran dificultad y lanzó una súplica para que terminaran la pelea.

—Por favor, no se hagan daño…

Antes de que pudiera pensar, o incluso de que pudiera tomarse un momento para *respirar*, Juliette dio un salto lanzándose en frente de Alisa. No se dio cuenta de lo que había hecho, no realmente, hasta que estuvo frente a la chica y escuchó un fuerte *tuc* cerca del oído.

Los ojos de Alisa se abrieron de par en par, sus palabras quedaron bruscamente interrumpidas y su mano voló para cubrirse la boca.

No sintió dolor de inmediato. Nunca ocurría así: una hoja de acero que entraba siempre se sentía fría y extraña al principio. Sólo unos instantes después, como si sus terminaciones nerviosas finalmente hubieran registrado lo sucedido, una agonía intensa y aguda reverberó desde la herida.

—*Mudak* —logró exclamar Juliette girándose para observar la hoja de acero incrustada hasta la mitad en su hombro y luego mirar a Roma. La mandíbula del joven se había aflojado, su rostro estaba lívido. Mientras tanto, la herida comenzó a sangrar de inmediato y un flujo constante de carmín se deslizó por el vestido de Juliette—. ¿Tenías que arrojar precisamente el cuchillo con el borde dentado?

Las palabras parecieron asombrar a Roma instándolo a reaccionar. Caminó, al principio de forma lenta y luego a la carrera, acercándose a Juliette a quien tomó del brazo. Ella permaneció mirándolo mientras examinaba su hombro. Fuera cual fuese la gravedad de aquella herida, Juliette no tenía motivos para sentirse asustada. La ira de Roma —aunque fuera momentáneamente— se había disipado.

—Alisa, corre a la casa refugio más cercana y trae el botiquín de primeros auxilios.

Los ojos de la pequeña alcanzaron proporciones enormes:

—¿Estás pensando coserla tú mismo? Ella necesita ir al hospital.

—Ah, eso sería estupendo —dijo Roma apretando los dientes—. ¿Deberíamos llevarla a una instalación médica de los Escarlatas o a una de los Flores Blancas? ¿En cuál de los dos sitios tardarían más en dispararnos?

Alisa cerró los puños. Juliette todavía estaba lo suficientemente alerta como para captar el clamor de la lucha, pero ya no podía sentir los dedos ni apretar los puños.

—Está muy cerca en esa dirección, Alisa —Roma señaló hacia delante —. Apresúrate.

Lanzando un resoplido, la pequeña Montagova giró sobre sus talones y salió corriendo.

Juliette exhaló una bocanada de aire. Casi esperaba ver su aliento, como ocurriría en un frío día de invierno. Pero desde luego no hubo vaho: el frío provenía de su interior. Un entumecimiento inundaba sus extremidades, pequeños pinchazos como si cada célula de su cuerpo estuviera intentando quedarse dormida.

—Haz presión sobre la herida, ¿podrías? —preguntó ella en tono casual.

—Lo sé —respondió bruscamente Roma—. Siéntate.

Juliette así lo hizo. Su cabeza le daba vueltas, giros dobles y triples, que le nublaban el campo de visión. Observó cómo Roma desgarraba un trozo

de tela de su saco, lo enrollaba y lo ajustaba alrededor de la hoja de acero presionando tan fuerte como podía para detener el sangrado. Juliette no protestó. Simplemente se mordía el labio inferior soportando el dolor.

—¿Qué fue lo que te pasó? —murmuró Roma después de un rato, rompiendo el silencio—. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Para evitar que apuñalaras a tu propia hermana? —Juliette cerró los ojos. Los oídos le zumbaban con un ruido blanco—. No tienes que agradecérmelo.

La frustración del joven era tangible. Juliette sabía exactamente lo que él estaba pensando: ¿por qué interponerse para proteger a Alisa cuando ella misma había amenazado con dispararle a su hermana en el hospital? Nada de aquello resultaba coherente. Por supuesto que no lo era. Por la simple razón de que Juliette no lograba decidirse en un sentido o en el otro de una maldita vez.

—Gracias —dijo Roma, como si apenas pudiera creer que estuviera diciendo esas palabras—. Ahora abre los ojos, Juliette.

—No me voy a dormir.

—Ábrelos. ¡Ahora mismo!

Juliette abrió los ojos violentamente, si bien lo único que vio fue el espacio del callejón frente a ella. En ese momento regresó Alisa apretando una caja contra el pecho, con las mejillas rojas y la respiración entrecortada.

—Corrí tan rápido como pude —resopló—. Yo vigilaré el callejón mientras tú… —Alisa se quedó en silencio, sin saber con precisión *qué* era lo que iba a hacer Roma.

Dejó caer la caja junto a su hermano y luego corrió hacia el otro extremo del callejón. Cuando Juliette aguzó el oído de nuevo se dio cuenta de que ya no escuchaba gritos en la distancia. Alisa probablemente había notado lo mismo: la batalla había terminado. Los gánsteres pronto se desplegarían en abanico en busca de ellos.

Si Juliette iba a hablar con Roma, tenía que hacerlo ahora, antes de que fuera demasiado tarde. Él ya había dejado de aplicar presión sobre la herida, y ahora abría la caja y desenroscaba una botella que contenía un líquido de aroma penetrante. La cual dejó a un lado.

—Voy a cortar tu abrigo —dijo Roma. En su mano apareció otro cuchillo con el que empezó a cortar la tela sobre el cuello de Juliette antes

de que ella pudiera protestar. Cuando el joven separó el abrigo de su delgado vestido, el único olor que percibió Juliette fue el aroma metálico de la sangre. Si no hubiera sentido un dolor abrumador en el hombro habría pensado que una gata callejera estaba dando a luz en las cercanías.

Murmurando una maldición, Roma colocó los dedos en la cremallera de la parte trasera del vestido de Juliette.

—Me parece recordar —dijo la joven, apenas evitando que le castañearan los dientes—, que solías preguntar antes de desnudarme.

—Cállate —reclamó Roma al tiempo que le bajaba la cremallera. Justo antes de quitarle el vestido, retiró el cuchillo.

—Por el amor de Dios…

—Sugiero que bajes la voz —masculló Roma—. ¿Te paso un pañuelo para que lo muerdas?

La cabeza de Juliette estaba demasiado débil para responder de inmediato. Iba a desmayarse. Sin duda que iba a hacerlo.

—No voy a morder nada que no sea tu mano —murmuró ella—. Cruda. Y separada del brazo.

A modo de respuesta, Roma simplemente le pasó el cuchillo con el que la había apuñalado.

—Sostén esto.

Juliette tomó el filo con el brazo que no tenía un boquete supurante en el hombro, luego apretó el cuchillo contra el pecho, sosteniendo su vestido. Parpadeó con fuerza para mantenerse alerta, luego observó a Roma mientras él se agachaba a su lado, actuando rápidamente para encontrar un trapo limpio en la caja y rociarlo con la botella maloliente.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para contener un alarido cuando Roma oprimió el trapo contra la herida. El antiséptico escocía como mil cortes nuevos, y Juliette estuvo a punto de preguntar si de hecho la estaba envenenando. La mirada del joven no estaba fija en su tarea; en lugar de ello escudriñaba a Juliette buscando una razón, la menor fractura en el rostro de ella que pudiera ofrecerle una explicación.

La joven respiro lenta y profundamente. A pesar del intenso dolor podía sentir que la hemorragia se detenía. Podía sentir su cabeza despejada y la confusión disminuía.

Ahora tenía una labor que cumplir.

—Ustedes han sido infiltrados por comunistas —Juliette giró la cabeza

muy levemente, no hasta el punto que le molestara el hombro, pero lo suficiente como para mirar a Roma a los ojos—. Hay un grupo al interior de los Flores Blancas trabajando con los comunistas, que les entrega recursos y armamento de los Flores Blancas. Sospecho que los monstruos están emergiendo de esa misma colaboración.

Roma no reaccionó. Se limitó a quitar el trapo y tomó lo que parecía ser una aguja e hilo.

—Voy a suturar la herida.

La primera reacción de Juliette fue pensar que él no lo haría. No tenía ninguna duda de que él podría hacer un buen trabajo; circular por esta ciudad significaba saber cómo romper la pierna de un enemigo con un solo golpe y también cómo reconstruir el cuerpo de un aliado. ¿Pero era ella una aliada? ¿La ayudaría con mano firme?

Roma emitió un sonido de impaciencia mientras movía la aguja. Aunque Juliette imaginó que probablemente podría levantarse y llegar por su cuenta al hospital con un enorme agujero en el hombro, ella hizo una mueca y cedió.

—Espera —le dijo.

La joven soltó el cuchillo que sostenía y buscó el encendedor en su bolsillo. Sin decir palabra abrió la tapa y movió con el pulgar la rueda de la chispa. Cuando la llama cobró vida, Roma acercó la aguja para esterilizarla sin que se lo pidieran, como si ya hubiera descifrado la intención de la joven. A veces era fácil olvidar lo bien que se conocían antes de que todo se fuera al carajo. Olvidar que una vez fueron tan familiares como si fueran mitades de una misma alma, capaces de predecir las siguientes palabras que saldrían de la boca del otro. Ahora, en aquel callejón, con Roma distraídamente golpeando el dorso de su mano contra la de Juliette con lo cual le pedía que apartara la llama cuando la aguja ya estaba roja, Juliette no podía olvidarlo.

—No cosas demasiado profundo. No quiero una horrible cicatriz —refunfuñó ella al tiempo que tapaba su encendedor.

Roma frunció el ceño.

—Estás en una posición en la que difícilmente puedes negociar el tamaño de tus cicatrices.

—Fuiste *tú* el que me arrojaste el cuchillo.

—Y ahora *yo te estoy* cosiendo. ¿Tienes alguna otra queja para ventilar?

Juliette resistió el impulso de estrangularlo.

—¿Escuchaste alguna palabra de lo que dije? —preguntó ella en su lugar—. ¿Sobre los comunistas?

—Sí —respondió Roma sin alterarse. Metió el hilo en la aguja—. Y no tiene ningún sentido. No queremos que los comunistas tomen nuestra ciudad. ¿Por qué los íbamos a ayudarlos en su revolución?

Roma se inclinó y el primer pinchazo de la aguja entró en la piel de Juliette. La joven apretó los dientes con fuerza, pero por lo demás soportó el dolor. Trató de recordarse que había padecido cosas peores. Había sufrido peores dolores simplemente por romper botellas de vino con demasiada fuerza en Nueva York, lo que se había traducido en la necesidad de puntos de sutura en todo el brazo.

Al menos esas suturas habían sido hechas en un hospital.

—No sé por qué —dejó escapar Juliette, tensando la mandíbula—. Pero está sucediendo, y justo delante de tus narices.

El hombro de Juliette se sacudió y de inmediato la mano del joven rodeó el brazo de ella para mantenerlo inmóvil. Los dedos de Roma estaban calientes, quemaban la piel.

—¿Y entonces? —preguntó él, volviendo a jalar el hilo— ¿Qué quieres que haga al respecto?

—Lo que se supone que debes de hacer —respondió ella—: encuentra al francés. Al monstruo en el tren.

La aguja entró con demasiada profundidad. Juliette soltó un jadeo y Roma una maldición, al tiempo que la sostenía con más fuerza para evitar que diera un salto.

—Quédate quieta —le ordenó.

—No hay duda de que tu propósito es matarme.

—Obviamente no lo he hecho muy *bien* porque sigues con vida, ¡así que no te muevas!

Juliette exhaló bruscamente por la nariz dejando que Roma finalizara la sutura. Aunque trató de no moverse, continuó mirándolo hasta que él, incómodo, cambió de posición y fijó con atención la vista en ella.

—El monstruo —dijo Juliette de nuevo—. Todo será más claro una vez que lo hallemos.

Pero Roma sacudió la cabeza y le tendió la mano. Juliette le pasó el cuchillo que estaba a su lado, el mismo con el que él la había apuñalado, y

el joven cortó el hilo al final de la sutura concluida.

—No puedo —dijo brevemente—. Tengo las manos ocupadas. Como podrás ver —tensó la mandíbula e inclinó la cabeza hacia el otro extremo del callejón donde Alisa hacía guardia—, la guerra de clanes nos está reduciendo, a la par que lo hacen las numerosas bajas producto de la locura. Me temo que enfocar recursos a la caza del extorsionador sólo provocará más ataques, y aunque escuché que ustedes lograron desarrollar una vacuna, nosotros…

—Te la daré: tendrás muestras y documentos. Lleva todo a tus laboratorios para que puedan recrearla.

La mirada de contrariedad de Roma se desvaneció y dio paso a una expresión de completa sorpresa. Sin embargo, no le tomó mucho tiempo salir de su estupor y volver a la tarea con el ceño fruncido. Sacó un vendaje de la caja y lo colocó sobre el hombro de Juliette.

—¿Tienes permiso?

Por supuesto que no, se burló Juliette para sus adentros. ¿En qué mundo estaría dispuesta la Pandilla Escarlata a entregar su vacuna a los Flores Blancas? Nadie en esa pandilla hacía nada porque tuviera un corazón bondadoso, a menos que pudiera representarles una fortuna en el mercado negro.

En voz alta, Juliette tan sólo confirmó lo obvio:

—No.

Roma volvió a hacer mala cara y apretó demasiado el vendaje, no del todo de forma accidental.

—De alguna manera dudo que estés dispuesta a traicionar a tu propia gente, Juliette.

—No se trata de traicionar a mi gente —replicó ella mientras lidiaba con la sensación de escozor—. Se trata de ir en contra de mi padre. Mi propia gente no sufrirá si los Flores Blancas sufren menos. Las pérdidas de ustedes no significan una ganancia para mí.

Roma ajustó el vendaje. Al ver que había terminado, Juliette usó el brazo sano para jalar la tela de su vestido y colocarla sobre la herida, se sentía satisfecha por no haber dejado escapar un grito de dolor.

—¿No es así? —preguntó Roma. Volvió a colocarse detrás de la joven y alcanzó la cremallera de su vestido, pero no la subió de inmediato. Dejó que los dedos se quedaran allí suspendidos, a un cabello de distancia de la

piel de Juliette, pero ella podía sentir esa proximidad como si en verdad tocara de forma física su espalda desnuda.

—No cuando se trata de la locura —dijo Juliette con su garganta seca.

En aquel momento ella no podía ver el rostro de Roma y no pudo interpretar su reacción cuando le dijo:

—Puedo ayudarte a orquestar una incursión en el sitio —le dijo al tiempo que el joven le subía la cremallera— pero a cambio te pido que me entregues el monstruo al interior de los Flores Blancas. Llegaré a la raíz de esto.

Juliette sintió como el cálido aliento de Roma le envolvía el cuello, tan pesado como todo lo no dicho entre ellos dos. Sintió una presión repentina en el otro brazo y se dio cuenta de que Roma la estaba ayudando a ponerse de pie. Casi como si fueran uno solo, se incorporaron siguiendo el sendero de la brisa que soplaba en el callejón y se dirigía hacia lo alto.

Juliette se dio la vuelta. El viento se asentó. Por supuesto hacía frío en ese callejón, pero ella no podía sentirlo. Su abrigo había quedado reducido a dos pedazos tirados en el suelo, y su vestido estaba rasgado en la parte de atrás. El saco de Roma había sido lanzado a un costado, empapado en sangre, y las mangas habían sido enrolladas sobre los brazos de él para mantenerlas alejadas de sus manos manchadas. Cuando estaban en tal situación, lo suficientemente cerca para que los latidos de sus corazones sostuvieran una conversación, Juliette no podía pensar en lo que era el frío.

—¿De acuerdo? —preguntó ella, su voz casi un susurro.

Roma retrocedió. Y tras hacerlo, el frío se arremolinó en la parte delantera del vestido de Juliette. Eso le puso la piel de gallina.

—En cuanto a la vacuna… —contestó Roma—estoy de acuerdo.

Un día más de supervivencia. Un día más en que Roma le ofrecía una tregua al alejar el arma de su cabeza. ¿Cuánto tiempo podría ella prolongar aquello? ¿Cuánto tiempo habría de pasar antes de que ella cediera o simplemente dejara que su antiguo amante le disparara?

Juliette asintió con una fingida reverencia y se dio la vuelta para irse. Sólo entonces Roma extendió su brazo para detenerla antes de que pudiera dar otro paso.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó él—. ¿Por qué saltaste frente a Alisa?

Los labios de Juliette se separaron.

Porque no puedo soportar verte sufrir, incluso cuando soy yo quien más te ha hecho daño.

Habría querido decir esas palabras en voz alta. Las tenía en la punta de la lengua y estaban quemándole la garganta, implorando que las dejaran salir. ¿Qué tenía de malo sumar otro secreto a su relación? ¿Por qué no podrían soportarlo si ya habían luchado contra un monstruo y las estrellas mismas?

En ese momento, desde el otro extremo del callejón, Alisa anunció:

—Nuestra gente se acerca. Juliette, tal vez deberías irte.

Juliette también oyó las voces. Todavía estaban a cierta distancia, pero podía oír claramente cómo se superponían unas a otras, en ruso. Se reían, hablaban de Escarlatas muertos, de cómo miembros de la pandilla rival había caído al suelo con los ojos sin vida mirando al cielo.

Fue esto lo que hizo a Juliette recobrar la cordura. Fue aquello lo que permitió que la verdad regresara a sus pensamientos, como una bofetada.

No estaba en medio de una lucha por amor. Era una batalla por la supervivencia.

—¿Me preguntas por qué? —Juliette comenzó en voz baja. Tragó saliva, dejando que las por decir se incrustaran en su boca como dientes adicionales—. Evitó que intentaras matarme, ¿no es así? En verdad te digo, Roma, que necesito tu cooperación.

En un instante, la tímida disposición a mantener la paz desapareció de la expresión de Roma. Era un tonto si pensaba que la verdad lo haría más fácil. Sólo los destrozaría pensar que esto podría terminar de cualquier otra manera que ambos consumidos por la guerra entre clanes.

—El jueves —dijo Juliette. Las voces de los Flores Blancas seguían acercándose—. En Chenghuangmiao, a las nueve horas. No llegues tarde.

La joven se alejó antes de que los miembros de la pandilla rival pudieran aparecer en el callejón, antes de que Roma descubriera que las lágrimas asomaban a sus ojos, lágrimas de la más completa y absoluta frustración. Porque todo lo que en otro tiempo ellos habían sido ahora se reducía a esto.

Roma resopló y le dio una patada a su saco ensangrentado. Había quedado arruinado, pero a él apenas le importaba.

—¡Roma! —exclamó uno de los Flores Blancas al verlo. Los demás

miembros de la pandilla que habían alcanzado la boca del callejón echaron un vistazo a su futuro líder, y a su pequeña hermana. Vieron sangre en las manos del joven y lo encontraron con apariencia demacrada. Definitivamente tenía uno o dos moretones en la cara después de su pelea con Juliette—. ¿Qué haces aquí?

—Déjennos —respondió el joven, malhumorado.

Entonces aquellos miembros del clan se fueron sin decir una palabra más. Lentamente, Alisa caminó hacia su hermano ladeando la cabeza. En lugar de apresurarse a preguntar qué acababa de pasar, comenzó a empacar el botiquín de primeros auxilios.

—*¡Maldita sea!* —Roma siseó un tanto demasiado alto. Ella había estado allí, a su merced. Podía matar a todos los adversarios que quisiera en las calles, perforar disparos certeros a los Escarlatas que corrían hacia él cuchillo en mano. Pero nada de eso importaba si no podía dar un golpe mortal al corazón de la Pandilla Escarlata. A Juliette. Ejercer venganza a través de pequeños actos no le servía, aquello sólo era cobardía. Tal vez eso era él, un cobarde que no podía dejar de amar a una malvada mujer.

—¿Qué fue todo eso? —Alisa preguntó abiertamente.

Roma se frotó el cabello. Un mechón oscuro cayó sobre sus ojos, cubriendo todo su mundo de un velo negro.

—Primero que nada, soy yo quien debería estar preguntando si te encuentras bien —suspiró—. ¿Estás herida?

Alisa sacudió la cabeza.

—¿Por qué iba a estarlo? —la chica se apoyó contra la pared luego de sentarse—. Fue Juliette quien saltó frente a ese cuchillo.

En efecto, Juliette así lo había hecho. Y Roma no podía pensar en una razón para explicarlo… No en una que tuviera sentido, sin importar lo que la joven hubiera dicho.

—¿Y bien? —preguntó Alisa—. ¿Por qué intentabas matar a Juliette?

Roma decidió sentarse también. Se arrastró al lado de su hermana como si ambos estuvieran esperando que les leyeran un cuento antes de dormir y no estuvieran escondidos en un callejón anegado en sangre.

—Bueno, hace dos generaciones, su abuelo mató al nuestro…

Alisa no iba a tragarse ese cuento.

—Olvida por un momento la guerra de clanes. Estabas colaborando con ella, y de repente dejaste de hacerlo. He escuchado los rumores: unos que

parecen tener bastante lógica y otros que son tan absurdos que dan risa. ¿Qué de todo eso es verdad?

Roma se apartó el cabello de los ojos. Su pulso aún estaba acelerado, sus palmas ligeramente húmedas.

—Es… es complicado.

—Nada en este mundo es complicado, sólo información que puede malinterpretarse.

Roma observó a Alisa arrugando la nariz. Alisa hizo exactamente el mismo gesto, y los hermanos de repente parecían imágenes en el espejo el uno de la otra.

—Eres muy lista para ser tan joven —le dijo Roma.

—Tú tienes diecinueve. No nos llevamos muchos años —Alisa se dio una palmada en la rodilla—. ¿Papá lo sabe?

—Fue su idea —murmuró él. Al darse cuenta que ya no podía mantener a su hermana ignorante de los acontecimientos, Roma comenzó su relato desde el principio, desde el momento en que Lord Montagov lo llamó a su oficina para discutir el plan y luego la mirada sarcástica y cómplice que Roma había captado de Dimitri en la sala de estar.

—La última colaboración entre nosotros tuvo lugar en Zhouzhuang —finalizó—. Luego, los Escarlatas incendiaron uno de nuestros refugios. Entonces comprendí que la alianza había terminado.

Alisa había estado mirando la pared del callejón, claramente reflexionando sobre los eventos. Los engranajes al interior de la cabeza de la jovencita giraban sin detenerse, su ceño fruncido se acentuó. Iba a ser imposible encontrarle sentido a todo aquello. Era una pérdida de energía intentarlo.

—De cierta manera hubiese querido quedarme allá —continuó Roma.

El ceño fruncido de Alisa desapareció rápidamente, sorprendida como estaba por ese giro repentino de la historia.

—¿En Zhouzhuang? —resopló la chica—. Allá todo es muy silencioso.

—Nos hace falta un poco de silencio. Esta ciudad siempre es tan ruidosa.

Roma inclinó la cabeza hacia arriba y comenzó a observar la forma en que las nubes se arremolinaban. El deseo de huir había estado dando vueltas en su mente durante años: un susurro constante con la idea de escapar. Recordó una noche en que se recostó en el alféizar de la ventana,

con la mejilla todavía adolorida ante la disciplina de Lord Montagov, con el deseo de poder levantarse y partir a una vida en algún lugar fuera de los límites de esta ciudad. Anhelaba un aire que no oliera a humo de fábrica. Quería sentarse a la sombra de un gran árbol, apoyarse en el tronco y no ver nada más que follaje en kilómetros a la redonda. Pero lo que más deseaba aquella noche era recuperar a Juliette; quería tomar su mano y huir, lejos de las garras de sus enfrentadas familias.

Sólo que Roma también sabía exactamente lo que eso significaba: dejar a los Flores Blancas sin un heredero, abrir un espacio que cualquier alma repleta de odio podría llenar.

—Es ruidoso porque le prestas atención —dijo Alisa.

—Es ruidoso porque todo el mundo siempre me está hablando —Roma suspiró y presionó el dorso de una ensangrentada mano sobre sus ojos. Era asfixiante vivir así, en medio de las constantes exigencias de los Flores Blancas, de su padre, de la propia ciudad—. Creo que debe ser más agradable vivir de forma simple. Dedicarse a pescar y vender el pescado fresco en el mercado todos los días por un salario digno, en lugar de traficar montañas de opio a cambio de montañas de dinero que nunca habremos de gastar, y que jamás necesitaremos.

Alisa pensó en ello. Doblo las piernas y apoyó los brazos en las rodillas.

—Me parece —dijo ella—, que eso es algo que dices porque hemos sido ricos toda nuestra vida.

Roma sonrió con los labios apretados. Sin duda. No habían nacido para tener una vida simple, por lo que tampoco la merecían. Les había llevado generaciones llegar hasta donde estaban ahora, ¿y quién era Roma para arrojarlo todo por la borda?

De cualquier manera, esa parte de él nunca parecía desaparecer. La parte que quería escapar, la que deseaba una vida diferente. Si tan sólo pudiera borrar todos los recuerdos de sus primeros años, tal vez también podría reprimir estos pensamientos, pero siempre recordaría estar recostado en un parque con Juliette. Ella tenía quince años, era despreocupada, con la cabeza de él en su regazo y los labios de ella en un suave beso sobre su mejilla, la hierba bajo sus dedos y las aves revoloteando en las ramas que los obsequiaban con su sombra. Siempre recordaría ese pequeño rincón donde nada podía perturbarlos, un mundo propio, donde llegó a pensar: *ésta… ésta es la única felicidad completa que he*

sentido.

Era esa parte de él que nunca podría desechar, y dado que Juliette estaba fija en esos recuerdos, como el dobladillo cosido en las perneras de sus pantalones, ¿cómo podría él alguna vez *matarla*?

Desde el otro extremo del callejón llegó un sonido: un guijarro deslizándose por el pavimento. Segundos después apareció Benedikt. Frunció el ceño al ver a sus dos primos en el suelo.

—¿Qué están haciendo? Tenemos que irnos ya.

Roma se puso de pie sin discutir, empujando el botiquín de primeros auxilios fuera de la vista y extendiendo una mano a Alisa.

—Vamos —dijo al tiempo que revolvía el cabello rubio de Alisa la levantaba. Y los dos siguieron a Benedikt de camino a casa.

No fue hasta que regresaron al territorio de los Flores Blancas, y Alisa comenzó a arrastrar los pies sobre la grava, que Roma parpadeó de repente: dirigió su mirada a la parte posterior de la cabeza de Benedikt. No había pensado mucho en cómo los había encontrado su primo. Pero ahora, cuando Benedikt reprendió a Alisa para que caminara correctamente y dejara de arruinar sus zapatos, se dio cuenta de que no había escuchado los pasos de su lugarteniente antes de que él se acercara.

Entonces, ¿cuánto tiempo había estado Benedikt allí, inmóvil a la vuelta del callejón, escuchando la conversación entre los hermanos?

Veinticuatro

En una fábrica al oriente de la ciudad, en una sombría tarde de jueves, las máquinas se silencian a un tiempo. El capataz levanta la cabeza de su escritorio, aturdido y adormilado, un delgado rastro de baba le resbala por la barbilla. El hombre se limpia la cara y da un vistazo a su alrededor; no encuentra trabajadores frente a él, sólo sus mesas atestadas y sus herramientas de trabajo esparcidas de forma desordenada por el suelo.

—¿Qué significa esto? —murmura por lo bajo. El tiempo de entrega se agota. ¿Acaso los trabajadores no se dan cuenta de eso? Si no terminan el encargo en el lapso de una semana, los grandes jefes van a enojarse.

Ah, pero a los trabajadores no les interesan tales asuntos.

El capataz se da la vuelta y, con un sobresalto, los encuentra de pie detrás de él. Están armados y parecen dispuestos. Un tajo violento, eso es todo lo que se necesita. Un cuchillo se aloja en su garganta y el hombre ya se retuerce en el suelo, las manos aferradas a la herida en un fútil intento por detener la sangre que mana. No se detiene hasta que el hombre no es más que un cadáver que yace en un charco escarlata. La sangre empapa los zapatos de los obreros, sus asesinos. El cadáver es llevado de calle en calle. Un tenue rastro carmín impregna el pavimento deteriorado de las calles de las Concesiones, manchando las aceras hasta entonces blancas y limpias. Después de todo, esto es la revolución. Un rastro de sangre que se extiende de puerta en puerta, escandaloso y violento, hasta que los ricos ya no puedan desviar la mirada.

Pero la revolución no ha llegado del todo: no todavía. La gente lo está intentando de nuevo, pero todavía se siente asustada después de que el

último levantamiento fuera salvajemente sofocado, y no importa qué tanto se enfurezcan, todavía son pocos. Su furia no se escucha en Chenghuangmiao, donde dos chicas se sientan en una casa de té a planear un atraco, haciendo un dibujo en carboncillo sobre papel mientras la brisa fría sopla por la ventana. Se produce un grito momentáneo, y la mujer que porta un reluciente vestido occidental se pone rígida, se asoma desde la casa de té con medio cuerpo colgando del segundo piso en busca de señales de problemas.

—Relájate —dice la otra mujer sacudiendo una miga de su qipao—. Escuché que la policía frenó los disturbios antes de que crecieran más. Concéntrate en terminar tu inaudito plan para robar nuestra propia vacuna.

Un suspiro.

—¿*Han* frenado los disturbios? —pregunta la joven del vestido occidental—. Parece como si otro estuviera comenzando aquí.

La heredera de la Pandilla Escarlata señala con la barbilla la escena exterior, donde un pequeño grupo sostiene carteles que piden libre unión sindical, y la expulsión de los gánsteres y de los imperialistas. Expresan sus exigencias repitiendo consignas, como si su éxito dependiera de establecer una conexión con el ciudadano común, de obtener suficiente apoyo hasta que la marea cambie de dirección.

Pero la ciudad no sabe sus nombres. A la ciudad no le importan.

En ese momento llega un escuadrón de Flores Blancas, un grupo ordinario, simples cuerpos con músculos y ojos al servicio de su clan, guardianes del territorio. Los viandantes cercanos se apresuran a alejarse, seguros de que no deberían presenciar lo que está a punto de tener lugar, y su instinto es el correcto. Una espesa nube flota cubriendo el sol. Las aguas ondeantes del estanque debajo del puente Jiuqu se oscurecen levemente. Los Flores Blancas examinan la escena, susurran entre ellos y luego, tan rápido como sólo se puede lograr con una maniobra previamente ensayada, empuñan sus armas y abren fuego contra los manifestantes. Matan a tiros a la mitad del grupo.

En la parte superior de la casa de té, las chicas se estremecen, pero no hay nada que hacer. El resto de la comitiva se dispersa y la policía espera, bajo órdenes de los Flores Blancas. Los manifestantes que han sobrevivido lanzan patadas, abuchean y escupen, pero ¿de qué les sirve? Por ahora,

todo el resultado de su furia se traduce en agujeros de bala en el pecho.

—Solía pensar que esta ciudad que voy a heredar se estaba convirtiendo en una gobernada por el odio —dice la chica del vestido occidental en dirección al viento helado—. Solía pensar que era obra nuestra, que la guerra entre clanes arruinó todo lo que era positivo —se quedó mirando a su prima—. Pero el odio ha estado rampante en ella durante mucho tiempo.

El odio ha estado al acecho en las aguas antes de que fuera disparada la primera bala de la Pandilla Escarlata contra los Flores Blancas; ha estado allí desde que los británicos trajeron opio a la ciudad y se llevaron lo que no les pertenecía; desde que los forasteros irrumpieron y la ciudad se dividió en facciones, desde que la ley extranjera impuso nuevas reglas de lo que es correcto o incorrecto.

Esas cosas no se desvanecen con el tiempo. Sólo crecen y se infectan hasta supurar como un cáncer lento, muy lento.

Y cualquier día de estos, la ciudad se volteará al revés, corrompida por el veneno en sus propias costuras.

Era preocupante el número de mensajeros que había despachado Benedikt en la última hora, pero Marshall trató de no sacar conclusiones precipitadas. Comenzaba a dificultársele encontrar un buen escondite para mantenerse lo suficientemente lejos de Benedikt, al tiempo que lo bastante cerca para seguir lo que estaba sucediendo.

—¿Estás planeando un asalto? —se preguntó Marshall en un susurro —. De otra manera, ¿para qué podrías necesitar tantos Flores Blancas?

Como si lo hubiera escuchado, Benedikt levantó la vista y Marshall tuvo que agacharse rápidamente hasta apoyarse contra el techo. Estaban cerca del cuartel general, en la parte más concurrida de la ciudad, donde las esquinas de las calles eran ruidosas y los callejones eran atravesados por cientos de cañas de bambú que los colonos habían dispuesto para secar su ropa colgada al viento. Incluso si Benedikt había creído captar un movimiento a lo lejos, Marshall confiaba en que su mejor amigo simplemente pensaría que se trataba de un elemento común del ambiente, quizás un vestido largo que se agitaba con la brisa.

Marshall se había puesto tan pálido por permanecer largos periodos sin salir que probablemente parecía, de hecho, un gran vestido blanco.

—Eso es todo, entonces —escuchó decir a Benedikt al tiempo que despedía a otro mensajero. Si Benedikt no le pedía que hiciera alguna tarea, entonces Marshall imaginó que la única otra posibilidad era recopilar información. Cuando Marshall asomó más la cabeza, tratando de ver mejor, Benedikt se giró a la derecha y entonces Marshall pudo observar la cinta roja que su amigo tenía en las manos.

Marshall se rascó la cabeza.

No me digas que ya tienes un amante, pensó. *¿Sólo he estado muerto durante cinco meses y ya les estás comprando regalos para mujeres?*

En ese momento Benedikt sacó un encendedor y empezó a quemar la cinta. Los ojos de Marshall se abrieron de par en par.

Oh… Bien, no dije nada, se excusó Marshall en sus pensamientos.

Su confusión fue en aumento cuando Benedikt soltó la cinta y la dejó arder, abandonando el callejón en dirección a casa. Marshall no lo siguió, eso sería demasiado arriesgado, pero se quedó allí sentado un rato más, contemplando con el ceño fruncido cómo el último trozo de la cinta roja se convertía en cenizas. La respuesta a lo que estaba pasando con Benedikt no parecía que llegaría en el corto plazo, por lo que Marshall se sacudió el polvo, bajó del techo y regresó a la casa refugio. Tenía muchos elementos para un buen disfraz: un abrigo, un sombrero, incluso una cubierta sobre su rostro para fingir que estaba enfermo.

Marshall ya estaba muy cerca del edificio cuando una multitud de gritos resonó desde el final de la calle; levantó la cabeza y buscó el origen del sonido. Eran los últimos integrantes de una protesta y no le habría dado mucha importancia si no fuera por el grupo de soldados nacionalistas que venían corriendo desde la otra calle para acosar a los trabajadores con sus porras en alto. Marshall rápidamente se dio la vuelta, pero uno de los soldados había hecho contacto visual con él, tratando de evaluar si era parte o no de la protesta.

No puede reconocerte, se dijo Marshall, con el corazón desbocado. Ninguna parte de su rostro estaba visible. No había posibilidad.

De todos modos, después de que abriera la puerta de la casa refugio y hubiera colocado la cerradura al entrar, después de que la protesta hubiese sido dispersada muy lejos del reclamado territorio extranjero, Marshall Seo seguía con la sensación de que estaba siendo vigilado.

Juliette se había encaminado a Chenghuangmiao relativamente temprano. Después de que ambas abandonaran la casa de té para ocuparse de sus propios asuntos, ella y Kathleen habían acordado reunirse de nuevo a las nueve de la noche, por lo que se encontraba en el punto señalado con casi un cuarto de hora de adelanto. Alzó la nariz y logró captar el remanente hedor metálico de la sangre de los trabajadores que habían sido asesinados a tiros durante el día.

—Escuché que tuvo lugar una revuelta.

Juliette estuvo a punto de dar un brinco. Giró y se encontró con el rostro de Roma, quien se acercaba en medio del tenue brillo de los comercios, la mitad de su rostro iluminado y la otra mitad cubierta por las sombras. Llevaba un sombrero, y cuando se detuvo junto a ella y se lo bajó. Sus rasgos estaban ocultos y solamente Juliette, quien lo miraba directamente a dos pasos de distancia, sería capaz de identificarlo.

—No la llamaría una revuelta —respondió ella—. Tus hombres actuaron rápido.

—Sí, claro… —Roma olfateó el aire. A pesar del frío que les adormecía la nariz, a pesar de los olores a carne asada que emanaban de los restaurantes cercanos, él también percibió la sangre, pudo darse cuenta de cuánta se había derramado—. A veces ellos pueden ser un tanto rudos.

Juliette apretó los labios, pero aparte de eso no dijo nada más. Esperó a que pasara un grupo de ancianos, luego inclinó la barbilla ligeramente hacia la derecha, hacia la base del edificio junto a ellos.

—Éste es nuestro laboratorio —dijo la joven—. Pero debemos esperar a que llegue Kathleen. Ella te ayudará a entrar mientras yo distraigo a Tyler.

Roma arqueó una ceja.

—¿Tyler está aquí?

—Él ha estado *viviendo* aquí —Juliette señaló hacia arriba, a un grupo de ventanas del mismo edificio—. Ahí hay departamentos. Está paranoico con la idea de que los Flores Blancas roben nuestra investigación.

—Y, sin embargo, aquí estás ayudando justamente a que eso suceda.

—Tyler es corto de miras —se limitó a replicar Juliette—. Echa un vistazo, Roma.

—¿Al laboratorio?

La joven asintió.

Roma parecía tener sospechas mientras se acercaba a las pequeñas

ventanas, al estrecho recuadro de vidrio que sobresalía del suelo de cemento. Aunque los trabajadores se habían ido a casa, las luces brillaban en el interior y sólo permitían ver a Tyler en el escritorio del capataz, ojeando un libro junto a lo que parecía ser una gran montaña azul.

Roma retrocedió rápidamente, arrastrando los pies para no revelar su presencia.

—¿Qué *es* eso? —preguntó.

—La vacuna —respondió Juliette—. Esta vez la creamos en forma sólida. Se disuelve fácilmente para su distribución a través del sistema de agua, pero es intensamente inflamable mientras permanece sólida.

Al menos eso era lo que Juliette había entendido de la breve explicación de su padre después de la reunión de ese día. La arrojarían al suministro de agua en todo el territorio Escarlata, inmunizando a los civiles en toda esa zona y protegiendo con ello a su gente.

Roma asintió indicando que entendía lo que la joven estaba diciendo.

—Brillante —admitió él—. Los Flores Blancas no viven en tu territorio, y aquéllos que se cuelan en algún hogar u otro para beber el agua seguramente correrán el riesgo de ser atrapados y podrían perder la vida. Los comunistas también se asientan lejos de tu territorio, por lo general en las áreas más pobres o en suburbios alejados.

—De manera que es una táctica beneficiosa sólo para la Pandilla Escarlata, de principio a fin —sentenció Juliette—. Aquéllos que buscan inmunidad deben jurar lealtad a los Escarlatas y quedar físicamente bajo nuestra protección; deberán pagan el alquiler de nuestros techos e incrementar el número de miembros leales a la Pandilla. Infortunadamente no puedo reclamar ningún crédito por ello. Todo fue obra de Tyler.

—¿Y *esto* también es obra de Tyler?

Juliette se dio la vuelta, alarmada por la voz desconocida. Por un brevísimo segundo, el corazón se le aceleró, ansiosa por alcanzar un cuchillo, prácticamente decidida a dar muerte a la potencial amenaza. Luego, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y reconoció que quien hablaba era Rosalind, que caminaba junto a su hermana, Kathleen. Ésta última se detuvo dejando escapar un bufido.

—Yo no la invité —informó Kathleen, al tiempo que ajustaba su manga y saludaba a Roma con una leve inclinación de cabeza—. Ella pensó que

yo estaba escondiendo algo y no pude evitar que me siguiera.

Roma hizo también un gesto de saludo.

—Juliette —enfatizó Rosalind cuando no obtuvo una respuesta—. ¿No se había *terminado* tu colaboración con el heredero de los Flores Blancas?

Juliette no tenía ni el tiempo ni la energía para lidiar con el interrogatorio de su prima. Se llevó las manos al rostro y ahogó una profunda exhalación. Escuchó el repique cercano de campanas indicando que eran las nueve en punto de la noche.

—Estoy trabajando con él por voluntad propia.

—*Por voluntad propia…* —el eco en la voz de Rosalind se apagó al tiempo que se acentuaba su gesto de confusión y absoluta incredulidad. Su mirada osciló entre Juliette y Roma, y Juliette resistió el impulso de estremecerse, sabiendo que su prima no sería capaz de ver lo que Juliette misma temía revelar—. Te aliaste abiertamente con el enemigo. En este momento tienes campo abierto para meterle un tiro en la cabeza…

Rosalind habló como si Roma no estuviera parado allí escuchando como ella hablaba de darle muerte.

—Sólo confía en mí en esto —Juliette trató de sonar razonable—. Hay una gran diferencia entre eliminar a un enemigo demasiado pronto y matarlo cuando es el momento adecuado. Éste no es un buen momento.

Rosalind dio un paso atrás.

—Siempre llegamos a esto —fue lo que dijo, en voz baja—. Tú decides en qué momento la guerra de clanes importa y en qué momento puede esperar. Los Cai deciden cuándo son enemigos y cuándo no lo son, y el resto de nosotros debemos obedecer.

—Rosalind —dijo Kathleen bruscamente.

Juliette parpadeó, sorprendida por la acusación. Quería pensar que su prima simplemente estaba expresando un rencor de clase, que le parecía injusto que Juliette pudiera colaborar con Roma sin sufrir consecuencias mientras ella tenía que andar a escondidas con su amante. Sólo que esta percepción no encajaba del todo con el resentimiento que rezumaba la voz de Rosalind. Se sentía como algo de mayor envergadura. Se sentía como algo más *antiguo*, no sólo como un estallido de rabia emanado del corazón, sino algo que se había estado acumulando desde la propia esencia de su ser.

Rosalind sacudió la cabeza.

—Lo que tú quieras —dijo suavemente—. Necesito hacer mi turno en el club burlesque.

La joven se dio la vuelta y se alejó, sus tacones resonaron entre la multitud de Chenghuangmiao hasta que un renovado silencio se impuso entre los que se quedaron. La mirada de Juliette revoloteó en dirección a Roma quien no mostró ninguna señal de que esto lo hubiera afectado en absoluto. Todo lo que apareció fue su expresión de aburrimiento, y el lugar estaba demasiado oscuro para que Juliette pudiera identificar otras señales.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Juliette, con voz áspera cuando volvió a hablar—. Retiraré el enchufe eléctrico en la parte trasera del restaurante y luego atraeré a Tyler a su departamento de arriba. A mi señal, Kathleen, puedes acompañar a Roma al laboratorio. Entre los dos, estoy seguro de que podrán averiguar qué documentos son relevantes para la investigación. ¿Estamos listos?

Kathleen asintió. Roma también y se encogió de hombros a modo de afirmación.

Juliette suspiró y dijo:

—De acuerdo, vamos —y luego se sumergió en el restaurante.

—Supongo que deberíamos haber aclarado cuál será exactamente la señal de Juliette —comentó Kathleen cuando el restaurante se quedó a oscuras. Algunos de los clientes del interior dieron un grito de sorpresa. Los otros, simplemente continuaron comiendo.

—Sí, bueno —dijo Roma Montagov—, dado que se trata de Juliette, estoy seguro de que será una señal ruidosa y bastante obvia.

A Kathleen se le escapó un sonido espontáneo que comunicaba la gracia que le hacía el comentario, y aunque lo reprimió de inmediato, la expresión de Roma también se alteró un poco, no lo suficiente como para calificarla de divertida, y ciertamente tampoco de estoica. La inapropiada ligereza de Kathleen pasó a escrutinio. Mientras se sumían en un tenso y expectante silencio, la joven se mordió el labio, luchando contra el impulso de seguir hablando. Esto estaba lejos de ser la primera vez que observaba a Roma Montagov y Juliette Cai trabajando conjuntamente, a pesar de sus múltiples intentos de darse muerte la una al otro. Y si Juliette se negaba a decir nada acerca de la razón…

—Espero que entiendas que… —dijo Kathleen, incapaz de resistir la tentación— Juliette te está haciendo un gran favor.

Roma inmediatamente se burló.

—No existen los favores en esta ciudad. Simplemente las estrategias. Oíste lo que ella le dijo a tu hermana, ¿no es así?

Kathleen la había escuchado. *Hay una gran diferencia entre eliminar a un enemigo demasiado pronto y darle muerte cuando es el momento adecuado*. Y parecía que ella era la única que había percibido una inflexión en la voz de su prima que indicaba que estaba mintiendo. Qué extraño resultaba aquello. Lo era el hecho de que Roma Montagov pareciera iracundo por la intención de Juliette de destruirlo, cuando Kathleen podía ver que Juliette no tenía ninguna intención de hacerlo.

—Ella dice lo que cree que Rosalind quiere oír.

Roma frunció el ceño.

—Lo dudo.

Kathleen inclinó la cabeza:

—¿Por qué?

Esta vez Roma se rio, en verdad divertido. En ese gesto se revelaba incredulidad, como si Kathleen le hubiera preguntado si era posible respirar sin aire.

—Señorita Lang —dijo, su voz todavía rebosante de incredulidad—, en caso de que lo haya olvidado, Juliette y yo somos enemigos acérrimos. Tú y yo también lo somos; enemigos distanciados por un juramento de sangre.

Kathleen se miró los zapatos. Estaban acumulando polvo y ensuciándose con esos extraños escombros que parecen ocupar siempre las aceras.

—No lo olvido —dijo ella en voz baja. Se inclinó para limpiarse la correa que le cruzaba el talón—. Solía pensar que esta disputa podría detenerse si ambas pandillas llegaban a un entendimiento. Solía idear muchos planes que enviaba a Juliette cuando ella estaba en Estados Unidos. Había tantas cosas que podríamos decir, que podríamos proponer y poner en práctica para que los Flores Blancas comprendieran que éramos personas que no merecíamos morir.

Kathleen se enderezó. Todavía no había señales de Juliette. Sólo un edificio oscuro y amenazador, sumido en la confusión mientras algunos de

los clientes del restaurante deambulaban por el exterior. Roma se bajó el sombrero para evitar que lo reconocieran, pero estaba escuchando.

—Sólo que no es eso, ¿verdad? —continuó la joven—. Nunca fue un problema de alienación. No importa cuán vehemente expresemos a los Flores Blancas el dolor que sentimos. Lo sabes. Siempre lo has sabido, porque también nos hablas de tu dolor.

Roma se aclaró la garganta.

—¿No es ése el objetivo de una guerra de clanes? —dijo finalmente a modo de respuesta—. Somos iguales. No tratamos de colonizar al otro como lo han hecho los extranjeros. No tratamos de controlar al otro. Se trata solamente de un juego de poder.

—¿Y no es eso muy agotador? —preguntó Kathleen—. Nos destruimos unos a otros porque deseamos ser los únicos en esta ciudad, y nos importa poco cuánto dolor generamos al otro. ¿Cómo podemos vivir así?

Silencio. La expresión de Roma era tensa, como si de repente no pudiera recordar cómo se había dejado arrastrar a esta conversación. Por encima de ellos, los nubarrones se acumulaban y se engrosaban, preparándose para lo que sería una tormenta.

—Lo siento —se disculpó al fin Roma Montagov.

Ahora fue el turno de Kathleen de parpadear:

—¿Por qué?

—Supongo que por no tener una solución.

¿De verdad lo sentía? ¿Cómo podría alguno de ellos realmente arrepentirse cuando nunca hicieron nada para detenerlo?

—No sirve de nada lamentarse —dijo Kathleen claramente. Sabía con certeza que Juliette se había dado cuenta de esto hacía mucho tiempo. Por eso su prima nunca había puesto en práctica ninguno de sus planes. Ésa era la razón por la cual Juliette siempre había desestimado el tema, se había resistido a involucrarse de forma directa y en lugar de ello había hablado de sus fiestas y de los bares clandestinos que frecuentaba en sus cartas—. Mientras la Pandilla Escarlata y la de los Flores Blancas tengan la esperanza de un futuro hegemónico, la guerra de clanes continuará.

Roma Montagov se encogió de hombros.

—Entonces existe una solución —dijo él—. Desintegrar las pandillas.

Kathleen se tambaleó y estuvo a punto de chocar contra la pared junto a la que estaban.

—No —dijo ella, horrorizada—. Eso podría ser peor que mantener una guerra de clanes.

Aquello llevaría a una lucha interminable por el poder, a gobernantes que serían derrocados de forma cíclica, o daría el poder a regentes políticos acostumbrados a la simulación y la mentira. Nadie sería tan leal al mantenimiento de la ciudad como lo eran los gánsteres. *Nadie*.

Fue entonces cuando un sonido de cristales que se rompían interrumpió el tren de pensamientos de Kathleen, ella se alarmó y alcanzó a ver un libro que caía por una de las ventanas del tercer piso. Se escuchó un grito desde el interior del edificio, luego una sucesión de pasos atronadores y una voz que sonaba como la de Tyler pidiendo refuerzos.

—Ahí está nuestra señal —dijo Roma Montagov dirigiéndose sin demora hacia la entrada.

Con el corazón desbocado, Kathleen se movió como para seguirlo, la piel de su nuca se erizó. Siempre se ponía muy inquieta cuando tenía que realizar tareas que podrían causarle problemas, e irrumpir en los laboratorios Escarlatas era ciertamente más problemático que infiltrarse en reuniones comunistas.

—Es mejor que te des prisa —advirtió Kathleen—. No sabemos por cuánto tiempo Juliette podrá retener la atención de Tyler.

Ambos descendieron rápidamente al laboratorio, que encontraron por completo a oscuras. Kathleen aguzó cuanto pudo la mirada para evitar chocar con las mesas de trabajo, con sus manos tanteaba para encontrar su camino. Roma no parecía tener el mismo problema, extrajo un pequeño saco de lona de su abrigo y se valió de la delgada franja de luz de luna que entraba por una pequeña ventana para iluminar su camino. Hizo un trabajo rápido al tomar muestras de la montaña que se encontraba al centro del laboratorio. La textura de la sustancia era tan maleable como la arcilla, tan ligera como el polvo.

—Señorita Lang, ¿dónde están los documentos?

Kathleen arrugó la nariz y siguió aguzando la mirada sin mucho éxito.

—Hicieron casi una docena de copias —dijo ella—, por lo que están a nuestro alrededor. Sólo asegúrate de reunir un juego completo, no duplicados de una misma página.

Roma dejó el saco de lona y volvió a hurgar en su bolsillo, del que extrajo una pequeña caja. ¡Kathleen no reparó en lo que Montagov hacía

hasta que se escuchó un zumbido y una llama cobró vida entre sus dedos devorando el fósforo en la punta de una varita.

—¿Estás loco? —siseó Kathleen—. ¡Apaga eso! La vacuna es *inflamable*.

Con una mueca, Roma apagó la varita.

—No hagas un escándalo —se excusó. Entonces alcanzó una pila de papeles que estaba justo a su lado—. Creo que lo encontré.

Kathleen resopló y se enjugó una fina capa de sudor de la frente. Le habían dado una sola misión —vigilarlo— y Roma había estado a punto de volar todo el lugar.

Por encima de ellos, les llegó el retumbar de más pasos. El sonido del vidrio rompiéndose de nuevo resonó dentro del edificio, y luego se escucharon rápidos golpes en las ventanas del laboratorio, lo cual casi le provoca a Kathleen un infarto. Cuando la mirada de la joven se dirigió a la luz de la luna, a través del cristal Juliette gesticulaba frenéticamente que se dieran prisa.

—¿Lo tienes? —preguntó Kathleen a Roma.

El joven señaló el contenido de sus manos.

—Gracias por ayudar a los Flores Blancas, señorita Lang.

Juliette esperaba afuera con impaciencia, casi convencida de que sería Tyler quien saldría del edificio antes que Kathleen y Roma. Una falla en la ejecución del plan podría arruinarlo todo. Lo único que se necesitaría para que así ocurriera era que Tyler se liberara de las ataduras que ella le había colocado muy apresuradamente, tras asestarle un golpe en la cabeza con un objeto contundente. El poco tiempo con el que contaba había sido crucial: más importante había sido para ella salir de allí cuanto antes que asegurarse de que Tyler permaneciera atado toda la noche.

Kathleen y Roma finalmente salieron del restaurante y regresaron al ajetreo de Chenghuangmiao. En ese mismo instante se escuchó un grito desde arriba, más sonoro aún a causa de la ventana rota. Algunos paseantes nocturnos levantaron la vista, pero no se detuvieron a mirar ni prestaron atención a los extraños eventos que ocurrían cerca del laboratorio clandestino.

Un disparo.

Tyler se había liberado.

—Intentaré distraerlo —dijo Kathleen, quien ya avanzaba en dirección

al restaurante—. ¡Ustedes dos, márchense!

No fue necesario repetirlo. Lado a lado, Roma y Juliette caminaron a un ritmo constante y sin levantar sospechas hasta que Tyler salió del edificio, lanzó un grito hacia la noche y exigió al intruso anónimo que se mostrara. Ya entonces había transcurrido tiempo suficiente para que Roma y Juliette se desvanecieran entre la multitud y pudieran apretar el paso. Aunque no había tanta gente allí de noche como de día, el barrio ofrecía suficientes oportunidades para pasar desapercibido y entrar en un callejón para quedar fuera de la vista de Tyler.

—Vamos —susurró Juliette, sin detenerse. Las paredes del callejón se alzaban junto a ellos, altas y amenazadoras—. Recuerda el trato que hicimos, Roma. Debes entregarme al francés.

—Trabajaré lo más rápido que pueda —convino Roma detrás de Juliette—. Lo prometo… *¡uff!*

La joven se giró y dio un respingo, alarmada por el amortiguado grito de Roma. Durante un instante de confusión, ni siquiera pensó en sacar su arma. Sólo podía preguntarse cómo Tyler los había encontrado cuando creyó que ya lo habían dejado atrás. Ella *pensó* que su primo no habría sido capaz de moverse entre la multitud a tal velocidad.

Acto seguido logró enfocar la visión y se dio cuenta de que Roma no estaba siendo atacado; quienquiera que lo hubiera sujetado estaba presionando un trapo contra su rostro, y cuando Roma cayó al suelo, inconsciente, el recién llegado acomodó al joven en el suelo con sorprendente gentileza.

No era Tyler quien los había encontrado… sino Benedikt Montagov, quien se irguió alcanzando toda su altura antes de echar atrás la capucha de su abrigo y caminar en pos de Juliette.

Tā mā de, maldijo la joven.

—Nunca imaginé que fueras del tipo de persona que asesina a su propia sangre —resopló Juliette retrocediendo lentamente. Si salía corriendo en este instante, aún tendría posibilidades de escapar. Había otro callejón frente a éste, que conducía a una calle más transitada que podría ofrecerle refugio.

—Sólo está noqueado —respondió Benedikt con frialdad—. Porque no fue capaz de hacer lo que es necesario.

El arma emergió al instante. No la había estado sosteniendo antes, pero

ahora estaba en la mano de Benedikt, una pistola austera y elegante que brillaba bajo la luz de la luna a sólo tres pasos de la frente de Juliette.

No había manera de salir de aquello. No había manera de que Juliette pudiera correr lo suficientemente rápido sin que una bala le perforara alguna parte del cuerpo, para luego dejarla desangrándose en el suelo, como uno más de los rijosos obreros que protestaban por una mejor calidad de vida. Benedikt no era como Roma. No dudaría un segundo en darle muerte.

—Escúchame —habló Juliette, cautelosa pero sin demora, levantando las manos.

Ya podía imaginar sus sesos desperdigados sobre la pared del callejón, una mancha rosada y carmín mezclada con los azulejos. Ella aceptaría su muerte cuando le llegara, pero ese día aún no estaba cerca, no bajo una venganza carente de propósito que Benedikt Montagov había asumido como necesaria.

El dedo de Benedikt se acercó al gatillo.

—No desperdicies tus últimas palabras —dijo a Juliette—. No voy a escucharte.

—Benedikt Montagov, no es lo que tú…

—Por Marshall —susurró él.

Juliette cerró los ojos con fuerza, y dijo:

—*Está vivo. ¡Él está vivo!*

La bala no fue detonada. Lentamente, Juliette abrió los ojos y encontró a Benedikt con el brazo abajo, la miraba con horror e incredulidad.

—¿Qué has dicho?

—Tonto —dijo Juliette, el insulto escapando suavemente de su boca—. ¿No recuerdas el suero de Lourens? En todo este tiempo, casi esperaba que uno de ustedes descubriera la verdad. Marshall Seo sigue con vida.

Veinticinco

Benedikt no guardó su arma mientras seguía a Juliette por la ciudad. No confiaba en ella. No podía imaginar cómo la joven podría salir bien librada de esa situación ni podía identificar la clara señal de una mentira cuando se estremeció ante la figura inconsciente de Roma en aquel callejón y le había hecho señas a Benedikt para que la siguiera, pero quedaba tiempo más que suficiente entre este momento y la llegada al lugar al que se dirigían, como para que Juliette pudiera huir… o, Dios no lo quisiera, para que sacara su propia arma y le disparara.

Pero la joven no sacó ningún arma.

Juliette se limitó a seguir caminando, con paso seguro, como si hubiera cubierto aquella misma ruta miles de veces antes. Benedikt estaba empezando a sentir un tic nervioso en su mejilla. Apenas podía reflexionar acerca de lo que Juliette había dicho, por miedo a perder la cabeza antes de ver la verdad por sí mismo. Tenía la urgencia de golpear algo, de dar un pisotón tan fuerte que el tacón de sus zapatos se hiciera trizas. Pero no hizo nada. Sólo siguió avanzando, obedientemente, y sin expresión en el rostro.

Juliette se detuvo al fin frente a un edificio común y corriente, que tenía una fachada lo suficientemente simple y deslucida como para camuflarse bien entre todos los otros muros y ventanas en las cercanías. Había tres escalones que subían al edificio y, a través de la entrada, que estaba abierta, se veía una puerta que estaba justo a la derecha, a dos o tres pasos de una escalera que subía en espiral. Benedikt aguzó el oído. Más allá del aullido del viento, no había mucho más que percibir. Los pisos

superiores de este edificio probablemente estaban vacíos.

Benedikt dio un salto, con el arma bien sujeta en la mano, cuando Juliette se dejó caer sobre una caja que estaba justo afuera de la puerta del departamento.

—Esperaré aquí —dijo ella—. A estas horas, la puerta está abierta.

Benedikt parpadeó.

—Si esto es una trampa… —le advirtió.

—¡Ay, por favor!, sólo *entra*.

Benedikt bajó la mano hacia el picaporte. Sin saber muy bien por qué —o, en realidad, porque tenía todas las razones para hacerlo—, su corazón empezó a latir como un tambor de guerra. La puerta se abrió lentamente y Benedikt entró al departamento y dejó que sus ojos se adaptaran a la penumbra mientras la puerta se cerraba a su espalda. Durante un momento, no supo bien dónde buscar: una cocina, papeles regados sobre una mesa, una estantería, y luego…

Allí. Como un maldito espectro venido de ultratumba, Marshall Seo estaba recostado sobre un colchón gastado. Al oír que alguien entraba a la habitación, Marshall levantó casualmente la vista de la talla en madera en la que estaba trabajando, luego verificó rápidamente que estaba viendo bien y se puso de pie de un salto.

—*¿Ben?* —exclamó con voz dubitativa.

Estaba más pálido. Tenía el cabello más corto, disparejo, como si él mismo hubiera tomado unas tijeras y se hubiera peluqueado, sin preocuparse mucho por la parte posterior de su cabeza.

Benedikt no podía moverse ni decir palabra. Boqueaba como un pez fuera del agua, con los ojos muy abiertos y la mandíbula colgando, mientras miraba fijamente y en silencio, porque el hombre frente a sus ojos era Marshall, *su* Marshall, y estaba vivito y coleando, justo frente a él.

—Benedikt —repitió Marshall, esta vez con voz nerviosa—. Di algo.

Benedikt finalmente se recuperó. Tomó el objeto más cercano que tenía a mano, una manzana, y se la lanzó a Marshall con todas sus fuerzas.

—¡Hey! —gritó Marshall esquivando la manzana—. ¿Qué te pasa?

—¿Y no se te ocurrió contactarme? —gritó Benedikt, ahora le lanzaba una naranja que rebotó en el hombro de Marshall—. ¡Pensé que estabas *muerto*! ¡Te lloré durante meses! ¡Asesiné a muchos Escarlatas en tu nombre!

—¡Lo siento, lo siento! —se excusó Marshall, mientras se movía de un lado a otro tratando de evitar convertirse en un blanco fácil—. Tenía que ser así. Era demasiado peligroso contártelo. La reputación de Juliette está en juego, si esto llega a saberse…

—¡A mí no me importa Juliette! ¡Me importas tú!

De repente, tanto Benedikt como Marshall se quedaron paralizados, pues el primero recordó que Juliette podía oírlos, y el último se dio cuenta de que ella debía de estar afuera, pues Benedikt estaba ahí.

Luego se oyó un ruido que venía del otro lado de la puerta y, a continuación, Juliette carraspeó.

—¿Saben qué? —gritó desde afuera—. Creo que mejor iré a dar un paseo.

Luego se escucharon sus tacones resonar contra el suelo y luego el golpeteo se fue desvaneciendo. Benedikt sintió como si le hubieran abierto un hueco en sus pulmones cuando se inclinó contra la mesa y toda la rabia y la frustración que había estado acumulando en su interior empezó a desinflarse. Había pensado que explotaría y saldría, por medio de la venganza. Con el fin de ponerle fin a la oscuridad que sentía en el pecho, había decidido dirigir un objeto punzante contra Juliette, pero en lugar de eso, la penumbra encontró luz, y ahora se sentía como una lámpara recargada, que estaba a punto de implosionar cuando el espacio vacío de su interior se quebrara.

—Ella no tenía que salvarme —dijo Marshall con voz suave, cuando se dio cuenta de que Benedikt no sabía qué hacer.

Éste seguía observando fijamente la mesa, con ambas manos apoyadas sobre la superficie. Lentamente, Marshall se fue acercando hasta llegar al lado de Benedikt. Optó por apoyarse también sobre la mesa, pero mirando en la otra dirección.

—Podría haberme matado, pero no lo hizo —continuó Marshall.

—¿Ella te ha estado escondiendo? —preguntó Benedikt, mientras levantaba la cabeza—. ¿Aquí? ¿Todo este tiempo?

Marshall asintió.

—Si Tyler Cai se entera, no sólo se desatará una pelea. Lo que está en juego es la posición de Juliette. Será expulsada del clan.

—En primer lugar, ella podría haber evitado pretender que te había matado —susurró Benedikt.

—¿Y dejar que todos muriéramos a manos de los Escarlatas en ese hospital? —preguntó Marshall—. Vamos, Ben. Yo ya tenía una bala en el estómago. Si ella no los hubiera hecho huir en esos pocos minutos, me habría desangrado.

Benedikt se restregó la cara. A pesar de lo mucho que quería sentir rencor contra ella, no le quedaban argumentos para hacerlo.

—De acuerdo —refunfuñó al fin—. Tal vez Juliette Cai sabía lo que hacía.

Marshall estiró el brazo y le dio un golpe a Benedikt en el hombro. Era algo que había hecho miles de veces antes. Sin embargo, Benedikt sintió que se le aceleraba el pulso, como si el peso de lo que acababa de enterarse se sumara a la presión de aquel golpe.

—Yo le prometí a ella que me ocultaría —dijo Marshall, sin darse cuenta de la agitación que se generaba a su lado—. Bueno, al menos cuando la gente en las calles no intentaba algo raro. Por lo demás, honré mi palabra.

—¿Algo raro? —repitió Benedikt.

Marshall tomó de la mesa un trapo y fingió que se lo amarraba a la cara. En un segundo, Benedikt visualizó de nuevo la figura oscura en aquel techo, la que había disparado a todos esos Escarlatas cuando él se encontraba en desventaja numérica.

—Fuiste *tú*.

—Por supuesto que fui yo —replicó Marshall, y los hoyuelos de sus mejillas se hicieron más profundos—. ¿Quién más estaría tan pendiente de ti?

Benedikt sintió que se le salía todo el oxígeno del cuerpo, al tiempo que el aire en toda la habitación se quedaba inmóvil. O quizás eran sólo sus pulmones, que ya no podían respirar.

Te amo, pensó. *¿Lo sabes? ¿Siempre lo has sabido? Y* yo *¿siempre lo he sabido?*

Marshall levantó una ceja para acompañar su sonrisa vacilante. Parecía confundido. Benedikt lo observaba fijamente, y no podía dejar de hacerlo, pues todo el terror y la devastación que había experimentado en los últimos meses parecían haberse atorado en su garganta como piedras en un dique.

Podrías extender los brazos hacia él. Preguntarle si él también te ama, pensaba

Benedikt.

—¿Ben? —preguntó Marshall—. ¿Estás bien?

Si él también me amara, ¿no me lo habría dicho ya? ¿No se me habría acercado, así fuese contra viento y marea?

De pronto Benedikt estiró los brazos, pero sólo para acercar a su amigo hacia él, sólo para hacer lo que siempre había hecho en todos estos años que tenían de conocerse. Marshall se sobresaltó, pero se apresuró a corresponder el abrazo y a reír mientras Benedikt le clavaba la quijada en el hombro, como si la sensación física fuera suficiente para confirmar que aquel rencuentro tenía, de hecho, lugar; y sí; esto era real.

—Nunca más vuelvas a hacerme esto —masculló Benedikt—. Nunca más vuelvas a hacer algo así.

Marshall estrechó aún más el abrazo.

—Una vez es suficiente, Ben —fue lo que dijo.

Está vivo, pensó Benedikt, mientras soltaba a su amado amigo y comenzaba a sonreír. *Eso es lo único que importa.*

Roma se despertó con una tos ronca. Giró sobre su costado y se encontró jadeando en busca de más aire. Cuando recuperó la conciencia, la luna ya brillaba en el cielo y encandilaba sus ojos adormilados. Le molestaba la nuca, lo mismo que la espalda, y le dolían hasta los *tobillos*.

Pero la vacuna seguía estando a su lado y la bolsa parecía intacta. Al igual que los papeles en su interior.

—¿Qué *demonios* pasó? —encima de su cabeza, las avecillas que estaban posadas en los cables de tensión eléctrica levantaron el vuelo al mismo tiempo, asustadas por su grito. No había visto quién lo había golpeado. Juliette tampoco estaba, pero no había señales de lucha, ni sangre en el callejón, y ni siquiera veía una lentejuela que se hubiera desprendido del vestido de ella.

Roma se puso de pie. Sólo podía pensar que había sido un Escarlata y que Juliette, o bien había manejado la situación, o había salido del sitio para alejarlos. No había nada más que pudiera hacer ahora, excepto recoger la vacuna y llevársela a Lourens, según lo planeado.

Roma empezó a caminar fatigosamente.

En ese callejón, las aves no regresaron cuando él se marchó. Podían sentir que debían huir, pues algo más había moviéndose por

Chenghuangmiao, algo que avanzaba pesadamente sobre sus pies. Si los habituales del mercado hubieran prestado atención, tal vez también habrían sabido que debían alejarse de allí. Sin embargo, nadie pensó en irse hasta que empezaron los gritos y, al levantar la vista, se encontraron con cinco criaturas monstruosas que se abrían paso por las calles de Chenghunagmiao.

Juliette entró por la puerta principal de su casa y se quitó el abrigo en el momento en que una de las criadas acudió para recibírselo. Todavía había actividad en la cocina, pues al parecer una de sus tías se estaba preparando un bocadillo nocturno, y el resplandor cálido de la luz atravesaba el salón a oscuras como un rayo.

—Puedes retirarte —dijo Juliette a la criada después de que ésta colgara el abrigo—. Es tarde.

—Primero le traeré unas sandalias —dijo la criada. Parecía una mujer mayor, probablemente una madre, por la forma en que frunció el ceño con desaprobación cuando Juliette se quitó sus altísimos y poco prácticos tacones.

Juliette suspiró y se dejó caer de lado en el sofá.

—*¡Xiè xiè!*

—*Āiyā* —replicó la criada, que ya salía del salón—. *Bù yào shǎ*.

La mujer desapareció por el pasillo. Si la gente del enorme y poderoso imperio Escarlata pudiera ver a Juliette ahora. Parecía más una muñeca de papel que una heredera con navajas en lugar de dientes.

Un segundo después, se abrió de par en par la puerta de la casa y Juliette saltó de inmediato con los pies descalzos, lista para enfrentarse a lo que fuera. Primero entró una ráfaga de viento helado y luego Tyler, que venía arrastrando a alguien. Cuando el joven se acercó un poco, lanzó a su rehén hacia delante y lo que apareció bajo el rayo de luz fue el rostro de Kathleen, quien venía dando tumbos hasta detenerse frente a Juliette.

—¿Qué significa esto? —preguntó la heredera de los Cai, al tiempo que ponía las manos sobre los hombros de Kathleen y la revisaba de arriba abajo rápidamente—. ¿Estás herida?

—No, estoy bien —dijo Kathleen, mientras fulminaba a Tyler con la mirada y se restregaba el brazo—. Tu primo no tiene cerebro.

—Yo sé lo que hiciste, Juliette —vociferó Tyler—. Pude oler tu perfume

por todas partes. ¿Qué es lo que quieres lograr con todo esto? ¿Poder? ¿Dinero?

Juliette intercambió una mirada con Kathleen, quien se encogió de hombros y también parecía desconcertada.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Juliette.

Tyler se puso pálido:

—¿Por qué finges que no sabes de lo que hablo?

—Porque *no lo sé*. ¿De qué me acusas ahora?

—¡Los monstruos, Juliette! Los monstruos entraron al laboratorio y se llevaron todos los frascos de la vacuna.

Horrorizada, Juliette trastabilló mientras daba un paso atrás, hasta que sus piernas se estrellaron contra el sofá. Trató de controlar su expresión, pero dudaba que funcionara, cuando sintió que comenzaba a sudar frío de la cabeza a los pies.

¿Monstruos? ¿Justo después de la incursión de Juliette? ¿Esa misma noche? ¿Cómo podía ser esto una coincidencia?

En ese momento regresó la criada con las sandalias de Juliette, pero cuando vio la escena que tenía lugar en el salón, las dejó junto a la cocina y se fue rápidamente. En el salón resonó un clic, cuando se cerró la puerta hacia el pasillo. Arriba, el candelero repicó, impulsado por el susurro del viento.

—¿Viste algo? —preguntó Juliette—. ¿Eran todos?

—Los cinco, sí —respondió Kathleen—. Alcanzamos a ver a los monstruos justo cuando desaparecían, y sin embargo Tyler todavía piensa que yo tuve algo que ver, a pesar de que me encontró a tres calles de distancia, *antes* siquiera de que los monstruos atacaran.

Kathleen debió haber cumplido con su palabra, distrayendo a Tyler para que Roma y Juliette pudieran huir sin ser atrapados. Pero ¿quién podría saber que *los monstruos* también iban a sumarse a la ecuación?

Desde luego que no habían sido los monstruos, ¿o sí? Fue ese maldito extorsionador.

—¿Por qué otra razón estarías tú ahí? —le reclamó Tyler a Kathleen.

—¡Eso es asunto *mío*, Cai Tailei! Pero independientemente de eso, tú me perseguiste hasta que salí de Chenghuangmiao. ¡Y viste lo lejos que yo estaba de esos monstruos!

—Eso no te habría impedido convocarlos. Eso no habría impedido que

tú —dijo y apuntó con su dedo a Juliette— los convocaras.

Kathleen sacudió la cabeza.

—No seas ridículo. Voy a llamar a Lord Cai para que medie en este asunto —dijo y empezó a subir las escaleras. Antes de que Tyler pudiera negarse, ella desapareció de su vista.

En su ausencia, el salón quedó en silencio: Tyler observaba cuidadosamente a Juliette en busca de cualquier detalle que delatara su culpabilidad, y la joven se rompía la cabeza tratando de dilucidar cómo era posible que el extorsionador actuara al mismo tiempo que ella. No podían haber sido los Flores Blancas. Roma estaba inconsciente en un callejón. Benedikt Montagov estaba con ella. Nadie más sabía de sus planes, a menos de que Roma hubiera mandado gente a buscarlo, lo cual no parecía probable, porque, de ser así, él habría tenido que explicar cómo había conseguido aquella información.

Entonces, *¿qué fue lo que ocurrió?*

—Escucha —comenzó Tyler, y bajó la voz—. Si tú me dices lo que ocultas, podré ayudarte. No tienes por qué avergonzarte de admitir que sencillamente seguías pistas falsas.

Juliette negó con la cabeza:

—¿Cuántas veces necesitas que te reafirme mi inocencia, Tyler?

—No quiero oír hablar de tu inocencia —replicó él—. Sólo quiero que hagas lo correcto, prima. ¿Por qué no puedes creerlo?

Se oyó un ruido de pasos procedente de la planta superior. Podría haber sido Kathleen, entrando y saliendo de las habitaciones. Podría haber sido el personal de servicio de la casa, que se acercaba para presenciar el drama que se desarrollaba. En todo caso, Juliette estaba tan molesta que sólo pudo balbucear, olvidando por un momento todos los idiomas que conocía.

—Tu idea de lo que es correcto no está grabada en piedra —logró ella decir finalmente.

Lo único que Juliette podía ver era la gente de Shanghái muriendo, arrancándose la piel por causa de una enfermedad que podía prevenirse, todo porque los mandos en la cima de la pirámide —incluyendo gente de su propia casa— no eran capaces de conmoverse, de sentir un poco de compasión.

—¿Quién crees tú que eres para decirme qué es lo *correcto*? —sentenció

Juliette.

—Soy tu familia —le respondió con escarnio Tyler—. Si yo no te meto en cintura, ¿quién lo hará?

—*¡Hey!*

La voz de Kathleen interrumpió la discusión. Estaba inclinada sobre el barandal del segundo piso, y Juliette y Tyler podían ver su cabeza.

—Tu padre no está aquí —dijo, tan pronto vio que tenía la atención de Juliette—. Y son casi las once.

Juliette parpadeó.

—*¡Lái rén!*

Casi de inmediato, la criada regresó. Evidentemente, todo este tiempo había estado esperando en el pasillo, afuera del salón.

—¿Quiere que averigüe dónde está su padre, señorita Cai?

Por lo visto no estaba ni un poco avergonzada de reconocer que había estado escuchando la discusión.

—Sí, por favor —le pidió.

La criada desapareció al tiempo que Kathleen bajaba las escaleras. Mientras los tres esperaban, paseándose por el salón, Kathleen se aflojó la trenza y se masajeó el cuero cabelludo con los dedos, como si el peso de su propio cabello le produjera una jaqueca. En silencio, Juliette extrajo un cuchillo tan delgado como una aguja, de la manga y se lo ofreció. Kathleen lo tomó con una mirada de agradecimiento y se lo colocó en el cabello como si fuera un pasador.

La criada regresó.

Lucía demacrada.

—Los informantes afirman que Lord Cai se encuentra en el club burlesque —fue lo que dijo. Juliette ya estaba caminando hacia la puerta, lista para informarle a su padre lo que estaba ocurriendo con el extorsionador, pero en ese instante la criada agregó—: El club está cerrado, y su padre no deja entrar a nadie.

Juliette se quedó inmóvil y se volteó a observar por encima del hombro. Instintivamente miró a Kathleen, luego a Tyler; ellos dos parecían igual de desconcertados.

—¿Y por qué razón? —se preguntó.

Hasta donde recordaba, las únicas ocasiones en las que su padre había cerrado un club o un restaurante era cuando alguien había caído en grave

falta y él tenía que…

Juliette sintió como si un cubo de hielo le bajara por la columna. Pensó que podía sentir un olor metálico: el hedor espectral de la sangre fresca, un aroma que impregnaba el suelo cada vez que fracasaba un negocio o se filtraba un secreto importante, y los hombres del círculo interno de la Pandilla Escarlata tenían que responder por ello.

—Impondrá un castigo —reveló la criada, mientras se ponía lívida—. Los informantes dicen que su padre acaba de llegar. Es por la señorita Rosalind.

—¿Rosalind? —exclamó Tyler—. ¿Qué diablos hizo ella?

Oh, *merde*. Juliette corrió hacia la puerta, pero incluso cuando salía hacia la noche, la respuesta de la criada resonó en sus oídos.

—Se dice que ella espía para los Flores Blancas.

Veintiséis

Juliette prácticamente se lanzó contra los dos Escarlatas que resguardaban las puertas del club burlesque y sólo frenó antes de estrellarse contra ellos cuando no se movieron. Kathleen la seguía de cerca y respiraba agitadamente.

—Déjenme pasar —demandó la joven heredera.

—Señorita Cai —la reconocieron los hombres, quienes intercambiaron una mirada—. No podemos…

—¡A un lado! *¡Ahora!*

Uno de ellos obedeció, mientras el otro miraba con desconcierto, Juliette aprovechó el descuido. Se coló entre los dos y empujó la puerta para irrumpir en el interior del oscuro club, donde el humo del cigarrillo hizo que de inmediato le ardieran los ojos.

Adentro sólo se oían gritos.

Durante un momento, Juliette se quedó paralizada por la impresión, sin saber muy bien qué estaba presenciando. Habían desocupado todo el club y las mesas y el bar se encontraban desiertos, sin clientes ni empleados a su alrededor. Los únicos presentes eran los hombres de su padre, sentados alrededor de su líder y listos para la acción, mientras que Lord Cai descansaba en una de las grandes mesas, con los brazos extendidos sobre el terciopelo del sofá en forma de media luna.

Él miraba hacia el frente.

Hacia el escenario, donde Rosalind recibía su castigo a golpe del látigo.

El cuero curtido volvió a llagar la espalda de la joven y Rosalind gritó, delirante, al tiempo que todo su cuerpo se estremecía. No le permitían ni

tirarse al suelo, pues había cuatro Escarlatas a su alrededor, dos que la sostenían erguida, uno que empuñaba el látigo y otro que permanecía a su lado.

—¡Dios mío! —susurró Kathleen al atestiguar la tortura—. ¡Dios…!

Juliette se dirigió hacia el escenario.

—¡Deténganse! —ordenó ella y se subió a la tarima con tres pasos rápidos. Cuando el Escarlata que prestaba guardia trató de impedir que ella se acercara a Rosalind, Juliette fue más rápida y empujó los brazos que trataban de sujetarla. El guardia volvió a intentarlo y Juliette le conectó un puñetazo en la cara. El hombre se alejó a trompicones y dejo que Juliette se lanzara hacia Rosalind, a quien protegió con su propio cuerpo del siguiente latigazo.

—Xiao Wang, ¡alto!

Al oír la orden de Lord Cai, el verdugo Escarlata frunció el ceño. Tenía la camisa salpicada de sangre, pero no parecía notarlo. Y no se detuvo. Echó el brazo hacia atrás, como preparado para infligir más daño y sumar otro azote a la traidora Rosalind Lang.

—Adelante —dijo Juliette y terminó aquel desafío con una sonrisita burlona—. Azótame ahora, y pronto verás en cuántos pedazos terminas después.

—Xiao Wang —repitió Lord Cai elevando la voz por encima de los sollozos de Rosalind—. No más.

Esta vez el verdugo acató y bajó el látigo, mientras Juliette se daba media vuelta y tendía los brazos hacia su prima. Tan pronto como los Escarlatas la soltaron, la joven se derrumbó y Juliette se apresuró a sostenerla para amortiguar la caída sobre el escenario. Para ese momento, Kathleen también estaba sobre la tarima y no dejaba de maldecir entre dientes.

El club burlesque quedó en silencio. A la espera.

—Rosalind —dijo Juliette—. Rosalind, ¿puedes caminar?

La joven Lang masculló unas palabras. Juliette no pudo entender lo que decía, pero, a juzgar por la expresión de aflicción en el rostro de Kathleen, ella sí lo había comprendido.

—¿Merecer qué? —preguntó Kathleen con voz ronca—. ¿Por qué dices eso?

Sólo en ese momento, Juliette entendió lo que su prima estaba

susurrando. *Me lo merezco, me lo merezco*.

—Porque en efecto se lo merece.

Juliette giró enseguida la cabeza, para mirar a su padre. Las palabras de Lord Cai eran una declaración contundente, que no dejaban espacio para la duda ni el debate.

—Bàba —susurró Juliette, horrorizada—. Tú conoces a Rosalind. Tú sabes quién es ella.

—Así es —contestó Lord Cai—. Y por eso ha debido ser más prudente. Ha debido ser más leal. Sin embargo, ha estado proporcionando información de los Escarlatas.

Juliette sintió que la garganta se le cerraba. Cuando cambió la posición de la mano con que sostenía a Rosalind vio que tenía la palma totalmente ensangrentada, pues los jirones del qipao de su prima habían comenzado a empaparse con la sangre roja y brillante que brotaba de las heridas. Juliette se sintió dividida entre la misma clase de indignación que había arrastrado a su padre hasta allí, para dar una lección ejemplar a una traidora, y el horror ante la imagen de su querida prima en tan lamentable estado. No importaba lo que hubiera hecho, ¿acaso había tenido oportunidad de explicar sus razones?

—¿Esto tiene que ver con su amante? —preguntó Kathleen en voz baja y temblorosa—. No es más que es un comerciante. Y ella dijo que el tipo estaba a punto de salirse de los Flores Blancas.

—Ése de quien hablas no es un *simple comerciante* —respondió Lord Cai y, con una rapidez asombrosa, se enderezó en el sofá y agarró una pila de papeles que reposaban sobre la mesa. Procedió a revisarlos rápidamente y seleccionó una hoja que le pasó a uno de los hombres que tenía a su lado, mientras hacía señas en dirección de Juliette—. De hecho, no es siquiera un comerciante. De acuerdo con la información que obtuvimos, es un Flor Blanca hasta la médula, y ha estado sonsacando información sobre nuestros clientes durante meses a través de Lang Shalin.

¿Qué?

El Escarlata acercó la hoja de papel a Juliette, quien revisó rápidamente el escrito. Era una carta, escrita en ruso, que contenía un detallado informe sobre los miembros del círculo interno de la Pandilla Escarlata. Y ésta era sólo una de muchas cartas. El reporte de un solo día extraído de una sucesión de meses.

—¿Quién? —preguntó Juliette—. ¿A quién fueron enviadas estas cartas?

—Bueno… —dijo Lord Cai y señaló con la cabeza a Xiao Wang y al látigo que escurría sangre sobre el escenario—. Pues eso es lo que vine a averiguar.

Para ese momento parecía que Rosalind estuviera a punto de perder la conciencia; su cuerpo desmadejado se estaba entumeciendo. Juliette le dio unos pellizcos en la cara, pero su prima había cerrado los ojos, y las espesas pestañas apenas temblaban cada vez que Juliette le pedía una respuesta.

—Vamos, Rosalind —murmuró Juliette—. Quédate conmigo.

Entonces Lord Cai se levantó de su asiento y Juliette sintió que todas sus células se estremecían presas del pánico. Nunca antes había reaccionado así ante la presencia de su padre, a quien siempre había considerado un hombre justo, incluso cuando era él quien sostenía el látigo. Pero su padre era, y siempre había sido, el líder de una pandilla despiadada, la cabeza de un imperio criminal. Nunca había vacilado a la hora de aplicar un castigo, cuando la situación lo ameritaba, y Juliette nunca había parpadeado al verlo, hasta ahora… cuando el castigo, aunque seguía siendo justo, se desataba contra una de sus mejores amigas.

—Supongo que aquí no hay nada más que hacer —dijo Lord Cai—. Si quieres interferir, Juliette, puedes ayudar haciendo que tu prima te confiese el nombre. Ella lo sigue protegiendo, incluso ahora, y eso no será tolerado —entonces su padre hizo una seña a los hombres que lo rodeaban—. Llévenla a casa. Y llamen a un médico.

Kathleen trató de protestar cuando los hombres se inclinaron para llevarse a Rosalind, pero Juliette la soltó. Ya había pasado el momento del castigo y los suyos no se ensañaban de maneras innecesarias. Los hombres la cargaron con cuidado, evitando tocarle las heridas.

Todo este espectáculo no era para herirla, sino para dejar en claro un punto. La traición no sería tolerada.

—Juliette —susurró Kathleen cuando los Escarlatas empezaron a abandonar el club—. ¿Rosalind nos mintió?

—Sí —contestó Juliette con certeza. Luego se apretó las manos, y la sangre escurrió por las líneas de sus palmas. Rosalind había mentido, había traicionado a los Escarlatas por una razón egoísta, y Lord Cai no había

dudado en hacerla responder por sus faltas.

Juliette se quedó mirando las manchas de sangre sobre el escenario. Los hombres ya reacomodaban las mesas en su posición original, y los vasos tintineaban, mientras se oían gritos para que trajeran un auto hasta la puerta principal. Podía sentir los ojos de su padre sobre ella, observándola con tranquila expectativa, examinando cada reacción de su hija. Tenía que mantener una expresión inalterable, sin mostrar un horror especial ante la violencia, ni simpatía indebida por una traidora.

Pero en lo único en lo que Juliette podía pensar era en que si Rosalind había sido azotada de esa forma por filtrar información sensible para los Escarlatas, y proteger a un Flor Blanca ordinario, entonces ¿cuál sería su destino, si alguna vez supieran acerca de su pasado con Roma Montagov?

Benedikt no habría llevado el mensaje él mismo, si no fuera por lo tarde que era. El reloj estaba a punto de marcar la medianoche y Benedikt no creía que hubiera en los cuarteles generales ningún Flor Blanca lo suficientemente sobrio como para encargarle esa tarea. Eso era urgente.

Aunque, en estos últimos meses, Benedikt tenía la impresión de que todo lo que pasaba en la ciudad era urgente.

—No me puedo concentrar contigo sobre mi hombro de esa manera.

Benedikt oyó la voz atronadora de Lourens incluso antes de verlo en cuanto atravesó las puertas del laboratorio y miró hacia donde había unos pocos hombres trabajando tiempo extra. Después de un momento vio a Lourens y a su primo cerca de las mesas laterales, y los dos estaban mirando con atención algo en el microscopio. O, más exactamente, Lourens era quien tenía la cara contra el lente, mientras Roma estaba inclinado sobre el investigador, invadiendo el espacio personal del científico.

—¿Ésa es la vacuna? —preguntó Benedikt.

—Recién robada a los Escarlatas —respondió Roma, al reconocer la voz de su primo, a pesar de que ni siquiera se molestó en levantar la vista mientras el otro se aproximaba—. Pero Lourens está diciendo que no cree que pueda recrearla.

—No puedo *leer* ninguno de estos papeles —protestó Lourens—. Más aún, esta muestra no es pura. Ha sido manipulada para obtener mayor solubilidad… o inflamabilidad. Una cosa o la otra, de eso estoy seguro.

—Pues bien —interrumpió Benedikt—, la cosa es que ahora se ha vuelto todavía más valiosa. Los Escarlatas acaban de perder toda su producción. Los monstruos se la robaron.

Roma por fin levantó la mirada y se alejó un paso del microscopio.

—¿Qué? Yo estuve ahí hace apenas una hora.

—Lo sé —Benedikt apuntó con el pulgar hacia las puertas, señalando al resto de la ciudad allá fuera—. Ésa es la razón por la que se rumora que fue un golpe organizado por ti. La confianza en los Flores Blancas subió. Mientras que el prestigio de la seguridad Escarlata cayó al inframundo. Estoy seguro de que esta noche habrá en las calles varios enfrentamientos.

—¿Yo? —murmuró Roma entre dientes—. Ésa sí que es buena. Yo *quisiera* haberlo hecho.

Entretanto, Lourens emitió un ruido para llamar la atención, con un ojo todavía pegado al microscopio.

—Realmente recomendaría encontrar la fuente de esto, en lugar de contar con que podamos recrear la vacuna, Roma —fue el veredicto del científico.

Roma no dijo nada en respuesta. Era muy hábil en ocultar sus pensamientos. Si Benedikt pudiera escuchar lo que sucedía en la cabeza de su primo, estaba seguro de que oiría un caos de gritos y pánico, pero hacia el exterior, Roma se limitó a cruzar los brazos sobre su pecho.

—Haz todo lo que te sea posible. Incluso si soy capaz de encontrar al extorsionador, ¿quién me asegura que podré encontrar a todos esos condenados monstruos?

Lourens apartó el microscopio con expresión de cansancio.

—No me pagan lo suficiente por todo esto —se quejó, y luego abrió uno de los cajones de la mesa de trabajo y sacó un escalpelo—. Y hablando de eso, por la noche vino alguien para husmear y dijo que te estaba buscando.

Benedikt puso cara de enorme asombro, aunque Roma estaba demasiado ocupado con su propio gesto de sorpresa para notarlo.

—¿Al laboratorio? —preguntó Roma—. *¿Aquí?*

—Yo tampoco sé cómo llegó hasta aquí. Dijo llamarse general Shu.

¿Por qué le sonaba familiar ese nombre? Benedikt hizo un gran esfuerzo por sondear en su memoria, pero no recordó nada. Roma, por otro lado, de inmediato se sobresaltó.

—Shu es un alto funcionario nacionalista. ¿Para qué querría hablar *conmigo*?

Lourens sólo dejó escapar un suspiro, como si el tema lo estuviera aburriendo.

—Supongo que recorrió todos los lugares que frecuentas. Se fue en cuanto le dije que no estabas.

—¿Estás en problemas? —preguntó Benedikt.

—¿Con el Kuomingtang? —contestó Roma con un tono sarcástico—. No más de lo acostumbrado. Es bien sabido que preferirían verme muerto —de inmediato se alejó de la mesa de trabajo, para dejar que Lourens siguiera con su tarea—. ¿Nos vamos?

Benedikt asintió. Todavía estaba reflexionando sobre el extraño informe de Lourens cuando Roma le abrió las puertas para dejarlo salir, y el golpe del viento helado lo obligó a ponerse alerta.

—Hoy te ves mejor —comentó Roma, mientras empezaba a caminar hacia los cuarteles generales de los Flores Blancas—. ¿Estás durmiendo más?

—Sí —respondió Benedikt sin agregar nada. *Y hace sólo unas pocas horas, descubrí que Marshall todavía está con vida*.

Quería decirlo en voz alta. Quería gritarlo desde los tejados, para que el mundo entero pudiera ponerle fin a su duelo junto con él. Pero ahora Benedikt se había dejado involucrar en la promesa que Marshall había hecho a Juliette. Benedikt era ahora otra ficha más en un gran juego de ajedrez, uno en el que Juliette jugaba de un lado y Roma del otro, y para evitar que Marshall se cayera del tablero, tal parecía que él tenía que empezar a jugar desde la esquina de Juliette.

—¡Qué bueno! —dijo Roma, y una ligera arruga apareció en su frente. Tal vez era una señal de confusión, o tal vez era de alivio. Su primo oyó la variación en su voz, pero no pudo identificar la causa, y tampoco era lo suficientemente directo para preguntarlo abiertamente.

Una de las luces de la calle parpadeó en lo alto. Benedikt se frotó los brazos, para combatir el frío. Cuando dieron vuelta a una esquina, ya muy al interior del territorio de los Flores Blancas, y se sintió seguro de que no los iban a atacar, dijo:

—No me pareció que te preocupara mucho la noticia que te di hace un rato. Esperaba algún tipo de exclamación cuando dije que los monstruos

se habían robado la vacuna de los Escarlatas.

—¿Por qué debería de preocuparme? —protestó Roma con voz cansada —. Los Escarlatas nunca la habrían distribuido a nuestra gente.

—La preocupación no es por la pérdida de los Escarlata, sino por el uso de monstruos para una tarea tan trivial.

Roma soltó con vehemencia el aire contenido, lo que formó un halo de bruma a su alrededor.

—A estas alturas estoy casi convencido de que nunca van a desaparecer —masculló—. Van a seguir apareciendo, y Juliette seguirá viniendo a arrodillarse frente a mí para pedirme ayuda, hasta que al fin pueda clavarme un cuchillo por la espalda.

Benedikt se quedó en silencio, sin saber qué más decir. La falta de réplica debió haberle parecido sospechosa a Roma, porque lo miró de reojo y volvió a abrir la boca, pero luego no empezó su siguiente frase. En lugar de eso, y con tanta rapidez que casi mata a su interlocutor del susto, Roma sacó su arma y disparó hacia la noche por encima del hombro de Benedikt, y su bala ya estaba resonando en el vacío, antes de que éste se diera la vuelta y alcanzara a ver algo que desaparecía a la entrada del callejón.

—¿Qué era eso? —preguntó, al tiempo que miraba a su alrededor y hacía un inventario de lo que los rodeaba: los letreros de los comercios escritos en cirílico y las panaderías rusas, todas alineadas en un lado de la calle, aunque ya todo el mundo se había ido a dormir. Esto era lo más central del territorio de los Flores Blancas—. ¿Un Escarlata?

Roma frunció el ceño y se acercó al callejón. Su blanco hacía rato que había desaparecido, posiblemente herido, o tal vez sólo con un roce superficial, teniendo en cuenta la distancia desde la cual había disparado.

—No —respondió—. Un nacionalista, uniformado. Creí haber oído a alguien detrás de nosotros, pero se lo atribuí a mi imaginación, hasta que se acercó más. Empezaron a seguirnos casi desde el momento en que salimos del laboratorio.

Benedikt parpadeó. Primero aparecía un oficial en el laboratorio. ¿Y ahora los seguían por la calle, a pesar de hallarse en su propio territorio? Eso era muy audaz, demasiado, en realidad.

—¿Qué fue lo que *hiciste*? —preguntó.

Roma no respondió. Acababa de ver algo en el suelo del callejón: un fajo de papeles sueltos. Parecía como un viejo anuncio, pero Roma de

todas maneras lo recogió y lo desenrolló.

De inmediato levantó las cejas.

—Olvídate de lo que *yo* hice —Roma le dio vuelta a una de las hojas y quedó frente a un dibujo de la cara de Benedikt—. ¿Qué espera el Kuomintang al seguirte a *ti*?

Benedikt tomó el papel y sintió un sudor frío que le bajaba por la espalda. Su expresión neutral aparecía cuidadosamente representada y la ilustración era incluso mejor que sus propios autorretratos. El artista había sido generoso con su melena de cabello crespo. Pero no cabía duda de que se trataba de él.

—Yo… no tengo idea —murmuró.

Pero su mayor preocupación no era que el Kuomintang lo estuviera siguiendo. Si llevaban haciéndolo por un tiempo, la pregunta más importante era: ¿qué tanto habrían visto de lo que había sucedido más temprano ese día, cuando estaba saliendo de la casa refugio y se despedía de Marshall, quien se suponía que estaba muerto.

Veintisiete

Había rumores de que ese día habría más protestas. En el seno de la Pandilla Escarlata, las primeras horas de la mañana habían transcurrido en medio de un frenesí de susurros que se sucedían y se contradecían unos a otros. Si no eran los parientes de Tyler tratando de aclarar entre ellos qué era exactamente lo que había hecho la señorita Rosalind para que la trajeran a casa cubierta de sangre, eran estos mismos personajes especulando sobre si sería seguro ir al centro de la ciudad aquel día, cuando los rumores decían que los trabajadores estaban otra vez tratando de iniciar una huelga.

Tyler salió de la casa tan pronto como pudo. Toda esa gente eran unos inútiles no hacían más que hablar en lugar de actuar. Con el nuevo alboroto, casi nadie estaba pensando en lo que había sucedido con la producción de vacunas. Los monstruos habían invadido unas instalaciones de seguridad que sólo conocían los miembros del círculo interno de los Escarlatas. ¿A nadie le parecía raro eso? ¿Acaso Lord Cai no estaba ni un poco preocupado?

—… ¿cierto?

Con lentitud, Tyler apagó su cigarrillo en el cenicero y luego levantó la vista para mirar a Andong y Cansun. Estaban frente a él, paseándose por todo el salón, mientras que Tyler permanecía sentado en una silla reclinable que miraba hacia la pared acristalada que tenía delante. Abajo, la intersección sobre la que se asentaba el salón de baile Bailemen bullía con actividad: los habitantes y visitantes de Shanghái iban de un lado para otro, como si no tuvieran un minuto que perder. De vez en cuando, algún

transeúnte levantaba la vista y recorría con los ojos el aviso en letras mayúsculas que decía PARAMOUNT y que anunciaba el salón de baile. Es probable que alcanzaran a atisbar, a través de las ventanas del segundo piso, la opulencia en la que Tyler vivía. El resto de Shanghái no disfrutaba de nada parecido.

—¿Estabas diciendo algo? —preguntó Tyler frunciendo el ceño.

Andong se detuvo por un instante, como si no pudiera decir si el jefe realmente no lo había oído, o si tal vez le estaba dando la oportunidad de reconsiderar lo que acababa de decir. Cuando pasó algún tiempo y Tyler no daba muestras de estar enojado, Andong carraspeó y repitió:

—Sólo estaba señalando la inutilidad de tratar de luchar contra las fuerzas comunistas. Nuestras filas se están reduciendo, mientras que las de ellos crecen. Por otro lado, nosotros tenemos una guerra de clanes que atender; mientras que ellos se enfocan en un solo objetivo.

Tyler asintió. Cuando respondió todavía estaba escuchando sólo a medias, y además enunció sin mayor entusiasmo:

—Nadie se preocupa por seguir el camino correcto.

Tyler sacó un nuevo cigarrillo, pero no lo encendió. *La guerra de clanes.* La maldita guerra entre clanes y esos malnacidos Flores Blancas apropiándose de sus recursos y de sus miembros, como si fueran un parásito que invadiera la mente. ¿Qué maniobras hacían para lograr que la gente cambiara de parecer y se pusiera en contra de su familia? Juliette, y su devaneo con Roma Montagov… Y vaya uno a saber en lo que se había metido Rosalind Lang.

Tal vez eran sólo las mujeres. Tal vez simplemente ellas eran las débiles.

Tyler encendió un nuevo fósforo. Después de que encendió el cigarrillo lanzó el paquete al aire, y Andong extendió la mano para apresurarse a atraparlo antes de que cayera al suelo. Con precaución, Andong sacó a su vez un cigarrillo. Lo colocó entre sus labios y, como si estuviera leyendo los pensamientos de Tyler, preguntó:

—Y entonces, ¿qué piensas hacer con respecto a Juliette?

—¿Qué se supone que haga? —respondió Tyler de inmediato. Luego dio una calada larga y por poco se atraganta. Nunca le había gustado fumar. Lo hacía porque era bueno para aparentar si no tenía otra cosa de la cual ocuparse—. Si ella no admite que está actuando mal, no puedo forzarla para que lo haga. Así que sólo seguirá afectándonos desde

adentro.

Ella ni siquiera lo sabía. Tyler no tenía dudas acerca de que Juliette —su prima, quien había crecido ordenando a todo el mundo con el sólo movimiento de su dedo— nunca pensaría, ni por un segundo, que tal vez estaba equivocada. Que su comportamiento era dañino, aunque no estuviera actuando abiertamente como una traidora. Sentir simpatía por los Flores Blancas era una debilidad. Sentir *amor* por los Flores Blancas era una afrenta contra los Escarlatas en plena guerra de clanes. Era tal el daño que hacía al futuro de una pandilla que se suponía que ella debería liderar, que bien haría en pegarse un tiro en la cabeza de una buena vez.

Tyler todavía no sabía qué creer: si su prima había tenido algo que ver o no con la desaparición de la vacuna. Juliette era quien había dado muerte al último monstruo, así que no era difícil imaginar que, tal vez, había capturado también a los otros cinco. Ella era la que quería distribuir la vacuna por toda la ciudad; así que no era difícil de creer que la hubiera robado para tal propósito.

Pero, ¿por qué buscar una vacuna, si tenía a los monstruos bajo su control? Eso no tenía sentido. Había algo que no encajaba.

A menos de que no fuera Juliette quien controlaba a los monstruos. ¿Y si los monstruos estaban bajo el dominio de Roma Montagov y su prima no conseguía rebelarse contra él?

Tyler se puso de pie de un salto, un movimiento que llamó la atención de Cansun. La ventana resplandecía con luces de colores, reflejo de los anuncios de uno de los comercios de enfrente. Inicialmente habían ido allí para ubicarse en un punto desde el que pudieran vigilar la aparición de monstruos en la ciudad, pero hasta ahora no habían visto ningún caos de tipo sobrenatural, sólo huelgas y protestas humanas.

Si Roma Montagov era el perpetrador, entonces Juliette todavía tenía salvación. Eso era lo que Tyler creía. Los Escarlatas eran lo más importante, y por amargo que fuera, eso incluía a su prima. La sangre es la sangre y por las venas de los dos corría la misma. Eso tenía que significar algo. Si ella se veía forzada a elegir un bando, si veía cómo la ciudad se dividía, entonces se daría cuenta de lo que estaba en juego. Y dejaría de ser un títere de los intereses de los Flores Blancas.

—¿Qué es lo que más valora Roma Montagov?

Andong parpadeó, sorprendido por la pregunta. Entretanto, Cansun

cruzó los brazos y se encogió de hombros, reflexionando sobre la pregunta. Ya era bastante flaco y parecía todavía más delgado cuando se paraba de esa manera, como si fuera un tótem.

—¿Qué nos importa a nosotros Roma Montagov? —preguntó Andong, pero tanto Cansun como Tyler observaban desde la ventana a la multitud que crecía y crecía.

Tyler apagó el cigarrillo en el cenicero y se ensució los dedos de ceniza, lo que le causó un cierto hormigueo. El cuerpo humano era tan delicado. Él debería haber sido un animal. Eso le habría sido muy útil.

—Vamos, caballeros —dijo Tyler, al tiempo que empezaba a caminar hacia la puerta—. La protesta comenzará pronto.

Las calles estaban llenas de gente y las puertas del salón de reuniones al que Kathleen necesitaban entrar se encontraban bloqueadas.

Haciendo una mueca y dando un paso a un lado, Kathleen trató de avanzar a la fuerza abriéndose camino con los codos a ambos lados. Y aunque eso no evitó que la zarandearan, sí le permitió continuar, aunque lentamente. La verdad es que la cantidad de gente habría podido ser mucho mayor. Podrían haber convocado a una huelga que paralizara la ciudad entera, pero parecía que los rijosos se mantenían en la zona central.

—Ay, por Dios…

Kathleen se agachó, con lo cual logró esquivar que un trabajador la golpeara en la cara con una pancarta. El hombre la miró por un instante, antes de seguir adelante, pero los ojos de Kathleen se clavaron en el trapo rojo que tenía amarrado al brazo.

¿De qué color es tu sangre? Le había preguntado Juliette hacía años, en aquel sótano que no estaba tan lejos de allí. *¿Escarlata o roja como la sangre de los trabajadores?*

Cuando Kathleen levantó la mano para protegerse el rostro del sol, la cinta roja que llevaba en la muñeca brilló como si fuera una joya. Inmaculada y muy austera, le rozaba suavemente la piel. Era una cinta de color rojo escarlata. Ésta era la versión más limpia de un color que se usaba sólo para demostrar lealtad, a modo de decoración. El rojo de los trabajadores, en cambio, era sucio y espectral y *desesperado*. Hacía rato que se había esparcido en todas direcciones, desbordándose como una multitud

cada vez más frenética.

Kathleen finalmente logró abrirse camino y entró al salón de reuniones. Las cosas no habían escalado demasiado, y a juzgar por el entusiasmo que se sentía entre los comunistas, todavía estaban lejos de llegar al punto álgido. Los comunistas y sus sindicatos seguirían presionando, incitando a la rebelión en una parte distinta de la ciudad cada vez, con la esperanza de producir una incontenible reacción en cadena. Cuanto más se prepararan, mayores probabilidades de éxito tendrían.

Y cuando lo hicieran, ya no serían unas cuantas protestas aisladas de simples peones que salían a manifestarse en las calles.

Sino una verdadera revolución.

—¡Atención! ¡Atención!

La reunión había comenzado y ahora cambiaba de orador, así que Kathleen se deslizó en un asiento, con la esperanza de no haberse perdido nada importante. Ya no parecía crucial estar pendiente de sus planes futuros, sin embargo, pues los Escarlatas ya los conocían: los comunistas ya casi habían llegado al último tramo de la etapa de planeación y la revuelta final esperaba entre bastidores, lista para salir al escenario.

—¿Por qué alzamos la voz en rebelión? —preguntó el orador que estaba en la tarima—. ¿Para qué queremos un cambio? ¿Para mejorar nuestros salarios? ¿Para tener paz?

Kathleen se acarició la trenza y sus pensamientos acudieron a Rosalind, al silencio de su hermana la noche anterior, cuando por fin había recuperado la conciencia.

—El Estado va a seguir anulándonos. La ley seguirá haciéndonos trampa. Cualquiera que se erija como salvador de esta ciudad es un fraude. Todos los reyes son tiranos; todos los gobernantes son ladrones. Lo que debe buscar la revolución no es paz ni remuneración. Sino sólo *libertad*.

En ese momento, los miembros del partido se pusieron de pie por todo el salón y el ruido de sus sillas chirriando contra el suelo produjo un gran alboroto. Kathleen no se movió, sólo intentaba asimilar todo. No le preocupaba llamar la atención. Nadie estaba mirando hacia la última fila, pues estaban demasiado concentrados en el orador:

—Los gánsteres de esta ciudad nos sacrifican para defender su orgullo,

para alimentar su irracional guerra de clanes. Los extranjeros de esta ciudad nos sacrifican para obtener más riquezas, para cargar más y más de nuestro oro en sus barcos. ¡Es tiempo de que rompamos nuestras cadenas! ¿Quiénes son ellos para decirnos qué hacer? ¿Quiénes son para castigarnos a su conveniencia?

Esas palabras cayeron sobre Kathleen como un maremoto y de repente sintió deseos de sostenerse el vientre, pues ya no era capaz de soportar la verdad que se consolidaba dentro de ella. En efecto, ¿quién era la Pandilla Escarlata para azotar a Rosalind hasta dejarla cubierta de sangre, sólo porque habían decidido que ella no era lo suficientemente leal? ¿Por qué detentaban ellos el *poder* de hacer daño a los demás? ¿Por qué tenía el resto que vivir así, teniendo que arrodillarse ante Lord Cai, sólo porque las cosas siempre habían sido de aquella forma? Si el líder de su pandilla quisiera verlas muertas, Kathleen y Rosalind no tendrían más opción que agachar la cabeza bajo el filo del verdugo. La protección del círculo interno no significaba nada si dependía de los caprichos y los deseos de una sola familia. Esto no era a lo que Kathleen había jurado ser leal. Ella quería orden, sí, pero buscaba el orden de un líder justo, de alguien como *Juliette*.

Pero si para tener orden primero era necesario estremecerse de terror, entonces tal vez aquel orden no valdría la pena.

—¡De pie! —gritó el orador que estaba en la tarima—. Ya hemos sufrido, ya hemos aguantado vejaciones demasiado tiempo. ¡Es hora de rebelarnos!

Finalmente, Kathleen también se puso de pie y juntó las manos para empezar a aplaudir.

Alisa lamía un tenedor, mientras mecía el pie que colgaba del borde del techo.

En ese momento estaba sentada en lo más alto de los cuarteles generales de los Flores Blancas, con el rostro hacia el viento helado, mientras hojeaba unos documentos que había extraído de la oficina de su padre. Su habitación estaba directamente debajo, y era calientita y acogedora, pero su hermano u otros Flores Blancas podían entrar en cualquier momento, y ella no podía permitir ser descubierta mientras estaba husmeando. Ésa era la razón por la que había decidido trepar al tejado, en busca de privacidad, con un plato de pastel en una mano y la

carpeta llena de papeles bajo el brazo.

La niña clavó el tenedor para tomar otro bocado, mientras masticaba y reflexionaba. Justo en el momento en que empezaba a pasar la página, se oyó una algarabía que venía de lejos: el alboroto y los gritos usuales de una pelea que comenzaba. Se quedó quieta, pues sabía que tendría que regresar a su habitación si se producía cerca un enfrentamiento de la guerra de clanes, pero lo cierto es que no alcanzaba a ver nada distinto de los mismos callejones vacíos, a pesar de que el volumen de las voces subía cada vez más. Durante varios minutos siguió buscando, pero a su alrededor no se movía nada distinto de su cabello rubio revoloteando contra el viento.

—Extraño —murmuró, contenta de quedarse otro rato donde estaba.

Pasó la página. Había seleccionado esa carpeta al azar, después de que asomó la cabeza en la oficina de su padre por un segundo y la vio sobre el escritorio. Había oído rumores acerca de espías comunistas infiltrados en los Flores Blancas y tenía curiosidad; Roma había estado ocupado últimamente, aunque Alisa no estaba segura si su hermano se encargaba del asunto de los espías comunistas o de alguna otra cosa. A ella nunca le decían nada. Nadie le prestaba atención en absoluto, a menos que fuera para indicarle que sus tutores la estaban esperando.

Desafortunadamente, pensaba Alisa, no se había robado nada muy relevante. La carpeta contenía perfiles sobre miembros del Kuomintang, pero nada salvo información básica. Algunos recortes de prensa sobre Chiang Kai-shek. Algunos mapas de espías que estaban siguiéndole la pista a la Expedición del Norte. Lo único que parecía vagamente interesante era una investigación sobre el general Shu, cuya vida personal no era muy conocida públicamente. Sin embargo, cuando Alisa llegó al final del informe, lo único que había logrado averiguar era que el general Shu tenía un hijo bastardo. Lo cual le parecía divertido, pero no parecía ser de gran utilidad.

—¡Hey!

Alisa dejó la carpeta a un lado y miró hacia abajo desde su sitio en el techo. Gracias al grito que había llamado su atención, ahora pudo ver la riña que estaba teniendo lugar, aunque no parecía realmente un enfrentamiento. Alisa aguzó la vista, tratando de entender qué era exactamente lo que se acercaba, y sólo cuando vio las pancartas entendió

que lo que transitaba por la calle principal tal vez no era una lucha relacionada con la guerra de clanes sino una protesta de trabajadores.

—Aaah —exclamó Alisa como un suspiro—. Eso tiene más sentido.

La chica volvió a meterse la carpeta debajo del brazo y luego recogió el plato y el tenedor. Rápidamente atravesó el techo y saltó con cuidado desde el borde, luego, sosteniéndose durante aquella maniobra con el brazo que tenía libre, se deslizó hasta uno de los postes exteriores. Cuando aterrizó en un estrecho callejón que quedaba detrás del complejo de departamentos, sus zapatos se mancharon de lodo y se golpeó el codo con uno de los floridos macetones que adornaban las ventanas del primer piso. No era buena idea que la vieran paseándose con esa carpeta mientras entraba por la puerta principal, así que usaría la entrada trasera, o tal vez…

Alisa se detuvo cuando una figura se atravesó en su camino. Antes de que tuviera tiempo de huir, una bolsa le cubrió la cabeza.

En el territorio de los Flores Blancas, las protestas alcanzaron el punto máximo de agitación y se desbordaron por todas partes, creando caos en los edificios. Cuando Roma salió de la casa refugio que había estado visitando —otra parada en su búsqueda de la identidad del Flor Blanca de origen francés—, por poco lo golpean con una pala.

—¡Por Dios! —gritó Roma, mientras esquivaba el golpe.

El trabajador apenas lo miró y no parecía muy apenado. ¿Por qué habría de estarlo? No había ningún otro gánster a la vista que pudiera impedirlo.

Mientras soltaba otra maldición, Roma se apresuró a regresar a casa caminando junto a los edificios. Su padre debía de haber enviado a algunos hombres para que controlaran a la multitud. A estas alturas ya debería haber visto a varios de los suyos en las calles, luchando contra los manifestantes armados. Pero, ¿dónde estaban todos?

Roma giró por el callejón que lo llevaría directamente a los cuarteles generales, mientras se ponía una mano sobre la cabeza para protegerse del agua que escurría de la ropa recién lavada. Una pesada gota aterrizó en la palma de su mano cuando resonaba en la calle otro grito que le produjo una sensación general de inquietud. No parecía lógico que estuviera gastando su tiempo buscando al francés, cuando no había habido ningún

ataque desde el del vagón del tren; mientras que lo que había estado creando caos en Shanghái eran la guerra de clanes y las protestas obreras, y hasta donde él sabía, ninguno de los Flores Blancas tenía un plan de acción para combatir esa clase de discordia.

—Todo lo que haces es *irracional*.

Roma frunció el ceño y cerró de un golpe la puerta principal tras él. No obstante, el portazo no interrumpió los gritos que venían del comedor. El calor que salía de los radiadores calentó de inmediato su piel, pero no se quitó el abrigo. Se dirigió al comedor, siguiendo los gritos, y encontró a Benedikt y a Dimitri sumidos en una acalorada discusión. A los pies del último se veía un plato hecho trizas, como si alguien se lo hubiera lanzado.

—¿Qué sucede? —preguntó Roma y le pareció que ésta era la enésima vez que preguntaba lo mismo aquel día.

—Eso es lo que a mí me gustaría saber —contestó Benedikt, al tiempo que daba un paso atrás y se cruzaba de brazos—. Alisa ha desaparecido.

Roma sintió un frío helado que le recorría la columna.

—¿Perdón?

—La oí gritar —dijo Benedikt con rabia—. Desde algún sitio por fuera de la casa. Y cuando fui a investigar, adivina quién era la única persona que se veía en los alrededores…

—Ay, no digas más tonterías —atajó Dimitri con desdén—. Yo no oí a ninguna niña gritar. Ni ningún alboroto que no proviniera del caos que hay en la calle. Tal vez estás imaginando cosas, Benedikt Ivanovich. Los hombres que no imponen autoridad tienden a…

Roma no oyó el resto de las idioteces que, seguramente, siguió diciendo Dimitri, pues ya iba escaleras arriba, subiendo los peldaños de a dos en dos, mientras le zumbaban los oídos. Al llegar al cuarto piso irrumpió en la habitación de Alisa. En efecto, tal como Benedikt había dicho, ahí no había nadie. Pero eso no significaba que su hermana estuviera en realidad perdida. De un tiempo atrás, Alisa se había aficionado a desaparecer durante largos ratos. Bien podía estar escondida en un ducto de aire al otro lado de la ciudad, comiéndose un rollo de huevo y divirtiéndose a lo grande.

—No está en su habitación. Ya revisé —la voz de Benedikt subió más rápido que su cuerpo y, cuando por fin llegó, se estaba agarrando la cabellera.

—Eso no es raro —le dijo Roma.

—Sí, lo sé —confirmó Benedikt, y se mordió las mejillas, lo que le confirió un aspecto demacrado—. Sin embargo, sé que la oí gritar.

—Dimitri tiene razón, al menos en eso: hoy hay muchos gritos que provienen de la calle. Las protestas se extienden por todas partes. De hecho, ahora mismo se escuchan los gritos.

Pero Benedikt se limitó a mirar a Roma de frente y le dijo:

—Pero yo sé cómo suena la voz de Alisa.

Esa seguridad alarmó a Roma y, respondiendo a un instinto súbito, dio media vuelta hacia su habitación. No sabía por qué ése fue el primer lugar que se le ocurrió revisar, pero eso fue lo que hizo y abrió la puerta con suavidad. Benedikt lo seguía de cerca y también asomó la cabeza con curiosidad.

Tres cosas saltaron enseguida a la vista, una detrás de la otra. En primer lugar, la habitación de Roma estaba helada. En segundo lugar, eso se debía a que la ventana estaba abierta. Y tercero, había una carta aleteando sobre el alféizar, clavada allí con un fino cuchillo.

Roma sintió que la piel de los brazos se le erizaba. Benedikt contuvo la respiración, y al ver que Roma no se movía para alcanzar la hoja, decidió encargarse él mismo del asunto: retiró el cuchillo y desdobló la carta.

Cuando levantó la mirada, estaba blanco como un papel.

—*Moy dyadya samykh chestnykh pravil* —leyó Benedikt—. *Kogda nev shutku zanemog…*

No necesitó terminar de leer. Roma conocía los versos que seguían:

—*On uvazhat' sebya zastavil* —recitó—. *I luchshe vydumat' ne mog.*

Eran los versos iniciales de *Eugenio Oneguin*. Roma dio unos pasos hacia el frente y tomó la carta, que arrugó entre sus puños. Más allá de los famosos versos, la carta continuaba:

He oído que un duelo es la forma más noble de dar muerte a alguien.
Y ya es hora de que esta guerra de clanes tenga algo de nobleza, ¿no crees?
Encuéntrame dentro de una semana. Y la recuperarás.

Y debajo del texto había una firma muy adornada, que no dejaba duda sobre quién había ingeniado este plan maestro.

—Se llevaron a Alisa —dijo Roma a Benedikt con voz ronca, aunque Benedikt ya lo sabía—. Tyler Cai se llevó a Alisa.

Veintiocho

Rosalind estaba despierta, pero no respondía a ningún estímulo. A esas alturas, Juliette estaba a punto de empezar a preocuparse, pues se preguntaba si las lesiones se habrían extendido también a su mente.

—¿Podrías dejarme hablar con ella un momento? —dijo Juliette al Escarlata que permanecía junto a la puerta de la habitación de Rosalind, con las manos cruzadas y rígidas, siempre en guardia.

—Me temo que no, señorita Cai —respondió el hombre—. Su padre dijo que tenía que mantenerla vigilada.

—*Yo* ya estoy aquí vigilándola, así que ¿por qué no nos das un poco de privacidad?

El Escarlata se limitó a negar con la cabeza.

—Cualquier información que usted logre obtener, debe ser escuchada directamente por Lord Cai.

Juliette se tragó un resoplido de impaciencia.

—¿Y acaso mi propio padre sospecha que yo le oculte algo? —espetó la joven heredera.

—Su padre nunca sospechó de su sobrina, y aquí estamos —replicó el fiel guardia.

Juliette se levantó de la silla, con los puños cerrados. El Escarlata esperó un segundo observando la actitud de la muchacha. Toda la pandilla conocía de sobra la agilidad de los dedos de Juliette para apretar un gatillo. Todos habían oído historias o las habían constatado; lo que importaba ahora era si el hombre temía más a la amenaza inmediata de Juliette o a las consecuencias posibles de no seguir las instrucciones exactas de Lord

Cai.

—Esperaré afuera, con la puerta entornada —cedió por fin el guardia. Luego salió de la habitación y entrecerró un poco la puerta, lo cual hizo chirriar las bisagras.

Juliette se volvió a dejar caer sobre la silla abullonada. Rosalind apenas había parpadeado durante todo ese intercambio. Cualquier otro día habría hecho algún comentario sobre cómo Juliette ladraba pero no mordía. Pero ahora sólo miraba al vacío, con los ojos vidriosos.

Su prima estaba sufriendo, Juliette lo sabía. Las heridas en su espalda eran bastante severas y, la noche anterior, Kathleen casi se desmaya al verlas, mientras el médico ajustaba las vendas. Juliette oscilaba entre la simpatía y la frustración. Se debatía entre el crudo horror que le producía saber lo que había ocurrido y la absoluta imposibilidad de comprender *cómo* es que había pasado. Tal vez eso la convertía en una mala persona. Una mala amiga, una mala prima. A pesar de ver a Rosalind en ese estado, tan adolorida y aturdida, sumida en un silencio sepulcral, Juliette no podía evitar sentirse traicionada por el hecho de que Rosalind le hubiera mentido. Y todavía no sabía si eso obedecía a que esta ciudad la había endurecido, o si su corazón siempre había sido tan frío, endeble y capaz de alejarse a la primera señal de deslealtad. Juliette también era una mentirosa. Puestos a decir la verdad, la heredera de los Cai era, tal vez, la más corrupta de todos, pero eso no le impedía molestarse instintivamente cuando le respondían con mentiras.

—Prometí protegerte —comenzó Juliette en voz baja—. Pero no en estas condiciones, Rosalind.

No obtuvo respuesta. Aunque tampoco esperaba una.

—Lo que encontraron en la oficina postal eran copias de tu correspondencia. Así fue cómo se enteraron. Nadie te vio, no fue un rumor. Sólo tinta sobre papel, y tu propia letra —Juliette suspiró con frustración—. ¿Entonces todo el asunto de los negocios con comerciantes era falso? ¿De verdad era tu amante? ¿O por qué hiciste de espía?

De repente los ojos de Rosalind se desviaron hacia Juliette y su mirada se enfocó por primera vez.

—Tú habrías hecho lo mismo —dijo ella con voz ronca.

Juliette se enderezó en su asiento y miró hacia la puerta, hacia la pequeña rendija que el hombre había dejado abierta.

—¿Qué?

—Lo amo —murmuró. Una gota de sudor le escurría del cabello y parecía estar delirando, probablemente a causa de la fiebre—. Lo amo, eso es todo.

—¿A quién? —preguntó Juliette—. Rosalind, tienes que…

—No importa —la interrumpió su prima, casi arrastrando las palabras —. ¿Qué importa ya eso? Está hecho.

Pero a oídos de Juliette nada de eso tenía sentido. Aunque este amante fuera un Flor Blanca, ¿qué sentido tenía proteger a un miembro regular del clan enemigo? ¿Qué consecuencias adicionales tendría aquello, además de que se le incluiría en la lista de objetivos de los Escarlatas? No podía contarse entre los altos mandos. Ciertamente no era Roma, y tampoco era Benedikt. Si no era un Montagov, entonces, ¿por qué atormentarse? ¿Por qué Rosalind apretaba los ojos como si el mundo se le viniera encima?

De repente se oyó un golpe en la puerta. Juliette se sobresaltó y su corazón empezó a palpitar descontroladamente, como si la hubieran atrapado haciendo algo malo. El Escarlata asomó la cabeza y observó la escena. Juliette esperaba que el hombre percibiera los balbuceos de Rosalind, pero en lugar de eso dijo:

—Llamada telefónica para usted, señorita Cai.

Juliette asintió. Luego se puso de pie y se agachó para subirle un poco más las mantas a Rosalind. Su prima apenas se movió. Sólo cerró los ojos, temblando inconteniblemente, incluso después de que Juliette salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

—No la molestes —le advirtió al Escarlata—. Déjala dormir.

—Usted es muy tolerante con los traidores —replicó aquel hombre cuando ella salió.

Juliette apretó los labios y enfiló por el corredor. El guardia tenía razón. Ella era demasiado tolerante, *lo era consigo misma*. Y debido a que Juliette fue quien había interrumpido los azotes, su padre le había impuesto la tarea, sólo para darle una lección, de que si Rosalind no soltaba pronto algo de información, le correspondería a Juliette descubrir por qué su prima los había traicionado empleando para ello los medios que fueran necesarios.

Juliette tragó con dificultad al acercarse al teléfono. No tenía duda de

que era capaz de hacerlo. Nunca había vacilado a la hora de estrangular o perseguir a los otros Escarlatas que su padre la había enviado a buscar, ya fuera para recolectar dinero a cambio de protección o para obtener una respuesta rápida sobre un negocio. Ahora la pregunta era si podría hacerlo, o si creía que aquello sería una mancha demasiado grande en su conciencia.

Juliette levantó la bocina y se la llevó al oído.

—¿Wéi?

—¿Señorita Cai?

La voz hablaba en inglés. Y se escuchaba como la de…

—*¿Roma?*

Se oyó una tos incómoda.

—Cerca, pero no. Habla Benedikt.

Juliette soltó el aire y trató de hacer caso omiso de la sensación de decepción. Luego se dijo que ésta se debía a que tenía la expectativa de que Roma hubiera encontrado al francés, y no a que tuviera deseos de oír su voz.

—¿Sucedió algo? —preguntó ella bajando el volumen. Un vistazo por encima del hombro le mostró que no había nadie más en el corredor, pero eso no significaba que no hubiese nadie escuchando su conversación.

—Depende de lo que considere "algo" —contestó Benedikt y él también redujo notoriamente el volumen de su voz—. Llevo días tratando de contactarla, pero ésta es la primera vez que logro sacudirme la vigilancia de Roma. Su pri… —empezó a decir, pero en ese momento falló la comunicación y luego sólo se oyó—: se llevó a la hermana de Roma.

Durante un largo momento, Juliette no comprendió de qué estaba hablando Benedikt Montagov. Entre la mala comunicación y el volumen tan bajo, no alcanzó a escuchar bien. Y luego, cuando por fin creyó asimilar las palabras, estalló:

—*¿Qué?* ¿Rosalind se llevó a Alisa?

—No, no —se apresuró a corregir Benedikt, que lamentó la confusión —. Su *tángdì*. Cai Tailei. Ahora mismo Roma peina la ciudad en busca de Alisa, pero no aparece por ninguna parte. Así que pensé que, cuando él me diera un respiro, tal vez podía averiguar si usted sabía algo.

Juliette se cubrió los ojos con una mano, mientras contenía los deseos de gritar. Claro que Tyler era capaz de hacer algo así ahora. Como si tener

ya una prima impredecible no fuera suficiente. Ahora *otro* de sus primos tenía que ir a atizar la guerra entre clanes.

—No, no sé nada —contestó Juliette con amargura—. Ni siquiera sabía que eso había pasado. Pero ¿ella está bien?

—Tyler no puede hacerle daño, no lo hará. Ella tiene que permanecer sana y salva, si él quiere tener la oportunidad de matar a Roma.

Juliette casi deja caer la bocina.

—*¿Perdón?* —dijo, y volvió a mirar a su alrededor. En el rellano de la escalera había dos mensajeros que la observaban con curiosa atención. De modo que Juliette se controló para no gritar—. ¿A qué se refiere?

Benedikt enmudeció por un momento. Casi parecía arrepentido de ser el cuervo de la tempestad.

—Un duelo, señorita Cai. Si Roma no logra encontrar a Alisa en tres días, entonces tendrá que enfrentarse en duelo con Tyler para recuperarla.

Juliette encontró a Tyler varias horas después, en medio de las mesas apenas iluminadas del Bailemen. Parecía que hubieran pasado décadas desde cuando estuvo ahí por última vez con Roma, como si la ciudad hubiera cambiado y se hubiese expandido bajo sus pies. El salón de baile, sin embargo, estaba tan lleno como siempre. Un lugar como el Bailemen probablemente nunca se vería vacío, ni porque hubiese una guerra afuera.

—¡Largo! —ordenó a los hombres que rodeaban a su primo y luego se sentó frente a él.

Todos miraron a Tyler, a la espera de instrucciones. La mano de Juliette ya estaba apretando el cable de estrangulamiento que llevaba alrededor de la muñeca, en caso de que lo necesitara, pero entonces Tyler asintió con la cabeza y los cuatro hombres se alejaron, mirando a Juliette con expresión de desprecio.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Tyler, al tiempo que se recargaba contra su silla y apoyaba las manos en los descansabrazos. Frente a él tenía tres vasos vacíos, pero no parecía estar ni un poco embriagado. No llevaba mucho tiempo en el salón; tan pronto Juliette recibió noticias del mensajero que lo vio llegar, la heredera de los Cai se apresuró a su encuentro.

—No lo hagas —dijo simplemente Juliette—. Nunca valió la pena y ahora tampoco lo vale.

Tyler tomó uno de los vasos vacíos que tenía enfrente y empezó a moverlo circularmente con lentitud, como si adentro hubiese algún licor invisible que Juliette no podía ver.

—Me estaba preguntando cuánto tiempo te tomaría enterarte de la noticia —contestó él, mientras observaba cómo el vaso refractaba la luz—. Más de lo que pensé, tengo que admitir.

—No todos tenemos tantos espías en la ciudad como tú.

—Ah, pero en lugar de eso tú tienes línea directa con los Montagov.

Juliette sintió que se le enfriaba la sangre. Así que de eso se trataba. Tyler finalmente había decidido poner al descubierto el secreto de la heredera.

Con un movimiento rápido, Juliette le arrebató el vaso a Tyler. No quería que él mirara la pista de baile, ni las paredes brillantes, ni los vasos vacíos. Juliette quería que Tyler se concentrara en *ella*.

—Supongo que has estado leyendo a Pushkin —dijo—. Los duelos rusos permiten tener padrinos, y ellos pueden dar al adversario oportunidad de disculparse. Así que te pido que devuelvas a Alisa y te olvides de todo esto. No vale la pena perder la vida así.

Tyler soltó una risa somera, pero sin el timbre delirante que la hiciera resonar por todo el salón, realzada por la oscuridad de la noche y la música errática. Era una carcajada gélida y calculada, un sonido como el de los depredadores cuando ven una presa caer en su trampa.

—¿En qué estás *pensando*? —dijo Tyler y su buen humor se desvaneció tan rápido como había aparecido. Se inclinó sobre la mesa—. ¿Quién te pidió que hablaras en representación de Roma Montagov? ¿Quién *te pidió* ser su madrina?

Juliette apretó los puños. Uno de sus dedos volvió a enredarse en el cable de estrangulamiento, pero no para usarlo sino para controlar su furia, para retorcer el cable alrededor de su dedo con la fuerza suficiente para que el dolor neutralizara la ira que tenía atorada en la garganta.

—Sólo era una forma de hablar —aclaró Juliette.

Tyler se puso de pie.

—No hace falta que mientas, no a mí —no había asomo de triunfo en la voz de Tyler, no esta vez. Ahora estaba muy serio, erigiéndose en una especie de juez de las lealtades de Juliette—. Puedes actuar como mi asistente en el duelo, y dejas que esto siga su curso, o renuncias ahora

mismo a la Pandilla Escarlata en favor mío.

Juliette se abalanzó sobre la mesa con furia, pero Tyler reaccionó con igual rapidez y le bloqueó el puño agarrándola de la muñeca, para evitar que le asestara un golpe en la nariz.

—Estás totalmente loco —siseó Juliette—. Lo más probable es que él te mate. Tú no eres invulnerable.

—No lo soy —coincidió el joven—. Pero yo *soy* un Escarlata. Y en este momento eso es más de lo que puede decirse de ti —Tyler le apartó la mano con brusquedad, y luego tomó su abrigo, listo para marcharse. Entretanto, Juliette se aferró a la mesa, no sólo para recuperar la estabilidad física sino la mental.

—El lunes en la mañana, tángjiě —dijo Tyler—. Justo a la salida del Asentamiento Internacional, junto al arroyo Suzhou, ¿te parece? No llegues tarde.

Veintinueve

—No puedo convencerlo de que no lo haga —dijo Benedikt Montagov.

Juliette lo miró de reojo. Estaban, uno junto al otro, al lado del río Huangpu, mirando el agua. Faltaban dos días para el duelo y el clima estaba empezando a calentarse, o tal vez lo que hacía que el día pareciera extraordinariamente dorado era el rayo del sol sobre las olas rizadas del agua.

Era muy extraño que Benedikt hubiera aceptado reunirse con ella así, con las manos entre los bolsillos y sin ponerse a la defensiva cuando ella llegó. No obstante, mantenía su distancia, claro. Incluso en buenos términos, siempre habría una parte de él que creía que Juliette podía dispararle en cualquier momento. Pero, de todas formas, se presentó a la cita. Y no sólo vino, sino que estaba compartiendo información sensible, como si fueran viejos amigos, unidos por una causa común.

—¿Estás segura de que no podemos rescatar a Alisa? —preguntó el joven Montagov.

—No sé dónde está —contestó Juliette—. Esta ciudad es demasiado grande. Así como yo puedo mantener oculto a Marshall Seo, Tyler es muy capaz de esconder a Alisa Montagova durante el tiempo que lo desee.

—Entonces no hay manera de evitarlo —dijo Benedikt tajantemente—. Tyler tendrá el duelo que desea.

Juliette respiró muy profundo y retuvo el aire en sus pulmones.

—Ha decidido que sea un duelo al estilo ruso, así que sólo tendrán un disparo —dijo Juliette, y sus palabras sonaron como un graznido—. Pero

se trata de Roma y Tyler. Sin duda uno de los dos terminará muerto.

En los duelos de los libros, ese disparo con frecuencia salía desviado y se clavaba en el suelo o perforaba un sombrero. Pero ni Roma ni Tyler eran ineptos.

—Es peor —dijo Benedikt—. Si de verdad vamos a seguir las reglas antiguas, la persona que desafió al otro a duelo tiene derecho a detonar el primer disparo. ¿Qué posibilidades hay de que Tyler falle?

Juliette cerró los ojos con fuerza, para blindarse contra el escozor que había empezado a sentir en la cabeza. El viento tampoco ayudaba, pues parecía avivar la sensación de terror que luchaba por contener.

—Ninguna —susurró la joven—. Absolutamente ninguna.

No quería ver que eso pasara. Escarlata contra Flor Blanca. De un lado su familia, del todo su corazón, que palpitaba con sangre roja.

—Tú puedes tratar de convencerlo de que no lo haga, Juliette —dijo Benedikt.

Juliette se sorprendió, y al volver a abrir los ojos volteó hacia Benedikt Montagov. Ahora la llamaba por su nombre. Tal vez no desconfiaba de ella tanto como imaginaba.

—Lo he intentado. Pero Tyler no me escucha —contestó ella.

—No hablo de Tyler.

Juliette sintió una punzada en el estómago, mientras se preguntaba si Benedikt estaría sugiriendo lo que ella imaginaba. Y cuando sintió el golpe del viento en la cara, esta vez le pareció helado. Una lágrima había escurrido rápidamente por su mejilla y había caído al suelo de concreto antes de que pudiera notarlo. Se quedaron en silencio durante unos segundos, rodeados por la algarabía del Distrito Histórico, mientras Benedikt miraba hacia el río y Juliette miraba al chico y se preguntaba cuánto sabría él.

Juliette obtuvo una respuesta cuando Benedikt percibió su mirada y preguntó:

—¿Por qué no se lo dices?

—Decirle ¿qué? —contestó ella fingiendo demencia. *La verdad. Decirle la verdad*. Benedikt había estado aquel día en el hospital. Había visto la renuencia con que Roma se había apartado de Juliette. No era difícil deducir lo que significaban la una para el otro.

Amantes. Mentirosos.

—No es que Roma no pueda guardar un secreto —dijo Benedikt—. Se preocupa poco por su propia vida, porque se preocupa demasiado por la vida de todos los demás. Se sacrificaría por Alisa porque ella es lo único que le queda. Pero si él sabe que todavía te tiene a ti, es posible que se sienta menos inclinado a lanzarse hacia la muerte. Dile que le mentiste, que lo engañaste. Cuéntale que Marshall está vivo. Así Roma tendrá que buscar otro plan.

Juliette negó con un gesto. A pesar de lo bonito que sería pensar que todo se reducía a eso —a una decisión de ella, a su amor— eso era apenas una fractura en toda una red de cristales destrozados.

—Eso no servirá de nada —respondió la joven en voz baja—. Además, no tengo miedo que él le cuente al mundo que Marshall sigue con vida. Temo que él me perdone.

Benedikt giró bruscamente para quedar frente a Juliette y la miró atónito al oír sus palabras.

—¿Por qué le temes a eso?

—Tú no entiendes —Juliette se envolvió con sus brazos—. Mientas él me odie, estaremos a salvo. Si volvemos a amarnos… esta ciudad podría matarnos ante la sola esperanza de vernos juntos.

Pero con sus acciones, Juliette lo estaría salvando de un riesgo inminente de muerte, sólo para lanzarlo directamente a otro igual.

En efecto, parecía decir el largo silencio de Benedikt. *No lo entiendo.* Juliette había visto a Benedikt entrar en la casa refugio para buscar a Marshall Seo. Ella se había arriesgado a que le reventaran la cabeza como parte de la venganza de Benedikt por la muerte de Marshall. Juliette sabía que su interlocutor entendía lo que era el miedo. Miedo de amar, miedo a todas las cosas podían salir mal, a todas las formas en que el amor podía doler. Pero Benedikt no tenía miedo de la guerra de clanes, y a Juliette le alegraba que él se hubiese salvado al menos de ese peso.

—Di lo que estás pensando, Benedikt Montagov —susurró Juliette cuando el silencio empezó a prolongarse demasiado.

Benedikt le dio la espalda al río.

—Yo creo… —dijo después de un rato, pero tan suavemente que parecía que su mente estuviera en otra parte— que no te haces ningún favor al negarte a una esperanza.

Y antes de que Juliette pudiera pensar en responder, Benedikt ya le

había dado una palmada en el hombro y ahora empezaba a alejarse, para dejarla allí, en pleno Distrito Histórico, una chica solitaria con su abrigo ondeando al viento.

Kathleen había hojeado la correspondencia y había leído toda la información que le había sido proporcionada. Ya no cabía ninguna duda, independientemente del ángulo desde el que se mirara. Lord Cai había advertido que tenían un espía en el círculo interno. Había revisado la casa y tomando nota de los parientes que en ella habitaban. Estaba al tanto de quiénes asistían a sus reuniones; había incluso reducido el círculo de su confianza, analizando a cada miembro con la esperanza de revelar al espía. Y todo ese tiempo había tenido razón. La espía era Rosalind.

Ahora Kathleen necesitaba respuestas.

Así que subió las escaleras, con la mente fija en su tarea. Su hermana había hecho una promesa. Aunque se encontraran en continentes distintos, las tres —ella, Rosalind y Juliette— habían prometido protegerse una a las otras, y habían prometido que serían intocables, siempre y cuando se mantuvieran juntas. ¿Qué podía ser más importante que eso?

Kathleen se detuvo frente a la puerta de Rosalind, haciendo caso omiso del Escarlata que prestaba guardia. En seguida golpeó la madera con tal fuerza que le dolieron los nudillos.

—¡Rosalind, abre la puerta!

—Ella no está en condiciones de caminar —advirtió el guardia Escarlata —. Simplemente pase.

—No —logró decir Kathleen—. No, quiero que se levante y me mire a los ojos.

Kathleen nunca antes se había sentido tan herida por una traición. Entendía que Rosalind hubiera dejado de sentir lealtad hacia la Pandilla Escarlata. Entendía que Rosalind finalmente hubiera decidido acabar con la hegemonía de los Cai, tras años y años de ser aislada del centro de la familia. Eso era algo que Kathleen podría perdonar, aunque significara una bofetada en el rostro para Juliette. Pero lo que Kathleen no podía entender era por qué Rosalind no se lo había contado a *ella*.

—Rosalind —vociferó una vez más Kathleen.

Pero no tuvo más respuesta que el silencio. Demasiado silencio. Cuando finalmente trató de abrir la puerta, estaba cerrada con llave.

—¿Hace cuánto que la viste por última vez? —preguntó Kathleen.

El Escarlata parpadeó, mientras observaba fijamente el picaporte que no se movía.

—Una hora, máximo.

—*¿Máximo?*

Ahí había algo raro. Eso estaba claro. El guardia se movió para que Kathleen se apartara, y cuando ella se quitó del camino, el hombre derribó de una patada la puerta, que saltó de las bisagras. Mientras la plancha de madera rebotaba contra la pared, los dos pudieron ver la habitación: una cama vacía, una silla fuera de lugar, la ventana abierta de par en par y las cortinas de gasa flotando ante la brisa.

Kathleen corrió hacia la ventana. Había una cuerda que colgaba del alféizar, hecha totalmente de sábanas y amarrada de una de las patas de la cama. La soga improvisada bajaba hasta las jardineras en la planta baja, donde las rosas habían sido pisoteadas.

Kathleen dejó escapar un largo y amargo suspiro.

—Huyó.

Si Roma no hubiera estado limpiando su pistola en el depósito del primer piso, no habría escuchado el alboroto que venía del callejón.

La ventana estaba abierta, y la luz del sol iluminaba los rincones polvorientos y se reflejaba en las lámparas de bronce. Cuando dejó el trapo a un lado oyó un chapoteo y luego una subrepticia maldición. Parecía una chica gimiendo de dolor y las pisadas se oían cada vez más cercanas.

Lo primero que pensó Roma fue que se trataba de Alisa, que había logrado escapar y había encontrado cómo volver a casa. Sin dudarlo, abrió la ventana todo lo que pudo y salió por ahí. Pisando con cuidado sobre la arcilla húmeda, avanzó por el callejón, pero no encontró nada del lado norte del edificio. Así que dio media vuelta.

Y entonces vio a Rosalind Lang, vestida con lo que parecía un camisón, con un abrigo pesado sobre los hombros.

Roma contuvo el impulso de frotarse los ojos, mientras se preguntaba si estaría alucinando. La falta de sueño de los últimos días tal vez ya le estaba haciendo mella, porque si la presencia de Rosalind allí no era suficientemente extraña, su aspecto desaliñado sí que lo era.

Luego de un segundo, Rosalind sacó una pistola de su abrigo. La levantó rápidamente como si esperara una pelea.

Pero Roma no hizo ningún ademán amenazante. Sólo levantó lentamente las manos y dijo:

—Hola. ¿Qué haces aquí?

La escena tenía su gracia, pensó Roma, a pesar de que la situación no era graciosa en absoluto. Mucho tiempo atrás, antes de que conociera a Juliette, y antes siquiera de que se enamorara perdidamente de la heredera de los Cai, Roma había sido enviado a territorio Escarlata con otra misión.

Lo habían enviado en pos de Rosalind.

Ésa era la razón por la que su padre había empezado a sospechar de él al final. El nombre de Rosalind Lang estaba en boca de todo el mundo porque se la consideraba la mejor bailarina que hubiera visto el club burlesque de los Escarlata, y se había diseñado un plan para que Roma se mezclara en dicha pandilla, con el fin de acercarse a Rosalind y obtener información sobre ésta, fingiendo un gran romance frustrado. Pero en lugar de eso, Roma había oído rumores sobre el regreso de Juliette Cai a Shanghái y había cambiado de plan al entrar al territorio rival, pues quería ver con sus propios ojos a la terrible heredera de la Pandilla Escarlata.

Pero Roma perdió la batalla desde el comienzo, pues desde el momento en que vio a Juliette Cai por primera vez —cuando contempló aquella sonrisa en sus labios, mientras ella estaba en el Distrito Histórico— cayó totalmente rendido a sus pies. Y ese plan de falso romance frustrado dio un giro de tuerca hasta volverse real. Al presentar después su informe, Roma afirmó que no había tenido suerte con la intriga original, pero de todas formas siguió frecuentando el territorio de los Escarlatas. Y, desde luego, su padre fue informado de ello.

Por eso era muy extraño encontrarse a Rosalind Lang allí, a sólo unos pasos de la oficina de su padre, cinco años después.

—Un solo grito —dijo Roma cuando vio que Rosalind apuntaba la pistola hacia él—. Eso es lo único que se necesita para que los Flores Blancas salgan corriendo del edificio y te llenen el cuerpo de agujeros. Piénsalo bien, señorita Lang.

—¿Qué tengo que pensar? —logró decir Rosalind, pero la mano le temblaba visiblemente—. Puedo pensar con cuidado y aun así dispararte, o no puedo pensar en lo absoluto y vaciar el arma para verte morir.

Roma frunció el ceño. Cuando avanzó un paso más vio que ella tenía

los ojos enrojecidos y parecía haber estado llorando.

—Enséñame cómo se puede dejar de pensar —comentó Roma—. Parece una habilidad muy valiosa.

Roma no sabía muy bien qué esperar de ese intercambio. Sin embargo, no parecía correcto llamar a un montón de Flores Blancas para que mataran a Rosalind Lang. Tal vez se debía a que a Roma no le desagradaba la hermana de Rosalind, y por eso no tenía interés en causarle un mal a Kathleen Lang.

Tal vez se debía a que Rosalind lo hacía pensar en Juliette.

—No pienses que no voy a disparar —le espetó Rosalind—. Grita para pedir ayuda. Anda, ¡hazlo!

Pero Roma no hizo nada. Sólo se quedó allí, con el ceño fruncido. *¿Qué podría estar haciendo ella aquí?*

Al final, Rosalind se dio por vencida y una lágrima rodó por su mejilla mientras bajaba el arma.

—Lo fácil que habría sido todo —susurró la joven—, de haber sido tú. Qué bueno eres. Qué noble.

Entonces Rosalind se llevó la mano a los labios, como si no quisiera decir nada más. Luego parpadeó varias veces para aclararse la vista y comenzó a caminar apresuradamente hacia delante, rozando el hombro de Roma al pasar. Roma se quedó mirándola incluso después de que desapareció de su vista, con los ojos fijos en el final del callejón, como si la sola concentración pudiera disolver su estado de desconcierto.

Tal vez debería haberle disparado. Eso habría sido lo que Juliette se merecía. Ojo por ojo. Una vida por otra.

Pero él no era así. Roma negó con la cabeza. No era así como quería ser. La Pandilla Escarlata había secuestrado a Alisa y él la recuperaría de forma honorable. Esos Escarlatas querían rebajarse hasta tocar fondo, pero él tomaría una dirección totalmente distinta. Ya se había ensuciado las manos con demasiada sangre. Y estaba cansado de eso. Cansado del hedor que se filtraba hasta en sueños, cansado del odio que ya lo quemaba por dentro.

Sin hacer ruido, Roma volvió a entrar por la ventana.

Treinta

El cielo estaba nublado y el día se veía tan oscuro que la mañana casi parecía dar paso directamente a la noche. Eso habría sido un milagro. Si esa jornada simplemente desapareciera, entonces no podría celebrarse duelo alguno.

Pero ahí estaban, junto al arroyo Suzhou, bajo nubes tan plomizas y pesadas como ropa empapada. Juliette no podía entender por qué había tanto silencio, cómo era que no parecía haber nadie en las calles ese día. A lo lejos, las grandes plantas de producción de gas permanecían silentes, sin ningún trabajador a la vista. ¿Acaso sucedía algo de lo que ella no había tenido noticia? ¿Alguna manifestación en alguna parte de la ciudad de la que ella no se había enterado?

—Mantente alerta, Juliette.

Juliette miró con recelo a Tyler, mientras éste se paseaba hasta el final del callejón, listo para el momento en que aparecieran los Montagov. Frente a ellos, el arroyo seguía su curso, lleno de botes de pescadores y casas flotantes que parecían vacías.

—Supongo que no vamos a seguir al pie de la letra el código de los duelos, ¿o sí? —preguntó ella—. Porque literalmente hay como quinientas reglas y mi vocabulario en ruso no es tan extenso.

En respuesta, Tyler sacó algo de su bolsillo y se lo lanzó a Juliette. Ella lo atrapó con agilidad y las páginas se arrugaron al atraparlo con los dedos. La cubierta estaba gastada, pero el texto todavía era legible, rodeado de un marco decorativo: *Yevgeniy Onegin*.

—Treinta y dos pasos —contestó Tyler con voz neutra—. Podemos

establecer esa bolsa de basura como un límite medio.

Juliette miró por encima del hombro, para observar nuevamente a Alisa. La niña esperaba allí, mientras dos de los esbirros de Tyler la tenían bien sujeta de los brazos. Otros dos Escarlatas estaban apostados en el extremo opuesto del callejón. Vigilaban, en caso de que los Flores Blancas decidieran atacarlos desde las calles traseras y empezar una guerra territorial, pero Roma nunca sería tan imprudente. No había victoria posible cuando se peleaba en un espacio tan pequeño, rodeado de muros altos y techos de teja que se proyectaban hacia los lados. Lo único para lo que servía un lugar como éste era para un duelo.

Treinta y dos pasos. Con un punto en el centro, al que los duelistas de cada lado podían acercarse, pero del que no podían retroceder después de haber avanzado. Tyler tenía un disparo. Si fallaba, Roma podía forzarlo a acercarse justo al lado de aquel punto medio, y cuando el joven Montagov tuviera oportunidad de disparar, sólo habría un resultado posible. A esa distancia tan corta, Roma sólo podía acertar.

Pero eso requería que Tyler fallara primero. E incluso a una distancia de treinta y dos pasos, Juliette no estaba segura de que eso fuera posible. Sólo podía esperar que ninguno de los dos avanzara hacia aquel punto de partida. Que los dos se mantuvieran retirados, lejos el uno del otro, y los dos fallaran, y así aquel duelo terminaría con honor restaurado y sin muertos, con Alisa de vuelta al seno de los Flores Blancas y Tyler apaciguado.

Eso sí que era un buen chiste, pensó Juliette. El corazón le retumbaba en el pecho con la fuerza de una tormenta. Era imposible que eso pasara. Y entonces, ¿cómo terminaría esto?

—Hey —exclamó Juliette, mientras se acercaba a Alisa—. ¿Necesitas algo? ¿Tienes sed?

La pequeña negó con la cabeza. Trató de zafar un brazo de las manos de sus captores, pero sin ponerle mucho empeño; hacía rato que había renunciado a escapar.

—Sólo quiero ir a casa —fue lo que dijo con voz fría.

Juliette tragó saliva.

—Y vas a hacerlo —le aseguró la heredera de los Cai. Luego dejó el ejemplar de la novela que le había dado Tyler a los pies de Alisa—. Cuida esto por mí, ¿quieres?

Tyler había prometido entregar a Alisa al final del duelo, independientemente del resultado. Hasta ahora, ciertamente parecía haber mantenido su palabra. Alisa no había sufrido ningún daño; a lo sumo, sólo parecía molesta por el hecho de estar cautiva.

Tal vez, se le ocurrió de repente a Juliette, Alisa ni siquiera sabía que su hermano había retado a duelo.

Cuando se oyeron pasos que provenían de la calle de la que se desprendía el callejón, Juliette tomó aire profundamente y se enderezó, mientras apretaba los puños. Si Alisa no sabía por qué se encontraba ahí, estaba a punto de enterarse.

Unos segundos después aparecieron Roma y Benedikt. Se veían bastante tensos, con el cuello del abrigo subido para guarecerse del frío. Durante un momento, Juliette se preguntó si Roma llevaría puesta alguna clase de protección debajo del abrigo, pero luego se lo desabotonó y sólo se reveló su prístina camisa blanca. No habría ningún truco allí. Tyler descubriría cualquier intento de lo contrario.

—Tyler —gritó Juliette. Su voz atrajo la atención de Roma, cuyos ojos observaban atentamente hacia donde sus enemigos mantenían a Alisa. Quiso arrojarse en pos de su hermana, pero Benedikt lo sostuvo del brazo y le recordó prudencia; debía cuidarse de no hacer un movimiento inesperado. Otra ráfaga de viento helado recorrió el callejón. Los Montagov parecían reflejos idénticos del mismo cuadro: uno luminoso, como un estudio artístico de contrastes y sombras, y el otro, una reproducción descolorida y rubia.

—No es necesario que me grites —contestó Tyler, mientras caminaba hacia Juliette—. Iré a ponerme en posición.

Justo en el momento en que empezó a caminar, se oyó un fuerte *¡bang!* en los alrededores y todos los que estaban en el callejón se sobresaltaron. Independientemente de la displicencia con que se comportaba Tyler, lo cierto es que estaba tan tenso como Juliette. Mientras que ella se mantenía rígida por el miedo, él apretaba los puños con fuerza, preparándose para el derramamiento de sangre.

—Sólo es un *rickshaw* —aclaró Juliette—. Estoy segura —agregó y luego lanzó otra mirada a Alisa, tratando de comunicarle con sus ojos que todo iba a estar bien, antes de caminar para encontrarse con Benedikt en el centro del callejón. En su calidad de padrinos, ésta sería su última

oportunidad de conversar en representación de los duelistas, para resolver el asunto y marcharse.

—¿Tuviste éxito? —murmuró Benedikt.

Juliette lo negó.

—Nada. ¿Y en cuanto a Roma?

—No dará marcha atrás.

Seguro de que estaban hablando de él, Roma mantuvo la mirada fija en Juliette, aunque su expresión permaneció inalterable, sin revelar ninguna emoción.

—Roma —susurró Juliette, a sabiendas de que él podía oírla. Además, si modulaba con cuidado cada palabra, probablemente también podría leerle los labios—. No lo hagas.

—Tengo que —afirmó él. No hubo ninguna discusión. Era tan sencillo como eso. La guerra de clanes estaba destinada a seguir su curso hasta las últimas consecuencias. Ni siquiera Roma, que siempre la había detestado, podía resistir su magnetismo. La guerra entre clanes lo atraía como un imán y lo obligaría a matar.

Recuerda lo que acostumbrabas decir, quería gritar Juliette: *Astra inclinant, sed non obligant*.

Juliette permaneció inmóvil, con el aire contenido en la garganta. Su corazón latía con tanta fuerza que se alcanzaba a oír; tanto que era lo único que ella podía escuchar. Pero en cuanto a Roma, él se limitó a dar la media vuelta y ocupar su puesto al final del callejón, sin mirar por segunda vez ni a Juliette ni a Benedikt.

Tan pronto como la joven giró sobre sus talones y empezó a caminar, Benedikt también se puso en alerta. Corrió hacia donde estaba Roma y lo sostuvo del codo, mientras susurraba algo que Juliette no alcanzó a escuchar. La joven miraba por encima del hombro cada tres pasos tratando de entender lo que sucedía, pero Roma no mostraba ninguna reacción. Sólo negó con la cabeza y se liberó de la mano de su primo.

—Tyler —gritó Juliette.

—Detrás de mí —contestó Tyler, sin mirar a Juliette. A menos que quieras permanecer en la línea de fuego…

Inhalar. Exhalar.

—Tyler…

Esta vez su primo sí le prestó atención, mientras que la pistola colgaba

de su mano, a un costado.

—¿Sí?

Pero la lengua de Juliette se quedó inmóvil. ¿Qué iba a decir? ¿Acaso iba a suplicar por la vida de Roma? ¿Iba a implorar, poniéndose de rodillas, y haciendo todo lo que Tyler esperaba que ella hiciera, como esa chiquilla débil que él creía que nunca podría ser la líder de su pandilla?

Juliette tragó saliva. No podía hacerlo. No estaba dispuesta a hacerlo. Era la heredera de la Pandilla Escarlata. Pieza clave en un grupo de gánsteres y comerciantes y *monstruos*, cada uno de los cuales tenía la boca llena de sangre. Ella no se arrodillaría ante nadie.

Tyler sonrió.

—Entonces, toma tu lugar —fue lo que él dijo.

Pero, *Dios*, en este momento Juliette se moría por no serlo. Se moría por ser sólo una niña.

Juliette caminó hacia la parte trasera del callejón y se detuvo junto a Alisa. En ese momento, la chica ya empezaba a fruncir el ceño, empezaba a resolver el enigma que se desplegaba ante sus ojos, mientras veía a Roma y a Tyler, uno frente al otro, en extremos contrarios del callejón, con pistolas en sus manos.

Fue entonces cuando Benedikt habló:

—Tyler Cai, puedes aproximarte al punto central a tu propio ritmo.

—¿Qué sucede? —preguntó de repente Alisa—. ¿Acaso esto es un *duelo*?

Juliette sintió que se le rompía el corazón. Sintió que éste se partía en dos pedazos, como si de verdad aquello fuera posible.

—No mires —advirtió Juliette a Alisa.

Tyler se acercaba demasiado rápido. En un duelo ruso la elección crucial estaba en la distancia, cuanto más se acercara el tirador inicial antes de disparar, más cerca estaría cuando fuera el turno de su adversario. Pero Tyler no parecía preocuparse en lo absoluto. Seguía caminando y caminando, sin detenerse, hasta que llegó a la barrera y sus zapatos quedaron cerca de la bolsa de basura.

—¿Qué quieres decir con que *no mire*? —estalló Alisa, que forcejeaba y se retorcía nuevamente como si su vida estuviera en peligro, con el fin de hacer todo lo posible por liberarse de los Escarlatas que la sostenían de los brazos—. ¡Lo va a matar, Juliette! ¡Tyler lo va a *matar*!

—Alisa Montagova —replicó Juliette—. Te dije que no mires…

Tyler levantó su pistola. Apuntó.

Y justo en el instante en que Alisa empezó a gritar, se escuchó un disparo que sacudió la mañana como si fuera el fin del mundo.

El grito terminó abruptamente.

Tyler se tocó el pecho, donde empezaba a aparecer una mancha roja, que crecía y crecía con rapidez. Roma dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos, tratando de entender la escena frente a sus ojos.

Porque no había sido él quien había detonado el disparo desleal.

Había sido Juliette.

Las dos manos de Juliette rodeaban la culata de la pistola humeante. Ya no había lugar para el arrepentimiento. Lo había hecho y no podía deshacerlo. De modo que se dio la media vuelta, y con un sollozo contenido en la garganta, disparó también contra cada uno de los hombres de Tyler. Antes incluso de que terminaran de entender lo que estaba ocurriendo, todos fueron cayendo con balas incrustadas en la sien, el cuello y el pecho.

Tan pronto como los vio a todos en el suelo, Juliette arrojó lejos su pistola.

—*¡Maldición!* —gritó. Tyler volteó a mirarla… y de verdad la miró. Luego se puso de rodillas, se dejó caer sobre el costado y se dio vuelta para quedar frente al cielo oscuro, oscuro.

Juliette corrió hacia él. Aunque era ella quien había disparado, y todos los hombres que habían llegado con Tyler estaban muertos, Juliette lo abrazó y trató de contener la sangre que manaba de la herida, como si de no hacerlo pudiera de alguna manera ser más vil de lo que ya era, como si hubiera alguna manera de dar vuelta atrás.

—¿Por qué tuviste que seguir insistiendo? —gritó—. ¿Por qué no podías sólo *renunciar a ello*?

Tyler parpadeó lentamente. Habría sido más fácil si hubiera respondido a Juliette con odio sordo. Habría sido más fácil si le hubiera escupido y la hubiese llamado traidora, si la hubiera insultado con todas esas palabras hirientes que nunca antes había tenido problema en decirle. Pero, en lugar de eso, el joven agonizante parecía confundido. Tyler se llevó una mano a la herida sangrante por encima de las manos de Juliette e hizo presión, y cuando vio sus dedos cubiertos de brillante escarlata, la expresión que

cruzó por su rostro fue de total incomprensión, como si nunca hubiera concebido en realidad que Juliette fuera capaz de hacerle daño.

—¿Por qué? —preguntó con voz ronca y bien podría estar repitiendo las palabras de Juliette, pero la joven sabía que no era así, Tyler formulaba una pregunta distinta.

Juliette aplicó más presión con las manos, segura de que, si lo intentaba lo suficiente, podría cerrar la herida con la fuerza de su voluntad, podría detener la hemorragia y regresar el último minuto en el mundo.

Pero, aunque lograra hacerlo, la guerra que asolaba la ciudad seguiría adelante.

—Porque… —dijo Juliette. Y aunque su voz era apenas un susurro en medio del silencio del callejón, en el que sólo existían los jadeos de Tyler, la voz de la joven era lo único que se escuchaba—. Lo amo. Lo amo, Tyler, y tú trataste de quitármelo.

Entonces Tyler exhaló y una risa seca brotó de sus pulmones.

—Lo único… que tenías… que hacer… —dijo—, era… elegir a los tuyos.

Juliette sintió que la mandíbula le temblaba. Nada era nunca tan sencillo como "los tuyos" y "los suyos", pero, para Tyler, así era. Él se creía capaz de llegar a la cima, se consideraba digno de ser el heredero, pero lo único que había hecho en sus dieciocho años de vida era seguir órdenes de los que estaban en la cima, órdenes sesgadas por el odio que emponzoñaba sus vidas. ¿Cómo podía ella juzgarlo por ello?

En ese instante fugaz, Juliette cerró los ojos y trató de recordar la época anterior a todo aquello. Un tiempo en que Tyler le cedía su manzana antes del desayuno porque ella tenía hambre y sus dedos eran muy pequeños para alcanzar el frutero. Cuando Tyler subía al techo de la casa para arreglar el tendido eléctrico y todo el personal de la casa lo adoraba como a un héroe. La ocasión en que Juliette entró en su habitación poco después de regresar de Nueva York y lo encontró hecho un ovillo, llorando frente a una fotografía de su padre. Esa vez había cerrado la puerta en la cara de Juliette, pero ella entendió por qué lo había hecho.

Ella siempre había entendido.

Cuando Juliette abrió los ojos y susurró "Lo siento", Tyler ya estaba muerto.

Treinta y uno

En medio del aturdimiento, Juliette retiró las manos del cuerpo de su primo. Las tenía cubiertas de sangre hasta las muñecas, y los dedos estaban pegajosos por la viscosidad del vital líquido.

Durante un largo momento, el callejón permaneció en un silencio inmóvil, congelado como una cinta que se ha quedado atascada en el carrete. Luego Alisa salió corriendo hacia Roma, quien le abrió los brazos para recibirla, mientras parecía seguir aturdido. Luego miró a Juliette, que, a su vez, se contemplaba fijamente las manos. El único que parecía conservar la razón en aquel momento era Benedikt, quien gritó:

—Juliette, probablemente deberías decírselo ahora…

En ese momento una ráfaga de viento salado agitó el cabello de Juliette, tapándole los ojos cuando levantó la vista. Una discusión parecía haber estallado en algún lugar cercano, al tiempo que se escuchaba el tañido lejano de unas campanas que doblaron doce veces para indicar que era mediodía. El eco de las campanadas se sumó al ruido blanco que sentía Juliette en los oídos.

—… en mi humilde opinión —añadió Benedikt con voz suave.

Roma abrazó con mayor intensidad a Alisa, mientras miraba alternativamente a Juliette y a su primo, luego frunció el ceño, y ya no pudo borrar de su rostro aquella expresión de aturdimiento.

—¿Qué? —logró decir Roma, al tiempo que clavaba la vista en los cadáveres que reposaban en el suelo—. Decirme ¿qué cosa?

Juliette se puso de pie con dificultad, pues estaba temblando. Era la misma sensación que tenía en sueños, cuando sentía que no podía

levantarse del suelo porque sus huesos pesaban tanto como el metal.

Sólo que antes de que la joven pudiera responder esa pregunta, fue interrumpida por otra voz, una que llegó desde arriba, desde el tejado de uno de los edificios que se levantaban sobre el callejón.

—Que ella disparó antes de que yo lo hiciera.

Algo aterrizó frente a Juliette con un estruendo. Marshall Seo se dio la vuelta, sereno, como si no acabara de saltar dos pisos, se retiró el trapo que le cubría la cara y ofreció a Roma una sonrisa franca.

Roma se quedó mirando fijamente.

Luego corrió hacia Marshall y lo abrazó con tanta fuerza que tuvo que empezar a darle golpes en la espalda a su amigo para liberar el exceso de energía. Marshall abrazó a Roma con similar entusiasmo, sin reparar en la cariñosa golpiza que estaba recibiendo.

—Pero si tú te moriste —dijo Roma casi sofocado—. Yo te vi morir.

—Sí —respondió sencillamente Marshall—. Juliette se esforzó mucho para asegurarse de eso.

De repente, Roma soltó a Marshall y sus ojos se clavaron en Juliette. Entretanto, ella podía sentir la ansiedad que brotaba de su propia piel como un aura visible. No sabía cómo pararse o dónde poner las manos. No sabía si sería apropiado tratar de limpiarse la sangre, o si debería fingir que no estaba en un callejón con tres integrantes de los Flores Blancas, mientras todos sus hermanos Escarlatas yacían muertos a su alrededor.

Roma abrió la boca. Pero antes de que pudiera pedir una explicación, Juliette ya estaba hablando, con la mirada clavada en sus manos, pues no podía, *no era capaz* de mirarlo.

—Tuve que hacerlo —comenzó la joven con la voz quebrada—. Tyler tenía que ver tu odio. Nos habría destruido de haber sabido que yo… —no pudo seguir y cerró los dedos rojos hasta formar un puño. En realidad, no necesitaba decir más. Ellos la habían oído. Todos habían escuchado lo que le había dicho a Tyler.

—*Juliette*.

La joven levantó la vista. Alzó también la quijada y fingió valor, tal como había aparentado tantas cosas en su vida, todo para sobrevivir. Para inventarse la patética necesidad de vivir rodeada de cosas materiales, pero sin un solo atisbo de felicidad. Nunca había sentido su corazón tan pesado.

—Pero eso no importa —dijo Juliette—. Ya no puede hacernos daño,

¿no es verdad?

La heredera de los Cai se dio la media vuelta y empezó a caminar para alejarse. Podía sentirlo: el temblor ya estaba empezando a apoderarse de sus manos, y pronto sacudiría su pecho e invadiría todo su cuerpo. Tenía que irse antes de caer en pedazos, antes de que su mente empezara a recrear exactamente lo que había hecho allí y cómo iba a explicarlo.

Tyler estaba muerto. Los hombres de su primo estaban muertos. La única persona que había quedado en pie para contar lo que había pasado era ella. Podría decir lo que quisiera, pero esa idea se sentía demasiado grande para entenderla.

—*Juliette*.

En ese instante oyó unos pasos que la seguían. Trató de acelerar, pero ya era demasiado tarde y sintió que la agarraban de la muñeca. Sólo que cuando Roma la sostuvo del brazo, se oyó un ruido aterrador, que venía de afuera del callejón, del norte de la calle Suzhou, cerca del arroyo. Los dos se agacharon al tiempo y volvieron la cabeza hacia el lugar de donde parecía surgir aquel ruido.

—¿Qué fue eso? —preguntó Benedikt—. ¿Son disparos?

El sonido volvió a escucharse: una descarga de balas que se oían cada vez más cerca. Como fantasmas que se materializaban en medio de la neblina, tres hombres pasaron corriendo frente a la boca del callejón, lo suficientemente rápido para no ver a Roma y a Juliette allí, pero no tan rápido como para que la joven no alcanzara a ver la cinta roja que llevaban atada alrededor del brazo. Todo pareció pasar en segundos. Aunque la ciudad estaba muy silenciosa y las calles se encontraban sospechosamente desiertas, como si los comerciantes se hubieran tomado el día libre, en un instante la ciudad rugió con vida y comenzaron a oírse gritos en cada esquina. Y muchos tiroteos.

—Está sucediendo —dijo Juliette con incredulidad. Era el 21 de marzo, según el calendario occidental—. La revolución.

—¿Dónde están? ¿Dónde están Juliette y Tyler?

Kathleen se asomó desde el barandal del segundo piso y frunció el ceño al ver la súbita conmoción. La puerta principal se cerró con un estruendo y el volumen de las voces del vestíbulo aumentó, en la medida en que todos trataban de gritar más fuerte que el otro. Lady Cai parecía estar dando

instrucciones, pero con tanta gente hablando al mismo tiempo, su voz resultaba inaudible.

Kathleen se apresuró a bajar las escaleras.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Nadie le prestó atención. Lady Cai siguió dando órdenes, rígida como un poste, mientras gesticulaba con los brazos y agrupaba a los hombres para mandarlos luego hacia la puerta, como si en realidad estuviera dirigiendo la presentación de una orquesta.

—Niāngniang —Kathleen logró deslizarse hasta quedar justo frente a Lady Cai. En cualquier otro momento, nunca se habría atrevido a hacerlo. Pero ahora la casa estaba en tal caos que su tía no podría regañarla—. Por favor. Dime qué sucede.

Lady Cai trató de apartar a Kathleen.

—Los comunistas ignoran las instrucciones del Kuomintang de tener paciencia —dijo de manera distraída—. Hay levantamientos aislados por toda la ciudad para tratar de tomar Shanghái y sumarla a la Expedición del Norte —sólo en ese momento, Lady Cai giró la cabeza y miró realmente a Kathleen—. ¿Acaso tú no eres nuestra informante infiltrada en ese asunto?

—Eh… sí —contestó Kathleen, tartamudeando. Esperaba que no estuvieran a punto de culparla por esto—. Soy su informante. Y le he dicho a todo el mundo, una y otra vez, que las huelgas serían cada vez de mayor importancia, que el número de participantes iba en aumento…

—No hay nada de qué preocuparse —la interrumpió Lady Cai, con su habitual tono de practicidad—. Independientemente de lo que hagan ahora los comunistas, los nacionalistas eventualmente lo recuperarán, y todo volverá entonces a nuestras manos. Nuestro único problema ahora —añadió e hizo un gesto al grupo de hombres que tenía más cerca— es saber dónde se habrá metido mi hija, antes de que termine muerta.

Kathleen observó a los gánsteres que salían apresuradamente por la puerta y los oyó susurrando el nombre de Tyler y de Juliette.

Rosalind también estaba desaparecida. Y, sin embargo, ninguno de estos gánsteres parecía preocupado en lo absoluto. Se estaban empujando unos a otros, para salir primero a las calles mientras que los trabajadores formaban un caos, pero sólo porque habían recibido la instrucción de encontrar a los jóvenes Cai, en cualquier parte de la ciudad. Si Lady Cai no

les hubiera dado esa orden, ¿estarían igualmente preocupados por ello?

Kathleen soltó el aire de sus pulmones y se alejó de Lady Cai. Aun ahí, en la mansión, que estaba ubicada a las afueras de la ciudad, podía oírse a lo lejos el estallido de los disparos. Y se percibía también un profundo estruendo resonar en el suelo, como si algo colosal acabara de explotar.

Juliette estaría bien. No era tan fácil abatirla.

Shanghái, por otro lado, era un asunto totalmente distinto. Al igual que Rosalind.

Kathleen bajó su abrigo del perchero y se mezcló con un grupo de mensajeros que salían de la casa y se amontonaban dentro de un auto que se dirigía al centro de la ciudad. Necesitaba encontrar a Rosalind. Tenía que hallar a su hermana antes de que la ciudad comenzara a arder.

En ese momento, Kathleen vio que Lady Cai se acercaba por el camino de entrada, con los brazos cruzados. Cuando llegó junto al auto, clavó los ojos en los de Kathleen a través de la ventanilla.

Y cuando el auto arrancaba, Lady Cai no protestó.

Juliette vio a la dueña de un burdel asomarse a su balcón, con la bata de seda revoloteando al viento. Pocos segundos después, la mujer recibió un disparo desde abajo y cayó por encima del barandal hasta estrellarse contra el suelo de cemento, mientras dejaba un rastro rojo en el aire.

El obrero que había disparado aquel proyectil no se detuvo. Ya estaba en movimiento y corría para unirse al maremágnum que estaba a la caza de otro blanco.

Juliette volvió a agazaparse en el callejón y hasta se cubrió la boca con una mano. Su lengua sintió el sabor metálico de la sangre seca. Conocía la violencia. Estaba acostumbrada a ella, a ver cómo brotaba la sangre en medio del odio… pero *¿aquello?* Aquello era algo totalmente nuevo. No era una guerra entre clanes que se enfrentaban con cierta estrategia, podría decirse que hasta de forma contenida. Aquello era una ciudad que se levantaba por entero, desde las alcantarillas. Parecía que las simples manifestaciones y las protestas ya no eran suficientes.

Pero después de que los obreros terminaran su revuelta, llegarían los soldados nacionalistas a reclamar para sí la victoria. Y cuando el extorsionador decidiera intervenir, aquello se convertiría en una guerra civil que se libraría con monstruos y locura. Juliette pensó que tal vez

debería de agradecer que, por el momento, la revolución sólo se disputara con armas convencionales. Los monstruos se mantenían fuera del combate, ocultos hasta que llegara su momento de reclamar el poder.

—Tenemos que irnos —declaró Benedikt—. Lo lamento, Juliette, pero vas a tener que dejar los cuerpos aquí.

—No importa —contestó Juliette en voz baja, mientras se secaba la cara. Tal vez más tarde, cuando los encontraran, culparían de su muerte a los trabajadores. Tal vez no sería necesario que ella cayera más bajo. Podía ser tan sólo una asesina, en lugar de ser una asesina *y* una mentirosa traicionera.

En ese momento se oyó otra ronda de disparos. Tendrían que recurrir a las calles secundarias para salir de allí. No había manera de que pudieran seguir el borde del arroyo sin que les dispararan.

—¿Adónde iremos? —susurró Alisa, quien tenía algo entre las manos. Había recogido el libro de Tyler y lo abrazaba contra su pecho—. ¿Qué clase de…?

Marshall le hizo un gesto para que se callara y luego les hizo señas a todos para que se pegaran a la pared y se quedaran muy quietos, mientras que un grupo de personas se reunían cerca del callejón y empezaban a darse instrucciones a base de gritos antes de dispersarse. Esto no sólo era una oportunidad para provocar el caos. Con las armas que estaban emergiendo, los trabajadores estaban tratando de recuperar Shanghái de las manos de los imperialistas y los gánsteres.

Era exactamente lo que temían tanto la Pandilla Escarlata como el clan de los Flores Blancas.

—Tenemos una casa refugio a dos calles de aquí —aventuró Benedikt en voz baja, cuando los disparos parecieron desviarse en otra dirección—. Vamos allá.

Marshall sujetó a Juliette del codo.

—Ven con nosotros —le dijo.

La heredera de los Cai se sobresaltó. Todavía podía sentir los ojos de Roma sobre ella.

—No —dijo—.Yo tengo adónde ir.

El suelo se estremeció bajo sus pies. En algún lugar parecían continuar las explosiones. Al otro lado del arroyo, las ventanas de la fábrica más cercana estallaron en esquirlas.

No había tiempo que perder. Tenían que dispersarse.

Juliette se inclinó y recogió la pistola que había arrojado al suelo, mientras hacía su mayor esfuerzo para no mirar el cadáver de su primo.

—Resguárdense hasta que esto termine. Cuando acabe, Shanghái no será la misma —les dijo, y luego quiso marcharse, pero por segunda vez Roma se adelantó rápidamente y la agarró de la muñeca. Sólo que esta vez Juliette por fin se dio la vuelta para encararlo, con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

—Roma, suéltame —dijo ella.

—Voy contigo —replicó él.

—De ninguna manera.

—Deja de huir de mí —protestó Roma—. Tenemos que hablar.

—¿De verdad? —exclamó Juliette. En ese momento se sintió que una bala rebotaba en la boca del callejón y Juliette supo que los habían visto—. ¿Quieres hablar *ahora*? ¿Mientras en la ciudad estalla la revolución?

Detrás de ellos, Benedikt y Marshall los miraban con los ojos muy abiertos, sin saber si debían intervenir. Ellos podrían exigirle a Juliette que aceptara, o persuadir a Roma de retirarse, pero ninguna opción parecía tener muchas posibilidades de resultar exitosa. Sólo Alisa le hizo un gesto de respaldo a Roma, con los pulgares hacia arriba, cuando éste se volteó a mirar por encima del hombro, para ver si venía otra bala en camino.

—Benedikt, Marshall —dijo Roma y se sentía en su voz un tono de complacencia ante el hecho de pronunciar de nuevo esos dos nombres juntos, tal como se suponía que debía de ser: una normalidad que conocía bien, aunque el mundo a su alrededor se estuviera desintegrando—. Por favor lleven a Alisa a nuestra casa refugio.

—Roma…

—Yo me quedaré aquí hasta que Juliette acepte hablar conmigo —le advirtió, tajante, a su primo—. Si los trabajadores entran al callejón, entonces ellos podrán sacarme con sus propias manos.

Juliette lo miró con perplejidad:

—¿Te volviste loco?

Pero fiel a sus palabras, Roma se quedó inmóvil, mientras que Benedikt y Marshall intercambiaban un gesto de aceptación, y codeaban a Alisa para que los siguiera. La niña estiró la mano para apretar el brazo de Roma al pasar, mientras susurraba rápidamente: “Cuídate”, antes de que los tres

desaparecieran. Luego quedaron sólo Roma y Juliette en un callejón teñido de rojo.

—No es una decisión difícil, Juliette —dijo el joven Montagov, al tiempo que se oían voces que provenían desde la calle principal y parecían estar ya a unos pocos segundos de aparecer por la boca del callejón—. Podemos irnos, o podemos morir aquí.

Juliette sintió la presión de los dedos de Roma en su muñeca y se preguntó si él podría percibir la forma en que el pulso de ella se aceleraba enloquecido cada vez que él se le acercaba.

—¡Por el amor de Dios! —dijo la joven con exasperación, mientras se quitaba de encima la mano de Roma y sus dedos quedaban entrelazados con los de él, ensuciando con sangre su piel, para alejarlo de la entrada al callejón—. ¡No podrías ser más dramático!

En el momento en que los trabajadores entraban al callejón y abrían fuego, Juliette y Roma desaparecieron por las callejuelas más estrechas y se perdieron en la ciudad.

Treinta y dos

Ya estaban empezando a bloquear calles, en un intento por cerrar las Concesiones, antes de que el caos penetrara también allí. Roma y Juliette llegaron a su destino justo a tiempo, pues viraron por una calle estrecha precisamente en el momento en que los soldados británicos empezaban a acordonarla. Cada ventana que pasaban tenía las cortinas cerradas y el estruendo de las balas les resonaba en los oídos. La revuelta pronto llegaría al vecindario.

—Rápido —susurró Juliette, al abrir la puerta de la casa refugio. Después de aceptar que iba a seguir haciendo el papel de justiciero, Juliette le había advertido a Marshall que, cuando estuviese fuera, mantuviera sin llave la puerta de su residencia temporal. Esto con el fin de garantizar que pareciera estar desocupada, en caso de que algún Escarlata viniera a husmear. De modo que en ese momento sintió gran alivio al ver que le había hecho caso. Ésta era la casa de seguridad Escarlata más cercana y Juliette pensó que no sería arriesgado refugiarse allí, en especial porque estaba enclavada en el territorio del Asentamiento Internacional y cerca de los límites del vecindario de Zhabei.

Tan pronto entró Roma y Juliette trancó la puerta, se escucharon gritos de los soldados británicos desde su barricada improvisada. Sus voces recorrieron la calle, silenciando el rumor de los departamentos de la zona, mientras que todos los residentes esperaban el momento en que el caos tocara a sus puertas.

—¿Las ventanas están selladas? —preguntó Roma.

Juliette no respondió, sólo esperó a que Roma se dirigiera a las

ventanas y corriera las cortinas, y luego oyó el suspiro de alivio del joven, cuando comprobó que todas estaban tapadas con tablas de madera.

—¿No te pareció que la oscuridad era señal de que estaban cubiertas? —murmuró la joven, mientras acercaba su encendedor al candelabro que había sobre la mesa.

Afuera comenzaron a oírse los primeros ecos del tiroteo. Tal vez Juliette debería haber tratado de llegar a su casa en lugar de ir allí. Tal vez debería haber intentado organizar a la Pandilla Escarlata para repeler la rebelión. Sin embargo, por alguna razón tenía la sensación de que eso no habría marcado ninguna diferencia. Por primera vez, los gánsteres no sólo tenían una desventaja numérica, sino que sus adversarios los superaban también en poder de fuego y determinación asesina.

Roma cerró cuidadosamente las cortinas. Luego se quedó inmóvil un momento, y un segundo después dio media vuelta, cruzó los brazos y se apoyó contra las tablas. En realidad no había dónde sentarse: Marshall había arreglado el lugar para que fuera acogedor, pero seguía siendo tan pequeño como una guarida. Una silla cerca de la chimenea, un colchón en el suelo y varias mantas encima que formaban una especie de nido.

Juliette optó por apoyarse contra la puerta y así se quedaron un rato, cada uno en un extremo del cuarto, sin hablar una palabra.

Hasta que Roma dijo:

—Lo siento.

Juliette abrió un poco más los ojos. Por alguna razón, la sensación que tenía en el estómago era de rabia. Pero no hacia Roma. La joven concentraba su ira hacia el mundo.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó ella en voz baja.

Roma se alejó lentamente de la ventana. Juliette observó mientras el joven deslizaba los dedos por la superficie de la mesa y notaba que no estaba cubierta de polvo. Luego sus ojos parecieron brillar con fascinación, antes de que su mirada se posara en el abrigo que colgaba de la pared. Tal parecía que Roma acababa de comprender que ahí era donde Marshall había estado viviendo.

Dio otro paso hacia delante y, en respuesta a la pregunta de Juliette, señaló la sangre que ella tenía en las manos.

—Sin importar qué hubiera entre ustedes, él era tu primo, Juliette. Lo siento.

La aún heredera de los Cai cerró los puños y los metió bajo sus brazos, adoptando una nueva postura. La cabeza le daba vueltas sin parar. Acababa de dispararle a su primo. Acababa de disparar a los hombres de su primo, a sus propios hombres, todos ellos leales Escarlatas. No obstante, no conseguía sentirse totalmente arrepentida. Viviría con ello para siempre, por siempre habría de sentir en sus manos la sangre de su primo, y en la oscuridad de la noche, cuando nadie pudiera verla ni oírla, lloraría por el chico que Tyler había sido en el pasado, el que podría haber sido. También haría el duelo por los otros Escarlatas de la misma forma en que lamentaba la muerte de los Flores Blancas que en otro tiempo ella había segado, como parte de la guerra entre clanes, y esta vez incluso más, porque la lealtad de esos hombres a los Escarlatas debería haberlos protegido, y sin embargo Juliette los había ultimado.

Aunque no se arrepentía. Odiaba todo eso y se odiaba a sí misma, pero allí frente a ella estaba la razón por la que había hecho todo aquello, y verlo vivo y a salvo era suficiente para olvidar el desprecio que sentía por la sangre que cubría sus manos y por la ciudad que la había convertido en un monstruo.

—Esta amabilidad es desconcertante —se las arregló para decir Juliette —. Merezco cualquier turbulencia que exista en mi corazón.

Roma suspiró. Fue un suspiro largo, uno que podría haber formado una nubecita de vapor si hubiera resoplado un poco más abiertamente.

—Eres una mentirosa, Juliette Cai —dijo él—. Me mentiste hasta el punto que en serio quise verte muerta.

Juliette no podía soportar la suavidad que había adoptado la voz de Roma.

—Porque no me podía arriesgar a las consecuencias replicó la joven—. No podía arriesgarme a que mi propio primo te quitara la vida a causa de mi debilidad y mi incapacidad para dejarte ir —la joven abrió los puños, pues la sangre seca empezaba a causarle picazón en las palmas de las manos—. Y, sin embargo, él insistió en darte muerte de todas formas.

Roma volvió a acercarse un poco más. Lo hizo con mucho cuidado, sin atreverse casi a mirarla, por miedo a que ella reaccionara negativamente.

—Estás tan empeñada en protegerme que no has pensado siquiera en si yo quiero que me protejan o no —dijo él—. Habría preferido morir sabiendo que eres como eres, que vivir una larga vida pensando que eras

cruel.

—Yo *soy* cruel.

—No lo eres.

Juliette tragó saliva con dificultad. Qué rápido olvidaba Roma. Con qué vehemencia intentaba ignorar la realidad.

—Tu madre, Roma.

—Ay, por favor —dijo él—. Ya lo sé.

¿Qué? Un temblor extraño sacudió la habitación, mientras Juliette miraba fijamente a Roma y él le sostenía la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la joven.

—Yo sé cómo *funcionan* estas cosas, Juliette —Roma se pasó una mano por el cabello, exasperado, y su melena negra quedó tan desordenada, que los mechones más largos cayeron sobre su frente, y en lo único en lo que ella podía pensar era en cómo esa imagen de perfecta indiferencia y frialdad por fin estaba resquebrajándose para dejar ver al verdadero muchacho que había debajo—. Sé que desde el comienzo representábamos un gran riesgo la una para el otro. Y te conozco mucho mejor de lo que crees.

—¿De verdad? —lo desafió Juliette.

Pero Roma no estaba dispuesto a participar en la autoflagelación de Juliette.

—¿En qué mundo habrías enviado gente a perseguir a mi madre, sin importar lo furiosa que estuvieras? —Roma se cruzó de brazos—. Tú no la conocías. Ella no representaba ninguna ganancia personal para ti, y si nunca supe que lo hiciste, entonces tampoco fue para hacerme daño. No, tú le dijiste a alguien. En un ataque de imprudencia confiaste su dirección, sea como sea que la hayas averiguado, y luego esta guerra sin tregua se encargó de hacer el trabajo —el joven dio dos, tres pasos más, y se detuvo apenas a un brazo de distancia de ella—. Dime si me equivoco.

Juliette desvió la mirada y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Roma había logrado llegar al meollo del asunto y lo había planteado con una generosidad que ella no creía merecer.

—No te equivocas —logró decir ella.

Roma asintió y enderezó los hombros con seguridad. A la luz vacilante de la vela, parecía incluso estoico, como si nada pudiera conmoverlo. Sólo que cuando Juliette trató de parpadear para ahuyentar la emoción que

amenazaba con convertirse en llanto, vio que Roma estaba luchando contra la misma sensación.

—Vivimos —dijo él— con las consecuencias de nuestras decisiones. Eso lo sé mejor que nadie, Juliette. Yo soy la única persona en esta maldita ciudad que siente exactamente lo mismo que tú. Deberías haber sabido que yo *entendería*.

No tenía que decirlo en voz alta. Los dos lo sabían. Nana. Roma estaba hablando sobre Nana y aquella explosión en la mansión Escarlata.

—Tienes razón —contestó Juliette con firmeza—. Tú lo sabes. Sabes que lo único que hacemos es tomar el uno del otro, rompernos el corazón mutuamente y esperar que la próxima vez no se destroce por completo. ¿Cuándo terminará esto, Roma? ¿Cuándo nos daremos cuenta de que, independientemente del asunto tan sórdido que haya ocurrido entre nosotros, eso no justifica tanta muerte y tanto sacrificio y…?

—¿Recuerdas lo que dijiste? —la interrumpió Roma—. ¿Aquel día en el callejón, cuando te confesé que mi padre me había obligado a causar la explosión?

Por supuesto que Juliette lo recordaba. Era incapaz de olvidar ninguno de los momentos que habían pasado juntos. Y, dependiendo de cómo lo viera, esto le parecía un gran regalo o una terrible maldición.

La voz de Juliette se convirtió casi en un susurro:

—*Podríamos haber luchado contra él*.

Roma asintió y se restregó los ojos con fuerza.

—¿Dónde está esa actitud, Juliette? Seguimos moviéndonos hacia donde nos lleva esta guerra de clanes, dejando escapar lo que deseamos por temor a que nos sea arrebatado antes. ¿Por qué tenemos que *preguntarnos* cuándo terminará esta destrucción mutua? ¿Por qué no luchamos contra ella? ¿Por qué no le ponemos punto final de una buena vez?

Una risa amarga brotó directamente de los pulmones de Juliette y resonó débilmente por todo el cuarto.

—Haces preguntas de las que conoces la respuesta —dijo ella—. Tengo miedo.

Juliette tenía mucho miedo de ser castigada por sus decisiones, y si era más fácil cerrarse al mundo, entonces ¿por qué no hacerlo? Si había una manera mucho sencilla de vivir, de elegir la tranquilidad por encima del

dolor, ¿cómo podría ignorarlo?

Pero Juliette sabía que estaba mintiendo. En el pasado solía ser más valiente.

Roma cerró por fin el último espacio que quedaba entre ellos. Sus dedos tocaron el mentón de Juliette y clavó sus ojos en los de ella. Juliette no se asustó, ni tampoco se retiró. Sabía cómo se sentía su tacto. Sabía que Roma era delicado, incluso cuando había tratado de ser violento, hacía unos cuantos días o semanas o meses.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Roma Montagov.

Juliette Cai abrió los labios y dejó escapar un suspiro corto y abrupto.

—De las consecuencias —susurró ella—, de amar en una ciudad dominada por el odio.

Roma apartó la mano, pero se quedó inmóvil. Una parte de Juliette se dejó invadir por el terror y se preguntó si éste sería el fin; si tal vez habían llegado al final del camino. A pesar de lo mucho que trataba de convencerse de que estarían mejor si ella y Roma terminaban, de repente se imaginó cómo sería ese futuro —un futuro sin amor, un futuro sin esta lucha— y el dolor que le causó casi la parte en dos.

—*Contéstame algo primero* —dijo de repente Roma. Sus palabras sonaban escalofriantemente conocidas y, después de un instante, Juliette se dio cuenta del por qué. Porque él estaba repitiendo las palabras que ella le dijo aquel día detrás del edificio del periódico, el día en que ella se desplomó sobre el césped, con las manos tan llenas de sangre como las tenía ahora —. *¿Todavía me amas?*

Juliette sintió que el corazón se le encogía.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo ella con voz ronca—. Hace menos de una hora, querías verme muerta.

—Dije que en algún momento que quería verte muerta —confirmó Roma—. Incluso entonces, jamás dije que no te amara.

—Y… ¿Acaso hay alguna diferencia? —preguntó Juliette, con un débil balbuceo.

—Sí —dijo Roma y sus dedos se movieron con nerviosismo, como si quisiera tocarla de nuevo—. Juliette…

—*Te amo* —susurró ella. Y a manera de eco de lo que Roma le había dicho hacía unos meses, agregó—: *Siempre te he amado*. Lamento haberte mentido.

Roma se quedó inmóvil durante un segundo, con la vista fija en ella, dejando al descubierto la verdad que quedaba tras la estela de sus palabras. Y cuando el labio de Juliette empezó a temblar, Roma finalmente la abrazó con todas sus fuerzas, tan apasionadamente que la joven dejó escapar un grito, mientras lo abrazaba con la misma ferocidad. Al final, esto era lo único que eran ellos: dos corazones tan cercanos como se atrevían a estarlo, mientras sus sombras se fundían a la luz del candelero.

—Te extrañé, *dorogaya* —susurró Roma al oído de su amada Juliette—. Te extrañé tanto.

La ciudad bullía en caos y, sin embargo, Kathleen deambulaba por las calles en una especie de trance, sin mezclarse con los trabajadores armados con rifles largos ni los gánsteres armados con sables. Era como si ellos no la vieran, aunque en realidad así era: ella los miraba a los ojos, a todos y a cada uno, pero ellos sólo miraban más allá, pues no tenían razones para interesarse por una chica solitaria que deambulaba por las calles convulsas de la ciudad como si no tuviera adónde ir.

Kathleen no sabía dónde más buscar a Rosalind. Ya había registrado los lugares de siempre, pero el club burlesque estaba cerrado, al igual que todos los restaurantes. Sus tiendas favoritas habían sido saqueadas, las vitrinas estaban hechas trizas y las puertas habían sido arrancadas de los goznes. ¿Adónde más podría ir Rosalind? ¿Qué otra cosa podía hacer Kathleen distinta de caminar por la ciudad y esperar que algún hilo invisible la condujera hacia su hermana?

Kathleen ponía un pie delante del otro. Siempre había tenido la habilidad de parecer como si perteneciera a alguna parte, de actuar como si hubiera sido invitada, porque de no haberlo hecho, se hubiera quedado esperando por siempre una invitación que jamás llegaría.

¿Quién habría podido prever que esa habilidad también le sería útil durante una revolución?

—¡Ay!

Kathleen dio la vuelta pues creyó haber oído una voz cercana. Parecía la de un pequeño, pero ¿por qué estaría en la calle un niño en medio de tan tremenda situación?

En ese instante dio vuelta en una esquina e identificó el origen del grito: en efecto, había una chiquilla tirada en la acera. La niña ya se

levantaba y procedió a reacomodarse la ropa, restregando primero sus palmas y sacudiendo luego los pliegues de su falda. Algo en ella despertó algún tipo de recuerdo, pero Kathleen no pudo identificar de inmediato por qué.

—¿Estás bien? —Kathleen se apresuró a acercarse y se agachó ante aquella niña, de manera que el ruedo de su qipao rozó el suelo mugriento. Pero no importaba; al menos así tendría algo en común con las manchas en la ropa de la pequeña.

—Estoy bien —dijo tímidamente la criatura y luego mostró a Kathleen la gasa que llevaba en las manos—. Me enviaron por suministros. ¿Quieres venir?

—¿Suministros? —repitió Kathleen. ¿Quién enviaría a una chiquilla por suministros en pleno estallido de una revolución? Como Kathleen se demoró demasiado en responder, la niña confundió su silencio con aceptación, la asió de la mano y empezó a tirar de ella.

En ese momento se oyó una ráfaga de disparos a lo lejos. Kathleen dio un respingo, preocupada, y apresuró a la niña, con la esperanza de que el lugar al que ahora se dirigían no estuviera muy lejos. La pequeña no protestó cuando apretaron el paso; empezó a correr con elegancia y, cuando Kathleen se agachó de repente y la empujó hacia un callejón para evitar a un grupo de nacionalistas, la pequeña le dijo de improviso:

—Me gusta tu cabello.

Fue entonces cuando Kathleen finalmente la reconoció, porque la niña le había dicho exactamente lo mismo en una de las reuniones de los comunistas. De repente todo cobró mucho más sentido. Esta pequeña era hija de trabajadores y estaba en la calle porque no había ningún otro lugar dónde pudiera estar.

—Y a mí también me gusta el tuyo —contestó Kathleen, sonriendo—. ¿Ya casi llegamos?

—Es aquí.

Acto seguido giraron en el siguiente callejón. Mientras que todas las demás vías permanecían vacías, en aquélla había un grupo grande de trabajadores —a juzgar por la ropa— que participaban activamente en la rebelión, a juzgar por las heridas que exhibían. El lugar era una especie de improvisado refugio, una sala de recuperación, en la que los hombres estaban apoyados contra las paredes, mientras se hacían presión sobre

heridas en el torso, y algunos cubrían con la palma de la mano un ojo ensangrentado. Dentro, era difícil ver: el sol estaba empezando a ponerse y la ciudad era bañada por una luz anaranjada y turbia. Los colores se mezclaban como los de una paleta que se ha mojado con la lluvia, y los cuerpos heridos y sus sombras parecían fusionarse.

La chiquilla salió corriendo, encargada de llevar la gasa adondequiera que la necesitaran. Al quedarse sola, Kathleen se arrodilló junto a un hombre unos pocos años mayor que ella y se puso a examinar su frente ensangrentada sin que nadie se lo pidiera. Ése era el truco. Fingir que le habían asignado una tarea adondequiera que fuera; no permitirse un solo segundo de vacilación.

—¿Quién hizo esto? —preguntó—. ¿La policía o los Escarlatas?

—¿Y qué más da quién lo hizo? —respondió el hombre—. Pero no fue ninguno de esos dos. Fueron los Flores Blancas —el hombre se llevó las rodillas cerca del pecho y escupió en el suelo de concreto—. Estamos a punto de tomar todos los territorios, excepto el vecindario de Zhabei. Los condenados rusos oponen allá buena resistencia.

Kathleen le examinó la mejilla. También la tenía lastimada, pero sobreviviría. Las heridas en la cabeza suelen sangrar mucho y suelen ser menos graves de lo que parecen.

—¿Eso es verdad? —comentó Kathleen de manera distraída.

El hombre se puso más alerta en ese momento y la miró de arriba abajo, como evaluándola con más atención de la que le había prestado cuando la miró apenas de reojo al verla arrodillarse junto a él.

—Usted no tiene cara de pertenecer a la causa —fue lo que él dijo.

Kathleen se puso de pie y se limpió las manos contra la falda. Luego sonrió al contestar:

—¿Y qué apariencia tiene la gente de la causa?

El hombre encogió los hombros.

—No tenemos ropa tan fina —comenzó él—, puede estar segura.

Cuando el sol finalmente se ocultó, el callejón lo resintió de inmediato, pues el frío empezó a calar los huesos de personas hambrientas y cansadas. Éste era el destino final de estas gentes. Un lugar adonde mandaban a los que ya no podían seguir luchando, cuando ya la pólvora en sus corazones se había consumido.

—¿Y entonces qué *tienen*? —preguntó Kathleen—. ¿Impaciencia?

¿Agotamiento?

El hombre se echó atrás y su cabeza por poco se golpea contra la pared de ladrillo.

—¿Cómo se atreve…?

—De pie —ordenó Kathleen. La noche se agitó a su alrededor, reanimándose a causa del tono áspero de su voz—. Ustedes son presa fácil aquí, parece que estuvieran esperando la muerte.

—Pero… —aquel hombre quiso disentir.

—*Arriba*.

Sin que Kathleen se hubiera dado cuenta, el resto del callejón se había quedado en silencio y los heridos y los agotados la escuchaban mirándola atentamente; observaban a aquella chica que había salido de la nada pero sonaba como uno de ellos. En ese instante Kathleen giró lentamente sobre sus talones y, aunque la luna todavía no engalanaba el cielo, sus ojos pudieron ver la expresión de cada uno de los rostros de aquellos combatientes.

El hombre se levantó.

—Bien —dijo Kathleen y aguzó los oídos, pues a lo lejos resonaba el ruido de garrotes. La policía, independientemente de la jurisdicción o de quién tuviera el control, se estaba acercando y lo hacía con rapidez.

—Ahora —Kathleen miró hacia el callejón repleto de trabajadores—. ¿Vamos a rendirnos y a morir aquí, o vamos a luchar para vivir?

Los disparos resonaron durante toda la noche. Juliette había pensado que probablemente terminarían con el atardecer, pero los estallidos no se detuvieron ni siquiera cuando la vela se consumió por completo y el cuarto quedó en la penumbra total, tan sombrío como la noche que se vislumbraba afuera.

—Lo más probable es que los que están defendiendo el fuerte aquí sean tus Flores Blancas —dijo Juliette, mientras se soplaba las manos. Ahora tenía los dedos congelados, pero al menos estaban limpios y había logrado quitarse la sangre.

—Es una causa perdida —dijo Roma en voz baja. El combate más álgido parecía estar en el norte, que era territorio de los Flores Blancas—. Los trabajadores están armados. Son mucho más numerosos que nuestros hermanos y, a juzgar por lo que se oye allá fuera… puede haber cientos de

miles dispersos por toda la ciudad.

Juliette apoyó la cabeza contra la pared que tenía detrás. Ella y Roma estaban sentados en el colchón, acurrucados bajo las mantas para combatir el frío. A través de la rendija que dejaban las tablas que cubrían la ventana entraba un rayo de luz que dibujaba una línea entre los dos.

La joven esperaba que su padre y su madre estuvieran a salvo. Esperaba que su casa estuviera lo suficientemente lejos del centro de la ciudad como para librarse del asalto, y que los rijosos obreros no intentaran atacar el corazón de la Pandilla Escarlata hasta cortar la cabeza del dragón. Eso no parecía muy probable, a pesar de que los trabajadores odiaban a los gánsteres. La Pandilla Escarlata tenía una alianza con los nacionalistas, y éstos y los comunistas todavía eran aliados estratégicos, al menos en el papel. Si los nacionalistas tenían voz en todo esto, instruirían a los trabajadores para que se mantuvieran lejos, muy lejos de los Cai.

Al menos eso era lo que se repetía Juliette para no enloquecer de preocupación.

La joven volvió a soplar aire caliente a sus manos. Al notar que estaba incómoda, Roma se pasó a su lado del rayo de luz y le tomó los dedos entre los suyos. El primer instinto de Juliette fue asirlo con fuerza. Cuando Roma la miró con extrañeza, conteniendo su propia reacción de placer, ella lo soltó y lo dejó que le frotara los dedos para que se calentaran un poco.

—Roma —dijo Juliette—, el caos que hay allá afuera… no va a terminar esta noche como en otras ocasiones. Las cosas no volverán a ser como eran.

Roma le acarició la muñeca con un pulgar.

—Lo sé —contestó él—. Mientras nos descuidamos con otros asuntos, perdimos el control de la ciudad.

Mientras que la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas se dedicaban a perseguir al extorsionador, y a intentar mantener sus negocios siempre un poco más lucrativos que los de la banda rival, una tercera amenaza había aparecido subrepticiamente y había reclamado su lugar en la mesa.

Los gánsteres todavía tenían armas. Y adeptos. Y conexiones en las altas esferas de muchos lugares. Pero ya no tendrían un terreno en el cual operar. Si la rebelión que tenía lugar triunfaba, cuando el sol saliera Shanghái se despertaría como una ciudad de sus trabajadores. Ya no

estaría dominada por un gobierno sin leyes para contener a los gánsteres. Ya no sería un paraíso autosuficiente para el comercio y la violencia.

—Parece todo tan infructuoso —se quejó Juliette—. Los comunistas están armados, los trabajadores toman la ciudad. No ha habido ningún ataque de monstruos, nada de locura. Tal vez eso empiece cuando los comunistas se enfrenten a los nacionalistas, pero, hasta donde sabemos, este extorsionador no era una amenaza real, ni siquiera para nuestra gente. Nos dedicamos a perseguir monstruos, y la política fue lo que nos sacó de la jugada.

Roma dejó sus manos inmóviles. Para ese momento, los dedos de Juliette ya habían recuperado su calidez. Sin embargo, él no la soltó y siguió con las manos de ella entre las suyas.

—No es nuestra culpa —dijo él—. Somos los herederos del bajo mundo criminal, no políticos. Podemos combatir contra monstruos, pero no detener una revolución popular.

Juliette resopló, pues no tenía argumentos que oponer a aquello. Acto seguido se recostó contra Roma y el joven la dejó acomodarse contra su pecho.

—¿Qué vamos a hacer, Roma? —preguntó ella, con voz cautelosa—. ¿Qué vamos a hacer cuando salgamos de aquí?

Roma hizo un ruido curioso y Juliette sintió la vibración contra su oído.

—Sobreviviremos. ¿Qué más hay que plantearse?

—No, no es a eso a lo que me refiero —Juliette levantó la cabeza y parpadeó en medio de la oscuridad. Roma sonrió tan pronto encontró su mirada, como si fuera algo instintivo—. ¿Qué vamos a hacer *nosotros dos*? Cada uno en un bando distinto de esta guerra entre clanes, en una ciudad que tal vez se desmorone antes de que nuestras familias dejen de intentar matarse entre sí.

Roma guardó silencio por un momento. Luego envolvió sus brazos alrededor de Juliette y se dejó caer hacia atrás, arrastrándola con él, lo cual hizo que la joven dejara escapar un grito, al ser tomada por sorpresa.

—Así estaremos más calientes —explicó Roma, mientras daba un tirón a las mantas y cubrirse con ellas.

Juliette levantó una ceja:

—¿Intentas meterme a la cama?

Cuando Roma dejó escapar una risa gentil, Juliette sintió casi como si

todo estuviera bien. Podía engañarse y pensar que los estallidos que se oían afuera eran juegos pirotécnicos como los que hacían vibrar la ciudad durante la celebración del año nuevo. También podían fingir que de nuevo estaban en enero y devolver el tiempo hasta la época en que la ciudad estaba tranquila.

Pero incluso serena, siempre había estado al borde de sufrir una metamorfosis. Nada allí podría mantenerse inmóvil ni intacto, no con tanta rabia acechando bajo la superficie. Cuando la ciudad volviera a recuperar la calma, quizá los gánsteres ya no serían su poder fáctico, pero la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas seguirían en guerra.

Juliette sintió que se le partía el corazón. En aquel momento sacó la mano de debajo de las cobijas y acarició la mejilla de Roma.

—Desearía que hubiéramos nacido como personas distintas —le susurró—. Que tuviéramos una vida ordinaria, alejada de esta guerra de clanes.

Roma también levantó la mano y tomó la de Juliette para invitarla a seguir acariciándolo. Durante un largo rato permaneció mirándola, observando sus ojos, su boca, recorriéndola toda, como si lo hubieran obligado a pasar hambre y ahora estuviera dándose un festín.

—No —dijo por fin Roma—. Entonces no nos habríamos conocido. Yo habría tenido una vida común y corriente, y habría vivido suspirando por un gran amor que nunca habría encontrado, porque a la gente ordinaria le suceden cosas ordinarias, y ellos se conforman con cualquier cosa que apenas los satisfaga, sin enterarse nunca de que tal vez hubiera sido más feliz en otra vida —concluyó, con tono áspero pero seguro. Y luego agregó —: Voy a pelear esta guerra para amarte, Juliette Cai. Lucharé esta batalla entre clanes para recuperarte, porque esta contienda fue lo que me hizo llegar a ti, aunque por un camino muy tortuoso, y ahora me propongo alejarte de ella.

Juliette lo miró con atención, buscando cualquier signo de vacilación, pero Roma parecía totalmente convencido de lo que decía.

—Qué palabras más bonitas —fue lo que ella murmuró y trató de mostrar indiferencia, pero estando tan cerca sabía que Roma podría darse cuenta de cuánto le costaba a ella respirar.

—Me reafirmo en todas y cada una de esas palabras —declaró Roma y luego agregó—: Y dispuesto estoy a grabarlas en piedra, si con ello pudiera

hacer que me creyeras.

—Te creo —dijo Juliette y por fin se permitió sonreír—. Pero no quiero que las grabes en piedra, porque no necesito que me alejes de esta guerra. Yo estaré ahí, avanzando junto a ti.

El joven se levantó y se apoyó sobre los codos. En un instante estaba encima de ella, sus narices casi se rozaban y sus labios estaban tan cerca, que la proximidad ya era una sensación tangible por sí misma.

—No tengas miedo —susurró él—. No de nosotros. Nunca más.

Roma acarició el cuello de Juliette y luego subió su pulgar hasta el mentón. En ese momento, el tiempo pareció detenerse creando un pequeño bucle, sólo para ellos dos.

—Miraré al miedo a la cara —le prometió Juliette en voz baja—. Me voy a atrever a amarte, Roma Montagov, y si la ciudad me liquida por eso, entonces que así sea.

Transcurrió un instante. Y luego otro. Y entonces Roma puso sus labios contra los de ella con tanta fogosidad que Juliette dejó escapar un gemido, aunque el sonido fue acallado de inmediato, cuando ella también se incorporó y se acercó todavía más. A pesar de la ardorosa energía que parecía impulsarlo, Juliette sintió que la boca de Roma se movía con sinceridad y percibió su adoración, mientras que él trazaba un sendero de besos por su cuello.

—Juliette —susurró él, mientras los dos se quitaban los abrigos. Roma bajó en segundos la cremallera del vestido de la joven y ella levantó los brazos para ayudarlo—. Mi querida, mi adorada Juliette.

El vestido cayó al suelo. Con cierta incredulidad, Roma parpadeó de repente, y su vista se aclaró por un segundo, mientras que ella le desabotonaba la camisa.

—¿Acaso vas a tratar de apuñalarme? —preguntó, al tiempo que sacaba el cuchillo de la funda que ella tenía amarrada al muslo y lo dejaba a un lado.

En ese momento, la camisa de Roma cayó al suelo, junto al vestido de Juliette, y luego ella también se arrancó la funda del cuchillo y la arrojó sobre el montón de ropa.

—¿Qué sería una pequeña herida entre amantes?

Juliette lo había dicho con la intención de hacer una broma, pero Roma se puso serio y la miró con gravedad. Tenía la mano contra el codo

de la joven, pero ahora la subió lentamente por su brazo causándole un estremecimiento. Juliette no entendió muy bien la vacilación, hasta que los dedos de Roma rozaron su hombro y acariciaron con suavidad la herida recientemente sanada que tenía allí. La que él le había hecho.

—¿Te va a quedar una cicatriz? —murmuró.

—No te preocupes —contestó Juliette—. Eso te recordará que no puedes deshacerte de mí tan fácilmente.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Roma, pero eso no impidió que insistiera en el asunto. Lo que Juliette trataba de evadir, de ocultar y olvidar, Roma lo traía a la luz y hacía que los dos lo contemplaran. Y lo que Roma se negaba a combatir, Juliette lo enfrentaba sin miedo, arrastrándolos a los dos a la refriega. Ésa era la razón por la cual funcionaban tan bien juntos. Se complementaban la una al otro, dependiendo de lo que cada cual necesitara.

Roma se recostó. Rozó su cara contra la de Juliette y luego le plantó un beso en el hombro.

—Lo siento, *dorogaya*.

—Qīn'ài de —masculló Juliette en respuesta, mientras le acomodaba a su amado un mechón de cabello detrás de la oreja—. Yo también lo siento.

Luego se acercó a Roma de nuevo y posó sus labios sobre los de él. Era difícil expresar la magnitud de su arrepentimiento; difícil poner en palabras lo mucho que necesitaban pedir perdón por la cantidad de sangre derramada entre los dos. A cambio de eso prefirieron rogar por una vida de perdón mutuo a través del contacto, por medio de las caricias y el latido de unos corazones que desde entonces habrían de palpitar al unísono.

Con un poco de esfuerzo, Juliette por fin logró desabrochar el cinturón de Roma. Cuando cayó al suelo junto al colchón, éste se golpeó contra el cuchillo produciendo un ruido metálico y discordante que sobresaltó al joven. Juliette dejó escapar una risita cómplice, mientras tomaba la cara de Roma entre sus manos.

—Bueno, ya deja los nervios.

A la tenue luz de la luna, Roma arqueó una ceja.

—¿Nervioso? ¿Yo? —dijo y volvió a besarla, una y otra vez, decidido a demostrar que no lo estaba.

—Juliette —susurró después de algún tiempo.

—¿Mmmm?

—¿Esto está bien?

—¡Es perfecto!

Afuera, la noche rugía, furiosa e impregnada de guerra y terror. No había forma de saber cuándo terminaría aquello, cuándo acabarían los estallidos, caerían las barricadas y se dispersarían las manifestaciones. No había forma de saber si esta ciudad volvería alguna vez a recomponerse. Con cada momento que pasaba, el mundo se podía volver trizas; con cada momento que transcurría, se acercaba el colapso total, un fin inevitable que había estado acechándolos desde que se trazaron las primeras líneas divisorias de la ciudad.

Juliette respiró profundamente y metió las manos bajo las sábanas.

Pero eso todavía no había llegado. Aquél no era todavía el presente; no era lo que sucedía en este momento, en ese preciso instante marcado por los suspiros y la adoración. Todo aquello estaba todavía lejos de Juliette, y ella estaba decidida a ignorarlo, mientras pudiera vivir el momento: este aquí y este ahora perfectos. Un tiempo en el cual su alma se volvía tan inabarcable como el mar, y su amor, igual de profundo.

Treinta y tres

ABRIL DE 1927

La hierba estaba húmeda bajo los pies de Juliette y dejaba rastros de rocío sobre sus pulcros zapatos, mientras la joven se movía bajo la sombra de un árbol. Cuando se rascó el tobillo hizo una mueca, pues su dedo se enganchó en la hebilla del zapato. De modo que se examinó la mano. Pero no había sangre. Ni herida. Se sentía cubierta de hollín, toda su piel manchada con un tinte imposible de quitar. Shanghái se encontraba ahora bajo el dominio del Ejército Nacionalista, bajo la batuta de Chiang Kai-shek, su comandante en jefe. A Juliette no debería haberle sorprendido que las cosas terminaran así. Después de todo, la Expedición del Norte llevaba *meses* sumando fuerzas y aquella milicia ya había tomado gran parte del país. Pero los que arrasaron la ciudad hasta dejarla teñida de rojo fueron los trabajadores, bajo el liderazgo comunista. Y luego, cuando el general Shu entró con sus hombres a la ciudad, incluso antes de que el polvo se asentara, establecieron las bases nacionalistas y pidieron a los obreros que les dejaran vía libre.

Algo estaba en marcha, sin embargo. La tensión se manifestaba como un olor acre en el aire, mientras esperaban a ver quién atacaba primero al otro bando: si los nacionalistas o los comunistas. Y Juliette sabía, que la Pandilla Escarlata estaba implicada en ello, aunque no de qué manera.

La joven miró hacia un lado, y estiró la mano hasta ponerla sobre la muñeca de Kathleen. Su prima se sobresaltó, pero luego entendió lo que Juliette quería comunicarle con el gesto. La joven Lang dejó de juguetear con su qipao y entrelazó las manos al frente, con los pies bien plantados sobre la hierba del cementerio.

La semana anterior, la mayoría de los Escarlatas habían escapado del caos de las calles relativamente ilesos. Había habido algunas bajas, desde luego, pero fueron tan pocas que aquél era el último funeral. Sin embargo, aunque no habían perdido muchas vidas, sí habían perdido el control.

Nanshi y todas las calles industriales ubicadas al sur de la Concesión Francesa habían sido tomadas por los rebeldes.

Lo mismo había pasado con Hongkou, la estrecha franja de terreno rodeada por el Asentamiento Internacional, y con Wusong, apretada entre los puertos que llevaban a los ríos Huangpu y Yang-tze.

De igual forma, Shanghái Oriental y Occidental habían caído.

También Zhabei, la zona más densamente poblada por trabajadores, aunque ahí el combate contra el clan de los Flores Blancas se había prolongado toda la noche. Cuando llegó la mañana, circularon por la ciudad rumores de que los Flores Blancas por fin se habían rendido, y habían huido a sus casas con los huesos rotos, dejando las calles a un nuevo poder. A las seis, Shanghái estaba tranquila, ocupada por los obreros.

Los oficiales de policía habían sido expulsados de sus estaciones; los centros de servicio habían sido saqueados y destruidos; las estaciones de tren habían sido bombardeadas hasta que quedaron inservibles. La red de conexiones que movía a Shanghái había quedado fracturada, excepto por las que caían dentro de la Concesión Francesa y el Asentamiento Internacional, dos zonas que los extranjeros vigilaban ahora con cadenas y barreras de alambre de púas destinadas a mantener a raya a los nacionalistas. En las partes chinas de la ciudad, ya no había nada parecido a territorios controlados por la Pandilla Escarlata o por el clan de los Flores Blancas. Durante un instante fugaz había parecido como si Shanghái fuera un lugar maleable, preparado para renacer. Pero entonces marchó el ejército nacionalista y los revolucionarios tuvieron que replegarse para dejar que la milicia tomara el control. Ahora se veían soldados nacionalistas en cualquier parte donde uno mirara, apostados en las calles para mantener la ocupación de la ciudad.

Lo más asombroso era que los últimos días habían transcurrido con relativa normalidad. Aunque los clubes nocturnos y los restaurantes estaban cerrados, aunque la ciudad parecía un fantasma inmóvil que estuviera esperando la siguiente movida política, los padres de Juliette

actuaban como si nada hubiera pasado. En la mansión siguió habiendo cenas y fiestas privadas igual que antes, sólo que ahora a ellas acudían más nacionalistas que antes.

Y los funerales también continuaron, sólo que con mayor presencia de nacionalistas.

"… para que pueda pasar a la otra vida en paz".

Aquello no tenía sentido. El extorsionador seguía libre. A menos de que Juliette hubiera estado equivocada todo este tiempo, el extorsionador *tenía* que estar alineado con los comunistas de alguna manera. Sin embargo, en ese crucial momento político, ¿por qué no se revelaban los monstruos? ¿Por qué no luchar contra el Ejército Nacionalista aprovechando la locura?

—Juliette —susurró Kathleen—. Ahora eres tú quien no deja de moverse.

Juliette lanzó a su prima una mirada rápida, para expresarle su irritación. Con el mismo gesto alcanzó a ver a tres soldados nacionalistas a su izquierda, que la miraban.

La lucha de los comunistas había sido muy larga, había dicho Lord Cai después de la toma de la ciudad. Y su objetivo comprendía no sólo nuestra ciudad sino todo el país. ¿Por qué querrían poner en peligro su alianza con el Kuomintang tan pronto? ¿Por qué *no habrían* de pretender que toda esta rebelión y todo este derramamiento de sangre tenían el propósito de diezmar a los imperialistas para recuperar Shanghái bajo el control de un gobierno chino verdaderamente unificado, mientras esperaban el momento para la revolución de clases? ¿Acaso no sería más razonable rebelarse contra el Kuomintang sólo cuando contaran con un ejército de verdad, similar al de los nacionalistas? Los brazaletes rojos y la rabia acumulada no harían frente a multitud de soldados con entrenamiento militar.

Lord Cai sonaba muy convincente y no parecía en absoluto preocupado. La ciudad había sido puesta de cabeza por una fuerza poderosa, ¿y a él no le preocupaba? El estilo de vida Escarlata se encontraba por entero suspendido en la duda, a la espera de que los nacionalistas organizaran un nuevo gobierno, y si ellos estaban dispuestos a alcanzar acuerdos con los extranjeros, ¿y Lord Cai estaba contento con la idea de mantenerse al margen y dejar que las cosas siguieran su curso?

Eso no sonaba muy probable y Juliette se preguntó si tal vez había algo que ella estaba pasando por alto.

—Si todos los que querían hablar ya han hablado, entonces deseémosle a Cai Tailei un viaje seguro hacia el más allá.

El sacerdote se colocó a un lado e hizo señas a los parientes más cercanos para que empezaran a despedirse. Cada persona que entonces estaba en el cementerio llevaba una flor en la mano: una flor rosa pálido, porque, aunque se acostumbraba utilizar blanco en los funerales, la Pandilla Escarlata nunca recurriría a las flores blancas.

Lady Cai se acercó y arrojó su flor a la tumba. El ataúd ya estaba adentro, cerrado, tan brillante como la lápida. Después de que terminara la procesión, echarían tierra sobre la tumba y luego la cubrirían con nueva hierba.

Juliette apretó los puños y asintió, al ver que su madre le hacía señas para que siguiera. Por fortuna para ella, la heredera de los Cai era una chica con pensamiento moderno que no creía en la otra vida. De lo contrario, ciertamente ardería en el infierno por lo que estaba haciendo.

—Ay, Juliette —exclamó Lady Cai al acariciar la cara de su hija al pasar —, no estés tan acongojada. La muerte no es el final. Tu querido primo hizo grandes hazañas mientras estaba vivo.

—¿De verdad? —murmuró Juliette, aunque sin un tono de desafío. Sería tonto expresar resentimiento en esos momentos, cuando ella estaba allí, de pie, mientras que Tyler estaba allá abajo, muerto.

—Por supuesto —le aseguró Lady Cai, interpretando el gesto de su hija como una expresión de dolor. Entonces tomó la mano de Juliette y se la apretó—. Él hizo que los Escarlatas nos sintiéramos orgullosos. No se detenía ante nada para protegernos.

Nunca debería haber tenido el poder para hacerlo. Nosotros no deberíamos tener el poder para hacerlo.

Y, sin embargo, ésta era una causa perdida, ¿no? Si no eran Escarlatas los que no se detenían ante nada para apoderarse de la ciudad, entonces era alguien más.

—Iré a presentar mis respetos —dijo Juliette con voz ronca, tragándose todas las palabras amargas que quería decirle a su madre a la cara.

Lady Cai sonrió y, después de dar un apretón más a la mano de su hija, se apartó para que Juliette cumpliera su promesa. Por un brevísimo

instante, la joven imaginó lo que diría su madre de haber sabido la verdad de lo que pasó, de haber sabido qué sangre había manchado las palmas de las manos de su adorada hija; de haber sabido que por las venas de Juliette corría la sangre de una traidora.

Tal vez había una posibilidad de que la perdonaran.

Pero la clemencia y las guerras de clanes parecía una mezcla imposible.

Juliette se acercó a la tumba de su primo y miró el ataúd. Ya había muchas flores desperdigadas sobre la tapa de madera pulida.

—Tal vez tú habrías sido un mejor heredero, Tyler —susurró Juliette, mientras se acurrucaba para arrojar su flor. Cuando ésta cayó sobre la tapa, sus pétalos parecían más pálidos que los de las otras—. Pero tengo el presentimiento de que ese título pronto perderá toda importancia.

En el pasado, Juliette nunca podría haber imaginado un futuro sin la Pandilla Escarlata, un mañana en el que su familia no detentara el poder. Pero eso había sido antes de que un monstruo los diezmara, antes de que la locura incitara la revolución. Eso había sido antes de que los políticos entraran con sus ejércitos y llenaran las calles con su artillería.

En el pasado, ella había deseado tener el poder. Pero en el fondo, tal vez lo que deseaba nunca fue el poder.

Sino seguridad.

Y tal vez la forma de conseguirla no tuviera que ver con convertirse en la heredera de un imperio criminal que estaba viviendo sus días finales.

Juliette se enderezó, mientras su mano parecía seguir apretando una flor invisible. Alguien se acercaba por detrás y era hora de marcharse, pero se quedó todavía un momento cerca de la lápida de Tyler, mientras grababa la forma en su memoria.

—Lo siento —suspiró finalmente, con un tono tan bajo que nadie más podía oír lo que decía… excepto, tal vez, el espíritu del propio Tyler, donde sea que estuviera—. Si hay una vida después de ésta, una en la que no haya una guerra de clanes, espero que podamos ser amigos.

Juliette escapó disimuladamente de las formalidades posteriores al entierro, después de calarse bien el sombrero y alejarse de sus parientes al salir del cementerio. Kathleen la miró con una ceja levantada, pero Juliette le dirigió un gesto con la cabeza y su prima volvió a concentrarse en el sendero peatonal fingiendo que no había visto nada. Mientras los

Escarlatas se dirigían a sus autos, Juliette dio vuelta por una calle más pequeña hasta internarse en lo profundo de lo que solía ser el territorio Escarlata.

Soldados. Había soldados por todas partes. Juliette se estiró las mangas del vestido y trató de caminar erguida. La Concesión Francesa y el Asentamiento Internacional estaban cerrados: nadie podía salir ni entrar. Eso no podía durar mucho tiempo, pues las concesiones extranjeras nunca se pensaron como territorios que operaran de forma autónoma, y después de que llegaran a un acuerdo con los nacionalistas, el alambre de púas y las barreras improvisadas desaparecerían. Por ahora, sin embargo, la gente, temerosa, trataba de no cruzarse con los soldados armados a lo largo de la calle que marcaba la frontera, de modo que allá era adonde se dirigía Juliette, al techo de un edificio ubicado en el extremo de la parte china de la ciudad, lejos de la vista de los soldados extranjeros que vigilaban a través de la mirilla de sus rifles. No había forma de saber qué había sido antes ese edificio. Tal vez un pequeño restaurante de fideos, o una sastrería. Cuando Juliette subió las escaleras vio trozos de vidrio y libros de contabilidad destrozados, que reposaban sobre estanterías vacías.

La joven abrió suavemente la puerta del techo que conducía al interior y se cuidó de no hacer ruido con sus tacones sobre el suelo de cemento. Contuvo la respiración, mientras inspeccionaba el lugar…

Un instante después soltó el aire en sus pulmones con alivio. Sin hacer ruido, se acercó a la figura que esperaba en la esquina y, antes de que él pudiera darse la vuelta, Juliette envolvió sus brazos alrededor de los hombros del joven y apoyó el mentón en el ángulo de su cuello.

—Hola, desconocido.

Roma se relajó al sentir los brazos de Juliette, y echó la cabeza hacia atrás de forma que su cabello acarició la mejilla de la joven.

—¿Esto es un ataque?

—Tal vez —contestó Juliette, y enseguida sacó el cuchillo que llevaba en la manga y puso el lado sin filo contra la garganta de Roma—. ¿Un Flor Blanca solitario, perdido en la mitad de la nada?

Juliette sintió una presión súbita contra el tobillo y apenas tuvo un momento para jadear, antes de darse cuenta de que Roma enganchaba su pie a su pierna para hacerla perder el equilibrio. Durante un instante parecía que iba a caerse hacia atrás, hasta que él dio dio la vuelta

rápidamente y la agarró de la cintura, arrebatándole al mismo tiempo el cuchillo, presionándolo por la parte sin filo, sobre el cuello de Juliette.

—¿Decías? —preguntó el joven y sonrió.

Ella lo empujó y puso cara de fastidio, pues le molestaba que la hubieran atrapado con la guardia baja, pero luego Roma dejó caer el cuchillo y la acercó más a él. Entonces los labios de ambos se encontraron y Juliette olvidó qué era exactamente lo que iba a decir para amonestarlo.

—Te extrañé —dijo Roma, cuando se alejó un poco.

Juliette levantó una ceja y le acarició la cara.

—Pero si me viste ayer —dijo ella.

—Para hablar de trabajo.

—Y hoy también estamos aquí para hablar de trabajo.

—Es una forma de decir… —de pronto Roma frunció el ceño, al notar la cinta que Juliette llevaba alrededor del cabello. Era de color rosa pálido, igual que las flores del cementerio, un tono mucho más claro de lo que acostumbraba usar un Escarlata—. ¿Otro funeral?

—El de Tyler —respondió Juliette en voz baja.

Roma tocó la cinta y la ajustó con cuidado, de forma que mantuviera su cabello fuera de los ojos de Juliette. Después de acomodarle bien la cinta, le acarició el cuello.

—¿Estás bien?

Juliette se inclinó al sentir su caricia y exhaló.

—¿Qué otra opción hay? —fue lo que ella dijo.

—Ésa no es una respuesta, *dorogaya*.

Juliette se alejó un poco, sacudiendo la cabeza. La ternura y la delicadeza eran grandes distractores y la hacían pensar que todo estaría bien, que la ciudad no se estaba desmoronando a sus pies. Pero, en lugar de eso, arrastró a Roma hasta el borde del techo. Desde allí miraron hacia las calles y la forma como se extendían desordenadamente hacia el horizonte.

—Estoy bien —dijo la joven—. Sobreviviendo. Eso es todo a lo que podemos aspirar en este momento.

Roma la miró de reojo como si fuera a discutir, pero Juliette negó con la cabeza y redirigió la conversación hacia los asuntos importantes. Se habían citado porque Roma afirmaba tener nueva información sobre el extorsionador y, a decir verdad, Juliette se había sorprendido con ello. A

pesar de lo mucho que quería erradicar esa amenaza de una vez por todas, todo ese asunto parecía apenas importante ante el panorama actual. Los monstruos no habían atacado desde hacía tiempo. De modo que Roma y Juliette seguían buscando al extorsionador no tanto ya porque temieran a la locura, o estuvieran desesperados por proteger a su gente, sino porque simplemente querían tener algo que hacer, algo que los mantuviera ocupados, en lugar de sentarse a ver cómo su ciudad se desmoronaba sin que pudieran hacer nada para impedirlo.

—¿Qué encontraste? —preguntó Juliette.

La expresión de Roma se iluminó por un instante con orgullo.

—Tengo el nombre del francés —dijo—. El que se convirtió en monstruo dentro del tren. Pierre Moreau.

Juliette parpadeó, pues ese nombre le sonaba familiar por alguna razón. Roma siguió hablando, pero Juliette dejó de escucharlo, mientras escudriñaba frenéticamente su memoria para recordar dónde había oído ese nombre. ¿Acaso fue alguien que le presentaron en la Concesión Francesa? No, se habría acordado, de haber *conocido* antes al francés. ¿Tal vez había visto el nombre en sus registros? ¿En sus listas de invitados? Pero, entonces, ¿por qué habría visto a un Flor Blanca en una lista de la Pandilla Escarlata?

—Llegó a la ciudad hace unos años para empezar un negocio de comercio —continuó Roma.

Juliette por fin recordó.

Y casi se cae de rodillas.

—Roma —dijo sin aire—. Roma, yo he visto ese nombre antes. En un trozo de papel en el escritorio de Rosalind. Ella dijo que era un cliente del club.

Roma frunció el ceño. Juliette le había contado sobre la desaparición de Rosalind y sobre su romance con un Flor Blanca, cuyo nombre no le había querido revelar. Roma le había contado que había visto brevemente a Rosalind cerca del cuartel general de los Flores Blancas, justo el día que desapareció. Pero como la red de información de los Escarlatas no estaba funcionando tan bien como solía hacerlo, ésa fue la última vez que alguien tuvo noticias de Rosalind.

—Imposible —insistió Roma—. Tal vez no lo conozca de nombre, pero es un hombre lo suficientemente importante como para ser reconocido en

los clubes Escarlatas. Lo habrían identificado de inmediato como un Flor Blanca.

—¿Y entonces…? —Juliette sintió un nudo en el estómago y se llevó la mano al vientre—. Entonces él nunca fue cliente del club. Rosalind sólo tenía por casualidad una lista de nombres, el primero de los cuales resultó ser un monstruo.

Juliette necesitaba encontrar de nuevo esa lista. Había otros cuatro nombres en ella.

Otros cuatro nombres, otros cuatro monstruos.

—¿Será posible? —murmuró.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Roma, vio en ellos un reflejo de su propio horror, después de haber llegado a la misma conclusión. Rosalind se había educado en París, y podía aparentar ser tan francesa como cualquier persona en la Concesión.

—¿Entonces *Rosalind* es la extorsionadora?

Treinta y cuatro

—¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

Juliette cerró de golpe los cajones del escritorio de Rosalind y apoyó tan fuertemente las manos contra la superficie de la mesa que las palmas le dolieron. En esta guerra de clanes, las personas podían sentir la tentación de traicionar a sus clanes todo el tiempo; ésa era la razón por la cual había cambios todo el tiempo, pues siempre habría ojos que intentaban penetrar en el círculo interno. Que Rosalind jugara a la espía era una cosa, pero liberar un monstruo en la ciudad era otra cosa totalmente distinta. Que Rosalind quisiera a los monstruos para intervenir en política era algo tan absurdo que Juliette ni siquiera podía *imaginar* por qué lo habría hecho. A menos de que el único motivo fuera destruirlo todo a su paso. ¿Y si el principal motivo fuera prenderle fuego a la ciudad?

—¿Es ésa la razón? —se preguntó Juliette en voz alta y luego levantó la cabeza y se miró en el espejo que tenía enfrente, como si su propio reflejo le devolviera a una Rosalind taciturna, que la observaba desde algún lejano lugar.

Tarde o temprano, Juliette tendría que lidiar con la propia culpa. Aunque podía seguir considerándose poderosa porque sabía manejar un cuchillo, pero no era su habilidad con las armas ni su tendencia despiadada lo que la había llevado a la cima, aunque tal vez eso era lo que la mantenía donde estaba. Lo que la había llevado ahí era su noble cuna.

—Esto no tiene sentido —susurró Juliette y estiró la mano hasta tocar la fría superficie del espejo—. Enfurécete conmigo por las circunstancias en las que cada una nació. Ponte furiosa conmigo por haber nacido como

una Lang. Pero tú nunca quisiste ser la heredera de los Escarlatas. Tú nunca quisiste la ciudad. Tú deseabas ser importante. Anhelabas ser adorada.

Entonces, ¿por qué se había convertido en la extorsionadora? ¿Cómo podía ayudarla el hecho de reunir dinero y armas? ¿Cómo podía Rosalind obtener *cualquier cosa* que deseara moviéndose en las sombras y manipulando a los monstruos y la locura?

—¡Lái rén! —gritó Juliette.

Una criada asomó la nariz tan pronto oyó el llamado. Debía de estar esperando en la puerta, mientras oía el desorden que provocaba Juliette.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Cai?

—¿Puedes llamar a Kathleen? —dijo Juliette, mientras agitaba el brazo y trataba de pensar. Los comunistas movían todo el tiempo sus bastiones. Los gánsteres seguían tratando de dispersarlos por orden de los nacionalistas, pero, salvo eso, las calles habían estado relativamente tranquilas. Los comunistas también estaban esperando a ver cómo terminaba todo aquello—. Ella debe estar en… ¿la casa de té Mai? O tal vez en…

—Me temo que es imposible, xiǎojiě —interrumpió cortésmente la criada, antes de que Juliette pudiera perder más tiempo tratando de adivinar la ubicación de Kathleen—. Desde la toma de la ciudad, las centrales telefónicas están sin personal. Además, algunas líneas siguen caídas cerca de la estación del tren, mientras arreglan las vías férreas.

Juliette maldijo en voz baja. Así que las comunicaciones estaban interrumpidas. Sin operadores en las centrales telefónicas, no había quien conectara las llamadas.

—Bien —rezongó Juliette—. Entonces enviaré un mensajero, a la antigua.

La habitación de Rosalind estaba helada, pero Juliette sólo se dio cuenta de que aquélla era la razón por la que había estado temblando cuando cruzó el corredor y bajó corriendo las escaleras hacia el salón. Tan pronto como empezó a garabatear una nota, la puerta principal se abrió y Kathleen hizo acto de presencia.

—¡Kathleen! —llamó Juliette.

Pero la joven Lang no la oyó y siguió caminando, con la mirada perdida. Parecía estar absorta en sus pensamientos.

Juliette bajó el bolígrafo y se apresuró a seguir a su prima hasta el corredor del primer piso.

—¡Kathleen! —repitió.

Sin embargo, su prima tampoco respondió. Juliette finalmente logró acercarse lo suficiente para ponerle una mano en el hombro.

—¡Biǎojiě!

Kathleen por fin volteó y, al ver a Juliette, se sobresaltó. Entonces se llevó una mano al corazón y sus guantes negros se camuflaron con el azul oscuro del qipao.

—¡Me asustaste! —reclamó Kathleen casi sin aire.

—¡Te llamé muchas veces! —replicó Juliette.

La joven Lang parpadeó:

—¿De verdad?

—Bueno… —dijo Juliette, mientras miraba a su alrededor. No había nadie más en el corredor, así que agregó, en broma—: En realidad fueron sólo dos veces.

Kathleen levantó una ceja. Juliette movió la mano, para indicar que se estaban desviando del tema, así que tomó a su prima del brazo para arrastrarla de nuevo hasta el salón y subir las escaleras. Mientras caminaban, le contaba a Kathleen, hablando tan rápido como le era posible, lo que Roma le había dicho, la conclusión a la que habían llegado ambos, y cómo había corrido después a casa para buscar en el escritorio de Rosalind, lo que había sido inútil, pues no había encontrado nada allí.

—Espera, espera, espera —la interrumpió Kathleen deteniéndose tras subir el último escalón del segundo piso, justo frente a la oficina de Lord Cai. De momento no había nadie dentro. Lord Cai había salido: tal vez hacia las Concesiones, para ver con sus propios ojos el ánimo entre los extranjeros, o quizá para reunirse con Chiang Kai-shek en persona y así trazar los planes de la última colaboración entre la Pandilla Escarlata y el Kuomintang.

—¿Estabas buscando un papel en el escritorio de Rosalind?

Juliette asintió.

—Es posible que lo haya puesto en otro lado desde que lo vi, pero tenía *tantos* papeles ahí, y ahora no hay nada…

—¡Están todos en mi habitación! —exclamó Kathleen—. Juliette, llevo días revisándolos para ver si encuentro alguna pista sobre el lugar al que

pudo ir.

Juliette se quedó mirando a su prima por un momento. Luego cerró los puños y arremetió juguetonamente contra Kathleen, mientras le propinaba una serie de ligeros golpes en el hombro.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡Llevo horas hurgando en su habitación!

—¿Decírtelo? —repitió Kathleen, mientras bloqueando los embates de Juliette—. ¿Y cómo iba yo a saber que tú necesitabas alguno de esos papeles?

—Ay, no importa… —contestó la joven Cai y movió los brazos para indicarle a Kathleen que avanzara. Después de casi arrollar a una criada en el pasillo, entraron corriendo a la habitación de Kathleen, donde las cortinas volaban con la brisa que entraba por la ventana abierta. Juliette apenas podía recordar la última vez en que había estado allí; ¿cuándo había sido la última vez en que se había sentado entre las revistas y los incontables zapatos de Kathleen, o sobre la gruesa colcha que tenía en la cama? Casi siempre Juliette sólo asomaba la cabeza por la puerta para llamar a su prima, o directamente se reunían en la habitación de la heredera de los Cai.

—*Voilà* —exclamó Kathleen, lo que sacó a su prima de sus pensamientos, y luego agarró un montón de papeles de la repisa en donde los guardaba y los arrojó sobre la cama. Una pila de documentos manuscritos e impresos en tinta brilló bajo la luz del atardecer que se colaba por la ventana, y Juliette se puso a trabajar de inmediato para revisarlo todo. Sólo quería encontrar esa lista, para saber si Pierre figuraba en ella. Tal vez podrían incluso hallar a Rosalind, si rastreaban los nombres.

Justo cuando Juliette vio un pequeño trozo de papel en el borde de la colcha de Kathleen, se escuchó un golpe en la puerta del primer piso. El golpe reverberó por toda la casa. Con curiosidad, Kathleen se asomó a la puerta de su habitación, mientras escuchaba cómo Juliette se abalanzaba sobre el papel y lo sacaba de entre el montón.

—¡Es ésta! —gritó Juliette—. ¡Kathleen, ésta es la lista!

—Espera, espera. Guarda silencio un segundo —la instó Kathleen, mientras cruzaba un dedo sobre sus labios.

Juliette levantó la cabeza, justo cuando se oyó una voz que decía:

—*¡Un ataque! ¡Un monstruo está atacando la ciudad!*

En la Concesión Francesa, donde la ciudad todavía conservaba la calma, Rosalind estaba armando un alboroto al tratar de entrar a un departamento en la avenida Joffre. Podía ver a la gente que pasaba por la calle, allá abajo, pero por fortuna las paredes del dúplex eran suficientemente gruesas, y el vidrio de las ventanas atenuaba el ruido. Hasta los jardines susurraban tranquilamente al ritmo del viento, mientras los arbustos y las flores amarillas se entrelazaban. Todo estaba tranquilo y absorto en sus propios asuntos, al igual que cada persona con la que se había cruzado en el camino. Y eso resultaba detestable, pues Rosalind quería que todo estallara en llamas, que todos sufrieran tanto como ella estaba sufriendo.

—Abre esta *puerta* —exigió y su voz resonó por todo el corredor, ni los relucientes azulejos, ni los elegantes candeleros podían apaciguar su tono cercano a la histeria—. ¿Así es como van a ser las cosas? ¿Para ti todo ha sido una *mentira*?

Rosalind conocía la respuesta a esa pregunta. Sí. Así era. Como si fuera una criatura ingenua, Rosalind había caminado directo a una trampa: se había dejado sacrificar, esquilar y despellejar, y ahora el cazador se alejaba, después de haber obtenido lo que buscaba. Ella había estado esperando durante toda la semana anterior en una de sus otras casas de seguridad ubicadas en la Concesión, mientras mandaba el mensaje de que quería huir. Él había dicho que iría por ella, pero que la joven tenía que ser paciente y esperar a que él terminara sus asuntos.

—Maldita sea —Rosalind dejó de golpear la puerta y bajó los brazos, que le temblaban por el esfuerzo. Lo que ella perseguía no era amor, al menos no en el sentido físico. Si todo lo que deseaba fuera un cuerpo tibio, habría podido elegir a alguien del club burlesque, donde tenía una lista interminable de hombres que se abalanzarían para complacerla sin pensarlo dos veces. Pero no era eso lo que buscaba. En realidad eso nunca le había importado.

A lo lejos se oyó un bocinazo. Autos que entraban a las residencias vecinas.

Rosalind pensaba que había encontrado por fin a un compañero. Alguien igual a ella; alguien que la veía *tal como era*, y no sólo a una Escarlata, o a una bailarina de burlesque, sino a *Rosalind*.

Había sido su culpa por creer que podría cambiar a alguien. Monstruos,

dinero y las riendas de la ciudad; Rosalind le había facilitado todo eso, aunque ella al comienzo se había negado. Y sólo lo había hecho con la esperanza de complacerlo: cuando él estuviera feliz, con la ciudad en sus manos, por fin los dos podrían ser felices y ya nadie podría tocarlos. Él tendría el mundo en una mano y a ella en la otra.

Debió haber sospechado que alguien que buscaba apoderarse del mundo nunca se detendría antes de tenerlo todo, aunque lo demás se fuera al diablo. Rosalind no había tenido en realidad una oportunidad.

Ella había sido muy ingenua al pensar que sus amigos podrían estar a salvo, que ella podría ser la mano que alejaría a su hombre del caos. Rosalind no había detentado poder alguno. Nunca había sido siquiera importante. Mientras estaba en la casa refugio, los días habían transcurrido sin que se presentara ningún cambio. Al final, ésa era la terrible verdad: Rosalind había abandonado a todos los que quería, por alguien que no iba a buscarla. Ella había puesto en peligro las vidas de sus seres queridos por alguien que hacía tiempo se había marchado.

Rosalind sacó la pistola del bolsillo y disparó al picaporte. El estallido perforó sus oídos, mientras la bala se desviaba una vez, y dos y tres. Las paredes parecían alejarse de ella, y el papel tapiz de color plata y oro parecía retroceder ante una violencia que rara vez se veía en lugares como aquel.

El picaporte finalmente cedió y la puerta se abrió lentamente. Pero cuando Rosalind entró finalmente al departamento, lo encontró completamente vacío.

No pudo evitar soltar una carcajada que se prolongó mientras pasaba los ojos por cada cosa que no estaba en su lugar. A pesar de que el departamento nunca había estado bien decorado, ahora ya no había papeles sobre la mesa, y los mapas que reposaban sobre el piano también habían desaparecido. Cuando miró dentro de la habitación, pudo constatar que no había ni sábanas sobre la cama.

"Podemos vivir aquí para siempre, ¿no te parece?"

Ella había jugueteado con aquellas cortinas, las había colocado sobre su cabeza a manera de velo nupcial. Y había levantado los brazos al cielo, en medio de su delirio de felicidad.

"No te entusiasmes demasiado, querida. Sólo estaremos aquí hasta que tengamos éxito."

"¿De verdad tenemos que ser más poderosos? ¿Acaso no podemos llevar una vida como las de antes? ¿No podrías ser un buen hombre?"

"¿Un buen hombre? Ay, Roza…"

Rosalind pasó la mano por la repisa de un librero, en la que encontró únicamente polvo, aunque sólo podían haber transcurrido unos pocos días desde que los viejos volúmenes que solían llenarla habían sido sustraídos.

"Ya chelovek bol'nói. Ya zloi chelovek. Neprivlekatel'nyi ya chelovek."

Cuando enviaron los monstruos a robar la vacuna de los Escarlatas, Rosalind había dicho que no creía poder seguir con aquello. ¿Acaso eso había precipitado la decisión de abandonarla? ¿O tal vez era porque la habían atrapado y ya no podría seguir proveyendo información sobre su pandilla?

—Los habría abandonado por ti —admitió la joven hablándole al vacío. Ella siempre había sabido quién era él, un Flor Blanca. Y la verdad es que no le había importado. La guerra entre clanes no despertaba tanta furia en su corazón como lo hacía en otras personas de esta ciudad. Ella no había crecido en Shanghái, no tenía vínculos reales con su gente. Las peleas en las calles le parecían un espectáculo casi como de teatro; los gánsteres que revoloteaban por la ciudad haciendo diligencias le parecían caras intercambiables que nunca había podido registrar a cabalidad. Kathleen tenía un corazón dulce, Juliette tenía vínculos de sangre, pero ¿Rosalind? ¿Qué le había dado la dinastía de los Escarlata a Rosalind para que mereciera su lealtad? Ella sólo había heredado la incompetencia de su padre y el desprecio de la familia Cai. Año tras año, la amargura había ido invadiéndola hasta convertirse en un dolor físico, uno que ardía tanto como las heridas que ahora llevaba en la espalda.

Si ellos la hubieran aceptado, si la hubiesen considerado por lo que era capaz de hacer, Rosalind podría haberle ofrecido su vida a la Pandilla Escarlata. Pero, en lugar de eso, sólo le dejaron cicatrices: ella ahora estaba marcada. Aunque se mordiera la lengua y decidiera quedarse, estaba marcada; si trataba de hacer algo con su vida y se marchaba, las marcas la seguirían. Cicatrices. Ahora era una chica a la que no le quedaban más que cicatrices.

Rosalind avanzó hasta el escritorio y se sorprendió al encontrar ahí un trozo de papel pegado a la madera. Por un segundo, mientras el corazón le subía hasta la garganta, pensó que podría ser una explicación,

instrucciones sobre adónde podría ir ahora, algo que indicara que no la habían dejado atrás.

Pero, en lugar de eso, a medida que se acercaba, alcanzó a leer:

> Adiós, querida Rosalind. Será mejor despedirnos ahora y no cuando se desate el verdadero caos.

Él sabía que ella vendría a buscarlo. Estaba claro que hacía tiempo que había planeado desocupar el departamento y abandonarla. Y despedirse con sólo esa patética nota. Rosalind arrancó el papel de la mesa y se lo acercó a los ojos, como si quisiera releerlo pues tal vez estuviera entendiendo mal lo que decía. *¿Cuando se desate el verdadero caos?* ¿Qué más venía en camino? ¿Qué otra desgracia caería sobre la ciudad?

Rosalind se dio la vuelta y miró hacia las ventanas del departamento vacío. Vio los árboles meciéndose con el viento y cómo entraba sin obstáculos la luz del sol.

Y, en ese preciso momento, un grito desgarró las calles, anunciando que había un monstruo suelto.

—¿Nada todavía? —preguntó Roma, mientras apartaba la octava carpeta que acababa de revisar.

—Descuida —contestó Marshall—, si encontramos algo ten por seguro que no vamos a quedarnos callados esperando pacientemente a que preguntes.

Sin siquiera levantar la vista, Benedikt estiró el brazo y dio un golpecito a la cabeza de Marshall con fajo de papeles. Marshall se estiró para lanzar, a su vez, un puntapié a Benedikt, y entonces Roma sonrió. Tan feliz se sentía de que estuvieran otra vez juntos los tres que apenas le importaba el hecho de amontonarse en la diminuta casa refugio Escarlata en la que había estado viviendo Marshall. Independientemente de lo pequeño que era, de ahora en adelante siempre recordaría ese departamento con cariño. Porque había mantenido a Marshall a salvo.

Y había hecho que Juliette regresara a su lado.

—No seas payaso —dijo Benedikt. Aunque él también estaba revisando una carpeta con una mano, tenía un lápiz en la otra y hacía pequeños dibujos en trozos de papel—. Concéntrate, o nunca vamos a terminar de revisar estos perfiles.

Dentro de los Flores Blancas había un grupo con intereses traicioneros que trabajaba de la mano con los comunistas. Para encontrar una pista sobre sus integrantes, el trío tenía que revisar toda la información disponible sobre su clan. Especialmente los recibos y las notas de importaciones y exportaciones, pues los gánsteres que dirigían cualquier asunto en nombre de los Flores Blancas tenían que llevar un registro riguroso de sus transacciones. Al menos así debía de ser, en teoría. En realidad, no es que los gánsteres fueran burócratas excelentes; ésa era la razón por la cual se habían convertido en gánsteres y no políticos. Cuando Roma trajo las cajas, había logrado levantarlas casi todas él solo, mientras que Benedikt sólo llevaba una para que Roma pudiera ver por dónde iba.

—No puedo evitarlo —Marshall arrojó la carpeta que tenía en las manos y tomó otra, mientras suspiraba—. Llevo meses guardando para mí cientos de chistes, y ahora pugnan por salir todos juntos.

Benedikt bufó y volvió a golpear a Marshall, sólo que esta vez con el lápiz, pero Marshall fue más rápido y le detuvo la mano, mientras sonreía. Roma parpadeó, pues, de repente, el papel que tenía enfrente se había vuelto menos interesante.

Entonces miró a su primo a los ojos y preguntó en silencio, moviendo los labios: *¿Él sabe?*

Cuando Marshall soltó a Benedikt y volteó para tomar otra carpeta de la pila, Benedikt pasó un dedo por su cuello, como si pretendiera cortarse: *Cierra la boca.*

¡Benedikt!

Lo digo en serio, moduló Benedikt, furioso. *Mantente al margen de esto*.

Pero…

Cuando Roma cerró la boca, golpeándose los dientes, casi se oyó un chasquido. En ese momento Marshall volteó de nuevo y levantó la vista, como si hubiera sentido algo en el aire.

—¿Pasa algo? —preguntó, desconcertado.

Roma se aclaró la garganta.

—Sí —mintió—. Yo… eh… oí algo —dijo y señaló la puerta—. Tal vez afuera en la calle que marca la frontera…

Benedikt dio un salto:

—Un momento. En realidad, sí hay algo.

Roma arqueó una ceja. Vaya que su primo sabía actuar. Se había puesto

pálido que sus mejillas estaban tan blancas como los papeles que cubrían el suelo.

Luego él también oyó los gritos y se dio cuenta de que Benedikt no estaba fingiendo.

—No crees que… —comenzó a decir.

—¡Guài wù!

Los Flores Blancas se pusieron de pie bruscamente. Roma fue el primero en salir y se quedó mirando la calle con incredulidad, mientras llevaba la mano hacia su pistola. Benedikt y Marshall lo siguieron de cerca. Tal vez no era tan buena idea salir a la calle, en especial en el caso de Marshall, en lo que quizá todavía era territorio Escarlata. Hace unas pocas semanas, esto habría sido una declaración de guerra; pero ahora ya estaban en medio de una y nadie tenía energía para comenzar otra con motivos distintos.

—No ha habido ningún ataque de monstruos en meses —dijo Roma—. ¿Por qué atacar ahora?

—Ni siquiera sabemos todavía si es un ataque *real* —contestó Benedikt.

Sin embargo, multitudes de civiles pasaban corriendo junto a ellos, con los víveres abrazados contra el pecho, mientras apresuraban a sus niños y ayudaban a los viejos llevándolos del codo.

Marshall comenzó a caminar hacia el lugar del que provenía la gente. Roma y Benedikt lo siguieron moviéndose con rapidez, pero con cautela, mientras buscaban con la mirada la fuente del caos. Todavía no veían señal alguna de la locura, ningún insecto revoloteando por la calle.

—Esto es el pandemonio —comentó Marshall, cuando giraba sobre los talones para inspeccionar bien su entorno. De pronto abrió mucho los ojos —. ¿Por qué…?

Roma sabía exactamente qué era lo que Marshall estaba preguntando, y fue sólo en ese momento que empezó a correr:

—¿Dónde demonios están los soldados?

Obtuvo su respuesta tan pronto viró en la esquina y llegó a la estación del tren. Antes solía haber allí buena cantidad de nacionalistas, que vigilaban la estación para asegurarse de que sus oponentes políticos no trataran de escapar. Sólo que ahora no estaban vigilando la estación sino combatiendo contra los *monstruos:* disparando rifles y cañones a las criaturas que los amenazaban.

—¡Dios! —murmuró Benedikt.

Uno de los monstruos se lanzó contra un soldado nacionalista y lo amenazó con su garra. Cuando el hombre finalmente se estrelló contra el muro de la estación, ya tenía media mejilla colgándole de la cara.

Roma habría palidecido, si no estuviera completamente atónito. Había visto fugazmente al monstruo de Paul Dexter, y había visto al que atacó en el tren. Los que ahora rondaban no eran distintos en apariencia, pero a plena luz del día, mientras soplaba una brisa cálida, casi agradable, el hecho de verlos con esos músculos azul-verdosos tensándose a la luz era tan aterrador que daban ganas de salir corriendo.

—Marshall, espera —gritó Roma y lo sostuvo del brazo. Podía imaginar lo que pretendía hacer su lugarteniente con sólo ver la tensión en sus hombros. Mientras que Roma Montagov pensaba retroceder, Marshall Seo planeaba adelantarse hasta la línea de fuego—. Esto no nos concierne.

—Pero todos van a morir…

—Ésta es su lucha —dijo Roma con voz temblorosa, aunque su instrucción no dejaba lugar a dudas. Más que cualquier otra cosa, se sentía *confundido* por la escena que estaba presenciando. Todavía quedaban unos cuantos civiles en los alrededores, acurrucados junto a la acera y paralizados de miedo. Cinco monstruos, todos ellos lo suficientemente altos para aterrorizar a un humano común y corriente, y, sin embargo, sólo parecían tener ojos para los nacionalistas. Esos monstruos, todos ellos con la capacidad de liberar cientos de miles de insectos y provocar una locura que arrasaría la ciudad hasta ponerla de rodillas… y, sin embargo, no lo hacían.

—Roma —lo llamó Benedikt en voz baja, al tiempo que señalaba algo que estaba cerca de las patas de uno de los monstruos—. Mira.

Un hombre muerto. No… un Flor Blanca muerto, que se podía identificar por el pañuelo blanco que colgaba de sus pantalones de trabajo.

—Y allá —susurró Marshall, señalando con la quijada hacia la banca que había en frente de la estación del tren. Allí había otro cuerpo, con un trapo rojo alrededor de la cintura que parecía como una herida abierta—. Un Escarlata.

Mientras se estremecía, Roma se alejó unos pasos de la escena y se apoyó contra la pared del restaurante vacío que tenían detrás. Los soldados nacionalistas seguían disparando, gritándose unos a otros para

informar dónde se necesitaban refuerzos, pero la verdad es que los estaban masacrando. Incluso sin la amenaza de caer en la locura, nunca podrían derrotar a esas criaturas indestructibles.

—Nacionalistas, Flores Blancas, Escarlatas —dijo Roma en voz alta y con el ceño fruncido mientras trataba de encajar las piezas de este rompecabezas—. ¿Qué es lo que se está jugando aquí?

—*¡Esperen!*

El grito venía de la calle perpendicular y parecía cada vez más cerca de la estación del tren. Roma asomó la cabeza y, de repente, sujetó con alarma el brazo de Benedikt.

—¿Quién grita? —preguntó—. ¿De dónde viene ese grito?

Parecía familiar. Demasiado familiar.

—*No* es Juliette… no te apresures a sacar conclusiones —contestó de inmediato Benedikt—. Es…

Por fin alcanzaron a ver una figura que se lanzaba frente a uno de los monstruos y agitaba los brazos frenéticamente. Su cabello parecía una maraña de alambres negros que colgaban por la espalda. Aunque estaba mucho más desaliñada que la última vez que la había visto, se trataba, indudablemente, de Rosalind Lang.

—¿Qué demonios hace? —preguntó Marshall—. Van a matarla.

Los tres Flores Blancas observaron, entonces, con gran perplejidad, la forma en que Rosalind Lang corría hacia un soldado, mientras gritaba al monstruo órdenes incoherentes. El monstruo, sin embargo, seguía acercándose, sin que el arma o la chica pudieran detenerlo.

—Ella podría ser la extorsionadora —les dijo Roma.

—¿Y entonces por qué parece tan frenética? —preguntó Benedikt—. ¿No debería poder controlarlos?

—Tal vez perdió su dominio —sugirió Marshall.

Roma bufó con frustración.

—¿Y *por qué* no están liberando sus insectos? —dijo.

Ésa era la pregunta del millón. De repente el monstruo retrocedió y se lanzó contra Rosalind. En el último instante, ella se quitó del camino y gritó una maldición, en todo caso, el monstruo tampoco parecía muy interesado en ella. Luego éste atacó y golpeó con tanta saña a un nacionalista, que la sangre brotó formando un arco y salpicando a Rosalind hasta que la cara le quedó roja. La joven levantó la cabeza del

suelo, se apoyó sobre los codos y resultaba evidente, aun desde lejos, que estaba temblando.

—¿No deberíamos… —empezó a decir Benedikt con voz vacilante—. ¿La ayudamos?

Entonces estalló otra ráfaga de disparos de rifle que no hicieron mella al monstruo. Y luego otro grito, otro soldado caído.

Roma suspiró, guardó el arma y se quitó el saco.

—*Ayudarla* no es exactamente la palabra correcta —dijo—. Escondan el color de su ropa. Creo que sólo están atacando a los gánsteres y a los nacionalistas.

Marshall se miró de arriba abajo.

—Creo que yo no llevo nada blanco.

—¿Alguno de nosotros ha usado alguna vez un pañuelo blanco como cualquier recluta? —preguntó Benedikt.

Con los ojos fijos en la escena, Roma se remangó y levantó una tabla de madera que vio cerca.

—Quítense cualquier cosa que pueda resultar un distintivo identificable —aclaró—. Y luego apresúrense y ayúdenme a rescatar a Rosalind Lang. Tenemos que noquearla.

—Espera, ¿qué? —gritó Marshall—. ¿Rescatarla para luego noquearla?

Roma ya iba hacia ella, con la tabla en alto.

—¿Y de qué otra forma se supone que la llevemos con Juliette?

Treinta y cinco

—¡*Bàba!* —exclamó Juliette—. ¡Por favor dime qué está pasando!

La casa era un completo desorden, todos corrían de un lado a otro. Al comienzo, Juliette pensó que estaban reorganizando sus fuerzas para repeler el ataque. Ya habían salido por la puerta varios mensajeros que parecían tener mucha prisa, pero tan pronto trataba de escuchar con exactitud qué era lo que estaban diciendo los hombres de su padre, parecía que lo que planeaban no era una estrategia de defensa. Estaban convocando a los nacionalistas, y reuniendo al círculo primario de la Pandilla, a los magnates de negocios afiliados con propiedades en la ciudad.

Ahora había muchos de ellos en la casa, quienes saludaban a Lord Cai de manera apresurada, mientras miraban a uno y otro lado, como si tuvieran algo muy urgente que hacer. Tan pronto como su padre subió las escaleras, Juliette lo interceptó sujetándolo con fuerza de una manga.

—¿Qué está sucediendo? —volvió a preguntar, cuando vio que él seguía de largo—. ¿Por qué atacaría el extorsionador *ahora*…

—Nunca fue un extorsionador —contestó Lord Cai con voz neutra, mientras se detenía un momento frente a su oficina, de la que salía ya una buena cantidad de ruido. Luego se quitó de encima la mano de Juliette y aliso la tela de su camisa hasta eliminar todas las arrugas—. Eran los comunistas. Siempre han sido ellos.

Juliette sintió que todos los músculos de su cara se contraían.

—No, ya te dije, ellos trabajan *con* los comunistas, pero ésos eran los insectos de *Paul*. Uno de estos monstruos es *francés*.

Lord Cai abrió la puerta de su oficina y le hizo señas a Juliette para que se quedara donde estaba. No iba a permitir que lo siguiera.

—Ahora no, Juliette —dijo—. Ahora no.

Y Lord Cai cerró la puerta en la cara de su hija. Durante un minuto, lo único que Juliette pudo hacer fue quedarse allí, parpadeando presa de incredulidad. Había sido una ingenuidad de su parte pensar que sería aceptada por la pandilla tras la muerte de Tyler, pues él era lo único que se interponía entre ella y el reconocimiento total. Los altos mandos le habían permitido sentirse poderosa, claro está, la habían dejado recorrer la ciudad como si pudiera resolver todos los problemas, pero tan pronto como se presentaba un verdadero conflicto…

Le cerraban la maldita puerta en la cara.

Juliette dio un paso atrás, mientras hervía de la rabia.

—¿Señorita Cai?

En ese momento se oyeron pasos detrás de ella. Juliette dio media vuelta y se encontró con un joven mensajero que le tendió una nota.

—Para usted —dijo.

Juliette se pasó una mano por la cara y recibió el papel.

—¿Cómo es que no te enviaron a la ciudad con todos los demás? —preguntó ella.

El mensajero hizo una mueca.

—Yo… eh… si no me necesita, me iré ahora mismo —replicó el muchacho, y huyó antes de que Juliette pudiera decir algo más.

Casi gritó para llamarlo de regreso, pero ya había desdoblado la nota y se quedó fría. Estaba escrita en ruso. El mensajero no era un Escarlata, era un Flor Blanca.

Ven rápido. A la casa refugio. Tenemos a Rosalind.
–♥

—¡Kathleen! —gritó Juliette, y de inmediato empezó a correr por el pasillo y se detuvo bruscamente frente a la habitación de su prima, mientras sus tacones dejaban marcas en el suelo.

Juliette se levantó rápidamente de la cama.

—¿Sabemos qué es lo que está pasando? —preguntó ella.

—Tenemos algo mejor —dijo Juliette—. Ponte el abrigo. Roma

encontró a Rosalind.

Cuando Roma abrió la puerta de la casa refugio, estaba tan oscuro allí dentro que Juliette apenas pudo ver algo más allá de su propio hombro. Y después de que entraron ella y Kathleen, y Roma cerró la puerta, el departamento quedó totalmente en penumbra.

—¿Qué es esto, una emboscada? —comentó Juliette, al mismo tiempo que prendía su encendedor. Lo primero que saltó a la vista fueron Benedikt y Marshall, de pie junto a la haciendo muecas, como si se estuvieran preparando para algo.

Lo siguiente fue la imagen de Rosalind, amordazada y amarrada a una silla.

—¡Por Dios! —gritó Kathleen, quien se adelantó de inmediato—. ¿Pero qué…?

—Antes de quitarle la mordaza hazla prometer que no va a gritar —advirtió Roma rápidamente. Luego encendió por fin la lámpara del techo, y suspiró, al ver que Kathleen no le prestaba atención y retiraba la mordaza a su hermana. Sólo era un pedazo de tela para envolver vegetales; si Rosalind hubiera querido oponer verdadera resistencia, habría podido quitársela.

—Nada de gritos —dijo Marshall con contundencia—. Un solo grito y los nacionalistas vendrán por nosotros.

—No me digas que no grite —se quejó Rosalind—. Voy a…

—Rosalind —interrumpió Juliette.

Su prima guardó silencio. No había forma de huir esta vez. No tenía adónde ir. Las calles estaban llenas de soldados, pues habían llegado muchos más, después del pánico que habían enfrentado cerca de la estación del tren. El ataque había tenido lugar muy cerca del Asentamiento Internacional. Un movimiento en falso, y los británicos comenzarían a disparar desde sus trincheras.

Juliette se acercó a la ventana, pues todavía no quería enfrentar a Rosalind. Separó un poco las tablas y miró por las rendijas.

—¿Cómo detuvieron los ataques? —preguntó.

—No lo hicieron —respondió Benedikt—. Los monstruos se retiraron después de un tiempo.

Juliette respiró profundo y apretó los labios. Luego cruzó los brazos y,

tal vez lo hizo con mucho vigor pues dio la impresión de estar buscando su arma, a juzgar por la forma en que Benedikt se alarmó.

Roma subió los ojos con desaprobación al ver el gesto de su primo, y le hizo señas para que se retirara y dejara rondar a Juliette alrededor de la mesa, hasta que se detuvo junto a Kathleen y frente a Rosalind.

—¿Fue debido a ti? —preguntó Juliette en voz baja—. ¿Los monstruos se retiraron porque estabas allí?

—No —contestó Rosalind.

En el otro extremo de la habitación, Benedikt y Marshall intercambiaron una mirada nerviosa. Roma se apoyó sobre la mesa e inclinó el cuerpo hacia donde estaba Juliette. Kathleen se mordió el labio y se movió a la izquierda, hasta quedar contra la pared.

—Rosalind —dijo Juliette y se le quebró la voz—. No puedo ayudarte si no me dices qué fue lo que hiciste.

—¿Y quién dijo que yo necesitaba ayuda? —contestó Rosalind. No había rabia en su tono, sólo un ligero rastro de temor—. Soy una causa perdida, Junli.

Si no estuviera contra la mesa, Juliette se habría caído hacia atrás, mientras sentía cómo las vísceras se le retorcían al oír su nombre. La última vez que Rosalind la llamó así debió haber sido cuando eran niñas, apenas más grandes que los rosales del jardín, y saltaban una sobre la otra desbaratando los montones de hojarasca que el personal de la casa intentaba reunir, al tiempo que reían entusiasmadas al contemplar el desastre que causaban.

—Ay, no *intentes* eso conmigo.

—¡Juliette! —siseó Kathleen.

Pero Juliette no se ablandó. Metió la mano en el bolsillo, sacó la lista que habían encontrado y la desdobló con brusquedad.

—Esto estaba sobre tu escritorio, Rosalind —le dijo—. *Pierre Moreau, Alfred Delaunay, Edmond Lefeuvre, Gervais Carrell, Simon Clair*; cinco nombres, y si mi suposición es correcta, cinco *monstruos*. La pregunta es sencilla: ¿tú eres quien ha estado extorsionándonos?

Rosalind bajó la mirada a manera de respuesta. Juliette arrojó el papel al piso y maldijo entre dientes, mientras pisaba la lista con rabia.

—Espera, Juliette —Roma se agachó para recoger el trozo de papel. En circunstancias normales, a la joven no le habría llamado la atención el

tono de curiosidad que manifestaba su voz. Pero Benedikt y Marshall también se arrojaron sobre el papel, y los tres parecían pálidos a la luz de la única lámpara mientras estudiaban la lista como si fuera algo incomprensible.

—¿Qué pasa? —preguntó Juliette.

—¿Simon Clair? —preguntó Benedikt en un murmullo.

—Alfred Delaunay —agregó Marshall, mientras se balanceaba sobre los talones—. Ellos son…

—… hombres de Dimitri —terminó de decir Roma e intentó devolver la lista a Juliette, pero Kathleen la interceptó—. Todos ellos son hombres de Dimitri Voronin.

Juliette sintió que el suelo sobre el que pisaba se partía en pedazos. Ella se deslizaba en caída libre y su estómago quedaba suspendido. Rosalind no lo negó, ni ofreció ninguna otra explicación. Y tampoco hizo nada para oponer resistencia cuando Juliette se inclinó y le dio un tirón a la cadena que tenía al cuello. Ésta brilló reflejando la luz, pero Juliette no le prestó atención a eso, sino que buscó enseguida la placa de metal que colgaba de la cadena y pasó el dedo por el grabado.

Воронин.

Juliette contuvo una carcajada. Medio jadeando, medio riéndose, estaba luchando por respirar cuando Roma la empujó suavemente hacia atrás y le quitó de la mano la cadena de Rosalind, antes de que pudiera arrancársela y estrangular a su prima con ella.

—No me juzguen —comenzó Rosalind mirando alternativamente a Juliette y a Roma—. No cuando ustedes dos evidentemente hicieron lo mismo.

—¿Lo *mismo*? —repitió Juliette. No soportaba más aquello, así que se alejó de la mesa y caminó hasta el otro extremo de la habitación, mientras respiraba profundamente.

Si Juliette lo hubiera pensado un poco más, tal vez habría podido descubrirlo antes, y habría podido detener todo lo que había pasado. Siempre lo había sabido: Rosalind estaba enojada, furiosa con el mundo, con el lugar que le había tocado en suerte. Pero lo que ella quería no era cambiar de lugares; era encontrar algo que hiciera más valiosa su posición.

Juliette giró, entonces, hacia Rosalind, y sintió un ardor en los ojos.

—*Yo* decidí amar a un Flor Blanca —logró decir, pronunciando cada

palabra con precisión—. Lo que *tú* hiciste fue ayudar a un Flor Blanca a destruir esta ciudad. ¡¿Cómo puede ser eso lo mismo?!

—Yo lo amaba —añadió Rosalind. Ella no negó nada. Era demasiado orgullosa para hacerlo después de que la habían atrapado—. Dime… si Roma Montagov te lo hubiera pedido, ¿habrías sido capaz de negarte?

—No hables de mí como si no estuviera presente —interrumpió Roma, antes de que Juliette pudiera contestar, y aunque su tono sonó firme, tal vez sólo estaba tratando de disimular la conmoción que sentía—. Juliette, siéntate. Parece que estás a punto de desmayarte.

Juliette se sentó en el suelo y se agarró la cabeza con ambas manos. ¿Acaso Rosalind no tenía razón, en cierto sentido? Independientemente de la forma en que hubiera ocurrido, ella había amado a Dimitri lo suficiente para traicionar a su familia, para entregarle la información que él quería. Juliette había amado a Roma lo suficiente para matar a su propio primo a sangre fría. Rosalind era una traidora, pero Juliette también lo era.

Marshall carraspeó.

—Sólo para asegurarme de que estoy entendiendo lo que pasa… —comenzó—, Dimitri Voronin… ¿es el extorsionador? ¿Y tú eres su amante…?

—Ya no —aclaró Rosalind.

Marshall tomó con calma lo que ella decía.

—Tú *eras* su amante, y hacías las veces de informante sobre los asuntos de los Escarlatas, y también eras su… —dijo e hizo una pausa mientras pensaba brevemente— ¿qué cosa? ¿Su domadora de monstruos?

Rosalind levantó la cabeza.

—Desátenme, y obtendrán sus respuestas.

—No.

La orden llegó de labios de Kathleen, que había permanecido en silencio hasta entonces. La lámpara que colgaba del techo parpadeó y, bajo su luz, los ojos de la joven Lang parecían absolutamente negros.

—Eso es algo que nos debes, Rosalind —dijo Kathleen y luego arrojó el papel sobre la mesa. Para entonces, ella había arrugado tanto la lista que ya no era más que una pequeña bola de papel que rebotó sobre la mesa y cayó al suelo—. No voy a explicarte las profundas implicaciones de tu traición, pues creo que ya las conoces. Así que habla.

Lentamente, Juliette comenzó a levantarse, ayudándose de una mano

que posó contra el suelo.

—Kathleen… —comenzó.

Pero ella se dio la media vuelta:

—No la defiendas. Ni siquiera lo intentes.

—No iba a hacerlo —dijo Juliette mientras se incorporaba totalmente y se sacudía las manos—. Iba a pedirte que des un paso atrás: Rosalind está a punto de ponerse de pie.

Justo en el momento en que Rosalind se movió, Benedikt apartó a Kathleen del camino, lo que evitó que Rosalind derribara a su hermana con la pata de la silla y corriera hacia la puerta. Dios sabe cómo pensaría escapar a sus ataduras, aun si lograba llegar a la puerta.

—¡Sí, está bien! —gritó Rosalind, llegando finalmente al punto de quiebre cuando su silla volvió a caer con un golpe en señal de derrota—. Dimitri quería apoderarse de los Flores Blancas, y cuando uno de sus socios entró en contacto con los monstruos de Paul Dexter, yo acepté su plan para destruir esta ciudad. ¿Eso era lo que querían oír? ¿Que soy débil?

—Nadie dijo que fueras débil —contestó Marshall—. Sólo ingenua, un error en el que no estás sola.

Con un movimiento de mano, Roma le pidió a Marshall que dejara de hablar.

—Recapitulemos —dijo Roma y miró brevemente por encima del hombro para intercambiar una mirada con Juliette—. ¿A qué te refieres con *apoderarse* de los Flores Blancas? Ahora bien, la última nota de Paul Dexter iba dirigida a alguien en la Concesión Francesa, ¿cómo hizo Dimitri para conseguirla?

Si Rosalind hubiera tenido las manos libres, ella habría apoyado una de sus delicadas palmas contra la frente, y alisado los largos mechones de cabello que le rodeaban la cara. Pero estaba amarrada y sometida a interrogatorio, tanto por su familia como por el enemigo, de modo que se limitó a mirar hacia el frente tensando la mandíbula.

—Su investigación en la Concesión Francesa nunca habría conducido a la verdad —susurró Rosalind—. "En caso de que yo muera, libérenlos a todos" era una instrucción para los criados de otra propiedad que Paul tenía en la Concesión, en territorio de los Flores Blancas. Cuando el alquiler de aquel lugar no pudo seguirse pagando, Dimitri irrumpió en el

edificio y encontró a los insectos antes de que pudieran ser liberados.

La joven Lang expuso todo aquello con los ojos cerrados, como si estuviera recreando la escena mentalmente. No cabía duda de que la habían llamado para examinar los descubrimientos, de que ella debía de haberse ocupado del destino de los criados, tal vez con una sola bala los mantuvo callados, o tal vez arrojándolos al río Huangpu, de manera que nadie seguir el rastro de Paul Dexter.

—Lord Cai te matará por esto —dijo en voz baja Kathleen.

Rosalind resopló por la nariz forzando una risa falsa.

—A Lord Cai no le queda mucho tiempo. ¿No se han preguntado por qué Dimitri piensa que puede orquestar un golpe de Estado? ¿No se han preguntado de dónde sacó el impulso para hacerlo? —Rosalind levantó la vista y clavó sus ojos en Juliette—. Los Escarlatas y los nacionalistas trabajan juntos para limpiar la ciudad de los comunistas. Tan pronto como los ejércitos del Kuomintang estén listos, abrirán fuego sobre la ciudad. Dimitri está esperando ese momento, pues en medio de la refriega será él quien acuda como su salvador. Sólo sus armas y su dinero, y los comunistas que tiene en el bolsillo, podrán hacer retroceder a los nacionalistas. Justo cuando los trabajadores estén perdiendo, él les dará esperanza, y entonces, cuando se convierta en la pieza clave del triunfo o la derrota de la revolución, Dimitri tendrá todo el poder que busca.

La casa refugio se quedó en silencio. Lo único que podía oírse eran los gritos lejanos que venían de afuera, como si los soldados se estuvieran acercando. Rápidamente, Marshall se acercó a la ventana para asomarse por las rendijas. Los demás se quedaron donde estaban, haciendo caso omiso a todo lo que sucedía más allá de esas cuatro paredes.

A pesar de que no tenía mucha lógica, Juliette recordó, entonces, al asesino que había perseguido al comerciante en el Gran Teatro. No había ninguna gran conspiración; nunca la había habido. Sólo era Dimitri tratando de interferir en las tareas de Roma. Sólo era Dimitri, empeñado en apoderarse del liderazgo de los Flores Blancas.

—¿Dónde oíste eso? —preguntó Benedikt con horror—. ¿Por qué tendrías *tú* información sobre los planes secretos de los Escarlatas, cuando Juliette ni siquiera está enterada?

Otra carcajada. Otro sonido seco, amargo, que nada tenía de humor.

—Porque Juliette no es una espía —contestó—. Yo sí. Juliette no se

escondía para escuchar los secretos de su padre. Yo sí.

Juliette tenía el pulso tan acelerado que la piel de sus muñecas temblaba. Roma estiró la mano y le apretó el codo con suavidad.

—¿Cuánto tiempo tendremos? —preguntó Juliette y la pregunta iba dirigida a Kathleen—. ¿Si los nacionalistas deciden sacar del Kuomintang a todos los que pudieran simpatizar con los comunistas?

Kathleen sacudió la cabeza.

—Es difícil decirlo. Todavía no han llegado a un acuerdo con las concesiones extranjeras. Es posible que esperen a que se establezca una nueva jurisdicción, tal vez no.

Una purga ya era suficientemente mala en sí misma. ¿Pero soltar a los monstruos y la locura contra los gánsteres en pleno fuego cruzado? Sería una masacre, para ambos bandos.

—Tenemos que detener a Dimitri antes de que los Escarlatas hagan algo —dijo Juliette, hablando casi para ella misma. Era imposible detener la política. Pero podían encontrar a los monstruos y los hombres que los controlaban podían ser eliminados.

—¿Crees que deberíamos?

Juliette miró fijamente a quien había hablado: Kathleen.

—¿Qué? —le preguntó.

—Podría servir —dijo en voz baja la joven Lang—. Si la Pandilla Escarlata está organizando una masacre, crear confusión en nuestro bando podría ayudar a salvar a miles de trabajadores.

—No te dejes lavar el cerebro —la interrumpió Marshall con tono contundente—. No se puede controlar una locura infecciosa. Además, su pandilla ya ha sido prácticamente derrocada por el dominio de los nacionalistas. Ustedes no tienen verdadero poder desde hace meses. Si reducimos el número de Escarlatas, los ejércitos sólo traerán más gente.

La habitación volvió a quedar en silencio. No había un curso de acción claro para ninguno de los escenarios que tenían enfrente.

—Benedikt —dijo Roma después de un largo momento—. ¿Sabemos dónde está Dimitri?

Benedikt sacudió la cabeza.

—No lo he visto desde que estalló la rebelión. No creo que nadie lo haya visto desde entonces. No ha estado en los cuarteles generales. Todos sus hombres se encuentran dispersos. Lord Montagov ha llegado a

sospechar, incluso, que pudo ser asesinado durante la batalla en Zhabei.

—Pero él está vivo —dijo Juliette, con los ojos fijos en Rosalind—. ¿No es así, biǎojiě?

—Está vivo —confirmó Rosalind—. Aunque no sé dónde se encuentra.

—Entonces, preguntaré de nuevo… —en ese momento se oyó un clic que resonó por toda la habitación. Juliette sabía que lo que hacía que la reacción de todos fuera tan lenta era la incredulidad provocada por el hecho de verla apuntando su pistola contra su prima.

—Quiero que me des su ubicación —exigió Juliette—. Y no creas que no voy a disparar, Rosalind.

Kathleen dio un paso adelante, y en sus ojos se veía el pánico:

—Juliette…

—Espera —Roma se interpuso rápidamente en el camino de Kathleen, para impedir que ella, a su vez, se interpusiera en el camino de Juliette—. Sólo espera un momento.

—Estoy diciendo la verdad —estalló Rosalind y forcejeó contra sus ataduras, pero sin éxito. Después de todos estos años, sabía que Juliette nunca hacía una amenaza en vano. Tal vez no le apuntara al corazón, pero un cuerpo tenía muchas partes prescindibles—. Ni siquiera me habrían capturado si no hubiera oído los gritos provocados por el ataque del monstruo y no los hubiese seguido para intentar detenerlo. Eso fue fruto de mi *bondad*. ¡Yo también he estado *tratando* de encontrar a Dimitri! ¡Los hombres que están dentro de los monstruos ya no me hacen caso!

Juliette apretó y la pistola en su mano tembló.

—¡No sé dónde está! —gritó Rosalind, que parecía cada vez más agitada —. Solía organizar sus operaciones desde un departamento en la avenida Joffre, el que le quitó a la gente de Paul. Pero no se arriesgaría a quedarse allí, ahora que la Concesión Francesa está tan vigilada después de la rebelión. ¡Ya no sé dónde encontrarlo!

—Perdóname —dijo Juliette—, si no te creo.

Entonces dejó quieta la mano, mientras comenzaba a contar mentalmente hasta tres, sólo para darle a su prima una última oportunidad.

Pero cuando llegó a tres, no fue su arma la que hizo retumbar el edificio. Fue la puerta, que se estremeció de manera explosiva, una, dos veces, y luego estalló por los aires, antes de que Juliette y Roma pudieran

correr para mantenerla cerrada.

Juliette todavía tenía la pistola levantada cuando el general Shu irrumpió en la casa, seguido de tantos soldados que la mayoría tuvieron que quedarse afuera porque sencillamente ya no cabían.

—Ni un paso más —exigió Juliette, mientras miraba de reojo hacia la puerta. En ese fugaz segundo de contacto visual, ella y Roma se preguntaron por qué estaban ahí los nacionalistas. Pero ninguno tenía una respuesta. Lo único seguro era que los habían encontrado: Juliette Cai y Roma Montagov conspirando juntos.

Pero el general Shu ni siquiera los estaba mirando a ellos cuando siguió adelante, haciendo caso omiso de las palabras de Juliette. Y tampoco se fijó en Rosalind, que estaba en la esquina, amarrada a una silla. Con una expresión que parecía indicar que le parecía divertido lo que veía, se limitó a examinar la habitación, como si fuera un posible inquilino en busca de un lugar para alquilar.

—Baje su arma, señorita Cai —dijo el general Shu, después de terminar su inspección y apoyar las manos en el cinturón, del cual colgaba una buena selección de armas, listas para ser utilizadas—. No estoy aquí por usted.

Juliette entrecerró los ojos y su dedo se movió nerviosamente sobre el gatillo.

—Entonces, ¿por qué trae tantos soldados? —preguntó ella.

—Porque… —comenzó el general, mientras señalaba a los hombres que lo seguían—, oí que mi hijo estaba vivo y a salvo, y he venido para llevarlo a casa.

De pronto todos los soldados levantaron sus armas y apuntaron contra uno de los allí presentes.

—Hola, *Bàba* —saludó Marshall—. ¡Qué mal momento para llegar!

Treinta y seis

En ese momento estalló el caos en la casa refugio: Roma y Benedikt gritaban, Kathleen observaba pegada a la pared, Rosalind trataba de soltarse y Juliette alcanzó apenas a quitarse de en medio, antes de que los soldados salieran en tropel llevándose a Marshall en calidad de prisionero.

—¡Un momento! —gritó Roma—. ¡Ustedes no pueden *llevárselo* así, sin más!

Roma se apresuró a seguirlos y casi se estrella contra una pared, antes de llegar al arco de entrada del edificio. Un segundo después, Juliette se movió para seguirlo, pero Benedikt la agarró de la muñeca para detenerla.

—No permitas que Mars quede atrapado en el fuego cruzado —dijo Benedikt sin respirar—. Ya lo protegiste una vez, Juliette. Estoy seguro de que podrás hacerlo de nuevo.

—No hace falta que me lo digas —murmuró la joven entre dientes, mientras sujetaba del brazo a Benedikt y lo arrastraba afuera con ella—. Ayúdame a hacerlo. Kathleen, tú vigila a Rosalind.

La señorita Lang abrió la boca para protestar, pero Juliette ya había salido corriendo y estaba observando la escena: armas, soldados, *Roma*. Marshall había dejado de forcejear, pero Roma se había plantado en su camino, terco hasta el final.

A su alrededor, la calle estaba tranquila. Sin embargo, en unos pocos minutos esto se convertiría en un espectáculo, y se llenaría de curiosos. Fue casi extraño que el primer pensamiento de Juliette fuera: *No me pueden ver en compañía de los Flores Blancas*. La ciudad había sido tomada por revolucionarios, las fronteras territoriales se habían desdibujado como el

flujo del agua en un río y, sin embargo, la guerra de clanes seguía su curso, como si tuviera algún significado, como si *alguna vez* hubiese tenido algún significado.

—¿Mi padre sabe que usted está acosando a los Escarlatas?

El general Shu frenó de súbito y se dio la vuelta. Cuando todos sus hombres se vieron forzados a detenerse también, Marshall hizo un esfuerzo considerable por liberarse, pero lo tenían agarrado con firmeza. Independientemente de lo que intentara, había demasiados hombres rodeándolo y sujetándolo, y muchos otros que formaban un círculo más grande que mantenía a Roma a raya, gracias a la amenaza de sus rifles.

—¿Su padre sabe que usted miente al tratar de hacer pasar a unos Flores Blancas por miembros de la Pandilla Escarlata?

Juliette alzó la quijada. Al otro lado del círculo formado por los soldados, Roma levantó la cabeza, para tratar de intercambiar una mirada con Juliette. Entonces le hizo una seña para rogarle que no metiera más la cabeza en el lodo y le dejara manejar el asunto a él. Qué tontería. Si él daba la cara, ella también estaba lista para hacerlo.

—¿Cómo piensa usted probar que Marshall Seo es un Flor Blanca? —preguntó Juliette.

El general Shu sacó un revólver de su funda, pero no le apuntó a ella, ni a nadie. Sólo lo examinó, mientras abría y cerraba el cílindro para revisar sus balas.

—¿Qué preferiría usted, señorita Cai? —dijo—. ¿La carta que él escribió cuando huyó de mí, y en la que declara su intención de sobrevivir por su cuenta en Shanghái y unirse a los Flores Blancas? ¿O los recortes de prensa que he guardado a lo largo de los años, en los que lo señalan como la mano derecha del heredero Montagov? Lo tengo todo bien documentado, sólo dígame qué prefiere que le muestre.

Juliette se mordió las mejillas mientras le lanzaba una mirada a Benedikt, con la esperanza de que él tuviera alguna otra idea sobre cómo proceder.

Pero Benedikt parecía totalmente estupefacto. Cuando el general Shu devolvió el revólver a su funda, la calle estaba tan silenciosa que el susurro de Benedikt se pudo oír con claridad.

—¿Cuando *huyó* de usted? —fue la pregunta que alcanzó a pronunciar.

Marshall hizo una mueca y desvió la mirada. Ya había dejado de

forcejear.

—¿Nunca se lo dijo? —preguntó el general Shu—. Supongo que se hizo pasar por huérfano, ¿no es así? —dijo y miró a Marshall. Lo cierto es que ahí, a plena luz del día, el parecido entre ellos era evidente. La misma forma del rostro, las mismas arrugas alrededor de los ojos.

—Tú eres… —dijo Marshall con rabia y su voz sonó como un repentino graznido. Nunca antes lo habían visto tan furioso: el Marshall despreocupado y alegre, el que nunca se enfureció en presencia de Juliette, estaba ahora rojo de la ira y temblando, mientras los tendones de su cuello parecían a punto de estallar—. Cuando Umma murió y tú no estuviste en casa, para todos los efectos, *tú* también moriste para mí.

El general Shu no se conmovió. Si acaso, se mostró un poco aburrido. Ni siquiera parecía estar escuchando.

—No voy a hablar de tu madre en la mitad de la calle. Si quieres hacerlo, podemos conversar tranquilamente más tarde… Señor Montagov, ¿tendría la bondad de apartarse del camino?

Roma permaneció inmóvil. Mantenía el ceño fruncido y Juliette conocía esa actitud: estaba tratando de ganar tiempo, pero el problema era que eso no parecía poder alterar en nada la situación.

—Ésta no es su jurisdicción —comenzó Roma en voz baja—. Sólo podrá irse cuando la señorita Cai lo permita.

El general Shu puso ambas manos en su espalda, lejos de todas las armas que tenía en el cinturón. Cuando volvió a hablar, lo hizo dirigiéndose a Juliette, como si en efecto ella tuviera algún control sobre lo que estaba a punto de suceder allí.

—No tengo ningún interés en saber qué extraño acuerdo entre gánsteres es éste —comenzó el general Shu—. Lo único que quiero es llevarme a mi hijo a casa, conmigo. Guardaré silencio sobre este asunto, y usted no se meterá en mi camino.

Un gran escupitajo estuvo a punto de alcanzar su cara. El general Shu retrocedió, pero Marshall parecía muy dispuesto a lanzarle otro.

—¿Crees que puedes llegar aquí, así como así? —reclamó Marshall—. Entraste a la ciudad, a pesar de que no participaste en ninguno de los esfuerzos para tomarla. Y luego vienes y me capturas, como si yo fuera tu maldita propiedad. ¿Dónde estuviste todos estos años? Tú *sabías* que yo estaba aquí. Podrías haberme buscado en cualquier momento. ¡Pero no lo

hiciste! ¡La Revolución era más importante! ¡El Kuomintang era más importante! ¡Cualquier cosa fue para ti más importante que yo!

El general Shu no dijo nada. Juliette aferró bien su arma y puso el dedo sobre el gatillo, mientras se preguntaba qué sucedería si le disparaba. ¿Acaso podría salirse con la suya? Un año atrás, aquello no habría significado nada. Pero ahora podría ser una declaración de guerra contra los nacionalistas, y los Escarlatas, a pesar de toda su influencia y fortaleza, no podían pelear una batalla de esa clase. Eso los conduciría a la aniquilación.

—Pero ahora… —continuó Marshall—que estás en Shanghái, pensaste que podías atar todos los cabos sueltos ¿no? Que todas las piezas encajarían en su lugar: tu país y una pequeña familia feliz —Marshall volvió a escupir, pero esta vez no dirigió la saliva hacia su padre. Sólo fue una manera de expulsar la rabia que sentía en su interior, como sacarse una bala por el mismo camino por el que entró.

—¿Y bien, señorita Cai? —preguntó el general Shu.

Juliette se sorprendió. A pesar de lo que Marshall acababa de decir, su padre seguía hablándole a ella.

—Parece que él no quiere ir —dijo la heredera de los Cai con pequeña familia .

De repente, atendiendo alguna seña que Juliette no alcanzó a captar, los soldados se pusieron firmes y levantaron sus armas, las cuales apuntaron hacia Roma, listos para disparar.

—No dificulte las cosas —dijo el general Shu—. Quedarse con los Flores Blancas es una sentencia de muerte. Usted sabe lo que viene en camino. Yo lo mantendré a salvo.

—No… —murmuró Benedikt, al lado de Juliette—. No le creas.

Pero esto no dependía de si ella le creía o no. Lo que se desplegaba frente a sus ojos era la cruda realidad. La comprobación de que el dominio de los gánsteres estaba a punto de terminar. Pronto no habría más separación de territorios por clanes. No más ganancias a través del mercado negro. ¿Cuánto tiempo más podrían resistir? ¿Cuánto tiempo podrían sobrevivir los Flores Blancas, teniendo en cuenta que no contaban con el apoyo de los nacionalistas, a diferencia de los Escarlatas?

—Roma —gritó Juliette con voz temblorosa—. Hazte a un lado.

—¡No! —protestó Benedikt—. Juliette, espera.

La joven Cai giró sobre sus talones, con los puños apretados.

—Ya oíste lo que dijo Rosalind —dijo ella en un murmullo. Aunque su intención era que sólo Benedikt la escuchara, no cabía duda de que todos los presentes también podían hacerlo—. Tú sabes la clase de *violencia* que se acerca. ¿A cuántas reuniones comunistas ha enviado Lord Montagov a Marshall? ¿Cuántas veces lo han visto por allá? ¿Quién sabe si su nombre no está en una lista negra para ser asesinado después de que la ciudad estalle? Ésta es una manera de mantenerlo *a salvo*.

Benedikt alcanzó su pistola, pero Juliette se la quitó de inmediato, cruzando sus muñecas. Los ojos de él encendidos. Benedikt no lo intentó una segunda vez. Sabía que no podía imponerse. En su expresión sólo había decepción.

—¿Esto es por su seguridad? —preguntó, con voz ronca—. ¿O por la de Roma?

Juliette tragó saliva con dificultad y soltó la muñeca de Benedikt Montagov.

—Roma —volvió a gritar, sin poder mirar hacia allá—. Por favor.

Entonces se produjo un largo silencio. Y luego: el ruido de los rifles estrellándose contra las correas de los hombros, y las pisadas de botas pesadas que empezaban a marchar. Roma se había hecho a un lado.

Benedikt mantuvo los ojos fijos en Juliette, como si no se atreviera a desviar la mirada, como si no quisiera ver cómo se llevaban a Marshall. Lo mínimo que Juliette le debía era sostenerle la mirada, después de la decisión que había tomado.

—Va a estar bien —dijo ella, mientras las pisadas se alejaban cada vez más.

—Bien, pero enjaulado —contestó Benedikt, apretando la quijada —.Acabas de condenarlo a una vida en cadenas.

Juliette no recibió el golpe. En realidad no tenían opción.

—¿Preferirías que le dispararan a tu primo? —fue lo que contestó.

Benedikt se volteó. Por algún extraño milagro, ningún curioso se acercó a ver la conmoción. Por algún extraño milagro, incluso después de que los soldados se fueron con Marshall, la calle siguió estando vacía, y ahora sólo quedaban ellos tres: Roma junto a la acera, con los brazos a los costados como si no supiera cómo continuar.

—No —dijo Benedikt de manera sombría y empezó a caminar hacia el centro de la ciudad. Pero luego de dar apenas tres pasos, volvió a detenerse y dijo, por encima del hombro—: Preferiría que ustedes dos no le prendieran fuego al mundo cada vez que están juntos.

Treinta y siete

A Juliette no le gustaba fisgonear, pero no tenía otra opción. Y con los vestidos y tacones que usaba, tampoco era la clase de persona que lograba pasar *muy* desapercibida, lo que significaba que su situación actual era, realmente, el último recurso. Ella esperaba que en cualquier momento llegara alguien al jardín a preguntarle qué estaba haciendo, colgada del balcón de una de las habitaciones de huéspedes, tan cerca como podía de la ventana abierta de la oficina de su padre.

"¿… fuerzas?"

Juliette se inclinó tratando de oír más que unos cuantos fragmentos de cada frase. Por fortuna, ya había anochecido y el tono violeta camuflaba su extraña posición contra la pared de la casa. En todo caso, tampoco había muchos Escarlatas en la casa que pudieran sorprenderla. Se había pasado toda la tarde sentada en el sofá, observando el silencio que la rodeaba. Y durante la inmensa cantidad de horas que estuvo perdiendo el tiempo en el salón, mientras enterraba las uñas en el apoyabrazos, la puerta principal no se había abierto ni una sola vez: nadie había entrado ni salido.

En las veinticuatro horas que habían transcurrido desde el momento en que supieron que Dimitri Voronin era el misterioso extorsionador, Juliette había enviado a varios mensajeros a vigilar cada esquina de la ciudad. Hasta que Rosalind se rindiera y revelara lo que sabía, no había otra manera de encontrar a Dimitri. Y hasta que los nacionalistas o la Pandilla Escarlata se decidieran a actuar, no había forma de saber cómo se desarrollaría la próxima batalla, si Dimitri realmente planeaba desatar la locura en nombre de los comunistas. Lord y Lady Cai fingieron demencia a

ese respecto. Cuando Juliette les dijo acerca de la advertencia de Rosalind de la masacre que se avecinaba, una noticia que ya circulaba como un rumor por las calles, su padre hizo un gesto displicente y le aseguró que no había nada de qué preocuparse. Lo cual no tenía sentido. ¿Desde cuándo se suponía que la heredera de la Pandilla Escarlata no debería de preocuparse? Ése era su *trabajo*.

"… en número… desconocido".

Juliette maldijo entre dientes, y enganchó una pierna en el barandal del balcón, cuando parecía que la reunión que tenía lugar en la oficina de Lord Cai estaba a punto de concluir. Lo cierto era que ella estaba esperando tener alguna noticia, *cualquier cosa,* de parte de los espías que había enviado por toda la ciudad. A pesar de que era bien sabido que los mensajeros Escarlatas eran proclives a entregar informes falsos. Incluso cuando no había nada mal, los más dramáticos buscaban demostrar su fidelidad, y a veces llegaban con un rumor, o dos, que habían oído de una fuente poco confiable.

Juliette estaba jugando a la espía en su propia casa porque lo único que había recibido era silencio. Pero ese silencio no significaba que la ciudad hubiera recuperado la paz y la armonía. Sino que los mensajeros ya no le informaban nada a ella. Alguien, o tal vez muchas personas, les habían ordenado cerrar la boca y, después de todo, sólo había otras dos personas en la pandilla que tenían un rango más alto que ella: sus padres.

"¿Has visto a Juliette?"

Juliette se quedó paralizada en medio de la habitación de huéspedes. Lentamente, cuando parecía que sólo era una conversación que estaba teniendo lugar en el pasillo, se acercó para presionar su oreja contra la puerta.

"Hace un rato estaba en el salón, Lady Cai."

Durante un segundo, Juliette se preguntó si por fin iban a llamarla. Si sus padres iban a pedirle que se sentara mientras le explicaban lo que la Pandilla Escarlata estaba planeando, asegurándole que ellos nunca colaborarían con los nacionalistas, si eso significaba bañar la ciudad en sangre.

"Ah, bien. Si la ves, su padre ha pedido que se mantenga alejada del salón del tercer piso. Tenemos una reunión."

Las voces se desvanecieron. Juliette apretó los puños con fuerza,

incluso antes de darse cuenta de lo que hacía, y se clavó las uñas en la piel de las palmas. No podía entender cuál era el significado de aquello. Su madre era quien le había dicho, una y otra vez, que ella merecía ser la heredera. Su padre era quien la había entrenado para hacerse cargo algún día, quien la invitaba a participar en sus reuniones con políticos y comerciantes. ¿Qué era diferente *ahora*?

—¿Seré yo? —susurró en la habitación vacía, y su aliento levantó una fina capa de polvo. Juliette era una traidora. Juliette era una niña. Llegado el momento crucial, tal vez sus padres habían decidido que no era lo suficientemente competente.

O tal vez eran ellos. Quizá los planes que se proyectaban a puerta cerrada eran tan horribles que les daba verguenza comunicarlos.

Juliette abrió la puerta y asomó la cabeza. Al otro extremo del corredor, un grupo de parientes chismosos se deseaban buenas noches entre sí, antes de dispersarse, cada uno en direcciones diferentes, como si estuvieran en el teatro y cada uno planeara abandonar el escenario por una puerta distinta. La joven sólo salió cuando ya no quedaba nadie en las cercanías. Entonces bajó las escaleras y entró a la cocina, donde Kathleen pelaba una manzana.

—Hey —saludó Juliette y apoyó los codos sobre el mostrador. Entonces empezó a hablar en francés, en caso de que las criadas estuvieran escuchando—. Tenemos que hacer algo.

—Y ¿a qué te refieres… —contestó su prima, sin dejar de pelar la manzana— con "algo"?

Juliette miró a su alrededor. La cocina estaba vacía, y muy silenciosos los pasillos circundantes. Era inquietante que hubiera tan poco ruido allí, sin legiones de mensajeros que entraban y salían. Eso hacía que la mansión se sintiera extraña, como si un velo oscuro hubiera trepado por sus paredes, acallando todos los sonidos y bloqueando todas las sensaciones.

—Necesitamos asustar a Rosalind —comenzó Juliette—. *Juste un peu*.

Kathleen dejó de mover el cuchillo que tenía entre las manos y levantó los ojos para mirar de frente a Juliette.

—*Juliette* —dijo, alarmada.

—¡No puedo quedarme esperando así! —exclamó Juliette. Los días iban pasando y el reloj no dejaba de avanzar—. No puedo detener a los

nacionalistas. No puedo pretender que tengo el poder para detener todo un movimiento político. Pero sí podemos poner un alto a Dimitri y evitar que empeore las cosas. Rosalind sabe dónde está, ella nos oculta su paradero. ¡Estoy segura!

Cuando Juliette dejó de hablar, estaba respirando con tanta fuerza que su pecho subía y bajaba. Kathleen no dijo nada por un momento, con la intención de dejar que su prima recuperara la compostura, antes de negar con la cabeza.

—Y ¿qué importa, Juliette? —preguntó Kathleen en voz baja—. No te apresures a contestarme. Medítalo con seriedad: ante lo que está a punto de suceder, ¿qué importa un elemento más de caos? Serán balas contra locura. Gánsteres con puñales contra las garras afiladas de auténticos monstruos. Será un combate equilibrado.

Juliette se mordió las mejillas. Por supuesto que importaba. Toda vida era valiosa, no se volvía desechable sólo porque hubiera ya muchos muertos. Ella no se arrepentía de las vidas que había segado, pero siempre las recordaría.

Sin embargo, antes de Juliette pudiera decir algo, fue interrumpida por el chirrido de la puerta principal que se abría. Los goznes rechinaron, a pesar del esfuerzo del mensajero, y cuando Juliette corrió al salón, el hombre hizo un gesto de incomodidad.

Ya había anochecido. La casa estaba en penumbras. No obstante, Juliette vio de inmediato la carta que traía el joven y se dirigió enseguida a él.

—Dame eso.

—Lo siento —se disculpó el mensajero, y aunque trató de usar un tono firme, la voz le tembló—. No es un mensaje para usted, señorita Cai.

—¿Y desde cuándo hay *algo* en esta casa no *sea para mí?* —preguntó.

El mensajero decidió no contestar. Apretó los labios y simplemente trató de seguir su camino, dirigiéndose hacia las escaleras.

Un día, cuando Juliette tenía doce años, sintió una punzada de dolor en el abdomen mientras estaba regando las plantas en la ventana de su departamento en Manhattan. El dolor se extendió como una invasión interna y era tan ardiente y tan severo que la hizo soltar la regadera en medio de un espasmo. Aunque Juliette se desplomó sobre el suelo, alcanzó a oír cómo la regadera se estrellaba contra el pavimento, cuatro

pisos más abajo. Más tarde, le dirían que aquel dolor había sido su apéndice perforado, un pequeño órgano interno que se había negado a seguir funcionando y había abierto un agujero en sus tejidos, causando una infección en el resto de su cuerpo.

Así era como se sentía la rabia que la invadía ahora. Como si algo hubiera muerto y el veneno pernicioso de la infección se propagara dentro de ella.

Juliette recurrió al cable de estrangulamiento que le rodeaba la muñeca y, con un solo movimiento, estaba alrededor de la garganta del mensajero, silenciando su grito antes de que pudiera salir.

—La carta, Kathleen —ordenó a su prima.

La joven la obtuvo con agilidad, y Juliette siguió apretando por un segundo más, hasta que el mensajero perdió el conocimiento. Tan pronto como lo hizo, Juliette aflojó el cable y dejó que el hombre cayera al suelo. Para ese momento, Kathleen ya estaba leyendo la carta y pronto Juliette vio cómo la señorita Lang se cubría la boca con una mano, con tanto horror en su mirada, que podría haber sido la viva imagen de una tragedia.

—¿Qué pasa? —preguntó Juliette—. ¿Qué sucede?

—Es para tu padre, y viene del mando superior de los nacionalistas —respondió Kathleen con voz temblorosa, y leyó el contenido—: *"La Comisión Central de Control del Kuomintang ha tomado una decisión. El Partido Comunista de China es antirrevolucionario y ha socavado nuestros intereses nacionales. Hemos votado unánimemente para que sean eliminados del Kuomintang, y de Shanghái"*.

—Ya sabíamos que esto iba a suceder —dijo Juliette en voz baja—. Lo sabíamos.

Kathleen apretó los labios. Todavía no terminaba de leer, y se puso tan pálida, que pudo seguir leyendo. Se acercó a Juliette y le entregó la carta para que pudiera leer el resto por sí misma:

> Reservemos las ejecuciones para la élite; en cuanto a las masas, la cárcel les espera. Todos los miembros de la Pandilla Escarlata deben presentarse al servicio al filo de la medianoche del 12 de abril. Cuando la purga empiece, los Flores Blancas serán tratados igual que los comunistas. Cuando la ciudad despierte, no tendremos adversarios. Y seremos una gran bestia unificada que combatirá al verdadero enemigo del imperialismo. Hay que exhibir las cabezas

de los Montagov en postes y deshacernos de ellos de una vez por todas.

En el salón, el reloj marcó las diez en punto.
Tambaleándose, Juliette retrocedió unos pasos.

—*¿Al filo de la medianoche del 12 de abril?* —repitió y empezó a sentir un zumbido en los oídos—. Hoy… hoy es día once.

Hay que exhibir las cabezas de los Montagov en postes. ¿Este sería el tan esperado fin de la guerra de clanes? ¿La aniquilación absoluta de un bando?

Kathleen salió corriendo hacia la puerta principal, mientras que la carta caía al lado del mensajero inconsciente. Ya estaba afuera y avanzaba por el sendero de entrada, cuando Juliette la alcanzó, la tomó de la muñeca y la detuvo buscamente.

—¿Qué haces? —le preguntó Juliette. La noche estaba fría y oscura. La mitad de las lámparas del jardín estaban apagadas, tal vez para ahorrar electricidad, quizá para ocultar el hecho de que no hubiera ni un solo guardia vigilando la entrada principal.

—Voy a ponerlos sobre aviso —contestó Kathleen en un susurro—. ¡Voy a ayudar a los trabajadores en su lucha! ¡Han autorizado ejecuciones masivas! ¡Será un baño de sangre!

Lo cierto era que las ejecuciones habían comenzado, que el baño de sangre venía fraguándose desde hacía algún tiempo. La única diferencia es que ahora sucedería a plena luz del día.

—No tienes que hacerlo —Juliette levantó la vista hacia las ventanas de ese lado de la casa, todas ellas iluminadas. La noche parecía tan oscura en contraste, que las sombras parecían líquidas. Cuando bajó la voz, casi pensó que se iba a ahogar con su siguiente respiración, como si la oscuridad presionara su pecho—. Podemos huir. Shanghái ha sido tomada por los nacionalistas. Nuestro estilo de vida ya está condenado.

Todo… estaba ya muerto o moribundo. Juliette casi cae de rodillas al pensarlo. Todo aquello por lo que había trabajado, todo lo que pensaba que sería su futuro: ahora nada importaba. Los territorios ancestrales desaparecían en minutos, la lealtad cambiaba de bando en segundos, y la revolución se llevaría por delante cualquier cosa que encontrara en su camino.

—Hace sólo unos momentos —dijo Kathleen, con tono solemne—,

estabas decidida a detener a Dimitri.

—Hace sólo unos momentos —repitió Juliette, con la voz quebrada—, no sabía que había una orden de ejecución contra Roma. Tenemos dos horas, biăojiě. Dos horas para marcharnos. Para huir lejos, muy lejos. Después de todo, los gánsteres nunca pertenecimos a la política.

Kathleen sacudió la cabeza lentamente.

—*Tú* marcharte. Yo no iré a ninguna parte. Van a matarlos, Juliette. A todos: civiles, tenderos, obreros. Esa carta es un engaño; no habrá cárcel para nadie. Con los gánsteres combatiendo junto a los soldados, cualquiera que salga a las calles a apoyar a los comunistas será eliminado en el acto.

Sería aterrador, Juliette no lo negó. Y estaba segura de que si subía a hablar con sus padres en ese momento a exigirles respuestas, ellos tampoco lo negarían. Los conocía demasiado bien para pensar lo contrario. Tal vez ésa era la razón por la que tenía miedo de enfrentarlos. Quizás ése era el motivo por el que ahora prefería huir.

—¿Te das cuenta? —la enfrentó Juliette y, aunque se negaba a llorar, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Estamos más allá de la violencia. Más allá de la revolución. Los nacionalistas contra los comunistas, es una guerra civil. Y ahora tu te alistas como soldado.

—Tal vez eso es lo que soy.

—¡Pero no tienes que hacerlo! —Juliette no quería gritar, pero lo hizo —. ¡Tú no eres realmente uno de ellos!

Kathleen se alejó y respondió con vehemencia.

—¿No lo soy? —preguntó ella—. He asistido a sus reuniones. He dibujado sus carteles. Conozco los lemas de sus protestas —dijo y se arrancó el pendiente de jade, para levantarlo contra la luz de la luna—. Si no fuera por la riqueza, si no fuera por mi aristócrata apellido, ¿qué me impediría ser uno de ellos? Yo bien podría ser una más en sus fábricas. Fácilmente habría podido ser otra niña abandonada en las calles, mendigando comida.

Juliette respiró profundamente un par de veces:

—Soy muy egoísta —murmuró—. Y quiero que vengas conmigo.

A su alrededor, las lámparas parpadearon y luego se apagaron por completo. Al ver los jardines iluminados sólo por la luz de la luna, Juliette se preguntó si aquélla sería una señal de que estaban llegando tiempos difíciles a la Mansión Escarlata. Realmente no lo era; en esos momentos,

los problemas ya no necesitaban actuar bajo el velo de la oscuridad. Los problemas ya estaban rugiendo como un incendio incontrolable.

Kathleen esbozó entonces una sonrisa temblorosa y volvió a ponerse el pendiente.

—Nosotros podemos ser egoístas —dijo—. Pero mucha gente en esta ciudad no tiene esa oportunidad. No podré estar tranquila si no los ayudo, Juliette. Jamás podré hacer las paces con esta ciudad, a menos que me quede.

Juliette sabía lo que era perder una discusión. Así que dejó pasar un largo segundo, mientras esperaba a ver si su prima vacilaba, pero no lo hizo. Kathleen parecía muy decidida y una parte de Juliette entendió que aquello era una despedida. Con el rostro apesadumbrado, Juliette estiró los brazos hacia Kathleen y las dos primas se fundieron en un largo abrazo.

—Por favor, no mueras —le exigió Juliette—. ¿Entiendes lo que te digo?

Kathleen ahogó una carcajada.

—Haré mi mejor esfuerzo. Su abrazo fue igual de feroz que su expresión cuando se separaron. Pero tú… Estamos bajo ley marcial. ¿Cómo vas a… ?

—Pueden bloquear los trenes y las carreteras, pero ésta es "la ciudad sobre el mar". No pueden monitorear cada caudal del río Huangpu.

Kathleen negó con la cabeza, pues sabía lo testaruda que podía ser Juliette cuando necesitaba que se hiciera algo.

—Busca a Da Nao. Es un simpatizante de los comunistas.

—¿Da Nao el pescador?

—El mismo. Le enviaré una nota diciéndole que te espere.

Juliette sintió una enorme sensación de gratitud agitarse en su estómago. Incluso en un momento como aquel, Kathleen seguía velando por ella.

—Gracias —murmuró—. No sé si esto me hace parecer demasiado occidental, pero necesito que sepas que quedo en deuda contigo.

—Sólo tienes dos horas, Juliette —dijo Kathleen, indicándole con el brazo que se fuera—. Si piensas huir…

—Sé que no voy a lograrlo, pero voy a tratar de ganar más tiempo para todos. Puedo postergar la purga al menos hasta el amanecer.

Kathleen abrió muy grandes los ojos.

—No piensas acudir a tus padres, ¿o sí? —fue lo que ella preguntó.

—No —Juliette no sabía cómo podrían reaccionar. Sería demasiado arriesgado—. Pero tengo un plan. Vete ya. No pierdas más tiempo.

A lo lejos, se oyó el canto de un ave. Fue un trino agudo, como una señal de alerta para toda la ciudad. Con un elocuente movimiento de cabeza, Kathleen dio un paso atrás y dio un último apretón de mano a Juliette.

—Sigue luchando por el amor —murmuró Kathleen—. Vale la pena.

Su prima desapareció en medio de la noche y Juliette dejó escapar un suspiro de nostalgia. Después de dejar que su lamento resquebrajara por un momento su compostura, inhaló profundamente y apretó con fuerza la seda de su vestido.

Cuando volvió a entrar a la mansión, el gran salón seguía en silencio y el mensajero continuaba tirado sobre un costado. Entonces recogió la carta y levantó la cabeza para mirar hacia la escalera. La luz de la oficina de su padre estaba apagada. Ahora lo sabía: en el salón del tercer piso, sus padres, y todos aquellos a los que hubieran considerado dignos de estar presentes, debían de estar discutiendo sobre una masacre sin sentido, con el fin de asegurar la supervivencia de la Pandilla Escarlata.

Juliette cerró los ojos con fuerza y las lágrimas rodaron con fluidez por sus mejillas.

Sigue luchando por el amor. Pero eso no era lo que ella quería hacer. Lo que anhelaba era sostener el amor contra su pecho y huir, correr con todas sus fuerzas, para que el mundo no pudiera tocarlo. Era agotador preocuparse por toda la gente de la ciudad. Pensó que tenía el poder de salvarlos, de protegerlos, pero todavía era una niña, sin acceso a las cosas importantes. Si la iban a tratar como una simple niña, entonces se comportaría como tal.

Una ráfaga de viento se coló por la puerta, abriéndola de par en par. Juliette se estremeció por un instante, y luego empezó a temblar de pies a cabeza, sin poder contenerse.

Voy a pelear esta guerra para amarte, había dicho Roma, *y ahora me propongo alejarte de ella*.

Ya era suficiente. En ese momento, Juliette decidió que no le importaba. Ésta era una contienda de la que nunca habían querido formar

parte; una guerra que los había arrastrado antes de que tuvieran oportunidad de escapar. Roma y Juliette habían nacido en el seno de familias que se odiaban, en una ciudad inundada de rencores, en un país fracturado más allá de toda comprensión. Ahora ella quería lavarse las manos de todo eso.

No iba a luchar por el amor. Iba a proteger a los suyos. Todo lo demás podría irse al diablo.

Treinta y ocho

El uniforme le producía menos picazón de la que Marshall había esperado.

Había protestado con vehemencia cuando su padre se lo lanzó, inmediatamente después de llegar al cuartel, y luego optó por cruzarse de brazos y exigir ser llevado a una celda. Pero el general Shu se había quedado mirándolo sin expresar ninguna emoción, al igual que sus hombres, como si Marshall fuera un niño haciendo una rabieta en una tienda de dulces. Todo parecía, en realidad, una idiotez. Quedarse ahí perdiendo el tiempo, sin lograr nada, excepto ser un dolor de cabeza para todo el mundo. Una parte de él pensaba que esa actitud irritable le permitiría seguir engañándose de que alguien vendría por él. Que la ciudad podría dejar de pelear, que las pandillas podrían regresar a la normalidad, que los Flores Blancas se adentrarían en aquella fortaleza y le harían señas para que se apresurara a volver a casa.

Pero Marshall llevaba meses escondido. Los Flores Blancas pensaban que estaba muerto. La ciudad ya lo había olvidado. Así que no tenía sentido insistir en salirse con la suya y comportarse como un niño consentido.

Marshall revisó el puño de su manga, para distraerse por un momento del parloteo de los nacionalistas. Ahora estaba en la residencia del general Shu, y su padre y otros veintitantos hombres estaban reunidos alrededor de una mesa de madera, en la sala del consejo, y permitían que Marshall los escuchara, como si estuviera ahí para aprender. No había más sillas disponibles alrededor de la mesa, de modo que Marshall estaba de pie,

junto a la puerta, apoyado contra el gastado papel tapiz y mirando hacia el techo, mientras se preguntaba si los crujidos que oía tarde en la noche desde su habitación, ubicada un piso más arriba, serían las pisadas de su padre, paseándose por la sala del consejo durante la madrugada.

—Érzi.

Marshall se sobresaltó. Se había desconectado por completo y, cuando sus ojos volvieron a enfocarse en la mesa, los hombres ya se marchaban, y su padre lo estaba mirando fijamente, con las manos descansando detrás de la espalda.

—Ven a sentarte un minuto.

Al menos Marshall no se había perdido de nada. Había oído todo lo que necesitaba saber en las otras reuniones. Los comunistas tenían que ser expulsados. Shanghái pertenecía al Kuomintang. La Expedición del Norte tendría éxito. *Bla, bla, bla…*

—¿No hay campañas a las que debas acudir con urgencia? —comentó Marshall, mientras se dejaba caer sobre un asiento.

El general Shu no parecía muy contento con el comentario. La puerta se cerró cuando el último nacionalista salió, y el padre de Marshall regresó a la mesa y eligió el asiento que estaba a dos puestos del joven.

—Nadie te está obligando a quedarte aquí —dijo.

Marshall resopló.

—Considerando la cantidad de soldados apostados alrededor de la casa —replicó él—, parece que tú y yo tenemos definiciones muy distintas sobre lo que significa *ser obligado*.

—Sólo son precauciones —el general Shu golpeó la superficie de la mesa con los nudillos. Marshall reaccionó de inmediato a ese sonido y se quedó muy quieto. Así era como su padre acostumbraba llamar su atención durante la cena, en las raras ocasiones en que iba a visitarlos. *Visitarlos*, sí, como si no fuera su propia familia—. Tú eres joven, y todavía no sabes qué es lo mejor para ti. Es mi deber mantenerte dentro de condiciones ideales, incluso si tengo que forzarte a ello; sólo después tú podrás…

—No más —Suplicó Marshall. Ya el día anterior habían tenido un intercambio suficientemente agrio e irritante, y no estaba de ánimo para empezar a debatir de nuevo sobre cómo era que una infancia en el campo clasificaba como una "condición ideal"—. Ve al punto. ¿Qué estoy

haciendo aquí? ¿Qué te *importa* a ti lo que me suceda?

Durante varios minutos, el general Shu no dijo nada, pero luego declaró:

—Este país marcha hacia una guerra. No me molestaba dejarte vagar libremente como un gánster, cuando no parecía haber peligro, pero las cosas son distintas ahora. La ciudad es peligrosa. Tu lugar está aquí.

Marshall contuvo el impulso de reírse a carcajadas. No por humor, sino por un profundo y asqueroso resentimiento.

—Sobreviví durante años en Shanghái como gánster —dijo, en cambio —. Puedo cuidarme solo, gracias.

—No —el general Shu se volteó para mirarlo por encima del respaldo del asiento que los separaba—. Eso no es cierto, ¿o sí? Ante la menor dificultad, la heredera de los Escarlatas te pidió fingir tu muerte, y accediste.

Marshall estaba muy cansado de que dijeran que eso era un crimen. ¿Qué tenía de *malo* esconderse? ¿Qué tenía de *malo* retirarse y pasar desapercibido, aunque sólo fuera para sobrevivir y recuperarse, aunque sólo fuera para luchar un día más?

—No le guardo resentimiento a la heredera Escarlata —le dijo a su padre.

—Tal vez deberías —reviró el general—. Ella es descuidada y volátil. Representa todo lo que está mal en esta ciudad.

—Te lo vuelvo a preguntar —repitió Marshall con los dientes apretados —: ¿vas a algún punto?

Su padre podía decirle que era por su propio bien. Podía sacar todos los obituarios de la ciudad y mostrarle a Marshall la enorme cantidad de vidas que se habían perdido en los últimos años por la guerra de clanes, gente que recibía un tiro en el pecho sólo por pasar demasiado cerca del territorio equivocado. Pero eso no importaba. Todo eso era una excusa.

Los nacionalistas habían rechazado la monarquía imperial, pero cuando entraron en la ciudad y la tomaron, se comportaron igual que lo hicieron los reyes y los imperios conquistadores antes que ellos. Títulos diferentes, misma idea. El poder verdadero seguía heredándose como una dinastía. El padre de Marshall nunca se preocupó por él cuando era un niño que sobrevivía con sobras. Sólo ahora, cuando las apariencias se habían vuelto importantes, había recordado que Marshall existía.

El general Shu suspiró y dejó de lado la discusión. En lugar de eso, metió la mano por debajo del saco, rozando las numerosas medallas que brillaban en la solapa, y extrajo una pequeña tarjeta cuadrada.

—Revelo esta información para que veas cuánto me importa —la tarjeta aterrizó bocarriba sobre la mesa—. El Kuomintang ha expedido una orden de ejecución contra los Montagov.

En un segundo, Marshall se puso de pie y se lanzó sobre la tarjeta, era un telegrama. *A la medianoche. Sin prisioneros*.

—Cancela esa orden —exigió Marshall, con una voz como el acero. Odiaba cuando adoptaba ese tono, pues no era muy propio de él—. Cancélala *ahora mismo*.

—Puedo demorarla —dijo el general Shu con voz neutra—. Pero no puedo cancelarla. Ya nadie tiene ese poder por sí solo.

Marshall apretó los puños y se imagino marchándose de allí de inmediato, a través de la línea de soldados, pasando los altos muros que rodeaban la mansión…

—Me dices esto y ¿pretendes que me sienta agradecido? —preguntó—. ¿Acaso debiera agradecer al Kuomintang que no los exterminen *tan pronto*?

El general Shu no pareció molestarse con el estallido de Marshall. Aquel hombre permanecía siempre ecuánime.

—Te lo digo para que comprendas lo que queda allá afuera: la vida de tus antiguos compañeros gánsteres pende de un hilo; la heredera Escarlata se encuentra bajo el dominio de su padre; el heredero de los Flores Blancas se ha quedado sin nadie bajo su mando. ¿Qué queda para ti? El único lugar en el que se te necesita es aquí. A medida que los líderes del Kuomintang arriben a la ciudad, y conforme aumente la cantidad de reuniones, será evidente la necesidad de una nueva generación de líderes capaces. Te necesitarán.

Marshall arrugó el telegrama con la noticia de la ejecución. Se estaba mordiendo con tanta fuerza las mejillas que pronto sintió el sabor de la sangre sobre su lengua. Los Flores Blancas se estaban desmoronando. En realidad, ya no se podía pensar en el clan como una verdadera pandilla, mucho menos en un imperio que pudiera ejercer su dominio en la ciudad.

—No puedes ayudar a tus amigos huyendo —siguió diciendo el general Shu—. Pero puedes ayudarlos si te quedas conmigo. Estoy dispuesto a

patrocinar tus estudios y desarrollar tu potencial para el liderazgo. Pretendo ayudarte a escalar posiciones en la cadena de mando y a reconocer públicamente que eres mi hijo.

Un prodigio nacionalista. Un hijo obediente, uno que se hubiera quedado en casa el día en que encontró a su madre muerta, uno que no hubiera huido tan pronto se dio cuenta de que tendría que vivir solo con un padre que era casi un extraño. Marshall se preguntó cuánto de su pasado tendría que borrar al aceptar aquella oferta, ¿qué sería más escandaloso, su historial como gánster o el de coqueteos con otros varones?

—¿Lo prometes? —preguntó Marshall con voz ronca—. ¿Podemos salvar a mis amigos? ¿Me ayudarás a conseguirlo?

¿No me vas a abandonar? ¿No vas a dejar a mi suerte?

El general Shu asintió con determinación al ponerse de pie:

—Podemos volver a ser una familia, Marshall, siempre y cuando no luches contra mí. Podemos hacer grandes cosas, hacer un gran cambio.

Marshall soltó el telegrama y lo dejó flotar de vuelta a la mesa.

—Mantendré a tus amigos a salvo —dijo, por fin, el general Shu—. Haré mi mejor esfuerzo por protegerlos, pero necesitaré de tu ayuda. ¿Acaso no deseas tener un propósito? ¿No quieres dejar de huir?

—Sí —respondió Marshall en voz baja—. Sí, eso me gustaría.

—Bien —dijo el general Shu y dejó caer ambas manos sobre los hombros de su hijo, dándole un apretón, un gesto paternal que Marshall casi sintió como una muestra de auténtico cariño—. Muy bien.

Roma sentía que si miraba un mapa más se le freiría el cerebro.

Mientras resoplaba, quitó todos los papeles de su vista y se pasó una mano por el cabello, arruinando su peinado perfecto.

Un desastre. Todo era un absoluto desastre, y no era capaz de imaginar cómo podrían los Flores Blancas sobrevivir a esto. Su padre se había encerrado en la oficina y los otros hombres poderosos de los Flores Blancas habían desaparecido misteriosamente, o habían anunciado de manera abierta su intención de escapar. Inmediatamente después de la toma de la ciudad, las cosas para ellos no se habían visto tan graves, pero parecía que cuanto más tiempo pasaba, más claro era que la situación no tendría solución. Habían perdido a sus contactos en las concesiones

extranjeras, y los acuerdos que mantenían con las fuerzas militares en todos sus territorios habían sido anulados.

Lord Montagov tenía muy pocas opciones. Podía reunir sus fuerzas y enfrentarse abiertamente con dos grupos distintos: los comunistas y los nacionalistas, o darse por vencido y desintegrar el clan. La primera opción ni siquiera entraba en el ámbito de lo posible, así que tendría que optar por la segunda. Si tan sólo su padre abriera la puerta cuando Roma la golpeaba. Tantos años tratando de poner a prueba sus capacidades y todo ¿para qué? Igualmente habrían terminado ahí, en una ciudad en llamas, tanto si Roma seguía las órdenes de su padre como si no.

—¡Roma!

El joven se enderezó en la silla y estiró el cuerpo para poder mirar a través de la puerta entreabierta. Era tarde, ya de noche, y la luz de su escritorio titilaba. Había problemas con los cables de la casa, y el joven sospechaba que las fallas tenían que ver con que las plantas eléctricas y el cableado de toda la ciudad seguían dañados.

—¿Benedikt? —respondió Roma—. ¿Eres tú?

La lámpara hizo un ruido y luego se apagó tan súbitamente que Roma se asustó. Al mismo tiempo, se oyeron pasos que subían por las escaleras y luego avanzaban por el pasillo, de modo que cuando Benedikt irrumpió a toda carrera en la habitación de Roma, la respuesta instintiva de éste fue suponer que su primo había tenido una epifanía sobre cómo rescatar a Marshall.

Entonces Benedikt se agachó hasta apoyar las manos sobre las rodillas, con la cara tan pálida que parecía enfermo, y Roma se puso de pie de inmediato. *No es una epifanía*.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Ya supiste? —dijo Benedikt jadeando y luego se tambaleó hacia delante, como si estuviera a punto de caer de bruces.

—Saber ¿qué? —en medio de la penumbra, guiándose sólo por la luz que entraba del pasillo, Roma pasó las manos por los brazos de su primo, pero no encontró ninguna herida—. ¿Estás herido? —le preguntó de todos modos.

—Así que aún no lo sabes —confirmó Benedikt. Algo en su tono hizo que Roma levantara la mirada y se pusiera en alerta—. Hay informes confirmados… Los nacionalistas, los comunistas y los Escarlatas, todos

están hablando de eso. Apuesto a que se suponía que la información no debería salir de los círculos Escarlata, pero se filtró.

—Información sobre ¿qué? —Roma contuvo el impulso de sacudir a su primo, aunque sólo fuera porque Benedikt seguía pálido como un papel—. Benedikt, ¿de qué estás hablando?

Benedikt se dejó caer sobre el suelo y se sentó.

—Juliette ha muerto —susurró—. Se suicidó.

Juliette no estaba muerta.

Sin embargo, sí estaba a punto de colapsar por el esfuerzo físico, considerando la manera como había corrido por toda la ciudad. En su esfuerzo por darse tanta prisa como fuera posible, tal vez se había torcido el tobillo y estaba a punto de hacer explotar sus pulmones. Sabía que sus órganos no estallaban con tanta facilidad, pero la presión que sentía en el pecho parecía indicar otra cosa. Cuando se permitió un minuto de descanso, Juliette se bajó el sombrero sobre la cara y se apoyó contra la pared exterior del cuartel general de los Flores Blancas, jadeando para recuperar el aliento a espaldas de aquel edificio.

Había logrado retrasar la purga hasta las cuatro de la madrugada. Un minuto después de esa hora y su ardid fracasaría si los nacionalistas pedían más explicaciones.

El plan se había desarrollado con tanta fluidez que Juliette estaba *segura* de que algo iba a salir mal. Había logrado colarse en la oficina desocupada de su padre, había logrado falsificar una carta imitando la letra y usando el sello del líder Escarlata. Para los chinos, el sello personal de un hombre era tan válido como una firma, independientemente de lo ilógico que fuera eso, Lord Cai guardaba el suyo en un cajón que Juliette sabía cómo abrir.

La joven heredera había logrado asentar la tinta y doblar una carta cuyo contenido era breve y sucinto:

Mi hija está muerta, se clavó una daga en el corazón. Aunque entiendo la importancia de la revolución, por favor permitan que todos los Escarlatas lloren la muerte de su heredera hasta el amanecer, antes de entrar en acción.

Incluso había logrado despertar al mensajero inconsciente y amenazarlo con un cuchillo, para que llevara la misiva al mismo nacionalista que le había enviado a Lord Cai la última carta, prometiéndole que lo despellejaría como a una pera si revelaba que

Juliette estaba viva.

Tan pronto el mensajero salió por la puerta, la joven corrió al teléfono más cercano. Necesitaba poner a Roma sobre aviso: advertirle que había una orden para ejecutarlo, y advertirle que ella estaba viva, sin importar lo que se dijera por las calles.

Ahí fue cuando Juliette recordó que las líneas telefónicas estaban caídas.

—*¡Tā mā de!* —maldijo, desde luego. Sin embargo, igualmente lo intentó. Trató de llamar y de llamar, en caso de que por casualidad hubiera algún trabajador de guardia en las centrales telefónicas. Pero fue imposible conectarse. Tampoco había ni un solo mensajero en casa, que pudiera llevar un aviso a los Montagov; todos estaban fuera, desperdigados por la ciudad, esperando al acecho, como serpientes en medio de la hierba alta.

En ese momento ya había pasado la medianoche. Juliette había gastado un tiempo precioso empacando: joyas y armas, y dinero en efectivo, que embutió en una bolsa de lona que se colgó al hombro. Si iba a huir, lo haría con todos los medios posibles para sobrevivir. ¿Quién podría decir cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera regresar? ¿Quién podría decir si Shanghái algún día habría de sanar lo suficiente para permitirle a ella regresar?

Juliette se escabulló por el costado del edificio, luego dio vuelta en ángulo recto y continuó por otro callejón estrecho. No tenía la intención de presentarse ante la puerta principal del cuartel general de los Flores Blancas; en lugar de eso necesitaba llegar al edificio que estaba detrás del complejo central. Desde arriba, las nubes oscuras proyectaban una sombra tan opresiva como el calor, y tan pesada que la lámpara solitaria que había a unos pocos pasos parecía la única fuente de vida en kilómetros.

Juliette se detuvo afuera del otro edificio. Después de aguzar el oído y de no oír nada, golpeó la puerta.

De inmediato se oyó el ruido de pisadas, como si quien estaba dentro esperara visitas. Cuando la puerta se abrió, y un rayo de luz se proyectó sobre la noche cerrada, apareció una mujer que parpadeó al ver a Juliette. Era una joven china que vestía un delantal salpicado de harina.

Ésta era la forma como Juliette solía colarse en la casa Montagov en las pocas ocasiones en las que se atrevió a hacerlo. Habían pasado varios años desde la última vez que lo intentó; a estas alturas la gente que solía vivir

en el complejo central ya se había mudado y habían traído extraños para reemplazarlos.

—¿En qué departamento vives? —preguntó Juliette, sin tomarse la molestia de saludar.

—Yo… ¿qué?

—¿Qué departamento? —repitió Juliette—. No ocupas todo el edificio, ¿o sí?

La mujer volvió a parpadear y luego, muy lentamente, negó con la cabeza.

—Sólo ocupo este piso —dijo, mientras señalaba hacia atrás—. Hay unos inquilinos en el de enmedio y en el último piso vive mi anciano padre…

Juliette sacó un fajo de dinero y lo presionó entre las manos de la mujer.

—Déjame pasar, ¿de acuerdo? Sólo necesito usar la ventana de tu padre.

—Yo…

Después de un largo momento de mirar la cantidad de dinero que le habían puesto en la mano, la mujer tartamudeó y se hizo a un lado para dejar pasar a Juliette.

—Gracias —dijo Juliette en voz baja, antes de mirar fugazmente hacia atrás por encima del hombro y cruzar el umbral—. Si estás esperando a alguien esta noche, te pido quedarte en casa. No salgas, ¿me entendiste?

La mujer asintió con un gesto de aprensión. Juliette no esperó más invitación y avanzó, trepando por las primeras escaleras que aparecieron. Todos los edificios de esa área estaban construidos a manera de laberintos, con ventanales que se asomaban por encima de los barandales de la escalera y cuartos que llevaban a otras habitaciones, y luego a otras piezas que, a su vez, contenían el siguiente tramo de escaleras.

Juliette por fin encontró el piso que buscaba, según el recuerdo que había guardado todos esos años. Cuando abrió la puerta hacia una habitación a oscuras, encontró a un anciano que dormía en su cama, con las cortinas cerradas, y cuyo frágil cuerpo se podía distinguir apenas, gracias a un reflejo plateado. Teniendo cuidado de no hacer ruido con sus tacones sobre el piso de madera, Juliette se acercó a la ventana y la levantó para abrirla. La ráfaga de viento que entró la hizo estremecerse de

inmediato.

La parte trasera de aquel edificio daba directamente contra la parte trasera del cuartel general de los Flores Blancas. Y estaban tan cerca el uno del otro que, cuando Juliette estiró el brazo, pudo abrir con facilidad la ventana de Roma para cruzar al otro lado. Durante un segundo, su cuerpo quedó suspendido a cuatro pisos del suelo y cualquier paso en falso habría podido causar una fatal caída que la destrozaría. Pero, por fortuna, su salto fue exitoso y un segundo después Juliette Cai aterrizaba suavemente en la habitación de Roma Montagov.

Ella miró a su alrededor. El cuarto estaba vacío.

¿Dónde demonios está?

—Roma —llamó Juliette con voz suave, como si él pudiera estar escondido. Al ver que no obtenía respuesta, maldijo con furia. *Piensa, piensa*. ¿Adónde pudo haber ido?

Juliette corrió hacia la puerta, la abrió con sigilo y se asomó al pasillo desierto. Desde abajo llegaba una buena cantidad de ruido, como si los Flores Blancas todavía estuvieran ocupados, a pesar de lo tarde que era. Por un momento, Juliette sencillamente no supo qué hacer, además de salir al pasillo y cerrar la puerta de la habitación de Roma, mientras el corazón le latía desbocado dentro del pecho. Luego se volteó hacia un lado y se encontró con una carita que la observaba desde la puerta entreabierta de un armario.

—Por Dios —susurró Juliette, en ruso—. Alisa Nikolaevna, ¿acaso intentas provocarme un infarto?

La chica salió del armario y se enderezó hasta alcanzar toda su estatura.

—Se supone que estás muerta —fue lo que ella dijo.

Juliette dio un paso atrás.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Que cómo lo supe…? —preguntó Alisa—. Oí cuando Benedikt llegó con la noticia. Roma salió corriendo tan pronto lo oyó.

¡Oh! ¡No, no, no…!

—¿Y adónde fue? —preguntó Juliette, ya sin aire—. Alisa, ¿adónde fue Roma?

La pequeña negó con la cabeza.

—No lo sé. Desde ese momento he estado escondida en el armario, pensando. También estaba triste por ti. Fue hace apenas diez minutos.

Juliette se mordió el puño, mientras trataba de pensar con celeridad. En el interior de la casa se oyó un tañido y Juliette estaba segura de que era el reloj anunciando la hora: la una en punto, de un nuevo día.

—Escúchame —de pronto, Juliette se arrodilló, para no hablarle a Alisa mirándola hacia abajo. Luego posó ambas manos en los hombros de la niña y se los apretó con fuerza—. Alisa, los nacionalistas han ordenado una purga y necesito que bajes y alertes a todas las personas que puedas. Luego necesito que empaques las cosas más preciadas para ti y vengas conmigo.

Alisa empezó a caminar hacia el frente, con los ojos color avellana muy abiertos, llenos de preocupación.

—¿Ir contigo? —repitió—. ¿Adónde?

—A buscar a tu hermano —contestó Juliette—. Porque nos vamos de la ciudad.

Treinta y nueve

—¿Dónde podría estar?

Juliette le dio una patada a la fachada de una tienda, ensuciándose los zapatos de polvo y fango. Alisa esperó con impaciencia, mientras se comía las uñas, a que su acompañante lanzara otras tres patadas. A lo lejos se oyó un alboroto y, de inmediato, ambas voltearon para mirar la calle oscura y silenciosa. Pero luego del ruido no pasó nada y, a su alrededor, la ciudad simplemente parecía aguardar a la espera de los acontecimientos por venir.

—Tal vez en la zona de El Bund —sugirió Alisa—. A lo largo del Huangpu.

—¿A las dos de la madrugada?

Antes de salir de la casa, Alisa había advertido a todos los Flores Blancas que pudo que debían huir y esconderse en la ciudad mientras todavía fuera de noche. Lo más probable era que la noticia de que algo estaba por ocurrir se hubiera filtrado ya a oídos de los ganstéres de los gánsteres de otros círculos. Se sentía algo en el aire. Un zumbido muy agudo, que sobrepasaba la capacidad de los oídos humanos. Un ronroneo inaudible, que operaba en una frecuencia distinta.

—Él cree que estás muerta… ¿quién sabe adónde pudo ir?

—No. Roma odia los espacios abiertos. Nunca se iría a llorar sus penas cerca del agua.

Juliette avanzaba por la calle, mientras se daba golpecitos en la cara, como si el estímulo físico pudiera darle ideas. Alisa seguía comiéndose las uñas.

—No parecía simplemente como si estuviera corriendo para lamerse las heridas —dijo Alisa lentamente—. Parecía que había algo que necesitara hacer.

Juliette levantó las manos hacia el cielo.

—No teníamos mucho más que hacer, excepto…

Encontrar a Dimitri. Detener la locura.

—¿Dijo algo acerca de ir tras Dimitri Voronin?

Alisa sacudió la cabeza.

—Pensé que se ignoraba el paradero de Dimitri.

—Así es —Juliette miró a Alisa de reojo—. ¿Cómo estabas enterada de eso?

Mientras subía los ojos al cielo, Alisa se dio un golpecito en el oído. Era difícil creer que ésta fuera la misma niña que había entrado en coma hacía unos meses, y que luego había despertado muy delgada y frágil sobre una cama de hospital. Ahora había desarrollado una fuerza mental del doble de lo que tenía entonces.

—Yo lo sé todo.

—Muy bien, señorita Lo-sé-todo, ¿dónde está tu hermano?

Alisa se limitó a dejar caer los hombros a manera de respuesta y, de inmediato, Juliette se arrepintió de su negativa actitud. ¿Qué edad tenía Alisa Montagova ahora? ¿Doce años? ¿Trece? A esa edad, el dolor era una cosa eterna, una sensación que tal vez nunca desaparecería. Terminaría por atenuarse, claro. El dolor siempre se desvanecía, incluso si se negaba a desaparecer por completo. Pero ésa también era una lección que sólo podía aprenderse con el tiempo.

—Lo siento —se disculpó Juliette justo antes de dejarse caer contra la pared—. Estoy asustada por él. Si no podemos hallar a Roma antes de que los nacionalistas manden a sus hombres a las calles, ellos van a encontrarlo primero —*y no vacilarían.* El Kuomintang se había contenido durante mucho tiempo. Había observado a la ciudad año tras año, mientras ésta vivía su época gloriosa de clubes de jazz y películas mudas, y había acumulado una gran rabia al ver a Shanghái cantando en medio de la opulencia, mientras que el resto del país se moría de hambre. Tal vez el verdadero objetivo de su ira eran los imperialistas, ocultos detrás de sus rejas protegidas con cadenas en las Concesiones. Pero cuando uno tiene a la mano garrotes y armas, ¿de verdad importa cuál es el objetivo de esa

ira? Al final, ¿qué otra cosa puede importar más que tener una excusa para *liberar* toda aquella rabia?

De repente, Alisa se reanimó y giró la cabeza hacia un lado.

—¿Qué pasaría si, aunque no sepa dónde está Dimitri, Roma todavía intenta detenerlo?

Juliette se separó de la pared y empezó a fruncir el ceño.

—¿De qué manera? —preguntó a la pequeña.

—Así —dijo Alisa, y agarró el brazo de Juliette y le dio unos golpecitos en la parte interna del codo, señalando las venas azules que podían verse a través de su piel translúcida—. La vacuna.

Esa respuesta parecía haber dado en el blanco y, mientras jadeaba, Juliette empezó a empujar a Alisa hacia la calle.

—Lourens —dijo Juliette—. Roma está con Lourens.

Era el hombre que primero había creído en sus palabras. El mismo de aquel callejón, cuya cabeza había estado sangrando con ferocidad. Ciertamente parecía saludable, aunque un poco hostil, detrás de las caras de los líderes del Sindicato General de los Trabajadores, unas caras que Kathleen estaba segura de que debería reconocer, aunque no podía recordar con certeza quién era quién.

Las autoridades comunistas más importantes estaban distribuidas por toda la ciudad, haciendo lo necesario para completar la revolución. Y los encargados de mantener el orden, que en ese momento acampaban en el bastión al que se apresuró Kathleen, sólo habían hecho graves gestos de irritación cuando la señorita Lang intentó explicarles lo que estaba en camino, cuando insistió en que esos hombres que llenaban las calles, con una banda en el brazo que los identificaba como miembros del sindicato, no eran en realidad trabajadores sino Escarlatas con la intención de darles muerte.

El hombre con quien había hablado Kathleen debía ser hijo de alguien de cierta importancia, porque sólo tuvo que susurrarle al oído —un susurro que llevó a otro murmullo y luego a un carraspeo— y, después de un momento, el hombre que estaba en el centro del salón se quitó los lentes para decir:

—Si se avecina una masacre y usted vino a advertirnos, ¿cómo podríamos detenerla? Los nacionalistas tienen un ejército. Nosotros sólo

somos los pobres. Somos gente común y corriente.

Kathleen se cruzó de brazos a observar el grupo de personas que estaban sentadas frente a ella, mientras pensaba en lo predecible que era el hecho de que dijeran algo así. Las personas que estaban sentadas alrededor de aquella mesa no eran los pobres, la gente común y corriente. Eran los que habían tenido el privilegio de liderar el movimiento obrero. Si pudiera, Kathleen alzaría su voz hasta los cielos para advertir directamente a los verdaderos pobres, a la gente genuinamente común y corriente, pues era a aquéllas personas a quienes deseaba proteger. No a unos cuantos pensadores que se creían revolucionarios. Al final del día, los movimientos sobrevivían, mientras que a los individuos se les podía reemplazar.

Ésa era su esencia. Una joven que quería hacer todo lo que estuviera a su alcance por la paz.

—Ellos piensan que cuentan con el elemento sorpresa —dijo Kathleen con voz neutra—. Así que digan a sus líderes que huyan antes de que los encarcelen; que se reagrupen, que esperen otro momento. Y comuniquen a su gente que se levante, que se vuelva tan poderosa que los gánsteres tengan que luchar para dejar caer sus espadas contra la gente inocente en las calles.

Cuando Kathleen levantó la vista, todo el salón la miraba.

—Es muy sencillo —concluyó—. Cuando ellos lleguen ustedes ya estarán listos.

Los presentes comenzaron a agitarse. Empezaron a pasarse mensajes entre sí, a escribir notas, a preparar telegramas para distintas ciudades, en caso de que el ataque se extendiera más lejos. Kathleen se limitaba a observar, sentada con delicadeza sobre una de las mesas. En su pecho crecía, como una burbuja, una especie de entusiasmo. La extraña sensación de darse cuenta de que no se encontraba allí porque tuviera que hacerlo, o porque los Escarlatas la hubieran enviado. En ese espacio, en aquel momento, ella ya no era una Escarlata.

Tal vez nunca volvería a serlo. Había pasado todos estos años observando, imitando, adaptándose. Convirtiéndose en un miembro leal del círculo interior de la Pandilla Escarlata, alguien dispuesto a morir por la familia. Pero Kathleen no estaba dispuesta a morir por la familia, nunca lo había estado, no en realidad. Siempre había tratado de mantener el orden, pero aquello ya no existía.

Kathleen se quitó los guantes, arrugando la seda hasta que quedó convertida en una bola entre sus manos. El estilo de vida Escarlata había muerto. Ya no había red de seguridad, pero tampoco había restricciones. No más miembros de la familia pendientes del menor signo de deslealtad. No más jerarquía, Lord Cai no podría seguir dictando cada uno de sus movimientos. Todos esos años, Kathleen Lang respiraba cuando la Pandilla Escarlata se lo permitía. Kathleen Lang caminaba cuando la Pandilla Escarlata se lo ordenaba. Kathleen Lang no *existía* sino como el rostro de la Pandilla Escarlata, la perfecta imagen de alguien digno de recibir protección y seguridad.

Y cuando la Pandilla Escarlata se desvaneciera, lo mismo sucedería con Kathleen. Cuando la Pandilla Escarlata se eliminara a sí misma, Kathleen Lang se detendría, como la bailarina de una cajita de música, el nombre de una niña muerta que giraba para ellos.

Sus guantes cayeron lentamente al suelo.

El estilo de vida Escarlata había muerto. Kathleen Lang estaba muerta, siempre lo había estado. Pero Celia Lang no. Celia siempre había estado ahí, ganando tiempo, esperando el momento en que pudiera sentirse *segura*.

—¿Y cómo es que usted se enteró de esa información? —la increparon.

De repente, el hombre pisó los guantes, aunque sin notarlo, al pasar a tomar asiento , mientras miraba el frenesí que se desarrollaba frente a ellos.

—Eso no importa, ¿o sí? —contestó ella—. Puedes ver que es cierto. Sólo tienes que enviar gente a explorar los rincones de la ciudad, y verás a los gánsteres vestidos como si fueran trabajadores.

—Mmmm —la mirada del hombre se dirigió hacia ella por un segundo —. Su cara me parece conocida. ¿Acaso no pertenece usted a la Pandilla Escarlata?

Celia se puso de pie, recogió los guantes ya sucios y los arrojó al contenedor de basura.

—No —dijo—. No es así.

Benedikt se lanzó contra las puertas del laboratorio, bloqueando la salida con su cuerpo. A unos pocos pasos, un Lourens con cara de agotado —después de que lo despertaran en medio de la noche— parpadeaba

angustiado, sin entender la razón por la que Roma actuaba de semejante manera.

—Escúchame —dijo Benedikt con tono humilde—. Te dispararán en cuanto te vean.

—Quítate de mi camino —respondió Roma con tono apagado. Ése también era el estado de sus ojos, una masa de oscuridad que devoraba su mirada. Lo más extraño era que Benedikt se reconocía también en esa expresión, reconocía el mismo sentido retorcido de la rabia que se manifestaba en forma de temeridad.

¿Así es como me veía?

—Dijiste que venías aquí a inspeccionar el desarrollo la vacuna —dijo entre dientes Benedikt, al tiempo que hacía otro intento por obtener el frasco que Roma tenía en las manos—. Pero ahora me entero que pretendes huir con un líquido explosivo, para volar por los aires la mansión Escarlata por segunda vez. ¡Eso no es lo que Juliette hubiera querido!

—¡No me hables de lo que ella hubiera querido! —replicó Roma—. Ella ya no…

Benedikt se arriesgó a buscar de nuevo apoderarse del frasco, pero Roma lo vio venir y retrocedió dos pasos. Sin embargo, Benedikt se estiró un poco más y logró derribar a su primo sobre el suelo de linóleo, mientras le sujetaba el brazo contra el suelo. Lourens hizo otro ruido de preocupación, pero, aparte de eso, se quedó inmóvil junto a las mesas, con los ojos oscilando de un lado a otro de la escena.

—Al menos espera —dijo Benedikt, con las rodillas sobre el abdomen de Roma—. Espera a ver por qué ocurrió lo que pasó. ¿Desde cuándo tenía Juliette alguna razón para clavarse una daga en el corazón…?

—Entonces la mataron —dijo Roma con furia—. La asesinaron, y no quedarán impunes por ello…

Benedikt resistió el intento de Roma por incorporarse.

—No vas en pos de cualquier vagabundo, ¡es el cuartel general de la Pandilla Escarlata adonde te diriges! Siempre has sabido lo peligrosos que son ellos. ¡Lo has vivido a diario desde que naciste!

Roma se quedó quieto y tomó aire, inhaló y exhaló, y luego volvió a respirar, hasta que, de pronto, Benedikt se dio cuenta de que su primo tenía dificultades para llenar sus pulmones.

—Ella nunca… —logró decir—. *Nunca*.

Benedikt tragó saliva. No podía permitirlo. Por el bien de Roma.

—Ahora mismo hay Escarlatas peinando la ciudad —dijo él lentamente —.Planean algo atroz. No puedes ir a empeorar las cosas.

Pero sus palabras tuvieron el efecto contrario. Benedikt había tenido la intención de apaciguar a Roma, pero, en lugar de eso, vio cómo las venas del cuello de su primo empezaron a palpitar. Un segundo después, el heredero de los Montagov logró quitarse de encima a Benedikt, pero éste no estaba dispuesto a ceder con tanta facilidad. Él trató nuevamente de apoderarse del frasco, y cuando sólo logró sujetar la muñeca de Roma, dejó de tratar de arrebatarle el explosivo y se conformó con aferrarse a su primo con ambas manos, para impedir que él abriera las puertas del laboratorio y saliera huyendo para perderse en la noche.

De repente, Roma se quedó inmóvil. Cuando giró el rostro lentamente, Benedikt pudo ver que la expresión de sus ojos había adquirido un brillo asesino.

—Dime —preguntó Roma—. ¿Acaso tú no buscaste venganza cuando pensaste que Marshall estaba muerto?

Benedikt resopló. Eso había sido un error. El fuego en los ojos de Roma se enardecía en cada momento.

—Nunca irrumpí en la mansión Escarlata. ¡Jamás hice nada impulsivo!

—Tal vez deberías haberlo hecho.

—No —gritó Benedikt. En realidad no quería pensar en Marshall ahora, justo cuando intentaba disuadir a Roma de cometer un crimen—. ¿Qué cosa habría podido obtener con eso?

—¿Qué cosa? —repitió Roma como un eco—. Eso ya no importa, ¿o sí? ¡El volvió a la vida!

Roma trató de zafarse, pero Benedikt no estaba dispuesto a ceder. En un segundo, el heredero de los Montagov sacó su pistola con la mano que tenía libre, pero no apuntó a su primo.

Se llevó el arma a su propia sien.

—Hey —gritó Benedikt y se quedó inmóvil, temeroso de que cualquier movimiento repentino pudiera accionar el gatillo. Lo único que podía oír a través de sus oídos era el flujo de su propia sangre—. Roma, no.

—Roma, no seas estúpido —gritó Lourens desde donde estaba.

—Entonces, suéltame —dijo Roma—. Suéltame, Benedikt.

Benedikt exhaló:

—No lo haré.

Habían alcanzado un callejón sin salida: Benedikt quería creer que su primo no podía estar tan perdido, pero no estaba seguro. No podía saber si, en los siguientes segundos, Roma no se volaría los sesos.

Así que lo soltó.

En ese preciso momento, la puerta del laboratorio se abrió y en el umbral aparecieron dos figuras.

—¡Roma! ¿Qué estás *haciendo*?

Roma se dio la vuelta y dejó escapar una exclamación al oír aquella voz. Benedikt, que estaba mirando hacia las puertas, sólo pudo parpadear. Una vez. Dos veces. No era una alucinación. Juliette Cai realmente estaba allí, usando un sombrero ridículo, y con Alisa detrás de ella, mientras las dos jadeaban para recuperar el aliento, como si vinieran de una larga carrera.

—Mira —dijo Benedikt con voz apenas audible—. Tú también obtuviste una resurrección.

Roma no pareció oírlo, pues ya estaba soltando su pistola como si lo hubiera quemado y dejando caer el frasco que tenía en la otra mano. Benedikt se apresuró a atraparlo, pues no quería averiguar cómo reaccionaban los materiales explosivos cuando se estrellaban contra el suelo duro. Cuando su primo atrapó el frasco, evitando que se rompiera contra el linóleo a sus pies, Roma ya estaba abrazando a Juliette y besándola en la boca. El abrazo fue tan feroz que Juliette estiró una de sus manos hacia atrás, para tratar de cubrirle los ojos a la pequeña Alisa.

La chica se deslizó por debajo de la mano de Juliette y le hizo un gesto gracioso a Benedikt, quien estaba todavía tan impactado por aquella súbita cadena de acontecimientos que ni siquiera fue capaz de reír.

—¿Estás bien? —se preguntaron simultáneamente Roma y Juliette, tan pronto se separaron.

Benedikt se puso de pie, con el frasco intacto en una mano. Entonces se lo entregó a Lourens y éste lo puso de nuevo sobre la estantería. Todos querían alejarlo de la vista de Roma, pero con Juliette allí, Benedikt no creía que Roma recordara siquiera la razón por la que quería llevarse ese frasco.

—Pensé que estabas *muerta* —le estaba diciendo Roma a Juliette—.

Nunca te atrevas a hacerme eso.

—La verdadera pregunta es —interrumpió Benedikt—, ¿por qué te gusta *tanto* fingir muertes?

Juliette negó con la cabeza, mientras sujetaba a Roma del brazo y lo empujaba hacia el laboratorio. Luego hizo señas a Alisa para que los siguiera y pudieran cerrar las puertas.

—Fingir mi muerte habría requerido echar mano de un cadáver impostor, tal como hice con Marshall —dijo Juliette con tono neutro—. Lo único que hice en este caso fue mentir. Nunca quise que la noticia llegara hasta ti. No debería haberse filtrado más allá del círculo Escarlata —luego miró a Lourens, que todavía temblaba junto a las mesas de trabajo—. Hola.

—¿Ya puedo regresar a la cama? —preguntó Lourens con tono de agotamiento.

—No —respondió Juliette, antes de que cualquiera de los Montagov pudiera hacerlo—. Tú también tienes que oír esto. Una purga está en camino. Ésa es la razón por la que mentí. Para postergarla.

—Una ¿qué? —Roma todavía estaba aturdido y parpadeaba rápidamente para quitarse la bruma de los ojos.

Juliette posó ambas manos sobre una de las mesas de trabajo. Parecía como si se estuviera preparando físicamente para una gran revelación, y cuando levantó la cabeza para hablar… no se dirigió a Roma sino a Benedikt.

—El Ejército Nacionalista ha girado una orden de ejecución contra ustedes. Los Flores Blancas serán tratados igual que los comunistas y, antes de que amanezca, Escarlatas y soldados del Kuomintang dispararán sin tregua contra su gente. Cualquiera que se oponga a los nacionalistas deberá ser eliminado: tenemos que irnos.

—Espera… *¿tenemos qué?* —Roma elevó la voz otra octava, lo que hizo que Alisa se acercara y lo sujetara del brazo. Entretanto, Benedikt se limitó a exhalar, mientras asimilaba la información. Una purga por toda la ciudad. Los nacionalistas por fin habían entrado en acción y estaban decididos a tomar Shanghái—. No podemos irnos. Dimitri todavía anda por ahí con sus monstruos en el bolsillo. Estoy de acuerdo en no participar en política. No me interesa interferir en un conflicto entre nacionalistas y comunistas. Pero mientras podamos detener a Dimitri, debemos hacerlo.

¿Sería eso posible todavía en el punto en que se encontraban? ¿Y cómo iban a detenerlo? ¿Cómo podrían matar a unos hombres que se convertían en monstruos aparentemente indestructibles?

Juliette hizo una mueca de exasperación y sus ojos se concentraron de nuevo en Benedikt, como si quisiera pedirle ayuda para convencer a Roma. Pero antes de que la joven pudiera hablar, Lourens carraspeó.

—Es posible que no tengan que hacerlo —Lourens hizo un gesto hacia el fondo del laboratorio, donde una de las máquinas había estado zumbando, iluminada desde el interior—. La vacuna detiene la locura; ¿no es así? No solucionará del todo la amenaza de los monstruos, pero les quitará gran parte de su poder.

Roma abrió los ojos de par en par:

—¿La vacuna está lista?

—No en este preciso momento. Pero tal vez en un par de días. Ya tengo la fórmula. Y los suministros. Puedo filtrarla en el acueducto de la ciudad. Nadie tendrá que enterarse, siquiera, de que está siendo vacunado.

—Lo que significa… —dijo Juliette en voz baja— que ya hemos hecho en este sitio todo lo que podemos hacer. Por tu bien, tenemos que irnos. Todos nosotros. Ahora mismo, antes de que amanezca.

Benedikt por fin entendió por qué Juliette seguía desviándose hacia él.

—Está bien —dijo Roma, derrotado, estrellándose con un súbito *"No"* de Benedikt.

El recinto se quedó en absoluto silencio y lo único que se oía era el zumbido de las máquinas. Y luego, cuando Benedikt se aseguró de tener la atención de todo el mundo, agregó:

—No sin Marshall.

Juliette chasqueó la lengua.

—Temía que dijeras eso —confesó y por fin desvió la mirada—. Si Marshall está con su padre, él está más seguro que cualquiera de nosotros, en cualquier otro lugar.

—Tal vez se encuentre a salvo, pero sólo Dios sabe por cuánto tiempo estará allí atrapado. Si pretendemos salir de la ciudad, del *país*, eso significa que nos iremos para siempre. Y no vamos a abandonarlo.

Roma emitió un sonido vago que expresaba su acuerdo. Y luego limpió un rastro de polvo de la mejilla de Alisa, quien —debía reconocérselo— había permanecido muy callada durante todo aquel intercambio.

—Benedikt tiene razón —dijo el joven—. Si en verdad habrá una purga, no va a limitarse a un único evento. Digamos que Lourens distribuye la vacuna. Imaginemos que la locura desaparece y la ciudad no tiene que preocuparse más por eso. La violencia contra los comunistas y los Flores Blancas no desaparecerá…

—La ciudad nunca regresará a la normalidad —completó la idea Juliette, pesadamente, como si no quisiera decirlas en voz alta.

Una purga nunca se limitaba a una sola búsqueda y captura. Los nacionalistas no sólo pretendían expulsar a toda la oposición, también tenían que mantener el control. Ningún comunista podría asomar la cara a la calle otra vez. Ningún Flor Blanca podría seguir viviendo dentro de los límites de la ciudad, al menos no sin esconder su antigua identidad. La purga nunca terminaría.

—De modo que… —terminó de decir Benedikt— tenemos que recuperar a Marshall.

Juliette se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la mesa. Su cabello era un desastre.

—Aunque coincido con ustedes, *¿cómo* proponen que lo hagamos? —preguntó ella.

—Iré yo solo.

Todas las cabezas presentes voltearon hacia Benedikt. Hasta Lourens parecía perplejo.

—¿Acaso quieres morir? —preguntó Juliette—. *Acabo* de decir que todos los Flores Blancas que sean vistos en la calle después del amanecer serán asesinados.

—Yo no soy tan fácil de reconocer como Roma —contestó Benedikt, sin dudar—. Y todavía menos, si me visto como un Escarlata. Ya los he visto. Van vestidos con overoles de trabajo, con una banda alrededor del brazo —Benedikt hizo un gesto y se señaló los bíceps—. Estarán buscando gente que tenga el aspecto de un Flor Blanca. ¿Y quién podría decir a qué bando pertenezco si me veo exactamente igual a los Escarlatas?

—Pues no es mal plan —concedió Roma.

—Es un plan terrible —sentenció Juliette.

Roma tomó el sombrero de Juliette.

—Pero todos los nacionalistas estarán en las calles —le dijo—. Es probable que Marshall se encuentre sin vigilancia.

Juliette recuperó su sombrero.

—¿Por qué creen que ellos se aliaron con los Escarlatas? —preguntó a manera de réplica—. Porque ellos siempre envían a los hombres que consideran inferiores a hacer el trabajo sucio, la labor sangrienta. No podemos garantizar que el general Shu no esté vigilando a Marshall en persona.

—Pero, al menos, no tendrá refuerzos —Benedikt subió sus mangas y exhaló pesadamente—. Estamos perdiendo tiempo valioso discutiendo nimiedades. Ni de broma podrán ustedes acompañarme hasta el bastión de los nacionalistas. Los atraparían en un abrir y cerrar de ojos, sin importar cuántos sombreros horribles se pongan.

Juliette le arrojó el sombrero a Benedikt. Él lo esquivó con agilidad, aunque no hacía falta. El sombrero era tan blando que de todos modos apenas habría rebotado contra él. El laboratorio volvió a quedar en silencio, mientras Alisa miraba a uno y otro lado y trataba de seguir lo que ocurría.

—Con una condición —dijo, finalmente, Roma—. Si no puedes llegar hasta él, debes desistir. El padre de Marshall no le pondría precio a la cabeza de su propio hijo. Pero si te atrapan, Benedikt, te ejecutarán de inmediato.

Benedikt abrió la boca para protestar, pero en ese momento Juliette se llevó un dedo a los labios, mientras negaba con la cabeza. Un par de sutiles gestos que Roma no alcanzó a percibir.

—Tengo un contacto en el Distrito Histórico que puede sacarnos de la ciudad —dijo ella, mientras cerraba el puño y aparentaba total normalidad cuando Roma se volteó a mirarla—. La ley marcial no prohíbe a los pescadores zarpar, pero lo más tarde que podemos partir es a mediodía. Si esperamos más, sospecho que nos atraparán —Juliette miró a Benedikt con dureza, para reforzar con la mirada el sentido de sus palabras—. Tienes que reunirte con nosotros en El Bund a esa hora. Sin importar lo que pase.

Benedikt sabía lo que Juliette intentaba comunicarle. Si él no estaba allá a esa hora, de todas maneras tendrían que irse. Si era necesario, Juliette estaba dispuesta a dejar inconscientes a Roma y a Alisa, y arrastrarlos hasta allá, pues no arriesgaría la vida de ninguno, ni les permitiría quedarse a esperarlo.

Benedikt asintió, y una sonrisa, una de verdad, se esbozó en sus labios. Porque, tal vez por primera vez, confiaba en Juliette de todo corazón.

—Estaremos ahí al mediodía —prometió.

Cuarenta

Sellaron totalmente el laboratorio, e incluso rompieron antes una de las ventanas, de forma que los Escarlatas que pasaran por el frente pensaran que el lugar ya había sido registrado. En cualquier momento, se oiría por toda la ciudad el toque de corneta que convocaría a todos aquéllos bajo el mando nacionalista.

Juliette se preguntó si algún Escarlata realmente habría lamentado la muerte de su heredera. Si, al enterarse de su deceso, alguno habría sentido genuina tristeza, o si ella era apenas una figura a la que tenían que respetar por obligación. A estas alturas, sus padres seguramente ya habrían descubierto su ardid, pues habrían recibido las condolencias de los nacionalistas por la muerte de su hija y habrían registrado la casa para comprobar que ella había desaparecido. No les tomaría mucho tiempo resolver el acertijo e imaginar que Juliette era quien había anunciado su propia, falsa, muerte.

—Señorita Cai.

Juliette levantó la cabeza de la mesa de la cocina de Lourens. El departamento estaba en la parte posterior del laboratorio y, después de estrellar contra el suelo un montón de estanterías para que el lugar pareciera haber sido saqueado, les había parecido muy poco probable que algún gánster o soldado los encontrara allí. No obstante, Juliette había atravesado un cuchillo en el pestillo de la puerta, y si alguien trataba de colarse, tendría que romper antes el acero.

—¿Sí?

Lourens le pasó una manta ligera. A Juliette le costó trabajo alcanzarla

porque no podía ver dónde estaba. Llevaba tantas horas despierta que estaba empezando a ver borroso, además de que había muy poca luz, pues sólo se estaban iluminando con una vela que titilaba en el salón contiguo. El sol saldría en cualquier momento, pero ellos acababan de cubrir las ventanas del departamento de Lourens con capas y capas de periódicos, lo cual oscurecía el interior y evitaba que alguien pudiera espiar desde afuera.

—Si todo está en orden, regresaré a la cama —anunció Lourens.

Roma levantó la vista súbitamente y frunció el ceño desde el otro lado del departamento. Estaba sentado en el sofá con Alisa, con aguja e hilo en la mano, pues estaba cosiendo un desgarrón en la manga de su hermanita, y los dos estaban tan cerca de la vela que, en cualquier momento, el rubio cabello de la chiquilla podría quemarse.

—Lourens —dijo Roma, casi con tono de reprimenda, cuando terminó de coser—. ¿Cómo puedes dormir? Allá fuera está a punto de empezar una masacre.

—Les recomiendo mucho que ustedes, muchachos, hagan lo mismo —replicó Lourens en respuesta, mientras tomaba una naranja del frutero y la ponía frente a Juliette—. Se los dice alguien que también huyó alguna vez: cuando dejas atrás todo lo que conoces, tienes que estar bien descansado.

Juliette tomó la naranja.

—¿Gracias? —dijo, pero Lourens ya estaba saliendo de la cocina, hacia el salón, arrastrando los pies.

—Señorita Montagova, usted ocupará el cuarto libre, ¿cierto? Señorita Cai, creo que para usted el sofá será suficiente y, Roma, voy a buscar una colchoneta para ti.

Juliette vio que su amado fruncía el ceño y luego miraba el sofá, mientras calculaba mentalmente cuánto tendría de ancho y pensaba que probablemente ahí cabrían ellos dos.

—No tienes que…

—¡Gracias! —repitió Juliette, interrumpiéndolo, mientras Lourens desaparecía por el pasillo.

—Juliette, ¿qué…?

—Es un hombre viejo, Roma —dijo la joven, al tiempo que se levantaba de la mesa de la cocina, con una naranja en la mano, desprendiendo la cáscara en tiras perfectas—. ¿Estás tratando de

horrorizarlo con tu falta de decoro?

—Falta de decoro… cuando afuera se produce una masacre —rezongó Roma.

Juliette separó un gajo de naranja y se lo llevó a la boca. Luego comenzó a pasearse por el salón, inspeccionando los distintos adornos que tenía Lourens. Mientras husmeaba por aquí y por allá oyó que Alisa empezaba a susurrarle algo a Roma, sólo que la versión de Alisa de un susurro era lo suficientemente audible para que se alcanzara a entender cada palabra enunciada.

—Roma.

—¿Qué sucede? —contestó él, mientras le alisaba la manga—. ¿Otro agujero?

—No —susurró Alisa, mientras fruncía el ceño y retiraba el brazo—. ¿Así que tú…? ¿Tú te *casaste* con Juliette Cai?

Juliette se atragantó con un gajo de naranja.

—Yo… —incluso con la luz tenue, se notaba que Roma se había sonrojado—. Ella y yo nos conocemos bien.

Medio balbuceando, medio conteniendo la carcajada más inoportuna, Juliette logró expulsar la fruta de su garganta. Entretanto, Roma carraspeó, se puso de pie y codeó a su hermana para que hiciera lo mismo.

—Ven, Alisa. Descansa un poco.

De inmediato el joven Montagov empujó a la pequeña Montagova por el pasillo, después de intercambiar unas palabras con Lourens, antes de que éste se retirara al fin hacia su habitación. Juliette creyó oír las palabras *vacuna* y *¿estás seguro?* Luego se percibieron unos murmullos que provenían de la habitación de huéspedes y Roma volvió a salir, tanteando su camino en la oscuridad y llevando en la mano lo que parecía una colchoneta.

—Lourens insistió en que usara esto —explicó Roma, al tiempo que la tendía en el suelo.

Para ese momento, Juliette ya había terminado su naranja y se había calmado, sentada en el sofá. El humor era una reacción instintiva; la ciudad se estaba desmoronando allá fuera y tanta sangre estaba por correr que las calles se convertirían en un océano rojo. Por eso reírse era la única manera de no llorar.

—¿Y vas a hacerlo? —preguntó Juliette.

Roma levantó la cabeza bruscamente y entrecerró los ojos, mientras trataba de descubrir si Juliette estaba haciendo una pregunta sincera o sólo estaba bromeando.

Ella sonrió y Roma exhaló con alivio, apartando la colchoneta de un puntapié.

—Nadie te gana en fingir un sentimiento —dijo Roma, sentándose con ella en el sofá—. Todavía estoy enojado contigo, *dorogaya*.

Juliette se echó hacia atrás y se llevó una mano al corazón.

—¿Estás enojado conmigo? Pensé que ya habíamos superado eso.

—Ya te perdoné por todo lo demás —dijo Roma—. Pero estoy enojado contigo por hacerme pensar que estabas *muerta*. ¿Sabes lo horrible que fue?

Juliette cambió de posición y se apretó contra la pierna de Roma. Al ver que él no se movía, ella lo interpretó como una señal de perdón.

—Benedikt vivió con esa misma sensación durante *meses*.

—Razón por la cual pensé que no apelarías al mismo truco —continuó Roma—. Por eso pensé que era cierto.

Juliette estiró una mano y la colocó sobre la mejilla de Roma. Acarició su piel con los dedos, mientras él levantaba su mano para entrelazarla con la de ella.

—Yo también debería estar enojada contigo —dijo ella en voz baja—. ¿Cómo te atreves a ponerte una pistola en la cabeza, como si tu vida fuera algo que se puede desechar?

Roma ladeó el rostro para sentir mejor las caricias de Juliette y suspiró, mientras cerraba los ojos. Se veía muy joven. Y vulnerable. Éste era el chico del que ella se había enamorado, el que estaba debajo de todas esas capas de dureza que tenía que usar para sobrevivir. Pero en su cabeza, Juliette estaba recordando lo que había visto cuando abrió las puertas del laboratorio. Roma, con la pistola apuntando contra su sien. Roma Montagov, listo para disparar.

—Entré en pánico —le confesó—. No tenía intenciones de apretar el gatillo. Sólo necesitaba que Benedikt creyera que iba a hacerlo, para que me dejara ir.

Pero aquella idea tenía que haber salido de alguna parte. Que Benedikt hubiera creído que Roma pensaba en dispararse significaba que era, de hecho, capaz de hacerlo. De poner su vida en peligro sólo para

recuperarla. Juliette no podía olvidarse de su propia inquietud. No quería ser una chica que incitaba a los demás a hacer daño. No quería serlo, pero tal vez Juliette Cai era la encarnación de la violencia de esta ciudad.

—No puedes hacer eso nunca —Juliette contrajo los dedos—. No puedes elegirme por encima de todo lo demás. No voy a aceptarlo.

La luz de la vela se mecía vigorosamente, proyectando sobre la mesa sombras intermitentes.

—No lo haré —susurró el joven tras un segundo de pausa, y cuando volvió a abrir los ojos, y empezó a adaptarse a la escasa visibilidad que los rodeaba, Roma agregó—: No me dejes, Juliette.

Parecía una súplica. A los cielos, a las estrellas, a las fuerzas que controlaban sus destinos.

—Nunca lo haré —contestó Juliette con solemnidad, aunque ya lo había hecho demasiadas veces—. Jamás voy a abandonarte.

Roma dejó escapar un suspiro suave.

—Lo sé —dijo y le besó la parte interior de la muñeca—. Creo que tenía más miedo de que ellos te hubieran apartado de mí.

Oh. Esa confesión agitó una cierta tensión en la garganta de Juliette. Así eran sus vidas. Constantemente se sentían asustados, incluso cuando se suponía que detentaban un gran poder. ¿Acaso no se suponía que el poder daba control, que éste lo resolvía todo?

Juliette apartó su mano, para ofrecer a Roma sólo su dedo meñique.

—Te prometo, con todo mi corazón —dijo—, que si depende de mí, nunca me vas a perder.

La vela parpadeó, al igual que los ojos de Roma, que iban de la cara a la mano de Juliette.

—¿Esto es… —dijo— alguna extraña costumbre norteamericana?

Juliette resopló y, agarrando la mano de Roma, entrelazó su meñique con el de ella.

—Sí —respondió—. Significa que es una promesa inquebrantable, pues de hacerlo debes cortarme el dedo.

—Esa es la interpretación japonesa. Yubikiri.

Juliette lo miró sorprendida.

—¡Entonces sabes lo que significa!

Roma no le dio la satisfacción de atraparlo fuera de guardia. Con gran seriedad, lo único que hizo fue levantar la mano de Juliette y abrirle el

puño, de manera que todos sus dedos quedaran separados con la palma al frente.

—¿Y qué pasa si no juramos con éste? —preguntó él, mientras le daba un golpecito al meñique de Juliette. Luego acarició el dedo anular de la chica de arriba abajo—. ¿Qué tal si mejor lo hacemos con éste?

Juliette sintió que el corazón empezaba a palpitarle con fuerza en el pecho.

—¡Qué macabro! —comentó.

—Mmmmm —Roma continuó trazando un círculo alrededor del dedo anular de Juliette, sin dejar lugar a dudas sobre lo que quería comunicar —. No creo que mi objetivo sea macabro.

—¿Y entonces? —preguntó Juliette, que anhelaba escuchárselo decir—. *¿Cuál es tu objetivo?*

Roma se echó a reír.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Juliette sintió que toda la sangre de su cuerpo se agolpaba en su cabeza. Podía sentir las mejillas ardiendo, pero no de vergüenza, sino porque era la única manera de desfogar el terremoto de sensaciones que vivía en su interior.

—¿Una promesa de meñique no es suficiente para ti? —bromeó Juliette—. ¿Fue Alisa quien te habló de esto?

Esta vez fue Roma quien puso sus manos sobre las mejillas de Juliette. Ella pensó que estaba demasiado oscuro para que se notara que estaba ruborizada, pero Roma se dio cuenta y sonrió.

—Ella no tiene el poder para obligarme a hacer esto —dijo—. Cásate conmigo, Juliette. Cásate conmigo y así podremos acabar con esta guerra de clanes y empezar de cero.

Juliette se acercó un poco más a él. Roma bajó las manos hacia el cuello de la joven, y le apartó el cabello que echó hacia atrás de sus hombros. Parecía pensar que ella se estaba acercando para besarlo, pero en realidad ella estaba buscando algo detrás de él, entonces Roma parpadeó al ver en las manos de Juliette uno de los múltiples ejemplares de la Biblia que tenía Lourens.

—No tenía idea de que fueras religiosa.

—No lo soy —contestó Juliette—. Pero creo que en esta ciudad se necesita una Biblia para casarse.

Roma parpadeó.

—¿Entonces eso es un "sí"?

—*Shă guā* —Juliette levantó el libro santo, como si quisiera golpearlo con él—. ¿Acaso crees que voy a usarla a modo de arma? Pues claro que estoy diciendo que "sí".

Rápido como un rayo, Roma la envolvió entre sus brazos y la empujó sobre el sofá. La Biblia cayó al suelo y Juliette soltó una carcajada, amortiguada sólo por el beso de Roma. Durante un momento, eso fue lo único importante en el mundo: Roma, Roma, *Roma*.

Luego se oyó el eco lejano de un disparo y los dos amantes contuvieron la respiración, mientras se separaban para escuchar mejor. Las ventanas estaban selladas. Ellos estaban a salvo. Sólo que eso no cambiaba la realidad circundante, no significaba que el mundo allá fuera no se fracturara para cubrirse de sangre.

Aunque todavía era lejano, se podía oír un toque de corneta que reverberaba por toda la ciudad, y se colaba incluso en ese estrecho departamento. La purga había comenzado.

Juliette se enderezó y recogió la Biblia. No creía que a Lourens le gustara que ellos la dañaran.

—Debí haber intentado mandar más ayuda —susurró—. Debí haber enviado más señales de alerta.

Roma sacudió la cabeza.

—Es tu gente. ¿Qué podías haber hecho?

En efecto, ése siempre era el problema. Escarlata o Flor Blanca. Comunista o nacionalista. Al final, los únicos que parecían beneficiarse de todas estas guerras internas eran los extranjeros, que estaban a la espera, protegidos por las fronteras de sus concesiones.

—Aborrezco todo esto —susurró Juliette—. Si mi gente puede disparar a masas de inocentes sólo porque ellas sienten simpatía por los comunistas, los desprecio.

Roma no dijo nada. Sólo colocó un mechón de su cabello detrás de la oreja y dejó que Juliette temblara de rabia.

—Me liberaré de mi apellido —dijo ella y levantó la vista—. Y tomaré el tuyo.

Luego siguió un momento de quietud, un momento en el que Roma tan sólo se quedó mirándola fijamente, como si estuviera tratando de

grabarse sus rasgos en la memoria. Y entonces él dijo:

—Juliette —comenzó en voz baja—. No es que mi apellido sea mucho mejor. No es que mi nombre esté menos manchado de sangre. Uno puede cambiar de nombre a la rosa, pero las espinas se quedarán.

Juliette se estremeció al oír un grito afuera.

—Entonces ¿nunca vamos a cambiar? —preguntó ella—. ¿Siempre seremos rosas bañadas en sangre?

Roma la tomó de la mano y le besó los nudillos.

—Una rosa es una rosa, aunque le demos otro nombre —susurró—. Pero somos nosotros quienes decidimos ofrecer belleza al mundo, o una corona de espinas.

Ellos podían elegir. Amor o sangre. Esperanza u odio.

—Te amo —susurró Juliette con intensidad—. Necesito que lo sepas. Te amo tanto que siento que este sentimiento puede devorarme.

Antes de que Roma pudiera responder, Juliette se agachó para tomar una madeja de estambre que había sobre la mesa. Roma la miró con desconcierto y el ceño fruncido, mientras ella desenredaba un poco de hilo y sacaba un cuchillo de su bolsillo para cortarla.

Pareció menos desconcertado cuando Juliette tomó el estambre y empezó a enrollarlo alrededor del dedo de Roma, un dedo de la mano derecha, como se acostumbraba en Rusia. Lo había recordado. Juliette había recordado aquellas conversaciones que habían tenido hacía cinco años, cuando soñaban con un futuro en el que pudieran huir para estar siempre juntos.

—Yo te recibo, Roma Montagov —comenzó Juliette con voz suave, gentil y amorosa—, como mi legítimo esposo, en lo próspero y en lo adverso, hasta que la muerte nos separe —luego ella hizo un pequeño nudo y lo apretó—. Creo que me faltaron unos cuantos votos en el medio.

—Y también un sacerdote y algunos testigos —dijo Roma quien a su vez tomó el cuchillo de manos de Juliette para cortar su propio trozo de estambre—. Pero al menos tenemos una Biblia.

Roma tomó la mano izquierda de Juliette y le enredó el hilo alrededor del cuarto dedo, con tanta delicadeza que Juliette no quiso ni respirar para no distraerlo de su tarea.

—Y yo te recibo a ti, Juliette Cai —susurró Roma con gran concentración—, como mi legítima esposa, en lo próspero y en lo adverso,

hasta que… —Roma levantó la vista, mientras terminaba de trenzar el nudo, e hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, no desvió la mirada—. No, olvídate de eso… Para amarte y respetarte, hasta donde ni siquiera la muerte pueda separarnos. En esta vida y en la próxima, durante todo el tiempo en que nuestras almas existan, la mía siempre habrá de encontrar la tuya. Ésos son mis votos para ti.

Juliette cerró el puño, conmovida. La cuerda realmente se sentía como una argolla y le pesaba tanto en el dedo como una alianza de oro. Estos votos eran tan trascendentales como cualquier otro hecho frente a un sacerdote o una audiencia. Ellos no necesitaban ninguna de esas cosas. Ellos siempre habían sido dos almas gemelas, los únicos que se entendían la una al otro, en una ciudad que los quería por siempre enfrentados, dispuesta a aniquilarlos, y ahora que estaban juntos, eran más poderosos.

—Que ni siquiera la muerte pueda separarnos —repitió ella con vehemencia.

Era una promesa que se sentía colosal. En esta vida habían nacido como enemigos. Mucha sangre se había filtrado entre ellos, tanta que podría convertirse en un río lo suficientemente profundo para alimentar un valle. En la próxima, tal vez tendrían paz.

Afuera se sentía el golpe del metal contra el metal, un eco que resonaba por toda la ciudad, una y otra vez. Allí, dentro de esas cuatro paredes, lo único que podían hacer era abrazarse y esperar a que llegara el mediodía, aguardar a que llegara el momento en que pudieran ser libres.

Cuarenta y uno

Se diría que Celia había terminado siendo una soldado, mientras escudriñaba concienzudamente el campo de batalla desde lo alto. Todo lo que siempre había querido en su vida era un mundo que girara serenamente. Y es por eso que solía cubrirse con la palma de las manos los oídos, confiando en que el silencio en su cabeza significara también una quietud en el exterior.

Pero eso ya no iba a funcionar. El mundo se había hecho demasiado estruendoso. La ciudad había llegado a un *crescendo*.

—Tres Escarlatas se aproximan desde el norte, probablemente vengan otros detrás —reportó. Inmediatamente, la chica que había estado holgazaneando junto al balcón en espera de las observaciones de Celia salió corriendo a transmitir la vital información. El mensaje viajaría de casa en casa, de edificio en edificio.

—Su anotación ha sido procesada —informó luego una chica recién llegada, saludando con un gesto a Celia—. Llegó a conocimiento de Da Nao.

Celia asintió en respuesta, luego concentró su atención a las calles. Jamás pensó que terminaría siendo una soldado, y… suponía que en realidad no lo era. Ella no se contaba entre quienes se reunían abajo a sostener ladrillos y garrotes y armas en espera de gánsteres y nacionalistas. Cuando estalló inicialmente la lucha, la gente sólo necesitaba resistir hasta que la ciudad despertara, hasta que sus habitantes emergieran en grandes números para hacer lo que siempre habían hecho mejor: incitar al caos, tomar las calles, abrumar a todos los mandos superiores que trataban de

controlarlos.

—Prepárense —advirtió Celia.

En el momento justo, los Escarlatas se acercaron, sobresaltándose al ver a los trabajadores que ya esperaban afuera de sus edificios de departamentos. Intercambiaron miradas entre sí, como preguntándose si de todos modos deberían proceder. Al alzar los ojos y encontrar a Celia en lo alto pareció que registraban un destello de reconocimiento.

La señorita Lang se apartó del balcón.

No era realmente una soldado, sino los ojos vigilantes.

No una soldado, sino el corazón palpitante de la resistencia.

Benedikt tiró de la banda que llevaba en el brazo para quitársela en cuanto se apartó de las carreteras principales. El trozo de tela blanca quedó empapado en un sucio charco de lluvia y el joven se estremeció mientras un breve escalofrío le recorría la espalda.

Todos los Escarlatas, armados con sus cuchillos y sus pistolas, llevaban bien ceñida aquella banda. Tenían los rostros manchados con un poco de suciedad, como si eso fuera suficiente para disfrazarlos como integrantes de las masas, en sus brazaletes llevaban impreso el ideograma chino de "trabajo", como si se tratara de la causa de los obreros rebelándose contra sus líderes. Él había apostado a que podía mezclarse entre ellos y pasar desapercibido, y no se había equivocado. Sólo había requerido un rápido cambio de ropa, y ninguno de los Escarlatas con quienes se encontraba en los caminos se había detenido para cuestionarlo, a pesar de que se dirigía en la dirección contraria.

Benedikt tomó una pausa, ubicándose detrás de un poste de teléfono en cuanto escuchó un tumulto que retumbaba en la distancia. Las Concesiones estaban abiertas. No sabía cuándo había ocurrido eso, cuándo se les había ordenado a todos los soldados extranjeros que abandonaran sus puestos. Por la razón que fuera la ruta Ghisi ya no estaba vigilada y las carreteras —anteriormente bloqueadas con sacos de arena y alambradas improvisadas— ahora lucían despejadas.

El tumulto se acercaba. Benedikt se agachó justo a tiempo para esconderse del grupo de Escarlatas que salían apresuradamente de la Concesión Francesa.

El hecho no debería haberlo sorprendido. Así que la Pandilla Escarlata

y el Ejército Nacionalista habían llegado a un acuerdo con los extranjeros. Ellos habían permitido esto, habían sabido acerca de la purga y habían advertido a su gente que permaneciera dentro de sus casas. Por mucho que insistieran los nacionalistas acerca de su necesidad de retomar el país, una porción demasiado grande de esta ciudad estaba bajo el dominio de los extranjeros. Demasiadas oficinas y demasiados cuarteles generales de los nacionalistas estaban asentados en territorio francés, de manera que no era aconsejable arriesgarse a enfurecer a los extranjeros.

—Apresúrate. Jessfield cuenta con pocos refuerzos.

Otro grupo pasó velozmente junto al poste telefónico y Benedikt se agachó aún más, aunque éste seguramente lo ocultaría de la vista. Únicamente cuando las voces se desvanecieron del todo se incorporó de nuevo, para asomar la cabeza y observar cómo los hombres del Kuomintang desaparecían de su vista.

La Concesión Francesa estaba vacía. Benedikt nunca la había visto tan vacía temprano por la mañana; ni un solo vendedor a la vista, incluso cuando ya el cielo se iluminaba poco a poco en un gris brumoso. Pero eso no significaba que el sitio estuviera tranquilo. Las sirenas aullaban de un lado a otro de la ciudad, la mayoría de ellas provenientes del sur. Si a Benedikt le hubieran pedido que adivinara, habría dicho que venían de los lados de las lanchas cañoneras, las que pueden verse flotando sobre algunos cauces del río Huangpu en Nanshi.

Él se echó a correr. De nada serviría ser sutil en aquel momento. Cada segundo desperdiciado significaba un momento más cercano al mediodía. Benedikt sabía dónde estaba ubicada la casa del general Shu. Sus únicas preocupaciones eran si Marshall estaría allí, y si la mansión estaría desierta. Quizá ya habían salido de Shanghái. O podrían estar en cualquier otro sitio, fuera de territorio extranjero y lejos del combate.

—¡Oye!

Con un respingo, Benedikt se dio la vuelta para encarar a un grupo de Escarlatas que emergían de una estrecha calle lateral. Iban vestidos de manera similar a la de él y portaban rifles. Su primer instinto fue el de correr, pero no habría manera de perder a sus perseguidores en plena Concesión… a menos que pudiera desaparecer en el aire.

—¿Qué? —gritó a su vez Benedikt, como si aquella llamada de los Escarlatas no fuese otra cosa que deseos de importunarlo.

—¿Adónde te diriges? —vociferó uno de los Escarlatas del grupo—. La orden decía que nos congregáramos en Zhabei. Tenemos manifestantes intentando marchar sobre el cuartel de la Segunda División.

—¡Cómo! —Benedikt fingió ignorancia. Trató de pensar si al menos sabía dónde diablos estaba el cuartel de la Segunda División Nacionalista. ¿Acaso en la calle Baoshan? —. No estaba al tanto. Llevo un mensaje.

—¿Para quién?

Estaban empezando a tener sospechas. Benedikt endureció su expresión.

—De puño y letra de Lord Cai. Le escribe a Chiang Kai-shek. El jefe ya está lo suficientemente enojado por el engaño de Juliette. ¿Quieren ser ustedes los encargados de explicarle por qué la nota se atrasó aún más?

Todos los Escarlatas hicieron muecas de contrariedad, algunos más severas que otros.

—Continuemos nuestro camino, entonces —dijo uno de los integrantes del grupo. Antes de que Benedikt se moviera ya los otros iban avanzando en dirección contraria, intercambiando murmullos acerca de Lord Cai.

Benedikt soltó un largo suspiro y continuó su camino, con el corazón desbocado en el pecho. Aquello había estado cerca. Por lo que sabía, era factible que Lord Cai no hubiera anunciado públicamente lo que había hecho Juliette. La fortuna había estado de su lado.

Finalmente apareció a la vista su objetivo. Una alta puerta de hierro forjado pintada de negro. No parecía que hubiera nadie montando guardia. Tampoco parecía que hubiese nadie vigilando dentro del propio complejo. Todo lo que Benedikt alcanzaba a escuchar eran sirenas distantes y el viento sibilante, azotando su cabello y obstruyendo la visión.

Benedikt tomó un arma y se introdujo subrepticiamente alrededor de la puerta. Sus botas cayeron con fuerza sobre los matorrales que rodeaban la residencia, haciéndolos crujir con cada paso que daba. El suelo se inclinaba ligeramente hacia arriba en este punto y a medida que ascendía los árboles se hacían más espesos, con ramas que caían casi hasta el suelo. En esta parte de la Concesión Francesa, las casas habían sido construidas con suficiente separación entre unas y otras como para que cada cual tuviera un jardín y un camino de entrada largo y sinuoso. Algunos dueños habían elegido vallas para impedir que los paseantes miraran hacia el interior; otros dejaban que sus flores y sus arbustos fueran admirados

libremente. Cuando Benedikt finalmente encontró un promontorio de tierra lo suficientemente alto como para apoyarse en él, usó el impulso para proyectarse sobre la puerta amurallada y se asomó sobre ella para descubrir que además del recinto exterior había una segunda valla erigida justo en el interior.

"¿Es ésta una casa o un complejo militar?", masculló para sus adentros. En ese punto no parecía haber movimiento alguno entre ambas vallas. Con un gruñido, Benedikt balanceó sus piernas sobre el primer muro, estuvo a punto de caer rodando y a duras penas aterrizó sobre sus dos pies. Una punzada de dolor le subió por el tobillo.

Por favor, que no te hayas torcido. Por favor, que no te hayas torcido.

Dio un paso hacia delante.

El dolor empeoró.

¡Por todos los rayos del cielo!

Medio cojeando, Benedikt se apoyó de la segunda valla y metió el pie izquierdo por entre una de las muescas. Ésta se encontraba unida por una cadena en lugar de una pared lisa, pero en cuanto se había izado la mitad del trayecto, el joven Montagov escuchó voces que se acercaban. Maldiciendo furiosamente entre dientes, Benedikt metió el pie derecho en la valla, mordiéndose los labios a causa del dolor en el tobillo, y se las arregló para trepar por el afilado alambre en la parte superior. Era posible que se hubiera desgarrado el dobladillo de los pantalones, y que se hubiera hecho una herida en el brazo y estuviera dejando un rastro de sangre a lo largo de la hierba. Nada de eso le importaba lo suficiente como para aminorar su paso, temeroso de ser descubierto en cualquier momento ahora que estaba en el interior, recorriendo apresurado los bordes del jardín.

La casa apareció a la vista cerniéndose sobre él: una prominente puerta principal, luego dos alas a ambos lados de la misma, los balcones del segundo piso colgando por encima de las cocheras en la planta baja. A juzgar por el número de relucientes autos negros estacionados afuera de la casa, había un gran número de visitantes adentro.

Benedikt hizo una pausa tratando de definir el mejor curso de acción. Haciendo su mayor esfuerzo por aguzar el oído, el joven Montagov creyó escuchar el constante murmullo de una conversación que se proyectaba desde el interior, lo que significaba que posiblemente los habitantes de la

casa eran los anfitriones de algún evento matutino. Le costaba trabajo comprender cómo. Los nacionalistas acababan de ordenar que se llevara a cabo una masacre en la ciudad. ¿Cómo era posible que cualquiera de estos hombres tuviera el estómago para congregarse a comer, para después continuar normalmente con su jornada, cuando afuera soldados a sus órdenes aniquilaban a multitud de gente?

"Marshall, ¿dónde demonios estás?", Benedikt le susurró a los jardines vacíos. Con cuidado, inclinándose aún más, comenzó a abrirse paso por los caminos de grava, manteniéndose en todo momento cubierto por la valla natural de la línea de los árboles. Si se acercaba demasiado a la casa podría ser descubierto a través de los grandes ventanales; y si se acercaba demasiado a la valla podría ser visto por los soldados que patrullaban afuera. No fue hasta que llegó a la parte trasera de la casa que se atrevió a enderezarse un poco y avanzar cojeando cerca de las paredes pintadas de blanco. Sin importar cómo, necesitaba encontrar una manera de entrar. Tal vez si se quitaba el overol podría simular ser un nacionalista que asistía al evento y explicar que…

Benedikt frenó de súbito. Acababa de pasar una ventana, decidió retroceder y observar con mayor detenimiento. Podía ver una bandera que colgaba encima del escritorio: de color azul oscuro, con un sol blanco en medio. Aquélla era una oficina. La oficina del general Shu.

Los dos cristales de las ventanas estaban cerrados, pero eso no suponía ningún obstáculo para el joven lugarteniente Montagov. Sacó su navaja y recurrió a la delgada hoja deslizándola justo entre ambos cristales. Todo lo que tenía que hacer era empujar hacia arriba, y en seguida el pestillo estaba fuera del camino. Las bisagras de la ventana crujieron suavemente en cuanto le dio un pequeño empujón al vidrio.

Casi no podía creerlo. Con cuidado de no traer consigo tierra de los jardines, Benedikt trepó. No pudo evitar una mueca de dolor cuando aterrizó en la alfombra. La oficina permaneció en silencio: ninguna alarma se activó, ningún guardia oculto estaba agazapado en una esquina. El joven estaba solo, junto a una bandera que ondeaba ante la menor perturbación del aire, el polvo que reposaba sobre los papeles del escritorio y la luz del sol que proyectaba una de sus franjas mañaneras a todo lo largo de una pared. Una puerta que se ubicaba en frente del escritorio probablemente conduciría al pasillo. Había otra puerta más pequeña, cerca

de la bandera; quizás un pequeño almacén.

La mirada de Benedikt se concentró en el escritorio. Apenas tenía tiempo que perder, pero igualmente se tomó un momento para inspeccionarlo, tratando de no poner más presión de la indispensable sobre su tobillo al acercarse a recoger dos pedazos de papel que habían quedado en el centro del escritorio.

El primero estaba garabateado descuidadamente, con los caracteres casi desbordando la página debido a la prisa con la que seguramente habían sido plasmados.

Mensaje interceptado.
Información enviada a Lord Cai.

Benedikt parpadeó, mientras un mal presentimiento se hundió en su estómago. El segundo trozo de papel era mucho más delgado, la tinta visible simplemente por la luz del sol sin necesidad de desdoblarlo. Aquel mensaje estaba escrito por una mano mucho más cuidadosa, y dirigido a…

"Oh, no", susurró Benedikt.

Da Nao:
Cai Junli y Roma Montagov buscan salvoconducto fuera de la ciudad. Debes aceptar llevarlos. A ambos. Por el bien del país, por el bien de su gente. Por favor, hazme este favor.
—Lang Selin

Los nacionalistas lo sabían. La Pandilla Escarlata lo sabía. Debían estar reuniendo sus fuerzas en este mismo momento, con la intención de impedir que Juliette se marchara. Y si los atrapaban, entonces Roma sería ejecutado.

Benedikt devolvió los papeles a su sitio. Tenía que encontrar a Marshall. Debían marcharse a toda prisa de allí, para llegar hasta el Distrito Histórico y conseguir advertirles.

Pero en aquel momento le llegó el sonido de pasos que se acercaban por el pasillo. Luego un estruendo de voces que cada vez se acercaban más.

Se dirigían a esa oficina.

El pánico elevó su pulso a una frecuencia de vértigo. Benedikt miró la

ventana calculando el tiempo que necesitaría para volver a trepar y bajar por ella. Sin tiempo que perder, en lugar de eso, giró hacia la otra puerta en la oficina, la cual abrió para encontrar tan sólo un espacio de almacenamiento para archiveros, apenas lo suficientemente amplio para acoger a una persona en su interior, pero tan largo como para que un extremo estuviera sumido en la oscuridad. Así que Benedikt se apretujó en su interior, con la espalda presionada contra los archivadores que se alineaban junto a las paredes, sus hombros casi chocando con los afilados bordes de metal.

Click. Benedikt cerró la puerta tras de sí justo cuando el estruendo de voces ingresaba en la amplia oficina. El grupo se acomodó en la habitación, entre el sonido de sillas que chirriaban al echarse atrás y cuerpos pesados que se sentaban, mientras conversaban acerca de los comunistas, acerca de la masacre.

Y entonces, continuaron:

—La Pandilla Escarlata se ha quejado de la orden de dar muerte a los Montagov. Dicen que es algo deshonroso.

Benedikt no estaba seguro de haber escuchado correctamente. Se quedó rígido por la sorpresa recibida y afinó el oído. Así que la Pandilla Escarlata no respaldaba aquella medida. No sabía si respetarlos por expresar su molestia u odiarlos por permitir que aun así se llevara a cabo.

Con un gran temor cubriendo la superficie de su piel como si fuera sudor, Benedikt empujó la puerta lo más cuidadosamente que pudo, permitiendo que se abriera apenas el más pequeño de los resquicios. No tenía una idea cabal del aspecto de cada oficial de alto rango en el Kuomintang, pero reconoció al general Shu, si no por su parecido con Marshall, entonces por la imagen que había quedado permanentemente grabada en su cerebro cuando aquel hombre lo había apartado de su amado Marshall.

—Olvídense de ello —dijo el general Shu. La orden se mantiene. Tal vez nunca más tengamos una oportunidad como ésta para erradicar a nuestros enemigos; tenemos que aprovecharla.

Los puños de Benedikt se cerraron a sus costados, pronto se encontró torciendo las mangas de su camisa, en busca de algo que hacer, para dar salida a la descarga de energía que lo invadía sin moverse ni hacer ruido. ¿Desde cuándo los Flores Blancas eran enemigos de los nacionalistas?

Dimitri se había aliado con los comunistas, pero ¿era eso suficiente para condenar a todos los Flores Blancas? Podía creer (aunque al parecer no era el caso), que los odiados Escarlatas exigieran que los Flores Blancas fueran incluidos en la purga, pero que el general Shu, en nombre del Ejército Nacionalista, fuera quien insistía en ello…

En la ciudad sólo quedaban cuatro Montagov. ¿Y si la orden de darles muerte no fuera de ninguna manera un golpe contra los Flores Blancas, sino un esfuerzo por arrebatarle a Marshall todo lo que amaba?

Benedikt exhaló aire muy lentamente. Los nacionalistas continuaron con su discusión, mientras el olor a humo de cigarrillo se colaba en el estrecho espacio que ocupaba. Mientras tanto, tratando de no mover un sólo músculo, Benedikt se encontraba atrapado.

Cuarenta y dos

La lluvia había estado cayendo en forma de ligera llovizna lavando las manchas que teñían las aceras, convirtiendo las líneas de sangre en una larga corriente que atravesaba la ciudad como un segundo río.

Cuando Juliette se abrió camino para salir del edificio donde se encontraba el laboratorio, emergiendo cautelosamente hacia el final de la mañana, la calle estaba vacía. Había imperado la tranquilidad durante un par de horas. Los disparos, los gritos y el ruido de metales entrechocando no se habían prolongado mucho; después de todo, los nacionalistas y los Escarlatas habían asaltado la ciudad con armas de grado militar. Los objetivos de su violencia se habían sometido rápidamente.

—Hay algo raro en todo esto, *dorogaya* —Juliette se dio la vuelta y vio a Roma salir al aire libre, asiendo la mano de Alisa. Sus ojos se movían de un lado a otro nerviosamente.

—Está demasiado tranquilo.

—No —dijo Juliette—. Creo que se trata sólo de que todos los hombres han sido convocados a otra parte. Escucha.

La joven levantó un dedo, inclinando la cabeza en dirección del viento. En aquel momento la lluvia se convirtió en aguacero, pero debajo del estrépito del agua se alcanzaba a escuchar un estentóreo sonido de voces, como una multitud que gritaba.

La expresión de Roma se tornó grave.

—Vámonos de aquí —fue lo que dijo.

El primer grupo de personas con el que se encontraron fue para ellos una sorpresa. Roma sintió una oleada de pánico, Alisa se quedó congelada,

pero Juliette empujó los hombros de ambos obligándolos a seguir caminando. Se trataba de manifestantes —estudiantes universitarios, a juzgar por sus ropas sencillas y los cortes de cabello—, pero estaban demasiado inmersos en gritar sus consignas como para reparar en los tres gánsteres que caminaban en dirección contraria.

—Sigan moviéndose —advirtió Juliette—. Mantengan la cabeza abajo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alisa levantando la voz para ser escuchada sobre el ruido de la lluvia—. Pensé que había una purga. ¿Por qué ellos no tienen miedo? —tenía el pelo rubio pegado al cuello y a los hombros. El aspecto del cabello de Juliette no era mucho mejor, pues la joven no se había molestado en estilizarlo.

—Porque no puedes matar a todos en un solo día —respondió Juliette amargamente—. Atacaron a sus principales objetivos apelando al elemento sorpresa. Pero los trabajadores son los más numerosos. Mientras sean las élites las que toman las decisiones, siempre contaran con las clases inferiores para acatarlas.

Y desde luego que lo habían hecho. Mientras más caminaban Roma, Juliette y Alisa —adentrándose en la ciudad y acercándose al Distrito Histórico— las multitudes más se concentraban. Pronto fue para ellos tan claro como el agua que las multitudes en las calles se congregaban en la misma dirección: hacia el norte, lejos del río y en dirección al barrio de Zhabei. Ya no eran sólo estudiantes, sino los trabajadores textiles en huelga, y los conductores de tranvía que habían abandonado sus puestos. Por muy poderosos que hubieran llegado a ser los nacionalistas, no podían ocultar las noticias de una purga. Por muy temida que hubiese sido en algún momento la pandilla Escarlata, a estas alturas habían perdido el control de la ciudad. Ya no podían usar el miedo para que la gente volviera a someterse a ellos. La gente ya no iba a tolerar más asesinatos e intimidaciones. La gente se iba a hacer escuchar.

—Nadie avanza en nuestra dirección —observó Alisa en el momento en que entraban a una calle principal. La multitud era tan numerosa que podría ser arrollada en cualquier momento si se tropezaba o tenía cualquier otro incidente—. ¿No nos atraparán al tratar de irnos por el río?

Roma dudó, pareciendo estar de acuerdo. Aquel breve momento de pausa por poco ocasiona que se estrellara con un trabajador, si bien éste apenas parpadeó, pues estaba gritando una consigna: "¡Abajo los

imperialistas! ¡Abajo los gánsteres!".

—Tenemos que arriesgarnos —dijo Roma, todavía siguiendo con la mirada a aquel trabajador. Cuando él se giró, captó el gesto de Juliette y ella intentó una leve sonrisa—. No hay alternativa.

—¿Y si nos vamos al campo? —seguía Alisa con sus preguntas. Vaciló al dar el siguiente paso—. ¡Es un caos aquí!

Se aproximaban al Distrito Histórico. Los habituales edificios pintorescos aparecieron a la vista —los pilares art decó y las cúpulas altas y resplandecientes— pero aquel día todo parecía apagado. El mundo estaba cubierto por un velo grisáceo, como una imagen cinematográfica que hubiera sido filmada con una lente sucia.

—Alisa, querida —comenzó Juliette con voz suave—. Nos encontramos ya bajo ley marcial. El liderazgo comunista pretende escapar, mientras que el Ejército Nacionalista no ceja en sus esfuerzos por aniquilarlos. Para cuando nos adentremos en el campo y lleguemos a otro puerto que esté abierto a los navíos extranjeros, los nacionalistas ya se habrán apoderado de la zona y seremos detenidos. Al menos aquí podemos tomar ventaja del caos imperante.

—Y entonces ¿dónde están ellos? —preguntó Alisa. Al llegar al Distrito Histórico, teniendo a la vista las olas agitadas del río Huangpu, la señorita Montagova miró alrededor buscando entre los manifestantes, más allá de sus gritos y sus pancartas ondeantes—. ¿Dónde están los nacionalistas?

—Mira hacia dónde va toda la gente —le dijo Juliette a manera de respuesta, ladeando su cabeza en dirección al norte. Con tanta sangre comunista recién derramada, el Kuomintang centraba ahora su atención en los recién abandonados cuarteles militares y las comisarías de policía, asegurándose de poner a su gente detrás de los escritorios—. Los nacionalistas están fortaleciendo sus bases de poder. Los trabajadores irán también a esos sitios: acudirán en masa a esos lugares con la esperanza de marcar alguna diferencia.

—No hay que relajarse demasiado —agregó Roma. Tomó el rostro de su hermana y ladeó su barbilla hasta que sus ojos se fijaron en un punto particularmente tenso entre la muchedumbre—. Aunque no hay nacionalistas, ahí hay hombres Escarlatas.

Juliette tomó una pequeña bocanada de aire, perdida en su mayor parte cuando el fragor de los truenos resonó sobre la ciudad. Rozó el codo

de Roma y la mano del joven se apresuró a asir la de su amada. Ambos estaban empapados hasta los huesos, al igual que la cuerda alrededor de sus dedos anulares, pero Roma se aferró suavemente a aquella mano, como si la estrechara casualmente durante un paseo matutino.

—Vamos —dijo Juliette—.Encontremos un buen lugar para esperar.

En Zhabei, los miembros supervivientes del liderazgo del Sindicato General de los Trabajadores gritaban unos por encima de los otros, golpeando sus puños contra las mesas. Personas de traje sastre se mezclaban con personas en delantales. Celia se reclinó en su silla, observando, con el rostro completamente impasible. El grupo se encontraba en un restaurante transformado en fortaleza; las mesas y las sillas habían sido amontonadas al centro, desde donde se ejercía la dirección de la reunión. Celia no podía entender cómo lograban escucharse con semejante alboroto, pero el hecho es que así era: estaban comunicándose y actuando tan rápidamente como podían.

Se estaba redactando una petición. *Devolución de armas incautadas, suspensión de los castigos a los trabajadores sindicalizados, protección para el Sindicato General de los Trabajadores*: los puntos estaban siendo cotejados, convertidos en demandas y luego enrollados y preparados para ser llevados al cuartel general de la Segunda División Nacionalista. Aunque les costara la vida, los comunistas no aceptarían la derrota.

—¡Arriba y en movimiento, chica! —alguien bramó en el oído de Celia. Había grupos circulando entre los presentes y llamándolos a la acción. Los trabajadores levantaban los puños en el aire y se gritaban unos a otros, con cánticos encontrando eco en sus bocas incluso antes de que comenzara una nueva manifestación por la ciudad.

—¡No a un gobierno militar! —rugían soltando carcajadas cómplices, al tiempo que salían a las calles bajo la lluvia torrencial—. ¡No al dominio de los gánsteres! —gritaban al unirse a las multitudes que ya estaban presentes en el oeste de Shanghái, fusionándose en una marcha sobrenatural, más grande que la vida misma.

Unas manos empujaron a Celia para obligarla a levantarse, y de pronto se encontró erguida, con la cabeza aún repiqueteando.

—¡No a un gobierno militar! —gritó la anciana al lado de Celia.

—¡No al dominio de los gánsteres! —gritó el niño en frente de ella.

Celia salió a trompicones del restaurante a la acera y bajo la lluvia. Las calles habían cobrado vida. Esto no era el resplandeciente y deslumbrante dinero antiguo de Shanghái: luces brillantes y música de jazz surgiendo desde los bares. Esto no eran linternas rojas y adornos de encaje dorado en los vestidos de las bailarinas en los clubes burlesque, trajes exóticos y espectáculos exuberantes.

Ésta era la animación de los barrios bajos de la ciudad, elevándose en medio de la ceniza de las fábricas de techos bajos.

Celia levantó, al igual que todos ellos, el puño.

Fueron los nuevos pasos que entraban en la oficina los que finalmente obligaron a Benedikt a reanimarse, sacándolo del casi trance en que se había sumergido para permanecer en silencio. Era la forma en que le llegaba el nuevo sonido: zapatos que se arrastraban de manera deliberada.

Benedikt no tenía necesidad de ver a Marshall para saber que era él, tampoco para adivinar que su amigo tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Los autos que envió Lord Cai están aquí —dijo Marshall. Fingía hablar de manera casual, pero su voz sonaba tensa—. Están listos para todo el mundo.

Benedikt escuchó atentamente tratando de calcular cuántos nacionalistas estaban quitando sus abrigos de los respaldos de sus sillas y saliendo paulatinamente del recinto. La oficina no había estado tan llena, pero de todos modos no escuchó suficientes pasos alejarse. De hecho, supo que algunos permanecieron cuando se inició una nueva conversación entre el general Shu y otra persona, quienes debatían el siguiente movimiento para lidiar con los comunistas que habían conseguido escapar.

—Érzi —dijo entonces el general Shu convocando la atención de su hijo—. ¿Dónde están las cartas para el comando central?

—¿Te refieres a los desagradables sobres a los que personalmente unté saliva para cerrar? —preguntó Marshall—. Los puse allí. ¿Los necesitamos ahora?

El joven había hecho una pausa. Un poco después, Benedikt comprendió que aquella pausa era porque Marshall estaba señalando un sitio. Y el único lugar al cual se podía referirse era… el armario de almacenamiento de archiveros donde él estaba.

—Tráelos, ¿quieres? Tenemos que salir en unos minutos.

—Sí, señor.

Pasos, avanzando ahora lentamente. Benedikt miró a su alrededor frenéticamente. Al fondo del estrecho almacén había una pequeña caja de cartón, seguramente era la que vendría a buscar Marshall. El joven Montagov se dirigió hacia la caja, luego vaciló, congelándose a tres pasos de ella cuando Marshall abrió la puerta, entró y la cerró tras de sí.

Marshall pulsó el interruptor de la luz. Miró hacia el frente. Él abrió los ojos enormes.

—Ben…

Benedikt colocó una mano sobre la boca de su amigo, con un impulso tan agresivo que se estrellaron contra uno de los archivadores con los cuerpos entrelazados. Benedikt podía perfectamente oler el humo de cigarrillo adherido a la piel de Marshall, contar las líneas que arrugaban su frente mientras trataba de no ofrecer resistencia.

¿Qué demonios estás haciendo aquí?, parecieron preguntar los ojos frenéticos de Marshall.

¿Qué crees tú que hago? Benedikt respondió igualmente, sin necesidad de recurrir a las palabras.

—Érzi ¿qué sucede? —llamó desde afuera el general Shu. Había escuchado muy bien el golpe sordo.

Con cuidado, Benedikt apartó la mano de la boca de Marshall. El resto de su cuerpo no se movió.

—Nada. Me golpeé un dedo del pie —respondió Marshall con voz uniforme. Entonces bajó la voz hasta el susurro más bajo posible y con el mismo aliento murmuró—: ¿Cómo entraste aquí? El Kuomintang giró orden de ejecución contra los Montagov, ¿y ahora llegas hasta aquí para ofrecerte en bandeja de plata?

—Vine a buscarte —replicó Benedikt al punto, en un volumen de voz igual de bajo—. ¿Cuándo pensabas decirme…?

—Ahora mismo es un mal momento —interrumpió Marshall. Inhaló con fuerza; los pechos de ambos subieron y bajaron al mismo tiempo. Marshall estaba vestido con uniforme y cada botón de oro pulido en su saco tintineaba entre los dos. Parecía que las paredes se estaban cerrando sobre ellos por lo cerca que se veían y el espacio parecía encogerse, más y más pequeño con cada segundo que pasaba.

Acto seguido Marshall se alejó bruscamente abriéndose paso por el estrecho pasaje y echando mano de la caja que le habían pedido. Benedikt apoyó la espalda contra los archivadores sintiendo la respiración entrecortada.

—Quédate aquí —murmuró Marshall cuando pasó de nuevo a su lado, con la caja en las manos—. Ahora vuelvo.

Apagó las luces y cerró la puerta firmemente. Benedikt resistió el impulso de patear uno de los archivadores. Quería escuchar el ruido sordo de su eco metálico, hacerlo sonar tan fuerte y tan violentamente que la casa entera viniera a buscarlo. Por supuesto, aquello era una idea terrible, así que permaneció inmóvil. Todo lo que se permitió fue el movimiento de sus dedos que tamborileaban rápida y silenciosamente. ¿Cuánto tiempo les quedaba a Roma y Juliette en el Distrito Histórico? ¿Qué tan cerca estaba ahora el mediodía?

Después de lo que parecieron siglos, la puerta del almacén se abrió otra vez. El cuerpo de Benedikt se crispó, listo para sacar su arma, pero era Marshall quien volvía, con una expresión afligida en el rostro.

—Puedes salir —le dijo—. Todos han partido hacia la mansión de los Escarlatas.

—¿Y no te llevaron con ellos?

—Fingí un dolor de cabeza.

Benedikt salió del recinto sintiendo un resquicio de sospecha. Le escocía el tobillo, lo que ralentizaba sus movimientos, pero la vacilación también era intencional. No entendía del todo qué le había ocurrido; había llegado hasta allí decidido a rescatar a Marshall y marcharse lo más pronto posible, y sin embargo, ahora miraba a su gran amigo con absoluta perplejidad. Sentía como si una piedra caliente ardiera en su estómago. Había imaginado que Marshall estaría siendo torturado, indefenso a merced de sólo Dios sabe que atrocidades. En lugar de ello, Benedikt lo había encontrado como en casa, como si aquel hubiera sido desde siempre su hogar.

Y tal vez así era.

—Pensé que venía a liberarte de aquí —dijo Benedikt—. Pero parece que te habrías podido liberar tú mismo en el momento en que te diera la gana.

Marshall sacudió la cabeza. Volvió a meterse las manos en los bolsillos,

aunque la postura era incongruente con la planchada tersura de sus pantalones.

—Cierra la boca —fue lo que dijo—. Estaba tratando de ayudarlos desde el interior. Mi padre iba a retrasar la orden de ejecución.

Una súbita frialdad invadió la habitación. En algún momento, mientras Benedikt estaba escondido en aquel almacén, afuera había comenzado una lluvia constante que había tornado el cielo en un terrible gris oscuro. Las gotas de lluvia caían ahora sobre las ventanas, deslizándose por los bordes y formando en la alfombra charcos en miniatura. Benedikt parpadeó. ¿Había cerrado las ventanas después de trepar por ellas? Habría podido jurar que lo había hecho.

¿Había sido así?

—Habrías llegado demasiado tarde —le informó Benedikt—. Las ejecuciones comenzaron al amanecer. Fue Juliette quien vino a advertirnos.

Bueno, en realidad Juliette había ido a advertirle a Roma, y Benedikt se había enterado por encontrarse en las proximidades.

Marshall dio un paso atrás:

—¿Qué? No. No, mi padre dijo…

—Tu padre mintió.

Mintió tal como lo había hecho Marshall. Como parecía estar haciéndolo con creciente frecuencia.

—Yo.. —Marshall se interrumpió. Su atención se dirigió también hacia la ventana, con visible irritación por el agua que goteaba. Caminó en aquella dirección—. Entonces, ¿por qué ibas a venir aquí, Ben? ¿Por qué aventurarse directamente en territorio enemigo?

—Para salvarte —Benedikt no podía creer lo que estaba escuchando. Todo lo que creía conocer sobre Marshall estaba derrumbándose como un castillo en el aire, tal vez el personaje que él había creado para sí mismo fuera también una falsedad. *¿Será Marshall Seo siquiera su verdadero nombre?* se preguntó.

—Por supuesto que lo es.

Inadvertidamente Benedikt había murmurado esta última duda en voz alta.

—Seo era el apellido de mi madre —continuó Marshall, mientras cerraba la ventana entreabierta. Pensé que todo el mundo haría menos

preguntas si la gente pensaba que había huido de Corea después de la anexión japonesa, un huérfano sin ataduras. Menos complicado de creer que aquello de haber huido del campo chino porque no soportaba vivir con mi padre nacionalista…

—Deberías habérmelo contado —dijo Benedikt en voz baja—. Deberías haber confiado en mí.

Marshall se dio la vuelta, con los brazos cruzados, para apoyarse contra el cristal.

—Confío en ti —murmuró, inusualmente tranquilo—. Simplemente habría preferido tener un pasado diferente, uno elegido por mí. ¿Es algo tan terrible?

—¡Sí lo es! —le espetó Benedikt—. Lo es si no teníamos idea de que ibas a estar en peligro cuando los nacionalistas entraran en esta ciudad.

—Mira a tu alrededor. ¿Parezco estar en peligro?

Benedikt no pudo responder de inmediato; temía que las palabras le salieran demasiado bruscas, que su sentido real se viera ensombrecido por la forma en que las diría. Antes, aquello nunca había sido una preocupación, pues se trataba de Marshall, su mejor amigo. De todas las personas en el mundo en las que confiaba, quien mejor lo entendería, por muy poco que filtrara de antemano sus pensamientos, era Marshall.

Pero había algo en él diferente ahora. Benedikt podía sentir que el miedo se había instalado en sus huesos.

—Tenemos que irnos. Roma y Juliette tienen un salvoconducto y nos esperan en el Distrito Histórico, pero los nacionalistas ya han enviado gente tras ellos. Si esperamos más tiempo, la ley marcial podría ampliar sus alcances para aislar por completo la ciudad, o Juliette podría ser arrestada.

—*No puedo* —dijo Marshall, tirando de sus mangas para tratar de aplanar las arrugas imaginarias—. Ahora tengo su confianza, Ben. Seré de más ayuda para ustedes como un dócil prodigio nacionalista que de cualquier otra forma.

En algún lugar de la casa, un reloj de pared comenzó a sonar.

—Que mi padre haya mentido sobre retrasar la purga resulta irrelevante —continuó diciendo el joven—. Lo que importa ahora es que un gran número de Flores Blancas serán llevados a prisión, para esperar su ejecución junto con los comunistas, independientemente de si realmente

estábamos o no trabajando con ellos. Quizá yo pueda impedirlo. Y no tendremos que escapar. Tal vez, Roma no tendría que huir. Si puedo persuadir a mi padre, los Flores Blancas podrían *sobrevivir*.

Cuando Marshall hizo una pausa para respirar, su pecho subía y bajaba; parecía rendido bajo el peso de su nuevo rol. Sin darle tiempo a que continuara, Benedikt lo interrumpió desapaciblemente:

—En todos los años en que te he conocido, nunca imaginé que podrías tomar una decisión tan estúpida.

La expresión de Marshall se congeló:

—Pero ¿qué dices?

—¡Están mintiendo! —exclamó Benedikt, con un eco de fiereza en su voz—. ¿Por qué los nacionalistas iban a contemplar siquiera la posibilidad de que los Flores Blancas sobrevivan cuando tienen una alianza con la Pandilla Escarlata? Se acabó, Marshall. Nuestro clan está hecho pedazos. No hay vuelta atrás.

—No —insistió Marshall manteniéndose firme—. No. ¿Tienes idea de cuánta violencia presencié cuando vivía como un fantasma en esta ciudad, Ben? La vista desde los tejados es completamente diferente de la vista a ras de suelo, y yo pude observarlo todo. Más allá de toda la sangre derramada, pude constatar hasta qué punto cada uno de los Flores Blancas se preocupa por nosotros, por ti, por los Montagov. Yo puedo salvarlos.

—¿De eso se trata? —Benedikt resistió el impulso de acercarse y *sacudir* a su amigo. Él sabía que en este caso la fuerza física no era el método correcto de persuasión, que recurrir a ello en todo caso irritaría más a Marshall y aumentaría su terquedad—. ¿Es una muestra de lealtad hacia la pandilla que te acogió? Pero lo importante nunca estuvo en el nombre de los Flores Blancas, Mars, sino en nuestros ideales, en nuestra fe en un líder justo y visionario. Nuestra esperanza se concentra en Roma, en una ciudad a la que pertenezcamos, en la promesa de un futuro mejor. Todo eso se ha derrumbado aquí, y ahora depende de nosotros huir.

Marshall tragó saliva.

—Tengo poder aquí, ahora tengo derecho de nacimiento. ¿Me pedirías que renunciara a ello, a la posibilidad de ayudar a la gente?

—¿Qué tanto puedes ayudar realmente? —y aunque aquello no era lo que Benedikt quería decir, eso fue lo que salió de su boca—. ¿Marcharás al frente a aplastar el movimiento obrero para ganar la confianza de tu

padre? ¿Eliminarás a los comunistas para lograr la libertad de los Flores Blancas?

—¿Por qué dices todas esas cosas? ¿Por qué estás actuando *así*?

—¡Porque no vale la pena! ¡El poder nunca lo vale! Te la pasas haciendo acuerdos y encabezando cruzadas y jamás obtienes nada. Roma está huyendo de esto. Juliette también. ¿Qué te hace pensar que contigo será diferente?

Un destello de dolor, de dolor real, asomó en el rostro de Marshall.

—¿Eso es lo que en realidad quieres decir? —preguntó—. ¿Crees que soy demasiado débil?

Benedikt reprimió una maldición, se tragó su ira hasta que ésta descendió por su garganta. ¿Cómo llegaron hasta allí? Sabía que no debería haber hablado tan rápido, haber permitido que sus palabras salieran como un borbotón. Nunca resultaba nada bueno de ello. Y, sin embargo, apenas podía pensar. Era el aire opresivo de esa habitación, y el goteo constante de la lluvia en el exterior, y el *reloj* que seguía marcando el inclemente progreso del tiempo en algún lugar de aquella mansión.

—Nunca dije que fueras débil —fue lo que replicó.

—Sin embargo, quieres que me aleje —continuó Marshall—. Estoy tratando de ayudarnos aquí; intento que sobrevivamos…

—¿De qué sirve la permanencia de la pandilla si tú no sobrevives? —lo interrumpió Benedikt—. Escúchame, Mars. No importa cuánto confíen ellos en ti, esto es una guerra civil. La ciudad se desbordará de cadáveres…

Marshall levantó las manos.

—Tú y Roma pueden huir —dijo—. Ustedes son Montagov. Eso lo entiendo. ¿Por qué debería yo seguirlos?

—Marshall…

—¡No! —exclamó él, con los ojos en llamas, sin haber terminado con su reproche—: Lo digo en serio. ¿Por qué debería hacerlo? Con todo lo que me prometen aquí, con toda la protección que tengo, ¿por qué huiría, a menos que fuera un cobarde? ¿Por qué abandonaría estas excelentes oportunidades…?

—¡Porque *te amo*! —gritó Benedikt. Fue como si un dique en su corazón se hubiera roto, despedazando a su paso cualquier barricada que hubiera construido.—. Te amo, Mars. Y si te matan a tiros porque quieres pelear una guerra en la que no crees, nunca se lo perdonaré a esta ciudad.

¡La haré arder hasta sus cimientos y tú serás el único culpable!

Un silencio absoluto descendió sobre la habitación. Si antes Benedikt había considerado opresiva la situación, no era nada en comparación con el peso de la mirada de Marshall clavada en él. Ya no habría vuelta atrás. Aquellas palabras fueron dichas. Y quizás éstas eran las únicas, de entre todas las que alguna vez había dicho, de las cuales no *quería* retractarse.

—Dios mío —logró decir finalmente Marshall, con la voz ronca—. Tuviste diez años para mencionarlo, ¿y eliges precisamente este instante?

Y por alguna razón absurda, Benedikt dejó escapar una débil risa:

—¿Es un mal momento?

—Un pésimo momento —Marshall redujo el espacio entre ellos con tres zancadas y se detuvo justo frente a Benedikt—. Y no sólo eso, sino que me acusas en medio de una declaración de amor. ¿Acaso nadie te enseñó modales? Dios bendito…

Pero Marshall cerró ambas manos alrededor del cuello de Benedikt y lo acercó para besarlo.

En el momento en que sus labios se juntaron, Benedikt fue impactado por un mar de sensaciones. Era como estar en un tiroteo, como encabezar una persecución de alto octanaje, como esconderse en un callejón al final. Nunca había pensado mucho en el acto mismo de besar, sin importar quién estuviera frente a él. Nunca lo había anhelado, sólo había pensado en ello como un concepto abstracto, pero cuando Marshall se había inclinado hacia él y cada fibra de su ser se encendió, entonces comprendió que no era que no le importara. Era sólo que tenía que ser Marshall. Siempre había sido Marshall. Cuando Benedikt levantó la mano y hundió los dedos en el cabello de Marshall y éste emitió un ruido desde la base de su garganta, en lo único en que Benedikt pudo pensar era que aquello debía comprender todo concepto de lo sagrado.

—Por favor —murmuró Benedikt retrocediendo un brevísimo momento—. Ven conmigo. Vámonos juntos.

Un suspiro los rodeó. Las manos de Marshall se arrastraron por los hombros de Benedikt, bajaron por su pecho, hasta su cintura, donde se aferraron a la tela suelta de su camisa.

—De acuerdo —su respuesta emergió temblorosa, dos palabras tan pesadas como un sacrificio. Era una elección: alejarse de un compromiso de familia para seguir a Benedikt adondequiera que él fuera…—. Con una

condición.

Benedikt levantó la mirada de súbito. Marshall lo observaba con los ojos totalmente negros, las pupilas dilatadas, la expresión pensativa y seria.

—Lo que sea, sólo dilo.

Una grácil sonrisa asomó a la boca de Marshall:

—Dilo otra vez. No sufrí todos estos años para escucharlo sólo una vez.

Benedikt dio un empujón a Marshall, la fuerza de la costumbre, en realidad, y Marshall retrocedió riendo.

—Idiota —lo reprendió Benedikt—. En todos estos años, ¿por qué no dijiste nada?

—Porque —dijo simplemente Marshall—, tú no estabas listo.

Idiota, pensó Benedikt de nuevo, pero sentía por él tal cariño que su pecho ardía, un hierro al rojo vivo de afecto que marcaba cada centímetro de su piel.

—Lo diré cuantas veces quieras escucharlo. Te enamoraré hasta que te canses de mí. Estoy terriblemente enamorado de tu espantoso rostro, pero ya tenemos que irnos.

La sonrisa que esgrimió Marshall fue gloriosa, algo tan grande que no podía ser contenido en aquella habitación, no cabía en la casa completa.

—Y yo te amo más —se limitó a responder—. Podemos irnos, pero antes tengo una idea. ¿Qué tan seguro estás de que mi padre miente?

Benedikt no podía asegurar si aquello era una pregunta capciosa. Apenas tuvo tiempo de recuperarse del súbito cambio de tema.

—Completamente seguro —fue lo que dijo—. Le oí decir que la orden de ejecución era suya.

Marshall tiró de sus mangas, se las enrolló hasta los codos mientras recorría con mirada atenta el escritorio de su padre.

—Si esa orden sigue vigente, nos matarán en cuanto nos vean —dijo Marshall al tiempo que extraía una hoja de papel en blanco, luego un bolígrafo y empezaba a escribir—. A menos que anulemos la orden de ejecución con un mandato de emergencia.

—¿Con qué cosa? —preguntó Benedikt, estupefacto. Aguzó la mirada intentando ver lo que Marshall estaba escribiendo—. ¿Un permiso de qué…?

—Una autorización —Marshall terminó de escribir con una floritura—

aprobada por el general Shu en persona. Su sello debe estar en su sala de juntas. Vamos.

Marshall salió de la habitación antes de que Benedikt pudiera siquiera registrar en su mente en qué consistía aquel plan, apenas digiriendo lo que estaban tratando de hacer. El tobillo de Benedikt protestó cuando quiso acelerar, y logró alcanzar a Marshall mientras caminaba alrededor de la casa para llegar al vestíbulo.

Entonces Benedikt se detuvo.

—Mars.

—Está justo ahí arriba —dijo Marshall. Señaló las escaleras, sin darse cuenta de la expresión aterrorizada de Benedikt—. Nosotros…

—*Mars*.

Marshall saltó, luego se dio la vuelta y siguió la mirada de Benedikt. A través del delicado arco del vestíbulo, la sala de estar se desplegaba frente a ellos: podían ver la chimenea apagada, los floreros, y una marcial silueta que pertenecía al general Shu, quien leía un periódico sentado en un sofá de cuero.

—Oh —exclamó Marshall en voz baja.

El general Shu bajó su diario. En una mano sostenía una pistola que apuntaba en dirección a ellos. La otra mano estaba enguantada, a juego con la gruesa tela de su abrigo, como si hubiera regresado a casa sin molestarse en ponerse cómodo.

—¿Acaso imaginaban… —comenzó él, lentamente— que no notaría una ventana abierta de par en par en mi propia oficina?

—Bueno, nos atrapaste —Marshall podría haberse sorprendido al avistar a su padre, pero pronto recuperó la compostura, y proyectó en su voz un buen ánimo. Caminó directamente hacia él, sin vacilar cuando su padre se levantó, sin dudar incluso mientras se acercaba directamente al cañón de aquella pistola—. Prometiste que me ayudarías, que ayudarías a los Montagov. Pues aquí estamos.

El general Shu observaba a Benedikt. Lo estudiaba.

—La forma de ayudarlos debe ser a través de los canales oficiales —dijo de forma muy serena.

—Esto es un canal oficial. A menos que, por supuesto… —el tono de voz de Marshall se tornó frío—: me hayas mentido.

Silencio. El tictac del reloj, su péndulo oscilando de izquierda a derecha

dentro de la carátula de cristal. Lentamente, el general Shu dejó su pistola sobre la mesa junto a ellos.

—Existe un orden en el proceso —dijo. Sus ojos se dirigieron de nuevo a Benedikt, una llamarada de irritación en aquella fugaz mirada—. No podemos hacer que las cosas sucedan sólo porque lo queremos. A eso se le llama tiranía.

¿Qué tan rápido podría Benedikt alcanzar su arma? La pistola sobre la mesa se burlaba de él, tan cerca como para que el general Shu la recuperara de inmediato, pero lo suficientemente lejos como para dar la falsa impresión de que no era una amenaza.

—Bàba, te hago solamente una pregunta —dijo Marshall—. Si pido ayuda para salvar a mis amigos, ¿estás conmigo o contra mí?

El general Shu emitió un ruido desdeñoso.

—Ése es precisamente tu problema —le contestó—. Crees que todo puede ser únicamente bueno o malo, heroico o malvado. Te acogí en mi hogar para enseñarte a ser un líder, y resulta que no puedes permanecer fiel a tu palabra.

—Mi palabra…

El general Shu prosiguió.

—Seguimos las reglas que vienen de los altos mandos. Erradicamos a aquellos que amenazan la paz. Y tú, que eres mi hijo, seguirás mis pasos. No hay otra opción respetable.

La lluvia caía ruidosamente alrededor de la casa. Benedikt casi temía que Marshall cambiara de opinión, que el llamado de la familia, de su legado, fuera algo demasiado fuerte para resistirse.

En ese momento Marshall dijo:

—Olvidas una cosa. No me criaron de forma respetable. Crecí como un gánster.

Y antes de que el general Shu pudiera impedirlo, Marshall tomó la pistola sobre la mesa y golpeó a su padre con fuerza en la sien.

Benedikt se lanzó hacia delante, con los ojos muy abiertos cuando Marshall atrapó a su padre y lo acomodó en el sofá. Los ojos del general Shu estaban cerrados. Su pecho parecía inmóvil.

—Por favor, dime que no acabas de cometer parricidio —le dijo.

Marshall entornó los ojos. Puso un dedo debajo de la nariz de su padre, confirmando que el general todavía respiraba.

—¿No crees que ya a estas alturas he perfeccionado la forma de noquear a alguien? —replicó Marshall.

—Sólo digo que la punta de la pistola me parecía un poco afilada…

—Dios… eres imposible —se quejó Marshall, haciéndolo callar, con un gesto imitando el movimiento de cerrar una cremallera sobre los labios. El tiempo vuela. Encontremos ese sello.

Cuarenta y tres

—¿Los ves?

—No —respondió Roma tensando la mandíbula—. Para nuestra desgracia, el litoral se encuentra atiborrado de personas.

—Si hubiéramos sabido, habría elegido un punto de encuentro menos impreciso —murmuró sarcástica Juliette. Con un suspiro cambió de posición, tratando de sostener sus brazos sobre la cabeza de Alisa, bloqueando la lluvia. Al menos podría hacer las veces de un paraguas mientras Roma hacía el reconocimiento de la costa.

Esto no iba a funcionar. La lluvia estaba interfiriendo con su visibilidad; Juliette podía ver a los manifestantes y huelguistas que avanzaban, pero no podía distinguir las caras más allá de unos pocos metros delante de ella. Roma y Juliette estaban vestidos de civil, lo que les permitía mezclarse en la ciudad, pero eso mismo impediría que Benedikt y Marshall pudieran verlos, incluso si los dos ya habían llegado al litoral, pues estaban acostumbrados a identificar las limpias y planchadas camisas blancas de Roma y los elegantes vestidos de cuentas de Juliette. Ninguna de esas cosas estaban presentes en aquella ocasión.

—Roma, ya casi es mediodía.

—Vendrán —insistió Roma—. Sé que lo harán.

Juliette miró hacia el río mordiéndose el labio. A lo largo de cada rampa había botes apiñados para dejar espacio a los numerosos buques de guerra extranjeros que seguían llegando, con banderas rojas, blancas y azules. Aquel poderío naval sin duda era usado para evitar que la revuelta afectara sus intereses en Shanghái. Un recordatorio de su dominio

conquistador que bien podrían volver a ejercer.

—¿Qué les parece esta idea? —les preguntó Juliette. Intentó secarse la lluvia de la frente, aunque no tenía mucho sentido ante semejante aguacero—. Voy a encontrarme con mi contacto. Haré acto de presencia e intentaré ganar algo de tiempo después del mediodía. Tan pronto como aparezca tu primo, nos marchamos.

—Tan pronto como él aparezca con Marshall —corrigió Roma. Luego, al ver el ceño fruncido de Juliette, se inclinó y le plantó un beso en la mejilla—. Ve. Estaremos aquí.

Juliette aún seguía apretando los dientes contra su labio inferior cuando se dio la vuelta y comenzó a caminar por el malecón. El muelle que habían estado buscando estaba a la vista, a la izquierda del sitio en donde estaban Roma y Alisa. Siempre y cuando los hermanos Montagov no se movieran, ella los seguiría viendo con el rabillo del ojo mientras caminaba, eso sí, teniendo cuidado, claro está, de no resbalar sobre las superficies mojadas.

Estos muelles solían bullir de actividad. Juliette no podría decir si la quietud del ajetreo comercial se debía simplemente al alboroto en las calles que lo eclipsaba todo o si era porque los pescadores tenían demasiado miedo para aventurarse a navegar.

—Da Nao —dijo Juliette en el momento de ver a su contacto, un hombre barrigón que mascullaba un palillo. Estaba de pie bajo el toldo de su diminuto bote, un navío que parecía de juguete en comparación con el buque de guerra atracado a su derecha. Al escuchar el llamado de Juliette, Da Nao alzó la vista y comenzó una rijosa danza hasta que al fin terminó de desatar su bote del muelle.

—Cai Junli — la saludó aquel hombre—. Pensé que la nota de tu prima era una broma.

—Esto no es ninguna broma. ¿Estás dispuesto a llevarnos?

Lentamente Da Nao se fue incorporando hasta quedar a la altura de la joven, sus ojos moviéndose de izquierda a derecha al decir:

—¿Adónde esperan ir?

—Cualquiera que sea la costa a la que puedas llegar primero — respondió al instante Juliette—. Yo… No puedo quedarme más tiempo. No con la manera en que los Escarlatas se están comportando.

Por un instante que pareció eterno, el pescador no dijo nada. Volvió a

agacharse y siguió recogiendo la soga a sus pies. Fue entonces que habló:

—Sí. Puedo llevarlos. Al sur.

Juliette respiró aliviada.

—Gracias —le dijo en el acto—. Te pagaré lo que me pidas…

—¿Quién más vendrá contigo?

Su pregunta llegó de forma abrupta, a borbotones, como si no pudiera pronunciar las palabras lo suficientemente rápido. Juliette sintió un aguijonazo de sospecha, pero lo descartó, confiando en que fuera tan sólo producto de la tensa situación que se vivía en la ciudad.

—Roma Montagov —respondió ella al tiempo que rezaba para que su voz no temblara al decirlo. Da Nao era simpatizante del comunismo, había dicho Kathleen. Incluso con su doble vida como pescador alineado con la Pandilla Escarlata, le daba poca importancia a la guerra entre clanes—. Junto con su hermana y dos de sus hombres.

Da Nao había terminado de recoger las sogas sobrantes. Sólo quedaba una cuerda delgada con la que mantenía su barco atracado.

—¿Ahora viaja usted con los Montagov? Los mares siguen siendo vigilados, señorita Cai. Es posible que encontremos problemas para abandonar el territorio.

—Te pagaré lo que me pidas para que nos mantengas escondidos. Tan sólo sácanos de aquí.

Aunque Da Nao había terminado de ordenar todo a su alrededor, continuó inspeccionando el piso de su bote.

—¿Ellos la obligan a que los ayude, señorita Cai? Puede decirme si lo están haciendo.

Juliette parpadeó. La lluvia le causaba bastante escozor en los ojos. Ni siquiera había considerado que el pescador pudiera pensar que ella estaba actuando en contra de su voluntad. ¿Por qué justamente eso fue lo primero que atravesó la mente del hombre y no la conclusión más sencilla de que Juliette simplemente había traicionado a los Escarlatas?

—Nadie me obliga a hacer nada —dijo y apretó los puños—. Roma Montagov es mi esposo. Ahora, ¿puedo subir a bordo y resguardarme de esta lluvia?

El palillo en la boca de Da Nao se movió arriba y abajo. Si lo sorprendió escuchar esa confesión de parte de la joven, no lo demostró.

—Por supuesto —aceptó y sólo entonces la miró de frente sacándose el

palillo de la boca—. Va a tener que despojarse de sus armas antes de abordar. No quiero ofenderla, señorita Cai, pero conozco a los gánsteres. Primero lance todo al agua.

Juliette se puso rígida, dirigió hacia atrás su mirada a lo largo del malecón. Incluso a la distancia podía sentir que Roma la estaba mirando y había percibido su desazón. Levantó una mano para indicar que se encontraba bien y, exhalando un suspiro, extrajo los cuchillos que llevaba en los muslos. Además del dinero en efectivo dentro de la bolsa que colgaba en sus hombros, había pensado que aquellas armas adheridas a su piel podrían en algún momento intercambiarse como objetos de valor.

—De acuerdo —aceptó Juliette, al tiempo que los cuchillos chapoteaban contra la superficie del agua. Flotaron por un segundo antes de hundirse en las oscuras olas.

Da Nao arrojó su palillo al suelo.

—Todas las armas, señorita Cai.

Con un suspiro de resignación, Juliette zafó el alambre que tenía alrededor de la muñeca y lo arrojó al agua.

—¿Satisfecho? —preguntó ella.

—No en realidad.

Se produjo un movimiento repentino detrás de Da Nao. Un hombre salió con una pistola apuntando a su cabeza, su expresión era tensa. Juliette lo reconoció. Era un Escarlata que alguna vez le sirvió de mensajero.

—Por favor, comprenda —se excusó Da Nao, su voz apenas audible con el fragor del río que corría debajo—, por mucho que quiera ayudarla, señorita Cai, ellos llegaron primero.

Entonces el Escarlata disparó y la cabeza de Da Nao pareció explotar en un chorro rojo; el proyectil lo había matado al instante. Con un grito ahogado de horror, Juliette se lanzó hacia el frente preparándose para un combate, pero su adversario no dirigió su pistola hacia ella. Apuntó hacia arriba y disparó una, dos, tres veces. Cada una de las balas atravesó el toldo del barco de pesca y siguió su camino hacia lo alto, con el característico *¡bang! ¡bang! ¡bang!* lo suficientemente sonoro como para ser escuchado por encima de la tormenta.

Era una señal.

No.

Juliette giró rápidamente sobre sus talones. Al instante vio las formas borrosas de Roma y Alisa, pero para entonces ya se producía un movimiento en sentido contrario entre la multitud, pues los Escarlatas que habían estado haciendo guardia se dirigieron al malecón como si de un escuadrón especial se tratara.

—¡ROMA! ¡ALISA! ¡CORRAN, CORRAN AHORA MISMO! —alcanzó a gritar Juliette antes de que alguien la abordara desde un costado—. ¡Deténgase! —se quejó ella—. ¡Aléjese de mí!

Su instinto tomó las riendas. La joven echó la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas y lastimó a uno de sus atacantes. Se escuchó un crujido escalofriante, como el de una nariz que se rompe, y cuando aquel hombre aflojó momentáneamente el agarre alrededor de sus brazos, ella logró liberarse y comenzar a correr.

Habían interceptado la nota de su prima. Todo este tiempo habían estado un paso por delante de ella, aguardando cerca de Da Nao a que llegara, sin siquiera tener que buscarla. Juliette debería haber sabido que habría ojos pendientes de su plan en todas partes. Ella tendría que haber sabido que su padre y su madre harían todo lo posible para averiguar qué pretendía Juliette después de fingirse muerta y desaparecer en medio de la noche.

La joven se apartó del muelle, enjugándose frenéticamente la lluvia del rostro para aclarar su visión. *Allá*: vio nuevamente a Roma y a Alisa, esta vez rodeados por un grupo de Escarlatas con armas de fuego. Pero Roma no estaba indefenso; pistola en mano, logró despachar a dos Escarlatas.

Fue superado en número, sin embargo. Antes de que Juliette pudiera llegar hasta ellos, sus adversarios ya lo habían desarmado.

—¡No lo toquen! —gritaba ella.

En el momento en que Juliette echó a correr en dirección a Roma, los Escarlatas más cercanos se abalanzaron sobre ella; la joven hizo todo lo posible por librarse de ellos y se agachó a toda velocidad, deslizándose debajo de los brazos extendidos, pero ella estaba desarmada y aquellos hombres ya no le eran leales. Justo cuando Juliette se levantaba de nuevo, uno de los Escarlatas presionó el cañón de su arma contra la cabeza de Roma.

Y Juliette se quedó completamente inmóvil.

Dos de aquellos hombres la sujetaron por los hombros. Todos los

rostros en derredor le eran familiares, algunos incluso por nombre, si se esforzaba en pensarlo un poco más. Bajo la lluvia torrencial, ellos se limitaban a verla con miradas de odio.

—No lo hagan —logró decir la joven—. No se atrevan a lastimarlo.

—Es culpa tuya por entregárnoslo directamente —el Escarlata que había hablado le parecía aún más familiar que el resto, sin duda de rango mayor, quizás hasta habría sido un hombre bajo el mando de Tyler. En su mirada resplandecía un brillo de alegría, la misma sed de sangre que Juliette ya estaba tan cansada de ver—. Afortunadamente para ti, no tienes que mirar. Llévenla ante Lord Cai.

—¡No! —no importaba cuánto se resistiera. Con Escarlatas por doquier, sus adversarios la levantaron fácilmente por los brazos y comenzaron a arrastrarla lejos de allí—. ¡Cómo se atreven…!

Por supuesto que se atrevieron. Ella ya no era la ungida Juliette Cai, heredera de la Pandilla Escarlata, quien debía ser temida y reverenciada. Sino una joven traidora que pretendía escapar con el enemigo.

—¡No lo toquen! —continuó gritando Juliette, alzando la cabeza con todo su vigor.

Los Escarlatas no la escucharon. Comenzaron a llevarse a Roma y a Alisa en sentido contrario, jalando de la chica tan bruscamente que soltó un grito. A medida que la distancia entre ellos crecía, Roma miraba a Juliette con el rostro tan pálido bajo las sombras del cielo que era como si ya estuviera muerto. Quizás el alma de esa chica enamorada estaba llena de malos presagios. Quizás ella estaba viendo el futuro de su amado, quien al final del día podría yacer en el fondo de una tumba, el último del linaje Montagov.

—¡Roma, espera! ¡Espera!

El joven sacudió la cabeza. Estaba gritando algo, una y otra vez, pero el sonido se perdía en medio de la intensa lluvia. Roma siguió gritando aun cuando Juliette desapareció de su vista mientras era llevada a la fuerza fuera del Distrito Histórico.

Fue sólo entonces que Juliette se dio cuenta de lo que Roma había estado intentando decirle, con sus ojos desolados como si ya hubiera perdido toda esperanza de volver a verla.

Te amo.

La lluvia caía inclemente, pero ni así desalentaba a las multitudes que se desplazaban por la ciudad.

Incluso si Celia hubiera decidido repentinamente abandonar la comitiva, no habría tenido acceso a una ruta de salida. Estaba encajonada por todos lados, rodeada de trabajadores, estudiantes y de gente común y corriente que no tenían más aspecto de revolucionarios del que ella misma. Y sin embargo, ahí estaban, gritando a todo pulmón, desplegando en el aire grandes pancartas con consignas escritas de su puño y letra.

—*¡Protejan el sindicato!*

Ya arribaban a la calle Baoshan, muy cerca de su destino. Celia no gritaba a la par de la muchedumbre, pero lo observaba todo con gran atención. Entre aquel tremendo caos, se puso a la altura de las circunstancias, y se elevó muy por encima de todo lo circundante.

—*¡No nos rendiremos!*

Ni una sola persona en aquella marcha portaba armas de fuego, únicamente pancartas escurriendo tinta. Estaban allí para dejar en claro su postura: serían capaces de lograr sus objetivos con la mera fuerza de su voluntad. Ellos eran *el pueblo*. Una ciudad no era nada sin su gente; una ciudad no podría prosperar ignorando las necesidades básicas de la mayoría.

El gobierno debería *temerles*.

—*¡Abajo el gobierno militar!*

La comitiva viró al llegar a una esquina, y a Celia de inmediato la invadió el horror al descubrir interminables filas de tropas nacionalistas que se interponían en su camino. Presa del instinto quiso detener sus pasos, pero la marcha no estaba dispuesta a interrumpir su avance, por lo que ella tampoco pudo parar y siguió en movimiento.

—No… —murmuró Celia.

Los soldados se pusieron en guardia. Los que estaban en tierra iban armados con bayonetas; los que estaban en plataformas superiores no apartaban la vista de las miras telescópicas de sus ametralladoras. Una barricada de estacas de madera bloqueaba abruptamente la calle y, a cien pasos de ella, todos los cañones de los soldados apuntaban a la multitud, listos para disparar. Sus semblantes se veían sombríos. Se agazapaban detrás de montones y montones de sacos de arena, usándolos como escudos contra el mar de gente que se aproximaba. Pero ¿qué podrían

hacer ellos contra eso? La protesta estaba *desarmada*.

No dispararán, pensó Celia. La multitud se acercaba cada vez más. *Con seguridad no lo harán*.

La marcha colisionó contra la barricada. Los trabajadores empujaban de un lado, los gánsteres y las tropas del otro. Celia no podía respirar, se sentía fuera de su cuerpo, apenas un alma que flotaba sobre la multitud supervisándolo todo. Ya era como un alma en pena volando sobre el caos, arremolinándose bajo la lluvia.

—*¡Abajo el gobierno de los gánsteres!*

Los trabajadores finalmente derribaron la barricada y siguieron de frente en pos de las tropas. El caos reinaba en ambos lados.

Fue entonces cuando un destello de luz quedó registrado en la visión periférica de Celia, despertando en ella un sexto sentido que le indicaba que algo andaba mal. Se volteó para recorrer con la mirada la escena completa, mientras respiraba rápido. Vio dos cosas a la vez: primero, un movimiento en un callejón cerca de la barricada superada, algo que brillaba y luego se escabullía entre las sombras; segundo, el destello del metal que sujetaban las manos de un hombre a unos pocos pasos de distancia.

—¡Deténgase! —Celia se desgañitó lanzándose hacia el frente, pero ya era demasiado tarde. El señor Ping, el mismo señor Ping del círculo interno de la Pandilla Escarlata, apuntaba al cielo pistola en mano, y cuando ella se estrelló contra él, el proyectil ya había sido liberado con un estruendo multiplicado por el pavor de la multitud. A su alrededor, los trabajadores miraban con los ojos desorbitados, incapaces de comprender aquel sonido.

¡Ésta es una manifestación pacífica!

¿Quién es ese tipo? ¿Por qué tendría que hacer eso?

Agáchense. ¡Agáchense!

Celia retrocedió tambaleándose y se llevó a la boca ambas manos empapadas por la lluvia. El señor Ping ahora estaba allí, inmóvil frente a la multitud que le exigía respuestas. Pero él no tendría necesidad de explicarse. Su misión estaba completa: sacrificar la vida en beneficio de los Escarlatas. Si la pandilla así lo requería, el círculo interno ofrecería su propia sangre.

Dentro de la línea armada de los nacionalistas, una voz de mando gritó:

—¡Fuego a discreción!

—Déjenme ir —dijo Juliette apretando los dientes—. ¡Suéltenme!

Habían estado caminando durante tanto tiempo bajo la lluvia que ya estaba completamente empapada. Cada vez que intentaba sacudirse, su cabello chorreante se balanceaba de izquierda a derecha para dispersar el agua. Si hubiera sido otro el día, la distancia entre el Distrito Histórico y la mansión Cai hubiera requerido de un auto. Ahora era imposible que algún vehículo pudiera atravesar la ciudad. Lo mejor era ir a pie, y cuanto antes, no fuera que quedaran súbitamente atascados detrás de una multitud y el retraso diera lugar a un intento de rescate de su prisionera. Al menos, eso era lo que había escuchado de los dos Escarlatas que la retenían, quienes no habían tenido ningún empacho en discutir tales asuntos en presencia de ella. Recordó que el que estaba a su izquierda se llamaba Bai Tasa. El de la derecha se negaba obstinadamente a revelar su nombre.

—Bloquearon la calle Baoshan —dijo Bai Tasa haciendo un esfuerzo por ignorar las contorsiones de una Juliette que intentaba por todos los medios liberarse.

Ya habían entrado a la zona custodiada por la guardia nacionalista y el mínimo gesto de Bai Tasa sería suficiente para que los soldados los dejaran pasar, apartando a los manifestantes. Por supuesto, incluso antes de que entraran en las zonas controladas por los nacionalistas, nadie se había molestado en echar un segundo vistazo a Juliette, por más que ella gritara. Todos el mundo estaba gritando igual de fuerte.

—¿Y eso nos importa? —el Escarlata a la derecha respondió bruscamente—. De cualquier manera estamos cortando camino detrás de la barricada.

—Sólo son diez minutos adicionales si rodeamos —expuso Bai Tasa.

—Son diez minutos que no me sobran. Esta gentuza me saca de quicio.

Juliette trataba de hundir los tacones en el pavimento. Lo único que logró fue destrozar sus zapatos y que las suelas se rasgaran contra el suelo.

—Esperen un minuto —los interrumpió ella—. ¿Estamos cortando camino por detrás? ¿Estamos pasando cerca del extremo final de la protesta?

Aunque los Escarlatas no le respondieron, era una conjetura probable derivada del ruido que provenía de la intersección a la cual se acercaban

rápidamente. Las casas a su alrededor parecían temblar, sus terrazas vacías y sus imponentes exteriores relucían en aquel día gris. No había prestado atención antes, pero ahora observó vehículos militares estacionados a lo largo de la calle. Sólo que… estaban vacíos, como si los soldados nacionalistas que los ocupaban hubieran sido trasladados a otro lugar.

—¿Qué está pasando? —Juliette demandó de nuevo una respuesta, aunque sabía que los Escarlatas no se la darían.

Pasaron la intersección y cuando Juliette volteó para mirar hacia la otra calle, pudo ver las espaldas de cientos de nacionalistas. El mero número le infundió un pánico que le calaba los huesos, y eso fue *antes* de que se diera cuenta de que estaban guarecidos detrás de barreras improvisadas con sacos de arena, y que contaban con ametralladoras que apuntaban calle abajo mientras el ruido crecía y crecía.

Juliette hizo acopio de lo que le restaba de energía para arrojarse al suelo. Los Escarlatas no se lo esperaban; Bai Tasa trastabilló y casi tropieza cuando la joven se tumbó frente a él. El otro Escarlata refunfuñó jalando los brazos de la joven mientras Juliette luchaba por mantenerse agachada. Su atención estaba concentrada en la escena que tenía delante, en los manifestantes que aparecían a la vista y se acercaban a la barricada de madera. ¡Había tantos de ellos! Muchísimos más que los nacionalistas parapetados detrás de sus escudos improvisados, pero los nacionalistas los tenían rodeados desde múltiples ángulos, y les apuntaban con sus armas de alto impacto. ¿Cómo se suponía que terminaría esto? No podía ser nada bueno.

Juliette hizo un esfuerzo por incorporarse tras decidir que había visto suficiente.

Antes de que Bai Tasa pudiera inmovilizarla de nuevo, la joven colocó sus dedos sobre la muñeca del Escarlata como si fuera un torno de hierro.

—¡Den la orden de alto! ¡Hagan que se detengan!

A su favor hay que decir que Bai Tasa no se inmutó. El otro Escarlata rápidamente le quitó a Juliette de encima y dijo en tono de reproche:

—Te dije que no deberíamos haber tomado este camino.

—Mis disculpas, señorita Cai —dijo Bai Tasa, ignorando a su compañero. Entonces él mismo volteó hacia la escena que tenían ante ellos, hacia los nacionalistas uniformados y los obreros que se aproximaban cada vez más. Podría haber sido la imaginación de Juliette,

pero aquel hombre parecía realmente afligido. Posó una mano en la espalda de la joven como si con aquel gesto quisiera ofrecerle consuelo, como si su opinión personal al respecto *importara* de algo allí—. Usted ya no está al mando.

Un disparo retumbó desde la apretada comitiva de los manifestantes …

Creo que nunca estuve al mando, pensó Juliette vagamente.

… y los nacionalistas también abrieron fuego.

—¡No! —gritó Juliette.

Los Escarlatas la contuvieron antes de que pudiera dar siquiera dos pasos. La joven no tenía energía para confrontarlos. Simplemente se dejó conducir, con su voz haciéndose más y más tenue tras cada repetición: *no, no, no*.

Una lluvia de plomo cayó contra trabajadores y estudiantes, contra la gente común. Perforó sus piernas, sus torsos, sus cabezas. Uno tras otro, unos *sobre* otros, se iban derrumbando como si alguien estuviera cortando las cuerdas vitales que los sostenían.

Masacre. Lo que acontecía era la definición misma de la palabra.

Los soldados nacionalistas siguieron disparando y los casquillos vacíos se apilaban a sus espaldas, detrás de su línea de defensa. Estaba claro que los manifestantes no se defenderían, ¿cómo podrían?, y, sin embargo, las balas continuaban lloviendo. Buena parte de la multitud había retrocedido presa del pánico e intentaba escapar, pero sus verdugos continuaban disparando, hasta que las balas se hundieran en sus espaldas, hasta que sus rodillas se doblaran y sus cuerpos quedaran inertes sobre el húmedo cemento y los rieles del tranvía.

Incluso desde donde estaba Juliette, el olor a sangre era ya penetrante.

—Tenemos que avanzar —los instó Bai Tasa cuando salió de su aturdimiento. El tiroteo había disminuido, pero no se había detenido del todo.

Kathleen, murmuró Juliette para sus adentros. ¿Estaría su prima entre la multitud? ¿Podría sentirlo, tal como sentía la muerte de una ciudad agitándose bajo sus pies, como un animal salvaje en los estertores finales de su libertad antes de que la trampa mortal se cerrara para siempre?

—¿Qué dijiste? —preguntó el pandillero Escarlata a su derecha. Ésta era la primera vez que le había hablado directamente a Juliette. Tal vez se debía al impacto que le producía lo que acababan de presenciar. Tal vez

había olvidado por qué la llevaban contra su voluntad, quizá había olvidado con certeza a quién le había entregado su lealtad. Muchos de esos trabajadores que ahora yacían muertos en las calles probablemente habían estado alineados con los Escarlatas unas pocas semanas atrás. Se suponía que la lealtad los mantendría a salvo. Las guerras entre clanes y las guerras civiles se basaban en premisas de lealtad.

¿De qué había servido? Todo cambiaba y moría en un abrir y cerrar de ojos.

—Nada —dijo Juliette con voz áspera, sintiendo que los ojos le ardían —. Nada.

Vislumbró movimiento en el callejón junto a la línea de defensa de los nacionalistas. Mientras los Escarlatas empujaban a Juliette para que siguiera caminando, lo único que podía ella hacer era mirar horrorizada la escena, a los insectos que se arrastraban lentamente por el suelo corriendo hacia los nacionalistas. Juliette no podría haber lanzado un grito de advertencia aunque lo hubiera intentado; su garganta estaba seca por completo. Cuando fue disparado el último de los proyectiles, los insectos se precipitaron sobre los zapatos de los soldados y treparon bajo las perneras de sus pantalones. Los hombres detrás de los sacos de arena se pusieron de pie de un salto lanzando gritos de horror, pero ya era demasiado tarde: habían sido infectados. No caerían doblegados de inmediato, no era el caso cuando el número de insectos era reducido. La infección crecería y crecería, sin embargo.

La vacuna de Lourens no estaría lista tan pronto. Estos soldados eran hombres muertos. Los nacionalistas —todos y cada uno de ellos, todavía manchados con la sangre de los trabajadores—, sabían lo que ocurriría. Bai Tasa parpadeó desconcertado y se apresuró a apartar a Juliette de un empujón antes de que los insectos se deslizaran sobre ella, la joven finalmente se vio obligada y caminó sin resistencia.

Se preguntó si los hombres infectados esperarían a que llegara la locura, o si antes de que eso ocurriera apuntarían el rifle a sus propias cabezas.

Cuarenta y cuatro

—Sigue. No pares.

Benedikt hizo una mueca y estuvo a punto de resbalar desde las tejas del techo. La lluvia caía a cántaros. El lado positivo de la tormenta es que resultaba improbable que los Escarlatas a los que ellos estaban siguiendo miraran hacia arriba y los vieran siguiéndolos desde los tejados, aproximándose cuando rodeaban las calles comerciales más estrechas y manteniéndose a distancia cuando los senderos se ensanchaban. En cuanto a la parte negativa… Benedikt estuvo muy cerca de caer y aterrizar con un sonido de *plaf* en las aceras de abajo.

—¿Cómo diablos hacías esto tan a menudo? —preguntó Benedikt a Marshall, mientras se apartaba el cabello empapado de la frente. En segundos, la lluvia lo había devuelto al mismo lugar.

—Simplemente soy más ágil que tú —respondió el grandulón, que se dio la vuelta por un segundo para echar otro vistazo a los Escarlatas que avanzaban sin detenerse y quienes seguramente seguirían con el mismo ritmo por un buen rato—. Vamos.

Marshall extendió una mano. Benedikt se apresuró a tomarla, y entrelazó sus dedos, en parte para estar cerca y en parte porque realmente necesitaba que lo sostuvieran para evitar que su tobillo cediera por completo. Al poco tiempo, los Escarlatas parecieron disminuir la velocidad y Marshall se detuvo, con los labios apretados mientras los observaba.

Benedikt miró por encima del hombro de Marshall. Mientras aguzaba la mirada en medio de la lluvia, no pudo ahogar el bufido que se le escapó cuando trató de poner el mismo peso en ambos pies. La atención de su

amigo giró hacia él de inmediato, y procedió a examinarlo de arriba abajo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada —dijo Benedikt—. ¿Cómo vamos a acercarnos a ellos?

Los Escarlatas se habían detenido frente a un edificio que parecía un cuartel de policía, aunque era difícil leer el despintado letrero en francés de la fachada. Marshall y Benedikt habían llegado al Distrito Histórico demasiado tarde. Con horror alcanzaron a ver cuando Roma y Juliette eran separados y llevados en direcciones contrarias. Marshall estuvo a punto de lanzarse a toda prisa al encuentro del grupo, con la intención de detenerlos con la nueva "orden especial" del general Shu, pero era muy arriesgado, pues sería muy sospechosa su llegada justo en ese momento. Había más posibilidades de éxito si esperaban a que los Escarlatas llegaran a su destino.

Así que Benedikt y Marshall decidieron seguir a Roma. No había tratado de escapar durante todo el recorrido: permanecía inmóvil entre los Escarlatas que lo habían atrapado, sin decir palabra excepto para asegurarle de vez en cuando a Alisa que todo estaría bien. La chica, por otro lado, se sacudía y pataleaba con tanta fiereza como le permitían sus fuerzas, e incluso había intentado morder a uno de los Escarlatas. Nada de eso había surtido efecto; los hombres hacían todo lo posible por ignorar a la niña y simplemente continuaban avanzando.

Ahora, que habían llegado a su destino, uno de los Escarlatas discutía con un guardia nacionalista que hacía guardia junto a las puertas. Roma y Alisa estaban de pie bajo la lluvia a merced de sus captores; ambos parecían fuera de lugar en esas calles vacías. Habría más civiles caminando por allí si los nacionalistas no hubieran despejado los caminos con sus vehículos militares. Y habría más civiles presenciando aquella extraña escena —los Montagov bajo el control de los Escarlatas—, si los nacionalistas no hubieran arrasado con todos los que estaban a su alcance con todo el armamento a su alcance.

—Creo que tendremos que hacerlo ahora —dijo Marshall, vacilante—. No sé si adentro nos aguarda una celda o un pelotón de fusilamiento.

—Entonces vamos —convino Benedikt. Apenas había dado un paso adelante para saltar del tejado cuando el brazo de Marshall lo detuvo a toda prisa.

—¿Con tu tobillo así? Quédate aquí, Ben. Tiene más sentido si aparezco

yo solo como un emisario urgente. Además, tú todavía vas vestido de civil.

Antes de que Benedikt pudiera protestar, Marshall Seo ya estaba deslizándose del techo, para después descolgarse de las canaletas, ayudándose con las yemas de los dedos y luego dar un salto para aterrizar limpiamente.

—Mantente alerta —masculló Marshall a manera de despedida.

El joven desapareció rápidamente metiéndose por el callejón más cercano para luego emerger entre dos de los edificios, hasta ir a dar a la calle principal. A Benedikt no le gustaba quedarse atrás, pero tenía que admitir que no habría sido sencillo acompañar a Marshall. Desde donde estaba pudo ver a su amigo acercarse al grupo, con una postura muy recta, fingiendo ser un soldado nacionalista. El joven empezó a hablar con uno de los Escarlatas, para en seguida mostrarle la nota falsificada que extrajo de su saco. Entretanto, el otro Escarlata que había emergido de la lluvia y se guarecía bajo el alero del cuartel de policía *seguía* discutiendo con el soldado que hacía guardia. El Escarlata, tal y como Benedikt pudo observar, arremetió golpeando la gorra del soldado y se la quitó de la cabeza.

Benedikt se preguntó cuál podría ser el punto de discordia en estos momentos precarios. ¿No era la misión de los nacionalistas capturar a los Montagov? ¿Por qué mantendrían a Roma fuera del cuartel durante tanto tiempo? ¿No les preocupaba que alguien intentara rescatarlo?

—¡Oye!

La voz de Roma sonó estentórea. Los Escarlatas, los dos soldados fuera de la estación, Marshall, todos se giraron para mirarlo, desconcertados, pero la atención del joven Montagov estaba fija en el soldado que volvía a acomodarse la gorra.

—¿Por qué tu gorra es tan grande? Es raro, no te queda en absoluto.

De repente la lluvia pasó a ser una ligera llovizna. Su sonido estridente amainó y fue como si los oídos de Benedikt se hubieran destapado, como si de nuevo pudiera pensar con claridad. Se dio cuenta de las implicaciones de lo que Roma decía. El hombre que vigilaba la puerta no era un soldado nacionalista. Lo habían plantado allí para impedir que nadie entrara.

Entonces las puertas de la estación se abrieron de golpe. Y de adentro brotó un caudal de trabajadores armados todos ellos con rifles.

—Oh… no, no, no…

La mirada de Marshall se centró en Benedikt, su brazo imitando un tajo en la garganta. *¡No! Quédate ahí*, le advirtió Marshall, justo cuando Dimitri apareció detrás de los trabajadores y se detuvo en el último escalón del cuartel. Los trabajadores se desplegaron.

—Yo me encargaré a partir de aquí —dijo Dimitri—. Disparen a los Escarlatas.

Los aludidos no tuvieron la oportunidad de ofrecer resistencia. Algunos lograron alcanzar sus armas, otros se las arreglaron incluso para detonar un disparo, pero los revolucionarios los tenían cercados, con los fusiles apuntando hacia ellos, y con un *¡pop-pop-pop!* que reverberó a lo largo de toda la calle, uno a uno fueron cayendo, con los ojos vidriosos y en blanco, y las heridas abiertas en sus pechos. La sangre se derramaba en todas direcciones. Cuando Marshall levantó los brazos, indicando que se rendía, el flanco izquierdo de su cuello estaba completamente salpicado de sangre.

Esto está mal. Esto está muy, muy mal.

El último de los gemidos agonizantes se desvaneció en el silencio.

—Mejor sería que nos mataran de un tiro —advirtió Roma en medio del silencio mortal. Ahora el mayor ruido era el tintineo de los casquillos de bala que caían de los rifles y se esparcían por el suelo—. ¿O tendremos el honor de ser destrozados por sus monstruos?

Dimitri sonrió.

—Esta misma noche tendrás el honor de una ejecución pública, por tus crímenes contra los honrados obreros de esta noble ciudad —dijo él pausadamente—. ¡Llévenselos!

Marshall no se resistió, amenazado como estaba por el extremo afilado de una bayoneta. Caminó junto a Roma, con los brazos aún en alto, y no levantó la vista, aunque estaba seguro de que Benedikt los miraba. Por su parte, él estaba seguro de que Marshall se había contenido para evitar atraer la atención hacia su amigo, pero aun así lo maldijo por ello. Porque si ese grandulón caminaba irremediablemente al patíbulo, entonces Benedikt necesitaba que *lo mirara*, una última vez…

El joven en el tejado se incorporó, apretando los dientes con firmeza. Hallaría la forma de salvarlos.

Antes de que cualquiera de los hombres de Dimitri pudiera verlo, Benedikt se apresuró a saltar desde el techo y comenzó a correr en en la

otra dirección.

Cuarenta y cinco

—¿Te importaría decirnos qué pretendías?

Juliette tocó el edredón que tenía sobre los hombros y peinó con sus dedos los hilos sueltos. Su mirada permaneció desenfocada, vuelta en dirección a su balcón mientras contemplaba la tarde gris. La lluvia había cesado. A medida que la tierra volvía al silencio, también lo hacían los cielos.

—Cai Junli.

Juliette cerró los ojos. El uso de su nombre verdadero tenía el efecto contrario al que su madre probablemente pretendía. Lady Cai quería que su hija se diera cuenta de la gravedad de la situación en la que se encontraba; en cambio, Juliette sentía como si su madre se dirigiera a otra persona, alguna falsa manifestación de la chica que se suponía que ella era. Durante todo este tiempo, sus padres la habían dejado ser *Juliette*: le habían permitido ser salvaje, impulsiva. Ahora querían de nuevo a la obediente hija perdida, pero ella sólo sabía ser Juliette.

—¿Ustedes tienen alguna idea de lo que pasó en las calles? —susurró a manera de respuesta a la pregunta de su madre. Ésta era la primera vez que veía a sus dos padres dentro de su dormitorio al mismo tiempo. La primera que se ausentaban un momento de una fiesta dentro de su propia mansión y centraban su atención en su hija—. Sus amigos nacionalistas que ahora tan tranquilamente socializan y beben champán allá abajo abrieron fuego contra una protesta pacífica. Asesinaron a *cientos* de personas.

No importaban las infecciones. No importaba que la locura pronto se

extendiera entre los soldados. Los nacionalistas los pondrían en cuarentena para evitar la propagación de aquella *enfermedad*, pero Juliette dudaba que eso marcara alguna diferencia. Los monstruos podrían estar actuando en ese mismo momento, infectando silenciosamente a tantos como pudieran. Violencia en ambos lados: así es como sería siempre una ciudad envuelta en la guerra.

—No estás precisamente en una situación para dar sermones a nadie —dijo Lady Cai con la voz serena.

Juliette apretó con más fuerza el edredón que la rodeaba. Los Escarlatas la habían cargado hasta su dormitorio cuando la llevaron de vuelta a la mansión de los Cai, la habían sentado en su cama y le pidieron que no se moviera mientras sus padres se encontraban con ella. No debía alejarse de la habitación, como si fuera una prisionera en su propia casa. Aquel *era* su lugar. El *único* lugar que había para ella.

—Fue una auténtica *masacre*, mamá —dijo bruscamente Juliette poniéndose de pie como un resorte—. ¡Va en contra de todo lo que creemos! ¿Dónde quedó la lealtad? ¿Dónde quedó el orden?

A sus padres no les afectó en lo absoluto el comentario de Juliette. A los ojos de la joven ambos podrían haber sido perfectamente intercambiables por estatuas de mármol.

—Valoramos el orden, la familia, la lealtad —confirmó Lady Cai—, pero al final del día elegimos dar valor a lo que asegure nuestra supervivencia.

La imagen de Rosalind se dibujó en la cabeza de Juliette. Luego la de Kathleen.

—¿Y qué me dicen de la supervivencia de los que están en las calles? —preguntó Juliette. Cada vez que parpadeaba, podía verlas caer al suelo. Veía cómo las balas se abrían paso a través de las multitudes y les perforaban el pecho.

—Son comunistas que amenazan el tejido de la sociedad —respondió su madre, con tono grave—. Inmundos Flores Blancas que han intentado acabar con nosotros durante generaciones. ¿Quieres que sus vidas sean salvadas?

Cuando Juliette se dio la vuelta, incapaz de hablar a causa del nudo amargo que le abrasaba la garganta, la mirada de su madre la siguió. Eran pocas las cosas que Lady Cai no veía, pocos los detalles que escapaban a su cuidadosa evaluación. Juliette lo sabía y, aun así, se sorprendió cuando su

madre le sujetó con fuerza la muñeca. Los dedos de Juliette quedaron expuestos a la luz proveniente del techo. Sus nudillos resplandecían blanquecinos.

—Dicen que te encontraron con Roma Montagov — su madre apretó con más fuerza—. Te pregunto de nuevo, ¿tendrías la amabilidad de darnos una explicación?

Los ojos de Juliette se dirigieron a su padre, quien aún no había dicho una sola palabra. Su postura era serena; Juliette sintió que el estómago se le retorcía. Mientras lo miraba allí, ocupando un espacio en su habitación, Juliette podía sentirlo *todo*: su propia respiración, la electricidad zumbando en el techo, el murmullo estático de una conversación afuera de la puerta.

Podía sentir cómo su corazón le latía en el pecho.

Suspiró.

—Lo he amado desde hace tanto tiempo que no lo recuerdo como alguien extraño —respondió Juliette—. Lo amaba mucho antes de que nos pidieran que trabajáramos juntos a pesar del odio entre nuestras familias. Lo amaré mucho después de que nos separen simplemente porque ustedes eligen cuándo conviene tomar parte en esta guerra entre clanes.

Su madre le soltó la muñeca. Lady Cai apretó los labios, pero por lo demás no habló. ¿Por qué la sorpresa?, se preguntaba Juliette. ¿Por qué otra razón ella estaría huyendo con él?

—Recibimos en nuestra casa las costumbres de la era moderna, y nunca nos preocupamos en controlar lo que hacías —fueron las palabras con las que en ese momento Lord Cai decidió finalmente tomar la palabra. Su voz resonó como un ronroneo bajo que hizo temblar la habitación—. Ahora veo que fue una equivocación de nuestra parte.

Juliette soltó una risa ahogada:

—¿En serio creen que algo de esto podría haber resultado mejor si me hubieran mantenido encerrada dentro de la casa? ¿Creen que nunca habría aprendido a desafiarlos si me hubieran tenido en Shanghái todos estos años, de haber sido educada exclusivamente por eruditos chinos y sus antiguas enseñanzas? —Juliette golpeó con la mano el tocador y arrojó todas las brochas y los polvos de maquillaje al suelo, pero aquel gesto no fue suficiente, nada era suficiente. Sentía tan amargas las palabras en su boca que podía percibir el sabor—. Hubiera terminado igual. A todos nos mueven los hilos de esta ciudad, ¡tal vez deberían preguntarse primero por

qué luchamos una guerra de clanes antes de preguntar por qué desafié sus preceptos!

—Ya basta —retumbó Lord Cai.

—¡No! —gritó Juliette en respuesta. Su corazón latía desbocado. Si antes había sentido cada estímulo de la habitación, ahora no podía escuchar otra cosa más que su pulso enfurecido y violento—. ¿Han escuchado lo que dice la gente? ¡A esta ejecución de los comunistas y los Flores Blancas la llaman el Terror Blanco, un *terror*, como si fuera otra locura imposible de evitar! ¡Algo se *puede* hacer! ¡Podríamos detenerlo!

Juliette respiró hondo y se obligó a bajar el volumen de su voz. Cuanto más gritaba, más entrecerraban los ojos sus padres, y entonces sintió el súbito temor de que una nueva explosión verbal de su parte los induciría a cerrar para siempre los oídos ante lo que ella decía. Pues no había terminado. Todavía pensaba tener la oportunidad de hacerlos cambiar de parecer.

—Ustedes dos siempre han dicho que el poder reside en la gente —recomenzó Juliette, ahora con un tono más moderado aunque igualmente firme—. Que la Pandilla Escarlata se habría derrumbado si Bàba no hubiera hecho de la membresía una insignia de orgullo entre los civiles. ¿Ahora los dejaremos morir? ¿Ahora dejaremos que los nacionalistas maten a cualquiera que sea sospechoso de sindicalizarse? Pensé que esta guerra entre clanes buscaba justicia. Que el poder y la lealtad predominaran en esta ciudad dividida. Pues éramos *iguales*…

—¿Lo que quieres decir entonces… —la interrumpió Lord Cai con frialdad—, es que preferirías que volviéramos a la época en que los Flores Blancas eran capaces de volar en pedazos nuestra propia casa?

Juliette se tambaleó. Sintió que su pecho se comprimía cada vez más hasta que estuvo segura de que no le quedaba oxígeno en sus pulmones.

—Eso no es lo que quiero decir… —le respondió a su padre, sin saber muy bien lo que diría a continuación. Todo lo que sabía era que nada de esto se sentía *correcto*—. Nosotros estamos por encima de toda esta muerte sin sentido. Somos más que una mera *orden de exterminio*.

Su padre se había dado la vuelta, pero la mirada de su madre permaneció fija en ella.

—¿Qué he intentado enseñarte todo este tiempo? —susurró Lady Cai, visiblemente frustrada—. Lo recuerdas, ¿cierto? El poder reside en la

gente, pero la lealtad es algo volátil.

Juliette tragó saliva. Así que ésta era la Pandilla Escarlata. Habían accedido cuando los extranjeros exigieron una alianza, eligiendo el dinero sobre el orgullo. Habían accedido cuando los políticos exigieron una alianza, eligiendo la supervivencia por encima de todo lo demás. ¿A quién le importaban los valores cuando los libros de historia aún estaban siendo escritos?

—Se los ruego —imploró Juliette cayendo de rodillas para azoro de todos los presentes—. Pónganle fin al Terror Blanco, exijan que los nacionalistas se detengan, que los Flores Blancas sean separados de los comunistas traidores. No tenemos derecho a purgar segmentos completos de una población. No es justo…

—¿Qué sabes tú de lo que es *justo*?

Juliette perdió el equilibrio, se dobló de lado y se dejó caer sobre la alfombra. Podía contar con los dedos de una mano el número de veces que su padre le había levantado la voz. En ese momento él gritó tan fuerte que ella estuvo a punto de creer que el sonido procedía de otra parte. Incluso Lady Cai parpadeaba rápidamente, con la mano apoyada contra el cuello de su qipao.

Juliette se recuperó más rápido que su madre.

—Todo lo que me enseñaste —dijo ella. Se incorporó, la tela suelta de su vestido se fruncía alrededor de las rodillas—. Todo sobre nuestra unidad, sobre nuestro orgullo…

—No voy a escuchar nada de lo que digas.

Juliette se irguió hasta alcanzar su altura completa.

—Si tú no haces nada, yo sí lo haré —fue lo que ella dijo.

Lord Cai la miró de nuevo. Quizás haya sido por una falla de corriente en la lámpara del techo, pero en ese preciso instante la luz en los ojos de su padre se oscureció. Su rostro se tornó inexpresivo, como cuando se encontraba frente a un enemigo, como cuando se preparaba para torturar con el fin de obtener información.

Sin embargo, su padre no recurrió a la violencia. Se limitó a colocar las manos detrás de la espalda y dejó que el volumen de su voz se convirtiera de nuevo en un flujo constante y sereno.

—*No* lo harás —sentenció—. O desechas esa tontería y retomas tu camino como la heredera de la grandiosa Pandilla Escarlata: el nuevo pilar

de un imperio que pronto respaldará a los gobernantes del país, o puedes salir ahora mismo por esa puerta y partir por siempre al exilio.

Lady Cai se giró hacia su marido. Juliette apretó cada vez con más fuerza los puños, dejando que se concentrara allí todo su temor para que éste no se evidenciara en su rostro.

—¿Estás loco? —Lady Cai le dijo entre dientes a su marido—. No le des esa opción…

—Pregúntale —la interrumpió Lord Cai—. Pregúntale a tu hija qué le hizo a Tyler.

Un silencio sepulcral descendió sobre la habitación. Por un segundo, Juliette estaba experimentando la ingravidez justo antes de una caída libre; sentía el aliento gélido en la garganta y el estómago revuelto. En ese instante, el significado de las palabras de su padre fueron como un balde de agua helada, y de nuevo se quedó inmóvil, fueron como si estuviera clavada en los gruesos hilos de la alfombra. De repente, la negativa de su padre a traerla a las reuniones de planificación de los Escarlatas, de excluirla de las reuniones nacionalistas, tenía sentido. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Desde cuándo estaba enterado de que ella era una traidora? ¿Desde cuándo su padre había mirado a otra parte al permitirle dormir en su casa, dejándola fingir que todo estaba bien?

—Yo… lo maté —confesó Juliette.

Lady Cai retrocedió, sus labios entreabiertos en estado de franca conmoción.

—Le disparé, a él y a sus hombres —continuó Juliette—. Desde entonces vivo con su sangre en mis manos. Tomé la decisión de anteponer la vida de Roma a la suya.

Juliette miró a su madre, la línea de su ceño fruncido como tallada en piedra. Juliette observó a su padre, su mirada tan inexpresiva como siempre.

—Lo sospeché cuando escuché decir que lo encontraron con una única herida de bala —dijo Lord Cai—. Lo sospeché cuando todos sus hombres cayeron abatidos sin ofrecer resistencia, lo que me parecía extraño dado que los revolucionarios eran despiadados al usar su artillería. Pero sólo fue después de recibir informes de que Tyler había desafiado a Roma Montagov a un duelo que mis sospechas parecieron tener un verdadero motivo.

Juliette se desplomó contra el marco de su cama. No tenía nada más que decir. Nada en su defensa, pues era culpable sin excusas.

—Ay, Juliette —exclamó suavemente Lady Cai.

Era difícil saber si su madre la estaba reprendiendo o se estaba compadeciendo de ella. Una lástima que no provenía de la empatía, sino porque aborrecía que Juliette fuera tan desconsiderada.

—No tenía la intención de castigarla. Ni de pedirle una explicación, dado que es la hija que yo mismo crie —continuó Lord Cai, al tiempo que cepillaba sus largas mangas y alisaba las arrugas en la tela—. Quería observarla. Para ver si era capaz de enderezar el rumbo, dondequiera que se hubiera desviado. Juliette es mi heredera, sangre de mi sangre. Deseaba protegerla por encima de todo, incluso contra Tyler, incluso contra los hermanos Escarlatas que nos rodean.

En ese momento su padre se acercó, y cuando Juliette seguía mirándose los pies, la tomó por el mentón y la obligó con firmeza a que lo mirara.

—Pero nosotros castigamos a los traidores —finalizó. Sus dedos eran como el acero—. Y si Juliette desea desertar en favor de los Flores Blancas, entonces que se marche a morir junto a ellos.

Lord Cai la soltó. Dejó caer las manos a sus costados y, sin mediar otra palabra, salió de la habitación de su hija. La puerta se cerró detrás de él con un suave clic que parecía incongruente con la promesa que había lanzado. Lord Cai no faltaría a su palabra. Su padre nunca lo había hecho.

—*Māma*.

La palabra salió como un sollozo. Como el grito desgarrado cuando de niña pedía ayuda porque se había raspado la rodilla jugando en la calle y entonces llamaba a su madre para que la consolara.

—¿Por qué? —exigió Juliette—. ¿Por qué los odiamos tanto?

Lady Cai se dio la vuelta, dirigiendo su atención al desorden en el suelo. De espaldas a Juliette, mientras ella recogía las brochas y los polvos, permaneció en silencio, como si no supiera de qué —o de quién— estaba hablando su hija.

—Debe existir una *razón* —continuó la joven, limpiándose con rabia el escozor en los ojos—. Esta guerra entre clanes no ha hecho sino prolongarse desde el siglo pasado. ¿Por qué estamos luchando? ¿Por qué nos matamos unos a otros en un ciclo interminable si no sabemos cuál fue

el desprecio original? ¿Por qué debemos seguir siendo enemigos de los Montagov cuando *nadie recuerda la verdadera razón*?

Y, sin embargo, ¿no era ésa la raíz de todo odio? ¿No era eso lo que lo hacía tan cruel?

Nunca hubo una razón. Nunca hubo una buena razón. Una justa.

—A veces —dijo Lady Cai, volviendo a colocar los cepillos sobre el tocador—, el odio no tiene memoria para alimentarse. Se ha vuelto tan intenso que no necesita seguirse alimentando, y mientras no nos opongamos a él, no nos molestará. No nos debilitará. ¿Comprendes lo que te digo?

Por supuesto que Juliette entendía. Combatir el odio era alterar su forma de vida. Combatir el odio era negar su nombre y su legado.

Lady Cai se sacudió las manos observando la alfombra sucia de su hija con algo más que una vaga inquietud en los ojos. Cuando su mirada se desvió hacia la propia Juliette, la expresión se convirtió en una profunda, profunda tristeza.

—Tú sabes lo que hiciste, Cai Junli —dijo su madre—. No trates de convencerme, pues no voy a decir una palabra más hasta que tú misma lo recuerdes.

Luego Lady Cai también abandonó la habitación; cada clic de sus tacones resonando ensordecedor en los oídos de Juliette. Se quedó allí en medio de su soledad, escuchando mientras aseguraban por fuera su puerta, incapaz de detener el sollozo que subía por su garganta.

—¡No me arrepiento de nada! —gritó Juliette, sin hacer ningún intento por seguir los pasos que se alejaban. No se molestó en golpear la puerta, no tenía sentido agotarse llamando inútilmente. Solamente su voz siguió a su madre mientras iba poniendo distancia de su parte—. ¡Me niego a recordar una falsedad! *¡No te voy a obedecer!*

Los pasos se apagaron por completo. Sólo en ese momento Juliette se encogió sobre sí misma lo más que pudo hasta quedar hecha un ovillo sobre la alfombra, y entonces se permitió llorar y enfurecerse y gritar a todo pulmón, ahogando en sus manos todo sonido hacia el exterior. Lloró desconsoladamente, por la ciudad, por los muertos, por la sangre que corría a raudales por las calles. Por esta maldita familia, por sus primos.

Por *Roma*.

Juliette se atragantó con su siguiente sollozo. Ella creía que había

matado al monstruo de Shanghái. Creía que estaba cazando nuevos monstruos, nacidos de una codiciosa ciencia perversa. Se equivocaba. Había otra entidad monstruosa rondando la ciudad, peor que todas las demás, una que las *alimentaba* pudriendo todo este lugar de adentro hacia afuera, y sólo moriría hasta que no satisficieran su hambre. ¿Acaso no habría nadie que pudiera matar de hambre al odio? ¿Nadie se encargaría de cortar todas sus fuentes de alimento?

Suficiente.

Juliette inhaló profunda y temblorosamente, y se obligó a dejar de llorar. Cuando se enjugó los ojos, recorrió con atención su habitación, haciendo un inventario de cada artículo que no había sido retirado.

—Suficiente —susurró en voz alta—. Ya ha sido suficiente.

No importaba cuan destrozado estuviera su corazón, volvería a ensamblar las partes, aunque fuera sólo temporalmente, aunque fuera sólo para sobrevivir la próxima hora.

Antes de ser la heredera de la Pandilla Escarlata, ella era Juliette Cai.

Y Juliette Cai no iba a aceptar esto. No iba a quedarse quieta y dejar que otras personas le dijeran qué hacer.

—Levántate. Levántate. Por favor: *levántate*.

Se puso de pie, con los puños apretados. El trozo de cuerda que llevaba en el dedo se sentía pesado, empapado de lluvia y mugre y quién sabe qué más, pero aun así se adhería a su piel con una fuerza admirable.

Habían despejado su dormitorio: habían sacado la pistola de debajo de su almohada, los revólveres escondidos entre su ropa, los cuchillos guardados en sus estanterías. De hecho, la puerta estaba asegurada desde fuera, pero ella no se sentía encerrada. Después de todo, todavía había un balcón contiguo a su habitación. Ella podría deslizar el cristal y saltar. No podría rodear la casa e interrumpir en la fiesta de abajo, no sin armas, pero vaya que podría escapar. Su padre lo había dicho en serio. El exilio era una opción.

Pero ¿qué sentido tenía? ¿Qué sentido tenía si no tenía con quién hacerlo? ¿Si no tenía a nadie a quién acudir? Roma ya estaba muerto, o pronto lo estaría, debido a una bala Escarlata. Juliette era solamente una chica: sin poder, sin ejército, sin los medios para ejecutar un valeroso rescate.

Buscó en su armario y sacó la caja de zapatos que estaba debajo de sus

vestidos. Sus brazos rozaron las cuentas que colgaban de la tela, y mientras la habitación resonaba con un ligero tintineo musical, Juliette se echó hacia atrás para sentarse con fuerza en el suelo, los dedos apoyados a ambos lados de la caja.

Deslizó la tapa. Estaba tal como ella lo recordaba. Los artículos seguían siendo los mismos.

Un cartel, un viejo boleto de tren y una granada.

La caja había permanecido intacta durante mucho tiempo, una especie de reliquia de las baratijas que alguna vez Juliette había sacado del ático porque los objetos le parecían demasiado glamorosos para que se empolvaran entre las pantallas desgarradas de viejas lámparas y casquillos de bala desechados. Se preguntó si los Escarlatas no habían omitido sacar esto de su habitación porque no se les había ocurrido abrir la caja, o si era tan absurdo pensar que ella podría usar una granada para hacer daño, que no se molestaron en retirar su contenido.

Juliette cerró la palma de la mano alrededor del explosivo. A su izquierda, el reflejo en el tocador imitaba sus movimientos, el cristal capturó su expresión de inquietud cuando levantó la vista.

—¿De qué manera continuaría la guerra si los matara en ese momento? —se preguntó Juliette, mirándose en el espejo, como si de repente hubiera quedado suspendida en aquella habitación gélida y vacía —. Debajo de mí socializan prominentes políticos y generales, dirigentes nacionalistas. Tal vez hasta haya acudido el mismísimo Chiang Kai-shek. Yo sería una heroína. Salvaría muchas vidas.

Un estallido de risas resonó desde el piso inferior. Podía distinguir el sonido de las copas entrechocando en un jubiloso brindis para celebrar la masacre que habían desatado. La guerra entre clanes había sido terrible, pero era algo que Juliette creía que podría cambiar. Ahora el mal en esta ciudad había crecido a proporciones irreconocibles, mucho más grande de lo que se habría podido imaginar. Escarlatas contra Flores Blancas, nacionalistas contra comunistas. Dar fin a una guerra de pandillas era una cosa, pero ¿terminar con una guerra civil? Ella era demasiado pequeña —desmesuradamente pequeña— para intervenir en una disputa armada que se extendía a lo largo y ancho del país, que se prolongaba por toda la historia de una nación desamparada.

Otro estallido de risas, esta vez incluso carcajadas. Si dejaba caer un

explosivo en el suelo de su dormitorio, enviaría una explosión directa que impactaría a todas las personas en la sala de estar. Juliette sintió que una oleada de odio se expandía dentro de ella. Condenaba a la ciudad por ser una fuente inagotable de rencor. Condenaba a sus padres, a su pandilla… Pero ella era igualmente cruel. De pronto se encontró saboreando un último acto de violencia que le pusiera fin a todo. Estaba lo suficientemente furiosa como para hacerlo. No más del legado Cai. Ya no más Pandilla Escarlata. Si ella también estaba muerta, no necesitaba vivir con el dolor de su terrible despedida: ella y sus padres, a cambio de eliminar a todos los demás en la casa.

—Que la ciudad llore —dijo entre dientes—, estamos apartados de la ayuda, lejos de cualquier cura, más allá de toda esperanza.

Y liberó el seguro.

—*¡Juliette!*

La joven se dio la vuelta, con la mano apretada alrededor de la granada. Por un segundo fugaz pensó que era Roma, nuevamente sentado en el barandal de su balcón. Al instante su entendimiento se aclaró y se dio cuenta de que sus oídos le estaban jugando una mala broma, porque no era Roma quien abría aquellas puertas de cristal, sino Benedikt.

—¿Qué estás haciendo? —farfulló el joven entrando a grandes zancadas.

Juliette, impulsada por un añejo instinto, dio un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? —preguntó—. Tienes que irte…

—¿Por qué? ¿Para que puedas volarte en pedazos? —preguntó él—. Roma sigue vivo. Necesito tu ayuda.

La sensación de alivio que la invadió casi hace que Juliette dejara caer la granada, pero la apretó con más fuerza justo a tiempo, manteniendo la palanca presionada hacia abajo. Cuando cerró los ojos —abrumada por la mera conciencia de aquel obsequio que el universo le había otorgado— se sentía tan agradecida que las lágrimas brotaron de inmediato.

—Me alegra que hayas evitado que te capturaran —dijo Juliette, ya con la voz tranquila—. Si hay alguien en el mundo que puede liberarlo, esa persona eres tú.

—Ay, *por favor*.

Los ojos de Juliette se abrieron de súbito, tan sorprendida por el tono de Benedikt que sus lágrimas cesaron. Él le señaló la granada en su mano.

—¿Crees que eso vale la pena? —continuó—. ¿Qué diferencia hará hacer estallar a unos cuantos nacionalistas? ¡Volverán a organizar sus piezas! Elegirán un nuevo líder de Beijing, de Wuhan, de cualquier otro lugar que les importe. La guerra continuará.

—Tengo un deber aquí —logró decir Juliette temblorosa—. Si puedo ayudar en algo…

—¿Quieres ayudar en algo? —preguntó Benedikt—. Vamos a volar a los monstruos. Detengamos a Dimitri. ¿Pero esto? —apuntó el pulgar en dirección a la puerta del cuarto. Los sonidos de la fiesta seguían filtrándose —. Esto es inevitable, Juliette. Esto es una guerra civil y no podemos intervenir.

Juliette no supo qué más decir. Cerró ambas manos alrededor de la granada y la miró fijamente. Benedikt dejó que permaneciera así durante un largo rato, dejó que se debatiera entre sus emociones contradictorias, antes de girar sobre sus talones y maldecir por lo bajo mientras murmuraba:

—Primero Marshall, luego tú. ¿Acaso todos aquí tienen complejo de mártir?.

—¿Marshall? —preguntó Juliette.

Benedikt hizo una mueca. Como si acabara de recordar que había irrumpido en terreno enemigo, salió por el balcón y miró a su alrededor, buscando señales de movimiento.

—Dimitri tomó un cuartel Escarlata y se llevó a Roma y a Alisa. Marshall también fue capturado cuando intentaba rescatarlos. Ahora sólo somos tú y yo. Realmente no tenemos mucho tiempo, Juliette.

—¿Dimitri reclutó a los trabajadores? —preguntó Juliette mientras sentía como su corazón latía con fuerza en sus oídos.

—Sí —confirmó Benedikt—. A estas alturas, ni siquiera sé si Dimitri todavía tiene la intención de tomar el control de los Flores Blancas. Con casi todos los gánsteres muertos, o encarcelados, o fugitivos, está mucho más preocupado por hacerse un nombre entre los comunistas.

—¿Entonces por qué se llevó a Roma? Si no es para acabar con la estirpe Montagov.

—Sospecho que tiene un fin simbólico. Colgar a los gánsteres. Eliminar a los imperialistas. Erradicar la influencia extranjera en la ciudad. Una ejecución pública como último grito de guerra para los obreros de la

ciudad, antes de que sean exterminados por los nacionalistas. Y luego Dimitri y sus monstruos huirán hacia el sur con el resto de las huestes comunistas, y la guerra continuará.

Juliette aspiró con fuerza. ¿Era así como terminaría todo? Lourens podría infiltrar una vacuna en el suministro de agua de la ciudad, pero ¿y el resto del país? ¿Y del mundo? Si Dimitri huía con los comunistas, ahora que había adquirido el poder que le otorgaban sus armas recién adquiridas y el dinero y los *monstruos*, ¿cuál sería el límite? ¿Dónde se detendría?

—El asunto es el siguiente —dijo Benedikt, interrumpiendo el pánico de Juliette, su voz flotando desde el balcón—. De una u otra manera creo que podemos rescatarlos. Podemos liberar a Roma, Marshall y Alisa, y dejar la ciudad para siempre. Pero tienes que ayudarme.

Tenía la aceptación en la punta de la lengua. Y sin embargo, a Juliette le estaba costando trabajo tomar la decisión de marcharse.

Nosotros castigamos a los traidores. Y si Juliette desea desertar en favor de los Flores Blancas, entonces que se marche a morir junto a ellos.

No era algo que hubiera ocurrido recientemente. Ya hacía cinco años que se había convertido en traidora, aquel ventoso día, en el Distrito Histórico, cuando se había hecho amiga de Roma Montagov. Había cometido traición cada vez que se había negado a clavarle su cuchillo. Ya era una traidora mucho antes de que disparara contra su propio primo, porque si la lealtad significaba ser cruel hasta el extremo, entonces no podría hacerlo.

Sus padres llorarían su muerte. Llorarían la extinción de una versión de ella que en realidad no existía.

—A ambos los quiero mucho —murmuró—, pero los dos me están *matando*.

La cabeza de Benedikt volvió a aparecer en la habitación.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Nada —se excusó Juliette—. Iré.

—Vaya —dijo Benedikt quien pareció casi sorprendido por el cambio de actitud de la joven. La miró de la misma forma en que ella observaba su habitación, permitiéndose dar un último vistazo a todo a su alrededor—. ¿Sigues sujetando la…?

Juliette alcanzó el seguro de la granada, que volvió a deslizar dentro del detonador. Suavemente, devolvió el explosivo dentro de su caja de

zapatos, y volvió a guardarla en su armario. Estando ahí dentro, sacó uno de sus vestidos cortos estilo *flapper*.

—Sólo deja que me cambie primero. No me tardo.

Benedikt frunció el ceño como para disuadirla de esa elección tan ostentosa, pero enseguida Juliette también sacó un abrigo, con la frente en alto en señal de desafío, y Benedikt asintió.

—Esperaré en el balcón —fue lo que le dijo.

Había pasado suficiente tiempo para que el cabello de Juliette se secara, pero había caído un tremendo aguacero y aún tenía pegada la ropa al cuerpo. En su esfuerzo por quitarse el vestido empapado, probablemente se lo había jalado con excesiva fuerza, porque al despojarse de él se escuchó un sonido de *¡plink!* y algo cayó con fuerza sobre la alfombra. ¿Había reventado un botón? ¿Se habría caído una lentejuela?

Miró con atención el suelo. No: era algo azul. Era… una pequeña píldora, su color tan brillante como una gema. A su lado yacía un trozo de papel, ligeramente húmedo, que había dado un par de vueltas en el aire antes de detenerse en el suelo.

—Dios —murmuró Juliette al tiempo que desplegaba la nota.

Y recordó.

La mano de Bai Tasa en su espalda. La palmada veloz cuando la retiró. Él había puesto estos artículos en el bolsillo del vestido de Juliette.

Úsalo sabiamente. –Lourens

Bai Tasa era un Flor Blanca encubierto.

Una risa incrédula estalló en su garganta, pero la ahogó rápidamente, no quería preocupar a Benedikt, quien ya parecía pensar que ella estaba a punto de tomar un riesgo sin precedentes. Juliette recogió la pastilla y la examinó detenidamente. Cuando se cambió de vestido, la metió en su nuevo bolsillo, seco y limpio, luego transfirió el resto de lo que no se había caído: su pequeño encendedor, un solo pasador para el cabello. Eso era todo. No tenía armas, ni objetos de valor, nada salvo la ropa que llevaba puesta y un abrigo ceñido a la cintura con una faja.

Se apresuró a salir por el balcón. Cuando Benedikt se dio la vuelta, ella observó su cabello alborotado por el viento, la expresión seria y con un parecido tal a Roma que le dolía el pecho de sólo mirarlo.

—Vamos.

Cuarenta y seis

—Dimitri anunció que la ejecución tendría lugar al anochecer, así que me parece que no nos queda mucho tiempo.

Juliette miró hacia las nubes grises, apretando los puños con fuerza.

—Así es, pero para que funcione tu plan —comenzó ella—, debemos saber exactamente cómo se transforman los monstruos. No podemos basar nuestras posibilidades de éxito en meras esperanzas. *¡Ahora!*

La joven cruzó corriendo la calle, moviéndose de un callejón a otro antes de que los soldados en el semáforo del tranvía pudieran avistarla. Benedikt avanzó veloz detrás de ella, aunque hizo una mueca cuando redujo la velocidad de la carrera y empezó a caminar mientras ambos se abrían paso por el estrecho pasillo.

—¿Estás lastimado? —le preguntó Juliette al verlo renquear.

—Me torcí el tobillo, pero está bien —replicó Benedikt—. Pensé que ya sabíamos que los monstruos necesitan agua para transformarse.

La joven se agachó cuando llegaron al final del callejón, atenta a los sonidos. Los soldados patrullaban por el costado izquierdo, pero el derecho desembocaba en un pasaje más estrecho. Éste los alejaría más de la casa refugio, pero eso era mejor que ser atrapados. Le hizo señas a Benedikt para que se diera prisa.

—¿Lo sabemos? —preguntó Juliette—. Vi a un hombre en el tren arrojarse algo a la cara. Estos monstruos son diferentes al primero; hacia el final, Paul logró modificar la cantidad de agua necesaria para la transformación de Qi Ren. Los nuevos parecen transformarse a voluntad. No podemos estar tan seguros de ello.

Y era por ese motivo que iban a la casa refugio, para liberar a Rosalind y exigirle la información que ella tenía. La primera vez ellos no habían hecho las preguntas correctas, y luego habían sido interrumpidos por la aparición del general Shu. Ahora Juliette dejaba de lado sus propios sentimientos de traición, decidida a obtener una respuesta.

—Si no es agua —dijo Benedikt—, ¿entonces qué es?

Juliette suspiró:

—No tengo ni idea. Pero hay algo más… puedo sentirlo.

El plan de Benedikt era tan extraño que hasta parecía que podría funcionar. Si Roma, Alisa y Marshall iban a ser conducidos a una ejecución pública, ésta tendría lugar al aire libre para permitir que se reuniera una multitud. Pero ahora, con la revolución a gran escala, había tan pocas partes de la ciudad donde se podía reunir a una multitud que el único lugar probable era el barrio de Zhabei, donde obreros armados montaban guardia día y noche.

La iniciativa comunista —y sus trabajadores— seguían a Dimitri porque él les proporcionaba fondos monetarios y municiones.

Pero ellos no sabían cómo los había adquirido. Ignoraban que había usado monstruos para chantajear a las pandillas en Shanghái, monstruos que él controlaba. Aunque había luchado con valentía una revolución, la gente de la ciudad aún le *temía* a los monstruos de Dimitri.

—Así que incitamos al caos —había explicado Benedikt—. Los monstruos deben estar montando guardia como seres humanos. Dimitri no perdería la oportunidad de echar mano de ellos de ser necesarios. Necesita protección adicional si los nacionalistas se enteran de lo que está sucediendo, pero discretamente; ellos deben mezclarse entre la gente. Si forzamos a todos a transformarse, los civiles que estén en los alrededores entrarán en pánico. Saldrán corriendo, chocarán con los trabajadores armados y distraerán a todo el mundo el tiempo suficiente como para que nadie pueda detenernos mientras rescatamos a los prisioneros.

Pero, ¿y si no funciona?

—Ya estamos aquí.

Juliette hizo una pausa. Salió cuando parecía no haber actividad en la calle, y se acercó al edificio de la casa refugio. Era extraño, se veía tan diferente desde la última vez que lo había visto, y sin embargo nada había cambiado. Era sólo la ciudad en permanente transformación.

—Sigamos —instó Benedikt.

Juliette sacudió la cabeza, para salir de su aturdimiento. No tenía sentido quedarse allí, mirando la puerta. Envolvió con su mano el picaporte y empujó.

En el interior, cuando la luz inundó la estancia, Rosalind se enderezó de inmediato y parpadeó ansiosamente. Se veía exhausta después de haber sido privada de comida y agua durante dos días. Juliette no podía soportar aquella escena y, sin embargo, ¿de verdad pensaba que tenía la fuerza para extraer por la fuerza alguna información de su prima?

Se acercó a la silla de Rosalind. Y, sin mediar palabra, comenzó a desatar las cuerdas.

—¿Qué sucedió? —jadeó la joven aún cautiva—. Escuché disparos… Muchos disparos.

Juliette no pudo deshacer uno de los nudos. Le temblaban las manos y, cuando Benedikt le tocó un hombro, ella se apartó y dejó que el joven Montagov se hiciera cargo de la tarea.

La casa refugio estaba demasiado oscura. Juliette jaló con fuerza de uno de los paneles clavados sobre la ventana y, cuando se desprendió, un chorro triangular de luz grisácea inundó el espacio. Pronto el sol se pondría. Se acercaba el anochecer.

—Comenzó la purga —dijo Juliette, con voz ronca—. Los trabajadores lograron reunirse y salir a marchar en protesta. Los nacionalistas les dispararon. Los cadáveres aún no han sido retirados.

Rosalind no habló. Cuando Juliette se dio la vuelta, la expresión de su prima era sombría.

—¿Y Celia?

Juliette se sobresaltó, pues no había esperado escuchar que se refiriera a su hermana con aquel nombre. Supuso que era apropiado. Kathleen nunca se habría unido a los esfuerzos de los trabajadores. Eso habría sido idea enteramente de Celia.

—No sé. Ignoro dónde pueda estar.

El primer nudo se desató y Rosalind pudo mover el hombro izquierdo.

—Juliette —la llamó Benedikt. “Pon manos a la obra”, parecía querer decirle.

Juliette se paseó a lo largo de la habitación hundiendo las manos en su cabello. Jaló de los mechones, tan poco acostumbrada a aquel corte recto

que rozaba su cuello mientras se movía.

—Vamos a dejarte libre —fue lo que le dijo—. Pero antes de eso, queremos que nos cuentes todo lo que sabes sobre los monstruos.

Rosalind alzó su brazo derecho cuando las ataduras se aflojaron. Había perdido toda su energía: no veía ninguna necesidad de apresurarse, o de agitarse, mientras la soga caía de su cuerpo.

—Si tuviera información para entregar, ¿no crees que ya la habría ofrecido en intercambio? —preguntó Rosalind—. Nada gano ya guardándome algún secreto. Dimitri sólo me usaba como informante sobre los movimientos de los Escarlatas. Ya lo hacía mucho antes de que decidiera extorsionarnos.

—Seguramente viste cosas, por más que le hubieras prestado poca atención a sus negocios —dijo Benedikt negándose a aceptar su respuesta inicial. Jaló con fuerza de la cuerda que ceñía el tobillo de la joven. Rosalind hizo una mueca de dolor—. ¿Cómo empezó esto? ¿Los monstruos ya estaban activos antes de que Dimitri obtuviera el control?

—No —respondió Rosalind—. Él encontró los insectos huéspedes en aquel departamento. Cinco de ellos, gigantescos y flotando en un líquido. Yo recluté a los hombres franceses para que él los infectara —la joven entornó los ojos—. Dijo que se trataba de un esfuerzo bélico. Sin asesinatos en masa, ni caos en las calles. Sólo una táctica para acumular poder.

—Para ser justos —dijo Juliette en voz baja—, esa parte no era una mentira.

La joven culpaba a Rosalind por haber caído en las redes de un demente, pero se compadecía de su prima en igual medida, por haber sido víctima de sus románticos ardides. La Pandilla Escarlata también se ocupaba de la violencia de forma diaria. Cuando has sido criado en un ambiente así —donde los seres queridos te dicen que la sangre puede derramarse siempre y cuando sea por lealtad—, ¿cómo ibas a saber dónde trazar la línea de lo admisible, toda vez que amabas a alguien fuera de tu familia?

—Y los insectos —continuó Benedikt—. ¿Se introducían en los anfitriones?

Juliette se inclinó hacia el frente, con las manos apoyadas con fuerza sobre la mesa. Había sido lo mismo con Qi Ren. Un insecto huésped

ocupaba su cuerpo, y le otorgaba la capacidad de transformarse en un monstruo.

—Se incrustaron en sus cuellos y se abrieron paso —susurró Rosalind.

—¿Qué cambios se produjeron después? —ésa era la pregunta cuya respuesta necesitaban con más urgencia—. ¿Cómo desencadenan la transformación?

Todas las ataduras de Rosalind cayeron al suelo. Sus brazos y piernas estaban ahora libres para moverse; sin embargo, la joven permaneció en la silla, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Durante varios segundos permaneció así, inmóvil como una estatua.

Rosalind levantó la vista de repente.

—Etanol —fue lo que dijo.

Juliette parpadeó:

—*¿Etanol?* Eso es… ¿alcohol?

Rosalind asintió con cautela.

—Es el líquido en el que encontraron flotando a los insectos por primera vez, así que es lo que los obliga a salir —les aclaró—. El alcohol era lo que más consumían los franceses. Unas pocas gotas eran suficientes: no tenía que estar concentrado.

Benedikt se dio la vuelta, buscando la mirada de Juliette.

—¿Cómo se supone que vamos a encontrar suficiente alcohol? —le preguntó—. ¿Cómo se supone que vamos a encontrar *algo* de alcohol?

Los restaurantes ya no abrían. Los cabarets estaban clausurados. Y los lugares que no habían cerrado con hierros y cadenas ya habían sido saqueados.

—No es necesario —dijo Juliette. Miró por la ventana, en dirección a la sección que había liberado y la calle adyacente—. Quizá la gasolina de un automóvil tenga el mismo efecto.

Un grito repentino les llegó desde lejos, Juliette dio un salto y se llevó la mano al pecho. Rosalind también se puso de pie de un brinco, pero luego el sonido de alerta se desvaneció tan rápido como había llegado, y la señorita Lang pareció dubitativa sobre qué hacer a continuación, de pie como estaba junto a la silla. Era demasiado orgullosa para poner en palabras el dolor en sus ojos. Pero no era lo suficientemente fría para evitar la mirada de Juliette y dejarla creer lo contrario.

—Vete, Rosalind —dijo Juliette en voz baja—. El caos regresará a las

calles en un par de horas.

Rosalind apretó los labios. Lentamente, se pasó la mano alrededor del cuello y desabrochó el collar que había estado usando, el cual colocó sobre la mesa. Su aspecto era anodino visto bajo esa tenue luz. Apenas una simple placa de metal.

—¿Les dijiste a los Escarlatas? —preguntó Rosalind. Su voz era suave como una pluma—. ¿Les dijiste que yo soy la responsable de los nuevos monstruos?

Juliette debería haberlo hecho. Había tenido el tiempo y la oportunidad. Si hubiera ofrecido el nombre de Dimitri como el amante de Rosalind, y luego revelado que él era el extorsionador, los crímenes de su prima contra la Pandilla Escarlata serían mucho más graves que el simple espionaje en medio de una guerra entre clanes.

—No —fue lo que dijo.

La expresión de Rosalind era inescrutable:

—¿Y por qué no?

Porque Juliette no quería hacerlo. O no quería aceptarlo. Y dado que se había acostumbrado a mentir y a ocultar, ¿qué importaba hacerlo sobre una cosa más?

Por el rabillo del ojo, Juliette supo que Benedikt la estaba observando.

—Vete, Rosalind —repitió ella.

La señorita Lang finalmente aceptó lo que se le ofrecía y caminó hacia la puerta. Su mano ya casi tocaba el picaporte cuando vaciló, entonces miró por encima del hombro y tragó saliva antes de hablar:

—¿Es ésta la última vez que te veré?

Había demasiadas cosas implícitas en esa sencilla pregunta. ¿Iría Rosalind a casa? Después de todo lo que había hecho, después de todo lo que le habían hecho a ella, ¿podría ser capaz de volver?

Y si ella lo hacía, ¿alguna vez regresaría *Juliette* a casa?

—No lo sé —respondió la joven Cai con honestidad.

Rosalind la miró por un momento más. ¿Sus ojos estaban anegados en lágrimas? O quizás había sido la impresión que tenía Juliette. Tal vez eran los ojos de ésta última los que se habían puesto llorosos debido a la humedad del ambiente.

Rosalind salió sin decir una palabra más.

La lluvia amainó, luego se detuvo, sus últimas gotas cayendo sobre los cadáveres con un eco sordo. Manos con la palidez de la muerte yacían una encima de la otra; la podredumbre y el hedor de su piel marchita envolvían el aire.

Celia no estaba segura si se encontraba viva o muerta. Estaba enterrada debajo de demasiado sufrimiento, atrapada bajo cadáveres inertes. El dolor descendía por su torso, pero sus pensamientos estaban tan fragmentados que ni siquiera estaba segura si se debía a una herida de bala o simplemente era una manifestación física de su agonía interna; en el fondo de su ser se había pensado ingenuamente a salvo de cualquier masacre, que ese tipo de violencia sólo afectaba a las masas. Ahora, finalmente, parecía que había logrado convertirse en una parte de ella. Un Escarlata nunca estaría sufriendo de esta manera. Un Escarlata habría obrado con rapidez y eficiencia, como en el caso del señor Ping, quien recibió una de las ráfagas mortales, o bien se habría mantenido alejado de semejante tumulto.

—*¿Qué sigue ahora?* —se preguntó Celia.

Entonces sintió que alguien la sujetaba.

—Te encontré. Te encontré.

Era lo que Celia escuchaba. La joven giró la cabeza, abriendo los ojos desde la oscuridad de su entierro a un repentino destello de luz: una farola encendida encima de ella. Antes de que su visión se aclarara, supuso que la silueta que la jalaba era un ángel, algún ser nebuloso que había venido a aliviar los horrores de la guerra. Luego, una nueva oleada de dolor estalló en su costado, y su mente consiguió hasta cierto punto aclararse. Levantó la barbilla: no era un ángel el que venía a salvarla.

Era su hermana.

—¿Cómo es que estás aquí? —Celia jadeó.

Rosalind ya tenía rastros de humedad en las mejillas, resplandeciendo bajo la luz, pero cuando hizo una pausa, después de haber liberado a Celia de los cadáveres que la atrapaban, estalló de nuevo en llanto. Sus manos palparon los hombros de Celia, buscando heridas que requirieran inmediata atención. Sólo había una: la mancha creciente en su costado.

—¿Cómo puedes preguntar eso? —dijo Rosalind sollozando—. Corrí hacia la calle donde todo mundo decía que había ocurrido una masacre. Vine a buscarte.

Celia reprimió un ahogado grito de dolor y se quejó cuando su hermana trató de ponerla de pie. Se tambaleó, incapaz de apoyarse por sí misma en el suelo, pero los brazos de Rosalind eran acogedores y se encargaban de mantenerla en equilibrio. Aunque su cabeza daba vueltas, Celia alcanzó a ver marcas rojas en las muñecas de su hermana, llagas vívidas y recientes.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Rosalind—. Vamos. Un poco más y te hubieras desangrado.

Celia puso un pie delante del otro. Fue un esfuerzo colosal y agotador.

—Gracias, jiějiě —cuando la brisa sopló en su rostro, Celia no supo si tenía frío porque había sangre en sus mejillas o porque también había comenzado a llorar—. Gracias por volver por mí.

Rosalind la aferró con más fuerza. Se las arregló para que siguieran adelante incluso cuando su hermana se tambaleaba, perdiendo y recobrando alternativamente el conocimiento.

—Quiero que pienses en París —ordenó Rosalind. Era un intento de mantener a Celia despierta, de mantenerla concentrada incluso en los instantes en que sus sentidos se debilitaban—. Piensa en los bares clandestinos, en las luces nocturnas que se abren como estrellas en la distancia. Piensa que volverás a verlas, cuando el mundo ya no sea este lugar en penumbras.

—¿Llegará ese día? —susurró Celia. Su visión se volvió borrosa. Su entorno se convirtió en un túnel, los colores se convirtieron en monocromo.

Un ruido ahogado provino de Rosalind. Justo delante de ellas brilló la fachada plateada de un edificio, y la hermana con mayor vigor se las arregló para hacerlas avanzar a tropezones, paso a paso. Ésta era la promesa silenciosa de Rosalind al mundo: lograría que su hermana viera la luz de otro día. Que ella viviera mil y un días más, todos y cada uno de ellos surgiendo del horizonte.

—Hice caer la ruina sobre todos por culpa de un falso amor —susurró Rosalind—. Por lo menos a ti todavía puedo salvarte.

Cuarenta y siete

El sol se estaba poniendo.

En Zhabei, las calles comenzaban a llenarse de gente nuevamente, por lo que Juliette y Benedikt no tuvieron problemas en pasar velozmente la zona, cruzándose con soldados que no les dedicaron un segundo vistazo. Los nacionalistas bien podían tomar las medidas que quisieran para mantener este barrio sitiado, pero siempre estaba demasiado lleno, rebosante de actividad, y al menor susurro de conmoción, la gente salía a averiguar de qué se trataba. Corrían muchos rumores sobre una ejecución pública. La noticia viajaba rápidamente entre los trabajadores, entre los civiles que querían presenciar un espectáculo, indiferentes hacia donde se moviera la marea política en su ciudad. La única pregunta era si el Kuomintang también estaba al tanto. Por más que deseara que arrestaran y encarcelaran a Dimitri Voronin, lo que esperaba Juliette era que los milicianos nacionalistas no aparecieran. Porque entonces arrestarían a los Montagov junto con Dimitri, o simplemente les dispararían.

—¿Solamente te dio *una*? —Benedikt preguntó y su respiración se aceleró.

Ambos esquivaron un *rickshaw* caído en el suelo, Juliette lo rodeó desde su izquierda y Benedikt desde su derecha, antes de encontrarse de nuevo y continuar avanzando. Había un resplandor de luz más adelante. La intersección de una calle con una multitud reunida en una masa compacta.

—*Sólo una* —respondió Juliette al tiempo que con la mano palpaba su bolsillo para confirmar su respuesta—. Sospecho que no pudo producir

más con la suficiente rapidez.

—Maldita sea Lourens por habernos dado tan poco —murmuró Benedikt de mal humor. Anticipó la escena que vendría—. Nos obliga a preguntarnos: hacemos uso de los monstruos para el caos… pero ¿y si ellos sueltan sus insectos? En semejante proximidad, nos enfrentaríamos a la muerte inmediata.

Ésa era la pregunta que Juliette había estado pensando desde que salió de la casa refugio de la que liberó a Rosalind, pero había algo que comenzaba a tomar forma en su cabeza. Alzó la vista para una vez más contemplar las nubes y las encontró empañadas de color púrpura, sombrías y lastimeras. Cuanto más se adentraban en Zhabei, más cambiaban las fachadas de las tiendas a su alrededor, se veían más destartaladas, menos cuidadas. La influencia extranjera se desvanecía al tiempo que el glamour retrocedía.

—Tengo una idea —dijo Juliette—. Pero primero, ¿podemos darnos prisa? La estación de bomberos está a unas pocas calles de distancia.

Avanzaron velozmente. Cuando la estación apareció a la vista —su techo de tejas de un rojo apagado bajo la oscuridad y su pulida entrada bordeada por cuatro arcos en forma de puerta—, era casi una sorpresa que el edificio estuviera abandonado, dados los suministros disponibles en el interior. Quizá los soldados a los que se les había pedido que montaran guardia alrededor de las instalaciones públicas habían sido reasignados a otro lugar, a atender múltiples polvorines que sumían en el caos la ciudad. Estaban en guerra civil. Los comunistas emergían como topos de sus madrigueras y los nacionalistas intentaban desesperadamente de sacarlos de las calles, para poder recuperar la gobernabilidad.

Juliette se infiltró en la estación y de inmediato comenzó a buscar lo que necesitaban. Sus pasos resonaron con fuerza en el suelo de linóleo. Benedikt procedía más lentamente, echando un vistazo a las repisas etiquetadas, mientras Juliette se subía a uno de los más pequeños vehículos antiincendios para examinar el segundo piso. No parecía que hubiera mucho allí arriba, a juzgar por lo que podía ver más allá del barandal.

—No puedo encontrar ni una sola maldita arma —gruñó Juliette—. Ni siquiera un hacha. En plena estación de bomberos.

—Pues deberías rezar para que no *necesites* un arma —dijo Benedikt al

tiempo que se daba la media vuelta y le mostraba lo que había encontrado: una manguera, atada alrededor de su brazo, y dos recipientes de lo que Juliette supuso que era gasolina—. ¿Cómo se supone que vamos a llevar esto de vuelta allí?

Juliette saltó del cofre del vehículo. Luego lo miró de nuevo:

—¿Sabes conducir?

—*No* —respondió Benedikt de inmediato—. No soy…

Juliette ya estaba abriendo la puerta del lado del copiloto, procedió entonces a estirar una mano y presionar el botón de encendido en el tablero. El auto arrancó. A medida que la noche se hacía más oscura, los faros delanteros despedían una luz más intensa, indicándoles el camino.

—Carga la gasolina en la parte de atrás —dijo la joven—. Y conduce.

—Tu idea es arriesgada.

—Es una buena idea. No puedes protestar simplemente porque tengas que quedarte atrás.

Benedikt le lanzó una mirada desde el asiento del conductor, con el pie en el pedal mientras el auto avanzaba lentamente por la calle. Estaban muy cerca de la intersección donde se había reunido la multitud. Ahora ya había caído la noche en pleno; el cielo estaba oscuro y las calles iluminadas por lámparas de gas y por antorchas, brasas anaranjadas y calientes esparcidas en medio de las personas.

—Garantizará tu seguridad —sostuvo Juliette—. Tú mismo lo dijiste: todo este asunto de la ejecución pública es algo simbólico. Dimitri va detrás de Roma. No gana puntos extra con Alisa. Ni con Marshall. En segundo lugar, después de Roma… para aquí, detente. No podemos acercarnos más.

Benedikt pisó el freno y detuvo el auto. Unos pocos pasos adelante y estarían a la vista de la multitud.

—En segundo lugar, después de Roma —continuó Juliette en voz baja —, sólo estoy yo.

La realeza de los gánsteres, asesinada por las mismas manos. Los dos imperios de la clandestinidad de Shanghái —los herederos de las familias que habían mantenido a esta ciudad prosperando alrededor del capital y el comercio exterior, de la jerarquía privilegiada y el nepotismo—, ambos derribados y ejecutados bajo sus balas. Era una oportunidad demasiado

buena para dejarla pasar. Para que Dimitri pudiera rechazarla. Juliette apostaba por ello.

—Sospechará de que es una trampa —dijo Benedikt.

—Oh, sin duda —replicó Juliette—. Pero para entonces será demasiado tarde.

Ella se ofrecería a intercambiar lugares con Marshall y Alisa. Una vez que ellos estuvieran lejos de la escena, Benedikt haría que los monstruos se transformaran, Juliette administraría a Roma la vacuna de Lourens, y aunque todos esos insectos volaran por doquier, ellos dos estarían a salvo y podrían marcharse caminando, y eso era todo.

Pan comido.

Juliette se quitó el abrigo y lo arrojó al suelo del vehículo. Cuando alcanzó la manija de la portezuela, el brazo de Benedikt salió disparado de repente hacia ella y se cerró alrededor de su muñeca.

—Estará a salvo —prometió Juliette antes de que Benedikt pudiera decir algo—. Marshall y Alisa son prioridad.

Benedikt sacudió la cabeza.

—Sólo iba a decir que tengas cuidado —le dijo, y entonces la soltó para echar un vistazo a la parte trasera del auto, donde la manguera aguardaba.

Juliette respiró hondo y salió del vehículo. La calle seguía en declive. Cuando comenzó a avanzar, de inmediato el ángulo ofreció a Juliette una vista perfecta de la pequeña multitud y lo que ésta contemplaba: Roma, atado a un poste de madera, con las manos en la espalda y una soga alrededor de su cintura.

Lo único que podía hacer Juliette era poner un pie delante del otro y seguir andando, con los ojos fijos en la escena, hacia los trabajadores armados bajo el mando de Dimitri que se movían para terminar de anudar las cuerdas sobre Alisa. Juliette se preguntó de dónde habían salido aquellos postes de madera. De entre tantas cosas posibles fue en eso en lo que su mente se enfocó: si los postes estaban clavados en el suelo o encajados en las vías del tranvía que corrían por la mitad de la calle.

Sus ojos examinaron la pequeña multitud que aguardaba. En realidad no había *demasiadas* personas: no sería prudente, o el tumulto atraería la indeseada atención de los soldados cercanos. Veinte, tal vez un poco más, pero veinte era un número suficiente de testigos para que se corriera la voz sobre la proeza de Dimitri. Se veían curiosos, aunque en realidad no

demasiado interesados, mientras revolucionarios armados caminaban por los bordes exteriores, con los rifles al hombro en caso de que se acercaran soldados.

En la periferia de la multitud, Juliette vio al hombre que los había seguido en el tren. Aquel Flor Blanca francés. Sintió que la sangre le hervía, bombeando adrenalina en su cuerpo, manteniéndolo caliente aun cuando la brisa fría soplaba sobre su vestido sin mangas.

Juliette se había retirado el abrigo intencionalmente. Quería que el brillante y enjoyado atuendo de una heredera de los Cai fuera reconocido en el momento que se acercara a la multitud.

Y así fue.

Benedikt necesitaba actuar rápido, pero era difícil cuando tenía las palmas resbaladizas a causa del sudor. Tensó el extremo de la manguera y luego la ajustó en el borde del techo apuntando a la escena que se desarrollaba debajo. Habían robado decenas de galones de gasolina. Podían darse el lujo de usarla a discreción, pero tenía que fluir correctamente a través de un tubo muy, muy largo, y el joven Montagov no podía darse el lujo de echar a perder esa maniobra.

Había demasiado en juego.

—Está bien —murmuró Benedikt. Parecía listo. En la calle, Juliette había llegado a la multitud, con los brazos en alto, ignorando los susurros mientras su nombre resonaba como un cántico.

—Vengo desarmada —repitió.

Benedikt se alejó de la azotea, atravesó rápidamente el edificio y volvió a ocuparse de la gasolina dentro del auto. Hacía años que no oraba a Dios, pero aquel sería un buen día para remediarlo.

—*Pero si es…*

Juliette avanzaba con las manos en alto, para mostrar que decía la verdad.

—Vengo desarmada —repitió proyectando la voz. La multitud se había quedado en silencio. Lo que sea que Dimitri pudiera haber estado diciendo fue interrumpido cuando la miró fijamente, examinándola con ojos de halcón. A su lado, Roma parecía desconcertado. No habló, no gritó su nombre con horror. Sabía que Juliette tramaba algo.

—De alguna manera, encuentro eso difícil de creer —comenzó Dimitri al tiempo que agitaba una mano. El revolucionario armado más cercano apuntó su rifle hacia ella.

—Pueden registrarme, si gustan, y se darán cuenta que no traigo nada. Sólo mi vida. Y quiero hacer un trato con ella.

Dimitri soltó una carcajada. Echó la cabeza hacia atrás mientras reía y ese sonido apagó el grito de Roma y el murmullo de confusión proveniente de Marshall.

—Señorita Cai, ¿qué le hace pensar que tiene algún poder para hacer un trato? —cuestionó Dimitri cuando enfocó su atención en ella—. En este mismo instante puedo hacer que la fusilen…

—¿Y luego qué? —preguntó la joven—. *Juliette Cai, princesa de Shanghái, asesinada por un obrero común*. Los libros de historia que habrán de consignar esta revolución seguramente lo mencionarán. Vengo a ti, para ofrecerte segar mi vida junto a la de mi esposo, ¿y rechazas este trato?

Ahora Dimitri inclinó la cabeza. Registraba cada una de sus palabras.

—¿Quieres decir que…?

Pero fue interrumpido.

—No pido intercambiar mi vida por la de Roma —confirmó la joven—. Pido intercambiarla por las vidas de Marshall Seo y Alisa Montagova. Suéltalos. No es necesario que ellos caigan en tu búsqueda de poder.

—*Pero ¿qué dices?* —Marshall exclamó— Juliette, estás loca…

El revolucionario más cercano presionó su rifle contra el cuello de Marshall haciéndolo callar. La mirada de Dimitri, mientras tanto, se enfocó en sus prisioneros y una arruga apareció en su frente mientras concebía la mejor forma de resolver el asunto. No parecía que estuviera creyendo del todo las palabras de Juliette. Quizás su actuación no había sido del todo satisfactoria.

Juliette se encontró con la mirada de Roma. Él tampoco le creía.

Quizá la única forma de convencer a Dimitri era convencer primero a Roma.

—Te hice un juramento, Roma —ella dio un paso adelante. Nadie la detuvo—. Donde tú vayas, yo iré. No soportaría un día separada de tu lado. Me clavaría un puñal en el corazón de ser necesario.

Sus zapatos resonaron en el suelo de grava, por el metal del tranvía y la cubierta de un desagüe. Con cada paso que Juliette daba, la multitud se

apartaba. Hubo reacciones de confusión al escuchar las palabras que ella dirigía a Roma, su enemigo. Hubo reacciones de pánico, nadie quería encontrarse a su lado, temerosos de ella, incluso con las manos en múltiples rifles apuntando a su cabeza desde tres direcciones diferentes. Se diría que ella estaba llevando a cabo la más perturbadora marcha nupcial, como si el novio que esperaba al final del pasillo fuera un hombre atado y destinado a morir.

—No —susurró Roma.

—Esta ciudad ha sido tomada —continuó Juliette. Y no fingió la fisura en su voz. Las lágrimas que asomaron a sus ojos eran genuinas—. Todo lo bueno se ha ido, o tal vez nunca existió. Esta guerra entre clanes nos mantuvo separados, nos obligó a estar en bandos diferentes. No permitiré que la muerte nos haga lo mismo.

Para entonces, Juliette se había detenido justo delante de Roma. Podría haber intentado liberarlo en ese momento, robar un rifle y emplear la afilada bayoneta sobre sus ataduras de cuerda.

En lugar de ello, Juliette se inclinó para besarlo.

Y desde debajo de su propia lengua empujó la vacuna dentro de la boca de su amado.

—Muérdela —le susurró justo antes de que dos hombres armados la apartaran de su lado. La multitud a su alrededor murmuró con total desconcierto. Ésta iba a ser una ejecución pública, y ahora parecía más el escenario propicio de una tragedia.

Juliette agitó una mano, cerrando los dedos alrededor de uno de los extremos del rifle y apuntando directamente a Dimitri. Los trabajadores se apresuraron a detenerla, pero Juliette sólo mantenía su mano cerca del cañón. No se había acercado al gatillo. El resto del rifle permaneció en manos del pobre trabajador, que había quedado paralizado en medio de una súbita confusión.

—No sabes de lo que soy capaz —dijo ella, su voz resonando con fuerza en medio de la noche—. Pero soy una persona honorable. Déjalos ir. Y no me resistiré.

La escena permaneció en silencio por un largo momento. Hasta que Dimitri habló:

—Me cansé de todos estos dramas —dijo—. Átenla. Y suelten a los otros dos.

Alisa gritó a modo de protesta, con los ojos muy abiertos. Marshall, mientras tanto, se inclinó hacia delante con una maldición en los labios. Con una mejor iluminación podría percibirse como su rostro se había enrojecido a causa del esfuerzo, debido al deseo de enfrentar a Dimitri y ponerle fin a todo aquello.

—No puedes estar hablando en serio. Juliette, no puedes intercambiar tu vida. ¿Qué demonios te…?

Pero Juliette enmudeció. Guardó paciente silencio mientras aquellos hombres desataban a Alisa y le permitían que se alejara del patíbulo a trompicones. Tampoco dijo nada cuando Marshall también fue liberado de sus ataduras, con la expresión completamente alterada y mirando a Juliette mientras era arrastrada hacia el poste y la ataban con fuerza a éste. El joven intentó impulsarse sobre los dedos de los pies: a un segundo de abalanzarse sobre Dimitri, malditos fueran todos los hombres armados que lo rodeaban.

—No puedes hablar en serio —dijo Marshall de nuevo—.De ninguna manera puedes…

—Vete, Marshall —le pidió Roma con aspereza. No sabía qué se había tragado, pero ahora estaba seguro que había un plan de por medio—. No desperdicies tu vida. Toma a Alisa y vete.

Vete, quiso añadir Juliette. *Anda, y Benedikt te lo explicará todo*.

Marshall vaciló visiblemente. Luego tomó la mano de Alisa y salió corriendo con ella, atravesando la multitud como si temiera que le dispararan por la espalda cuando se diera la vuelta. Juliette dejó escapar un suspiro cuando ellos desaparecieron de su vista.

Había llegado a temer que, en efecto, les dispararan.

—Y así es como termina —los jóvenes enamorados escucharon el sordo clic de una pistola. Dimitri estaba cargando sus balas—. Realmente nos aguarda el despertar de una nueva era.

—*¡Marshall!*

Marshall se sobresaltó y se detuvo de inmediato. Respiraba con agitación, y el sonido fue audible para Benedikt incluso antes de que saltara fuera del auto. Marshall nunca había tenido un aspecto tan horrorizado en toda su vida. El primer destello en su expresión fue el de sorpresa, y luego de alivio al ver a Benedikt, pero éste no duró mucho.

—Ben —jadeó Marshall. Se apresuró hacia él y tomó su mano—. Ben, Ben, tenemos que ayudarlos. A Roma y a Juliette, van a…

—Tranquilo, estoy en eso —lo tranquilizó Benedikt pasando su otra mano por el cuello de Marshall—. Te lo explicaré todo… Alisa, sube al auto. Necesitamos estar listos.

—Libres de la Pandilla Escarlata. Libres del clan de los Flores Blancas —continuó Dimitri.

Juliette empezó a contar, preguntándose cuándo pasaría a la acción Benedikt. Seguramente pronto. Muy pronto.

—Y en lugar de eso —dijo Roma—, esta será una ciudad gobernada por monstruos.

Uno de los hombres armados empujó con fuerza su rifle contra la cabeza de Roma haciéndolo callar. Dimitri mantuvo una mirada neutral. Todavía guardaba las apariencias.

—Qué coincidencia que justo lo mencionaras —dijo Dimitri. Parecía la viva imagen de la inocencia—. Entonces revelaré a la ciudad que le ofrezco dos regalos: el fin de la tiranía de los gánsteres y… —dirigió un gesto hacia varios costales en el suelo a sus pies. Juliette no los había notado antes, pero se parecían a los que se usan para almacenar harina o arroz, que se encuentran en multitudes en los mercados de alimentos. Estaban atados en los extremos con una cuerda, la tela de algodón parecía que se deshilacharía en cualquier momento para liberar lo que fuera que estuviera en el interior— una vacuna, que será distribuida a todos los que me son leales.

Un murmullo se extendió entre la multitud, y la mirada de Juliette parpadeó sorprendida. Así que ésta era la forma como él iba a jugar. Exactamente como había hecho Larkspur: con una mano hundir en la ruina a las personas y con la otra ofrecerles la salvación.

Juliette sintió en sus mejillas la caricia helada del viento, y lo permitió: dejó que los segundos se alargaran y la brisa se retorciera contra la cuerda alrededor de su cintura. Los hombres de Dimitri no se habían molestado en asegurarla con mucha fuerza porque se suponía que estaría muerta en segundos. Sus manos aún estaban libres. A poca distancia del obrero a su derecha, su rifle en línea con el rostro de ella.

Dimitri levantó su arma.

—Los libros de historia hablarán de hoy como un día trascendental —sentenció.

—Sí —convino Juliette—. Así será.

Desde arriba se escuchó un gorgoteo. Ésa fue la única advertencia que sonó en la noche. Un segundo después, una lluvia de gasolina caía, cubriendo a la multitud, a los trabajadores, a toda la calle. A Juliette le ardieron terriblemente los ojos, pero tenía la ventaja de saber lo que se avecinaba. El hombre que montaba guardia junto a ella gritó y se tapó los ojos con ambas manos dejando su rifle libre. Juliette no perdió tiempo en quitárselo y colocar la punta hacia abajo para cortar con la bayoneta la cuerda alrededor de su cintura. Le dolía la cadera; se había hecho un corte y ahora estaba sangrando, pero no le prestó atención. Tosió con fuerza contra lo que se le había colado por la boca y volteó hacia Roma.

—Abre los ojos, mi amor. Vas a tener que mirar si queremos escapar.

Los ojos del joven se abrieron de inmediato justo cuando Juliette cortó la cuerda sobre sus brazos.

—¿De qué se trata todo esto? —exigió él, sacudiéndose los brazos resbaladizos.

Juliette señaló a la multitud. También cortó las ataduras de la cintura de Roma.

—Observa —fue lo único que dijo.

Ante sus propios ojos, cinco monstruos tomaron forma. Los gritos fueron inmediatos, el caos que Juliette había previsto. Los civiles se dispersaron en todas direcciones; los trabajadores armados abandonaron sus puestos cuando los monstruos rugieron en la noche. Con una maldición brutal, Dimitri finalmente se obligó a abrir los ojos justo cuando la gasolina terminó de derramarse.

—*¡Libérenlos!* —aulló.

Era muy tarde. Dimitri había actuado demasiado tarde. Incluso mientras los insectos emergían, Juliette soltó el rifle y tomó la mano de Roma para empujarlo hacia delante, buscando una ruta apropiada. Justo cuando comenzó a moverse, escuchó un clic detrás de ellos, y más rápido de lo que Juliette pudo reaccionar, Roma ya había jalado de ella hacia abajo, esquivando por milímetros una bala que rozó el suelo de concreto.

Se dieron la vuelta. Dimitri estaba sosteniendo su pistola.

—Tú deberías de estar muerto —le gruñó a Roma. Un grupo de cosas

negras reptaba encima de su zapato—. Los insectos deberían de estar matándote.

—Se necesitaría más que eso para eliminarme —respondió Roma.

Dimitri aferró con más fuerza la pistola. La destrucción se extendió por la escena antes de que pudiera disparar: un baño de sangre que infectaba a aquellos que no habían corrido lo suficientemente rápido. Los ojos de Juliette giraron hacia un lado. Una mujer caía de rodillas al tiempo que se hundía los dedos en el cuello y jalaba la carne sin titubear. Después escuchó un grito, y pudo ver cómo una silueta corría en pos de ella. Su marido: acunaba en sus brazos el cadáver tibio todavía y lanzaba un fuerte y desolado grito. Luego él también se destrozó la garganta y cayó al suelo.

Todo fue confusión. Dimitri seguía girando, para alejar a los trabajadores que se lanzaban frente a él. Ellos le rogaban, usando hasta su último suspiro para suplicar a Dimitri que los salvara, pero él los apartaba del camino a la fuerza y ellos terminaban por desgarrar su propia garganta.

—Roma —susurró Juliette—. Pensé que lograría rescatarte, pero no sé si saldremos de ésta.

Un pandemonio. Además de Dimitri, sólo Roma y Juliette permanecían inmunes a la locura, los tres como dioses guerreros en medio del caos primordial, ¿y no era esto exactamente lo que estaba mal con este lugar? Que sólo unos cuantos privilegiados pudieran ser salvados, y todo el resto abandonado. Como antes, era ahora: el lugar podría corromperse e infectarse, siempre y cuando no se tocara a la cúpula, siempre y cuando no hubiera un verdadero inconveniente a la vista.

Juliette miró a Roma. Él ya la estaba observando.

Podrían alejarse de allí en el sentido físico. Podrían escapar mientras Dimitri estaba distraído, tal vez recibir uno o dos balazos por un descuido y, pese a todo, vivir para contarlo. Pero mientras Dimitri estuviera vivo, y estos monstruos actuaran bajo su control, ¿cómo podrían ser libres? Juliette siempre estaría pensando en cómo esta ciudad, esta gente —su gente— sufría un horror que ella podría haber evitado.

—En lo próspero y en lo adverso, *dorogaya* —susurró Roma—. Estoy contigo, si escapamos. Estoy contigo, si peleamos.

Dimitri lanzó un grito feroz y disparó contra una trabajadora, a quien derribó antes de que pudiera postrarse a sus pies un segundo después. Los gritos a su alrededor se estaban acallando. Ésta era una pequeña multitud

infectada de locura. En días, semanas, meses, podría haber muchedumbres sufriendo igual destino en otras ciudades, a lo largo y ancho de todo el país, en el mundo entero. Al final, la única que terminarían pagando por semejante destrucción, en sangre y con sus propias entrañas, era la gente común.

Sigue luchando por amor.

Juliette habría querido ser egoísta, habría deseado huir. Pero así era el amor de ellos dos: violento y sangriento. Esta *ciudad* era su amor. No podían negar su crianza como herederos de Shanghái, dos piezas de un trono dividido. ¿Qué quedaba de su amor si rechazaban dar esta contienda? ¿Cómo podrían vivir consigo mismos, mirarse a los ojos, sabiendo que se les había presentado una opción de salvación y que habían ido en contra de lo que ellos eran en su esencia?

Les era imposible. Y Juliette lo sabía: el Roma que ella amaba no la dejaría simplemente huir.

—Debemos movernos rápido —Juliette sacó su encendedor de su bolsillo—. ¿Me entiendes?

No era únicamente Dimitri el que debía morir. Ésa era la parte fácil que sólo requería recoger uno de los rifles caídos y disparar.

Eran los monstruos los que necesitaban ser destruidos.

Transcurrió una fracción de segundo. Roma miró la escena a su alrededor. Los hombres frente a Dimitri finalmente habían colapsado.

—*Siempre, Juliette*.

En un instante, Roma se abalanzó sobre Dimitri. Antes de que su oponente pudiera recuperarse de las súplicas de los trabajadores y tener dominio de sí, Roma ya lo estaba distrayendo otra vez, girando su pistola hacia el cielo, luego apretó el gatillo y disparó una bala al aire. Juliette aprovechó la oportunidad, corrió y abrió una de las bolsas cerca de los pies de Dimitri. La volcó esparciendo los grumos azules sobre todas las otras bolsas, distribuyéndolas uniformemente sobre cada una de ellas.

Escuchó un gruñido furioso. Era Dimitri que se retorcía para soltarse del agarre de Roma. En el cuerpo a cuerpo, la pistola voló a un metro de distancia yendo a dar contra un charco de sangre, pero en lugar de intentar alcanzarla, Dimitri se limitó a girar bufando de odio. Empujó a Roma con fuerza, casi golpeándolo contra el suelo. En ese instante, antes de que Juliette pudiera apartarse, la vio husmeando entre las bolsas y

estrelló su bota contra el vientre de ella.

Juliette aterrizó bruscamente sobre la grava, haciendo una mueca cuando se raspó los codos. La gasolina del suelo le empapó las heridas. Roma corrió en su auxilio y consiguió levantarla, pero ya no importaba. La escena estaba dispuesta. Detrás de Dimitri, los monstruos comenzaron a acercarse.

Era preciso que lo hicieran. Sólo un poco más cerca…

Roma tomó la mano de Juliette. Algo en aquel gesto se sentía completamente natural, incluso cuando su futuro pendía, vacilante, a su alrededor. Era el mismo sentimiento, siempre lo sería, de cuando tenían quince años: invencibles, intocables mientras estuvieran juntos. Sus dedos, firmes mientras se encontraran entrelazados.

Con la otra mano, Juliette abrió su encendedor. Se topó con la mirada de Roma, a quien preguntó en silencio una última vez si realmente iban a hacerlo. Él no mostró miedo. La observaba de la misma forma en que miraba el mar, como si ella fuera una enorme y trascendental maravilla de la que él se alegraba simplemente de dar testimonio.

—*Para amarte y respetarte, hasta donde ni siquiera la muerte pueda separarnos* —susurró Juliette.

Los monstruos aullaron en la noche. Se acercaron aún más.

—*En esta vida y en la próxima* —respondió Roma—, *durante todo el tiempo en que nuestras almas existan, la mía siempre habrá de encontrar la tuya*.

Juliette le apretó la mano. En esa acción trató de comunicar todo lo que no podía poner en palabras, lo que no tenía otra forma hablada que no fuera *te amo. Te amo. Te amo*.

Cuando Dimitri dio un paso adelante, cuando los monstruos finalmente se acercaron dentro de un buen rango, Juliette hizo brotar una chispa en su encendedor.

—No falles —pidió Roma.

—Nunca lo hago —respondió Juliette.

Y después de que él asintiera, ella arrojó la llama ardiente sobre las bolsas de una vacuna altamente inflamable.

—¿Por qué se están tardando tanto? —se preguntó Benedikt con un pie en el pedal. Tenían que estar listos para partir en el mismo segundo en que Roma y Juliette aparecieran.

Alisa gimió desde el asiento trasero. Marshall se apoyó contra la ventana trasera, esperando a ver si alguien aparecía por la calle y quedaba a la vista.

El suelo debajo de ellos pareció partirse. Un ruido sordo. Luego otro.

Entonces Marshall se dio la vuelta, maldiciendo en una voz tan alta que el sonido se fracturó dentro de su garganta.

—¡Vamos, Benedikt, vamos!

—¿Qué? Pero…

—*¡Arranca!*

Benedikt pisó el acelerador hasta el fondo y el auto atravesó la calle como un bólido con las ruedas chirriando en medio de la noche.

Detrás de ellos, con toda aquella gasolina empapando cada centímetro cuadrado del pavimento, la explosión resonó con tal estruendo, y tan ardiente, que todo Shanghái se estremeció con el impacto.

Epílogo

ABRIL DE 1928

Apenas hay movimiento en esa parte de Zhouzhuang, casi ningún sonido que perturbe a Alisa Montagova mientras se arrodilla junto al canal y extrae una pieza ritual de yuánbǎo de un papel de plata. La chica no piensa que éste tenga mucha similitud con los lingotes a los que se supone que deben parecerse, pero de todos modos ella se esfuerza al máximo.

Aquel día se celebra el festival de Qingming: el Día de Limpieza de Tumbas. Una jornada de veneración de los antepasados fallecidos, durante el cual se limpian sus tumbas, se les ofrecen oraciones y se quema dinero falso para que los muertos puedan usarlo en el más allá. Alisa no tiene antepasados por quienes orar en Shanghái. En Shanghái sólo hay un par de lápidas colocadas una junto a la otra sobre tumbas vacías.

Nadie puso objeciones al respecto. Con la explosión ocurrida doce meses atrás, un día después los periódicos habían obtenido un certificado de matrimonio que provocó un alboroto en la ciudad. Uno que demostraba la unión legítima entre Roma Montagov y Juliette Cai, quienes habían estado casados durante todo este tiempo, mientras la guerra entre clanes desgarraba la ciudad.

Alisa agregó otro yuánbǎo a su montón. A decir verdad, el certificado era una falsificación. Pero Alisa había escuchado los votos de Roma y Juliette aquella noche, había espiado la conversación en lugar de irse a dormir. Ella misma había falsificado el documento y lo había enviado a la prensa. No sería verdad afirmar que a raíz de aquello la guerra entre clanes se había desactivado de inmediato, pero sí fue un impulso para que comenzara a revaluarse. Si los propios herederos de ambos clanes no

creían en avivar la guerra, ¿por qué deberían hacerlo los gentiles? Si los herederos habían muerto la una por el otro, ¿cuál era la razón para que su gente siguiera enfrentándose?

Juliette Cai y Roma Montagov habían sido *sepultados* juntos. Aunque de ellos no habían quedado cenizas, ni huesos. Separados la mayor parte de sus vidas, ahora se les permitía descansar juntos en la muerte.

Al pensar en ello, Alisa solloza repentinamente y descubre que le moquea la nariz. Ella continuaba incrédula. La primera vez que vio su tumba, la chica se había abalanzado sobre las lápidas, y trató inclusive de eliminar las inscripciones.

—¡No están muertos! —había gritado—. Si no se encuentran sus cadáveres, ¡ellos no están muertos!

La explicación oficial fue que la explosión había alcanzado temperaturas extraordinarias. Los rastros de los monstruos que se encontraron fue debido a lo dura que era su piel, y el cadáver de Dimitri Voronin fue hallado a una considerable distancia del punto de ignición. Pero no se hallaron vestigios identificables de Roma, ni de Juliette.

En aquella ocasión Benedikt había tenido que apartar a Alisa. Tuvo que cargarla como un fardo sobre sus hombros para impedir que comenzara a excavar la tumba, pero incluso mientras se alejaban, los ojos de la chica habían permanecido fijos en las inscripciones sobre las piedras.

Roman Nikolaevich Montagov	Cai Junli
Роман Николаевич Монтагов	蔡珺丽
1907–1927	1908–1927

—Se han ido, Alisa —había susurrado Benedikt—. Lo siento. No regresarán.

—¿Cómo pueden haberse ido? —había preguntado la chica, aferrándose a su primo, sumergiendo la carita en su hombro—. Llegaron a ser las personas más poderosas de esta ciudad. ¿Cómo pueden simplemente ya no estar?

—Lo siento. —eso era todo lo que Benedikt lograba decir. Marshall se agachaba junto a ellos, ofreciendo sólo el consuelo de su presencia—. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Ésos ni siquiera son sus nombres, la chica quería gritar. *Esas lápidas*

mortuorias tienen los nombres equivocados.

Ahora, en aquel día de Qingming, Alisa trabaja con un montoncito de dinero falso que junta en un círculo cerrado. El crepúsculo se abre paso en el horizonte, bañando el cielo de un naranja intenso. La chica está allí porque no soporta la falta de sinceridad de las ceremonias en Shanghái, no podría soportar unirse a las multitudes en los cementerios, mezclarse con todas esas caras sollozantes que ni siquiera conocieron a su hermano.

Benedikt y Marshall habían huido de la ciudad un mes después de la explosión. Habían querido llevarla con ellos a Moscú, donde nadie sabía quiénes eran, donde nadie había oído hablar de los Montagov y su legado, donde los generales del Kuomintang no se empeñarían en su búsqueda. Pero Alisa se negó. Quería saber qué pasó con su padre. Deseaba atestiguar qué pasaría con su ciudad.

Todavía no ha obtenido respuestas satisfactorias. Su padre sigue desaparecido, y la ciudad ha recuperado la normalidad. La guerra continúa encarnizada a lo largo y ancho del país, sin señales de acercarse a su final, pero Shanghái siempre ha sido una ciudad dentro de una burbuja. La guerra continúa y la historia de Roma y Juliette ahora se cuenta como una canción popular entre los descansos de los conductores de *rickshaw*. Se refieren a Roma Montagov y a Juliette Cai como aquella pareja que se atrevió a soñar en libertad. Y justamente por eso, en esta ciudad consumida por las pesadillas, fueron eliminados sin piedad.

—Alisa Montagova, está empezando a hacer frío.

Alisa se da la vuelta, aguzando la mirada en la oscuridad.

—Ya casi termino —se excusa—. Lo habría hecho más rápido si me hubieras ayudado.

—Me quedaré aquí —dice la voz tras un gruñido—. No te caigas al agua.

Alisa enciende un fósforo y lo acerca al dinero falso. Protege la llama para que el vientecillo no la apague, su mano inmóvil hasta que una brasa se enciende.

Aquel día, más que cualquier otro, vastas multitudes acudirán a la tumba de Roma y Juliette. Precisamente la razón por la cual Alisa, en lugar de ir allá, se encuentra en Zhouzhuang. Alguna vez Roma le había dicho que le hubiera gustado visitar ese lugar. Si el alma humana tiene una vida después de la muerte, y esa alma está dotada de voluntad,

entonces la de Roma habría acudido allí para descansar, y Alisa no tenía dudas de que la de Juliette lo habría seguido.

Había sido un infierno tratar de encontrar una manera de llegar a esa pequeña población. Alisa ya no vive en el cuartel general de los Flores Blancas. De hecho, el cuartel ya no existe; fue tomado por el los Nacionalistas una vez que los Flores Blancas fueron ultimados. Por eso Benedikt se había mostrado inmensamente contrariado antes de partir con Marshall, se preguntaba qué haría Alisa, adónde iba a parar. Pero ella había tenido una respuesta preparada. Una que a Benedikt no le había gustado en absoluto, pero poco podía hacer entonces para detenerla.

La chica se convirtió en espía comunista.

No es que le importe mucho la causa. Ni siquiera le agrada la gente: sus superiores deciden sus tareas, y ellos mismos de vez en cuando la llevan en auto al campo cuando Alisa insiste lo suficiente. Puede ver los esfuerzos de la ciudad por volver a sus antiguas costumbres, las fisuras que crecen, y se pregunta para qué se llevó a cabo todo aquello, para qué su hermano hizo tal sacrificio si nada logró cambiar. Los Flores Blancas han quedado fracturados más allá de cualquier posibilidad de reestructuración; los Escarlatas se desintegraron. Lord Cai se unió a las filas del Kuomintang; el nuevo gobierno se mantiene firme. Y sin embargo las injusticias son el pan de cada día en esta ciudad. No hay leyes verdaderas, no hay reglas que se acaten a cabalidad. Abundan los extranjeros que rondan al margen de lo *permitido*, esperando el momento en que el Kuomintang dé un paso en falso. En otras partes del país abundan los imperialistas, con sus ejércitos a la zaga, simplemente esperando el momento apropiado para actuar. Alisa no es experta en política, pero es rápida y muy ágil. Entra y sale de cualquier escondite antes de que nadie pueda verla. Ha escuchado informes sobre los japoneses que están tomando tierras en el norte. Sobre que los británicos y los franceses planean exprimir todo lo que puedan de esta tierra. Porque mientras el país se mantenga en el caos, la gente teme el mismo destino que los trágicos herederos enamorados. Y mientras el odio aceche en las aguas, la historia de Roma y Juliette seguirá viva.

Y lo único que desea Alisa es que ellos tengan *paz*.

El sol se pone por fin en el horizonte. Alisa observa arder los billetes falsos, dejando que la oscuridad caiga a su alrededor. Pronto aquel pequeño fuego será lo único que ilumine el canal. Las llamas se reflejan en

sus ojos oscuros y calientan la brisa que revolotea a su alrededor.

—Ojalá pudieran verlo —susurra en dirección de la noche—. La gente encuentra esperanza en su unión. Quieren dejar de pelear.

La superficie del canal tiembla ante los embates del viento. Sus aguas chapotean, único sonido que se escucha en la noche. La mayoría de las personas de aquella pequeña población ya se han retirado a sus casas y cerrado sus ventanas, preparándose a dormir.

—Alisa. Me están saliendo arrugas.

—No seas tan *dramática*, Celia.

Finalmente el fuego se ha extinguido, así que Alisa empuja las cenizas con un pie y se da la vuelta lista para marcharse. Su superior se encuentra a un par de pasos de distancia, con gesto de estar vigilando atentamente el canal, pero no hay nadie de quien vigilarlo en las cercanías, y además en Zhouzhuang no hay nada de qué preocuparse. Alisa utiliza el término "superior" con ligereza: los otros son mucho mayores, pero Celia no puede tener más de diecinueve años y es la única que accede a las molestas solicitudes de Alisa. La chica siempre ha sentido que hay algo familiar acerca de Celia, como si la hubiera conocido brevemente en el pasado. Pero por más que lo intenta no puede precisar cuándo ni dónde, al menos de una manera que le resulte razonable.

Alisa se aleja dando saltitos. Por su parte, incluso cuando se detiene, Celia no deja de mirar el canal, sus ojos escudriñando la oscuridad.

—Así que vienes a Zhouzhuang todo el tiempo a cumplir misiones en solitario —dice Alisa tratando de descubrir qué es lo que ha acaparado tanto la atención de Celia—. ¿Tienes miedo de que tus contactos me detecten? Tal vez preferirían trabajar conmigo que contigo.

Celia vuelve su mirada hacia Alisa, desconcertada.

—¿Cómo supiste que vengo aquí? —le preguntó.

—A veces me traes pastelillos de tiendas cercanas. Tendrás que dejar de alimentarme si no quieres que sepa adónde vas.

Celia dejó escapar una larga exhalación, y señala a Alisa con el índice a modo de advertencia:

—No se lo digas a nadie. Es extraoficial.

Alisa simula burlonamente un saludo marcial. No protesta cuando Celia la hace girar y la empuja para que empiece a caminar. El auto se encuentra estacionado en las afueras de la población.

—¿Entonces no es un contacto? ¿Deberíamos preocuparnos de ser avistadas? —insiste la chiquilla.

—Ni menciones eso de ser avistadas. ¿Recuerdas lo que te dije el mes pasado? Mi propia hermana empezó a trabajar para el mando superior de los nacionalistas. Podríamos recibir… —Celia imita una pistola con una mano y hace un sonido de disparo— un balazo en cualquier momento.

Alisa suelta una risita infantil, pero la ahoga rápidamente, sintiendo que es algo fuera de lugar. Ahora Celia trata de entretenerla, pero había dolor en esa broma, demasiado cruda, demasiado desconcertante. Celia no ha mencionado nada sobre quién es su hermana; a duras penas comparte información sobre sí misma. De todos modos, Alisa siente que su corazón da un vuelco.

—Gracias por traerme —dice en voz baja—. Necesitaba hacer esto.

Las aguas del canal chapotean a sus espaldas.

—Él está orgulloso de ti, ¿sabes?

Alisa lanza a Celia una mirada de soslayo.

—Ni siquiera conocías a Roma —le dice.

—Es un presentimiento que tengo. Vamos. Nos va a llevar una eternidad regresar a la ciudad.

Sin esperar, Celia aprieta el paso y se adelanta, agachándose al pasar bajo las ramas ondeantes de los árboles y esquivando las diversas hierbas que han sido puestas a secar en las aceras. Alisa no sabe exactamente qué es lo que ha percibido en aquel momento —tal vez sea la luz de la luna que se proyecta con mayor intensidad desde los cielos, tal vez algún leve movimiento percibido por los vellos de su nuca— pero el caso es que se da la media vuelta y mira de nuevo hacia el canal.

Hay apenas suficiente luz para distinguir vagamente un bote de pesca que navega sereno, para iluminar brevemente las siluetas de dos personas. Alisa echa un vistazo. Alcanza a vislumbrar a una joven con un vestido demasiado bonito para ese lugar, quien se inclina para besar a un joven con un rostro familiar. Un instante después escucha su risa: una risa ligera y etérea que resuena en un leve eco. En segundos, el bote se ha perdido de vista bajo la cubierta de un sauce que se cierne sobre el canal, adentrándose más y más profundamente en el laberinto de vías fluviales que conforman esa tranquila población.

Alisa se da la vuelta.

Por un segundo se limita a quedarse quieta, mirando fijamente hacia la noche, sin saber cómo continuar. Un instante después está llorando: las lágrimas corren por sus mejillas demasiado velozmente para molestarse en frenarlas. No es tristeza lo que la invade sino *esperanza*, una esperanza que la abruma con tanta ferocidad que Alisa se queda clavada donde está, incapaz de mover un solo músculo por temor a que aquel sentimiento se desvanezca. Podría correr tras ellos. Podría perseguirlos velozmente a lo largo del canal, seguir adelante hasta encontrar aquel bote pesquero. Verlos con sus propios ojos y *saber*.

Alisa no se mueve. El viento baila a su alrededor, sopla su cabello hacia sus ojos haciendo que los mechones se adhieran a sus mejillas húmedas. De buena gana perseguiría a los políticos hasta lograr entender cada una de sus actuaciones, rondaría a los altos funcionarios para descubrir hasta la última palabra de sus planes secretos, pero no seguiría aquello. Preferiría mantener esa esperanza tan cercana a su pecho hasta sentirla como un cálido y permanente fulgor, un fuego titilando contra la oscuridad, incluso donde otras brasas se consumen.

Continuará el odio. Seguirá la guerra. El país combatirá internamente hasta devastar sus tierras, hasta matar de hambre a su gente y envenenar su aliento. Shanghái llorará y se fragmentará y terminará por romperse. Pero, junto a toda aquella devastación, surgirá el amor: intenso, cálido, imperecedero. Un sentimiento que seguirá ardiendo más allá del terror y la venganza, y la guerra. Hasta quemar todo lo que alimenta el corazón humano y cubre su exterior con músculos duros y tendones fibrosos. En lo profundo, allí late un amor que habrá de sobrevivir, incluso después de que todo lo demás haya perecido.

Alisa se enjuga el rostro con la manga de su vestido. Respira profundamente hasta conseguir serenarse.

—No te preocupes —susurra entonces al viento—. Vamos a estar bien.

Y ella se apresura, alejándose del canal, regresando a Shanghái una vez más.

Nota de la autora

Como prometí, la presente nota, al final de esta secuela, es una continuación de la nota del primer libro.

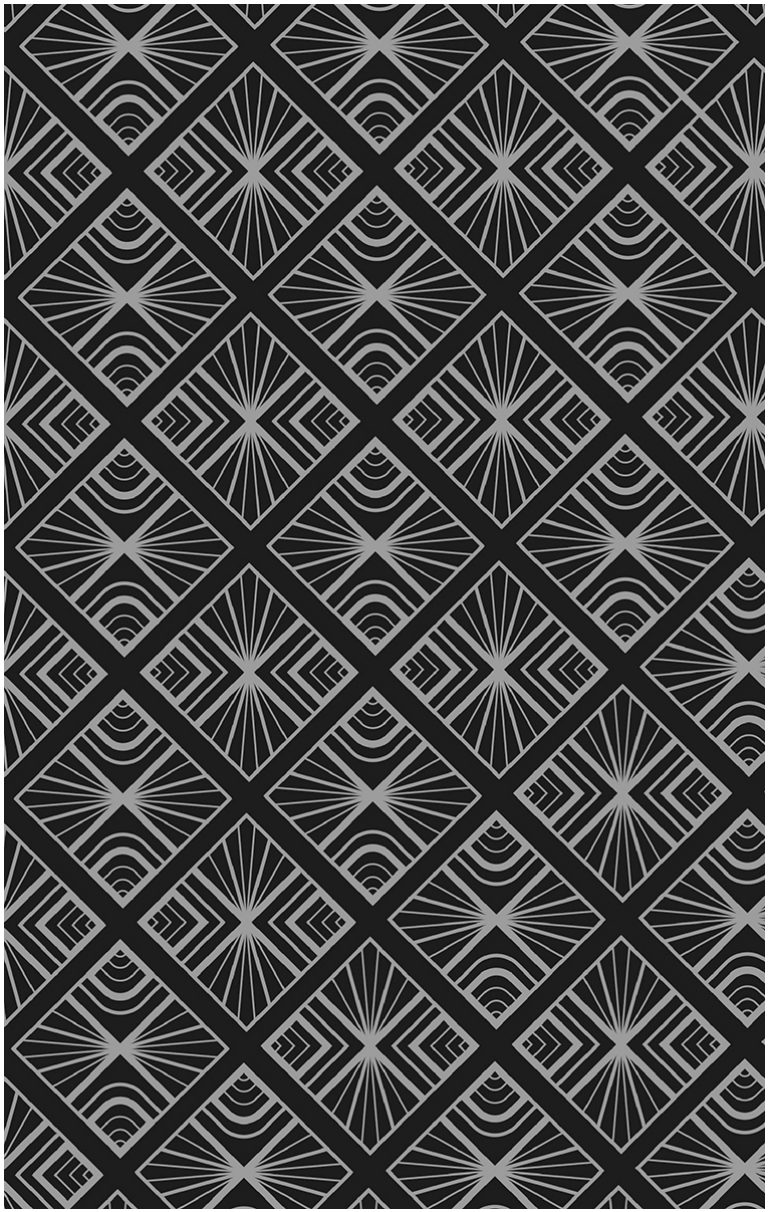
Al igual que *Placeres violentos*, este libro se basa en una historia real, pero los personajes (y los monstruos) son inventados. Con la excepción de Chiang Kai-shek, quien en verdad fue comandante en jefe del Ejército Nacional Revolucionario, todas las otras figuras que juegan un papel en la política de la ciudad son producto de mi imaginación. Ya sea que se mencionen brevemente o tengan escenas como personajes, ellos sólo se basan vagamente en individuos que pueden haber estado activos en ese momento y no deben tomarse como paralelos a ninguna personalidad histórica.

Sin embargo, aunque quería contar una historia de ficción, intento describir con la mayor veracidad posible el clima en el Shanghái del año 1927. La masacre que el lector encuentra en los capítulos cuarenta y cuarenta y tres fue la tragedia que desencadenó la Guerra Civil China, después de que nacionalistas y comunistas rompieran lazos como aliados. Chiang Kai-shek, los extranjeros, y la Pandilla Verde entraron en una alianza informal para lanzar un ataque sorpresa en la madrugada del 12 de abril para erradicar a los comunistas del Kuomintang. Los eventos que retrato son verdaderos, sólo que intercambio el color de la mencionada pandilla de verde a escarlata, siendo ésta última enteramente ficticia, e introduzco al clan de los Flores Blancas como parte del objetivo de la purga. También aclaro que las líneas temporales se han acelerado en beneficio del progreso de esta historia. En nuestro mundo, los ataques

sorpresa iniciales de la purga ocurrieron en la madrugada del día 12, mientras los trabajadores del sindicato marchaban hacia el cuartel general de la 2ª División en protesta el día trece. En el mundo de *Finales violentos*, la protesta se produce más rápidamente, desarrollándose más tarde ese mismo día de inicio de las purgas. A pesar del cambio en la temporalidad, estudiantes y trabajadores de carne y hueso fueron abatidos aquel día, aunque estaban desarmados, y no existe un dato exacto de una fuente confirmada sobre el número de personas que fueron asesinadas durante las purgas o en aquella masacre. El Terror Blanco en Shanghái estalló poco después y prosiguió en su tarea de arrestar y ejecutar a cualquier comunista que no hubiera huido de la ciudad, y mientras que *Finales violentos* podría implicar que el nombre tenía alguna relación con los Flores Blancas, en realidad fue llamado así debido a la violencia anticomunista. La historiografía siempre hará un mejor trabajo al momento de explicar los detalles verídicos que un relato ficticio, y si el lector está interesado en los eventos que se describen en esta novela, le recomiendo acceder a recursos de no ficción. Al fin y al cabo, esto es sólo una historia que se desarrolla a partir de un suceso real, y pretende ser igual de desordenada y matizada como ocurre cuando juntamos los relatos de lo que sucedió en el pasado. No hay bandos "buenos" ni bandos "malos". El poder cambia de manos en un abrir y cerrar de ojos, y personas reales en la historia toman decisiones que continúan alterando todo el curso de una nación. Otros eventos que se condensan en beneficio de la línea de tiempo incluyen la toma de la ciudad en el capítulo treinta y uno, cuando la toma de control de Shanghái se produjo como resultado del levantamiento armado de los trabajadores. Cuando esto sucedió el 21 de marzo, éste ya era su tercer levantamiento armado, lo cual es omitido en *Finales violentos* porque el primer levantamiento fue la versión alterada que encontramos al final de Placeres violentos, y el segundo levantamiento se produjo en febrero, el cual fue excluido de la novela en beneficio de la coherencia narrativa de esta historia.

Otros pequeños ajustes históricos incluyen las apariciones de edificios que en realidad aún no existían. El Gran Teatro, retratado en la escena inaugural de esta novela, no se construyó hasta 1928. Luego entró en bancarrota y fue rediseñado hacia 1932, para reinaugurarse oficialmente en 1933 ya con su característica arquitectura art decó. El salón de baile

Paramount, también conocido como Bailemen (百乐门; traducido literalmente como "puerta de los cien placeres"), tampoco se construyó hasta 1932, abriéndose al público al año siguiente. Sin embargo, debido a que estos sitios se convirtieron en puntos focales de la brillante era dorada de Shanghái, requirieron de su momento de brillo en esta novela a pesar de que los adelantamos un par de años en el tiempo. Como mínimo, el escenario está listo ahora para la década de los años treinta, que pronto habrá de llegar…



Agradecimientos

Escribir la segunda parte de una bilogía es como revivir una maldad suprema en el ámbito de las novelas para jóvenes adultos, excepto que mejor, pues al final de la primera parte los protagonistas quedan con todo en juego. En este caso, la maldad suprema es la escritura de libros, y lo que está en juego es mi dignidad para asegurarme de que el segundo libro logre dar una buena pelea a ojos de los lectores tal como lo hizo el primero. Dado que nos encontramos en el final del camino, quiero contabilizarlo como una victoria, y por supuesto, una victoria que no sería posible sin la gente que me ha acompañado en el campo de batalla.

Gracias a Laura Crockett, más feroz defensora que cualquier escritor podría tener. Eres mi salvavidas editorial y quedo eternamente agradecida por tu genio. Gracias también a Uwe Stender y Brent Taylor por el maravilloso e incansable trabajo en mi agencia, TriadaUS.

Gracias a Sarah McCabe, de quien me siento muy orgullosa de tener a mi lado en la esquina del ring. Este libro ha florecido bajo su mirada editorial, y espero mucho más florecimiento en el futuro. Gracias a mis espléndidas publicistas Cassie Malmo y Jenny Lu, y a Mackenzie Croft en el equipo de Canadá. Gracias a Justin Chanda y a todos en Margaret K. McElderry Books: Karen Wojtyla, Anne Zafian, Bridget Madsen, Elizabeth Blake-Linn, Greg Stadnyk, Caitlin Sweeny, Lisa Quach, Chrissy Noh, Devin MacDonald, Karen Masnica, Cassandra Fernandez, Brian Murray, Anna Jarzab, Emily Ritter, Annika Voss, Lauren Hoffman, Lisa Moraleda y a Christina Pecorale y a su equipo de ventas, así como a Michelle Leo y su equipo. Gracias a Katt Phatt por el arte de la portada. Gracias a Molly

Powell, Kate Keehan, Maddy Marshall y al equipo de Hodderscape en el Reino Unido. Gracias a todos en Hachette Aotearoa, en Nueva Zelanda, por promover este libro en mi hogar natal, y a Tricia Lin, gracias pues fue con ella con quien comenzó toda la historia.

Gracias a Māma y Bàba, a quienes está dedicado este libro, porque de no ser por ellos no sería escritora. Por supuesto gracias también a Eugene y Oriana. Y allá en mi eterno rincón de preparación, gracias a Hawa Lee, Aniket Chawla, Sherry Zhang, Emily Ting, y Vivian Qiu.

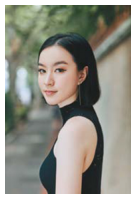
Gracias al grupo que me apoyó y me mantuvo a flote en la escuela: Kushal Modi, Jackie Sussman, Ryan Foo, João Campos, Andrew Noh, Rebecca Jiang y Ennie Gantulga. Gracias también al profesor D. Brian Kim, por responder a todas mis preguntas sobre los antiguos duelos rusos.

Gracias a los amigos en el ambiente editorial quienes siempre me hacen sentirme bienvenida *emoji de carita conmovida*. A Tashie Bhuiyan, por nuestras metas de mejores amigas (¡y ahora compañeras de casa!). Al escuadrón D.A.C.U. en la universidad por dar rienda suelta al caos: Christina Li, Racquel Marie, Zoe Hana Mikuta (y Tashie de nuevo). Al grupo de chat "Vamos a cenar", por nuestras estupendas comilonas: Daisy Hsu y CW (¡y Xiaolong!). A todos los amigos cuya virtual (y a veces real) compañía siempre disfruto: Rachel Kellis, Alina Khawaja, Eunice Kim, Miranda Sun, Tori Bovalino, Heather Walter, Alex Aster, Meha y Sara.

Gracias a los autores que tuvieron la amabilidad de compartir breves pero elogiosos comentarios sobre *Placeres violentos*: Natasha Ngan, Amélie Wen Zhao, Joan He, Tessa Gratton y June Hur. Gracias a los entusiastas promotores de *Placeres violentos*, que incluyen, entre otras personas, a Shealea y a Caffeine Book Tours, a Michelle, Skye, Lauren, Lili, Kate, Tiffany, Alexandra y el club de lectura Subtle Asian Book Club.

Gracias a los libreros que han hablado con entusiasmo de estas historias y ayudaron a ponerlas en manos de los lectores. Gracias a los bibliotecarios a quienes les han encantado estas historias y las han colocado en las repisas de sus bibliotecas. Y, siempre, gracias a los lectores. Gracias a todos los que tienen nombre de usuario en las redes sociales relacionados con *Placeres violentos*, gracias a aquellos fans que han realizado arte inspirados en el libro, a aquellos que de hecho comparten hilos para leer en Twitter o ediciones personales en Instagram o emocionantes videos en TikTok. Los libros se mueven y toman altura gracias al poder del boca a boca, y no

podría estar más agradecida de contar con su entusiasmo y apoyo.



Chloe Gong es la autora de *Placeres violentos* y su conclusión, *Finales violentos*, ambos éxitos de venta de *The New York Times*. Se graduó recientemente en la Universidad de Pensilvania con una doble licenciatura en inglés y relaciones internacionales. Nacida en Shanghái y criada en Auckland, Nueva Zelanda, ahora Chloe vive en Nueva York, donde finge ser una adulta de verdad.

thechloegong.com
thechloegong

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

FINALES VIOLENTOS

Título original: *Our Violent Ends*

© 2020, Chloe Gong

Publicado según acuerdo con Triada US Agencia Literaria, a través de IMC, Agencia Literaria

Traducción: Juan Fernando Merino

Ilustración de portada: © 2021, Katt Phatt
Diseño de portada: Greg Standnyk © Simon & Schuster, INC.

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: octubre, 2022

eISBN: 9786075576671

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o trasmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S. A. de C. V.

OCEANO GRANTRAVESÍA

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

www.facebook.com/oceanograntravesia

www.twitter.com/oceanoGTravesia

www.youtube.com/user/oceanotravesia

www.instagram.com/grantravesia

Índice de contenido

Portada
Página de título
Dedicatoria
Epígrafe
Uno. Enero de 1927
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once. Febrero de 1927
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno. Marzo de 1927
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno

Treinta y dos
Treinta y tres. Abril de 1927
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Epílogo. Abril de 1928
Nota de la autora
Agradecimientos
Datos de la autora
Página de créditos